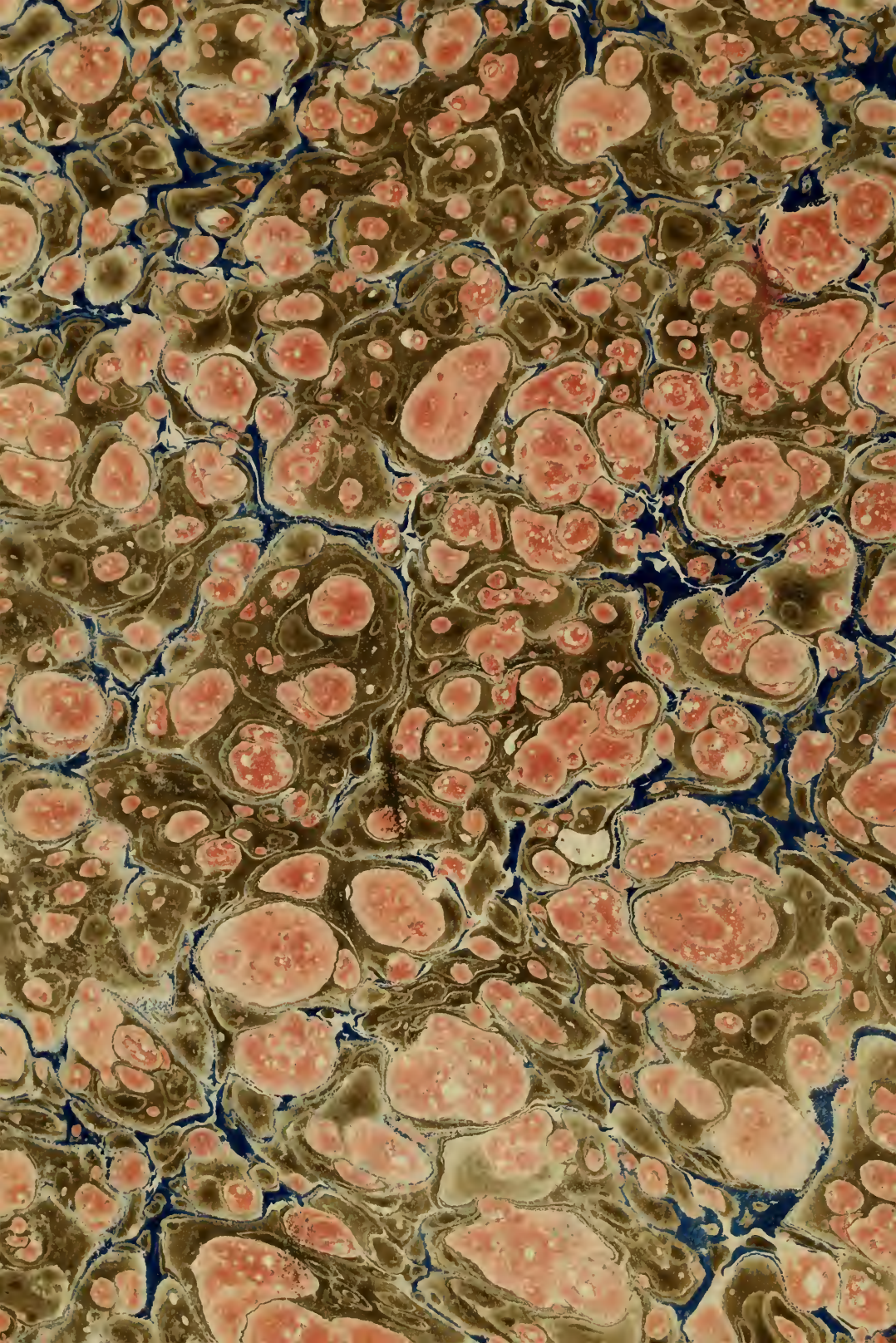
31



ROGER DE FLOR

ó

VENGANZA DE CATALANES.

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/rogerdeflorvenga00cast

ROGER DE FLOR.

C3527ro

ROGER DE FLOR;

ó,

VENGANZA DE CATALANES.

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA

POR D. RAFAEL DEL CASTILLO.

321058
12.11.35

BARCELONA.

SOCIEDAD EDITORIAL LA MARAVILLA,
calle de Aviñó, número 20.

MADRID.
LIBRERÍA ESPAÑOLA, CALLE DE RELATORES,
NÚMERO 12.

Esta obra es propiedad de los editores, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprimiere.

Barcelona: Imprenta de LUIS TASSO, calle del Arco del Teatro, callejon entre los números 21 y 23—1864.

Á NUESTROS LECTORES.

¿Puede escribirse una novela ciñéndose estrictamente á la idea vertida por otro autor en una obra de índole distinta?...

En las condiciones puramente especiales que tiene nuestra novela, prescindiendo de la asimilacion de ideas que habria que buscar para hacerlo, nosotros creemos completamente imposible el escribirla.

En el cielo de nuestra literatura dramática contemporánea ha aparecido hace algunos meses un metéoro que el genio ha bautizado con el nombre de *Venganza catalana.*

Basado su argumento sobre esa brillante epopeya que la historia ha registrado en sus páginas de oro bajo la denominacion de *Expedicion de catalanes y aragoneses á Grecia*, nos sugirió la idea de escribir un libro sobre ese mismo asunto.

Estudiámos el drama, y hemos creido que para hacer una novela era necesario darle más la latitud histórica que la precision dramática: y aunque inspirados por él, debemos hacer á nuestros lectores la confesion de que en el *Roger de Flor* no encontrarán semejanza alguna con la *Venganza catalana*, excepto en aquellos hechos que siendo puramente históricos no se pueden alterar nunca.

ROGER DE FLOR

ó

VENGANZA DE CATALANES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Una conversacion y una estocada.

I.

—Con que ¿está ya resuelto, Paolo?

—Si Karïna, mañana se darán á la mar las galeras que van á defender á Andrónico.

—Y ¿Roger ha aceptado las proposiciones de ese monarca débil y cobarde?

—Ya ves si las habrá aceptado cuando se decide á partir para defender su trono.

—¡Oh!... pero Roger no puede ser tan mal caballero que olvide sus juramentos y sus promesas; Roger no puede enlazarse á otra mujer por más que esta sea tan hermosa como la hija del rey de los búlgaros.

—Veo, Karïna, que aun amas á Roger, tu acento tiembla al pronunciar su nombre, y hoy sientes celos, sí, celos terribles que te destrozan el alma; y cuando los celos se sienten, es porque el corazon ama todavía.

II.

Este diálogo tenia lugar, mis buenos lectores, en una noche del mes de setiembre de 1303.

Mesina, la capital de Sicilia, dormia tranquila y arrullada por las perfuma-

das brisas que Malta, Ischia y Paphos la enviaban sobre la blanca espuma de las olas que venian cariñosas á besar las piedras de sus murallas.

Era una de esas noches que sólo existen bajo el cielo de Italia, noche llena de encantos é impregnada de poesía y de voluptuosidad.

Las estrechas y oscuras calles de la ciudad se veian casi desiertas.

De cuando en cuando se destacaba de alguna pared sombría y elevada un bulto que tanto podia ser un ladron como un amante.

En aquellos tiempos y en aquellas horas las calles pertenecian de derecho á estas dos clases de personas.

Las dos que sostenian el diálogo con el cual hemos dado principio á nuestra obra estaban arrimadas á uno de los ángulos que formaba la Iglesia de San Piettro.

La sombra que proyectaba el inmenso edificio envolvia, por decirlo así, á entrambos interlocutores.

Sin embargo, la luna, que las más de las veces suele ser enemiga de los que tratan de ocultarse, fué remontando pausadamente su vuelo por la cortina azul del firmamento, y uno de sus destellos vino á dar de lleno sobre nuestros dos desconocidos.

III.

Ambos iban vestidos como los caballeros de la época, por más que el uno de ellos llevase un nombre de mujer y que su acento revelase desde luego que no era de su sexo el traje que vestia.

Sin entrometernos en detalles pesados y molestos en la mayor parte de las ocasiones, dirémos que el que ya conocemos con el nombre de Paolo era un gallardo mozo de veinte años escasos, en cuyo rostro se encontraban admirablemente hermanadas la severa pureza de líneas de la estatuaria griega con el ardor y la vida de la naturaleza italiana.

Vestia con lujo y llevaba con elegancia su traje.

Era muy jóven, y sin embargo en su frente se advertia la huella de una arruga precoz.

Sus ojos eran negros, rasgados y ardientes, y en la irradiacion de sus pupilas habia un no sé qué de enloquecedor y de repulsivo, de cariñoso y de amenazador, que halagaba y causaba repulsion al mismo tiempo.

En cuanto á su compañero, el nombre, acento y redondez de sus formas denunciaban bien claro el sexo á que pertenecia.

Era una mujer.

Pero si con el traje de hombre parecia un muchacho travieso y encantador, con el que verdaderamente la correspondia debia ser una mujer de belleza espléndida y atrevida.

IV.

Al percibir el rayo de la luna que venía á denunciarlos, ambos por un movimiento rápido y espontáneo se envolvieron en las capas que les cubrian, recatándose el rostro perfectamente.

Despues murmuró Karïna:

—¡Siempre has de ser el mismo, Paolo!... siempre has de sospechar que existe en mí todavía el amor que profesé á ese hombre; hoy no quiero mas que vengarme; me ha ofendido cruelmente, y quiero castigarle á mi vez.

—¡Pero es que yo te amo, Karïna!... exclamó Paolo con acento apasionado.

—Lo sé.

—Y siempre estoy escuchando de tus labios el nombre de ese aborrecido rival.

—Ya te he dicho que primero es la venganza que el amor; te amaré despues; hoy necesito vengarme; quiero sembrar de abrojos ese camino de flores que hasta ahora ha recorrido Roger. El marcha á Oriente ansioso de gloria y de riquezas; yo quiero que encuentre allí la desesperacion y la muerte, y te fio que la encontrará.

Era tan implacable, tenia una expresion tal el acento de la jóven al pronunciar esas palabras, que Paolo no pudo ménos de mirarla con sorpresa y de estremecerse al sonido de aquella voz vibrante de cólera y de venganza.

—Y bien: ¿qué hemos de hacer ahora? preguntó Paolo.

—Ahora marcharnos, yo á bordo de la galera, y tú á no abandonar ni un momento la ciudad, á no separarte de aquí hasta que no esté embarcado Roger y sus montaraces y bravíos *almogávares*, y entónces vuela, Paolo, vuela á mi lado, y juntos partirémos á esa tierra donde mi venganza se ha de cumplir.

—Bien, Karïna, te obedeceré, y quiera Dios que esta obediencia dure muy poco.

—Pierde cuidado; mucha prudencia sobre todo.

—Confia en mí.

Y tras estas palabras los dos personajes se separaron del ángulo de la iglesia y tomaron direcciones diametralmente opuestas.

V.

Nosotros por ahora los abandonarémos para encontrarlos tal vez demasiado pronto, y perdiéndonos por el confuso laberinto de aquellas calles estrechas de altos edificios con anchos aleros, desde luego nos detendrémos al escuchar el sonido de dos voces que de una manera recatada y misteriosa resuena á pocos pasos de nosotros.

Tratemos de penetrar al traves de las tinieblas que nos rodean y descubriré-

mos que hay un embozado al pié de la reja de un caseron inmenso y destartalado que ocupa un área bastante regular y sobre cuya puerta se ve un escudo groseramente trabajado, pero que revela desde luego la nobleza de sus dueños.

El bulto que vemos en la calle es un galan.

La figura blanca y diáfana que se destaca del fondo oscuro de la reja es su dama.

El galan se llama Galceran de Amposta.

La dama Stella de Montferrato.

Él ha visto la luz primera en las fértiles tierras de Cataluña.

Ella entreabrió sus ojos al espléndido sol de Italia, y el sol, encantado de su belleza, prestó á sus pupilas uno de sus rayos.

En el acento del jóven vibraban el amor, la conviccion y la fuerza de voluntad.

En el de la siciliana temblaban la emocion, el llanto y la amargura.

VI.

—No llores, Stella mia, murmuraba el caballero; nuestra separacion no será eterna. ¿No he estado en otros combates? Tu bella imágen flotaba siempre ante mi vista, y ella alejaba de mí los golpes de mis enemigos.

—No te esfuerces, Galceran, no trates de consolarme, porque para mi dolor no hay consuelo, contestaba la jóven con un acento tan suave y tan dulce como el aura cuando acaricia á las flores. Es verdad que has estado en otros combates, pero no habias salido de este país, no habias atravesado esas mares, en cuya parte opuesta te esperan peligros desconocidos; quererme infundir valor para resistir esa ausencia, sería lo mismo que decirme que no te amase.

—¡Oh!... mi Stella, por escuchar esas palabras de tus labios arrostraria yo los mayores peligros; voy á Oriente á conquistar nueva gloria que poderte ofrecer algun dia.

—Y cada hoja que añadas á tu corona de guerrero me costará un raudal de lágrimas. ¡Ah! no me amas, Galceran, no me amas; si me amases no hablarias de partir, no me abandonarias á mi dolor y á mi desesperacion.

—¿Que no te amo yo? Eso sería lo mismo que decir que el sol no despedia rayos, que en el cielo no habia estrellas y que en la tierra no existian ángeles como tú para endulzar las amarguras de la vida; vamos, Stella, sé razonable, considera que el hombre tiene deberes sagrados que cumplir, y...

—Pero esos deberes destrozan mi corazon; esos deberes me matan y será imposible que nunca consigas hacer que yo me resigne con esos deberes.

—Pero si tú misma me has visto partir ya en otra ocasion para esa misma tierra, si ya he cruzado las mares, y á pesar de cuantos riesgos existen en aquel país, ya lo ves, he vuelto y estoy cerca de tí.

—Pero cuando tú has ido á Grecia no ibas en són de guerra como vas hoy;

GALCERAN Y STELLA.

entónces ibas de paz y no era fácil que encontraras peligros, sino agasajos; entónces ibas vistiendo el brocado y la seda, miéntras que dentro de pocas horas vestirás la malla para no quitártela Dios sabe hasta cuándo. ¡Oh! no quiero pensar en eso porque creo que me volveria loca...

—¡Bendita seas, Stella mia! ¡bendita seas!... tú que tan dulces palabras sabes pronunciar, tú que reina de mi corazon eres el ángel misterioso de mi existencia; quisiera poseer el habla de esos famosos trovadores provenzales para cantarte trovas en que ponderase mi amor y tu hermosura; quisiera poseer la dulce melodía del acento de tus compatriotas para pintarte mi pasion con esas dulces inflexiones que ellos dan á todo cuanto dicen; pero soy hijo de un país donde si el lenguaje es rudo, en cambio el corazon es noble, es leal, y es franco siempre; es noble para sentir pasiones, es grande para sublimarlas por medio de hechos heróicos, y es leal para no faltar jamas á la fe jurada. ¡Oh! bendita seas otra vez, tú á quien ama mi corazon con toda la vehemencia de que es capaz... No te aflijas, Stella, tu amor será mi égida en medio de los combates; no llores porque creo que tendria envidia á esas lágrimas que se exhalan de tu corazon, para descender silenciosas besando tus mejillas.

VII.

Á no estar Galceran tan embebido en su plática y tan abstraido en la contemplacion de aquella forma vaga é indecisa que se destacaba de la reja, de fijo habria observado una escena que tenia lugar á pocos pasos de él y que debia importarle muchísimo.

Pero nosotros, que tenemos algo de observadores y nada de enamorados, hemos estado mirando con profunda atencion cuanto nos rodeaba, y vamos á dar parte á nuestros lectores del resultado de aquellas observaciones.

En direccion opuesta á la que nosotros nos encontrábamos y á unos veinticinco pasos próximamente del sitio en que se hallaba Galceran, se abria un callejon oscuro y tortuoso por el que fuéron apareciendo sucesivamente uno detras de otro hasta cuatro personajes, que se detuvieron en la esquina de la calle escuchando con atencion profunda.

Dotados de esa doble vista que en determinadas circunstancias tiene el escritor, dirémos que entre aquellos cuatro personajes habia una mujer.

Pero iba tan perfectamente cubierta con un espesísimo manto, que no nos fue posible descubrir su semblante.

En los tres hombres que la acompañaban aunque recatándose con el embozo de sus capas habia algo que delataba al rufian, sin que esta calificacion pudiera serles ofensiva.

—¿Le oyes, Jaffar? preguntó la dama en voz baja y contenida á uno de sus acompañantes.

—Sí, sultana.

—Pues bien, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Pierde cuidado; mi puñal no ha faltado nunca cuando se ha esgrimido en tu servicio.

—Es que el golpe no ha de ser mortal; hiérele en un hombro, en un brazo, y arrojáos inmediatamente sobre él; despues á la mar, á Alejandría.

—Alá no ha sido jamas servido con tanta puntualidad por el más fiel de sus creyentes como lo serás tú, sultana.

—Lo sé, contestó secamente la dama; adelantáos con precaucion y despachad.

VIII.

Este diálogo no pudo percibirlo Galceran hasta el momento en que sintió un dolor agudísimo en el hombro que le obligó á volverse precipitadamente.

—¡Miserables! gritó ciego de cólera y tratando de hacer un movimiento para sacar la espada; pero en el mismo momento se vió cercado, y sintió que vacilaba ante la fuerza del dolor que estaba sufriendo.

Stella al ver aparecer aquellos tres hombres y lanzarse sobre su amante exhaló un grito de espanto y siguió con la vista extraviada y el corazon latiendo de dolor y agonía aquella lucha que duró tan breves momentos.

En el instante que Galceran caia en manos de sus contrarios, un nuevo personaje se presentó en escena.

Era la mujer á quien hemos visto indicar á uno de aquellos hombres la manera de conducirse con el amante de Stella.

—¡Galceran!... gritó con voz desfallecida Stella.

—Galceran no existe, contestó la desconocida arrojando el velo que cubria su semblante; Galceran ha muerto para tí, cristiana, se lo juré en Malta un dia, y las mujeres de mi raza no faltan jamas á sus juramentos. Pronto, continuó dirigiéndose á los que tenian sujeto al jóven catalan, llevadle á la barca, y tú, nazarena orgullosa, llora desde hoy al hombre que has perdido pára siempre.

Galceran se habia desmayado á consecuencia del dolor recibido.

La hoja del puñal de Jaffar se partió al tropezar en uno de los huesos, y la sensacion que experimentó el jóven fue tal, que más por la especialidad del golpe que por la gravedad de la herida se desvaneció completamente.

Al escuchar las últimas palabras de la desconocida, obedeciendo los tres hombres sus órdenes, cogieron con suma precaucion el cuerpo inanimado de Galceran, y seguidos de la sultana, pues este título hemos visto que la daba Jaffar, tomaron la calle adelante separándose de la casa de Stella.

Esta muda, fascinada, sin comprender casi lo que sentia, agarrada fuertemente á los hierros de la reja, con los ojos extraordinariamente dilatados, fijaba

una mirada lúcida, intensa y demente en el sitio donde momentos ántes habia estado Galceran.

Despues y conforme fué perdiéndose gradualmente el ligero rumor que producian las pisadas de los asesinos de su amante, fuéron sus dedos aflojando la presion de la reja hasta que por fin exhaló una carcajada histérica, estridente y prolongada, y se dejó caer sobre el pavimento de la habitacion.

Stella se habia vuelto loca.

CAPÍTULO II.

Partida para la guerra.—Dos buques que se burlan de otros dos.

I.

El sol en toda su deslumbrante esplendidez iluminaba las estrechas calles de la capital de Sicilia.

Orgulloso el astro rey con su belleza se contemplaba en el ancho espejo que le ofrecian las aguas del mar, y sus rayos esmaltando las espumantes olas asemejaban el extenso puerto de Mesina á un vasto campo de esmeralda sembrado de brillantes.

La sencilio veneciana, *la carraca* de la orgullosa señoría de Génova, *el ballener* (1) frances y otra porcion de buques tanto nacionales como extranjeros dedicados al comercio, se veian ocupando gran parte de aquel puerto.

En el lado contrario se hallaban las galeras de guerra.

Una animacion extraordinaria se advertia desde muy temprano en el puerto.

Cien esquifes, *barquetas y cópanos* (2) conduciendo soldados, víveres y municiones desatracaban del embarcadero para dirigirse hácia las galeras en cuyos mástiles flotaban las banderas de Sicilia mezcladas con las enseñas de Cataluña y Aragon.

Una multitud extraordinaria llenaba el puerto, y abrazos, lágrimas, protestas, juramentos, palabras de cariño y expresiones de cólera se exhalaban de ella.

Villanos y caballeros, soldados y capitanes, todos estaban confundidos.

(1) Buques de la época.

(2) Botes de *galeras*.

Los famosos almogávares, aquellos hombres bravíos y medio salvajes, de curtidas manos y atezado rostro, se destacaban de los grupos y ellos parecian ser los verdaderos héroes de aquella escena.

Federico de Sicilia, el bravo hermano de don Jaime *el Justo*, prestaba su favor y ayuda á Roger de Flor para que fuése á socorrer el trono de los Paleólogos, amenazado de una manera terrible por los fanáticos sectarios del Islam.

II.

Roger de Flor, el hijo del halconero del famoso Conradino, el temible corsario, el galante caballero, el soldado audaz y arrojado que en cien combates durante la guerra fratricida de Jaime contra su hermano Federico habia visto huir muchas veces ante su vencedora espada las huestes de Francia y de Cataluña, iba á partir para Grecia á sostener el abatido solio de Andrónico y hacer resonar entre las revueltas gargantas de Tracia y por las fértiles llanuras de Andrinópolis el terrible *desperta ferro* de sus bravíos almogávares.

Trece ó catorce naves aprestadas por él y otras tantas que el rey de Sicilia ponia á su disposicion bastaban para transportar aquel puñado de héroes á las plácidas orillas del Bósforo.

Fernando Jimenez Arenos, Bernaldo de Rocafort, Corberan de Lahet, García Palacin, Ramon Muntaner y otros famosos capitanes iban mandando la aguerrida hueste que tan alto puesto habia de conquistar á las barras catalanas en las opuestas orillas del mar Tirreno.

Todos aquellos hombres iban ganosos de gloria, y esta principiaba ya á tejer las coronas inmarcesibles para ceñir con ellas las frentes de aquellos partidarios de Belona.

Sin los medios de transporte que han ido perfeccionando las épocas modernas, el embarque de aquel corto número de soldados fue largo, y únicamente á la caida de la tarde pudo conseguirse que todo estuviera dispuesto ya para la partida.

Roger seguido de sus capitanes pasó á bordo de su galera, y los *cómitres* recorriendo los bancos de la *chusma* dieron la señal de partir.

Se tendieron al viento las blancas velas, los remos se hundieron en las aguas, flotaron las banderas al viento, se balanceó gallardamente la galera capitana, y su cortante proa rasgó los cristales del mar haciendo rumbo hácia las islas Jónicas.

III.

Al ver ponerse en movimiento aquel bosque de mástiles y cuerdas, de linos y remos, un alarido inmenso y atronador se exhaló de la multitud que llenaba los muelles y murallas de la ciudad.

A aquel grito sublime lanzado por el alma de mil madres, de mil esposas y de mil amantes, contestaron todos los equipajes de las galeras y todos los valientes que componian la expedicion con otro grito que resonó en los corazones de los que quedaban, y cuyas últimas vibraciones recogieron las brisas y las llevaron en sus alas hasta el inmenso campo de los turcos, haciendo estremecer de temor al feroz Amurat que creia ya presa segura el imperio helénico.

A corta distancia del lugar donde estaban ancladas las galeras expedicionarias, habia dos naves en cuyas astas brillaban los pabellones veneciano y genoves.

Sin embargo, la especial construccion de aquellos dos buques diferia en mucho de la de los de aquellos famosos estados.

Ambos eran estrechos y largos, ambos tenian casi el mismo órden de remos, casi la misma arboladura, pero los pabellones eran distintos.

Al mismo tiempo que la armada catalana levaba anclas, los dos buques practicaron la misma operacion.

Roger de Flor, el intrépido corsario, el hombre que iba al otro lado de los mares á buscar gloria, riquezas y amor, se paseaba por la cubierta de su galera acompañado de Muntaner y de algunos otros de sus valientes capitanes.

Las proas de las naos cortaban con rapidez las aguas, y los ojos de aquel puñado de valientes se fijaban aun en el puerto que acababan de abandonar para no volverlo á ver quizá.

En aquel momento recordaban todos los objetos queridos que allí dejaban.

El último consejo del padre anciano, el juramento de la mujer enamorada, el postrer abrazo del amigo, todo se presentaba á sus imaginaciones y todo les preocupaba.

Hay horas solemnes en la vida, y esta era una de tantas.

IV.

En los momentos de peligro es cuando se ofrecen al pensamiento los más gratos recuerdos de la existencia.

Quizá sea una especie de presentimiento, quizá el espíritu separándose de la materia en esos instantes tenga la facultad sobrenatural de leer en el porvenir, y al encontrar entre sus páginas misteriosas alguna triste y desgarradora, se contraiga entristecido y compare el bien pasado y la felicidad perdida con la desventura próxima.

Roger y sus amigos, valientes hasta la temeridad, se encontraban sobrecogidos por una emocion desconocida para ellos.

De pronto alzó el jefe la cabeza.

Sus ojos buscaron en vano en el lejano horizonte las torres y casas de la capital de Sicilia.

Mesina habia desaparecido.

Una última mirada de indescribible expresion fue su muda despedida á la ciudad que habia dejado.

Despues tornó á ser el hombre de siempre.

—¡Per la santa Madonna del Pópolo! parece, señores, que es la primera vez que vamos á entrar en combate. ¿Qué quieren decir estos semblantes graves y preocupados?

El encanto estaba ya deshecho.

Las palabras del jefe reanimaron á los capitanes.

Muntaner, soldado y cronista á la vez de aquella famosa expedicion, fijando sus miradas en la inmensa sábana ondulante y cristalina que se extendia en derredor de los buques, contestó:

—Yo os diré, señor: hay horas en la vida en las cuales todo cuanto nos rodea habla con una armonía infinita, sublime y desconocida á nuestra alma; horas en que habla al espíritu del hombre otro espíritu ideal, impalpable, en un lenguaje misterioso, y la materia se adormece bajo el influjo de esas notas de celestial encanto que jamas se formulan, por lo mismo que se sienten mucho. En esas horas que forman época en la vida de un sér, el hombre piensa, pero no habla, el hombre siente, pero no razona; eso es lo que nos ha sucedido á nosotros. Vos habeis roto con vuestra palabra esa especie de cadena misteriosa que ligaba nuestra alma con la divinidad, y ya lo veis, hablamos, os comprendemos, somos hombres otra vez.

—De la misma manera que manejais la espada sabeis manejar la lengua, mícer; sois el bardo más entendido de toda la Italia, que es la tierra de los cantores; habeis definido perfectamente nuestros sentimientos, y como habeis dicho muy bien, roto ya el encanto, volvamos á ser hombres. Vamos, caballeros, seamos tanto en el mar como en el país á donde vamos los mismos guerreros que en el cabo Orlando hicieron temblar á los poderosos infanzones de Jaime el Justo y del rey de Francia.

V.

Un ligero murmullo que se exhaló de los labios de aquellos valientes fue la mejor contestacion que pudieron dar á su jefe.

Este principió á dirigir sus miradas por todas partes buscando las galeras que componian la expedicion, hasta que por fin fuéron á detenerse sobre las dos que segun ántes indicámos habian dejado el puerto de Mesina al mismo tiempo que las suyas.

—¡Hola!... murmuró de una manera indescribible. ¿Qué quiere decir eso?

Los oficiales que le rodeaban siguieron la direccion de sus miradas y uno de ellos dijo:

—Son dos galeras, una veneciana y otra genovesa.

—Al ménos sus pabellones así lo indican, añadió Muntaner.

—Vos lo habeis dicho, mícer Muntaner, repuso Roger; sus pabellones son los que pertenecen á esas repúblicas, pero mucho dudo que las naves correspondan á sus pabellones.

—Pues han zarpado del puerto al mismo tiempo que nosotros.

—Y ¿nada me habeis dicho?...

—Creíamos que vos lo habiais visto tambien; ademas que como nada sospechoso hemos observado en ellas, no hemos prestado tampoco grande atencion.

—Señores, en tiempo de guerra y en el país adonde nosotros vamos, todo debemos temerlo. Esos buques me parecen sospechosos y mi opinion sería la de que se les diese caza.

—Pero sin saber positivamente si llevan oculta alguna intencion, sin poder definir todavía si son amigos ó enemigos, no me parece que estamos en el derecho de proceder contra ellos de una manera violenta, observó Muntaner.

—¿Qué opinais, caballeros? preguntó Roger dirigiéndose á los oficiales que le rodeaban.

—Mi opinion, contestó Corberan de Lahet, es que ántes preguntemos adónde van y qué idea llevan, y aun en caso necesario que los abordemos; y si positivamente vemos algo que justifique nuestras sospechas, procedamos como cumple á nuestro deber.

—Teneis razon.

Y Roger dió las órdenes oportunas. Momentos despues dos de las galeras cargaban velas y hacian fuerza de remos hasta ponerse en las aguas en que navegaban las dos tartanas veneciana y genovesa.

VI.

Abandonando nosotros por algunos momentos la escuadra que conducia la famosa expedicion, atravesarémos la distancia que nos separa de los dos buques misteriosos para ver si en ellos habia algo que justificase las sospechas de Roger de Flor.

La tartana genovesa era uno de esos buques largos y estrechos los más á propósito para surcar con facilidad por la extensa superficie de los mares y escapar en momentos dados á la más activa persecucion.

No muy alto el castillo de popa pero primorosamente trabajado, las entalladuras que constituian sus adornos demostraban que pertenecia á algun particular, y que no era de los dedicados al comercio como la mayor parte de los de su nacion.

Dos órdenes de remos en ambos costados y tres palos con las antiguas velas

latinas demostraban que la tartana iba bien preparada para hacer con toda la rapidez posible su viaje.

En los bancos de babor y estribor se veian esas caras que tanto pueden pertenecer á un pirata levantino como á un corsario veneciano.

Arrimados hácia la parte de la proa se veian algunos hombres cuyas miradas se fijaban con insistencia en la escuadra catalana.

Sobre la popa mirando por una de las ventanas de la cámara habia una mujer y un hombre.

Ella era Karïna.

Él, Paolo.

Nuestros lectores recordarán á estos dos personajes, cuya conversacion sorprendímos en las primeras páginas de nuestra obra.

Karïna tenia en la mano un tubo de metal al traves del cual miraba en la direccion en que se distinguian las velas de la armada de Roger.

Aquel instrumento era el catalejo en su infancia; poco generalizado su uso todavía, carecia de las formas y condiciones que los adelantos sucesivos le han ido dando.

Sin embargo, tal como era, permitia á la jóven observar perfectamente los movimientos de aquellos buques que ocupaban una inmensa extension.

VII.

—Mira, Paolo, dijo, mira, allí está él sobre el puente de su galera; ahora fijan sus miradas en esta direccion. ¡Oh! si él pudiera adivinar que dentro de este buque se oculta la mujer á quien tan indignamente ha burlado...

—¡Cuánto le amas todavía! murmuró Paolo con acento indefinible.

—¡Amarle yo!... Tú estás loco; lo que siento hácia él es un aborrecimiento superior á todo cuanto te diga, un aborrecimiento tan inmenso como es inmensa la superficie que vamos atravesando. Dices que le amo y tienes razon; amo en él mi venganza, amo la realizacion de un deseo concebido durante muchos años, y por realizarlo sacrificaria hasta mi vida si un momento ántes tuviera la satisfaccion de haberle visto espirar revolviéndose entre los horrores de una agonía lenta y prolongada.

—Quizá al verle delante de tí vacilases y...

—Calla, Paolo; las mujeres de mi país no sienten más que dos pasiones, el amor y la venganza.

—Ya lo sé, y vuestro amor es de aquellos que no mueren nunca, que resisten al tiempo, que se acrecen con la ausencia, y que cada dia que pasa añade un quilate más á su fuerza.

—Resisten á todo ménos al desprecio, en cuyo caso el deseo sublime del amor se convierte en un deseo insaciable de venganza, las tiernas emociones de aquella

pasion que forma el encanto de la vida se trasforman en un anhelar inquieto, terrible y punzador que con nada se satisface; y cuando vemos caer herido bajo nuestros golpes al hombre que nos ofendió, cuando le vemos á nuestras plantas vencido y humillado, entónces saboreamos con una delicia infinita todos los dolores de su corazon, y quisiéramos que tuviera cien vidas para verlo revolcarse desesperado entre las convulsiones de cien distintas agonías.

VIII.

Era tan implacable el acento de aquella mujer al pronunciar esas palabras, su semblante se revistió de una dureza y de una crueldad tal, que Paolo no pudo ménos de estremecerse.

El amor de aquella mujer era un amor terrible.

Debia ser uno de aquellos amores que principian por enloquecer y terminan por matar.

Así fue que dominado por la impresion que aquellas palabras le causaron nada pudo contestar.

Karïna dejó vagar sus inciertas miradas por la extensa superficie del mar y durante algunos minutos no se cambió palabra alguna entre ambos.

De pronto alzó sus ojos la griega, miró en la direccion en que estaban los buques catalanes y una exclamacion de sorpresa se exhaló de sus labios.

Paolo despertó tambien de su ensimismamiento y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Toma, y mira qué es lo que sucede en la escuadra de Roger.

Y al decir estas palabras entregó al jóven el anteojo.

Paolo estuvo mirando algunos segundos y dijo por fin:

—Mucho me temo que aquellas dos galeras que se separan de las demas no vengan en nuestra persecucion.

—Eso mismo he creido yo.

—¿Quieres que nos convenzamos?

—¿De qué modo?

—Cargando velas y cambiando el rumbo.

—Hazlo; dispon en seguida lo que quieras.

Paolo fijó una mirada indefinible en aquella mujer que mandaba de una manera tan despótica, y salió de la cámara encontrándose momentos despues sobre el puente de la tartana.

IX.

Los marineros que habian observado el movimiento hecho por los buques de Roger rodearon inmediatamente á Paolo.

—Ea, muchachos, á escapar á todo trapo, á sus puestos, cargad la mayor; tú, timonel, vira á babor, pronto, que se nos echan encima.

Estas órdenes dadas con voz enérgica y breve fueron rápidamente ejecutadas por la gente que componia la tripulacion.

Despues volviéndose hácia los remeros, prosiguió con voz más terrible todavía:

—¡Hola! ¡vosotros, condenados de Satanas!.. firmes los brazos, manejad esos remos con brio, si no quereis que os lo haga entender de otra manera.

La tartana se irguió repentinamente como el caballo al sentir el acicate del jinete, y cambiando súbitamente de direccion emprendió su marcha con una rapidez inconcebible.

Paolo fijó sus ojos en las embarcaciones que hemos indicado anteriormente.

Ambas á la vez practicaron la misma maniobra que la tartana genovesa.

—No tiene duda, murmuró el jóven, nos persiguen; y despues mirando al cielo añadió: Dentro de hora y media habrá cambiado el viento; esas galeras son muy pesadas y llevan dentro mucha gente; será imposible que nos alcancen.

CAPÍTULO III.

Continuacion del anterior.—Un idilio en el mar.

I.

—¿Lo veis, mícer? esos buques ocultan una intencion siniestra.

—Ya lo veo, señor.

—Han cargado velas y han hecho rumbo á Levante.

—Y no creo que sean nuestras galeras las que alcancen á la tartana, añadió Bernaldo de Rocafort.

—¡Ira de Dios! murmuró Roger, no haber yo reparado ántes en ellas...

—Corta las aguas con la rapidez con que una flecha hiende el aire.

—¡Por mi santo patron! que daria cualquier cosa por ver lo que iba oculto en ese bajel, añadió otro de los oficiales.

—¡Oh!... veamos ahora el buque veneciano qué hará.

—Efectivamente, dijo Muntaner, se ha puesto al pairo. Fernando Ahones tiene la bocina en la mano; esperemos.

Y distraidos los jefes catalanes y aragoneses con aquel nuevo episodio se-

pararon su atencion del buque de Karïna y de la galera que lo iba persiguiendo.

II.

El buque veneciano desde su salida del puerto habia ido navegando á fuerza de remos.

Su casco era más estrecho aun que no tan largo como el de la tartana genovesa.

No se notaba en la embarcacion el lujo deslumbrante y la riqueza que en la de Karïna, pero desde luego se advertia que era un gran buque tanto para el abordaje como para librarse de enemigos terribles.

La tripulacion de la nao, era una tripulacion cosmopolita.

Allí habia turcos, griegos, tunecinos y españoles. Todos los países conocidos estaban representados en la chusma que se sentaba en los bancos del buque.

Y los semblantes de aquellas gentes, si es una verdad que el rostro es el espejo del alma, demostraban con harta claridad que debian tenerla tan atravesada como sus fisonomías.

Junto á los bancos donde aquella reunion tan heterogénea remaba, se veian pasearse con el látigo en la mano algunos hombres, cuyas miradas eran tan duras y tan sesgadas como feroces y bravías eran sus facciones.

—Mala muerte tengais, perros, gritaban de vez en cuando; no hagais tanta fuerza de remo. ¿No habeis oido que vayais con calma, que hay á bordo cargamento que se puede averiar?...

Y los remeros aflojaban el remo, y miraban con cierto temor los látigos que los cómitres (1) blandian con ademan amenazador.

Por más que el pabellon que flotaba en uno de los palos de la embarcacion demostrase que esta pertenecia á la república veneciana, el interior de aquella no estaba en armonía con su pabellon.

III.

El castillo de popa tenia dos pequeñas puertas formadas por dos arcos de herradura, cuyos primorosos calados demostraban bien claro que sólo el cincel de un árabe podia haberlos trabajado.

Tres ajimeces pequeños cuyos adornos guardaban completa analogía con los de las puertas, completaban aquel exterior, en el cual entre los revueltos

(1) Cómitres, nombre que se daba á los capataces que cuidaban de los forzados que iban en las galeras.

caprichos del artista se veian algunas fajas, donde en caracterés cúficos se leian varias de las famosas sentencias del Koran.

Penetremos por bajo de aquellos graciosos arcos y llegarémos hasta una extensa cámara, cuya descripcion tratarémos de hacer por más que comprendamos que será pálido y frio cuanto digamos comparado con la realidad.

Figurémonos uno de los preciosos salones de la Alhambra, en miniatura, y fabricado de maderas preciosas, en vez de serlo de mampostería como aquellos.

Aquella cámara era octogonal.

Constituian su techo delicadas cupulitas de ébano terminadas por una pequeña piña de oro.

Sus paredes formadas por columnas de cedro se unian entre sí por medio de tableros de caoba con incrustaciones de nácar.

En cada uno de los tableros se veia uno de los ángeles que reconoce la religion islámica, sosteniendo unas cintas en las cuales se leia en letras de oro: *Le galib ile Allah* (1) ó *Brismillahrrahmani, rrahm* (2), ó cualquiera otro de los versículos del poético libro de Mahomet.

Una alfombra de un trabajo que honraba á la industria persa cubria el pavimento, y cuatro perfumadores de oro colocados en manos de lindas estatuitas de palisandro incrustadas en las columnas que sostenian la cúpula de la cámara, la embalsamaban con la fragancia de los más ricos perfumes del Oriente.

Mullidos cogines de seda damasquina rodeaban la estancia. Un caballero estaba reclinado sobre ellos.

Junto á él arrodillada y fijando una mirada avarienta, una mirada imposible de describir, habia una mujer.

A algunos pasos de ella se miraba á un hombre de facciones duras y pronunciadas, cuyos ojos giraban desde la dama al caballero, y desde este á aquella.

IV.

El que estaba tendido sobre los almohadones era Galceran de Amposta, el amante de Stella, á quien vímos ya sorprender de una manera tan ruda en lo más tierno de su coloquio de amor.

La dama era la misma á quien vímos dar la órden para que le hiriesen.

El hombre era Jaffar, el brazo que habia cumplido la voluntad de la dama.

Las ropas de Galceran estaban destrozadas.

Su semblante estaba cubierto de una ligera palidez.

Sus ojos cerrados dejaban que las largas pestañas acariciasen la tostada mejilla.

(1) No hay mas Dios que Dios.

(2) En el nombre de Dios clemente y misericordioso.

Al lado de la jóven se veian hilas, vendas y algunos botes, lo que demostraba que acababa de hacerse la cura del herido.

—¡Oh!... ¡Jaffar!... exclamó la jóven con un acento en el que iba envuelta una reconvencion, profundizaste mucho la herida.

—Sultana, bien sabe Allah que lo siento.

—Ya ves, se ha desmayado al curarle.

—Pero eso no quiere decir que sea grave su herida.

—Y si lo fuera, ¿crees que tu cabeza estaria aun sobre tus hombros? gritó la dama volviéndose hácia Jaffar llena de cólera.

—Tu voluntad habria sido mi ley, contestó aquel inclinando su vista ante la poderosa irradiacion de las pupilas de la jóven.

En aquel momento se percibió un ligero rumor en el puente del buque, rumor que fué creciendo por momentos.

—A ver, Jaffar: ¿qué es eso? dijo la dama.

—Vas á saberlo, sultana.

Y el bravío personaje abandonó la cámara, volviendo á aparecer en ella á los pocos momentos.

—¿Qué hay? preguntó la sultana.

—Que una de las galeras de la escuadra catalana hace rumbo hácia nosotros.

—Y ¿bien?...

—Que quizá haya sospechado que no somos lo que aparentamos y...

—Bien, ved lo que quiere esa galera.

V.

Jaffar hizo una profunda zalema á la jóven con todo el rigorismo que la etiqueta musulmana exige, y se alejó otra vez de la cámara.

—¡Ah de la tartana!... gritó en este momento la voz de Fernando Ahones.

—¿Qué quereis? preguntó Jaffar asiendo la bocina y aproximándola á sus labios.

—¿A qué nacion perteneceis?

—A la república de San Márcos.

—¿Qué rumbo llevais?

—Hácia Oriente.

—¿Qué teneis á bordo?

—Vamos en lastre.

—Permaneced al pairo, que va la chalupa á reconocer vuestro equipaje.

Un murmullo de descontento se exhaló de la tripulacion de la tartana.

Jaffar fijó sus miradas en las gentes que le rodeaban, y gritó con voz de trueno:

—¡Eh, perros! ¿qué gruñis? A callar y prevenidos, doblad los remos, preparad las velas, pero cuidado con hacer nada hasta que yo lo mande.

Y el capitan de la embarcacion, pues no podemos ménos de comprender que Jaffar lo era, tanto por la puntualidad con que sus órdenes eran obedecidas, cuanto por la precision y entereza de sus mandatos, penetró de nuevo en la cámara de la sultana.

Esta ignoraba la conversacion mediada de bordo á bordo.

Galceran habia hecho un ligero movimiento, y una exclamacion de alegría brotó de sus labios.

Toda su vida la concentró en sus ojos, y espiaba anhelante el momento en que aquel hombre abriese los suyos.

VI.

Al ligero rumor que produjo la entrada de Jaffar, alzó la cabeza.

Una expresion de disgusto se esparció por su semblante y dijo:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué entras aquí sin que yo te llame?

—Sultana: ¿ignoras acaso lo que pasa en el mar?

—Dímelo, y no lo ignoraré.

—Una galera catalana trata de abordarnos.

—Y ¿bien?

—Quiere reconocer nuestro equipaje.

—Y ¿bien?...

—Nos ha mandado permanecer al pairo miéntras viene su chalupa á visitarnos.

—Y ¿bien?...

Habia una expresion tal en la manera con que la jóven acentuó aquellos tres: Y ¿bien? que Jaffar no pudo por ménos de retroceder dos pasos y murmurar:

—Yo he venido á consultar contigo...

—Y ¿desde cuándo Jaffar el terrible, el formidable pirata tunecino tiene que tomar órdenes para echar á pique una galera que le estorbe?

—¡Sultana!...

—¿No hay fuego griego en el buque? ¿no hay puñales, ni hachas, ni yataganes en el entrepuente?

—Es que...

—Pronto, al abordaje.

—Sultana, las galeras catalanas son veintiocho ó treinta, y nosotros estamos solos y llevamos un herido á quien los vaivenes de la tartana no pueden sentar bien; sin embargo, tú...

Estas palabras hicieron su efecto en la jóven, que cubrió con una mirada de amor infinito á Galceran y contestó inmediatamente:

—Pues bien, soltad las velas y doblad los remos; escapemos, ya que no se puede combatir.

Otra reverencia de Jaffar fue su contestacion, y un momento despues su voz gritaba en el puente:

—Largad las velas, remos al agua, pronto.

VII.

La chalupa de la galera acababa de ser lanzada al mar.

Fernando Ahones y otros caballeros habian saltado á ella, los remeros hicieron un esfuerzo y la frágil embarcacion se separó del costado de la nave.

En aquel momento los palos de la tartana se cubrieron de lienzo, dobles órdenes de remos se hundieron en la mar, y el velero buque inclinándose graciosamente se lanzó al traves de los cristales de aquel inmenso espejo asemejándose á una blanca gaviota que va huyendo de la tempestad.

Una exclamacion de cólera se exhaló de los labios de los caballeros catalanes.

Habian creido ya cosa hecha su entrada en la tartana, y esta desaparecia de pronto dejándolos burlados en sus esperanzas.

Al movimiento de ondulacion que habia hecho la nave, Galceran dejó escapar un ligero gemido.

—¡Oh!... murmuró la sultana cobijando bajo su intensa mirada á aquel hombre. ¿Te ha hecho daño ese movimiento?... A mí tambien, porque tú padeces, y tus padecimientos son los mios.

VIII.

En aquel momento Galceran abrió los ojos.

Sus pupilas vagaron de una manera incierta hasta que por fin se fijaron en la jóven.

—¡Zoraya!... murmuró con voz desfallecida al mismo tiempo que otra vez entornaba sus párpados deslumbrados, por decirlo así, ante la luz que radiaban las pupilas de la jóven.

—Sí, contestó esta aproximando sus labios al oído de Galceran, y con voz tan dulce, tan suave, tan armoniosa como el murmullo de la brisa entre los aloes de Jaffa; sí, yo soy tu Zoraya, la mujer que no puede vivir sin tí, la mujer que por una hora de tu amor daria su vida, la mujer que te ama como no puede nunca amar cualquiera otra mujer de tu país; háblame, abre tus ojos para que yo reciba de ellos la luz de mi alma, estás junto á mí, me perteneces, pero no permanezcas de ese modo.

Y la encendida mirada de Zoraya se fijaba ansiosa en el semblante de Galceran.

Y sus labios acariciaban con su aliento las mejillas del jóven.

Y todo el inmenso hálito de voluptuosidad que se exhalaba de aquella mujer formaba una atmósfera de amor que envolvía al caballero y le subyugaba completamente.

Por fin abrió de nuevo los ojos.

Sus pupilas se fijaron en las de Zoraya, y esta dijo con un acento indefinible:

—¡Bendito seas!

—¿Qué es esto? murmuraba Galceran. ¿Dónde estoy?... ¿qué es lo que me ha sucedido?

—Perdóname, amado mio, perdóname. Si tú comprendieras cuánto te amo... sin tí todo me parecia pálido y frio, no habia ni encantos en el cielo, ni armonía sobre la tierra; las flores no tenian aromas, los pájaros no tenian en sus cantares notas que hiciesen estremecerse mi alma; no estabas tú á mi lado y todo era triste; mi corazon estaba de luto porque le faltaba tu amor; yo no vivia porque vivir sin tí no es posible: por eso crucé los mares, por eso fuí á buscarte, mi alma estaba cautiva en la cárcel de tu amor, y bien sabe Allah que hubiera atravesado el mundo entero hasta encontrarte, hasta aspirar tu aliento, hasta verme retratada en tus ojos, hasta apoderarme de ese corazon que es exclusivamente mio.

IX.

El acento de Zoraya era tan tierno, tan dulce, que no podia escucharse sin conmocion.

Sus palabras al brotar de sus labios llenas de cadencia y de armonía producian el mismo sonido que una cascada de perlas cayendo sobre hojas de oro.

Medio velados sus ojos por las espesas y largas pestañas atenuaban algun tanto el deslumbrante brillo de sus pupilas, y sólo arrojaban sobre el rostro del jóven un calor dulce y suave, bajo cuyo influjo sus mejillas iban enrojeciéndose y la sangre de sus venas circulaba con más libertad.

—Pero, Zoraya: ¿cómo es que yo estoy á tu lado? Díme: ¿qué quiere decir esto?

—¿Me amas, Galceran?

—Mas... no comprendo...

—¿Tú me amas?...

—Pero si yo...

—¿Tú me amas?

—Sí, te amo... contestó el caballero incapaz de resistir á la infinita ternura con que habian sido hechas aquellas tres preguntas.

—¡Oh! ¡gracias!... exclamó con explosion Zoraya... ¡gracias!... ¡Bendito seas, Galceran!... ¡bendito seas!... No sabes tú lo que es pasar largos dias de angustia y de desesperacion sin que una voz amante murmure en nuestro oído esas palabras que el aura, que las flores, que las aves, que toda la naturaleza en fin murmura en todos los momentos; no sabes tú lo que es pasar noches de insomnio, sin que el ángel del amor extienda sobre nosotros sus brillantes alas; no sabes tú lo que es sentir en el alma un amor infinito, grande como la inmensidad, imperecedero como el mundo, y encontrar á su lado al objeto de ese cariño; atesorar un dia y otro manantiales de amor y de ternura, de cariño y de abnegacion en nuestro pecho, y cuando estos manantiales rebosan hasta los labios, tener que encerrarlos otra vez porque los seres que hay á nuestro lado no son el que habita en nuestro pensamiento, aquel cuya imágen está grabada en el corazon, y cuya vida es nuestra vida; sentir amor y sufrir celos, ansiar un corazon y encontrarse con un vacío, delirar por una palabra, por una sonrisa, por una mirada, y encontrarse con labios y con semblantes que nada dicen. ¡Oh!... yo he sufrido todo eso; yo te ví en Malta, te entregué mi corazon, y por tí solo mi alma despertó de su letargo, tus palabras me enloquecieron, tus miradas me fascinaron, tú eres la encina y yo la hiedra que me enlazaba á tu robusto tronco. ¡Cuán dichosa fuí aquellos dias. Tu amor me condujo al paraíso que el profeta ofrece á los verdaderos creyentes... Despues... despues vino la noche, la noche sombría, lúgubre, aterradora, la noche de las sombras y de los sueños, la noche del abandono y de la ausencia, la noche del dolor y de la agonía. ¡Oh!... ¿Para qué miré la gloria si me habia de hundir tan pronto en el infierno?... ¡Cuánto lloré, Galceran, cuánto lloré!... Parece imposible que en el corazon haya tantas lágrimas para llorar nuestros dolores. Es verdad que yo bebia mi llanto para poder llorar de nuevo; mis labios no cesaban de pronunciar tu nombre; te llamaba siempre... Parece imposible que tú no escucharas mi acento al traves de esos mares que nos separaban... y yo no podia vivir así; es verdad que no tenia vida tampoco, mi vida lo eras tú, y tú no estabas junto á mí... Un dia me levanté; mi tartana tunecina estaba en el puerto balanceándose gallardamente sobre las aguas, llamé á mi fiel Jaffar, y le dije: Mi alma se muere bajo esta atmósfera, me falta aire, me falta vida, me falta amor.—Vamos á buscar tu aire, tu vida y tu amor, sultana, me dijo él. Y me embarqué en la tartana y crucé el mar, y te hallé por fin, te hallé y contigo el aire, la vida, el amor que mi alma necesitaba. ¿Puede haber una mujer que sea más feliz que yo?

X.

Habia un cariño tal, una expresion de amor tan infinito, tan delirante en las palabras de la jóven, que Galceran, hombre al fin, y sin medio alguno para po-

derse evadir de aquella seduccion que le fascinaba, no pudo ménos de cerrar los ojos de nuevo murmurando:

—¡Qué hermosa eres, Zoraya!... ¡Cuánto te amo!

Una alegría inmensa se daguerreotipó en el semblante de Zoraya.

Sus manos se unieron en una expresion de supremo placer.

Y sus pupilas acariciaron las de Galceran, que al fijar las suyas en las de su amada se confundieron en una sola mirada, en una de esas miradas de delirante amor que dicen más que cuantas palabras pudieran brotar de los labios.

Entre tanto la tartana volaba sobre la sábana inmensa del mar, sin que las galeras catalanas apareciesen ya en los lejanos horizontes.

CAPÍTULO IV.

Por qué aborreció Karïna á Roger.

I.

Antes de seguir adelante, y para que puedan comprenderse mejor los hechos que van á seguirse, nos parece muy oportuno dar algunos antecedentes respecto á la causa del odio que Karïna profesaba á Roger, odio que la impulsaba á ponerse en una lucha en la cual la astucia tenia que dominar á la fuerza y al valor.

Karïna era hija de uno de los jefes de aquellas pequeñas tribus que poblaban los territorios del inmenso imperio griego, dependientes del solio de los Paleólogos.

Un dia Karïna, caprichosa como las flores de su país, y ardiente como el sol que brilla en su cielo, sintió un deseo infinito de visitar á Alejandría.

Era el emporio de la riqueza, era el primer bazar de Oriente, y Karïna, como mujer, y como mujer hermosa, gustaba del lujo y de los placeres.

Su padre no tenia mas voluntad que la de su hija.

No pudiendo abandonar la tribu que regía confió á Karïna al cuidado de un pariente suyo, y se embarcaron en un *leño* (1) genoves que hacia rumbo para los mares de Alejandría.

Todo cuanto la fantasía de una mujer puede imaginarse lo encontró en los bazares de aquella poblacion que era el bazar del mundo.

(1) Buque que seguia en importancia á la *galera*.

Las ricas sedas damasquinas, las alcatifas de Alepo, los perfumes de Oriente, los brocados, las joyas más ricas, todo estaba hacinado allí, y sus ojos vagaban de una parte á otra sin saber en qué fijarse.

Un dia entró en la tienda de un joyero.

Entre los objetos que llamaron su atencion habia una preciosa ajorca de brillantes, en cuyo centro formado de ópalos se veia escrita en caractéres arábigos la palabra *Recuerdo*.

Preguntó la jóven por el precio de aquella joya, y la cantidad que le pidieron era exorbitante.

Su tio, que en más de una ocasion la habia reprendido por su excesiva prodigalidad, no pudo ménos de decirla:

—¡Ah! ¡eso es una locura! No podemos gastar tanto dinero en una cosa así.

—¡Poderoso Dios de Israel!... exclamó el judío haciendo brillar á los rayos del sol la preciosa joya. Mirad estos brillantes y decidme si habeis encontrado jamás otros que tengan unas facetas tan puras; reparad, bella señora, estos ópalos tan artísticamente colocados, mirad lo bien trabajado de las monturas y decidme despues si aun os parece caro.

—Ya lo veo, contestaba Karïna algo mortificada, es muy lindo todo eso, pero nosotros no podemos gastar tanto dinero.

—Aquí tengo otras más baratas.

—No, no: esa es la única que me gusta; pero no puedo comprarla y no quiero ver otras.

II.

En aquel momento entró otro personaje en la tienda.

Era un jóven de fisonomía enérgicamente caracterizada y en cuya apostura habia tanto de varonil y atrevido como de buen mozo y simpático. Fijó sus ojos en la griega con una expresion indescribible, y esta sintió que sus mejillas se ruborizaban.

—¡El Dios de Judá os guarde, mícer Roger! exclamó el judío saludando al recien llegado.

—A Dios, Abrahan, contestó este con acento desdeñoso. ¿Qué es eso que tienes en la mano?

—¡Oh! es una ajorca como no la habeis visto nunca, mícer Roger; compradla para alguna de vuestras damas sicilianas. A esta señora le ha parecido demasiado cara...

—No es que me ha parecido cara, repuso Karïna con aturdimiento, sino que yo no puedo pagar lo que por ella pedis.

—¿Cuánto vale esa joya? preguntó el caballero.

—Tres mil zequíes, contestó el judío.

—Ponla en su caja y dámela.

El judío hizo lo que se le mandaba; el caballero tiró un bolsillo de oro sobre el mostrador y recogió el estuche.

Karïna siguió con una mirada desconsoladora aquella joya, y cuando la vió en las manos de Roger una nube de tristeza se esparció por su semblante y abandonó la tienda del judío de una manera bastante brusca.

—¿Conoces á esa mujer? preguntó el caballero á Abrahan así que se quedaron solos.

—Es una griega que hace poco tiempo está en Alejandría, y es hermosa como una vírgen de Fidias, continuó el hebreo guiñando maliciosamente sus ojillos grises. ¿No es cierto?

—No es eso lo que te pregunto, contestó Roger con sequedad. ¿Sabes dónde vive?

—¡Dios de Jacob!... ya lo creo que lo sé; ha comprado en mi tienda una porcion de cosas y yo he ido á llevárselas.

El caballero tomó las señas de la habitacion de Karïna, y poco despues salió de la tienda del judío.

III.

Karïna habia regresado á su casa extremadamente mortificada.

Aquella joya de que tanto se habia prendado iria quizá á adornar á alguna dama ménos hermosa que ella, pero que en cambio habia tenido un galan espléndido y dadivoso, hasta el punto de dar por aquella joya una fortuna.

Y en todo el dia no cesó de pensar un momento en la rica ajorca de brillantes.

A la caida de la tarde, un esclavo se presentó en su casa.

Aquel esclavo traia un estuche y una carta.

En el primero estaba la ajorca de brillantes; en la segunda estaban escritos en gruesos caractéres las siguientes palabras:

«Karïna, habeis deseado esa joya y ahí la teneis.

«Si conforme me ha pedido 3,000 zequíes por ella hubiese sido necesaria la vida de un hombre para conseguirla, de la misma manera la habriais obtenido.

«Llevo un recuerdo de vos en la mirada de vuestros ojos: quizá no nos veamos más.

«Conservad esa joya como recuerdo de—Roger.»

Karïna quedó estupefacta á la vista de los dos objetos.

Cuando alzó la cabeza el esclavo habia desaparecido.

Y guardó la joya, y con ella el recuerdo del gallardo caballero.

Fué á casa del judío, pero este sonriéndose de una manera irónica la dijo que no sabía de él sino que era muy espléndido y muy galante con las damas.

Karïna no cesó de pensar en él.

Pocos dias despues se embarcaron á bordo de un buque tunecino que se dirigia á Andrinópolis.

Una porcion de mercaderes genoveses y venecianos que habian hecho grandes compras en Alejandría, iban en él.

El primer dia del viaje pasó sin ningun incidente notable.

Pero al terminar el segundo distinguieron en el lejano horizonte la imperceptible silueta de una embarcacion.

En aquellos tiempos en que el dominio de los mares pertenecia de derecho al más audaz, una vela era casi siempre sinónimo de un enemigo.

Los piratas venecianos y musulmanes cruzaban sin cesar por aquellas aguas, y el capitan del buque donde iba Karïna, despues de haber dado tres chupadas en su larga pipa con boquilla de ámbar, con todo el fervor de un verdadero creyente, murmuró:

—Bien sabe Allah que siento venga la noche, sin conocer á qué nacion pertenece esa nave.

Sin embargo, hizo cerrar las escotillas, preparó los garfios de abordaje, mandó subir al puente las armas que llevaba en el armero, y despues de haber encargado la mayor vigilancia se retiró á su cámara á hacer las abluciones nocturnas.

Por desgracia una neblina bastante espesa cubrió el espacio, en términos que costaba trabajo distinguir los objetos más cercanos.

IV.

Karïna dormia soñando con el gallardo caballero de Alejandría.

De pronto la despertó un clamor inmenso, y tras él un ruido semejante al que podria producir una legion de demonios, entregándose á sus diabólicos juegos sobre un puente de tablas.

Imprecaciones, ayes, gemidos la hicieron comprender la realidad.

Habian sido sorprendidos por algun pirata.

Aterrada ante la idea del peligro que corria, quedó sin movimiento.

En aquel instante se abrió con violencia la puerta de la cámara, y un grupo de hombres cuyos rostros resplandecian con la embriaguez de la victoria y del deseo penetraron en ella.

Un grito desgarrador se exhaló de la garganta de la jóven.

Uno de aquellos miserables puso la mano sobre su hombro.

Karïna cayó de rodillas á los piés de aquel hombre.

Pero instantáneamente le vió vacilar, hasta que cayó al suelo arrojando una imprecacion.

El bandido tenia el costado abierto de una tremenda cuchillada.

—Nada temais, señora, murmuró una voz al oído de Karïna.

Volvió esta los ojos y un grito se escapó de sus labios.

Roger estaba allí.

Pero no el Roger que ella habia visto en la tienda del joyero, elegante y perfumado, sino el Roger de la batalla, el guerrero con el cabello desgreñado y en desórden, destrozadas las ropas, ennegrecido el rostro y salpicado de sangre, pero hermoso y arrogante siempre.

—¡Por vida de mi santo patron!... gritó con voz de trueno fijando sus ojos en la turba que contemplaba con ira el cadáver de su compañero, ya tengo dicho que no consiento demasías; sujetad y venced á los hombres, pero respetad á las mujeres.

Los piratas subyugados por aquel acento poderoso y dominador abandonaron la cámara.

Entónces Roger se volvió hácia la aturdida jóven y la dijo:

—Calmáos, señora; si yo hubiera sabido que ibais en este buque, mi galera habria pasado por su popa saludándole con respeto; ya tengo otro recuerdo de vos.

Y saludando cortesmente á Karïna salió de la cámara, dejándola sin poderse explicar ella misma lo que sentia en aquel momento.

El único equipaje respetado en el saqueo que los piratas hicieron en el buque fue el de Karïna, y recogido el botin se retiraron á su galera, dejando al buque con sus heridos y muertos que continuase su derrotero hácia Andrinópolis.

V.

Desde aquella noche el recuerdo de Roger se aferró más en la imaginacion de Karïna.

Y regresó á su casa, tornó á vivir bajo el techo paterno, y aquel recuerdo fijo en su corazon la hacia palidecer y llenarse de lágrimas sus ojos.

Karïna amaba.

Pero amaba con todo el ardor, con toda la fuerza de su alma.

Y en sus largas noches de insomnio, y en sus dias de continuo anhelar, la imágen de Roger flotaba sin cesar ante su vista.

Y creia que jamas volveria á verle, toda vez que habiendo trascurrido más de un año desde la terrible noche del ataque de los piratas, no se habia presentado á ella.

CAPÍTULO V.

Amor y abandono.

I.

Encerrado entre dos caprichosas montañas existia un valle delicioso, cuya vegetacion era tan rica como amena su posicion topográfica.

Entre los arboles que crecian á su antojo en el valle se distinguian una multitud de cabañas que se extendian por ambas montañas hasta los sitios en que estas se hacian más accesibles.

El padre de Karïna era el jefe de la tribu encerrada en aquellas casas.

El valle se prolongaba algun tanto hasta terminar en una pequeña playa perfectamente resguardada por los picos de las mismas montañas que formaban el principio de una cordillera que por ambos lados se dilataba. Karïna no encontraba otro placer mayor que el de pasearse por aquella playa solitaria.

Dejaba vagar sus miradas por la extensa superficie del mar, interrogando á cada una de las olas que venian á besar sumisas las movedizas arenas si sabian algo del hombre que amaba.

Pero ¡ay!... el murmurio de las olas nada la decia, no haciendo sino aumentar su agonía al espumarse entre las guijas.

Todos los dias su paseo matinal era por aquel sitio; todas las tardes el crepúsculo vespertino la sorprendia en el mismo lugar.

Una secreta esperanza la conducia allí.

Algunos buques, aunque muy escasos, solian detenerse á hacer aguada en los ricos manantiales que brotaban de las montañas.

II.

Un dia distinguió léjos, muy léjos un punto casi imperceptible.

Sus ojos se fijaron con una insistencia extraordinaria en aquel punto.

Gradualmente aquel objeto fué aproximándose: conforme iba haciéndolo se podia distinguir más claramente su forma.

Era una *coca* (1), sin que en su asta ondease pabellon alguno.

(1) *Coca*, embarcacion ligera y muy segura de aquella época.

Sin saber por qué, el corazon de Karïna latió con extraordinaria rapidez.

Sus miradas fueron más insistentes esperando con una impaciencia extraordinaria que aquel buque se aproximase á la playa.

Por fin la nave fondeó.

El corazon de la jóven aumentó sus latidos.

Su mirada se hizo más lúcida, más intensa.

No acertaba á mover sus piés del suelo.

La parecia reconocer aquella embarcacion, mejor dicho, la parecia que adivinaba la persona que iba en ella.

Al cabo de algun tiempo de este anhelar, de esta zozobra especial, una lancha se desprendió del costado de la nave.

Algunos marineros aparecieron sobre la cubierta de sus buques.

Poco despues un hombre saltó dentro de ella.

Al verle, una exclamacion de delirante alegría se exhaló de los labios de Karïna.

Más que sus ojos, habia adivinado su corazon.

El hombre que vió entrar en la lancha era Roger.

Entónces quiso huir de allí, quiso alejarse de aquel sitio, quiso evitar su presencia; pero ¿de qué la servia su voluntad cuando era su corazon el que gritaba?

Permaneció allí, y allí la sorprendió la llegada del pirata.

III.

Dentro de la chalupa iban algunas pipas con el objeto de llenarlas de agua en los manantiales inmediatos.

Roger saltó en tierra.

Dió algunas órdenes á sus marineros y se dirigió hácia el valle.

De pronto se detuvo.

Acababa de percibir la inmóvil figura de Karïna.

Fijó sus ojos en ella, y al cabo de algunos momentos se aproximó al sitio en que se hallaba.

Al ver la griega su movimiento, trató de alejarse de allí.

Pero si el alma la tenia concentrada en aquel hombre, y aquel hombre estaba tan cerca ¿era posible que la materia pudiese dominar el alma?...

Karïna continuó donde estaba.

El pirata llegó á su lado, y descubriéndose respetuosamente la dijo:

—Señora, es la tercera vez que nos vemos; la primera me llevé el recuerdo de vuestra mirada, la segunda el de vuestro agradecimiento, la tercera ¿qué recuerdo podré llevarme?

La jóven nada contestó.

Su corazon latia con rapidez, y estos latidos ahogaban sus palabras.

Sus mejillas pálidas como las azucenas se tiñeron con los colores de las rosas de Alejandría.

Sus pestañas se inclinaron hácia el suelo.

Su agitacion se hizo mucho más perceptible.

Era la bella estatua de la castidad, sorprendida por el amor.

Zeuxis debió soñarla, debió adivinarla al retratar la candorosa imágen del pudor.

Roger la contemplaba con una de esas miradas que no se describen y que sólo comprenden las mujeres.

—¿Vivis cerca de aquí? la preguntó al cabo de algunos segundos.

—En el valle, contestó la jóven casi maquinalmente.

—Entónces seréis la vírgen de él.

—Caballero...

—No os ofendais, bien sé que las palabras de un mortal al dirigirse á un ángel siempre han de ofenderle; pero en cambio el ángel siempre perdona al pecador.

IV.

Karïna quiso hablar, pero no pudo.

Era tan nuevo para ella todo cuanto sentia que no podia darse cuenta de su situacion.

El acento dulce, tierno, insinuante de Roger era uno de esos acentos que con una sola vez que se escuchen quedan sus ecos depositados para siempre en el corazon.

A la vibracion de ellos todas las fibras del corazon de la griega se habian estremecido.

El pirata seguia contemplándola, y ella aunque con los ojos bajos le veia tambien.

Su alma miraba por ella.

—¿Me permitiréis que os acompañe hasta vuestra casa?

La griega sin decir una palabra tomó la direcion del valle.

Eran las últimas horas de la tarde.

Las auras vespertinas al cruzar por entre las hojas de los árboles las agitaban dulcemente é iban á depositar su beso de despedida en los cálices de las flores que esmaltaban el campo.

La atmósfera estaba perfumada por el aliento de las flores.

El canto del ruiseñor anunciaba las primeras sombras de la noche.

A lo léjos se percibia el ligero rumor de las olas que murmurando frases de un idioma misterioso iban á besar la playa dejándola su blanca espuma en cam-

bio de las arenas que se llevaban.

Karïna y Roger penetraron en el valle.

Aquella armonía sublime de las flores, de las aguas y de los pájaros, necesariamente habia de encontrar eco en los corazones de ambos jóvenes.

—¡Qué hermoso debe ser el amor en este paraíso...! murmuró el pirata como hablando consigo.

Despues dirigiéndose á Karina continuó:

—¿Quereis que descansemos en este sitio algunos momentos?

La jóven no tenia más voluntad que la de Roger.

Este la condujo al pié de un árbol donde con algunas piedras habian formado un rústico asiento que la hiedra se encargó de revestir, y haciéndola que se sentase en él, fué á arrodillarse á sus piés.

Karïna trató de impedirlo, pero Roger la dijo con acento indescribible:

—A las mujeres se las ama, pero á las vírgenes se las adora.

V.

Una mirada de Karïna fue su contestacion á aquellas palabras.

Nuevos momentos de silencio se siguieron á ellas.

El ruiseñor moduló sus trinos de una manera más tierna y más dulce.

Entónces dijo Roger:

—Señora, ¿no es cierto que hay un encanto indefinible en estas horas en que el crepúsculo baña la tierra con sus medias tintas?.... ¿No es verdad que la creacion entera exhala una emanacion tal de armonía, de embriaguez y de amor, que produce en el alma una melancolía infinita?.... Entre el amor que se aspira aquí y el amor que siente el corazon ¿no encontrais una afinidad extraordinaria? ¡Oh!... hablad, señora, hablad, y ese ruiseñor que canta callará avergonzado al escuchar las puras inflexiones de vuestro acento, esta atmósfera que nos rodea recibirá nuevos perfumes con vuestro aromático aliento, y mi corazon que os contempla, mi corazon que sólo late por vos, rebosará hasta mis labios para deciros todo cuanto siente, todo cuanto ha deseado, todo cuanto anhela hoy. ¡Oh!... hablad, señora, hablad.

Jamas en el pecho de Karïna habia resonado voz alguna de una manera tan atractiva como lo hacia la de Roger.

Lo que ella experimentaba en aquel momento era inexplicable.

La parecia que un mundo de felicidad se desplomaba sobre ella y la privaba de respirar, impidiéndola formular sonido alguno.

Sin embargo hizo un esfuerzo y murmuró con una voz tan flébil y tan armoniosa como el suspiro de un ángel:

—¡Cuánto habeis tardado en venir!...

—¿Os habeis acordado de mí alguna vez?

—Y ¿me lo preguntais vos?

Era un reproche tan tierno el que envolvian aquellas palabras que Roger no pudo por ménos de estrechar entre sus manos las que la jóven no tenia valor para negarle, y decirla:

—Benditos sean esos labios que tanta delicia saben derramar en un corazon que adora; desde que os separasteis de mí la segunda vez no he disfrutado de un momento de calma. De pié sobre la espalda de mi galera interrogaba sin cesar al Occéano, preguntándole por vos; las brisas de la tarde, los huracanes que hacian vacilar mi embarcacion suspendiéndola sobre el abismo eran interrogados por mí.... ¿Dónde está mi ángel?.... les preguntaba; pero las brisas acariciaban mi frente y se alejaban; los huracanes jugaban con mis cabellos y volaban con sus invisibles alas sin darme respuesta alguna; y yo á pesar de eso depositaba en ellos un beso de amor. ¡Oh!... vos debeis haber sentido alguna vez que la brisa tenia un hálito más ardiente, más enamorado: era el ósculo que yo habia imprimido en ella. Desde la popa de mi buque en el silencio de la noche mis ojos buscaban en el cielo la estrella de la felicidad, y la preguntaba siempre: ¿Dónde está ella?.... pero en su titilar inquieto aquella estrella nada me decia, las mugientes olas al castigar los costados de mi bajel nada me decian tampoco, y sin embargo yo os veia, mi corazon os admiraba... ¡Cuántas noches á los pálidos rayos de la luna entre la blanca estela que trazaba la quilla de mi galera veia brotar un sér fantástico, vaporoso y aéreo como las brumas de la mañana, que fijaba sus ojos en mí con una expresion de inefable ternura!... Y yo acariciaba á aquel sér, le prodigaba los nombres más dulces, las frases más delicadas; dejaba que de mis labios se exhalase la parte más sublimada de mi alma, porque aquel sér erais vos, señora, vos á quien yo no habia visto mas que dos momentos, pero que bastaban para que vuestra imágen quedase esculpida en mi corazon.

VI.

Karïna le escuchaba embebecida.

Su alma se adormecia al arrullo de la voz de Roger, voz vibrante y llena de armonías como el valle en que resonaba.

Cuando terminó de hablar el pirata aun le parecia que le estaba oyendo, y sin poderle decir nada sus hermosos ojos fuéron á encontrarse con los suyos, brotando de aquella sublime mirada ese lenguaje mudo pero elocuente que es la expresion más genuina del sentimiento.

Aquella palabra significaba más que cuantas hubieran podido articular sus labios.

Hay en la vida situaciones tan cargadas de idealismo que no es dada al lenguaje hablado la facultad de expresarlas.

Karïna y Roger se encontraban en una de estas situaciones.

Sus pupilas se buscaron, se encontraron, y por medio de esos modismos llenos de muda elocuencia sus corazones se trasmitieron cuanto recíprocamente sentian.

¡Cuánta ventura se revelaba en aquellas miradas!...

VII.

Karïna era feliz.

Amaba y era amada.

Roger iba desde entónces á verla con frecuencia, y su galera se hizo bien pronto conocida en aquella playa.

Karïna amaba á Roger con toda la fuerza de su alma, y no tardó mucho en que aquél exceso de pasion solevantara su virtud.

El cielo de aquella dicha brilló durante largo tiempo despejado.

Pero como no hay cielo sin nubes, llegó un momento en que se nubló.

Las visitas de Roger se retrasaron poco á poco.

Finalmente desapareció de aquellas aguas.

Karïna supo que el rey de Sicilia estaba en guerra con el de Aragon y que el valiente y apuesto corsario luchaba por el primero.

¡Cuánto sufrió entónces!...

Durante el tiempo que trascurriera el padre de la jóven habia muerto.

Libre un dia y más enamorada que nunca, abandonó el valle donde tan tranquilos y tan felices se habian deslizado los dias de su vida, atravesó los mares y llegó á Sicilia.

La guerra estaba ya terminada.

Roger se habia cubierto de gloria.

Pero en aquellos momentos estaba oculto para librarse de los rigores de la córte de Roma que no podia perdonarle todos los daños que habia hecho á las escuadras de Jaime el Justo.

Sin embargo, Karïna llegó á encontrarlo.

Pero ¿de qué manera?...

Halló al hombre, sí; pero su corazon lo habia perdido para siempre.

Incapaz Roger de engañar á nadie, la dijo con toda su ruda franqueza que no la amaba, que su amor habia muerto entre el fragor de los combates y entre el estertor de los moribundos.

Karïna quedó anonadada.

Durante los primeros instantes permaneció como aturdida por aquella terrible desgracia que se desplomaba sobre ella.

Despues alzó la frente.

Sus ojos resplandecian con un fuego siniestro.

Sus pasiones se despertaban.

Su amor se irritó doblemente y un deseo infinito de venganza se enseñoreó en su corazon.

Huyó de Roger, pero no le perdió de vista.

En Mesina encontró á Paolo.

Paolo la amaba de la misma manera que ella amaba á Roger.

Comprendió que en aquel hombre podria tener un instrumento fiel y seguro, y pensó utilizarlo.

Desde entónces su venganza se hizo más terrible y amenazadora.

CAPÍTULO VI.

El que no sea aficionado á la historia puede pasarlo por alto.

I.

De absoluta necesidad nos es, ántes de continuar nuestra narracion, dar á nuestros lectores algunos detalles históricos respecto á la época en que ocurrieron la mayor parte de los sucesos sobre que está basado este libro.

Comprendemos que generalmente estos capítulos rara vez son leidos por la pluralidad de las personas que se dedican á leer novelas; pero á pesar de esto creemos de nuestro deber dar estos detalles, siquiera sean algo más sucintos de lo que á obras de otra índole corresponde.

La reunion de las dos coronas de Aragon y Cataluña, haciendo de dos pueblos uno mismo, habia servido para engrandecerlos bajo el dominio de monarcas como el Conquistador y Pedro el Grande; y en la época que vamos atravesando las barras catalanas dominaban en Sicilia unidas con las armas aragonesas.

Alfonso el Magnánimo habia fallecido sin sucesion, y fue necesario que viniese á ocupar el trono de Aragon su hermano don Jaime, rey de Sicilia.

Roger de Lauria, don Ramon de Manresa y otros varones catalanes y aragoneses se dirigieron á Mesina en busca del nuevo rey, quien se despidió de su pueblo dejando como lugarteniente de aquel reino á su hermano Federico, lugartenencia que más tarde habia de trocarse por el solio de aquella misma nacion.

II.

Segun la opinion de algunos historiadores, era la idea de don Jaime la de que-

darse con el reino de Sicilia, á cuyo fin firmó una protesta en la cual consta que al aceptar el trono de Aragon era no como una consecuencia del testamento de don Alfonso, sino por el derecho que le asistia como hijo y sucesor del rey don Pedro el Grande.

Por eso dicen que nombró lugarteniente de Sicilia á su hermano don Federico.

Reinaba á la sazon en Castilla don Sancho el Bravo, quien habia estado en guerra casi continua con los anteriores monarcas de Aragon por la proteccion que estos dispensaran á los infantes de la Cerda y muy especialmente don Alfonso el Magnánimo que, resentido porque don Sancho negó á su padre los socorros que exigióle para sostener la guerra con el rey de Francia, dejó en libertad á los rebeldes infantes, los que, protegidos por algunos caballeros castellanos, encendieron en Castilla la guerra civil.

Sin embargo, aislados como estaban y atenidos á sus propias fuerzas, no tuvieron más remedio que refugiarse de nuevo en el reino de Aragon, y al ascender al trono don Jaime le pidieron que los favoreciese en la nueva empresa que intentaban contra don Sancho.

Pero el nuevo monarca aragones, prudente en demasía, juzgó que le era más conveniente federarse con don Sancho y estar con él en paz, que no inaugurar su reinado con nuevas guerras, siempre perjudiciales para cualquier nacion.

Como consecuencia de esto se avistaron los dos monarcas en Monteagudo, firmándose los tratados de paz que aseguraban la tranquilidad de los dos reinos.

Una de las condiciones estipuladas fue la del casamiento de la infanta doña Isabel, hija de don Sancho y doña Maria la Grande con don Jaime; casamiento que se efectuó civilmente atendiendo á que la infanta sólo contaba entónces ocho años de edad; y como por otra parte tambien se hallaba en tercer grado de consanguinidad con el monarca, de aquí que se hubiese de aguardar á que llegase aquella á la pubertad y á que se recibiesen las dispensas necesarias pedidas al Santo Padre más de una vez.

Desde entónces la infanta doña Isabel quedó en Aragon hasta que cumpliese la edad necesaria, celebrándose estas paces en Calatayud con justas y torneos, quebrándose algunas lanzas en honor de ambos monarcas.

III.

Los aragoneses no vieron con gusto la realizacion de aquellos tratados.

El reino no habia ganado nada con ellos, pues don Jaime con sus pretensiones al reino de Sicilia daba pábulo á una nueva discordia con Francia, volviendo otra vez la nacion á encenderse en otra guerra muy semejante á la que la asolara en los tiempos de don Pedro el Grande.

Entre tanto el reino estaba dividido en bandos y parcialidades.

En Aragon y en Cataluña muchos poderosos caballeros tomando partido por este ó por aquel magnate se hacian una guerra sin tregua, lucha fratricida que no tenia mas objeto que el de satisfacer las mezquinas ambiciones de determinadas personalidades.

A costa de grandes esfuerzos consiguió don Jaime restablecer la paz en el interior de su reino, paz que no tardó mucho en quebrantarse y producir males de bastante trascendencia.

En Sicilia continuaba la guerra con los franceses: don Blasco de Alagon, una de las figuras más grandes de la época, segun lo califica un historiador moderno, recibió del rey el cargo de gobernador genéral de la Calabria, y su primer hecho de armas en aquel país fue acometer con tal denuedo á los franceses que tenian sitiada la poblacion de Montalto que les hizo levantar el asedio, cogiéndoles prisionero á su caudillo Guido de Primerano.

Sin embargo, sus émulos trataron de desprestigiarle con don Jaime, en términos que este le llamó á la córte para que diese sus descargos.

Mas ofendido el noble aragones por semejante proceder, prestó homenaje al infante don Federico, asegurándole que en cuanto hubiese dejado cubierto su honor satisfaciendo cumplidamente todos los cargos que se le hacian, tornaria de nuevo á la isla para derramar hasta la última gota de sangre en su defensa.

IV.

Entre tanto y abierta la campaña nuevamente contra los franceses, Roger de Lauria, el famoso almirante catalan, adquiria nuevos laureles destruyendo su armada y costeando la Morea; las islas de Corfú y de Chio le vieron abordar como un alud arrastrando tras sí cuantas riquezas encerraban en su seno.

Hay momentos en la vida de las naciones en que la ceguedad de sus reyes, de quienes reciben su accion, produce largos dias de amargura, males sin cuento imposibles de remediar.

Eso fue lo que sucedió á don Jaime con las paces que por mediacion del rey de Castilla trató de ajustar con Francia algun tiempo despues de entablada la lucha.

Al extremo á que habian llegado las cosas aquella paz no podia verificarse mas que de una manera muy sensible para el monarca aragones.

Nápoles y Francia se encontraban perfectamente unidas, y la Santa Sede debia proteger el partido de aquellos dos soberanos por el dominio que tenian en la Sicilia: por manera que al tratarse de paz no podia hacerse sino sobre la base de una formal renuncia á dicho solio, ó en caso de que la suerte de las armas se declarase favorable á don Jaime, de modo que se viese obligado á darse por muy satisfecho con las condiciones que se le impusieran.

Bonifacio de Calamandrano, gran maestre de los caballeros templarios de Jerusalen, y hombre de gran sagacidad y astucia, fue el enviado por el Papa para hablar á don Jaime y atraerlo á las vias de una reconciliacion beneficiosa para todos ménos para el hijo de Pedro el Grande.

Este dió oídos con demasiada facilidad á las palabras del maestre, y segun autores muy respetables, se dejó persuadir en tales términos, que salieron inmediatamente para Sicilia algunos enviados con el objeto de ir preparando los ánimos para el paso que se trataba de dar.

El famoso pueblo de las *Vísperas*, aquel pueblo que á costa de torrentes de sangre logró reconquistar su libertad, no pudo contener un grito de dolorosa indignacion al adivinar la suerte que le aguardaba.

Inmediatamente vinieron desde Mesina á Barcelona seis embajadores sicilianos.

Los historiadores difieren en el punto donde se verificó la entrevista de los embajadores con el monarca, pero están contestes en que tuvo efecto, y en que le hablaron con gran entereza, pintándole vivamente los incalculables males que iban á llover sobre el país si aquella medida se llevaba á efecto, sin que obtuvieran de don Jaime mas que palabras evasivas que nada prometian ni acababan de aclarar la verdad de lo que iba á suceder, encargándose tan sólo los hechos de poner pronto término á semejantes vacilaciones.

D. Jaime y Cárlos de Anjou tuvieron una entrevista entre el collado de Panisars y la Junquera, entrevista en la cual se trató de la renuncia absoluta del primero á la posesion de Sicilia, enviando pocos dias despues embajadores á su hermana doña Constanza y á su hermano don Federico, á fin de que consintiesen, asegurándose por algunos historiadores que, en caso de que aquellos se resistieran á hacerlo, el monarca de Aragon se habia comprometido con el de Francia á ayudarle á reducir la Sicilia á su dominio por medio de las armas.

V.

Por entónces quedó anulado el matrimonio de don Jaime con doña Isabel de Castilla, mediando algunos hechos por parte de don Sancho en la entrevista que tuvo en Logroño con el de Aragon; hechos que en nada favorecen al primero y que se han comentado de muy distintas maneras por los que se han ocupado de este asunto.

Roto aquel matrimonio se trató inmediatamente otro con una hija de Cárlos de Anjou, que se hizo de pronto tan amigo de don Jaime como enemigo habia sido de su padre, y aun de él mismo en los primeros años de su reinado.

Por aquel tiempo el cardenal Benito Gaetano ascendia al solio pontificio con

el nombre de Bonifacio VIII, y aunque con suma astucia y con palabras cariñosas trató de obligar á Federico á que abandonase la Sicilia dándole en cambio el imperio de Oriente por medio del enlace con la hija del último emperador latino, la desconfianza con que los sicilianos acogieron sus palabras le hizo comprender que jamas podria conseguir su objeto.

Poco tiempo despues se firmaba la paz entre los embajadores de Aragon, Nápoles y Francia, y como consecuencia de ella doña Blanca, la hija de Cárlos de Anjou, vino en seguida á reunirse con su futuro esposo, celebrándose sus bodas en el monasterio de Villa-Bertran.

Sabedores de ello los sicilianos enviaron una nueva embajada para impedirlo; pero llegó tarde ya: por lo que, abandonados á sus propias fuerzas, eligieron por rey á don Federico, del cual dice un escrito contemporáneo que *pareció haberse refugiado en él*, al ceñirse la corona, todo el genio político, militar y emprendedor de su padre el gran don Pedro.

VI.

Jamas en circunstancias más difíciles subió rey alguno á ocupar un trono.

Roma, Nápoles y Francia iban á ser sus enemigos; y como si no fuesen estos bastantes, su propia patria, su hermano debia ser quien más se distinguiese por su saña.

Al tener don Jaime noticia de su entronizamiento trató de que los gobernadores de las provincias sicilianas no le prestasen obediencia; pero no lo pudo conseguir. Elegido por la voluntad popular, no hubo uno solo que no se encontrase dispuesto á sostenerle y á probar la fidelidad á su causa hasta el último trance.

Pronto estalló la guerra. Las armas unidas de Aragon y Francia cayeron sobre la Sicilia, y los catalanes luchaban con los catalanes; el mismo grito de guerra se repetia en los dos campos, y los hombres de una misma nacion eran los que se esforzaban en alentar á los dos partidos opuestos.

Durante aquella lucha el famoso Roger de Lauria experimentó su primera derrota.

Pero ¡ay cuán caro pagaron los sicilianos el descalabro del orgulloso almirante!

Llegó un dia en que la armada de don Jaime se encontró con la de Federico en las aguas de Cabo Orlando.

Roger de Lauria, que al principio se habia declarado partidario del rey de Sicilia, resentido por ciertos ultrajes que creyó recibir de él, se unió de nuevo al rey de Aragon, y en aquella famosa batalla fue donde tomó terribles represalias de la primera derrota sufrida delante de Catanzaro.

Los dos hermanos se encontraron frente á frente. Los más nobles caballeros de Cataluña y de Aragon se hallaban divididos entre ambos campos: y segun la opinion de Quintana, *fue esta batalla, sin duda, la más escandalosa* y *horrible de cuantas se dieron en aquella guerra.*

Cuarenta eran las galeras de Federico y cincuenta las de don Jaime, y ambos monarcas, cada uno en su capitana, tomaron parte en lo más recio de la pelea.

El siciliano perdió la batalla; pero hay derrotas que honran y la suya fue una de ellas.

Ya sólo me falta dar la vida por mi pueblo, exclamó aquel monarca viendo que alguno de sus buques abandonaba la línea; y lo hubiera indudablemente hecho si la fatiga y el dolor no le causaran un ligero desvanecimiento, del cual se aprovecharon sus capitanes para dar la órden de retirada, partiendo á fuerza de remos hacia Mesina.

Al llegar aquí no podemos ménos de trasladar íntegro un hecho ocurrido en dicha batalla, cuyo heroismo caracteriza la indomable fiereza de los bravos guerreros de aquella época.

Dice así:

Blasco de Alagon, que combatia sin perder de vista la galera de su príncipe, al ver su fuga, mandó á su alférez Fernan Perez de Arne que moviese el pendon para acompañar al rey. No permita Dios jamas, respondió aquel valiente caballero, que yo vea arriar el pendon estando en frente del enemigo. Y sacudiendo de la frente su celada, se estrelló la cabeza contra el árbol de la galera.

Ambos monarcas lucharon con un encarnizamiento digno de mejor causa: y segun algunos historiadores, don Jaime se retiró despues de este hecho, no se sabe si temeroso de que otra victoria como aquella le fuese más cara que una derrota, ó movido por los ruegos de su madre y arrepentido de la conducta empleada contra su hermano, tratando de impedir nuevos males y de aumentar los perjuicios que ya pesaban sobre ambas naciones.

De nueva gloria se cubrieron los catalanes y aragoneses que componian la hueste que lidiaba en favor de Federico en los repetidos encuentros que tuvieron con los franceses despues de la famosa batalla de Cabo Orlando.

Siendo completamente ajeno á la índole de esta obra el detallar paso por paso todas las guerras de Aragon y de Sicilia durante aquellos reinados, nos concretarémos á decir para terminar que, convencidos tanto el rey de Francia como el de Nápoles de que nada adelantarian con aquel puñado de valientes que rodeaban á Federico, entre los cuales descollaban las nobles figuras del conde de Ampúrias, de Berenguer de Entenza y de Roger de Flor, héroe de nuestra novela; se hicieron proposiciones de paz que á vuelta de negativas y de exigencias, de concesiones y de pedidos, se firmó en Castro Novo, reportando á Federico grande honor, pues por ella se aseguraba para sí y sus sucesores la coro-

na de aquella Sicilia tan apetecida por enemigos de tanto poder como eran los que se la disputaban.

Tal era el estado de cosas en Aragon y en Sicilia cuando el Papa reclamaba del rey Federico la persona de Roger de Flor, haciendo valer el derecho que sobre él tenia por haberse lanzado á la aventurera vida de corsario abandonando la órden del Temple á la cual pertenecia como caballero profeso, al mismo tiempo que este, siguiendo el consejo del monarca siciliano, su protector, tomaba el mando de la armada que partia para Grecia á reconquistar para Andrónico un trono del que, por decirlo así, estaba á punto de ser arrojado por las numerosas huestes que el feroz Amurat habia arrojado á las fértiles praderas del territorio helénico.

CAPÍTULO VII.

En Grecia.

I.

Estamos en Constantinopla.

La metrópoli del imperio griego, la antigua Bizancio resplandecia doblemente al reflejarse los rayos del sol en las agujas y los minaretes de sus iglesias.

La hija de Constantino se contemplaba orgullosa en los transparentes cristales del Bósforo.

Atravesemos aquellas calles revueltas y tortuosas, crucemos sus espaciosas plazas, contemplemos sus bazares, aspiremos algunos segundos los perfumes que exhalan las tiendas del populoso barrio de los genoveses, y lleguemos por fin al *Augusteo,* ancha plaza que se extiende delante del palacio del emperador Andrónico.

El órden dórico y el corintio, la arquitectura griega y la árabe, los ajimeces y las ojivas, los minaretes y las torres ochavadas, todo lo que constituye la civilizacion de dos razas distintas se encontraba mezclado en aquel palacio.

Sin detenernos ante el aspecto imponente de los soldados alanos que guardan las puertas de la mansion de los emperadores de Oriente, penetrarémos por el estrecho que tras una especie de puente levadizo conduce al interior del primer recinto de aquel palacio fortaleza.

Entre patios y jardines andarémos algunos segundos, hasta que por fin nos

encontrarémos con una extensa escalera, y sin detenernos en el primer piso donde se hallan las habitaciones particulares de Andrónico y sus salones de recepcion, subirémos otro tramo más estrecho que nos conducirá á una galería, á cuyo final nos detendrán una puerta y dos soldados que ante ella permanecen inmóviles y apoyados en sus lanzas.

Aquella es la habitacion de María, hija de Azan, rey de Bulgaria, y de Irene, hermana del emperador.

Penetremos en aquel santuario de la hermosura y del amor.

Ricos tapices, muelles almohadones, delicados aromas, alfombras que ahogan el ruido de las pisadas, pájaros en jaulas de oro, flores en jarros de Aténas, todo cuanto la riqueza puede adquirir para complacer al capricho más exigente, allí se encontraba.

Entre aquellas flores, en medio de aquel ambiente y rodeada de tanto lujo, una mujer languidecia de amor.

Miradla sentada sobre dobles cogines de blanca seda; María contempla distraida el rayo de sol que penetra por las espesas celosías de sus ventanas.

¡Qué hermosa es!...

Aquella mujer sin duda fue hija del pensamiento de Fídias que la divinidad se encargó algunos años más tarde de animar con su aliento y hacerla descender sobre la tierra.

Blanca con esa trasparencia del mármol de Páros dejaba ver unas venas azules al traves de las cuales circulaba una sangre ardiente y llena de vida.

Sus ojos negros destellaban una de esas miradas que acarician, que subyugan, que enloquecen; miradas que se buscan, que se encuentran y no se olvidan jamas.

Su frente, su nariz y su garganta hubieran causado envidia al cincel de Praxíteles.

Su alto y abultado seno iba suavizándose gradualmente hasta terminar en una cintura delgada y graciosa como el tallo de las azucenas.

Anchas trenzas de cabellos negros servian de marco encantador á un rostro más encantador todavía.

Un traje sencillísimo dejaba percibir mejor sus encantos naturales que se esparcian, por decirlo así, prestando una parte de su belleza á todo cuanto la rodeaba.

María seguia contemplando aquel tibio rayo de sol que hacia saltar lleno de placer al ruiseñor que estaba aprisionado en una jaula de nácar y oro que pendia del techo.

De pronto se abrió la puerta que franqueaba el paso á aquella mansion deliciosa, y una mujer penetró en ella.

Vosotros, lectores mios, ya la conoceis.

Es Karïna.

Pero no la Karïna que hemos visto en la capital de Sicilia cubierta con un traje que no la correspondia, ni la que vímos en el mar fijando una mirada implacable en la galera de Roger.

Era la mujer de la córte, la heredera del jefe de una de las tribus dependientes del poderoso imperio, la mujer que penetraba en el palacio con la altivez á que su nacimiento la daba derecho, la dama que podia tratar de igual á igual á la hija del rey de los búlgaros, y que era su más íntima, su más querida amiga.

II.

Al verla Maria se levantó precipitadamente de su asiento, y exhalando un grito de alegría corrió á estrecharla entre sus brazos murmurando:

—¡Hermana mia!

Karïna correspondió á aquel abrazo, pero sus labios se contrajeron al posarse en los de su amiga.

Esta la condujo hácia los almohadones donde estaba sentada, y atrayéndola junto á sí, rodeó su cuello con sus brazos y la dijo con acento de dulce reconvencion:

—¡Tanto tiempo sin haberte visto!...

—Ya sabias que estaba viajando por Italia.

—¡Oh!... sí que lo sabía; pero cada dia que llegaba creia recibir con él alguna noticia tuya.

—No siempre era posible conseguirlo.

—Bien dicen los ancianos, que no hay cosa que enfrie más las amistades y los cariños creados en la infancia que una ausencia prolongada.

—No vayas á creer, María, que mi corazon haya cambiado en nada.

—Lo que sí puedo asegurarte es que he pensado en tí, mucho más que tú en mí.

—¡Qué niña eres!...

—Seré todo lo que tú quieras; pero al verme sola sin la única amiga que sabía comprender mi corazon, no he podido dejar de derramar lágrimas más de una vez.

—Yo tambien me he acordado de tí.

—Te marchaste de una manera tan precipitada... no quisiste ni aun despedirte de mí...

—Llevaba herido el corazon, murmuró Karïna con un acento indefinible.

—Ya comprendo; tu noble padre habia muerto, y...

—La muerte de un padre deja un vacío en el alma; el desden de un hombre causa una profunda herida en el corazon.

—¡Ah!...

Y María fijó los ojos en su amiga.

Las últimas palabras de esta la hicieron comprender que no era la muerte de su padre quien la obligó á buscar consuelo en lejanos países.

El misterio del viaje de Karïna dejaba de serlo para ella.

Así fue que la dijo:

—Ahora lo comprendo todo.

—Es imposible, María; no puedes comprenderlo, porque aun no has sentido.

—Tienes razon; pero dime, pobre amiga: si hay una historia de lágrimas en tu corazon, ¿por qué no has venido á confiársela á la amistad?

—Hay historias que se concentran en lo más escondido de nuestro pecho y que jamas dejamos que rebosen hasta los labios.

—Sí, pero la amistad tiene exigencias...

—Que muchas ocasiones no se pueden satisfacer.

—¿Por qué?

—Porque el satisfacerlas sería renovar los dolores de llagas que destilan sangre siempre.

—Veo que la distancia ha entibiado tu cariño.

—No comprendo en qué puedas fundarte.

—En otro tiempo no tenias secretos para mí.

—Lo mismo que hoy.

—No; tú sufres, tú has padecido, y no has pensado que yo tenia un deber en participar de tus sufrimientos ya que mis palabras no fueran suficientes á mitigarlos.

—Sería una crueldad en mí hacerte partícipe de mis penas.

—Más crueldad es rehusar á la amistad esa participacion cuando se desea de buena fe.

—Niña, para sufrir dolores siempre tienes tiempo; tú los padecerás propios, no tengas deseos de padecer los ajenos.

III.

Era tan cáustico, tan extraño el acento con que la griega pronunció aquellas palabras, que sin saber por qué María se estremeció.

Sus ojos se fijaron de nuevo en el semblante de su amiga como tratando de sorprender lo que en su corazon pasaba, y como la vez primera la fue completamente imposible.

Sin embargo, su curiosidad se habia despertado.

Y la curiosidad en las mujeres de todos los países y de todas las razas es la misma siempre.

María la sintió infinita, y aguijoneada por ella preguntó:

—Y ¿tú has amado, Karïna?

—Hasta el delirio, contestó la jóven.

—Era digno de tí?

—¿Crees que de otra manera habria podido corresponderle?

—¿Era de nuestro país?

—No.

—Y ¿te queria?

—Me lo dijo al ménos.

—¿Le creiste?

—Y ¿cómo no creerle cuando llevaba la seduccion en los labios y el amor en los ojos? ¿cómo no creerle cuando su corazon parecia escapársele del pecho para venir á posarse junto al mio?... ¡Oh!... era necesario ser de piedra para escucharle sin estremecerse.

—Y ¿te olvidó?

—Sí.

—¡Pobre amiga mia!...

IV.

Algunos momentos de silencio se siguieron á aquellas palabras.

Una nube de sombría tristeza se habia esparcido por el rostro de Karïna.

Tenia su acento un ligero timbre de despecho que María no pudo comprender.

La hija del rey de los búlgaros era demasiado inocente y demasiado buena para comprender en su amiga otra cosa que el dolor que la torturaba.

Así era que la contemplaba enternecida y trató de rodear con sus brazos el cuello de su amiga.

Pero esta se desprendió de ellos de una manera un tanto brusca, y dijo:

—Vaya, vaya, ¿ves lo que hemos conseguido con ocuparnos del pasado? Entristecernos y nada más. Volvamos á ser las antiguas amigas de la infancia sin penas y sin dolores; hablemos de cosas más alegres, hablemos de tí, de tí que vas á ser dichosa segun he oido.

A esas palabras se esclareció el semblante de María: toda la alegría concentrada en el fondo de su corazon subió hasta él, y preguntó anhelante á su amiga:

—¿Le has visto?

—¿A quién? interrogó á su vez Karïna con extraño acento.

—¿No me has dicho que sabias que iba á ser feliz?

—Sí.

—Entónces tambien sabrás quién es el hombre que tanto ha de contribuir á mi felicidad.

—Lo sé.

—Y ¿le conoces?... ¿le has visto, le has hablado alguna vez?

—¿Que si le conozco?... exclamó Karïna con explosion; pero conteniéndose de pronto, continuó: No, no le he hablado jamas.

—Pero tendrás noticias de él, puesto que por todas partes se ponderan sus hechos de armas. ¿No es cierto?

—Sí.

—Es galan, es noble, es valiente, ¿no es verdad?

—Sí.

—La mujer que esté unida con él debe enorgullecerse de semejante esposo. ¿No te parece?

—Sí, sí.

Hubo una entonacion tan acre, tan desesperada y al mismo tiempo tan sarcástica en la manera con que Karïna pronunció aquellos dos monosílabos, que María la miró sorprendida y no exenta de recelo, y la dijo:

—Amiga, tienes un modo de contestar á mis preguntas, que sin saber por qué me hace daño.

V.

Karïna se sonrió irónicamente y repuso:

—No sé qué hallas de extraño en mis palabras; me hablas de tu futuro, me ponderas sus bellas cualidades, pero hasta ahora te has olvidado de una de ellas, quizá la principal.

—No te comprendo.

—Tú, que tan bien enterada te hallas de las dotes que le adornan, no debes ignorar esta.

—¿Cuál es?

—Su inconstancia.

—¡Ah!...

Y María palideció al escuchar lo que su amiga la decia.

Esta la contempló con una expresion particular, y despues prosiguió:

—Siento decírtelo, pero creo que nuestra amistad me obliga á ello; á otra la dejária adormecerse por ese sueño de felicidad que causa el amor de un hombre, pero á tí no puedo hacerlo.

—¡Ay Karïna, y qué daño me estás causando! exclamó con voz dolorida la sobrina de Andrónico.

—Callaré entónces.

—¡Oh!... no; quiero saberlo todo.

—Pero...

—Tengo valor para ello, repuso la jóven haciendo un esfuerzo supremo.

—Yo no sé si al enlazarse Roger contigo, olvidará por completo su antigua vida; es muy posible, y en ese caso poco debe importarte su pasado.

—Pero ¿qué hay en él?... preguntó María fijando una mirada anhelante en su amiga.

—Hay mucho amor mentido, mucha esperanza burlada, muchas jóvenes envilecidas, muchas lágrimas y mucha desesperacion.

—¡Oh qué horrible es todo eso!

—Tiene una hija.

—Lo sé.

—Su vida de corsario, su existencia de soldado aventurero, están llenas de episodios galantes; su lengua de serpiente acaricia para destrozar; sus ojos enamoran para matar despues. Ese hombre ha ido sembrando su camino de flores que sólo han ofrecido abrojos. ¡Oh!... es muy terrible ese Roger de Flor.

—¡Calla por piedad!... murmuró María con voz desfallecida.

—Todo esto lo ignorabas tú, pero yo he corrido hasta llegar aquí, hasta verte y decirte: María, mi hermana querida, ántes de unirte con ese hombre piénsalo bien; ese hombre halaga para destruir; fascina, y despues no deja tras sí mas que una huella de llanto y amargura.

—¡Calla, calla!

—Callaré.

—Y sin embargo, exclamó María con una expresion de amor infinito, yo le amo, Dios mio, le amo y nada podrá hacerme que arranque de mi pecho esta pasion.

VI.

La mirada que irradiaron las pupilas de Karïna fue terrible.

María se hubiera estremecido á poder contemplarla.

Pero preocupada con su dolor, escondia el rostro entre sus manos.

Karïna dijo con voz sorda:

—¿Con que tanto le amas?

—Más que á mi vida; con un amor tan grande como el que pueden haber sentido todas esas mujeres de quienes me hablas, con un amor más grande que todos los que él haya podido inspirar.

—¡Pobre niña!... murmuró Karïna al cabo de algunos segundos, no te engañes tú misma creyendo que tú sola sabes amar; cada corazon de mujer es un arca cerrada donde hay un amor que no se concibe, que no estalla, que no muestra toda la fuerza hasta que el desden no le hiere; el dia en que llores desdeñada será cuando comprenderás que quieres, y entónces llorarás, y tu amor se alimentará sólo de lágrimas.

—¡Oh!... ¡calla, calla! me haces sufrir horriblemente... parece que te complaces en destrozarme el corazon.

—Y ese dia llegará, prosiguió Karïna desentendiéndose por completo de las

sentidas palabras de su amiga, ese dia no está muy lejano, y ¡ay de tí entónces!

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... ¡Esta mujer me va á volver loca!

Y María ocultó sollozando el rostro entre sus manos, y al través de los ebúrneos dedos brotaron algunas lágrimas que involuntariamente se escapaban de sus ojos.

Karïna la contempló de aquella manera profunda y terrible que caracteriza á la mujer celosa y vengativa cuando se encuentra frente á frente de la rival á quien detesta.

Una sonrisa intraducible vagó por sus labios.

Su alma saboreaba con cierta delicia cruel los dolores que aquella otra alma inocente y buena sentia.

Derramó en ella algunas gotas de la hiel que albergaba en su pecho, y se complacia contemplando su obra.

Al cabo de algunos minutos se levantó, y mirando á su amiga dirigióse hácia la puerta de la estancia murmurando con acento implacable:

—Principia á sufrir, yo he sufrido tambien mucho, muchísimo; ahora me llega á mí la vez de gozar en tus sufrimientos.

CAPÍTULO VIII.

Una mujer celosa y un hombre envidioso.

I.

Karïna salióse furiosa de la habitacion de María.

Creyó que sus palabras bastarian á desbaratar su matrimonio con Roger.

Se figuraba que ponderándola los defectos de aquel hombre la alejaria mucho más de él.

En su credulidad imaginóse que si María se enlazaba con el antiguo corsario lo hacia únicamente por obedecer á su tio.

Pero se encontró completamente defraudada en su esperanza.

María amaba á Roger.

Y le amaba con un amor superior á aquellos mismos desdenes que, segun Karïna manifestó, prodigaba tanto el jóven.

Por consiguiente, de aquella entrevista no sacó otro placer que el de envenenar un corazon que hasta entónces vivió tranquilo y feliz.

imp. de Lemercier.

MIGUEL PALEÓLOGO.

Mas ella no podia estar satisfecha con esto solo.

Necesitaba algo más.

Era preciso que Roger sufriese de otra manera, de un modo que pudiera satisfacer á ella, que tanto sufria y habia sufrido por él.

Dando vueltas en su imaginacion á mil proyectos distintos se dirigió hacia sus habitaciones.

Karïna cuando llegó á Constantinopla marchó inmediatamente á ver á Andrónico y á su esposa.

Unió en otro tiempo una gran amistad á su padre con el emperador, y este no quiso que la hija de aquel á quien amara con el afectuoso cariño de un hermano se separase de su lado.

Por lo tanto, pues, la jóven ocupó una habitacion en aquel vasto palacio.

Al penetrar en su estancia situada en el centro de una de las galerías, un hombre se cruzó con ella.

Al encontrarse dos exclamaciones exhalaron de sus labios.

—¡Kïr Miguel! dijo ella.

—¡Karïna! exclamó él.

El hombre era el hijo del emperador Andrónico.

—Pasad si gustais, señor, dijo Karïna por cuya mente cruzó una idea repentina.

—Veo que me tratas con demasiado respeto; sin duda has olvidado que tu padre fue el compañero de armas del mio, y que más de una vez en los floridos valles de tu país hemos jugado cuando éramos niños.

—Yo no olvido jamas las afecciones de la infancia.

—Entónces...

—Vuelvo á deciros que si quereis honrar mi habitacion con vuestra presencia...

—Guia tú, la dijo Miguel con acento cariñoso.

Karïna se inclinó respetuosamente delante de su príncipe, y franqueó la puerta de la estancia.

Kïr Miguel la fué siguiendo.

II.

El hijo de Andrónico tenia una de esas fisonomías casi vulgares, en las cuales no se encuentra rasgo ninguno que demuestre alguna de esas vehementes pasiones que en determinadas circunstancias hacen de un hombre un héroe ó un miserable: todo era vulgar en aquel personaje.

En sus labios delgados y ligeramente contraidos se advertia algo de doblez, algo de envidia, pero sin que estuviese desarrollada, sin que aquella pasion pudiera decirse que avasallaba su corazon.

En otra época se habia hablado en la córte de su próxima union con su prima María, pero sin saber cómo estos rumores se desvanecieron y el matrimonio no tuvo efecto.

Y los dos primos continuaron viéndose sin que nada demostrase que entre ellos mediase en otro tiempo excision alguna.

Sin embargo, profundizando en el corazon de Miguel se encontraba algo.

Su amor propio estaba herido.

Fue cierto que se trató de casarle con la hija del rey de los búlgaros.

Pero María significó á su madre con harta claridad el disgusto que la causaria el unirse con un hombre á quien no amaba, y la madre, que queria á su hija con delirio, no quiso por ningun estilo forzar su voluntad.

Andrónico participó á su hijo la respuesta de su prima, y aunque Miguel se sonrió con indiferencia, su corazon resintióse extraordinariamente de aquel desaire.

Pero no lo demostró nunca.

Vió á María y no la hizo reconvencion ninguna.

Más tarde, cuando se habló del casamiento de la jóven con Roger, fue cuando no pudiéndose contener más, dijo:

—Pero, señor, pensad que elevais demasiado á ese hombre; pensad que es un oscuro aventurero el que quereis unir á la noble sangre de los Paleólogos, y que por más que sea valiente y aguerrido, su valor se compra con dinero.

Pero Andrónico estaba resuelto y nada le hizo ceder.

Maria asintió á aquella union, y Miguel ocultó su despecho de la misma manera que ántes la herida de su amor.

Más tarde por razones de alta conveniencia ofreció su mano á otra princesa de su misma familia llamada Catalina, de quien en otra ocasion nos ocuparémos, y comprenderán nuestros lectores si aquel príncipe era capaz de hacer feliz á álguien que directa ó indirectamente tuviera que rozarse con él.

Tal era el hombre con quien Karïna departia, y frente al cual permanecia de pié en el interior de sus habitaciones contemplándole de una manera respetuosa.

III.

—Ven, Karïna, la dijo Miguel, siéntate junto á mí como en otro tiempo.

—Han cambiado las circunstancias, señor, repuso la jóven; en la época á que os referis éramos niños ambos, miéntras que hoy el niño se ha convertido en hombre, y el hijo de Andrónico es hoy el general de su ejército y el *sebastocrator* (1) del imperio.

(1) En el imperio de Bizancio se conocian cuatro dignidades supremas, la de *sebastocrator* que era la de Miguel; la de *césar*, que más tarde obtuvo Roger; la de *protovestiaro* y la de *megaduque*, que fue la primera que se concedió al valiente aventurero.

—Y ¿todo eso te retrae de mi lado? ¿todo eso crees que haya influido para algo en mis sentimientos? Ademas, ya ves que en el reino de mi padre, prosiguió Miguel con cierta irónica amargura, los títulos se prodigan de una manera que hasta mengua su dignidad, y de nada importa que yo sea *sebastocrator* cuando á un Roger de Flor, á un aventurero un poco atrevido, solamente porque viene á ponernos á sueldo su espada y su gente, mi padre le ha nombrado *megaduque*.

Karïna contempló atentísima al hombre que tenia delante.

Las palabras que salieron de sus labios fueron para ella un rayo de luz.

La demostraron con sobrada elocuencia que Miguel tenia envidia.

Y con esa rapidez de concepcion que tienen las mujeres comprendió que aquella pasion hábilmente explotada podia darla maravillosos resultados.

Asi fue que dijo:

—Verdaderamente, señor, vuestro padre y mi dueño ha procedido con alguna ligereza al conceder á un hombre de no muy claros antecedentes un título para el cual en Grecia se han exigido tantas y tan relevantes circunstancias.

—Mi padre está entusiasmado con ese hombre, cree que solamente con saber los turcos que él está aquí van á huir á la desbandada y á dejarnos libres para siempre.

—Pero eso es hasta rebajar la dignidad de sus propios soldados; es, y permitidme que lo diga, señor, es hasta deprimiros á vos mismo, que en vuestra calidad de generalísimo de las tropas griegas, si bien habeis sufrido algunos descalabros, en cambio otras veces os ha coronado la victoria.

—Pues todo eso se olvida para no pensar mas que en ese hombre.

—¡Ah!... y si le conocierais vos, más os sublevariais contra las distinciones que vuestro padre le prodiga.

—¿Le conoces? preguntó Miguel vivamente.

—¿Os olvidais que hace dos dias he llegado de Italia, y que el mismo en que yo abandonaba á Mesina lo hacia tambien Roger con su escuadra?

—Pero ¿le has tratado?

—He oido hablar mucho de él.

—Y... ¿qué tal?

—Segun mis noticias, contestó Karïna con intencion, no es digno del favor que vuestro padre le dispensa.

—¡Oh!... mi padre está ciego por él. Imagina que con su venida tiene asegurada ya la salvacion del trono, como si en sus estados no tuviese guerreros suficientes para expulsar á sus enemigos.

IV.

Karïna sonrió de una manera bastante equívoca al escuchar estas palabras de Miguel.

Todo aquello no eran mas que baladronadas, pronunciadas en un acceso de despecho.

Las huestes de Miguel fueron batidas en más de un encuentro que tuvieron con los turcos, y por lo tanto no era lógico que los griegos abandonados á sus propias fuerzas consiguiesen arrojar de su patria á los enemigos que habian tenido tiempo de irse enseñoreando en ella.

—Te sonries, Karïna? exclamó Miguel fijando una mirada escrutadora en el semblante de la jóven.

—Me sonrio al considerar la falta de tino de vuestro padre en esta ocasion.

—Es cierto.

—Llama á un soldado extranjero, y no contento con los excesivos gastos que tiene que hacer para sostener esa expedicion, concede á su jefe una de las primeras dignidades del imperio y lo enlaza con su familia casándole con su sobrina María. ¿No lo mereciais vos mucho más?

V.

Las palabras profundamente intencionadas de la griega fuéron á dar en el blanco.

Aquella era la parte vulnerable del corazon de Miguel, que se inmutó al escucharlas murmuró:

—Es la voluntad de mi padre...

—Y ahora recuerdo... continuó Karïna con la mayor inocencia. ¿He soñado ó es cierto que se habló de un casamiento entre vos y vuestra prima?

—No lo has soñado, es cierto, contestó Miguel con sorda voz.

—Y ¿cómo no se llevó á efecto? ¿No fue acaso de vuestra aprobacion?

—Sí.

—Entónces...

—Se desbarató por necesidad.

—No comprendo.

—Ese casamiento fue el sueño de un dia.

—Luego vos...

—No ha sido mia la culpa.

—Pero ¿amabais á María?

—Sí.

—¡Ah! ya lo adivino. ¿Ella no os ha correspondido?

—Has adivinado.

A estas palabras se siguieron algunos momentos de silencio.

Al poner Karïna el dedo sobre la llaga abierta en el corazon de Miguel, destiló todavía algunas gotas de sangre.

Aquella sangre ahogó la voz en su garganta, y no pudo formular sonido alguno.

En aquel momento los celos, la envidia y el despecho rugieron en su pecho.

—¡Qué dichoso es Roger! murmuró Karïna con cierta indiferencia.

Cada una de aquellas palabras era un dardo que heria profundamente la sensibilidad del hijo de Andrónico.

La griega le contemplaba intensamente.

Estaba satisfecha de su obra.

En aquel hombre encontraba materia perfectamente dispuesta para secundar sus planes.

Si él no hubiera estado tan preocupado con las distintas sensaciones que aquella conversacion le hizo experimentar, de fijo que la sonrisa que vagaba por los labios de Karïna le diera á conocer que sus palabras ocultaban una segunda intencion.

Karïna, volvemos á decir que estaba satisfecha. En María no encontró el instrumento que necesitaba, pero en cambio Miguel respondia perfectamente á sus deseos.

Al cabo de algunos momentos dijo:

—Y decidme, señor: ¿María obedece simplemente al emperador al dar su mano á Roger, ó lo hace impulsada al mismo tiempo por el cariño?

—Le ama, exclamó con voz sorda el jóven.

—Pero ese hombre es indigno de ella.

—Ya lo sé.

—La sobrina de Andrónico no puede descender nunca á dar su mano á un triste aventurero, á un hombre que principió por ser templario para convertirse despues en pirata: á un hombre que en su larga carrera de aventuras no ha sembrado mas que llanto y desolacion por todas partes, á un hombre en fin de antecedentes tan oscuros como claros y nobilísimos son los del linaje de los Paleólogos.

—Sin embargo, mi padre lo quiere.

—Vuestro padre está fascinado ahora: quizá algun dia se arrepienta de la proteccion que concede á un hombre semejante. Lo mismo María tendrá que llorar una vez consumada una union que no puede dar de sí mas que lágrimas y desesperacion.

—Pero ¿estás segura de lo que dices?

—Si hubierais viajado por Sicilia como yo, si hubierais estado en Corfú y en Chio, si hubierais recorrido esos sitios donde Roger ha posado su planta, habriais visto pobres mujeres que lloran su abandono, padres que en vano han solicitado la rehabilitacion de sus hijas, y esposos que inútilmente han buscado las esposas que el temible pirata les arrebató.

—Pero es una historia de crímenes la que estás contando.

—Es la historia de Roger.

—Y ¿á semejante hombre quiere mi padre igualar con su propio hijo y entregarle la más noble doncella de Bizancio? ¡No puede ser!

—Vos no debeis consentir: trata de menoscabar vuestra dignidad; trata de rebajar vuestra categoría, y yo por mi parte no apruebo ni aprobaré nunca la conducta que ha seguido el emperador mi señor.

—¡Oh Karïna! cuánto bien me hacen tus palabras.

—¿Por qué no hablais á vuestro padre?

—Es inútil. El emperador está fascinado por los hechos que le han referido de Roger.

—Eso es un mal; sin embargo, no debemos abatirnos ante un contratiempo: es necesario pensar y vencer á ese enemigo.

—Tienes razon.

VI.

Karïna inclinó la cabeza sobre sus manos en actitud pensativa.

Su proyecto marchaba perfectamente.

Excitando la envidia de Miguel respecto al hijo del halconero de Coradino, le creaba un enemigo poderoso que en un dia determinado, é impulsado por ella, podia aplastarlo bajo el peso de su poder.

En el corazon de Miguel existian dos pasiones: los celos y el orgullo.

Estas dos pasiones hábilmente explotadas podian dar maravillosos resultados.

Así fue que alzando de pronto la cabeza exclamó:

—A toda costa es necesario deshacerse de ese hombre.

—¿Qué dices, Karïna?... exclamó Miguel sorprendido.

—¿Vos comprendeis que un hombre como Roger sea digno de todo cuanto vuestro padre trata de hacer por él?

—Con lo que tú me has referido, imposible es que lo comprenda.

—Por lo tanto debeis estar resuelto á impedir que suceda lo que puede suceder, si á la ambicion de ese hombre se le da alas.

—Y ¿crees que positivamente exista un peligro para mi patria en la venida de la hueste catalana?

—No teneis mas que observar las condiciones estipuladas con vuestro padre para concederles esos socorros: ya veis los sueldos y las exigencias que tienen; ya veis que muchos traen á sus mujeres y á sus familias, que la primera condicion que han impuesto ha sido la de que pelearán bajo las enseñas de su patria, siendo así que viniendo al servicio de una nacion extranjera y pagándoseles por ese servicio, justo era que combatiesen bajo las enseñas de aquella nacion.

—Es cierto.

—Esto os probará que hay una intencion dañada por parte de esa gente.

—Pero ¿qué intencion crees tú?...

—Roger es ambicioso; Roger ha visto aquí una nacion rica y poderosa, pero que por circunstancias especiales tenia necesidad de auxilios mercenarios. ¿No es

factible que Roger haya creido hacerse fácilmente un reino de ese pueblo que viene á defender?

—¿Qué dices?

—Lo que pienso: lo que creo: lo que casi afirmaria en virtud de las noticias que tengo acerca del futuro esposo de María.

VII.

Era tan nuevo todo lo que Miguel estaba oyendo, se veia tanta sutileza en las palabras que la jóven pronunciaba, que el hijo de Andrónico no podia ménos de creer que positivamente existia un peligro para su patria con la llegada de aquel hombre.

La jóven hablaba á su ambicion, hablaba á su amor, y hablaba al mismo tiempo á la seguridad en heredar el trono de su padre.

Karïna estudiaba en la fisonomía de Miguel las sensaciones que experimentaba, y daba gracias á la estrella que le proporcionó aquella entrevista cuando abandonaba la habitacion de María, furiosa por el ningun resultado obtenido en la conversacion que acababa de tener con ella.

—Pero es demasiado grave cuanto estás diciendo, replicó Miguel.

—En esa gravedad es en lo que hemos de pensar; quizá yo pudiere equivocarme, quizá todos mis cálculos salgan fallidos, de lo cual yo me alegraria mucho; pero desgraciadamente todas las probabilidades están en favor de que se realice.

—¿Qué hacer pues en ese caso?

—Atacar de frente al coloso.

—No te comprendo.

—No perderle de vista un momento y desconfiar siempre de sus acciones; desconfianza que nos permite no engañarnos por nada de cuanto haga, y arrojarnos sobre él en el primer momento que trate de vendernos.

—Tienes razon.

—Vos contais con el aprecio de vuestros soldados: los alanos especialmente os son adictos, y conviene que os ganeis mucho más su aprecio por medio de agasajos y dádivas que os lo aseguren más en el momento en que los necesiteis.

—Eso desde luego; George que es su jefe pertenece al número de mis favoritos, y yo lo distingo con mi mayor aprecio.

—Tambien convendria que sembraseis cierta desconfianza entre los griegos y los catalanes que han de llegar; pero esto con suma habilidad, de una manera que ellos mismos no lo conozcan. ¿Comprendeis?

—Lo comprendo, Karïna; tú sin duda has vuelto á este país para ser mi ángel bueno; tus consejos y tus palabras me fortalecen.

—Y ¡todavía me reprochabais suponiendo que me habia olvidado de la antigua amistad de nuestra infancia!... Quien os habla así no ha dejado nunca de conservaros en su memoria.

—¡Oh Karïna! perdóname; pero en la situacion en que yo me encuentro, me he visto obligado á no creer en nada.

—Pues yo os obligaré á que creais en mi amistad, contestó la griega destellando sobre Miguel una mirada enloquecedora.

La llama que ardía en los ojos de la jóven prendió tambien en los del hijo de Andrónico, quien murmuró:

—Y ¿por qué no creer en tu amor?

—¡Oh! dejáos ahora de eso, repuso Karïna con una inflexion de voz tierna y armoniosa. Dejad á la amistad que vele por vos, que para el amor queda tiempo de sobra.

Y de esta manera continuaron todavía hablando algunos instantes, hasta que por fin Miguel abandonó la estancia de la griega sumamente impresionado por todo cuanto esta le habia dicho y por los maravillosos encantos que poseia.

En cuanto á la jóven, al verlo alejarse se sonrió de una manera particular y murmuró:

—¡Anda con Dios, imbécil! sírveme en lo que yo quiero, que mi amor no te pertenecerá nunca: he amado á un hombre demasiado, y aquel hombre valía más que tú.

CAPÍTULO IX.

Llegada á Grecia.

«Y tan cerca tuvo un dia
del turco el temido azote,
que desde su lecho el trote
de los caballos oia.»

G. Gutierrez.—Venganza catalana.

I.

El imperio de Oriente fue un imperio formado á fuerza de sangre, y durante el trascurso de los años se iba desmoronando poco á poco de la misma manera que el tiempo destruye dia por dia los robustos cimientos de la más sólida fortaleza.

El altivo trono de los Paleólogos se bamboleaba amenazando una próxima caida.

Aprovechándose de la debilidad del último emperador griego los turcos invadieron el territorio de Andrónico.

Todas las naciones tienen sus períodos de ascension y decadencia.

El imperio griego caminaba por los mismos pasos que la antigua Roma de los césares.

Desmoralizado su ejército y debilitadas sus fuerzas, no pudo resistir el poderoso empuje de los bárbaros, y sus huestes fueron desbaratadas en uno y en otro encuentro sin que los soldados helenos pudieran reponerse del pánico que sus descalabros les causaban.

Los turcos estaban envalentonados.

Por donde quiera que iban, el hierro, la sangre y el incendio dejaban esculpidas las huellas de sus pasos.

Las feraces llanuras de aquel dilatado territorio eran taladas, y no pasaba dia, segun refieren varios historiadores contemporáneos, sin que quedase registrada en la historia de las calamidades que pesaban sobre aquel país la toma de algun pueblo cuyos habitantes eran pasados á cuchillo y sus mujeres vendidas en los bazares de las ciudades musulmanas.

Las gentes que habitaban en el campo, huyendo de aquel terrible azote se refugiaban en las ciudades.

La carencia de recursos se hizo sentir; á la escasez siguió la miseria, y la peste fue la consecuencia lógica de aquellos males.

Los cadáveres estaban hacinados en las calles, los moribundos se agitaban entre los horrores de una agonía lenta y dolorosa en habitaciones demasiado estrechas para contener tal aglomeracion de vecinos, y los templos se veian constantemente invadidos por una multitud, que con lágrimas en los ojos y con luto en el corazon, rogaban al Todopoderoso que tuviese piedad de aquella desgraciada nacion.

Por entónces y terminada ya la guerra de Sicilia con Aragon, el rey Federico indicó á Roger las ventajas que reportaria pasando á Oriente en auxilio del emperador Andrónico.

Este aceptó con gusto y con un reconocimiento extraordinario la oferta del antiguo pirata, y la flota partió para Constantinopla, segun hemos dicho ya en otro lugar.

II.

Roger de Flor es una de las grandes figuras de aquella época.

Reina alguna oscuridad en su orígen, pero se sabe que su padre fue uno de

los favoritos del famoso Coradino el degollado, y que el hijo heredó del padre su valor á toda prueba y su heróica altivez.

Templario en sus primeros años, no se avenia con su fogosa imaginacion ni ardientes deseos el ascetismo del noviciado del templo.

Así fue que abandonando un dia el monasterio se le vió aparecer poco tiempo despues mandando una galera y surcando las aguas del Adriático.

Segun dice un historiador, pocas veces se habrá visto un capitan corsario más galan ni más espléndido.

Jamás sus abordajes se mancharon con la sangre de víctimas indefensas.

Roger necesitaba llevar la vida de un príncipe, y cuantos buques cruzaban las aguas de aquellos mares tenian que pagarle tributo para ayudar á sostenerle.

Cansado de su vida de pirata, al estallar la guerra de Sicilia ofreció sus servicios á Federico.

Este los aceptó, y sus hechos de armas forman las primeras páginas de la epopeya de su vida; páginas doblemente enriquecidas en el corto tiempo que trascurrió desde su llegada á Grecia hasta su fallecimiento.

Las paces ajustadas entre Sicilia, Nápoles y Francia dejaron sin ocupacion á un número bastante crecido de catalanes y aragoneses, almogávares en su mayor parte, gente bravía y batalladora, que no podian soportar la paz y que eran hasta cierto punto un elemento de desórden en cualquier nacion donde no hubiese guerra.

Roger reunió todos aquellos hombres aguerridos en número de ocho mil próximamente, y con ellos marchó á Oriente dejando en Sicilia á su hermano de armas Berenguer de Entenza, á fin de que fuera reclutando más gente.

III.

Ya vímos en otro lugar la salida de Mesina de la expedicion catalana.

Pocos dias despues la escuadra doblaba el cabo de Matapan, y daban por terminada aquella famosa cordillera Helénica, donde se encuentran el Pindo, el Parnaso y el Helicon, montes tan celebrados por la mitología, y en cuyas fuentes de Hipocrene y Aganipe han bebido tanta inspiracion los poetas de todas las naciones y de todos los tiempos.

Desde los puentes de sus galeras vieron los expedicionarios la célebre Cythera, donde es fama que aportó Vénus en una concha de nácar.

Cada bordada que daban los buques por aquellos mares hacia brotar en la imaginacion del soldado poeta que iba en la expedicion, de Ramon Muntaner, un recuerdo, una nota de sublime armonía con la cual más tarde debia el valiente catalan embellecer su crónica.

Las costas de Morea, Malvasia la de los ricos vinos, Páros y Sciros las de los mármoles trasparentes, Ténedos que forma casi la entrada del mar Egeo, Chio

patria del cantor de la Ilíada, el Helesponto, la tierra donde vieron la primera luz Pítaco y Safo, es decir, la sabiduría y la inspiracion, uno de los siete sabios de Grecia y la décima musa, vieron pasar ante ellos aquella escuadra donde un puñado de héroes iban á imitar una de aquellas hazañas cantadas por Homero.

Algunos dias despues la flota penetraba en los Dardanelos.

A un lado tenian la patria de Platon, de Apéles y de Perícles: cuna de la ciencia, del genio y del valor.

Al otro la rica y espléndida naturaleza del Asia Menor, que se asemejaba á una inmensa alfombra de esmeralda cortada en distintas direcciones por anchas y extensas cintas de plata.

Sobre aquellas fértiles praderas se asentó en otros tiempos el Olimpo; allí está el monte Ida, famoso por el juicio de Páris; las ruinas de Troya, inmortalizadas por el cantor de Aquíles, y otros cien lugares que son otras tantas hojas de inmarcesibles recuerdos que á cada momento vigorizan la brillante imaginacion de los poetas.

Por fin las galeras expedicionarias llegaron á distinguir los altos minaretes de la antigua Bizancio.

Constantinopla, situada en la extremidad oriental de Europa, bañada por el mar de Propóntida por una parte y por el Bósforo de Tracia por otra, con su magnífica rada, con sus murallas flanqueadas por robustas torres, con sus palacios majestuosos, con sus cúpulas, con sus columnas, con sus obeliscos y con su famoso *Acrópolis* (1), se ofreció á la vista de los valientes expedicionarios.

Estéban Marsala, el gran *drungario* ó introductor de embajadores de la córte bizantina, fué acompañado de varios dignatarios del imperio á saludar á Roger en nombre de su señor.

Inmediatamente que se esparció por la poblacion la noticia de la llegada de los expedicionarios, todo el pueblo acudió á los muelles y á las murallas para saludar á aquel puñado de defensores que les llegaban del lado opuesto de los mares.

IV.

Todos los autores están contestes en que la llegada de los bravos expedicionarios á Grecia fue un dia de alegría y entusiasmo para los abatidos helenos.

Solo un brazo de mar, dice un historiador, separaba á los turcos de Constantinopla, en términos que, segun la bella expresion del señor García Gutierrez, Andrónico podia escuchar desde su lecho el trote de los caballos de aquella falange islamita.

La presencia de aquellos hombres esforzados habia naturalmente de tranquilizar y reanimar el abatido espíritu de Andrónico.

Roger y sus capitanes desembarcaron inmediatamente.

(1) El Acrópolis, fortaleza que defendia la entrada del puerto.

Algunas horas despues todo aquel famoso cuerpo de almogávares estaba formado en batalla en el puerto de Bizancio.

Al verse el hijo del emperador y Roger, ambos comprendieron que no estaba muy lejano el dia en que el uno y el otro se declarasen una guerra encarnizada.

El jóven príncipe no pudo disimular un ligero movimiento de despecho al comparar la robustez y las hercúleas formas de aquellos guerreros que acompañaban al atrevido caudillo, con la afeminacion que se advertia en los soldados griegos.

—Mi padre me envia á saludaros en su nombre y á significaros la profunda satisfaccion que le causa vuestra llegada á sus estados.

—Noble príncipe, repuso Roger, mayor aun que la satisfaccion de vuestro padre es la mia; desde hoy consagraré todos mis esfuerzos á devolver la tranquilidad y la dicha á un pueblo al cual desde este instante considero como mio tambien.

V.

Estas palabras, como es consiguiente, acrecentaron más los recelos de Miguel.

Excitado por lo que le dijera Karïna acerca de que ya consideraba aquel pueblo como suyo, veia la confirmacion de las sospechas que en su ánimo fluctuaban.

Todo el pueblo aclamaba entusiasmado la indomable fiereza y el atrevido continente de aquellos bravos soldados.

Los mismos oficiales griegos no podian ménos de reconocer la superioridad de aquellas tropas.

Andrónico habia reunido toda su córte para recibir dignamente á Roger.

María esperaba anhelante la llegada de su futuro esposo. Todo cuanto le manifestara la griega, si bien le causó esa horrible punzada de los celos, no fue suficiente á entibiar el amor que sentia.

No conocia á Roger: únicamente tenia noticias de sus hechos, y las mujeres en general aman todo lo grande, todo lo bello, más aun que la parte física del hombre con quien simpatizan.

Todo cuanto Karïna la manifestó sólo pudo servir para hacerla pasar dos noches de insomnio que estamparon al rededor de sus ojos ese círculo amoratado, clara significacion de largas horas de vigilia y padecimientos morales.

Al lado de María estaba la princesa Irene, su madre y Karïna, y en derredor de estas todo lo más hermoso que el imperio griego ostentaba en los rostros de sus mujeres.

Karïna estudiaba en el semblante de su amiga las impresiones que minuto por minuto iba sintiendo.

Cuando comprendió que el amor dominaba por completo en su pecho, se mordió los labios con cólera y dijo:

—¡Cuánto tarda Roger! ¿No es cierto, María?

—Tal vez aun no hayan desembarcado las tropas que le acompañan.

—Tras de esos hombres acostumbra ir siempre una falange de mujeres compuesta de las esposas ó las amadas: puede que tu futuro esposo traiga tambien algunas de sus muchas concubinas.

—Calla, contestó con sequedad la jóven. Te prohibo que en lo sucesivo me hables de Roger en los términos que hasta ahora lo has hecho: si su conducta presente borra todo su pasado, jamas le diré una palabra; pero si no fuese así, procederia de la manera que exigiese mi decoro ultrajado.

La griega arrojó una mirada profunda á su amiga y permaneció silenciosa.

Momentos despues una confusa gritería llegó hasta los oídos de las personas reunidas en el inmenso salon de recepciones de la morada imperial.

—¡Ya están ahí! exclamaron todos.

Andrónico apareció luego, y colocándose cada uno de aquellos personajes de la manera que la etiqueta griega exigia, aguardaron impacientes la llegada de los catalanes.

VI.

Por fin se anunció la del valiente caudillo.

Todas las miradas se fijaron en la puerta de la estancia.

Roger apareció en ella.

Al verle una ligera exclamacion de infinita alegría se escapó de los labios de María.

El rostro de Karïna se cubrió de mortal palidez.

Jamas el jóven siciliano se habia presentado más apuesto y más galan.

Ya hemos dicho que Roger era de los mejores caballeros de su época.

Su rostro, cuyas facciones eran de una regularidad perfecta, llevaba impreso el sello de su varonil esfuerzo, de su voluntad de hierro, de aquella indomable fiereza que le conquistó un nombre en sus más tiernos años.

Su traje de córte realzaba su belleza física.

La mayor parte de los oficiales que le acompañaban eran jóvenes tambien; pero él descollaba entre todos como una roca en medio del mar.

María sintió en aquel momento no tener doble vista para contemplar á aquel hombre que la sedujo sin conocerla, y que al verlo sentia que su corazon volaba hácia él.

Karïna por su parte no pudo resistir al brillo de la mirada del antiguo corsario.

Los pasados recuerdos punzaron de nuevo su alma, y concentró toda su vida en él.

Andrónico descendió hasta la primera grada de su trono, y dijo con afectuoso acento:

—Aproximáos, *megaduque*, aproximáos vos y vuestros caballeros; los que tanto vienen á honrar mi córte, deben estar á mi lado.

Con gentil desembarazo se adelantó Roger hasta los piés de aquel trono que iba á sostener, y arrodillándose ante Andrónico hizo ademan de besarle la mano.

Pero el emperador no le dió tiempo.

Le tendió sus brazos y haciéndole levantar le dijo:

—Quien como vos viene á ser uno de los miembros de mi familia, no á mis piés sino junto á mi corazon debe estar.

—¡Oh!... señor... tanta honra...

—Toda os la mereceis.

Y al par que esto decia, abrazaba con efusion á Roger y á algunos de los capitanes que este le presentó.

—Todos venimos dispuestos, dijo el valiente caudillo, á sacrificar nuestras vidas en defensa de vuestro trono, y os aseguro, señor, que los enemigos de vuestra patria, que desde hoy es la nuestra, tendrá que humillarse ante el poderoso empuje de nuestros soldados que tratarán una vez más de demostrar que no olvidan nunca la tierra donde han nacido.

VII.

Una mirada que se cambió entre Miguel y George el príncipe de los alanos, demostraba bien claro que las últimas palabras del caudillo catalan fueron recogidas por ellos.

—Gracias, mis nobles amigos, repuso Andrónico, gracias. ¿Cómo podré pagaros cuanto haceis por mí?...

—Señor, demasiada recompensa nos dais, ofreciéndonos ocasion de conquistar otra corona de gloria; y los hijos de Cataluña y los leones de Aragon tienen suficiente con eso; á mí particularmente me añadís una dignidad en vuestro imperio, y, como si eso os pareciera insuficiente, me concedeis la mano de un ángel de vuestra familia; si esto os parece poco, yo lo juzgo muy superior á mis merecimientos. Tal es mi opinion. Más acostumbrado á manejar la lanza y embrazar el escudo que á las pláticas cortesanas, ignoro si me expresaré bien, pero de cualquier modo, lo que digo es la fiel expresion de los sentimientos que me animan.

Ya hacia algunos momentos que Roger concluyera de hablar, y aun le escuchaba María.

Andrónico se aproximó á ella y cogiéndola una mano la atrajo dulcemente hácia sí, diciendo á Roger:

—Amo á mi sobrina como si fuera mi propia hija; no puedo daros mayor prueba de gratitud que entregaros este pedazo de mi corazon; hacedla feliz amándola como yo, porque así me amaréis á mí tambien.

VIII.

María inclinó la vista ruborizada.

Estaba tan hermosa en aquel momento en que el amor y el pudor se reflejaban en su semblante, que el jóven no pudo ménos de caer de rodillas ante ella murmurando:

—¡Oh señor! yo habia soñado con una felicidad, pero vos me dais un paraíso; yo conquistaré tanta gloria para depositarla á los piés de la mujer que me ofreceis, que he de hacer con ella un pedestal imperecedero, do á la par que vuestro nombre se esculpa por la ventura que me dais, el mio subsista siempre por lo inconcebible de mis hechos, los cuales siempre serán impulsados por la mujer que desde hoy será dueña de mi alvedrío.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, imprimia sus labios en la mano que la jóven abandonó entre las suyas.

Aquel beso abrasó su piel, y un fuego encendió con ardor desconocido aquel corazon que jamas habia amado.

Miguel contemplaba con una expresion indescribible aquella escena.

Karïna se puso lívida, y aproximándose á Miguel le dijo con voz opaca.

—Perdeis una mujer á quien amais. Cuenta que no perdais tambien un trono que os pertenece.

CAPÍTULO X.

La flor del valle.

I.

A dos leguas escasas de Constantinopla existe un valle enclavado entre dos colinas, cubiertas de frondosas arboledas que se prolongan entre suaves declives hasta perderse en las dos llanuras opuestas.

De entre la garganta formada por aquellas dos eminencias brota un arroyuelo que se arrastra humilde y cariñoso por entre campos de verdura enriquecidos con una asombrosa vegetacion.

Desde la sencilla violeta hasta la altanera rosa todas las flores conocidas esmaltan su suelo.

Arboles cuyas altivas copas se elevan desafiando al espacio entrelazan sus ramas y forman con ellas verdes y fragantes pabellones por entre cuyos pliegues se desliza con timidez algun rayo del tibio sol de Oriente.

Aves de pintadas plumas y de argentinas gargantas anidan en las copas de aquellos árboles.

Mariposas de alas matizadas de cien colores vagan de flor en flor en caprichosos giros llevándose en cambio de los besos que las imprimen el néctar que ocultan en sus cálices.

Allí no hay caminos ni senderos, sino hojas y flores, respirándose únicamente pureza y perfumes.

Allí el alma se dilata en una de esas delicias infinitas, en medio de las cuales genios invisibles la conducen hasta los piés de la divinidad para que se identifique con ella.

El ambiente que en el valle se respira es tan puro como el que podrian producir las alas de un querube al agitarse sobre la frente de un mortal.

II.

En lo más poético, misterioso y encantador de aquel valle se encuentra una casita.

Se asemeja á una blanca paloma recostada sobre un lecho de esmeraldas.

Mas bien que la habitacion de un mortal parece ser una mansion de hadas.

La hiedra, los jazmines y otras varias plantas trepadoras se elevan desde el suelo festoneando su puerta y sus ventanas.

Aquella casa es la única que en el valle existe.

¿Por qué se exhala de aquella vivienda una fragancia de pureza y castidad que puede competir con la que brota del valle?...

Hay una asimilacion tal entre las flores y la casa, que pudiera decirse que siendo aquellas los únicos habitantes de semejante eden, la casa debia ser la mansion de la reina de las flores.

Los pajarillos se posan en sus ventanas, los árboles inclinan dulcemente sus ramas sobre ella para darle sombra, y las flores alzan sus tallos para ofrecerla mejor los tesoros de sus aromas.

Efectivamente, en aquella casa mora una hada.

Miradla, acaba de salir el sol y al llamar á su puerta no ha podido permanecer sorda al llamamiento.

Imp. de Kaemcke.

FLOR DEL VALLE.

Blanca como las azucenas, azules sus ojos como la inmensa cortina del firmamento, dorados sus cabellos como las hebras de oro, hay en aquella mujer una emanacion de virginidad y de pureza, de hermosura y de candor que al esparcirse por el valle le presta toda aquella poesía, toda aquella inefable delicia de que hemos hablado anteriormente.

Al aparecer el sol ha acariciado su semblante, los pájaros la saludan en su armonioso idioma, y las flores se humillan ante su planta ofreciéndola su aromada alfombra.

III

El hada de aquellos lugares es casi una niña.

Apénas la blanca luna de enero ha alumbrado diez y seis veces su existencia.

Una flotante túnica de blanco lino envuelve su seno más níveo que su ropaje.

Sus destrenzados cabellos cubren la parte superior de su cuerpo salpicándolo con sus hebras de oro.

Una ligera sandalia oprime sencillamente un pie de niña nacarado y brillante.

Al aparecer en medio del valle, sus ojos húmedos por el rocío matutino se alzan al cielo con una expresion angelical.

Y el cielo se sonrie, y disipa sus blancas brumas mostrándose en toda su nitidez y trasparencia.

Los labios de la niña no murmuran una sola palabra.

Su alma es la que habla, y el lenguaje de las almas carece de sonidos.

Da gracias al Creador por el nuevo dia que concede á su existencia.

Y para hablar á Dios son inútiles las palabras; basta el sentimiento.

La naturaleza se muestra satisfecha de su hechura y su aliento divino acaricia la blanca frente de la niña.

Esta se dirige á los pocos momentos á lo más espeso del valle.

Al pié del manantial se encuentra una especie de balsa.

Sus aguas cristalinas parecen un espejo en el cual se contemplan con coquetería las flores que nacen en sus orillas.

La niña se sienta en medio de las flores.

Descalza sus piés, y los sumerge en los líquidos cristales.

Las ramas de los sáuces se inclinan púdicamente sobre ella.

Despues de lavarse los piés, sus manos lavan tambien su cara y una sencilla guirnalda de flores se entreteje con sus dorados cabellos.

IV.

Hechas ya sus abluciones de la mañana, se dirige de nuevo hácia la casa.

Un anciano sale á recibirla hasta la puerta.

Conforme ella es el tipo de la pureza y del candor, el anciano es el tipo de la honradez y de la virtud.

Sin embargo, en la frente de aquel hombre se ven algunas arrugas que demuestran con harta claridad que no siempre su existencia se ha deslizado tan tranquila y tan feliz como entónces.

La jóven se le acerca cariñosamente.

Enlaza los brazos á su cuello y deposita un beso lleno de cariño en el rostro venerable del anciano.

—Hija mia, la dijo este, ¿has dirigido ya tus preces al Eterno por la inmensa dicha que nos proporciona dejándonos contemplar otro dia más las maravillas de la creacion?

—Sí, padre mio, contestó la jóven con un acento tan dulce como el sonido de una arpa divina pulsada por las manos de un querube.

—Perfectamente, Angelina, no te olvides nunca que todo se lo debemos á Dios, y por lo tanto á él es á quien primeramente debemos dirigirnos.

—¡Oh! nunca; vuestras sabias instrucciones no se borran un momento de mi corazon.

—Pues bien, ya que has cumplido con nuestro Dios, atiende ahora á las obligaciones que te impone tu casa.

Angelina recibió el beso que su padre depositaba en su frente, y ligera y graciosa como la gacela del desierto penetró en la habitacion, saliendo despues á un pequeño cercado, en el cual las gallinas, algunas cabras y una vaca habitaban en la mejor armonía del mundo.

Poco tiempo despues en una tosca escudilla de madera la jóven presentaba á su padre la espumosa leche que acababa de recoger.

Algunas frutas completaron su frugal almuerzo.

Despues las cabras obtuvieron el permiso de pacer libremente por el valle, y Angelina se marchó con ellas.

V.

La bella niña se sentó á la sombra de uno de aquellos copudos árboles, y entregada á uno de los ensueños sin nombre, éxtasis tan frecuentes en las vírgenes de diez y seis años, dejó vagar su alma en medio de aquella sublime armonía formada por el murmullo de las aguas, los aromas de las flores y el canto de los pájaros.

Largo tiempo llevaba en aquella situacion, cuando de pronto un ligero rumor que percibió á alguna distancia la hizo alzar vivamente la cabeza y fijar la vista en aquella direccion.

Pronto percibió entre las tortuosas avenidas del valle á un caballero que sin

poder regir el fogoso bridon que montaba, se dejaba arrebatar por él en una carrera desordenada.

Era la primera vez que Angelina veia semejante cosa.

Así fue que una exclamacion de sorpresa brotó de sus labios.

Muy pronto á aquella exclamacion se siguió un grito de dolor.

El caballo habia arrojado al jinete contra un árbol, y continuaba corriendo por en medio del valle.

El caballero quedó inmovil en el suelo.

Angelina comprendió que algo terrible debia pasarle, y levantándose precipitadamente, pálida y desencajada corrió hácia la casa en donde estaba su padre.

El anciano la miró con sorpresa y la preguntó vivamente:

—¿Qué tienes, hija mia? ¿qué te ha sucedido?

—¡Oh! corred, padre, corred, yo no se lo que ha pasado allí abajo, junto al arroyo.

—Pero ¿qué es?

—Venid y lo veréis, yo no puedo deciros nada.

Y cada vez más alarmado el anciano, por las palabras de su hija, la siguió precipitadamente.

El caballero permanecia sin movimiento.

Habia dado de cabeza en el tronco de un árbol, y una ancha herida dejaba escapar raudales de sangre que salpicaban la verde alfombra sobre que estaba tendido.

La violencia del golpe le hizo perder el conocimiento.

Angelina pálida y temblorosa exclamó al verle.

—¡Está muerto!

—No, repuso el anciano que tenia entre sus manos las del caballero.

—¿Vive? preguntó Angelina con alegría.

—Y vivirá; corre, hija mia, tráele un poco de agua de ese manantial y en seguida le llevarémos á nuestra casa. Dios nos manda socorrer á nuestros semejantes y debemos hacerlo así.

La jóven se apresuró á cumplir las órdenes de su padre y momentos despues la sangre desaparecia del rostro del caballero.

Jamás ante los ojos de Angelina se habia presentado una figura más encantadora que la del herido.

En los primeros albores de la vida, velada todavía por las sombras de la adolescencia, aquella fisonomía llevaba impresos el sello del valor y la pureza de la juventud.

—Este caballero no es de nuestro país, dijo el padre de Angelina contemplándole profundamente, ni sus armas, ni su traje, ni su fisonomía se parecen en nada á las de los griegos.

—Y ¿de dónde es entónces?

—No lo sé.

Angelina no cesaba de mirarle; mejor dicho, no podia apartar sus ojos de aquella fisonomía tan expresiva aun en su inmovilidad.

Por fin el jóven hizo un pequeño movimiento.

Exhaló un débil gemido, y tras de él abrió perezosamente los ojos.

Sus miradas fuéron á encontrarse con las de Angelina, y como si no pudiese soportar la impresion que tan espléndida belleza le causaba, tornó á cerrarlos de nuevo.

Angelina entónces palideciendo de dolor exclamó:

—¡Padre mio!... ¡se muere!

—Eso es la debilidad únicamente.

—Pero es necesario socorrerle.

—Ayúdame á trasportarlo á nuestra casa.

—¿Y le curaréis?...

—Confio en Dios.

—¡Oh qué bueno sois! murmuró Angelina con una expresion indecible.

El anciano hizo un esfuerzo y levantó la cabeza del herido.

La jóven unió los suyos á los de su padre, y entre los dos trasportaron el caballero á la blanca casita del valle.

CAPITULO XI.

Amor de mujer.

I.

Dejámos á Zoraya mandando largar todas las velas del buque con objeto de escaparse de la persecucion de la galera de Roger.

Escuchámos parte de aquel diálogo, lleno de amor, que tuvo con Galceran, cuya terminacion fue la de declarar el jóven que la amaba, pues era lo único que podia decirse á una mujer como aquella.

La tartana abordó en una de las islas del mar Jónico.

Cuanto el amor puede imaginar para satisfacer el deseo, para contentar la imaginacion y hacer que no se ocupe de otra cosa mas que de un objeto determinado, otro tanto Zoraya inventaba para sostener perenne la ilusion de Galceran.

Y es necesario comprender que la jóven no necesitaba de aquellos recursos para tener aprisionado á su jóven amante.

Las mejores cadenas que tenia eran su mismo amor.

Aquel amor lleno de encantos, aquella atmósfera saturada de delicias y de embriaguez, en la cual se adormecia el catalan sin poder respirar, sin poder vivir de otra manera mas que aspirando aquellas emanaciones.

Figurémonos una casa en todo el rigorismo árabe cuyo exterior en nada demuestra la suntuosidad y la riqueza que reina en el interior.

Primorosos arcos de herradura perfectamente calados, delgadas y esbeltas colunas de mármol sosteniendo cúpulas encantadoras, surtidores de agua, flores y perfumes, jaspe y damascos, todo en fin cuanto la molicie musulmana ha podido inventar se hallaba allí reunido.

¿Quién era Zoraya?

Su padre fue uno de los piratas más temibles de aquellas aguas.

La hija heredó sus cuantiosas riquezas y algunos de los fieles servidores de su padre pirateaban todavía por su cuenta.

Jaffar era uno de estos.

Para él no habia más voluntad que la de Zoraya.

Era una inteligencia que sólo obedecia al impulso que le daba la de la jóven.

Era un brazo que no se movia mas que por ella y para ella.

Era en fin un perro dispuesto á defenderla hasta el último momento sin exhalar una queja, cuando el tratamiento de aquella se hacia más duro y más agresivo que de ordinario.

Zoraya era la reina del islote en que se hallaba; islote habitado por las familias de aquellos corsarios que tanto terror causaban á los comerciantes levantinos.

Han pasado algunos dias desde la entrevista á que asistieron nuestros lectores á bordo de la tartana de Zoraya.

Galceran está ya convaleciente de su herida.

Todos los cielos suelen tener sus celajes, y en el de aquel amor frenético que la musulmana profesaba á nuestro amigo aparecia uno.

Esta nube nacia de un deseo de Galceran.

Tras el amor vino la reflexion.

Era un paraíso la existencia que Zoraya proporcionaba á su amante.

Su cariño solícito siempre, siempre adivinador, espiaba todos los caprichos, todos los deseos que el jóven podia tener, y se adelantaba á complacerlos ántes que los formulase.

Galceran comprendia todo el valor de una pasion semejante, y trataba de compensarla en cuanto era posible.

Pero de vez en cuando, sin podérselo él mismo explicar, se alzaba en el

fondo de su corazon la castísima imágen de aquella Stella que se habia dejado en Mesina y que tenia depositada en él su confianza.

Otras veces el recuerdo de sus compañeros de armas, de los deberes que tenia contraidos, oscurecian su pensamiento y llevaban hasta su frente un tinte de tristeza.

Zoraya la veia y sus caricias la desvanecian.

Pero más tarde volvia á reaparecer.

La mora con el sentimiento instintivo de la mujer, con la doble percepcion del alma enamorada, comprendia lo que pasaba en aquel corazon y una lágrima amarga de dolor se escapaba de sus ojos.

II.

Zoraya amaba de esa manera frenética y ardiente que saben amar las mujeres de ciertas razas.

En el momento en que nosotros volvemos á encontrarlos, verémos á Galceran de pié ante un calado ajimez, al traves de cuyas pintadas celosías se distingue el mar.

Su mirada se pierde en el espacio.

Su pensamiento ora se detiene un instante en Mesina, ora sigue la marcha de aquellas galeras donde van sus compañeros ansiosos de honores y de glorias.

Una expresion de profunda melancolía se esparce por aquel semblante lleno de vida, y en el cual se halla retratado el valor y la lealtad.

Abstraido completamente en sus ideas se olvida de cuanto le rodea.

Ve á Stella preocupada tambien y triste y afligida pensando sólo en el hombre á quien ama.

Ve á sus compañeros festejados en Constantinopla y próximos á entrar en lucha, y ni puede mitigar la tristeza de su amada ni participar de la suerte de sus hermanos de armas.

Tan preocupado se halla con aquellos pensamientos, que no repara en que la puerta de la estancia gira suavemente sobre sus goznes y una mujer aparece en ella.

Es Zoraya.

Se detiene algunos segundos en el marco de la puerta, y desde allí dirige una mirada escrutadora á su amante.

Una sonrisa triste y dolorida vaga por sus labios.

Despues avanza silenciosamente, y á la par que su mano se posa en el hombro de Galceran sus labios preguntan con dulzura:

—¿En qué pensabas?

III.

El catalan se estremece como quien despierta de un penoso sueño, y nada puede decir en aquellos primeros instantes.

Zoraya cogiéndole de la mano hace que se siente á su lado sobre los muelles cogines que circuyen el aposento.

Una vez allí, fijó en él sus ojos y le dijo:

—Tú no me amas, Galceran.

—¿Qué dices?

—La verdad. Pon la mano sobre tu pecho como la pongo yo, y si ambos respondemos, mi voz no vacilará un momento: la tuya vacilará siempre.

—¿Qué motivos hay para que yo no te ame? ¿en qué te fundas para creer semejante cosa?

—La mujer que ama lee en el corazon de su amante como en un libro abierto. Yo leo en el tuyo, y sus páginas no me dicen desgraciadamente que ese amor sea cierto.

—Tú sueñas, Zoraya.

—¡Ojalá que estuviese soñando como en los primeros dias que te conocí! Si me amaras, tu existencia no tendría mas placer, no tendría mas goce que respirar el aire que yo respiro, que vivir en la misma atmósfera que yo vivo. No tendrias ni otras aspiraciones ni otros deseos.

—Eso es lo que me sucede.

—No, no trates de engañarte queriéndome engañar á mí.

—Recuerdo á mis hermanos que quizá combaten contra los turcos: que mi honor me llama á su lado, pero que el amor me retiene aquí junto á tu corazon. Recuerdo...

—Concluye ¿qué es lo que recuerdas ademas?... preguntó Zoraya al ver que Galceran se detenia porque el nombre de Stella iba á pesar suyo á escaparse de sus labios.

—Recuerdo... todos los compromisos que un hombre de honor adquiere con su patria, con su rey y con sus compañeros. Recuerdo lo que yo debia haber hecho y lo que no hago ni podré hacer nunca.

—¡Qué cruel eres, Galceran!... Estás hablando como si no comprendieras que te escucha una mujer que ama: si tú me correspondieses... ¿cómo era posible que te explicases así? bien sabe Allah que yo te idolatro, te quiero más que á mi vida, y como te amo tanto, no se me ocurre pensar en nada más que en tí.

—Y bien ¿crees tú poder comparar los sentimientos de una mujer y sus aspiraciones con las aspiraciones y sentimientos de un hombre? No seas injusta, Zoraya: á pesar de cuanto te diga te amo; pero á pesar de ese amor no puedo mé-

nos de dejar muchas veces que mi pensamiento vaya á volar junto á mis compañeros y al derredor de mis compromisos.

Era tan persuasivo el acento de Galceran, hablaba con tanta sinceridad en aquel momento, que la jóven se le quedó mirando con profunda atencion, dudando si aquel hombre la engañaria aun ó si lo que la decia era la fiel expresion de lo que estaba sintiendo.

Despues irradiaron sus ojos una mirada tal que Galceran no pudo prescindir de inclinarse ante ella, y cogiendo las dos manos que la joven le abandonaba, las aproximó á sus labios murmurando:

—¿Y quién no te amara toda la vida? Quién al mirarte así sería capaz de pensar en otros objetos?

—Bendito seas: todos los dias le ruego al profeta que tu pensamiento no se separe de mí: la muerte de tu amor sería mi muerte. Cuando estoy á tu lado no pienso en nada mas que en tí, y cuando estoy separada no se me ocurre pensar en otra cosa mas que en si tú me podrás olvidar algun dia.

IV.

Galceran estaba fascinado.

Aquella mujer poseia el don de enloquecer.

Era una atmósfera tal de amor, de voluptuosidad y de deleites la que Zoraya creaba en derredor del hombre que amaba, que no era posible romperla por más esfuerzos que se hiciesen.

No bastaba la voluntad contra el poder de aquel amor.

La bella imágen de Stella palidecia ante la espléndida y deslumbradora de Zoraya.

El amor de la mora hablaba á los sentidos de Galceran.

El amor de Stella, puramente del alma, no podia competir con aquel otro ardiente, vigoroso y potente que fascinaba, que enloquecia, que subyugaba, y contra el cual no era posible la resistencia.

La lucha entre aquellas dos mujeres que se disputaban el corazon del catalan era insostenible.

El sentimiento y la sensacion no podian por ningun estilo contrabalancearse en el pecho del jóven.

El sentimiento dura más, es más perenne, más eterno.

Pero la sensacion fuerte, la sensacion punzante, la sensacion infinita, si bien más breve, domina al sentimiento en ocasiones dadas.

Esto es lo que le pasaba á Galceran.

Entre el amor del alma y el amor de la materia, si bien el primero no moriria nunca, en cambio el segundo le dominaba en más de una ocasion.

Esto daba lugar á que la predisposicion de su ánimo confundiera estas dos

afecciones y creyese positivamente que amaba más á Zoraya que á Stella.

Y de esta credulidad nacia el que correspondiese al amor de la musulmana con protestas de un amor tan ardiente y tan impetuoso como el suyo.

Por su parte Zoraya le amaba como es posible amar una mujer de su temple.

Hija de un clima donde aman hasta las flores, donde el cielo acaricia la tierra, donde los ruiseñores cantan constantemente himnos de amor, donde toda la creacion se une en un beso prolongado de un cariño especial, lógico era que amase con toda aquella fuerza que el mismo país comunicaba.

Soñó con un bello ideal y más tarde encontró en el guerrero la realizacion de sus sueños.

Y los celos eran la consecuencia de aquella pasion.

Pero sus celos eran tan ardientes como su amor.

Celos que la martirizaban porque todo su sér anhelaba fundirse en Galceran, y toda su dicha, todo su encanto, todo el placer de su existencia estaba cifrado en él.

V.

—Díme, Galceran, le preguntaba Zoraya con aquel acento tan lleno de dulces inflexiones como la garganta de un ruiseñor: ¿es un cariño suficiente para llenar todos los deseos de tu vida? si no es así, dímelo; si algo deseas pídemelo tambien, que por imposible que sea, por extraño que tu capricho me pareciera, sería capaz de correr el mundo entero para proporcionarte lo que desearas. Yo nada quiero, es decir, tanto me satisface tu amor, que es para mí la mayor ambicion que hay.

—¿Qué más puedo ansiar que tu cariño?

—Sin embargo, á veces me figuro que te hacen daño mis caricias; me figuro que te cansas de estar junto á mí: que deseas algo, y... mira, Galceran, mucho te amo, pero á pesar de eso, con tal de no ver la tristeza en tu rostro, si me pidieres que fuese á Mesina y trajera junto á tí la mujer á quien amabas, la traeria aunque despues tuviera que abrirme yo misma el corazon con la punta de mi puñal para no ver vuestra felicidad.

Se reflejaba una resolucion tal en lo que Zoraya acababa de decir, respiraba una energía tan salvaje, irradiaba una expresion de cariño y de abnegacion, de amor desesperado, loco, frenético, tan grande, que Galceran al comprenderlo, al abrasarse en el fuego que destellaban las pupilas de su amada, no pudo hacer otra cosa que estrecharla entre sus brazos murmurando:

—¡Cuánto te quiero! no me hables de otros amores porque á tu lado no es posible amar á nadie más que á tí.

—¡Gracias, gracias! repuso Zoraya con trémulo acento; veo que me quieres cuando me dices eso. He esperado de tus labios tu respuesta para leer en ella

mi sentencia. ¡Te amo tanto... tanto!... ¡Poderoso Allah!... quisiera tener cien corazones para que todos te amasen á la vez. Sería capaz de sembrar la destruccion por el mundo si el mundo se opusiera á mi cariño. Háblame no como á la mujer que amas, no como á la mujer que colocas en tu corazon, no como á la mujer á quien elevas un altar en tu pecho, no; háblame como habla el Señor á su esclava. Manda á tu sierva y tu sierva te obedecerá.

—No pronuncies esas palabras, que los hombres de mi país no comprenden nunca tratándose de la mujer á quien se ama. Los caballeros de mi tierra, llevan en su divisa «mi Dios, mi rey, mi dama» y ciñen la frente de ella con la triple auréola de los tres sentimientos que enaltecen su corazon. ¡Tratarte á tí como una esclava, cuando eres la dueña de mi alvedrío! Hablarte como á una sierva cuando yo no tengo mas capricho que el capricho de tus ojos! No pronuncies una palabra más respecto á eso. Yo no sé si te amo, yo no sé lo que pasa por mí, no comprendo mas sino que me enloqueces y que si es una locura lo que por mí está pasando, quisiera no recobrar nunca la razon.

VI.

Una lágrima tembló entre los párpados de Zoraya.

Aquella lágrima era de felicidad.

El placer tiene su llanto lo mismo que lo tiene el dolor.

Cuando el alma se anega en medio de una dicha sin límites, hace rebosar hasta los ojos el sentimiento que la embriaga, y este sentimiento se expresa con las lágrimas.

La de Zoraya se agitó imperceptiblemente entre la espesa cortina de sus pestañas, y despues asemejándose á una gota de rocío que cae de un pétalo á otro en una rosa de Alejandría, bajó silenciosa por las mejillas de la jóven á perderse entre los encajes que encubrian su turgente seno.

Galceran vió aquella lágrima, Galceran adivinó lo que aquella lágrima significaba y dijo:

—Si algun esclavo hay aquí soy yo: mándame y te obedeceré. Pronuncia una palabra, y tu voluntad será satisfecha.

—No, Galceran: yo no podria mandarte mas que una cosa; pero esa no se manda: se ha de sentir. No podria exigirte sino que me amases. Pero ¿de qué valdria mi exigencia si tu corazon se resiste? comprendo que deseas algo.

—Estás en un error.

—No lo creas.

—No deseo mas que tu cariño.

—Sé que me quieres, pero deseas otra cosa.

—No te comprendo.

—Y no creas que vaya á hacerte un reproche por él: no es incompatible tu deseo con el amor que sientas hácia mi.

—Explícate.

—Eres hijo de un país donde el honor es la primera calidad de un caballero.

—Es verdad.

—Pues bien: si con ese honor tienes tú contraida una deuda ¿no has de desear satisfacerla?

—No te entiendo.

—¿No?

—No sé lo que me quieres decir.

—Tú mismo me lo indicaste ántes.

—Hallándome á tu lado pierdo hasta la memoria: de todo me olvido para no pensar mas que en tí.

—No me hables de ese modo, porque me vas á quitar el valor para decirte lo que quiero.

—Pero ¿qué es? preguntó Galceran cada vez más sorprendido.

—Interroga á tus deseos y quizá alguno de ellos te conteste.

—No puedo adivinar nada, respondió el jóven al cabo de algunos segundos.

—¿No quieres ir á la guerra?

—¡Ah!

—Dí: ¿no es ese tu deseo? ¿no es ese el compromiso que has contraido con tu honra?

—¡Qué! ¿serias capaz?

—De acompañarte, contestó Zoraya con resolucion.

—¡Tú!

—¿Qué te extraña? ¿No está ligado mi corazon con el tuyo? ¿No formamos entre los dos un solo sér? Pues entónces donde tú vayas ¿por qué no he de ir yo? Si hay peligro para tí, ¿he de dejarte abandonado en medio de ese peligro? No, Galceran; mi cuerpo será tu escudo en los combates; mi voz te alentará en lo más rudo de la pelea, y si caes herido, la misma flecha habrá atravesado nuestros dos cuerpos.

—¡Zoraya mia! ¿Cómo no adorarte cuando eres la más hermosa, la más noble, la más grande de las mujeres? Yo quiero ir á la guerra, sí, quiero pagar esa deuda que como dices muy bien he contraido con mi honra. Pero si la deuda la he contraido yo solo, justo es que yo solo la pague tambien. ¡Exponerte á tí á los azares de una guerra!... ¡Ah! no es posible. ¿Llevarte para que me sirvas de escudo cuando yo debo serlo tuyo? ¿Hacerte derramar una lágrima cuando yo no busco en tus labios mas que la sonrisa? No seas niña, Zoraya: tu amor te hace ver ilusiones. Iré á la guerra, sí, pero solo; cuando haya conquistado tanta gloria que mis laureles puedan formarte un dosel imperecedero donde en cada pliegue

haya esculpida una hazaña, y esa hazaña haya sido inspirada por tí, entónces volveré á tu lado, entónces bajo ese pabellon se deslizarán tranquilos los dias de nuestra existencia, y entónces tú arrullada por mi amor y yo adormecido entre tus encantos verémos resbalarse la vida en medio de un eden de placeres. Yo te contaré mis combates. Tú me referirás tus angustias y nos olvidarémos del pasado para no pensar mas que en el presente. ¿No te agrada mi idea?

—No.

—Pues...

—Quiero ir á la guerra contigo. Las mujeres de mi raza no abandonan al hombre que aman. Las nazarenas de tu país sólo saben llorar inclinándose de hinojos para pedir á Dios por el hombre que va á combatir por ellas. Nosotras luchamos á su lado. Nuestra vista perspicaz adivina el golpe del enemigo para pararlo, y si nuestros esfuerzos son insuficientes, si el hombre á quien queremos cae herido ante la superioridad enemiga, entónces nos arrancamos el corazon para arrojárselo sangriento á los hombres que han arrebatado la vida al dueño de nuestra existencia. No te canses, Galceran. Adonde tú vayas iré contigo. Para mí el peligro, para tí la gloria. Si laureles consigues, ceñirán tu frente de guerrero. Si recibes alguna herida yo estaré junto á tí. Mis labios te prodigarán frases de consuelo y mis ojos velarán tus horas de fiebre. Allah es grande y no permitirá que la más humilde de sus creyentes tenga que derramar una lágrima por tu ausencia. Mañana partirémos para Bizancio. Dentro de pocos dias estarás entre tus hermanos, y dentro de pocos más esgrimirás la espada en defensa de tu religion y de tu honra.

—Pero...

—Es mi resolucion irrevocable.

Y despues de estas palabras, desprendiéndose de los brazos de Galceran, desapareció tras el tapiz que cubria el banco de la puerta, dejando á su amante absorto por lo que acababa de escuchar.

. . . . . .

Al dia siguiente la misma tartana que les habia conducido desde Mesina hasta la isla hacia rumbo á Bizancio.

CAPÍTULO XII.

Una boda, un combate y un disgusto.

I.

La antigua Bizancio, la moderna hija de Constantino, la encantadora ondina que hundia sus plantas en las cristalinas márgenes del Bósforo, resplandecia con sus guirnaldas de flores, su ambiente perfumado y la alegría que se retrataba en la fisonomía de sus habitantes.

Roger y su aguerrida hueste hacia dos dias que estaban en la ciudad.

A tenor de lo acordado y de lo ofrecido por el emperador Andrónico, María, la princesa de Bulgaria, iba á dar su mano al valiente caudillo de los catalanes.

Aquella tempestad de celos con que Karïna agitó la dicha que aspiraba la jóven, habia desaparecido al ver á Roger.

Sin embargo, aun algunos momentos no dejaban de producir su efecto.

¿Sería cierto que este hombre dejó marcadas las huellas de su existencia en la honra de otra mujer?

¿Estaria predestinada á sufrir la maléfica influencia que ejercia aquel hombre en las mujeres que le amaban?

Estas ideas que únicamente cuando estaba léjos de él cruzaban por su imaginacion, la hacian sufrir horriblemente.

Roger en los dos dias que llevaba en Constantinopla no dió paso alguno para acercarse á ella.

Esto significa mucho para una mujer que ama.

María creia ver en ello una prueba de frialdad.

Karïna se atrevió á dirigirla alguna palabra sobre el particular.

Pero su contestacion fué tan agria, tan glacial, que la obligó á no volver á hablarla en este sentido.

II.

En el momento que nosotros presentamos sencillamente y sin ceremonia á nuestros lectores la futura esposa del jefe de los almogávares, un escudero

que llamaba á la puerta de las habitaciones de la jóven la pedia permiso en nombre de su señor para presentarse ante ella.

El corazon de María palpitó con rapidez, y trémula y agitada concedió la venia que se la pedia.

Cuando Roger galan y altivo como nunca penetró en su estancia, María encendida y palpitante no se atrevió á levantar los ojos del suelo por temor de que el caballero no advirtiera en ellos cuanto pasaba en su corazon.

III.

—Señora, la dijo Roger, llevo dos dias en Constantinopla y si bien no me han herido mas que los destellos del sol, he deseado mirarle frente á frente aunque hubiera de quedarme ciego toda la vida. Vos sois el sol. ¿Quereis fijar vuestros ojos en los mios? ¿Quereis que mi corazon se estremezca con las armonías de vuestro acento? Vedme aquí á vuestras plantas, esperando no de mi futura esposa, sino de la reina de mi albedrío el permiso para levantarme.

María no podia contestar.

Se encontraba en una situacion tan nueva, tan extraña, por decirlo así, que no sabía qué hacer.

Su agitacion se hizo más perceptible.

Sus mejillas se enrojecieron mucho más, y su mano al tendérsela á Roger ardia y temblaba de una manera extraordinaria.

El guerrero cogió aquella mano entre las suyas y la llevó á sus labios.

El beso que depositó en ella concluyó de abrasar el alma de la jóven.

—Gracias, señora, la dijo; acabo de ver en esto una prueba de vuestras bondades.

—Podeis sentaros si gustais, le dijo María al cabo de algunos segundos.

—Puesto que me dais licencia, se apresuró á decir Roger, desearé que hablemos, no como dos personas que van á unirse en virtud de un contrato ajustado tal vez por la necesidad en que se hallaba vuestro tio, sino como habla un caballero á una dama sin que entre para nada el interes, sin miras de conveniencia, sin escuchar mas que la voz del honor y los sentimientos del alma.

—No comprendo lo que quereis decir, repuso María balbuciente.

—Ya sabeis que vuestro tio me ha concedido vuestra mano.

—Esa ha sido su voluntad.

—Y ¿la vuestra?

—La mia es la de obedecerle en todo y por todo.

—¿La de obedecerle sólo?

—Me parece que ese es mi deber.

—Y ¿por esa obediencia me habeis concedido vuestra mano?

—Ya veis...

—Si por obediencia asentisteis á una union semejante, es mi deber, señora, rechazar esa dicha con que he soñado.

—¡Cómo!

—Yo al buscar la esposa no he buscado jamas la sierva. No quiero que me amen por deber, quiero que me amen con ese sentimiento nacido del alma, que se aduna perfectamente con el que existe en mi corazon. No ha entrado jamas en mi ánimo forzar la voluntad de nadie; si yo aceptara una union que tuviera por fundamento vuestro sacrificio, tendria un remordimiento; y yo, señora, por ventura mia hasta hoy, á pesar de esa larga carrera de aventuras que he llevado, no tengo por qué sentir remordimiento de ninguna especie. Por eso os digo que con entera sinceridad me contesteis, exigiéndoos que no sea vuestra cabeza la que obre en este caso, sino vuestro corazon: en la firme inteligencia, señora, de que hablais con el caballero, vuelvo á deciros; que vuestras palabras quedarán en secreto: si esta union os es enojosa por algun estilo, decídmelo con la misma franqueza, y os prometo que encontraré medio para libertaros de una carga tan pesada.

IV.

¿Qué habia de contestar María á semejantes palabras?

El hombre que tan generoso se mostraba, el hombre que la hablaba así, no podia ser el mismo que con tan sombríos colores le habia presentado Karïna.

Sin embargo, ántes de conceder la respuesta, María juzgó oportuno hablarle de sus recelos, y le dijo:

—¿Vos me amais?

—¡Que si os amo! contestó Roger con acento apasionado. ¿No habeis sentido, señora, durante la noche que el aliento del aura acariciaba más cariñosamente vuestro rostro? ¿No habeis escuchado en las primeras horas de la mañana envuelto entre el murmullo de las olas un tierno arrullo? ¿No habeis contemplado en medio de la noche una estrella que brillaba más que sus compañeras, y que sin quererlo vos misma atraia vuestras miradas? Pues bien: en las alas de aquellas brisas vagaban mis caricias, en el murmullo de las olas bullian mis suspiros, y en aquella estrella, muda confidente de mis quejas de amor, tenia fijos los ojos suplicándola que la miraseis vos al mismo tiempo que yo la contemplaba para que nuestras miradas se confundiesen. Ahora que ya lo sabeis todo, no me pregunteis si os amo.

—Pero vos teneis una fama terrible, murmuró María tratando de dominar la emocion que la causaba las palabras de Roger.

—Y ¿qué tiene que ver la fama con los hechos?... Señora, jamas juzgueis á una persona por lo que de ella os digan; juzgadla por lo que vos misma veais.

—Yo he tenido una vida especial, mi lenguaje es más á propósito para lo rudo de un combate que para las delicadezas de un estrado. Soy más soldado que cortesano; pero por esa misma razon tambien cuanto digo será mas rudo quizá, será ménos fino y sin ciertas fórmulas de que otros saben revestir lo que dicen; pero en cambio, señora, será mucho mas verdadero. Me he educado en medio de los combates, y si bien en mi vida de corsario hay páginas de sangre lo mismo que las hay de amor, ni aquella sangre se ha derramado por una infamia, ni aquel amor ha sido la burla de la honra de una mujer.

—¿De véras?... exclamó María sin poderse contener.

—Yo no he mentido nunca, señora, contestó Roger con una sencillez admirable.

—¿Me lo jurais?

—Por mi honor. ¿Quereis más?

—¡Oh! no; os creo porque necesito creeros; os creo porque hay tambien una voz en mi corazon que me dice que os crea; os creo porque el hombre que tanta fama de gloria y de cumplido caballero tiene, no era posible que cometiese una infamia con pobres mujeres, cuyos únicos delitos podian consistir en amaros demasiado. Ahora yo á mi vez voy á hablaros con franqueza tambien.

—¡Cuánto lo deseo!

—Yo tambien he deseado que llegase este momento para poder entendernos de una vez.

—¡Vos!

—Sí. Los hombres como vos, Roger, siempre tienen enemigos, y envidiosos, porque todo lo que es noble y grande causa envidia: enemigos que os juzgan siempre desde su pequeñez y se atreven á empañar la pureza de vuestro nombre con el impuro aliento de su ponzoña. Deseaba que hablásemos para saber en fin si vos me amábais ó si como ántes me dijisteis os uniais conmigo por efecto de esa obligacion contraida con mi tio.

—Ya os he hecho patente lo que por vos sentia. Há tiempo que os amo, María: por casualidad abordé en estas costas hace dos años: erais muy niña entónces y os ví en la sala de este mismo palacio. Vuestras gracias infantiles se grabaron en mi corazon: aquella emanacion de pureza que se exhalaba de vos se infiltró en mi pecho y en vano la buscaba despues en todas las mujeres que se cruzaban en mi camino. Deciros que no he tenido amores en mi vida, que no he hablado á otra mujer que á vos de cariño, sería tanta necedad en mí, como en vos creerlo. En una vida aventurera como la mia necesario es que esos amores que nacen y mueren, que esos amores que no son mas que flores de un dia, se sucedan como las olas del mar sin dejar tras sí rastro alguno. He tenido amores, pero no han interesado mi alma; amores arrojados al vencedor, que se olvidan tan luego como el peligro ha pasado. En cambio á vos, María, os amo como á la casta vírgen de mi fantasía; como se ama á la mujer que nos honra, como

se ama á la mujer que creemos digna de que lleve nuestro nombre: si no os amara así, no hubiese deseado tener esta entrevista; si no os amara así, no aceptara ni las riquezas, ni nada de cuanto el emperador me ha ofrecido porque venga en su ayuda. El único premio que columbraba erais vos, y sacrificar por vos cien vidas que tuviera me pareceria poco.

V.

María escuchaba trémula de emocion las apasionadas frases de Roger.

Comprendia que el hombre que hablaba de aquella manera no era capaz de cometer ninguna de las infamias de que le acusaba Karïna.

Y ¿qué le debia contestar?

¿Qué podia decir al hombre á quien tanto amaba?

Sus ojos fueron la expresion más elocuente de sus sentimientos.

Ellos respondieron á Roger con una elocuencia superior á la de la palabra.

Roger vió en aquella irradiacion el íris de su felicidad.

Comprendió lo que pasaba en el corazon de la jóven, y se felicitó por la esposa que su valor le deparaba.

Salió de su estancia ebrio de felicidad.

Inmediatamente fué á ver á Andrónico y le suplicó que no dilatase el momento de aquella union tan deseada para salir sin treguas á combatir contra los turcos.

Aquellas noticias se esparcieron súbitamente por la córte.

Y como es consiguiente Karïna y Miguel no fueron de los últimos en adquirirlas.

Uno y otro rugieron de desesperacion.

Y volvieron á encontrarse, y la griega dijo al heredero del trono helénico:

—Ya veis, señor: esos hombres van cada dia ganando terreno en el ánimo de vuestro padre.

—Ya lo veo, contestó con amargura Miguel.

—Y ¿pensais seguir contemplándolo con esa calma?

—No sé que más puedas exigirme.

—¡Exigiros yo! Nada absolutamente; pero si mis consejos pudieran serviros de algo, me parece que la ocasion no es muy á propósito para permanecer inactivos. Ya comprendereis que ni yo he de heredar el trono, ni creo que me redundase grandes beneficios por otro concepto.

—Lo sé, Karïna.

—Pues bien, todo cuanto yo haga, todo cuanto diga ha de ser simplemente por vos, ha de redundar en vuestro obsequio. Si creeis que todo marcha bien y os resignais con la suerte que os aguarda, no seré yo la que trate de combatir vuestros intentos.

—¡Qué injusta eres, Karïna! Si pensases más, creo que me hablarias de otra suerte. Comprende que todo cuanto yo haga hoy será extemporáneo; en vez de darme un buen resultado quizá me lo diese malo. Sería prematuro cuanto se hiciese, y, créeme, podrá resolverse algun dia lo que hoy si lo intentásemos nos produciria infaliblemente algun disgusto.

—Si yo no quiero que trateis de vencer repentinamente á esa turba de advenedizos orgullosos, nada de eso; no quiero que os pongais en lucha abierta con vuestro padre ni con ellos; pero sí que no perdais de vista el objeto principal, y que aprovecheis todos los momentos para derribar á ese coloso que tratará de anonadarnos.

—¡Ves el porvenir de una manera tan sombría!

—Me parece que lo veo al traves de su verdadero prisma, y os aseguro, señor, que no quisiera mirarlo así.

—Ya te dije el otro dia que no te cuidases de nada de eso, que me ayudaras únicamente; pero te empeñas en ir más allá y te forjas quimeras, y padeces, y te impacientas porque el resultado no llega tan pronto como tus deseos lo exigen.

—Si vos teneis esa calma...

—Es necesario tenerla.

—Y ¿consentiréis que ese hombre se case con María?

VI.

A esta pregunta no pudo ménos de palidecer el hijo de Andrónico.

Habia tocado la fibra sensible de su corazon, y por más imperio que tuviera sobre sí mismo no pudo ocultar la herida que todavía existia en él.

Karïna volvió á insistir repitiendo:

—¿Consentiréis que la que os estaba destinada, la mujer que se juzgaba digna de vos, se conceda á un aventurero ambicioso y de tan oscuros antecedentes?

Miguel hizo un esfuerzo, y domeñando las pasiones que se agitaban en su corazon, contestó con voz opaca:

—Sí.

—¿Consentiréis que ese hombre os despoje de la corona que os pertenece y que siembre en vuestro imperio la discordia y la destruccion?

—¡Oh!

—No. Vos no podeis consentir eso; corre por vuestras venas la sangre de monarcas ilustres, de monarcas cuya altivez era tan grande como su valor, y su valor rayaba en lo temerario, y no es posible que podais consentir semejantes infamias. ¿No es cierto, señor?

—Estás equivocada; consentiré en todo miéntras no cuente con los elementos

necesarios para destruir á ese hombre. Los mismos turcos se encargarán de vengarme.

Karïna no pudo ocultar un movimiento de despecho.

Miguel era cobarde.

No se atrevia á luchar abiertamente con Roger y dejaba á otros el cuidado de su venganza.

Durante algun tiempo estuvo tratando de excitarlo procurando que tomase una parte ostensible en aquella lucha.

Mas el hijo de Andrónico tenia mucho de astuto tambien, y no queria comprometerse mas que cuando estuviera seguro de los resultados.

Al abandonar la habitacion de Karïna, esta no pudo dejar de hacer visible su cólera murmurando:

—Hijo degenerado de una raza de héroes, tienes miedo y no sabes vengarte. Una mujer va á hacer lo que tú no te atreves.

VII.

Inmediatamente mandó llamar á Paolo.

El jóven italiano no tardó en presentarse.

—¿Qué desea la reina de mi albedrío? la preguntó envolviéndola en una mirada dulce y apasionada.

—La reina de tu albedrío, Paolo, busca hombres que la ayuden en su venganza y no los encuentra.

—Y ¿qué necesidad tiene de buscar á nadie cuando me tiene á mi? ¿acaso imagina mi reina que Paolo ha dejado de serla fiel?

—¡Oh! nada de eso: sé que me amas, Paolo, y el amor te impulsará á hacer todo aquello que pueda complacerme. Sé que me eres tan fiel como grande es tu cariño; pero sin embargo, buscaba un hombre que si no tenia toda tu energía, poseyese en cambio todo el prestigio de que podia rodearle su nacimiento y sus derechos.

—¿Acaso Miguel...

—Es un cobarde: besará sumiso la mano que le oprima y jamas servirá para otra cosa que para estar entre sus mancebas ó en medio de los goces y de la atmósfera de un festin.

—Y bien ¿qué quieres? preguntó Paolo fijando una mirada más intensa en Karïna.

—Es necesario tratar de que el descontento cunda en derredor de los catalanes y vaya aumentándose gradualmente.

—Sobre eso se está trabajando y hasta ahora el resultado corresponde á lo que apetecemos.

—Deseo mas todavía.

—Explícate.

—Dentro de dos dias va á verificarse la boda de Roger con María. Los genoveses no han visto con muy buenos ojos la llegada de esas gentes bravías y montaraces; es necesario provocar una lucha entre ellos; lucha que ensangriente el traje de boda de la desposada.

—¡Cómo!

—Eso causará una profunda impresion, y sirve admirablemente para mi proyecto. ¿Te comprometes á hacerlo?

—Si tú lo deseas, ¿puedo hacer más que complacerte?

—Gracias, Paolo, gracias.

—Cuando se ama como yo, no es eso lo que se desea por un deber que se cumple.

—¿Qué otra cosa podria yo darte hoy?

—¡Tanto!... que he estado cien veces á punto de desvanecerme ante la felicidad que podrias proporcionarme.

—Demasiado sabes lo que te he dicho en muchas ocasiones; primero la venganza, despues el amor.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras fijó en el jóven una mirada impregnada de tanta voluptuosidad, de tanta pasion, que Paolo inclinó los ojos murmurando:

—Haz cuanto quieras, porque te adoro.

. . . . . .

Dos dias despues la alegría de los griegos rayaba en delirio.

El caudillo catalan quedaba unido al imperio por los vínculos de la sangre.

María aceptaba con orgullo el esposo que la habian ofrecido, y consagraba su felicidad y todo su anhelo á labrar la ventura de aquel hombre.

Sin embargo, en medio de aquella multitud bulliciosa y alegre, entre todo aquel pueblo que se regocijaba ante la idea de tener un hombre de corazon suficiente para librarlo de los males que sobre él pesaban, se veian algunos rostros graves y preocupados que se entendian por señas con otros, y de cuyos labios se escapaban algunas palabras misteriosas que infundieran recelo en el ánimo de cualquier observador.

Trascurrieron los dos primeros dias entre fiestas y torneos, colmando la alegría de los griegos que en aquellas diversiones creian ver la inauguracion de una serie de placeres tras el largo período de disgustos que habian atravesado.

Pero al tercero ya variaron las cosas de aspecto.

Los genoveses eran en aquella época los que tenian, por decirlo así, monopolizado el comercio de Oriente.

El señorío de Génova, que ejercia una especie de protectorado en el imperio bizantino á cuya sombra estableciera factorías, era una potencia que estrechaba y

oprimía el solio de los Paleólogos en beneficio propio.

En más de una ocasion los emperadores griegos tuvieron que recurrir á los genoveses, á los pisanos ó á los comerciantes de Venecia; pero siempre los primeros se habian llevado la preferencia en aquellas necesidades del imperio.

El mismo Roger, segun algunos historiadores contemporáneos, recurrió á los de Constantinopla para poder sufragar algunos gastos de su expedicion.

Los prestamistas en todas las épocas y en todas las naciones han sido lo mismo siempre.

Ansiosos de lucro, han sabido aprovecharse de las circunstancias del necesitado para imponerle las más onerosas condiciones.

En el momento que los catalanes llegaron á Constantinopla les faltó tiempo para exigir á Roger la devolucion del dinero que le prestaran.

El caudillo catalan les contestó con alguna dureza, y la consecuencia fue la de no quedar muy satisfechos los unos de los otros y la de mirarse mútuamente con alguna desconfianza desde aquel momento.

Séase por efecto de esto, séase por lo que segun Moncada, Romey y otros historiadores refieren, fue lo cierto que la excision se declaró abiertamente al tercer dia de las bodas de Roger.

VIII.

El traje de los almogávares no era de los más atildados; era por el contrario traje que permitia admirar la robustez de las formas, y traje nada embarazoso para hombres que como ellos estaban siempre en lo más recio de la batalla repartiendo golpes á diestro y siniestro y esquivando con suma agilidad y destreza los del enemigo.

Parece que aquel dia un almogávar paseando por el barrio de los genoveses fue observado por estos, y aun alguno de ellos se permitió ciertas burlas acerca de su traje.

En mal hora lo hizo. El almogávar se arrojó sobre él, y poco despues el ofensor yacia sin vida á sus piés.

Como era natural, los genoveses salieron en defensa de su compañero, y trataron de vengar su muerte.

Pero el almogávar alzó su famosa voz de combate y los suyos al oir el *desperta ferro* lanzado por su compatriota acudieron á favorecerle. Poco despues se generalizaba la pelea de una manera poco satisfactoria para los genoveses.

Los catalanes trataban ya de entrar á saco en el barrio que aquellos ocupaban, y las consecuencias de esto fácilmente se pueden suponer.

Semejante incidente no tardó mucho en llegar á noticia de Roger, el cual abandonando su palacio se constituyó inmediatamente en el lugar de la lucha.

A costa de grandes esfuerzos consiguió dominarlos, pero el mal estaba hecho ya.

La paz y la concordia desaparecieron, y en lo sucesivo era imposible que confraternizasen los mismos hombres que con tanto encarnizamiento habian llegado á las manos.

CAPÍTULO XIII.

Tras de la caridad el amor.

I.

¿Por qué está preocupada y llorosa la tierna vírgen del valle?

¿Por qué sus mejillas han perdido los colores de la rosa para revestirse con los de la pálida azucena?

¿Por qué sus labios murmuran una plegaria y sus ojos llenos de lágrimas se fijan en el cielo?

¿Por qué la niña no recorre el valle jugueteando con las flores, ó saltando con sus cabras?

Angelina no es la misma que presentámos á nuestros lectores en el capítulo décimo de nuestra obra.

Su pureza estaba en relacion de su alegría.

El dolor no se interponia aun en su camino, y la pobre niña era feliz.

Pero la felicidad es humo que se desvanece al más ligero soplo de las brisas de la vida.

Vió al guerrero herido al pié del árbol, y su corazon se oprimió, y sin saber por qué, sus ojos no acertaban á desviarse del rostro de aquel hombre.

Cuando lo trasportaron á su casa, el padre de Angelina murmuró al hacerle la cura:

—Dos líneas más arriba le ocasionara la muerte el golpe que se ha dado.

Angelina escuchó esto, y sus ojos se llenaron de lágrimas, y miró con doble interes al hombre que tan cerca estuvo de perder la existencia.

Desde entónces no se separó de su lecho.

Sus ojos espiaban los menores movimientos del herido, observando con profunda avidez si su padre se equivocaba en algunas de las predicciones que hacia acerca del estado del jóven.

Y le veía pálido y abatido, escuchaba las palabras que balbuciaban sus labios en medio de la fiebre, veia todo lo anhelante y fatigoso de su respiracion, y diera con gusto una parte de existencia por mitigar los padecimientos del catalan.

II.

Entre tanto todos los oficiales expedicionarios echaban de ménos al jóven Berenguer de Cardona.

Era uno de esos hombres que por donde quiera que van no engendran mas que simpatías.

Hijo de una familia ilustre, pero pobre, no tenia mas patrimonio que su espada.

Su padre murió durante la fratricida lucha de don Jaime el Justo contra su hermano Federico, y el monarca de Sicilia queria al hijo tanto como habia apreciado al padre.

El mismo rey se lo recomendó á Roger, y el caudillo de los catalanes prometió solemnemente al monarca que de aquel niño haria un guerrero cuyos hechos de armas le dieran un nuevo cuartel de nobleza para su escudo.

Y durante todo el viaje Roger lo llevó constantemente á su lado, y sólo en Grecia fue donde se separó, más por los deberes oficiales que tenia que cumplir que por su voluntad.

Una de las personas con quienes desde su llegada simpatizó más Berenguer, fue con Asphar, oficial del ejército griego.

Todo lo que de confiado y de crédulo tenia Berenguer, su amigo lo poseia de astuto, falso y corrompido.

Incapaz de perfidias y traiciones no creia que hubiera quien se atreviese á cometerlas.

Al segundo dia de su estancia en Constantinopla se le antojó á Berenguer salir á recorrer las dilatadas campiñas que se extendian fuera de la poblacion.

Berenguer, alma casta y pura que daba su primer vuelo sobre la tierra, no sabia aun lo que era amar, ni su corazon palpitó nunca con precipitacion al contemplar los encantos de una mujer.

Educado en medio de los combates desde sus primeros años, se ocupó más de embrazar la lanza y manejar la espada que de esgrimir su lengua bajo los preciosos artesonados de un salon.

Su alma se extasiaba ante las maravillas de la naturaleza con la dulce expansion de la juventud.

Muchas veces contemplaba con extraordinaria atencion una flor, un ave, cualquier sér que hablase en un lenguaje ininteligible para él, pero que sin embargo le hiciese sentir un deseo infinito de llegar á comprenderlo.

En ciertos momentos una tristeza indefinible llenaba su corazon.

Habia llegado á la edad en que traspasándose los umbrales de la adolescencia, el alma comprende que para ella existe un *más allá* cuyo misterioso velo no se ha descorrido todavía, pero que á cada hora, á cada instante se anhela gradualmente descorrer.

Berenguer lo amaba todo sin saber á punto fijo el objeto de su predileccion.

En este estado salió á pasear por las cercanías de Constantinopla.

Dejó al caballo que vagase á su alvedrío, y cuando quiso recordarlo comprendió que andaba extraviado.

Entónces principió á dar vueltas sin encontrar el camino, hasta que por fin le aconteció el percance que hemos narrado.

Cuando recobró el sentido y vió al lado de su lecho á un ángel que le contemplaba con una expresion infinita de ternura y tristeza, no pudo resistir aquella mirada y volvió á cerrar los ojos.

III.

—¡Dios mio! exclamó Angelina asustada. ¿Será posible que no se salve?

Y fue tan desesperado el acento de la jóven que Dios tuvo piedad de ella, y Berenguer abrió de nuevo los ojos.

Hizo algunos esfuerzos para hablar, pero la doncella poniéndole su lindo dedo sobre los labios le dijo:

—Callad, mi padre ha prevenido que nada hablaseis, porque si no se empeoraria vuestro estado; y ya veis, caballero, que es necesario obedecer á mi padre.

Aquella voz argentina resonó de una manera dulcísima en el corazon de Berenguer.

Y como por otra parte lo que ella le suplicaba estaba muy en armonía con sus fuerzas, de aquí que continuase silencioso aunque tenia vivísimos deseos de dirigir la palabra á nuestra jóven.

Pero su debilidad era excesiva, se ofuscó su imaginacion y el delirio comenzó de nuevo.

Dos dias despues habia desaparecido ya todo el peligro.

Entónces, durante una de aquellas largas noches que Angelina pasaba á la cabecera de su enfermo, la preguntó:

—Decidme, señora: ¿sois verdaderamente una mujer ó un ángel que el cielo me ha enviado para mitigar el dolor de mis heridas?

La jóven inclinó los ojos ruborizada.

Era la primera vez que otro hombre que no fuera su padre la dirigia la palabra.

Por lo tanto no era de extrañar su rubor y turbacion.

—Os ofende acaso que yo os hable? preguntó Berenguer viendo que no obtenia contestacion alguna.

—¿Ofenderme? Nada de eso.

—Antes de ayer no me dejasteis que hablase: hoy hablo y no me respondeis; si entónces lo disculpé en gracia de mi estado, hoy no puedo disculparlo porque ya me encuentro mejor.

—Haceis mal en creer una cosa que no existe. Si yo no deseo que hableis, no es porque me ofenda vuestro lenguaje aunque es la primera vez que resuenan en mis oídos otras palabras que las de mi padre.

—¿De veras? interrumpió Berenguer.

—No sé de qué otra manera pueda decirse eso, repuso Angelina con admirable sencillez.

—Y ¿podré saber dónde me encuentro?...

—En la casa de un anciano que toda su vida ha creido que el mayor servicio que podia hacer á Dios, era el de cumplir todos sus deberes con el prójimo.

—No extraño ya que sea un ángel la hija de tal hombre.

Otra vez tornó Angelina á ruborizarse.

Otra vez se quedó turbada, y otra vez volvió á inclinar sus ojos hácia el suelo.

¿De qué nacia la turbacion de aquella niña?

De que jamas oyera frases como las que estaba escuchando.

De que la voz de Berenguer resonaba de una manera dulcísima en su corazon.

De que en todo cuanto la estaba sucediendo dominaba un encanto tan inexplicable y tan irresistible, que la subyugaba sin adivinar á dónde podria conducirla lo nuevo de aquella situacion.

Desde aquel dia buscaba sin cesar la presencia del enfermo, y sin embargo se sentia turbada ante él.

Y la mejoría de este fué haciéndose más perceptible.

Pasaron algunos dias y ya pudo pasear por el valle.

Angelina se convirtió en su guia.

Entónces respirando los dos el perfumado ambiente que se desprendia de los árboles, ambos poseidos de tristeza, de la melancolía que en determinadas horas y en sitios dados se experimenta, no se atrevia ninguno á romper el silencio tan lleno de encantos que los circundaba.

IV.

Por fin Berenguer alzó los ojos.

Se encontraron con los de Angelina, y aquellas dos miradas se confundieron.

—¡Qué hermosa sois! exclamó el caballero.

La jóven no contestó.

—¿Qué teneis, Angelina? volvió á preguntar el mancebo.

—No sé: siento una opresion indefinible: una vaga inquietud, una especie de alegría mezclada con un deseo de llorar, y todo esto reunido me llena de melancolía; hay momentos en que me parece que estas flores que estoy viendo todos los dias son seres animados que me hablan en un lenguaje tierno y misterioso, y que esa agua que corre murmurando á nuestros piés me reprocha con dulzura no sé qué cosa que yo no me atrevo á analizar. Estoy en un estado en que deseo algo y no deseo nada, en un estado que no puedo definirme yo misma.

—¿Quereis que os explique lo que yo siento, y quizá por mi sensacion podamos descubrir la causa de la vuestra?

—A no ser que sintais lo mismo que yo, repuso la doncella con extraordinaria sencillez.

—Justamente: entre vos y yo existe una extraña analogía de sentimientos; con los ojos de mi alma he estudiado la vuestra. Vos no habeis amado nunca.

—¿Cómo no? He amado y amo á mi padre: aunque no he conocido casi á mi madre, la he amado tambien y no la olvido un instante: amo á mis flores, á mis cabras, y creo que no existe otra cosa en el mundo que poder amar.

—¿No comprendeis el amor del alma por el alma? ¿No comprendeis el amor de un hombre para quien vos seais su estrella; para quien vos seais la personificacion encarnada de ese ángel de la guarda que Dios destina á cada uno de los mortales? ¿No comprendeis el amor de un hombre cuya vida sea la vuestra, cuya esperanza, cuya felicidad, cuyo placer esté cifrado en vos solamente? ¿No comprendeis ese amor infinito, sublime destello de la divinidad, y que nos aproxima más á ella porque de ella misma emana?... ¡Oh! no es posible que vos siendo un ángel no lo comprendais. Yo de la misma manera que vos no he amado nunca; mi alma se ha conservado en medio de los combates sin que ninguna otra encendiera la chispa que el Eterno ha depositado en cada una de ellas. Sin embargo, os he visto á la cabecera de mi lecho: es más, soñaba con vos ántes de conoceros, os habia adivinado, porque los ángeles se adivinan siempre; os he visto realizando la santa mision de la mujer, y no os ofendais por lo que os diga, he comprendido que no podia vivir mas que por vos y para vos, y mi alma busca la vuestra como corren dos gotas de agua para confundirse en una sola.

V.

Era tan nuevo lo que estaba escuchando Angelina, tenia tal mágia el acento de Berenguer, que era imposible que nadie pudiese resistirse á su influencia.

Angelina, no acostumbrada á galanteos, no poseia esa táctica de las mujeres coquetas de todos los tiempos.

Lo que sentia se manifestaba en su rostro.

Así es que, ya por efecto de la inmensa emocion que sentia, ya porque com-

prendiese que jamas podria expresar cuanto estaba experimentando, sin hablar aun palabra fijó sus ojos en los de Berenguer.

Pero con una expresion tan elocuente, irradiaron una mirada tal, que el doncel leyó en ellos mucho más que cuanto el lenguaje de los sonidos le dijera.

Hay momentos de embriaguez que, rompiendo las cadenas groseras que nos sujetan á la tierra, nuestro sér se siente agitado por una fascinacion que le purifica.

Las mejillas de Angelina volvieron á enrojecerse.

Se disipó la tristeza de sus lindos ojos.

El amor rebosaba hasta su semblante y le prestaba nuevos encantos.

Berenguer era feliz.

Pero pasada la embriaguez de su amor sintió la conciencia de su deber.

Su herida se habia cicatrizado ya, y debia ponerse en marcha para reunirse con sus compañeros.

Roger estaba desesperado con su desaparicion.

Hizo todas las pesquisas imaginables, pero ninguna de ellas le dió resultado.

Desesperaba ya de encontrarle.

Por fin Berenguer se dispuso á partir.

Aquella fue la primera lágrima que nubló el cielo de la felicidad de Angelina.

Sin embargo, comprendia que el hombre tiene deberes que llenar, y jamas intentaria impedirle que los cumpliera.

Berenguer la prometió volver por allí, y quedó tranquila y confiada en la palabra de su amado.

¡Pobre niña que no comprendia que en el mundo una sonrisa de felicidad lleva envueltas en sí largos dias de amargura!

CAPÍTULO XIV.

Presentacion de personajes.

I.

Han terminado las fiestas con que los griegos solemnizaron el matrimonio de María con Roger.

Ambos esposos disfrutan de esa luna de miel tan llena de atractivos cuando los desposados son dignos el uno del otro.

Pasados los primeros momentos de embriaguez, el deber ha venido á llamar al corazon del caudillo catalan.

Los turcos á pesar de tener noticia del refuerzo de las tropas de Andrónico no enfrenaron su audacia.

Al contrario, sus talas tomaron un carácter nuevo, y no se escuchaba mas que el relato de sangrientas escenas y dolorosos desmanes.

Roger estaba impaciente por abrir la campaña.

Dió las órdenes oportunas, y agregáronse á su hueste un cuerpo de tropas griegas mandado por uno de los jefes de Andrónico y otro de alanos al mando del príncipe Jorge, el amigo de Miguel, el heredero del imperio griego. La víspera de la partida dos jóvenes oficiales de la armada catalana iban paseando por las murallas de aquella poblacion donde tan bien recibidos habian sido, y en la cual más tarde debian ser tan ignominiosamente tratados.

Mozos eran ambos, y ambos pertenecian á esa clase de hombres en cuyo rostro se lee el valor, la honradez y la lealtad, y con los cuales se simpatiza á primera vista.

Aunque hemos dicho que los dos eran catalanes, necesitamos hacer alguna distincion.

Alejo, que así se llamaba uno de ellos, era griego.

Pero desde sus primeros años habia pasado á Sicilia, donde hizo sus primeras campañas á las órdenes de don Blasco de Aragon, lugarteniente del rey Federico.

En la guerra conoció á Fernando Ferriz de Ayerbe, jóven aragones que por aquella época hacia tambien sus primeras armas.

II.

Una amistad profunda, una de esas amistades formadas en el campo de batalla, y cuyos vínculos se ligan en las horas supremas del peligro, se estableció pronto entre ambos.

Cambiaron sus juramentos de fraternidad, y desde entónces vivieron juntos prometiéndose no separarse jamas.

Alejo tenia su familia en Constantinopla.

Más de una vez habló con su amigo de su hermana Sofía.

El retrato que el hermano le hiciera al amigo avivó el deseo que este sentia de conocerla.

Fernando era de esos hombres que llevan impresas en su rostro las huellas de un dolor terrible.

En su frente se marcaba un sello de tristeza, cuya causa en vano Alejo trató varias veces de averiguar.

A nadie revelaba el pesar que le consumia.

En lo más récio de los combates se le vió siempre sin que perdiese su rostro la expresion tétrica que hasta cierto punto le favorecia.

Llegaron á Grecia, y Fernando conoció á Sofía.

Y si simpática le habia sido la joven al describírsela Alejo, al verla aquella simpatía se trocó en amor y fácilmente se correspondieron.

Pero á pesar de la felicidad que tal pasion debiera inspirar á su alma, la tristeza no se ahuyentaba de su semblante.

El padre de Alejo no estaba en Constantinopla.

Era uno de los viejos generales del imperio, y tenia el mando de una provincia distante de la metrópoli.

III.

En el momento que nosotros encontramos á los dos amigos, decia el griego al aragones:

—Vamos, Fernando, es imposible continuar de esta manera.

—No te comprendo, contestó el jóven.

—Pues bien fácil es comprenderlo: ¿crees que es posible estarte viendo años y años con esa tristeza siempre grabada en tu semblante?

—¡Ay!... hermano... ¡si supieras cuán difícil es que desaparezca!

—Y ¿por qué?

—Porque hay una causa para ello, y cuando esta causa no puedes hacerla desaparecer, imposible es que tus labios sonrian, ni que tu rostro esté alegre y satisfecho.

—Díme, Fernando, preguntó de repente Alejo: ¿eres mi amigo?

—¡Que pregunta!

—Respóndeme, puesta la mano sobre tu corazon: ¿lo eres?

—Te he tendido mi mano, tu la has estrechado, y entre dos hombres de honor las palabras no se dicen mas que una vez.

—Y ¿cómo comprendes tú la amistad?

—¿Adónde vas á parar?

—Contéstame: ¿cómo comprendes tú ese lazo que une las existencias de dos personas con vínculos más estrechos, más indisolubles que los del parentesco?

—Amistad es una palabra que significa que las dos personas ligadas con ella no han de tener mas que una voluntad, que sus sentimientos han de hermanarse perfectamente, que ha de existir una comunidad completa entre ellos que...

—Basta ya; has dicho lo suficiente.

—No te entiendo.

—Has dicho que ha de existir una comunidad completa entre ellos ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien ¿tienes tú la conciencia de haber cumplido conmigo los deberes que la amistad impone?

—Me parece que sí, repuso Fernando vacilando, porque creia adivinar á dónde iba á parar su amigo.

—No; tú no tienes esa conviccion; yo sí puedo tenerla, porque para tí no he guardado secreto alguno, porque cuanto ha existido en mi corazon me ha faltado tiempo para depositarlo en el tuyo; porque jamas he comprendido las amistades á medias y he llenado siempre todos los deberes que la nuestra me imponia.

—Y yo tambien.

—No lo creas; estás en un error.

IV.

Fernando no supo qué contestar á su amigo.

Repugnaba á su conciencia el sostener una cosa en la cual no estaba de su parte la justicia.

Así fue que inclinó la vista y no dijo una palabra.

—¿Tú ves? continuó Alejo, ¿tú ves como estás persuadido de que no has obrado bien? Te conozco demasiado, Fernando, y sé que no tienes valor para defender lo que no cabe en tu conviccion; estoy exigiéndote hace tiempo una confianza á la cual me parece tengo derecho, y no has querido dispensármela.

—¡Alejo!

—¿Acaso desconfias de mí? ¿no crees digno á mi corazon de ser partícipe de los dolores que aquejan al tuyo?

—No es eso.

—Entónces no te entiendo.

—Es que mis dolores son del género de los que no tienen remedio.

—Pero al ménos tendrás el consuelo de que otro participe de ellos, que otro con palabras amistosas trate de dulcificarlos en lo posible.

—¡Ah, Alejo! ¡si eso no puede ser!

—Vamos, permíteme que te diga que esa reserva me ofende, repuso el griego con alguna severidad. He tenido tanta confianza en tí que hasta no he vacilado ni dudado un momento en querer que mi hermana sea tu esposa; cuanto tengo es tuyo; te hago dueño de lo que más amo, y tú un secreto que te abruma no eres capaz de confiárselo al amigo, cuando el amigo te lo suplica... Pues bien, Fernando; guárdate tu dolor que yo tambien guardaré nuestra amistad.

Al escuchar esas palabras el aragones no pudo ménos de sentir un dolor profundo, y tendiendo su mano á Alejo le dijo:

—Mal me juzgas, amigo mio; si yo no te he revelado la causa de mi tristeza no ha sido ni será nunca por desconfianza que tenga en tí. He temido entristecerte más, porque verdaderamente hay motivos para ello.

—Pues será una satisfaccion para mí el conocer la causa de esa tristeza; ya verás cómo se alivia tu corazon depositándolo en mí. Vamos, habla.

—Puesto que lo quieres, sea.

Fernando permaneció algunos momentos pensativo como si tratara de concentrar sus ideas, hasta que dijo por fin:

—El dolor más grande que puede aquejar á un hombre es el dolor de familia; ese dolor para el cual no existe remedio alguno, dolor que lo encontramos á cada paso y del que nunca podemos evadirnos.

—Y ¿el tuyo pertenece á esa especie?

—Desgraciadamente. Figúrate, mi pobre amigo, que yo he tenido una madre buena y santa como una vírgen; al ménos así la he juzgado siempre; es verdad tambien que los hijos deben juzgar á sus padres solamente de esa manera.

Desde niño me llamó la atencion el desvío con que mi padre trataba á mi madre.

Más tarde, cuando ya la reflexion ocupó su lugar, yo me preguntaba la causa que para aquello podria existir, cuando la creia una santa, cumpliendo sus deberes con la más estricta escrupulosidad.

—Y ¿tu madre no se te quejó por el tratamiento de que era víctima?

—No, vuelvo á decirte que era una santa mujer, y cuando yo, extrañándolo asaz, culpaba á mi padre por su proceder, la voz de mi madre se alzaba inmediatamente para defenderle; y cuidado que muchas veces la encontraba llorando á consecuencia tal vez de algun disgusto que con mi padre acababa de tener. Yo que veia aquella injusticia, porque no de otra manera podia calificar la conducta que observaba el autor de mis dias, amaba á mi madre con delirio tratando de compensarla de aquella manera la falta de cariño de mi padre.

—¡Bravo, amigo mio! Y ¿tu madre te querria tambien?

—Mucho. El padecimiento que la consumia fué lentamente devorando su existencia, hasta que un dia todos nos levantámos asustados ante la inminencia del peligro. Mi madre estaba á punto de morir. Alma fuerte y valerosa, supo dominar sus dolores y ocultarlos en el fondo de su alma. Pero el dia en que aquellos estallaron no hubo ya remedio alguno. Pocas horas ántes de espirar me llamó junto á sí. Exigió quedarse sola conmigo y se tuvo que acceder á su peticion.

—Y ¿entónces te reveló sin duda...

—Sí, entónces me refirió una historia de infamias, contestó el jóven con voz sorda.

—¿Qué dices?

—Mi madre era víctima de una horrible villanía.

—Cuéntame.

—En la última hora nunca se miente, y mi madre no podia mentir á su hijo.

—Pero ¿qué fue?

—Figúrate que un dia mi padre se presentó en nuestro castillo acompañando á un caballero herido á quien dijo que encontró en un barranco donde le precipitó su caballo. Aquel hombre no era de nuestro país: es verdad que en Aragon, donde la lealtad y la honradez tienen su asiento, jamas exis ió hombre capaz de cometer una villanía como la que aquel cometió.

—Acaba.

—Aquel hombre que se llamaba Martin permaneció en mi casa durante algunos dias. ¿Sabes de qué manera pagó la hospitalidad? Hablando á mi madre en un lenguaje que jamas usa un caballero y haciéndola proposiciones que toda mujer honrada debe rechazar siempre. La contestacion que obtuvo ya te la puedes figurar; pero aquel hombre era un miserable. Trató de recurrir á la fuerza para obtener lo que de grado no se le concedia, y una noche entró en las habitaciones de mi madre. La noble señora sostuvo valerosamente una lucha heróica, hasta que por fin aquel hombre tuvo que retirarse por temor al escándalo; pero al marcharse juró que se vengaria, y se vengó.

—Y ¿no sabes quién es ese hombre? preguntó Alejo participando de la indignacion de su amigo.

—No: no tengo de él mas indicios que su nombre de Martin y una señal que me dió mi madre. Señal que quizá el tiempo haya hecho desaparecer.

—¿Qué señal era esa?

—Un lunar de cabellos blancos que se destacaban perfectamente entre los negros de su cabeza.

—¡Ah!

—¿Qué es eso? exclamó Fernando sorprendido al ver el cambio que se operó en la fisonomía de su amigo.

—Nada, nada, contestó este tratando de dominarse. Me afecta mucho cuanto me estás refiriendo. Prosigue.

—Aquel hombre habló con mi padre, pintó el proceder de mi madre con los más negros colores, le habló de faltas y de traiciones, y mi padre cegado por los celos trató á mi pobre madre con un rigor al cual no era acreedora. Cuando se está ofuscado se cree fácilmente todo lo absurdo y mi padre se persuadió de cuanto se le referia.

—Pero tu padre, permíteme que te diga que fue demasiado ligero en dar crédito á palabras tan sólo.

—Es que Martin compró á uno de los criados del castillo y el testimonio de aquel corroboró sus dichos.

—¡Qué villanía!

—Martin se marchó poco despues de mi casa, pero su venganza estaba cumplida: entre mi padre y mi madre ya no cabia cariño alguno, y la existencia de la infeliz víctima era una existencia triste y dolorosa sin esperanza alguna de que cambiase jamas. Esto fue lo que mi madre moribunda me reveló y yo lo

crei porque para dudar de mi madre era necesario dudar de Dios ante cuya presencia iba á comparecer.

—Y ¿tu padre?

—Tambien le habló. Tambien en aquella hora suprema se esforzó en desvanecer su error, y mi padre hizo justicia á la mujer que llevaba su nombre. Yo entónces, sin lazo alguno que me sujetase en el castillo, salí de él despues de haber jurado que no volveria á entrar en mi casa hasta vengar la muerte de la que me diera el sér con la del miserable asesino.

—Y ¿no has podido cumplir tu juramento? preguntó Alejo con un acento que revelaba su interes.

—Hasta ahora han sido inútiles mis pesquisas; ya ves que con las señas que llevaba difícil era que pudiese encontrar al que buscaba. Fuí á Sicilia, te encontré á tí, y desde aquella época no has ignorado ninguno de los secretos de mi vida sino este, porque iba envuelta en él la honra de una santa.

—Gracias, amigo mio, gracias por esta confidencia, y desde hoy tu pobre madre contará dos vengadores en vez de uno.

—¡Qué bueno eres, Alejo!

—¿No harias tú lo mismo por mí?

—Cierto.

—¿Quién sabe si en la nueva campaña en que vamos á entrar sucumbirá alguno de los dos? Y me parece que justo será que el que sobreviva pueda vengar al muerto.

Y nuestros amigos se estrecharon las manos con más fuerza y se dirigieron á la ciudad preocupados y silenciosos para hacer los últimos preparativos de marcha, la cual debia verificarse al siguiente dia.

Roger habia reunido los buques de su escuadra y nombrado almirante de ella al valiente aragones Fernando Ahones á quien el mismo emperador Andrónico confirió tambien esta dignidad; se embarcó el ejército en las galeras, que cruzaron el famoso mar de Propóntida, y desembarcaron en el cabo de Artacia á corta distancia de las célebres minas de Cicico.

CAPÍTULO XV.

Primer combate y primera victoria.

I.

Muy ajenos estaban los turcos de que existiera un general tan osado que tratara de entrar en lucha con ellos.

Por donde quiera que iban encontraban el terreno expedito, y si algun pueblo trataba de resistírseles pagaba con el incendio y la destruccion su inaudita temeridad.

Ebnt-Otsman mandaba el ejército que estaba acampado á poca distancia de Cicico.

Era amo de los más famosos guerreros que contaban las filas del Islam.

El campamento árabe carecia de la sencillez y de la sobriedad de los catalanes.

Ricas tiendas de brocados, alfombras de Persia, flores en búcaros de colores, perfumes en braserillos de plata, almohadones de damasco y todo cuanto la molicie musulmana tenia de más rico y agradable para la existencia, se encontraba reunido en aquel campamento.

Traspongamos las primeras empalizadas con que los turcos defendian su campo.

Sin detenernos delante de los destacamentos de caballería que las recorren sin cesar, atravesemos el inmenso semicírculo que forman las tiendas al pié de un collado y lleguemos hasta el departamento del emir.

Gruesas cadenas de hierro adheridas á fuertes postes de madera forman una especie de círculo que rodea todo el espacio ocupado por las tiendas de Ebnt-Otsman.

Una guardia de soldados etíopes envueltos en sus largos *caftanes* blancos defiende aquella entrada.

Crucémosla tambien.

Delante del pabellon que cubre la entrada de la tienda nos encontrarémos con dos soldados que al vernos cruzarán sus cimitarras tratando de impedirnos la entrada.

No hagamos caso de ellos.

Alcemos el tapiz persa y nos hallarémos en una especie de vestíbulo donde

algunos oficiales sentados á la usanza musulmana aspiran con deliquio el humo del tabaco que arde en preciosas pipas de largo tubo con boquillas de ámbar.

Avancemos más y penetremos en la estancia del emir.

II.

Ebnt-Otsman está pasando ya los umbrales de la ancianidad.

Blanca su barba, algunas arrugas cruzan su frente, pero sus ojos no han perdido aun la indómita fiereza de la juventud.

Muellemente reclinado sobre los cogines de seda juega distraidamente con los rizos de una encantadora circasiana que se halla sentada á sus piés.

A su derecha otra esclava deja correr sus dedos sobre las cuerdas de una preciosa guzla de nácar y oro, y de cuando en cuando exhala algun flébil sonido que va á unirse con el trino de un ruiseñor encerrado en una jaula de oro, pendiente de la cúpula de la tienda.

Cuatro perfumeros colocados en los extremos de ella la embalsaman completamente.

Otra esclava de maravillosa hermosura agita cerca de su señor un abanico de plumas miéntras que otra renueva sin cesar el tabaco de la pipa, cuyo tubo formando espirales va á perderse entre los labios del emir.

Todo es allí silencio, abandono y voluptuosidad.

Aquellas cuatro mujeres cuya hermosura basta por sí sola para llenar de encantos la existencia de cuatro hombres distintos, no consiguen una mirada del caudillo musulman.

De pronto se abre el tapiz que cubre la entrada de la tienda y un oficial aparece en ella.

—¿Qué quereis, Hagib? le preguntó Ebnt al verle.

El oficial hizo las tres *zalás* (reverencias) que exige la etiqueta árabe y contestó:

—Un *adalid* que acaba de llegar solicita verte con premura.

—¿De dónde viene?

—De la tierra de los *rumys* (cristianos).

—Bien: que entre.

El oficial hizo otra reverencia más profunda que las anteriores, y andando de espaldas abandonó la estancia de su señor.

Este hizo una señal á las esclavas que dejaron sus respectivas funciones y desaparecieron por el fondo de la tienda sin hacer ruido alguno y sin atreverse á fijar los ojos en la puerta por donde debia aparecer la persona que las hacia ausentarse.

III.

Pocos momentos despues un jóven musulman penetraba en la tienda y al par que cruzaba los brazos sobre el pecho en la más reverenda actitud decia:

—Salud al elegido del Señor, á la más poderosa columna del Islam. Bien sabe Allah que al hablarte no tengo mas objeto que el de tu bien y el de todos los buenos creyentes que están á tus órdenes.

—¿Qué quieres decirme? preguntó con sequedad el emir.

—Que los cristianos han recibido refuerzos considerables, que otros soldados venidos de Occidente van á salir á campaña dentro de algunos *soles,* y que esos soldados no son como los griegos afeminados y cobardes.

—Y ¿acaso los leones del Islam, los defensores del profeta pueden tener miedo de un puñado de hombres extranjeros? Si eso es lo que querias decirme puedes retirarte. Que vengan los auxiliares de los griegos, y su pujanza, toda su bravura desaparecerá ante el empuje de mis soberbios caballos del desierto. Solo Dios es vencedor y los que creen en él vencerán siempre á sus enemigos.

—Poderoso emir, nadie como yo admira en tí á uno de los más queridos hijos del profeta. Nadie como yo sabe el valor que se anida en el pecho de mis hermanos, pero no creas que las gentes con quienes vais á luchar son como las que luchasteis hasta ahora. Vosotros encubris el acero que defiende vuestros pechos con la seda y el oro, ellos no llevan mas que armaduras groseras que apénas los encubren; pero el cuero de sus pieles está tan curtido que creo que las puntas de nuestras flechas se han de embotar en ellas sin herirlos.

—Ya verémos cuando vengan si son tan bravos como los pintas; ya verémos si los soldados de la media luna tienen que ceder de su arrogancia, ó si toda esa turba de miserables aventureros nos demuestra una vez más que no sirven para otra cosa que para mandar á sus mujeres.

Puedes retirarte.

—Perdona si un afecto...

—Solo Allah es grande, y Allah no abandona nunca á sus hijos.

El musulman hizo otra reverencia y abandonó la tienda dejando á Ebnt-Otsman que contemplase las espirales que el humo iba formando al desprenderse de su pipa.

Entre tanto, como ya hemos dicho, la armada de Roger habia desembarcado en el cabo Artacio. Tres leguas escasamente le separarian del sitio donde tenian su campo los musulmanes.

Unos ocho mil hombres compondrian la expedicion catalana, miéntras que sus enemigos contaban con doble número.

Roger se enteró perfectamente de la posicion que aquellos ocupaban, así

EBNT-OTSMAN.

como del descuido en que su mismo orgullo los tenia, y decidió atacarlos en las primeras horas del dia inmediato.

. . . . . .

IV.

El lucero matutino principiaba á despedir sus rayos sobre la faz de la tierra.

Lentamente iban disipándose las sombras de la noche.

Las puertas del Oriente entreabríanse poco á poco, y la Aurora dispertando perezosamente de su sueño estaba á punto de extender su luz sobre el mundo entero.

Los turcos dormian sosegadamente sin pensar en la proximidad de ningun peligro.

Los catalanes acababan de oir la misa que celebraron los sacerdotes griegos, y con el mayor silencio y guardando todas las precauciones consiguientes se pusieron en marcha con direccion al campo musulman.

De pronto el famoso *¡Aur, aur! ¡Desperta ferro!* de los almogávares resonó en los oídos de los descuidados centinelas y sus *azconas* se tiñeron con la sangre de los defensores del Islam.

A aquel grito despertaron los turcos, pero fueron vanos todos sus esfuerzos.

Roger estaba al frente de sus soldados y cada uno de ellos trataba de dejar bien puesto el pabellon bajo el cual lidiaban.

Ebnt-Otsman salió inmediatamente de su tienda, se armó á la ligera como la mayor parte de sus *walies* (oficiales), y desplegando el estandarte exclamó con voz de trueno:

—*Le-Galib ille Allah.*

Pero al grito de guerra musulman respondian los nuestros con su famoso *¡Sent Jordi!... ¡Sent Jordi* y *Desperta-ferro!* Y el hierro dispertaba, y los almogávares luchaban cuerpo á cuerpo, y los musulmanes no podian defenderse de aquellos hombres que peleaban con un encarnizamiento desconocido para ellos.

Pronto estaba cubierto el campo de marlotas, de alquiceles, de cascos abollados y cadáveres palpitantes.

El combate cuerpo á cuerpo se habia generalizado.

Alejo y Fernando hacian prodigios de valor.

Juntos iban siempre.

Si la corva cimitarra de algun turco se alzaba sobre la cabeza de uno de ellos, la lanza del otro iba á hundirse en el seno del musulman librando de una muerte cierta á su hermano de armas.

Las lanzas volaban hechas astillas.

Las piezas de las armaduras caian al suelo bajo los terribles golpes que se descargaban.

Ebnt-Otsman contemplaba con una cólera infinita que por la primera vez desde que su planta se posara en el imperio bizantino iba á verse precisado á retroceder ante aquel puñado de aventureros á quienes el dia anterior despreciaba.

Pronto nuestras tropas arrollando las falanges musulmanas se precipitaron en las tiendas donde se encerraban sus tesoros y mujeres.

V.

Fernando y Alejo tambien penetraron con sus soldados.

Alejo estaba lidiando con un turco que defendia con indómita fiereza la entrada de una de las tiendas.

Su espada se alzaba ya para terminar la contienda de un solo golpe, cuando desde el interior se precipitó una mujer resplandeciente de hermosura y de dolor, y arrojándose á los piés de Alejo exclamó con dulcísimo acento:

—¡Piedad, piedad para mi padre!

Alejo quedó inmóvil.

Sus ojos se fijaron en la jóven, y con un acento lleno de emocion dijo:

—Ruegos de ángeles siempre son atendidos; eres mi prisionero, continuó dirigiéndose al padre de la musulmana.

—Allah es justo, murmuró el turco con el acento de profunda resignacion que caracteriza á los sectarios del Islam.

Todas las mujeres que pertenecian al haren de aquel magnate se reunieron á la voz de su señor y presto fuéron á aumentar el número de los prisioneros que iban haciendo los catalanes.

Alejo no cesaba de mirar á aquella preciosa criatura.

Los ojos de la niña al fijarse en los suyos le causaron profunda impresion.

Su acento hizo vacilar su brazo y resonó de una manera tan dulce en su corazon, que sin saber por qué palpitaba con más rapidez que de costumbre.

Y sin duda aquella impresion fue recíproca, porque la niña miró tambien al caballero algunas veces despues de suplicarle por la vida de su padre.

Ebnt-Otsman consideraba con un furor infinito que la poderosa hueste que momentos ántes mandaba y en la cual tanto se envanecia, era destrozada en todas partes por los bravíos almogávares.

Roger estaba entusiasmado.

Su tremendo grito de guerra resonaba hasta los extremos del campamento musulman, y las armas de Aragon y Sicilia junto con las famosas barras catalanas se ostentaban vencedoras en todas partes.

Las legiones del Islam quedaron desbaratadas por los valientes defensores de la cruz, que puestas en desordenada fuga no bastaron todos los esfuerzos de sus *walies* para contenerlas.

—¡Allah lo ha querido! ¡Él solo sabe lo que está escrito!... murmuró el emir al ver la derrota de los suyos.

VI.

En el campo de batalla, segun los historiadores de aquella época, quedaron sobre nueve mil hombres fuera de combate.

Las pérdidas de la hueste expedicionaria fueron casi insignificantes comparadas con las de sus enemigos.

En las tiendas de los turcos recogieron un botin considerable, y el número de prisioneros estaba en proporcion de las riquezas.

Roger quedó completamente satisfecho con aquella victoria.

Habia sobrepujado sus esperanzas.

Inmediatamente corrió la noticia á Constantinopla, adonde llegaron tambien lan naves cargadas con los despojos que se arrebataron al enemigo.

El ejército vencedor tomó posesion de Cicico, donde atendiendo á lo avanzado de la estacion se resolvió invernar.

La campaña empezó bajo los mejores auspicios.

Aquella victoria era la señal de infinitas que aquel puñado de héroes debia alcanzar en la tierra de los Paleólogos.

Andrónico recibió la noticia de aquella accion con placer extraordinario, al par que su hijo Miguel no podia disimular su despecho al saber que los catalanes no hicieron mas que llegar y vencer, miéntras que él en aquel mismo sitio y con más poderosa hueste fue vencido repetidas veces.

CAPÍTULO XVI.

Envidia y celos.

I.

Al divulgarse en Constantinopla la noticia de victoria tan señalada, una alegría inmensa se esparció por toda la poblacion.

Las infelices gentes que estaban aterradas por tanta calamidad como sobre ellas pesaba, principiaban á respirar.

Mil gritos de júbilo brotaban de todos los labios.

El nombre de Roger era bendecido por una multitud delirante que salvaba, por decirlo así, cuando se encontraba casi al borde del abismo.

Andrónico, que era sobre quien más directamente recaia el beneficio, veia con júbilo que el caudillo catalan era digno de la confianza que le merecia, y se asoció de buen grado á las demostraciones de afecto con que el pueblo solemnizaba la victoria de los almogávares.

Entre tantos semblantes como por todas partes resplandecian de gozo resaltaba uno que ofrecia un contraste notable en aquellas circunstancias.

Era el de Miguel.

El hijo de Andrónico no podia refrenar la cólera que experimentaba al ver que Roger salia vencedor en un momento de las mismas tropas que en más de una ocasion arrollaron las suyas, siendo más numerosas que las que componian la hueste catalana.

María, que no acertaba á disimular el orgullo y la alegría que la causaba el triunfo de su esposo, fijó los ojos repetidas veces en el semblante de su primo, y no pudo ménos de estremecerse.

Quizá con ese instinto de mujer, y de mujer que ama, comprendió algo de lo que pasaba en el corazon del jóven.

Y sin saber por qué su corazon resintióse dolorosamente.

Otra persona sorprendió tambien el secreto despecho del hijo del emperador: Karïna.

La griega, que con ansiedad febril estuvo esperando noticias del campo catalan, Karïna que á pesar de todos sus deseos de venganza adoraba cada vez con más vehemencia á Roger, al contemplar el alborozo de María sintió en su corazon un dolor terrible.

Y tras esto apartando los ojos de María los dirigió hácia Miguel.

Y observó que de la misma manera que ella tenia celos, él tenia envidia.

Que del mismo modo que sufria ella, padecia él.

Pero ambos eran poderosos, y unidos ambos acabarian por dominar al que causaba sus padecimientos.

Karïna era una mujer implacable.

Dotada de extraordinaria penetracion, adivinaba en una mirada, comprendia en una sonrisa, y un movimiento cualquiera bastaba para revelarla la sensacion que experimentaba el indivíduo. Así era que leia en el corazon de Miguel como en un libro abierto.

El jóven veia con disgusto profundo las muestras de aprecio y cariño que el pueblo tributaba á Roger.

El mismo Andrónico volviéndose hácia algunos de sus cortesanos dijo:

—¡Oh!... ha sido una gran victoria.

—Desde luego el cielo ha devuelto sus sonrisas á las armas de la cruz, repuso uno de los magnates griegos.

En el momento que nosotros penetramos de nuevo en el palacio de los Paleólogos todo es animacion y alborozo.

II.

Sancho de Ros y Guillen de Siscar, caballeros, aragones el uno y catalan el otro, habian ido, enviados por Roger, á participar á Andrónico la victoria y presentarle los prisioneros y el botin de aquella célebre jornada.

Sancho de Ros, aunque entrado en años, era de continente altivo y marcial.

Amante y entusiasta del valor, amaba á Guillen de Siscar por su indomable valentía, por su arrojo que á veces rayaba en temeridad, por su juventud y por su belleza.

El jóven catalan poseia todas las condiciones necesarias para inspirar simpatías á los hombres y amor á las mujeres.

El primer dia que vió á Karïna palideció ante ella.

Las mujeres en general comprenden muy bien las impresiones que causan.

La griega adivinó lo que pasaba en el corazon del guerrero.

Y en aquella sensacion vió perfectamente un nuevo instrumento que podia explotar quizá con alguna ventaja.

El dia en que nosotros volvemos á encontrar á nuestros personajes, segun ya hemos dicho, el emperador Andrónico quiso obsequiarles con un banquete al cual estaban convidadas las primeras dignidades del imperio.

III.

Despues de las fiestas con que se solemnizó el triunfo de la cruz sobre la media luna se dirigieron hácia el comedor, donde Andrónico siguió obsequiando á los enviados de Roger con las mayores muestras de deferencia y aprecio.

Colocados por el órden que la etiqueta griega exigia, dijo Andrónico dirigiéndose á Sancho:

—He hablado con algunos de los prisioneros, y á pesar de ser nuestros enemigos, no han podido ménos de rendir justo tributo á vuestra indómita bravura.

—Señor, nosotros tambien confesamos que los turcos son valientes; de otra manera no nos hubiéramos batido con ellos.

—Para vencerlos.

—O para morir. Juro por la santa patrona de mi país que prefiero la muerte al vencimiento.

—Eso habla muy alto en vuestro favor. Demasiado sabía que al llamaros á Grecia no traia una legion de hombres, sino un puñado de valientes.

—Padre mio, exclamó Miguel no pudiendo contenerse más, en vuestro dila-

tado imperio tambien existen hombres de valor que prefieren la muerte á la vergüenza de la derrota.

—A Roger le ha bastado ponerse al frente de los turcos para derrotarlos, repuso Siscar un tanto ofendido por el tono de Miguel.

—Supongo, caballero, dijo George, el príncipe de los alanos, que no habréis tratado de dirigir un reproche á nuestros soldados.

—No comprendo los reproches ni sé lo que quereis decir. Cuando tengo que calificar la conducta de álguien no reprocho, acuso; y cuando acuso es porque me hallo decidido á sostener la acusacion.

Karïna fijó una mirada instigadora en Miguel y otra en el príncipe de los alanos.

—Los turcos estaban desprevenidos cuando fueron acometidos por vosotros, dijo el hijo de Andrónico dirigiéndose á Ros.

—A estar dispiertos de la misma manera fueran vencidos, contestó el aragones con arrogancia.

—O tal vez no.

—Las barras catalanas y las armas aragonesas cuentan sus victorias por sus batallas.

—Los turcos tambien están acostumbrados á vencer.

—Señor, repuso Ros con algun enojo, habrán vencido á los griegos; nosotros morirémos ántes que nos venzan.

Al escuchar las atrevidas palabras del aragones un murmullo de disgusto se desprendió de los labios de cuantos rodeaban la mesa.

Oficiales griegos en su mayor parte, era una especie de insulto dirigido á ellos.

Pero era un insulto provocado por el mismo Miguel.

Sus palabras demasiado imprudentes excitaron el disgusto de los oficiales catalanes que no consentian que en nada ni por nadie se menoscabase su honra.

Andrónico comprendió desde luego el mal giro que aquella cuestion podia tomar y se apresuró á mediar diciendo:

—Miguel, cualquiera creeria que te disgustaban los triunfos que las armas de tu país obtenian.

—Si fueran las de mi país solo, creo que comprenderéis, señor, que podrian serme sumamente gratos.

—Poco importa que sea esta ó aquella la bandera bajo que se combata, si el resultado de la victoria redunda en beneficio tuyo.

—Es que ya veis, padre mio, que se trata de zaherir á nuestros soldados que tantas pruebas tienen dadas de abnegacion y valor.

—Vuelvo á decir, y en voz muy alta, porque así como no me intimidan las armas de los enemigos en medio de un campo de batalla, tampoco me asustan las paredes de un palacio; repito que nosotros nunca zaherimos ni sabemos

hacerlo como ha dicho perfectamente mi compañero; y como todos nosotros hablamos siempre con el corazon, decimos verdades, y verdades que nos hallamos dispuestos á sostener. Treinta mil griegos han sido vencidos por veinte mil turcos: veinte mil turcos han sido á su vez derrotados por siete mil almogávares. Estos son hechos, señores; no soy yo quien lo dice, sois vosotros mismos quien lo ha justificado.

—Y ¿es una razon para que se ponga en duda el valor de nuestras tropas? preguntó George con el semblante descompuesto por la cólera.

—En nuestro país, contestó Siscar con su armonioso acento, pero severo y enérgico á la par, en nuestro país los vasallos jamas se atreven á hablar delante del soberano. Hemos venido aquí bajo el seguro de la confianza que se depositaba en nosotros. Se juzgaba conveniente nuestro socorro, y tratamos de cumplir nuestro deber. Es más: estamos dispuestos á sobrepujarle todavía con nuestro cumplimiento; pero cuando vencemos á los enemigos del imperio griego en medio de los campos de batalla, vemos que se alzan otros en el centro de la córte que son los mas terribles. Venimos satisfechos con nuestra victoria y nos encontramos hostilizados. Ofrecemos nuevos laureles y se trata de poner en duda el valor de nuestros soldados. Decidme ahora si todos vuestros ejércitos han conseguido durante muchos meses desalojar á los turcos de Cicico como nosotros lo hemos alcanzado en horas. No dudamos que seais valientes, pero tampoco podemos consentir que se dude de nuestros compañeros.

La indignacion de los griegos durante el atrevido parlamento del catalan Siscar estalló en el momento en que este cesó de hablar.

Se levantaron de sus asientos y fijaron sus miradas amenazadoras en los enviados de Roger.

El corto número de oficiales que á estos acompañaban colocáronse instintivamente al lado de aquellos.

Andrónico deploraba más que nadie las imprudentes palabras de Miguel.

Comprendia que provocar un rompimiento entre catalanes y griegos en tal momento podia producir para el imperio males incalculables.

No se le ocultaba que tambien respiraban arrogancia las palabras de los expedicionarios; pero era una arrogancia que la justificaba, hasta cierto punto, la victoria que acababan de obtener.

Con su buen criterio veia bien claro que sus soldados valian mucho ménos que los expedicionarios almogávares; pero tambien comprendia que tenia que contemporizar con unos y con otros, toda vez que su imperio á la sazon los necesitaba á todos.

Por lo que extendiendo la mano y levantándose de su asiento con aquel aire de majestad y de grandeza, destello del orgulloso poder de sus antepasados, exclamó:

—¡Silencio! señores. ¿Quiénes son los vasallos que se atreven á llevar la

mano á la espada en presencia de sus monarcas?

—¡Padre!

—Callad, Miguel. En estos momentos dudaba de si erais mi hijo. Sentáos, caballeros. Cuando el emperador os hace la honra de admitiros á su mesa debiais tratar de mostraros dignos de ella.

Tenia un tono tal de autoridad el acento de Andrónico, era tan vibrante y tan dominadora su voz, tan altivo y ofendido su continente, que todos, catalanes y griegos, se sintieron á su pesar dominados por él.

Karïna habia tomado parte muy activa en aquellos incidentes.

Colocada entre George y Siscar, y teniendo á Miguel en frente, podia con unos y con otros continuar la principiada intriga.

De modo que al encontrarse sus ojos con los de Siscar aplaudia con sus miradas lo que decia el jóven guerrero, miéntras que con la manera contenida y cautelosa con que sólo saben hablar las mujeres decia á George:

—Animo. Teneis razon en lo que decis. Esos hombres han conseguido engañar á Andrónico y van á perder su imperio.

George palideció de cólera. En aquel momento se hubiera lanzado furioso sobre los catalanes á quienes juzgaba verdaderos enemigos de Grecia, y de cuya gloria tan envidioso estaba.

En cuanto á Miguel, sus ojos le daban ánimo para que persistiera en la especie de rebelion que comenzaba á declarar contra su padre.

Pero el poderoso dominio que este tenia en su acento hizo que Miguel cediese y callase ante la enérgica voluntad del respetable anciano.

George, dominando su despecho y prometiéndose tomar venganza á la primera ocasion, permaneció impasible durante el resto de la comida.

Desde este momento podian considerarse rotas las hostilidades entre catalanes y griegos.

María, la esposa de Roger, seguia con profunda ansiedad aquel debate que tan directamente interesaba á su esposo.

Al escuchar las palabras de Miguel su rostro tiñóse de una palidez mortal de la misma manera que se sintió llena de orgullo por las arrogantes contestaciones de los oficiales de su esposo.

María era una dama de relevantes prendas.

Comprendia que la mujer al casarse pierde patria, amigos y familia para no tener mas que los amigos, la familia y la patria de su esposo.

Y de tal suerte identificó su existencia con la del hombre á quien pertenecia, que sentia una admiracion sin límites hácia los catalanes, y un particular orgullo en ser la esposa de su jefe, repugnándole la abyeccion y la decadencia de los griegos.

Sus ojos se encontraron más de una vez con los de Karïna, y leyó algo en aquellas miradas que la asustó.

Y desde aquel momento adivinó por intuicion que en su antigua amiga tenia una enemiga formidable.

Calmada ya la tempestad producida por las palabras imprudentes de los unos y por las atrevidas frases de los otros, siguió la comida su curso regular, hasta que ya casi al final de ella preguntó Andrónico á los capitanes de Roger:

—¿Cuándo pensais abandonar los placeres de la córte para volver á las rudas fatigas de la campaña?

—Sólo esperamos vuestra venia para hacerlo, contestó Siscar.

—Yo quisiera reteneros á mi lado algunos dias; pero comprendo tambien que á tan nobles caballeros deseará tenerlos á su lado mi sobrino.

—Hemos cumplido nuestra mision participándoos el resultado que han obtenido nuestras armas unidas á la caballería griega, y hecho esto, sólo nos resta formar al lado de nuestros soldados para participar de sus glorias ó de sus desgracias.

—En vuestra carrera de combates y laureles, un dia que se os entretenga se os arrebata quizá un laurel. Mucho os estimo, pero no quisiera contrariaros en nada.

—Vuestra voluntad, señor, es una órden para nosotros.

—Pues si satisfago vuestros deseos dejándoos en libertad para que torneis á Cicico, podeis hacerlo cuando gusteis. Ya he dispuesto que se embarquen los víveres y todo cuanto sea necesario para vuestra permanencia en aquel punto, y creo que todo estará corriente para mañana.

—Os ocupais, señor, con demasiado interes de nosotros, y esto, podeis creerlo, no se nos olvidará tan fácilmente.

—Yo, á mi vez, dijo María dirigiéndose al emperador, desearia pediros tambien una gracia.

—¿Á mí, hija mia? contestó Andrónico bondadosamente. Tú, mi sobrina por una parte y esposa de un hombre que viene á sostener mi imperio por otra, no tienes necesidad de pedirme gracias. Dí lo que deseas.

—Si no os desagrada desearia pasar á Cicico á reunirme con mi esposo.

—Eso es natural, María. ¿Quién mejor que una esposa puede hacer más llevaderos los amargos dias y las graves ocupaciones de un guerrero? Me complace tu determinacion, y desde luego puedes partir cuando quieras.

María al pronunciar las palabras anteriores fijó sus ojos en Karïna.

Y la vió palidecer.

Adivinó la tempestad que rugia en su corazon, y acabó de convencerse de que aquella mujer era enemiga de su esposo.

Algun tiempo despues, dada la señal por Andrónico, terminó el banquete, y todos los caballeros fuéronse á sus respectivas habitaciones.

Al despedirse Karïna de los caballeros que la rodeaban, encontró medio para deslizar al oído de George estas palabras:

—Esta noche os espero en mi habitacion.

El príncipe de los alanos hizo una reverencia que respondia afirmativamente á la indicacion de la griega.

Por su parte, Miguel al inclinarse con galantería para besar su mano, la dijo en voz baja:

—¿Oisteis?

—Todo.

—¿Comprendeis cuánto debo sufrir?

—Vos lo quereis.

—Estoy resuelto.

—Si lo estais, venid á verme despues.

—Ya pensaba yo hacerlo.

—Os espero.

Y tras esas palabras abandonó la sala para dirigirse á sus habitaciones.

En una de las galerías Karïna topó con Siscar que iba á reunirse con sus compañeros.

Se aproximó á él y con voz sostenida y armoniosa le dijo:

—Desconfiad de cuanto os rodea. Seguid mis consejos. Todos los griegos son vuestros enemigos.

Y seguida de sus doncellas, ántes que el catalan tuviera tiempo para explicarse lo que le acontecia, desapareció por entre los arcos de las galerías murmurando:

—Dejaré bien tendida la red y llegaré á Cicico ántes que María.

CAPÍTULO XVII.

La venganza sigue explotando la envidia.

I.

Conforme los griegos iban reuniéndose con sus amigos, referian á aquellos cuanto en el festin ocurriera.

Comentado por ellos y abultado con exageracion, crecia como es consiguiente la animadversion de los súbditos helénicos hácia los expedicionarios catalanes.

Kir Miguel, más despechado que ninguno, más irritado por haber sido objeto de las reconvenciones de su padre, sintió acrecentarse su odio hácia los hom-

bres que le robaban el cariño de Andrónico, y que quizá algun dia pudieran arrebatarle tambien el trono.

Por lo que sin poder disimular la cólera que las palabras de su padre hicieron germinar en su corazon, abandonó tambien aquella sala en la mejor predisposicion de ánimo para secundar en un todo las ideas de Karïna.

El príncipe George le acompañaba, y como era lógico, la conversacion que sostuvieron recayó sobre la cuestion palpitante.

II.

—Y bien, George, ¿qué te parece? preguntó Miguel al príncipe alano.

—Que sin duda esos extranjeros poseen algun maleficio á favor del cual tienen fascinado á vuestro padre.

—Sí que existe; pero desgraciadamente ese maleficio lo constituyen sus victorias; de ellas se prevalen y con ellas nos insultarán un dia y otro.

—Será porque vos lo querréis.

—Pero ¿qué he de hacer?

—Romper abiertamente con todo cuanto se nos opone. Decid una palabra, y tendréis á vuestro lado los mejores caballeros de Grecia, dispuestos á coligarse contra ese puñado de advenedizos.

—¡Oh! Eso sería dar un escándalo. Podria traer consecuencias muy desagradables, y sobretodo tendria que ponerme en abierta rebelion con mi padre.

—Desde luego.

—Pero tampoco puedo sufrir la prolongacion de semejante estado de cosas.

—No podemos sufrirlo ninguno de los que queramos bien á Grecia y que en algo apreciemos nuestro nombre.

—Bien, George. Ya pensarémos lo que debemos hacer.

—Pero es que no conviene demorar.

—Lo comprendo. Dejadme solo, y mañana hablarémos.

El príncipe alano comprendió que sólo faltaba para que Miguel cediese que una mano poderosa lo acabase de impulsar.

Asi fue que se retiró deseando ver á Karïna, pues sola ella podia acabar de determinar al príncipe á romper abiertamente con su padre y con los catalanes á quienes este protegia.

III.

Entre tanto la griega se sentia muy satisfecha con el giro que todo aquello iba tomando.

La ruina de Roger no pendia mas que de un cabello.

Si ella tenia la suerte de poderlo asir, quedaba coronado su triunfo.

Al entrar en su cuarto mandó llamar á Paolo.

El pobre italiano se alegraba al escuchar semejantes llamamientos y lo sentia á la par.

Cada una de aquellas llamadas significaba para él una nueva humillacion.

Pero amaba tanto á Karïna que no tenia mas voluntad que la de ella, ni mas deseo que satisfacer cuanto ella tuviese.

Cuando un hombre llega á semejante estado, y especialmente con ciertas mujeres, es digno de compasion.

Esto era lo que le sucedia á Paolo.

Su amor á una mujer que sabía comprenderlo y presenciarlo pudiera hacer de él un valiente caballero cuyas acciones y cuya bravura le conquistasen un nombre.

Pero con Karïna, el porvenir de aquel hombre era el de un asesino.

Ella poseia su corazon y le convertia en el instrumento que le convenia.

Paolo apareció ante ella, y fijando sus ojos en los de la jóven con cierta expresion amorosa, la dijo:

—¿Me has llamado?

—Sí, Paolo, te necesito, contestó la jóven con indiferencia.

—Sabes que no tengo mas voluntad que la tuya. Sabes que para mí es un deber el complacerte. Por lo tanto manda, Karïna, manda y te obedeceré.

—Siempre veo obediencia en tí.

—¿Te ofende acaso?

—A las mujeres no suele agradarnos esa obediencia pasiva, constante...

—Cuando es hija del cariño que te profeso, cuando es una especie de adoracion por lo mucho que te amo, no comprendo cómo tú misma me reproches una cosa que has inspirado. He sido un loco cuando al verte no pude conocer que la mujer que pensaba en la venganza jamas haria de mí otra cosa mas que su cómplice. He sido tu instrumento, nunca tu amante; te entregué mi albedrío, y he sufrido tus desdenes sin exhalar una queja. Obedecia cuando tú mandabas, bebia mi vida en tus ojos, te adoraba como se adora á una ilusion, y me quejaba de tí porque esa ilusion no se realizaba. Ahora veo cuán loco he sido no refrenando mi pasion; lo que me reprochas como una falta, yo lo hacia como una prueba de cariño. Has hecho bien en advertírmelo. Jamas te podria contradecir, y no sabiendo hacerlo, comprendo que estoy aquí de más.

Y Paolo al pronunciar esas palabras se inclinó respetuosamente delante de la griega, disponiéndose á marchar.

IV.

Karïna conoció que habia ido demasiado léjos.

El amor de Paolo era el gran instrumento que ella tenia para su venganza.

Si aquel instrumento le faltaba miéntras organizaba otro, podia malograr un tiempo que quizá la era muy necesario.

Al ver pues que Paolo se alejaba, exclamó con aquella voz que sola ella poseia:

—Paolo, amigo mio, ¿eres capaz de abandonarme?

Al sonido de aquella voz el jóven se detuvo.

Tenia tal mágia el acento de la griega, que era imposible escucharlo sin sentirse fascinado.

—Ven á mi lado y perdóname un momento de olvido. ¡Si supieras cuán disgustada estoy!

—¡Perdonarte yo! exclamó Paolo volviendo al lado de la jóven y estrechando entre las suyas la mano que aquella le abandonaba. ¡Estás disgustada! Habla. ¿Por qué padeces? ¿Quién ha sido capaz de derramar en tu alma una gota de dolor? ¡Necio de mí que no he adivinado que sufrias!... Díme su nombre. Díme quién ha sido capaz de ofender á la mujer que yo adoro: dímelo, y...

—¿Acaso no sabes la idea que me ha traido á Grecia?

—¡Siempre tu venganza!... murmuró Paolo con desaliento.

—Siempre, sí, cada dia se alza más grande en mi pecho ese deseo infinito, esa ansiedad no satisfecha de una venganza tan grande como grande ha sido la ofensa. No puedo olvidarla nunca: miéntras Roger exista yo no puedo encontrar placer alguno; hablarme de amor ahora es hablarme de una cosa imposible: es hablarme de un sueño: despues de la venganza, el amor; ántes, nada. Quizá mi corazon te ame hoy, pero déjale que calle, Paolo; si acaso hablara, me olvidaria de mí misma, y no debo hacerlo. Espera y ten confianza en mí.

—Bien. Nunca he tenido más voluntad que la tuya: seguiré teniéndola lo mismo. Manda y siempre te obedeceré.

—Así es como quiero verte. Si yo domino mi corazon, ¿por qué no has de hacer lo mismo?

—Porque tú no me amas, miéntras que yo!...

—Dejemos eso. Si nada lees en mis ojos y nada te revelan mis palabras, inútil es que hablemos de un asunto que á tí te enoja y á mí en nada me satisface. Hemos concluido.

—¡Karïna, Karïna!... No digas tal: aunque no me ames no me despidas. Manda y te obedeceré. ¿Qué deseas?

—Mañana quiero que esté dispuesta la tartana: busca todos los remeros y que se dispongan á partir al amanecer.

—¿Adónde vamos?

—A Cicico.

—¿Donde está Roger? preguntó el jóven con un acento indefinible.

—Sí.

—Bien. Irémos adonde quieras.

—Ahora déjame sola. Vé á dar las órdenes necesarias, y cuando venga el príncipe George y kir Miguel que los dejen pasar. No recibo á nadie más.

V.

Pocos momentos despues Paolo abandonaba la estancia de Karïna maldiciendo el amor que le encadenaba á su pesar al lado de una mujer que jamas podria corresponderle.

La griega permaneció sola en su habitacion durante algun tiempo.

Su mirada vagaba por el espacio con la distraccion propia de los que se hallan dominados por una idea fija.

Y tan abstraida estaba que no advirtió la llegada de George.

Este se adelantó casi sin hacer ruido sobre la mullida alfombra que cubria el pavimento, hasta ponerse al lado de ella.

—Señora, la dijo inclinándose con galantería, espero vuestras órdenes.

—¡Ah! no os habia sentido. Estaba tan distraida...

—Ya lo he visto.

—Dignáos tomar asiento.

—Deseaba con impaciencia acudir á vuestro lado, pero el príncipe...

—Yo tambien deseaba veros, porque tenemos cosas muy graves que tratar.

—¡Me asustais!

—Pues me parece que mis palabras...

—Casi, casi me demuestran que tratais de conspirar.

—Y ¿me ayudaréis?

—Teniendo una aliada como vos...

—Sois muy galante.

—Nada mas que ingénuo, Karïna.

—Como querais.

—Lo que os mereceis solamente.

—Con que ¿deciais que se trataria de alguna conspiracion?

—Podeis probarme lo contrario.

—No, si no trato de eso.

—Cuando yo os lo decia...

—¡Teneis una penetracion!

—Me favoreceis demasiado.

—Veo que nos estamos prodigando cumplimientos, y...

—Teneis razon.

—Entónces los suprimirémos si os place.

—Perfectamente.

—Hablemos.

—Estoy dispuesto á escucharos.

—¿Qué os ha parecido la escena que ha tenido lugar hoy en la mesa?

—Quizá mi calificacion fuera muy dura.

—Opínais como yo.

—Y me felicito por ello.

—Con vos, príncipe, es necesario tener las gracias en los labios siempre.

—Hacedme el obsequio de suprimirlas y será lo más acertado. Figuráos que al hablaros lo hago con el corazon sin que para nada entre la lisonja.

—Veo que será necesario creeros.

—Y ¡me hariais una ofensa si lo llegarais á dudar!

—¿Qué opinais de las palabras que han pronunciado los catalanes en el banquete?

—Que si lo que tienen de arrogantes tuvieran de corteses no dieran lugar á un escándalo que sin la presencia del emperador pudiera acarrear consecuencias funestas.

—Teneis razon.

Y Karïna se detuvo como preocupada por alguna idea que vacilase en expresarla.

George la contempló durante algunos segundos, hasta que por fin preguntó:

—¿Qué teneis, señora?

—¿No se os trasluce nada más en las palabras de esa gente?

—No acierto lo que quereis decir.

—¿No advertisteis que esas palabras manifestaban una idea audaz y aventurada?

—Si no me la explicais...

—Han menospreciado el valor de nuestras tropas; de la necesidad tratan de hacer un poder; á los pocos dias de estar en Constantinopla ya sabeis la reyerta que ha ensangrentado las calles del barrio de los genoveses. Roger tiene mucha ambicion, y comprendiendo esto, ¿no adivinais la segunda idea que puede llevarse con el socorro que ha venido á prestarnos?

—Karïna... ¿supondriais?...

—Que Roger es ambicioso, repito que su esposa es sobrina del emperador Andrónico, que desciende tambien de los Paleólogos, y que quizá no le disgustaria cambiar su dignidad de megaduque por la primera del imperio griego.

—¡Oh!... no es posible.

—Recordad que yo llegué de Sicilia dos dias ántes que Roger, que le he conocido allí, y que he estado en todos los pormenores de su famosa expedicion.

—Pero ese hombre sería un miserable.

—Justamente dais con la calificacion que se merece.

—Fuera necesario exterminarle ántes que consentir en la realizacion de sus infames proyectos.

—Tambien hallasteis el medio mejor para evitar males que, no lo dudeis, de otra manera quizá nos pusieran en un conflicto.

—De suerte ¿que creeis...?

—Desde que Roger llegó, os estoy haciendo indicaciones.

—El príncipe tambien me ha hablado de eso.

—Yo se lo indiqué desde el principio, y le hablé de vos diciéndole que no podia disculpar que el emperador hubiera confiado el mando del ejército á un advenedizo, teniéndoos á vos que valiais infinitamente más.

VI.

El tiro de Karïna fué á dar en el blanco: George era ambicioso.

Como los turcobles y algunas otras tribus dependientes del imperio griego, los alanos estaban al servicio del emperador mediante una parte del botin que alcanzaran del enemigo ademas del sueldo, y George que era el príncipe de la tribu tenia una ambicion sin límites.

Al par que sed de mando sentíala tambien de riquezas.

Así fue que no pudo ver sino con secreto disgusto la llamada de Roger á Constantinopla, y con devoradora envidia las muestras de deferencia y aprecio que el emperador le tributaba.

La victoria de los catalanes aumentó despues mucho más la animadversion que les profesaba.

Por lo tanto el dardo arrojado por la griega iba perfectamente dirigido, y produjo el efecto instantáneo.

—El emperador, exclamó, ha obrado muy de ligero; no precisamente porque yo crea valer más que cualquier otro de los capitanes griegos, pero sí creo tener más conocimiento del país y mucho más de la manera de guerrear de los turcos.

—Y el caso es que el emperador está fascinado.

—Sin embargo, puede hacerse que vaya viendo la verdad y nadie más que el césar Miguel puede conseguirlo.

—Y vos tambien.

—Y á mi vez, señora, puesto que tanto interes parece que os tomais por mí, podeis servirnos de mucho.

—Callad, príncipe... ¡Una pobre mujer como yo!

—Una mujer que discurre como vos y que como vos piensa, vale muchísimo para que dejen de seguirse sus consejos.

—¡Mis consejos son de tan poco precio!

—Yo los seguiria siempre.

—Me adulais.

—Os digo la verdad.

—Yo me intereso por la justicia, y observo que con vos, príncipe, no se ha hecho; creo adivinar tambien los deseos de Roger y no puedo ménos de dar la voz de alarma á todos los buenos patricios como vos.

—Y esos buenos patricios entre cuyo número creo poder contarme se agruparán á vuestro alrededor deseosos de que los ilustreis. Vamos ¿qué opinais ahora? ¿qué creeis que debamos hacer?

—Puesto que con tanta insistencia me pedis mi opinion, os la diré: ¿no manda vuestro hijo una de las divisiones de alanos agregadas al ejército de Roger?

—Sí.

—Pues bien, mandadle instrucciones á fin de que produzca una excision entre los alanos y los catalanes, dejad que corra alguna sangre; esta sangre levantará la Grecia entera contra esos hombres, y sus mismas demasías los harán odiosos para un país en el que tratan de dominar.

—Decis perfectamente. ¿Veis cómo hacia bien en insistir para que me contestaseis? Vuestros consejos, señora, valen mucho, y os juro seguirlos ciegamente.

—Mirad que quizá alguna vez me equivoque, contestó Karïna con un gesto de graciosa coquetería.

—No sería culpa de vuestro buen deseo.

—Desde luego.

—Y á Miguel ¿le habeis dicho algo?

—Esperándole estoy.

—Veo, Karïna, que no en balde oí alabar vuestra penetracion y talento; vos veis, cuando nosotros estamos con los ojos cerrados.

—Observo que otra vez tornais á las galanterías. Pero... ¿qué es eso? prosiguió Karïna al ver que George abandonaba su asiento, ¿os retirais ya?

—Sí; conviene que hableis á solas con el príncipe. Con que, alianza franca y leal.

—Por mi parte...

—Contad conmigo para todo.

Y tras esas palabras el príncipe de los alanos besó respetuosamente la mano que le tendia la griega, y abandonó la estancia miéntras aquella se quedaba murmurando:

—Otro imbécil que secundará admirablemente mi proyecto.

CAPÍTULO XVIII.

Karïna y Miguel.

I.

La marcha del príncipe George no pudo verificarse más á tiempo.

Miguel estaba impaciente por ver á Karïna.

A pesar de la prescripcion de esta para que no fuése á verla hasta la noche, ántes lo hiciera á no impedirlo un incidente bien desagradable para él.

Este incidente fue la llamada de su padre.

Miguel oyó el mensaje de Andrónico y adivinó sobre poco más ó ménos lo que podria significar.

Y se dirigió hácia las habitaciones del emperador con algun recelo.

Al verle entrar le dijo con un acento no el más á propósito para calmar la inquietud de Miguel:

—Siéntate á mi lado y vamos á hablar, no como padre é hijo, sino como rey, y como heredero del trono que eres.

—No comprendo, señor...

—Hoy en la mesa has pronunciado palabras muy inconvenientes.

—No ignorais que no era posible guardar silencio al oir menospreciar el valor de nuestros soldados, y mucho más cuando estoy viendo á cada momento que la audacia de esos hombres toma un carácter tan marcado, que temo no pagueis muy cara, señor, la confianza con que les honrais.

—Basta.

—¿Os enojo?

—Sí por cierto. ¿Creeis que vuestro padre no sabrá adivinar las dobles intenciones de esa gente en caso de existir?

—Sois demasiado bueno.

—Pero soy emperador, y la corona que ciñe mi frente me impone deberes muy sagrados. Nadie mejor que vos sabe la situacion en que nos hallábamos. Los turcos amenazaban á cada paso destruir el imperio de nuestros abuelos. Nuestros soldados han sido derrotados en cuantos encuentros han tenido con ellos: devastadas nuestras ciudades y talados nuestros campos nos enviaban á cada momento millares de infelices que no tenian asilo donde guarecerse, ni un pedazo de pan que acercar á sus labios. Paréceme que no lo podréis negar.

—Desde luego, señor, comprendo que teneis razon.

—Vos mismo, á pesar de toda vuestra valentía, de la cual jamas he dudado, fuisteis vencido por los turcos en el mismo sitio donde los catalanes han alcanzado su primera victoria.

II.

Una llamarada de vergüenza subió desde el corazon al rostro de Miguel.

Como es lógico, su indignacion hácia las personas que provocaban aquella escena tenia que acrecentarse vivamente.

Por lo tanto se apresuró á interrumpir á su padre diciendo:

—No comprendo á qué venga ahora evocar cierta clase de recuerdos.

—A probaros toda la inconveniencia que cometisteis.

—Perdonadme si...

—Sin esperanza alguna, sin creer que pudiera existir mas medio ya que el de doblegar la cerviz y humillarnos ante los turcos, se me hicieron las proposiciones de Roger, y yo las acepté con entusiasmo. Era el único medio que teníamos para sostenernos, y á costa de cualquier sacrificio hubiera traido á esos hombres que acostumbrados á luchar y á vencer en cien combates podrian oponer una muralla de hierro á la furiosa pujanza de los musulmanes.

—No hicieron ménos vuestras tropas.

—Para quedar derrotadas en el primer encuentro. Desengañáos, príncipe; no os ciegue el amor patrio: los griegos de hoy no son los de ayer, las razas degeneran y la nuestra sufre igual decadencia. Ya lo visteis: en tantos meses de combates, en tantas campañas, en tantas batallas como se han librado, no se pudo conseguir lo que ese hombre ha obtenido en dos dias tan sólo.

—Sorprendidos los turcos en medio de su sueño...

—No busqueis subterfugios para empañar el brillo de esa victoria. Los mismos griegos que han combatido á las órdenes de Roger dicen que le han visto hacer prodigios de valor, y si bien los turcos estaban durmiendo, despertaron de su sueño, se rehicieron y lucharon con el valor que les caracteriza.

—Veo, señor, que os han fascinado completamente las palabras y los hechos de ese hombre.

—A mí nada me fascina, Miguel; nada encuentro que justifique la animadversion que parece le teneis; por lo tanto, deseo no volver á ver reproducidas en mi presencia escenas como la que hoy ha tenido lugar.

—Pero...

—Recordad lo que os he dicho.

—Pero ¡padre mio! tened en cuenta que cuando yo hablo así es por el cariño que me inspira mi padre: es porque me parece ver al traves de todas esas accio-

nes de grandeza un fondo de hipocresía en el cual se oculta un pensamiento ambicioso y audaz, que podria darnos por resultado la desmembracion de una parte del imperio y hasta su misma ruina.

III.

Al escuchar tales palabras perdió Andrónico el color.

No se le habia ocurrido nunca lo que su hijo indicaba.

Y al pensarlo sintió una horrible punzada en el corazon.

Sin embargo le repugnaba creer semejante cosa.

Era necesario ser tan despreciable como su mismo hijo para concebir y creer que el caudillo catalan fuese capaz de cometer una villanía.

Por consiguiente trascurridos algunos momentos exclamó con ademan indignado:

—¡Callad, Miguel! Quien piensa tan mal como vos nunca podrá quejarse de que piensen lo mismo de él. ¿En qué os fundais para decir eso?

—En nada. ¿Creeis señor que si tuviese una prueba existiria alguno de los traidores? No son mas que conjeturas, pero conjeturas que los hechos se encargan de justificar.

—Pero ¿de qué hechos hablais? preguntó Andrónico con acritud.

—¿De qué hechos? Bien claro habeis visto el proceder de esas gentes desde que llegaron. Hemos tenido asonadas y motines. Sus embajadores altaneros y orgullosos se atreven á hablarnos en nuestro mismo palacio como si fuéramos sus iguales. Mandan y disponen como si estuvieran en su país ó en su casa. Si vos, padre mio, no lo encontrais vituperable, si semejante proceder no os sorprende, soy un visionario y no entiendo nada absolutamente. Me alegraré de engañarme; pero me parece que no.

—Ea, terminemos una conversacion que va haciéndose muy enojosa. Todo cuanto acabais de decir está basado en un edificio de humo que el menor soplo de la razon basta para destruir. Si Roger abrigase otros sentimientos, primero trataria de vencernos á nosotros que á los turcos.

—Quizá quiera hacerse partido.

—Basta, vuelvo á deciros; por vuestro propio interes no provoqueis escenas como la que ayer tuvo lugar. Sois jóven todavía. No teneis experiencia alguna en el mundo y os dejais conducir por el primero que os quiera impulsar. Vuestro padre, único jefe de una gran nacion, debe mucho á esos hombres, y vos que llegaréis algun dia á ocupar el trono de Oriente, les debeis quizá más que yo.

—Pero...

—Dejadme he dicho. Recordad que me habeis desagradado hoy y tratad en lo sucesivo de que no vuelva á suceder.

IV.

Miguel abandonó la estancia de su padre abrigando el rencor más profundo hácia las personas que creia culpables de que sufriese semejante reconvencion.

Aquel rencor recaia más directamente que en nadie, sobre Roger.

El caudillo catalan era su pesadilla.

Trémulo, disgustado y celoso del influjo que ejercia en el corazon de su padre el megaduque, se dirigió hácia la habitacion de Karïna.

La griega estaba satisfecha con el buen éxito que auguraba su proyecto.

Al ver al príncipe comprendió en su semblante que algo de particular le sucedia y le dijo:

—¿Qué teneis, príncipe?

—¡Oh Karïna! soy el más desgraciado de los hombres.

—¿Por qué?

—No sabes la escena que acabo de tener con mi padre.

—¿Con vuestro padre?

—Sí.

V.

Entónces refirió á Karïna lo que ya saben nuestros lectores.

La griega escuchó con profunda atencion, y cuando terminó le dijo:

—Y ¿creeis haber perdido con esa entrevista?

—Sí; ya ves que mi padre parece proteger y apreciar más á ese hombre que á su mismo hijo.

—Pues yo opino lo contrario.

—¿Cómo?

—Sembrada la duda en el corazon de Andrónico, por más que trate de no hacer caso de nuestras palabras, estará de hoy más sobre aviso para comentar cuanto haga Roger.

—¿Será cierto?

—Juzgad por vos mismo. Si algo vinieran á deciros de vuestro amigo más íntimo, por más que rechazaseis con indignacion aquellas palabras, desengañáos, que jamas se borrarian ya de vuestra imaginacion, tratariais de creer en todo cuanto pareciese una especie de justificacion de él, y no podriais; lo que os dijeron lo tendriais siempre presente, y principiariais dudando para terminar definitivamente creyendo.

—Es verdad.

—Por eso os he dicho que se ha adelantado mucho.

—Siempre has de ser tú quien me vuelva la perdida calma. Quisiera verte á todas horas porque de ese modo me parece que estaria más tranquilo.

—¿Qué pensais hacer despues de lo que ha pasado hoy?

—¿Qué quieres que haga?

—Es extraña la pregunta. Me parece que nadie más que vos puede pensarlo y hacerlo.

—Te aseguro que nada comprendo en cierta clase de luchas. Yo hoy, siguiendo los impulsos de mi corazon, habria tirado de la espada sin vacilar, y despues arrojado el guante á esos hombres que tan altaneros se muestran.

—Y quizás se perdiera todo.

—Pues, ¿qué hacer?

—Solapar el odio con sonrisa de amistad, tender una mano al enemigo miéntras con la otra se acaricia la empuñadura de la espada. Sonreir al mismo tiempo que se conspira, y en fin no perder medio ni ocasion para destrozarle aprovechando el primer momento de descuido que tenga.

—Pero ¿quién me ayudará? preguntó Miguel.

—Reunid en torno vuestro esa multitud de oficiales que sólo esperan que expongais con claridad vuestros deseos. Sembrad entre ellos la desconfianza; lo que hoy ha ocurrido en la mesa os ha indispuesto ya con los catalanes; cuando vuestro padre tenga que mandarles víveres ó pertrechos buscad medio para dilatar esos envíos, á fin de que como los almogávares son gente tan poco sufrida, se lancen á cometer desmanes que poco á poco los irán haciendo aborrecibles á estos pueblos, hasta que llegue dia en que ellos mismos se abran la tumba.

—¡Oh Karïna! Vales infinitamente más que yo, lo confieso; jamas se me ocurriera todo eso con tanta facilidad como lo discurres.

—Vosotros los hombres veis las cosas por el prisma de vuestro valor, y no encontrais más que un medio para dirimir ciertas cuestiones: la espada. Nosotras, por nuestra misma debilidad, lo miramos de otra manera. Analizamos, y resulta de nuestro análisis que la astucia vale más en determinadas ocasiones que la fuerza.

—¡Oh! eres mi ángel bueno.

—No soy mas que una pobre mujer que ve todavía en vos al amigo de su infancia, contestó Karïna inclinando púdicamente sus ojos y mostrando en sus mejillas un rubor lleno de encantos.

—Y ¿no ves en mí más que al amigo de la infancia? dijo Miguel llevando con galantería la mano de la jóven á sus labios.

—¿Qué más quereis que vea?

—¡Si me amaras!...

—Dejáos ahora de eso. ¡Queda para el amor tanto tiempo!... Y ademas ¡se acaba tan pronto!

—Pero el mio no sería como esos amores vulgares de los cuales quieres hablarme.

—¿Dejaréis de ser hombre como todos?

—Sin embargo, tú posees un encanto especial que fascina, que enloquece; existe en tus ojos un no sé qué que me encadena á tu lado, y te aseguro que toda la vida me estaria junto á tí sin sentir que corriera el tiempo.

—Vamos, Miguel, no hagais que mi corazon se despierte; dejadme que libre de amor pueda ocuparme de lo que á vos tan sólo interesa; el amor quiere ser exclusivo siempre, y es un mal porque nos hace desatender deberes muy sagrados.

—Razonas mucho más que yo y tienes en todo una serenidad especial, ejerces cierto dominio que no me lo puedo explicar, pero que me lisonjea.

—Quizá algun dia lo aborrezcais, murmuró Karïna destellando sobre el príncipe una mirada tal, que este no pudo ménos de murmurar:

—Ser amado por tí de ese modo fuera toda mi gloria: creo que renunciaria sin pena á ese imperio que me aguarda el dia en que mi padre abandone la tierra para ocupar el lugar que el cielo le reserve, con tal de poseer ese cariño que me halaga tanto, que tanto me enloquece.

—Dia llegará, y entónces tal vez no opineis de la misma manera.

—Calla, Karïna; no hables así.

VI.

La conversacion descendiendo del terreno de la política al terreno del amor iba haciéndose un tanto prolongada, hasta que la joven creyó prudente cortarla diciendo:

—Príncipe, demasiado sabeis las severas leyes que rigen en el palacio de vuestro padre. Me parece muy prudente que terminemos por hoy una entrevista que es tan agradable para mí como para vos. Pensemos en nuestro decoro, que tiempo nos queda para ocuparnos de esa otra pasion que podemos calificarla de pasion muy secundaria.

—No lo creas, no lo considero yo así.

—Ved al príncipe George, continuó la griega cambiando súbitamente de entonacion; hablad con él y hacedle que siga en un todo las instrucciones que le he dado.

—¿Has hablado con él?

—Sí, señor.

—En ese caso, ¿conspirabais?...

—Conspirábamos por vos.

—¡Oh! gracias. Eres tan buena que no sé cómo agradecerte el interes que por mí te tomas.

—¿Agradecerme? Comprended, príncipe, que si por agradecimiento se hicieran, ciertas cosas valdrian muy poco.

—Veo que te empeñas en que nada te deba: como quieras.

Y tras esas palabras abandonó el príncipe su asiento y dijo:

—Puesto que me despides, me retiro.

—Sabeis que tengo muchísimo gusto en veros en ella, contestó Karïna destellando una mirada sobre el príncipe que le hizo exclamar:

—¡Oh! ¡qué hermosa eres!...

Y besando apasionadamente la mano que la jóven no trató de retirarle, continuó:

—Ya que tanto tengo que agradecerte, quisiera contraer alguna deuda con tu amor.

—Despues, príncipe, despues.

Cuando el príncipe salió de la estancia hubiera podido verse detras de un tapiz que cubria una de las puertas de la estancia el pálido y desencajado rostro de Paolo, que apretando los puños y temblando de cólera murmuraba:

—¡Miserable de mí! ¡Y yo quiero como un loco á esa mujer! ¡Ay de ella el dia en que se trueque mi cariño en venganza! ¡Ay de ella entónces!

CAPÍTULO XIX.

En Cicico.

I.

Ebnt-Otsman se retiró con las huestes musulmanas hácia el interior, sin atreverse á presentar otro combate á sus valientes enemigos.

La leccion fue asaz dura para que el pánico más profundo dejase de apoderarse de los sectarios del Islam.

Roger, como ya hemos indicado en otro lugar, mandó su flota á un puerto cercano de aquellas costas para que invernase, miéntras él permanecia acampado con su hueste en la famosa Cicico.

El dia anterior á la batalla que contribuyó de tal modo á excitar la animadversion de los griegos respecto á los catalanes, aparecieron en el ejército dos guerreros, á quienes se creia perdidos para siempre.

Era el uno Berenguer de Cardona, el caballero herido que hemos visto en la cabaña de la *Flor del valle*, y el otro Galceran de Amposta; el primero iba solo,

miéntras que al segundo le acompañaba un escudero cuya belleza no dejó de sorprender á los soldados, á los adalides y á los caballeros.

En aquel escudero deben nuestros lectores conocer á Zoraya.

La jóven no habia podido separarse de su amante.

Cuantas instancias la hizo este fueron inútiles.

Zoraya no era mujer que retrocediese ante consideracion de ninguna especie.

El peligro que iba á correr su amante debia correrlo tambien ella.

Y en vano fue que Jaffar tratara de hacerla ver, que si lo deseaba, él mismo acompañaria á Berenguer, él que más ducho en las lides de guerra pudiera convenirle mejor.

Todo fue inútil.

Entraron en accion, y si prodigios de valor hizo Galceran, mayores, si cabe, los hizo Zoraya.

Cien veces durante aquel dia desvió con la espada el golpe dirigido á su amante, y cien veces este la libró de una muerte cierta.

Hubo una reciprocidad tal de servicios, que no dejó de sorprender á aquellos soldados acostumbrados á ver lances parecidos en todas sus batallas.

En cuanto á Berenguer iba buscando gloria, y gloria muy cumplida encontró aquel dia.

El mismo Roger le felicitó en alta voz y le dió el mando de un peloton de almogávares que recibieron con suma satisfaccion al nuevo jefe.

II.

Son las ocho de la mañana.

El caudillo catalan se encuentra pensativo en la casa que habita en Cicico.

De aquella famosa poblacion donde la arquitectura griega implantó, por decirlo así, algunos destellos de su genio, sólo quedaban restos.

Las guerras que durante tanto tiempo venian desvastando aquel suelo redujeron á escombros las maravillosas obras del arte.

Sin embargo, en la casa donde vivia Roger, todavía se conservaban restos de aquella pasada grandeza.

Delante de una mesa de tosco pino, el guerrero catalan se ocupa en trazar una especie de itinerario del paseo militar que se propone efectuar tan luego como mejore la estacion.

Aquel hombre con su genio y su valor anhela contar los dias por las victorias, y no duda que arrojará á los turcos del imperio griego, llenando de este modo dos deberes: el de su religion y el de su compromiso con el emperador Andrónico.

Cuando más abstraido estaba en sus meditaciones, uno de sus oficiales entró en la habitacion.

—¿Qué ocurre, Gombaldo? le preguntó.

—Una mujer que espera en la puerta, suplica la permitais pasar hasta vuestra presencia.

—¿Una mujer quiere hablarme? ¿No os ha dicho su nombre?

—No, señor. Viene cubierta con un velo y su traje es el de nuestro país.

—Pues no comprendo quién pueda ser. Hacedla pasar.

El oficial abandonó la estancia, y pocos momentos despues una dama cubierta con un traje negro, cuyo rostro desaparecia bajo un tupido velo del mismo color, presentóse en el dintel de la puerta.

Al alzarse el velo la mirada de Roger expresó una sorpresa infinita, y estuvo algunos momentos como si tratase de reconocerla, hasta que por fin exclamó:

—¡Karïna!

III.

Nosotros que hemos visto á la griega solamente en los momentos que la venganza se reflejaba en su rostro, necesario es que nos quedemos sorprendidos tambien al contemplar la expresion de alegría con que se cubrió su rostro al escuchar el acento del guerrero.

Adelantóse hácia él y exclamó con voz dulce y armoniosa:

—¿No me has olvidado todavía?

Por la frente de Roger cruzó una nube. Fué á dar un paso hácia la jóven, pero la pura imágen de María cruzó ante su vista y se detuvo.

—Sentáos, señora, la dijo con un acento algo reservado, pero galante siempre.

—¿Es esta la manera que teneis de recibirme? preguntó Karïna.

—Perdona, exclamó Roger que á su pesar no podia prescindir de que era hombre y de que estaba frente á frente con una mujer encantadora y á la cual amó en otro tiempo de una manera extraordinaria. Perdóname si en un momento de olvido te ha podido parecer frio mi recibimiento. La mujer que fue en un tiempo la reina de mi corazon no puede serme indiferente nunca. Siéntate y díme qué quieres.

La griega arrojó una mirada profunda, ardiente é intensa sobre Roger, como si tratara de leer en el fondo de su corazon, y le dijo:

—¡Extraña pregunta! ¿A qué puede venir á verte una mujer de quien fuiste el primer amor y cuyo corazon te ha pertenecido siempre?

—¡Karina!...

—Me has olvidado, Roger, me has olvidado; me viste en Italia y tus ojos se separaron de los mios; me encontraste en Constantinopla y tus miradas que sólo buscaban las de María no se fijaron en mí. Y sin embargo, yo te amo. Entre todos los hombres que me han amado busqué en vano uno que se te pareciese.

¡Loco delirio! todos son más pequeños que tú. Ninguno ha hecho palpitar mi corazon como tú lo hiciste. Yo te amo, Roger. Yo te amo y vengo á buscarte para pedirte amor, para exigirte aquel cariño que me juraste tantas veces y que yo llegué á creer en mi locura.

—El corazon no se manda, Karïna. Si mandarse pudiera, el mio no te faltara jamas. Te amé, es cierto. La pureza de tu alma me sedujo: las coincidencias de nuestros tres primeros encuentros me alucinaron: te hablé de amor, y en aquellos momentos puedo asegurarte que te amaba. Me alejé de tu lado; otra vez mi barco se tendió sobre la espalda del mar, y en medio de las tempestades y del fragor de los combates ahogó el corazon las dulces emociones del amor por las rudas impresiones de la guerra: busqué la gloria y olvidé los amores. Más tarde he vuelto á sentir: no estabas tú en mi camino y soy el esposo de otra mujer.

—¡Qué cruel eres!

—Lo sé. Comprendo que si me has querido debe herirte mi franqueza; pero ántes que todo soy caballero. Al amarte creia verdaderamente que te amaba; puedes estar segura de que á no sentirlo no lo hubiese jurado. Si hoy te dijese que mi corazon te pertenece, sería un infame. Nunca he podido mentir; tu recuerdo es el más hermoso que tengo en mi vida. Mi corazon es exclusivamente de mi esposa.

IV.

El rostro de Karïna, que como ya hemos dicho resplandeció de felicidad al ver al guerrero, palideció de despecho al escuchar sus palabras.

Los celos y la venganza rugieron en su corazon, y únicamente por medio de un esfuerzo supremo pudo dominarlos.

—Y ¿creeis cumplir diciendo que vuestra franqueza y vuestra lealtad os impiden pronunciar hoy una palabra que vuestro corazon rechaza? ¡Así sois los hombres!... Hallais en vuestro camino una flor; os halaga su aroma, lo aspirais y despues decis: Fue el capricho de un momento; fue la ilusion de un dia. No quise hacerlo, pero lo hice. Y cuando la flor os reprocha y os recuerda la pureza que la arrebatasteis y la desgracia en que la sumisteis, revestis de sentimiento vuestro rostro y contestais: Quiero seros franco: no os amo. ¡Oh!... ¿con qué compensais todas las lágrimas, toda la amargura, toda la desesperacion á que condenais su existencia?

—Ya te he dicho cuanto mi deber exigia; tienes razon en culparme por mi abandono: pero en la larga carrera que recorre un hombre hay tantos dolores, tantas contrariedades, que los sentimientos más puros, las más dulces emociones se resienten, se debilitan y se ahogan.

—Y ¿nunca has pensado hasta dónde puede llegar una mujer ultrajada en su honra é instigada por los celos?

—Si de las quejas pasamos á las amenazas, comprende, Karïna, que llegarás á colocarte en un terreno muy falso.

—Es que el desden irrita.

—Pero la conviccion resigna.

—No hay resignacion cuando se ama.

—Cuando se ama no se sienten deseos de venganza.

—La pasion ciega.

—El amor purifica.

—No me hables de eso, porque perderé la razon. Yo que te adoro con toda mi alma, yo que concentré en tí toda la felicidad de mi vida ¿podré resignarme á verte en brazos de otra mujer? ¿Podrán fijarse mis ojos de una manera indiferente en la que con orgullo inmenso pueda decir: yo soy su esposa...? ¡Mentira! La mujer que ama nunca perdona. La mujer herida como yo, se venga. Y ¡ay de tí, Roger! si mi venganza se atraviesa en tu camino.

—Dispensad, señora, contestó Roger cambiando súbitamente de tono; cuando veo unos ojos que lloran me parece que entreveo el alma de una mujer. Cuando escucho unos labios que amenazan, sólo encuentro un enemigo. Ante la primera me inclino; ante la segunda desprecio.

—¡Roger!

—Me parece que se prolonga demasiado esta entrevista.

—¡Oh! no digais eso. No me hableis de tal modo, porque me parece que se me cierran las puertas del cielo. Si mi alma sólo suspira por tí, si no puedo vivir sin verte, si donde quiera que has ido he seguido tu huella como la sombra al cuerpo... no me hables de ese modo porque me desgarras el corazon.

V.

Era tan desesperado, tan intenso el dolor modulado en su acento, que Roger dió un paso hácia ella.

La mirada de Karina, entre cuyos párpados temblaba una lágrima, se fijó en él de una manera tan suplicante que no pudo ménos de decirla:

—Ya comprendeis mi situacion, y si existiese un medio hábil para que mi corazon os amara, podeis estar en la inteligencia de que no tendriais que llorar nunca el abandono de Roger. Pero os repito lo que al principio os dije: el corazon no puede mandarse jamas, y por desgracia el mio no puede obedecerme hoy aunque yo quisiese hacerlo.

—Es decir ¿que ninguna esperanza me resta?

—No.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó Karïna con una expresion amarga y desesperada, ¿por qué le amaré tanto?

Roger contempló en silencio á la jóven.

Comprendia toda la intensidad de su dolor y diera una parte de su vida por mitigarlo.

Pero era imposible. Todas las impresiones de su vida, toda su larga carrera de amores, todas las mujeres con quienes habia tropezado en su existencia aventurera, desaparecian ante María.

Su esposa era lo único á quien amaba, y su bellísima imágen flotaba sin cesar ante sus ojos.

Y no encontraba belleza en ninguna mujer; todas carecian de las perfecciones que poseia aquella.

Roger no podia amar á nadie.

Todo el cariño que habia ido esparciendo por el mundo fué á concentrarse en María.

Por lo tanto era completamente imposible que pudiese amar á ninguna otra mujer.

Se aproximó nuevamente á Karïna, estrechó entre las suyas las manos de la jóven, y con el acento dulce é insinuante que le caracterizaba dijo:

—Hay existencias en el mundo que están predestinadas á vivir fluctuando siempre, á hacer un mal cuando creen hacer un bien; á equivocarse en todo cuando han presumido acertar: la mia ha sido una de estas. Al casarme pensé olvidar todo mi pasado: vuestra presencia será un dolor que empañará constantemente la atmósfera de felicidad en que me creía envuelto. Vuelvo á deciros que no os amo, que no os amo con el amor que necesitais; sin embargo vuestro recuerdo no se separa un momento de mi corazon: vuestro dolor será el mio, y si os figurais que en algo pueda atenuarlo, pedídmelo señora, que por imposible que sea yo os aseguro que lo obtendreis.

—Si yo no quiero mas que tu amor.

—Demasiado comprendeis que es imposible.

—Pues bien, hemos concluido, contestó Karïna con voz sorda al par que se levantaba.

—Siento, dijo Roger, que al separaros de mí no lleveis mas que un recuerdo de dolor, quizá un deseo de venganza.

Y le tendió la mano para acompañarla hasta la puerta.

Pero en el momento que iban á salir una nueva dama apareció en ella.

Era María.

—¡Karïna! exclamó la sobrina de Andrónico.

—¡María! murmuró Roger dando un paso hácia su esposa.

Pero esta pálida, altiva y severa le contuvo con un movimiento.

Karïna sin decir una palabra, al par que María daba un paso hácia el interior de la habitacion, traspuso la puerta y desapareció.

Si álguien por curiosidad tuvo el capricho de aproximarse á ella en aquel momento, pudo oirla decir:

—La llegada de María me satisface: he sembrado la duda en su corazon: ya no podrá ser feliz.

CAPÍTULO XX.

Antecedentes y consecuentes.

I.

Antes de seguir adelante tenemos necesidad de dar á nuestros lectores algunos antecedentes de cuya falta quizá se quejarian en otro caso.

¿Cómo se presentó Karïna de una manera tan inopinada en la habitacion de Roger?

¿Cómo María llegó á tiempo para sorprender aquella escena cuando estaba casi en su desenlace?

La explicacion es sumamente sencilla.

Karïna sabía perfectamente que al dia inmediato iba María á ponerse en marcha para Cicico en compañía de los caballeros que asistieron al convite de Andrónico.

De esto provino la órden que dió á Paolo para que tuviese dispuesta su embarcacion para el siguiente dia.

Queria ver á Roger ántes que María.

Deseaba cerciorarse de si el corazon de aquel hombre se habia alejado de ella para siempre, ó si por el contrario podia conservar alguna esperanza.

Y en último caso se proponia que la entrevista llegase á noticias de María, y el corazon de la esposa sintiese los celos que el suyo punzaban.

Para eso fué ajustando su marcha á la de los buques que componian la escuadra en que iba la esposa de Roger y los víveres y pertrechos que se remitian al campamento de los catalanes.

Entró pues en Cicico una hora ántes que María y los caballeros que la acompañaban.

No necesitaba más.

Bastaba una hora para saber si Roger la amaba, y en caso contrario entretener el tiempo hasta que María llegase á fin de que la viera al lado de su esposo.

La idea estaba perfectamente concebida, y el resultado correspondió á sus deseos.

En el movimiento de María comprendió Roger desde luego que los celos habian clavado su venenosa garra en el corazon de la jóven.

Y en aquel momento supremo le faltó el valor.

La expresion de severidad y altivez de que súbitamente revistióse María llegó á anonadarle.

La majestad de la esposa ofendida brillaba en su rostro.

Roger no acertaba á pronunciar palabra.

La sobrina de Andrónico veia en la confusion de su esposo una prueba más de su culpabilidad.

Ambos permanecieron silenciosos durante algun tiempo.

Pero aquel silencio embarazoso para ambos, aquella situacion no podia sostenerse largo tiempo; y como en ocasiones dadas las mujeres son más audaces que los hombres, María se encargó de romper aquella.

Dió algunos pasos hácia la puerta y dijo.

—Veo, caballero, que era completamente inútil que viniese yo á vuestro lado.

—María, ¿qué quieres decir? exclamó Roger adelantándose hácia la jóven.

—¡El lugar de la esposa ocupado por otra mujer! No puedo permanecer en un sitio que otra ha ocupado ántes que yo.

—¿Supondriais...

—Cuando se ve, nada se supone.

—¿Crees que puedo amar á otra?

—Lo que creo es que yo me falto á mí misma permaneciendo en el lugar donde acabais de faltarme.

—No te comprendo; tus palabras me asesinan, y sin embargo no sé lo que quieres decir.

—A Dios, caballero, os dejo en libertad.

—¡María!... gritó Roger corriendo hácia su esposa para detenerla.

Pero no fue necesario.

Todo el valor, toda la energía le faltó en aquel momento supremo. A la conciencia de la mujer ultrajada sucedió el sentimiento de la mujer amante, y María deshecha en llanto se dejó caer en una silla murmurando:

—¡Dios mio! ¡y yo que le amaba tanto!...

Al verla así Roger se arrodilló á sus piés diciendo:

—Y te amo lo mismo, María; tu razon perturbada te ha hecho ver lo que no existe. ¿Cómo era posible que yo olvidase tu cariño por el de ninguna otra mujer? No lo creas: si tus ojos son el cielo de mi felicidad ¿piensas que quisiera empañar ese cielo con una lágrima? Créeme, María, créeme; porque es la verdad la que brota de mis labios; á nadie he amado como á tí, ni á nadie amaré tampoco. ¿Faltarte yo? Sería necesario que faltara el sol en el cielo ántes que tu imágen de mi corazon. ¡Que mal me has juzgado!

—¡Qué bien me decia ella! murmuraba María entretanto.

—¿Quién te ha hablado de mí? preguntó Roger sorprendido.

—Has amado tanto que no ha quedado en tu corazon ni un resto de cariño para mí. ¡Y yo creia en tus palabras!... ¡ay corazon mio... qué loco fuiste!...

—Pero ¿qué estás diciendo?

María nada pudo responder.

La ahogaba el dolor.

Roger estaba desesperado.

Se aproximó á ella, la atrajo dulcemente, estrechó entre las suyas las manos de la jóven, y la dijo:

—Te juro por mi nombre que cuanto voy á decirte es la verdad; si me quieres creer, créeme; si no, cúmplase en todo la voluntad del Señor.

Era tan grave el acento de Roger, respiraba tanta sinceridad, que María, fijando en él una mirada anhelante, le dijo con voz ahogada todavía por los sollozos.

—Habla, habla.

—Has visto aquí á una mujer, y has juzgado una cosa indigna completamente de tí y de mí. Amé á Karïna hace algunos años, ó mejor dicho hubo una serie de coincidencias que me arrastraron hácia ella, pero el amor que me inspiró fue una de tantas pasiones como en la vida se sienten sin que dejen huella alguna.

—Pero ella te ama.

—Lo ignoro; abandoné su país, no la volví á ver durante mucho tiempo hasta que un dia en Italia se cruzó de nuevo en mi camino; la hablé con sinceridad, la dije que no la amaba; trató de amenazarme, y me reí de sus amenazas. Despues la ví en el palacio de tu tio, pero como se ve el vago recuerdo de una persona indiferente.

—Por eso me hablaba de tí.

—¿De mí?... y ¿qué te decia?

—Que jamas podrias amarme, que eras inconstante... ¿qué sé yo?... Y ahora me he convencido; tú no me amas, Roger. ¿Qué te he hecho yo para que me arrebates tu cariño?

—Alma de mi alma, exclamó el guerrero estrechando á la jóven contra su corazon, ¿me dices que no te amo? Créeme: vuelvo á repetir que al darte mi nombre te entregué mi corazon, y sólo á tí te pertenece.

—Entónces ¿á que ha venido esta mujer?

—No sé; me ha reprochado mi conducta, me ha amenazado, y veo que sus amenazas han tenido efecto: tú lloras, y esto me prueba que esa mujer ha herido tu corazon.

—¡Ay, Roger... cuánto daño me ha hecho!

—Vamos, María, ¿no me crees? Háblame por piedad; junto á tu dolor soy tí-

mido y cobarde como un niño; te he dicho todo cuanto ha pasado, y desearia que no volvieras á acordarte nunca de lo que hoy has visto.

—Si comprendieras lo que he padecido al verte estrechar la mano de otra mujer... parecia que el corazon me lo arrancaban á pedazos... yo que sólo he pensado en tí, yo que he renegado de mi sangre griega, que no tengo mas patria que la de tu amor. ¡Oh qué cruel has sido!

—Pero ¿dudas todavía?

—No, no, exclamó María; te creo, porque tengo necesidad de creerte. ¡Si supieras cuánto te amo!

Habia tanto dolor y tanto cariño al mismo tiempo en el acento de María, que Roger cayó de rodillas ante ella, diciendo:

—¡Bendita seas! ¿Te figuras que hay en el mundo mujer capaz de borrar de mi corazon tu purísima imágen? Fuera un delirio en tí pensar semejante cosa: á nadie más amo; no hay cariño que pueda compararse al que te profeso ni creo en la existencia de otra mujer que pueda igualarse á tí. Vamos, María, desanubla esa frente; no empañen más las lágrimas tus bellos ojos; vuelva á reinar la paz en tu alma y la sonrisa en tus labios. Volverte á ver es para mí una felicidad inconcebible; no me amargues estos momentos con ese dolor que jamas quisiera que sintiese tu corazon.

María no pudo resistir á la mágia de aquel acento querido.

Amaba á Roger, y sólo deseaba que se justificase.

En su acento comprendia que la hablaba con lealtad.

Quizá cuanto ella pudo imaginarse no era mas que una ilusion, pero su amor la daba proporciones colosales, y era necesario que una vez y otra Roger la repitiese que la amaba, para que se persuadiera.

Sin embargo, á pesar de que por el pronto las palabras de su esposo la tranquilizaban, Karïna no se equivocaba en sus cálculos.

Quedaba sembrada la duda en su pecho, y el áspid de los celos debia dejar en su interior señales de su mordedura.

CAPÍTULO XXI.

Un tigre y una serpiente.

I.

Karïna salió furiosa de la habitacion de Roger por el nuevo desden de que fue objeto por parte del caudillo catalan.

La presencia de María acababa de completar su obra.

Karïna era una mujer satánica.

Pertenecia á la raza egoista que goza con el sufrimiento de los demas, toda vez que tambien sufre.

Lo que más la mortificaba era que María poseyese en calma el amor de Roger y fuera dichosa.

Al salir de allí internóse por las numerosas calles de la arruinada poblacion, hasta que por fin se detuvo delante de una casa cuya apariencia nada hablaba en su favor.

Franqueó el umbral, y algunos momentos despues se encontraba mano á mano con Paolo, antiguo conocido de nuestros lectores.

—¿Y bien? la preguntó Paolo.

—No te comprendo.

—Pues es fácil, repuso este. Hemos desembarcado, has desaparecido, vuelves aquí de nuevo, y lógico me parece que te pregunte si has sacado fruto del viaje.

La ligera ironía que resaltaba en el acento de Paolo hirió á la griega.

Y fijando en él una de aquellas miradas que solamente ella poseia, una de aquellas miradas que dominan, que aturden, que fascinan, le dijo con acento glacial:

—¿Desde cuándo te crees con derecho para preguntar de dónde vengo ó adónde voy?

—¡Karïna!...

Paolo no supo qué contestar.

Le anonadaba el acento de aquella mujer.

—El dia en que acepté tus servicios te dije: tendré ámplia libertad para obrar; no te concedí el derecho de vigilar mi conducta; el dia en que mi

venganza esté satisfecha me entregaré sin reserva alguna á tí, y entónces serás mi señor absoluto.

—Es que yo te amo...

—¿Qué me importa tu amor? Un amor necio, un amor vulgar, un amor que sueña con quimeras, un amor que no se ennoblece por medio de lo grande, sino que se rebaja por medio de absurdos y de acusaciones infundadas. Un amor así, Paolo, no es el más á propósito para una mujer de mi temple.

—Yo he creido siempre que cuando se ama no puede hacerse mas que de un modo: no puede hacerse mas que sintiendo y deseando. Amor sin celos no podia imaginarme que pudiera existir. Tú no me amas, y por eso no puedes comprender mi amor, por eso encuentras vituperable todo cuanto hago, todo cuanto pienso.

—Basta de amor.

—Pero...

—Es inútil. Me aburres con esa charla infructuosa. Ya te dije que te prohibia absolutamente dirigirme palabra alguna de cariño.

—Pero ¿quién puede contener el corazon? ¿Imaginas que cuando se ama como yo, supone algo la voluntad? La cabeza calla cuando el alma grita.

—Bien.

—¡Qué cruel eres!

—Es un epíteto tantas veces repetido, que francamente, ha perdido ya toda su fuerza para mí.

Paolo sentia rugir en su corazon una cólera profunda hácia aquella mujer que tan sin piedad le trataba.

Mas esta cólera quedaba sofocada por su mismo amor.

Deseaba separarse de aquella muger, pero no podia.

Estaba tan íntimamente ligado á la existencia de Karïna, que le era imposible decidirse á abandonarla.

La griega sin hacerle caso y desentendiéndose completamente de la pasion y del dolor que tan enérgicamente se marcaban en el rostro del jóven, le dijo:

—¿Has visto á Brieno?

—Sí.

—¿Le has dado el pergamino de su padre?

—Se lo he entregado.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Que vendrá á verte en seguida.

—¿Le has dado las señas de esta casa?

—Sí.

—Pues, retírate. No te necesito.

—Es verdad, murmuró Paolo con amargura. Únicamente cuando me necesitas te acuerdas de mí.

—¡Ya me olvidaba! prosiguió Karïna desentendiéndose de lo que el jóven acababa de decir. Dile á Zacaroüs que entre.

—Está bien.

Y Paolo dió algunos pasos para retirarse.

Pero desde la puerta dirigió una última mirada á Karïna.

Y fue tan intenso, tan expresivo el fulgor de sus pupilas, que la jóven comprendió la necesidad de fortalecer aquel corazon que desfallecia.

Entónces movió dulcemente la cabeza, se desanubló su frente, y se sonrieron sus labios.

Destelló sobre Paolo una de sus más encantadoras miradas, y le dijo con acento blando y cariñoso:

—¡Paolo!

—¿Me llamabas?...

—¿Te alejas incomodado conmigo?

—¡Oh!... murmuró el jóven enloquecido por aquel acento. ¿Cómo es posible que yo me incomode contigo, contigo que eres mi vida?

—Me pareció que mis palabras te habian herido, y no quiero que te incomodes; si comprendieras cuánto sufro, disculparias unas expresiones que aunque las pronuncian los labios no las siente el corazon.

—¡Oh!... Karïna, háblame así, háblame así siempre; porque yo no puedo vivir de otra manera.

—¡Cuánto deseo que se realice mi venganza!

—Y ¿serás mia despues?

—Sí, murmuró con voz opaca la griega.

Y se siguieron algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos dijo la jóven recobrando su primitiva actitud:

—Paolo, no soñemos todavía; me conviene hablar con Zacaroüs.

—Voy á complacerte.

Y Paolo salió de la estancia, y en breve un nuevo personaje aparecia en la sala.

Este era Zacaroüs.

Jamas se ha visto cara más innoble sobre un cuerpo más raquítico y deforme.

Figurémonos una frente estrecha y deprimida rodeada de cabellos crespos y espesos.

No podia barruntarse jamas qué direccion llevaba la mirada de aquel hombre.

Dura, sesgada y torva daba á entender bien claro todo lo torcido de su conciencia.

Labios delgados, arqueada nariz, barba puntiaguda, cuello corto y muscular, torcidas las piernas y con el andar lento y perezoso, aquel hombre causaba al mirarle una repulsion invencible.

En su rostro se retrataban la depravacion, la cobardía, hasta el crímen con indelebles caractéres.

Su vista causaba el efecto de la de un reptil.

Sin embargo, Karïna sonrió agradablemente á aquel hombre.

Zacaroüs hizo dos reverencias en perfecta armonía con lo que sintetizaba su apariencia, y con voz melosa y astuta dijo:

—¿Qué teniais que mandarme, señora?

—Quiero que me dés noticias respecto á un hecho que tú debes conocer muy bien.

—Preguntad.

—Ya sabes que los catalanes han llegado á este país para ser sus salvadores, para colmarle de beneficios. ¿No es cierto?

—Lo decis vos...

—¡Cómo! ¿No opinas de la misma manera?

—Yo opino siempre como vos opineis.

—Es decir, ¿opinas como aquel que te paga mejor?

—Señora, los tiempos andan muy mal. Los genoveses acaparan todo el dinero, y las gentes honradas como nosotros se mueren de hambre. Si uno no se gana algun zequí á costa de su trabajo...

—Te comprendo; pero tus palabras me han dado que sospechar. ¿Acaso los catalanes no han llegado y les ha bastado solamente llegar para vencer? ¿No han alejado á los turcos de estos sitios? ¿No os han devuelto la paz y la tranquilidad de que gozabais en otros tiempos?

—Es verdad; pero...

—Vamos, concluye.

—No sé qué deciros, señora; pero casi casi eran preferibles los turcos á los catalanes.

—¿Cómo así?

—Vinieron á protegernos y han entrado en Cicico como en una poblacion conquistada. Que los turcos cometiesen excesos, pase: eran nuestros enemigos; pero que ellos los cometan...

—Con que ¿estais disgustados con su presencia?

—Pues bien, señora, contestó Zacaroüs resueltamente y fijando sus ojos en Karïna: hablemos sin rodeos. A mí me gustan las cosas con mucha claridad. Yo soy perro viejo, y vos traeis algun objeto al venir aquí. Decídmelo francamente, y nos podrémos entender.

—No sé quién te ha dado derecho para suponer semejante cosa.

—A mí, nadie. Yo... ya se ve, anda uno por el mundo, y... vamos, comprendo que ocultais alguna cosa; y... como uno está para lo que salga... ya comprendeis. Si yo puedo serviros, hablad. Pagando bien quedaréis satisfecha de mí.

Karïna estuvo reflexionando durante algunos segundos.

Necesitando auxiliares como necesitaba, aquel hombre podria servirle muy bien.

Zacaroüs era de los que se venden al que mejor les paga.

Estuvo vacilando en si le confiaria ó no una parte de su secreto, hasta que por fin le dijo:

—Pues bien: tienes razon. No quiero andar con rodeos; necesito que me hables con franqueza respecto á la impresion que los catalanes han causado en esta ciudad. Así podrémos entendernos mejor. Habla.

—La verdad es, señora, que aquí todos los esperábamos con alegría. Los turcos nos castigaban, robaban nuestras haciendas; pero nada era de extrañar en ellos porque son perros descreidos. Llegaron los catalanes, entraron aquí, y ni mujeres, ni haciendas, ni casas, están en seguridad. Desde esos soldados que llaman almogávares hasta sus adalides se entregan á los más repugnantes excesos. Se les odia y se les teme. Pero en fin, si necesario fuese, tal vez pudiera hacérseles pagar muy caro sus desafueros.

—Y ¿qué hace su caudillo?

—¡Bah! Tan bueno es Pedro como su perro.

—¿Por qué no os quejais?

—Y ¿de qué sirven nuestras quejas? ¿Se ha corregido algo por ellas? Nada absolutamente.

—Está bien. ¿Dices que el pueblo ve con desagrado lo que está sucediendo?

—Ya lo creo, señora. ¿Quién no ha de verlo así?

—¿Con qué gente se podria contar en el caso de que de tal manera llegasen á exasperarse estos habitantes que quisieran castigar á sus verdugos?

—¡Oh! con toda la poblacion. De fijo que no quedaba ningun vecino que no cayese sobre ellos.

—Pues bien, repuso Karïna con resolucion: tú puedes hacer mucho en esto.

—¿Yo?

—Tú, sí. ¿No estás dispuesto á complacerme?

—Hasta donde querais.

—Te se pagará bien, y...

Los ojillos de aquel hombre brillaron de codicia.

El único móvil que le impulsaba era el dinero; y existiendo este, todo lo demas le importaba poco.

No habia medios por reprobados que fuesen de que él no se valiera para conseguirlo.

—No necesitabais eso para que yo os sirviera, dijo Zacaroüs al cabo de algunos segundos.

—Comprendo que los hombres necesitan trabajar para vivir, y quiero que vivas.

—¡Oh qué buena sois, señora! ¿Qué quereis que haga?

—Muy poco.

—Decídmelo.

—Sólo se trata de que excites á todos tus compañeros en contra de los catalanes. Tendrás una docena de buenos amigos, y...

—Podeis contar con ellos como conmigo.

—Pues bien: abultad los excesos de esas gentes; tratad de hacerlos más odiosos; pero tened mucho cuidado tambien de que no se revele por nada ni por nadie la existencia de esta conspiracion.

—Descuidad.

—Ya sé que eres astuto.

—Me honrais demasiado, señora.

—No: te conozco bien y sé que el crímen te es familiar. Una sola palabra mia pudiera hacer que te ahorcasen en cualquiera de los árboles que hay en las inmediaciones.

—Pero ¿no la pronunciaréis?

—Miéntras me sirvas...

—¡Si me pagais...!

—Veo que nos entendemos.

—Con vos, señora, debe uno siempre entenderse perfectamente.

—Toma.

Y Karïna al par que pronunciaba esas palabras sacó un bolsillo que arrojó á Zacaroüs, el cual lo cogió en el aire.

—¡Gracias, gracias! murmuró aquel hombre con ojos chispeantes y encendido rostro.

—Estás pagado. Cuida ahora de servirme bien.

—Los hombres como yo cuando dan una palabra la cumplen siempre.

—Las mujeres de mi linaje, repuso Karïna con voz severa, todo lo perdonan excepto la traicion.

—Os comprendo.

—Mucho tino y mucha prudencia.

—Descuidad.

Zacaroüs despues de pronunciadas estas palabras hizo algunas reverencias y abandonó la estancia dejando á Karïna sumamente satisfecha por el resultado de la entrevista.

CAPÍTULO XXII.

Situacion de Roger en Cicico.

I.

Algo de lo que dijo Zacaroüs á Karïna era verdad por desgracia.

Los catalanes, con perdon sea dicho de su gloria, empañaron algun tanto el brillo de ella con los desmanes que cometian en Cicico.

Por otra parte, se comprende muy bien las demasías que un ejército comete estando en campaña.

Si hoy, que son otros los tiempos, que la civilizacion es distinta, el ejército comete tropelías aun en el mismo país que trata de proteger, en aquellos en los que sólo se conocia el derecho del más fuerte ¿no era algo más disculpable la conducta de aquellas legiones bravías é indisciplinadas que prescindiendo de la forma se batian como fieras, y como fieras tambien se embriagaban en la victoria lo mismo que en la carnicería?

Todos los historiadores de aquellos tiempos están conformes en que la permanencia del ejército expedicionario en todas las poblaciones que iban atravesando era para ellas una verdadera calamidad.

En todos los tiempos los ejércitos victoriosos ó vencidos han hecho lo mismo.

Y esto ni los jefes ni nadie puede evitarlo.

Roger estaba desesperado.

Como Zacaroüs habia dicho muy bien, cada dia escuchaba el general en jefe nuevas quejas, y siempre era impotente para remediar el mal de que aquellas nacian.

Por otra parte, el derecho de gentes en aquellos tiempos no estaba tan garantido como en el presente.

Roger no trataba tampoco con gran interes de corregir un mal que podria traerle, como le trajo más adelante, fatales consecuencias.

Las nuevas que le comunicó su esposa respecto á lo ocurrido en Constantinopla, nuevas corroboradas por Siscar y Sancho de Ros, le enfurecieron en términos que dejó á sus soldados en la impunidad respecto á algunas faltas que cometieron, y no faltaron momentos en que le asaltase la idea de abandonar la

Grecia retirándose con sus tropas de un pueblo donde ya los émulos principiaban á cercarle.

Pero debemos decir en su elogio que este pensamiento fue muy poco duradero.

Tenia contraido un compromiso con su honor, y Roger no era persona que á él faltase.

Ahogó su cólera en el fondo de su pecho y se decidió por cumplir como quien era.

En el instante que nosotros nos encontramos nuevamente con ellos, todos los oficiales del ejército de Roger estaban reunidos en la casa de este para tratar acerca de los medios que debieran emplear para contener los desmanes de la soldadesca.

—Señores, dijo Roger, he creido conveniente consultaros á vosotros porque no sé qué medida se emplee para evitar lo que sucede: cada dia se reproducen las quejas, y sin embargo no me parece oportuno emplear un rigor excesivo para castigar á nuestros soldados.

—Y ¿qué tenemos que ver nosotros, repuso Sancho de Ros impetuosamente, con esa canalla griega? Bien merecido lo tienen todo.

Son desagradecidos y cobardes; y sino, ved un ejemplo en lo que ha estado á punto de suceder en Constantinopla. Ademas, al soldado es necesario concederle alguna libertad, dejarle algun desahogo. ¿No es cierto, señores?

—Sí, sí, tiene razon, dijeron algunos.

—Siento, dijo el buen caballero Gimenez Arenós levantándose de su asiento, no ser del mismo parecer que la mayor parte de nuestros camaradas. No opino, porque no debo opinar, que le demos al soldado una libertad tal que nos perjudique á nosotros mismos.

—Siempre el buen Gimenez ha de defender á los griegos, contestó Roger á quien le halagaron más las palabras de Sancho de Ros.

—Siempre abogo en defensa de la justicia y de la razon. ¿Hemos venido á Oriente para proteger á los griegos ó ser sus enemigos?

—No acierto adónde vaya dirigida esta pregunta, dijo Corberán de Lahet, senescal del ejército y uno de los oficiales más queridos de Roger.

—Va dirigida á que si hemos venido para ser amigos suyos, debemos tratar de conservar sus simpatías; pero si en vez de esto nos las enajenamos, el resultado quizá nos sea funesto algun dia.

—Por mi santo patron, buen Gimenez, cualquiera creeria que teniais miedo.

—¿Miedo yo? gritó el caballero palideciendo. Demasiado sabeis que jamas me ha hecho vacilar la perspectiva de una muerte más ó ménos cercana.

—Pero bien, ¿qué opinais que debemos hacer? preguntó el caudillo dirigiéndose á Gimenez.

—Demasiado sabeis, señor, que en mas de una ocasion y con esa franqueza que he creido deber usar para todos mis actos y palabras os he dicho: no apruebo esa conducta; yo hubiera seguido otra.

—Pero y ¿cuál es esa otra?

—En primer lugar, no permitir la entrada de las tropas en la poblacion: donde tenian los turcos las suyas debíamos establecer nuestro campamento. Este clima, estas mujeres, y esta vegetacion son otras tantas seducciones que halagan al soldado cuya razon se ofusca fácilmente, y de cuya ofuscacion resulta que un comerciante furioso, un padre irritado ó un esposo ofendido no desea mas que la ocasion de vengarse.

—Ved, Gimenez, que estais pintando ese cuadro con los más sombríos colores.

—He estado recorriendo la poblacion durante todos estos dias; he tratado de corregir algunos desmanes, y he escuchado las sordas murmuraciones de los habitantes de Cicico al verse vejados de una manera tan inconcebible por nosotros. Ya sabeis, Roger, que os lo dije.

—Y bien: por las barbas de Mahoma, que si esa gente se queja, con darles una paliza con los cuentos de nuestras lanzas, les enseñarémos á que sean más sufridos, contestó con fuerza Corberán.

—Bien dicho: eso será lo mejor, observaron varios caballeros.

—En lo que dice Gimenez tiene razon, repusieron otros.

Durante algunos segundos hablaron todos á la vez conforme á sus ideas.

Los que apoyaban el pensamiento de Gimenez necesario es decir que estaban en minoría.

Eran en número muy insignificante comparados con los que abundaban en el dictámen de Sancho de Ros y Corberán de Lahet.

Roger impuso silencio y dijo:

—Demasiado me conoceis, Gimenez, y sabeis que en más de una ocasion he tratado de impedir aun á riesgo de mi vida que mis tropas se embriaguen en la victoria. La sangre que no se derrama en un combate me ha hecho daño siempre; pero hoy tenemos ofensas recibidas de la misma córte de Andrónico. Que os cuenten estos caballeros, continuó indicando á Ros, á Siscar y algunos otros oficiales que les acompañaron, que os cuenten, repito, lo que han escuchado en el palacio de Andrónico, y convendréis conmigo en que se nos ha tratado con sobrada injusticia.

—Se ha intentado menoscabar la honra y la reputacion de nuestro ejército. Se ha dudado de la brillantez de nuestro primer hecho de armas; aquella córte entregada á la molicie y á los placeres no ha comprendido todo el valor que existe en nuestros soldados: en fin, señores, continuó Sancho, á no ser por la intervencion del emperador Andrónico, quizá la sala del festin se convirtiera en campo de batalla.

—Pero eso no es mas que envidia.

—¿Os parece poco?

—¿Quién nos ha insultado? ¿Han sido los magnates ó el pueblo? Si han sido los magnates, á pesar de que les hemos probado ya que valemos más que ellos, crucémosles el rostro con el plano de nuestras espadas y les enseñarémos á respetar á quien deben.

Pero en cambio, señores, el pueblo que nos ha recibido con los brazos abiertos; el pueblo que ha visto en nosotros sus salvadores ¿es justo que tras de las vejaciones de que ha sido objeto por parte de los bárbaros lo sea tambien por la nuestra?

—Pero hasta ahora todo han sido quejas, y no se ha propuesto ningun medio.

—Bien sencillo es, repuso Gimenez; ya lo he indicado.

—¿Cuál?

—Establecer el campamento fuera de la poblacion. Privar al soldado de esa libertad con que hoy recorre sus calles. Sacarlo de la casa del pobre griego que contempla aterrado el que sus bienes, sus esposas, sus hijas no están seguros de ellos. Castigar con mano fuerte la menor falta que se cometa. Tratar en fin de granjearnos las simpatías del pueblo, toda vez que dia por dia y conforme nuestras victorias vayan aumentando irémos concitando más contra nosotros la envidia, la animadversion y la cólera de los grandes señores de Bizancio.

—Siento no opinar como el noble caballero Fernando Gimenez de Arenós, dijo García de Bergua. ¿Quereis qué dejemos al soldado, que es nuestro hijo adoptivo, en una estacion como la que atravesamos, expuesto á la intemperie en medio de un campamento como si nos hallásemos en frente del enemigo? Si á los griegos les pesa nuestra permanencia en Cicico, no tienen mas remedio que aguantar. Tan bueno es el pueblo como los señores; igual: y el dia que venga á las manos con uno ú otros tendré una verdadera satisfaccion.

—Parece que el caballero Gimenez, repuso Muntaner el soldado poeta, fiel amigo de Roger, y como le ha llamado un historiador moderno, el fiel ocultador de las debilidades de los reyes y demasías del poder; parece que el caballero Gimenez envuelve en sus palabras un cargo dirigido tanto al jefe de la expedicion como á algunos de los oficiales que en ella toman parte. No comprendo los medios de que se valdria mi buen amigo para conseguir su objeto ni tampoco creo que los excesos sean de tan ponderada gravedad. Hasta ahora yo no he notado esa animadversion de que se nos habla. Así es que mi opinion no está conforme con que saquemos al ejército de la poblacion, cosa que por otra parte produciria el disgusto entre los mismos soldados, y, francamente, caballeros, yo creo que para la salvacion de un ejército es necesaria la buena armonía entre sus individuos.

Cuando terminó de hablar Muntaner, cuya imaginacion estaba entre sus compañeros tan reputada como su mano para manejar la lanza, uno de los que per-

tenecian al corto número de los que abundaban en las ideas de Arenós, Galceran de Amposta, á quien nuestros lectores tendrán presente, se dirigió á Muntaner diciéndole:

—Me parece que se ha interpretado mal el verdadero sentido de las palabras pronunciadas por mi buen amigo Gimenez de Arenós.

—Es muy posible.

—Creo que ninguno debeis dudar que ame á sus soldados del mismo modo que vosotros podeis amarlos, pero el soldado es una especie de niño á quien hay que acariciarle con una mano y amenazarle con la otra; como sabe más batirse que raciocinar, fácilmente hace de la paz un uso bastante perjudicial para la poblacion donde se encuentra. Esto demasiado lo sabeis vosotros, toda vez que en Sicilia, despues de terminada la guerra, eran hasta cierto punto una calamidad para los pobres pueblos. Aquí, señores, prosiguió Galceran, estamos hablando en el seno de la amistad, estamos tratando de un asunto de bastante importancia para todos nosotros, y por lo tanto me parece que debemos ser francos. La idea de mi noble amigo no ha sido mas que la de alejar un poco el ejército de la poblacion para evitar que esta se canse algun dia. Tratar de cortar desórdenes que podrian perjudicarnos mucho y dar un gran paso en el terreno de las simpatías de este país por medio de ese semicastigo que se imponia á nuestros soldados. Yo soy en un todo de la misma opinion del caballero Fernando Gimenez de Arenós.

—Y bien, señores, ¿qué opinais? Manifestad cada uno sin rebozo lo que hariais en mi lugar. Yo, que tengo el deber de escuchar vuestras insinuaciones y de seguir vuestros consejos cuando se adapten á la rectitud y á la justicia, os juro que lo cumpliré.

—¡Voto á mi nombre! exclamó Sancho de Ros con alguna irritacion; no sé qué razon hay para que los almogávares salgan de Cicico; puesto que se quejan, quéjense con razon. Los que deben agradecernos que estemos aquí, pueden venirnos con recriminaciones.

—Yo tampoco apruebo que establezcamos el campamento fuera de aquí, añadió Siscar; quizá se figurasen los griegos que les temíamos.

—¡Temer los bravos leones de Aragon! repuso García de Bergua. Por mi santa patrona! que quisiera oir á un centenar de villanos una palabra como esa para arrancarles la lengua y azotarles con ella el rostro!

—Veo, señores, dijo al cabo de algunos segundos Gimenez, que nos acaloramos en una discusion inútil: hemos venido aquí á dar cada uno su parecer; vosotros no estais conformes conmigo, nada tengo que oponer. He dicho lo que sentia; os he indicado los males que á mi juicio no tardarán en sobrevenir. Vosotros no los veis; obrad como mejor os parezca.

Pocos eran, como ya hemos dicho, los caballeros que opinaban como Gimenez de Arenós.

Eso nada tiene de extraño en aquella época en la cual ni el derecho de gentes existia ni imperaba otra ley que la del más fuerte.

La idea de Gimenez fue desechada.

Contentáronse con reprender severamente á los soldados; pero la reprension no produjo efecto alguno.

Al contrario los irritó más, y los excesos fuéron tomando mayores proporciones.

Poco prudente Roger en aquella ocasion, él mismo se creó enemigos que llegaron finalmente á vencerle.

En vano Gimenez y otros caballeros le aconsejaron lo que debia hacer.

Nada consiguieron, y todos los historiadores tanto griegos como catalanes están contextes en que á esto se debió que el buen caballero Fernando Gimenez de Arenós, seguido de varios amigos y algunos soldados, abandonasen á Roger haciendo rumbo hácia Mesina, no queriendo aparecer como cómplices en los excesos y demasías que cometian sus compañeros.

CAPÍTULO XXIII.

Un falso amigo.

I.

Con motivo de la permanencia del ejército expedicionario en Cicico, algunos de sus oficiales pidieron permiso para separarse de él y dirigirse á Constantinopla á pasar aquellos meses de invierno.

Uno de estos fue Berenguer de Amposta.

El jóven se habia cubierto de gloria, y ansiaba depositar los laureles á los piés de la mujer que amaba.

La pobre Angelina sufrió mucho con aquella ausencia.

Alma inocente y pura, al entreabrir su cáliz á los halagos y á las caricias del amor principió á sentirse dolorida.

Habia sido un ángel hasta entónces; el amor la hizo mujer.

Berenguer contrajo una de esas amistades de campaña con un oficial alano cuya vida salvó en el primer combate que dieron.

Cuan bueno, honrado y leal era Berenguer, tan astuto, hipócrita y malvado era Velani.

Ambos eran la personificacion de dos razas distintas.

Ambos sintetizaban dos naturalezas diametralmente opuestas.

Pero Berenguer no conocia el mundo: su alma pura y buena no podia adivinar jamas toda la hediondez que existia en otros; y depositó su amistad entera en aquel hombre.

Y como Berenguer no comprendia las amistades á medias; como su corazon al sentir lo hacia en absoluto, confió á Velani las impresiones recibidas durante su permanencia en el valle donde conociera á Angelina.

El alano ardió en deseos de conocerla.

La pintura que de sus encantos le hizo su amigo encendia toda la impureza de su corazon.

Así fue, que cuando Berenguer trató de regresar á Bizancio, él tambien obtuvo permiso para acompañarle.

La cándida flor del valle habia perdido el sonrosado purísimo de sus mejillas.

La rosa de Alejandría estaba trocada en rosa de Borneo.

Era flor siempre, pero pálida.

En sus ojos se notaba el cerco que imprimen las vigilias y los insomnios.

Aquel rostro que acariciaban las brisas de la paz y de la ventura lo azotó el huracan de las pasiones dejando impresas en él sus huellas.

El venerable Antonio, el buen padre de la hermosa niña, la decia repetidas veces:

—Hija mia, ¿por qué padeces? Por qué la alegría no brilla ya en tu rostro?

—Padre, porque no le veo.

—Pero piensa, hija mia, que Berenguer tiene deberes; que Berenguer es soldado, y el soldado no se debe á sí mismo, se debe á su bandera.

—Pero y ¿si no le viera más?

—Dios solamente sabe lo que conviene á sus criaturas. Dios que ve tu dolor no consentiria que llorases ni que tu padre muriera de pena contemplando tu amargura.

—Si cayese herido, ¿quién estaria á su lado para cuidarle? No podria como entónces reposar en un lecho mullido ni tendria una mirada benéfica y amiga que velase sus horas de fiebre. Ni vos ni yo estaríamos junto á él.

Y la niña lloraba, y Antonio no sabía qué decirla, y su único consuelo era vagar por el campo recordando dias más felices.

Las flores la contemplaban de una manera triste y dolorosa, y la enviaban besos en sus perfumes; pero ya no labraban como en otro tiempo la ventura de Angelina.

Un dia paseaba por entre aquellas flores que se inclinaban ante sus piés como para servirla de alfombra.

Eran las últimas horas de la tarde.

El astro rey desaparecia en el horizonte.

El ruiseñor repetia uno de esos cantares llenos de armonía que hablan al alma con desconocido y misterioso lenguaje.

Angelina fué á sentarse en un collado á cuyo pié serpenteaba un arroyo formado por las vertientes de las montañas.

Verla tan hermosa y doblemente embellecida por el dolor que se estampaba en su semblante, parecia la sublime estatua del sufrimiento sobre un pedestal de felicidad.

Todo sonreia en su derredor.

Aguas, pájaros y flores se acariciaban, se entendian en su lenguaje, y entre perfumes, notas y murmullos se daban sus quejas, se contaban sus amores, formando esa epopeya que constituye la creacion entera.

Sola Angelina sufria.

Sola ella no tomaba parte en aquella especie de festin que daba la naturaleza.

De pronto la pareció escuchar un ligero rumor que gradualmente se iba aproximando.

Su corazon latió apresuradamente.

Sin saber por qué una emocion indefinible se apoderó de ella.

Y el rumor continuaba haciéndose más perceptible.

Y se asemejaba al paso de un caballo.

Angelina se incorporó.

Sus miradas se fijaron en aquel sitio.

Su corazon estaba pendiente de sus ojos.

Un grito ronco é inarticulado, uno de esos gritos para los que no hay explicacion posible brotó de sus labios.

En el claro del valle acababa de aparecer un hombre.

Era Berenguer.

De la misma manera que se le presentó la primera vez, la sorprendió ahora tambien.

Angelina quedó como petrificada.

Su emocion la hizo permanecer inmóvil.

Berenguer se aproximó á ella.

Una lágrima tembló entre los párpados de Angelina.

Pero aquella lágrima era la expresion de una felicidad inmensa.

Era toda la elocuencia de una pasion infinita, de un amor como el mundo no lo comprende, como el que sólo anima y embarga á ciertos seres privilegiados.

Los dos amantes no pudieron decirse una palabra.

Angelina cayó en los brazos de Berenguer, quien mirándose en sus ojos y sintiendo las palpitaciones del corazon de su amada permaneció algunos segundos en silencio.

En esas situaciones tan recargadas de sentimentalismo no hay palabras que

basten á expresar lo que se siente.

Los dos jóvenes se hallaban en una de esas situaciones.

Durante algunos instantes cuanto iban á expresar quedaba ahogado en sus gargantas.

Por fin, una palabra brotó de sus labios.

Esa palabra casi los dos á la vez la pronunciaron.

Era la formulacion elocuente de la dicha que disfrutaban.

—¡Cuánto he sufrido! exclamaron ambos.

Lo cual significaba que habian cesado de sufrir.

—¡Alma de mi alma! decia Berenguer. ¿Te has acordado de mí?

—Que yo te hiciera esa pregunta. . ¿pero tú? Mira, continuaba Angelina con acento tan dulce como el sonido de un arpa de cuerdas de oro pulsada por un ángel. Pregunta á estas flores que brotan por todas partes cuántas veces las he dicho: ¿qué hará él ahora? Pregúntale á esa agua que no sé de dónde viene ni á donde va el encargo que la hacia todos los dias. Interroga á las brisas y te contestarán por mí. Al despertar, tu imágen flotaba por el espacio. Durmiendo, soñaba contigo, y en el espejo de las aguas, en las caricias del aura, en el perfume de las flores, sólo á tí veian mis ojos. Ignoro qué manera tendrán de amar las mujeres de otros países. Yo no sé si es amor lo que siento; pero puedo decirte que léjos de tí no vivo; que me falta aire; que me ahogo, y que desfallezco como el pobre pajarillo cuando le privan de los campos y de la libertad que son su vida.

Berenguer escuchaba fascinado cuanto su amada le decia.

Se revelaban en su acento un cariño tan profundo y una pureza tan inmensa que su corazon se vivificaba bajo el casto aliento de la doncella.

—Tú sí que no te habrás acordado de mí.

—Eres injústa, Angelina, y los ángeles como tú no deben serlo nunca. Léjos de tí tampoco puedo vivir, tambien me falta espacio, porque el espacio nadie más que tú me lo presta. Por que si son tus ojos la lumbre en que se encierra mi corazon, faltándome tú falta el calor á mi existencia. ¿Que no me habré acordado dices? En medio del camino, primero, entre la blanca espuma que formaban las olas al ser cortadas por nuestros buques, tu imágen diáfana y trasparente aparecia ante mis ojos. En el campo de batalla, despues, yo te veia sin cesar sonriendo siempre y alentándome cuando el cansancio embargaba mis miembros, y tú eres la égida misteriosa que escudaba mi cuerpo en los momentos de peligro. ¿Me preguntas si me he olvidado de tí? Era necesario que la mente dejase de pensar y el corazon de sentir.

—¡Si vieras cuánto bien me hacen tus palabras!... ¡Resuenan de una manera tan nueva en mi corazon!...

—Nuestro amor fue sueño de un dia, pues apénas saboréabamos la embriaguez de nuestro cariño cuando nos vímos separados el uno del otro: era la

equivalencia de la muerte. Hemos padecido, pero el cielo se ha apiadado de nosotros y hoy volvemos á soñar de nuevo.

—Si esto es soñar, no despertemos nunca.

—¿Tanto me amais?

—No sé de qué manera expresártelo; creo que por mucho que te dijera siempre sería pálido y frio en comparacion de lo que siente mi pecho.

—Tienes razon, Angelina. Nunca los labios pueden expresar bastante esas sensaciones.

—¿Vamos á ver á mi padre?

—Cuando tú quieras. El pobre sufria tanto por mi padecimiento, que su alegría no tendrá límites al ver mi felicidad.

—Tienes razon; vamos á verle.

Los dos jóvenes cogidos de la mano se dirigieron hácia la casa de Angelina.

Y aspirando aquella atmósfera saturada de tantas bellezas, llegaron á la presencia de Antonio.

Conforme dijo Angelina, el anciano sintió una alegría infinita al ver al guerrero.

Amaba á su hija con delirio, y la alegría de esta era su dicha.

—Hijo mio, dijo á Berenguer, no sabes con cuánta impaciencia eres esperado. Ni un dia solo hemos cesado de pensar en tí y en todos ellos nuestras plegarias se alzaban al cielo para que te concediera su bendicion.

—¡Oh señor, cuánto tengo que agradeceros!

—¿Por qué? ¿No era ese nuestro deber? repuso Angelina.

—¡Qué noble eres y qué buena!

—Padre, decidle vos si yo me he acordado de él, dijo la jóven haciendo un gesto de infantil coquetería.

—No necesito que me lo digas, pues te creo, porque necesito creerte, y eres digna de ello.

—Tienes razon, contestó Antonio. Mi hija es digna de que la creas: yo la he acostumbrado á que nunca mientan sus labios. Una mentira suele costar cien crímenes; una verdad suele evitarlos.

Fue tan solemne el acento con que el anciano pronunció estas palabras, que Angelina y Berenguer le miraron sorprendidos.

El comprendió su sorpresa y les dijo:

—Hijos mios, algun dia quizá sepais lo que significan las palabras que acabo de pronunciar. Pero recordadlo siempre. Vale más crearse un enemigo por medio de una verdad que cien amigos por medio de una mentira.

—Teneis razon.

—Por eso aunque sea en contra suya, he querido que mi hija hable la verdad siempre. Si algun dia dejase de amarte te lo diria de la misma manera que te ha dicho que te amaba.

—¡Oh! pero eso no sucederá nunca, contestó precipitadamente Angelina.

Aquella precipitacion la pagó Berenguer con una de sus más tiernas miradas.

—Ahora, señor, quisiera pediros una gracia.

—¿Una gracia? exclamó el anciano. Habla: ¿qué quieres?

—Ya sabeis que yo amo á Angelina, y que la amo de una manera como sólo creo que se puede amar una vez en la vida. He tenido una madre que formó todas las delicias, toda la felicidad de mi padre: ¿querréis concederme que Angelina sea para mí lo que mi madre fue para mi padre?

—¡Dios mio! murmuró la jóven con una expresion indescribible.

El anciano fijó los ojos en su hija, y al cabo de algunos segundos contestó:

—Ella te responde por mí. Si te ama, si ha de ser feliz contigo, ¿por qué he de negarme á su dicha?

—¡Padre mio! y Angelina trémula, agitada y palpitante de emocion se arrojó á los brazos de su padre.

Aquella contestacion era la más elocuente que podia darse á la pregunta de Berenguer.

Este sacó entónces una sortija que llevaba encerrada en una bolsita de seda, y dijo:

—Esta fue la sortija que mi madre se puso el dia en que se casó. Es casi la única herencia que tengo de ella. ¿Quieres aceptarla?

Angelina nada pudo contestar.

Sus ojos se fijaron en el cielo con esa expresion con que los ángeles deben contemplar á Dios.

Despues, empañadas ligeramente sus pupilas por una lágrima, las fijó en Berenguer al par que le tendia su mano.

El guerrero cogió aquella mano blanca como el armiño: puso en ella la sortija, y depositó un ósculo respetuoso y puro como eran sus sentimientos.

El anciano los contemplaba enternecido.

Al ver la expresion de suprema ventura que se retrataba en aquellos dos semblantes, alzando sus brazos al cielo como implorando la bendicion del Sér Supremo para sus hijos, murmuró con acento lleno de emocion:

—¡Dios mio! tú que eres el padre de todas las felicidades, tú que ves hasta lo más escondido del corazon, hazlos felices si les juzgas dignos de serlo.

CAPÍTULO XXIV.

Una escena de distinto género que la anterior.

I.

Necesario nos es abandonar, siquiera sea por breves momentos, á los amigos que tenemos en Bizancio, y trasladarnos á Cicico donde debemos presenciar una escena diametralmente opuesta á la que hemos presenciado en el valle.

Nuestros lectores recordarán que Karïna esperaba la llegada de Brieno, el hijo del príncipe George, general de los alanos.

En el mismo buque que condujo á la esposa de Roger y á los caballeros enviados á Constantinopla, venía tambien un emisario discreto y leal que el príncipe mandaba á su hijo para enterarle de la conducta que debia seguir á fin de obtener el resultado que se proponia.

Este emisario tambien llevaba instrucciones para que le diese á conocer á Karïna como al agente más activo á cuyos consejos le prevenia que se atuviese en aquellas circunstancias.

De suerte, que al par que Brieno recibia noticias por medio de Paolo de la llegada de la jóven, sabía ya para qué y cómo iba esta á Cicico.

Brieno habia heredado de su padre la misma ambicion y el mismo orgullo, poseyendo ademas todos los vicios propios de una córte tan corrompida como entónces lo estaba la de Andrónico.

Como ambicioso, aborrecia cuanto se oponia á su ambicion.

Como cobarde y bajo, menospreciaba todo lo que era noble y leal, y tenia envidia del valor que nunca poseeria, y de los laureles que otros ceñian, los cuales jamas ornarian su frente.

Su figura era hermosa y varonil.

Era la belleza típica de la raza griega.

Pero jamas bajo un rostro tan expresivo y simpático se ocultó un corazon tan hipócrita y cobarde.

Deseando ver particularmente á la griega, á quien conocia ya de Constantinopla, se vistió sus mejores galas, se perfumó con los aromas más exquisitos, y considerando segura una conquista respecto á la cual no tenia probabilidad alguna, se dirigió á casa de la jóven.

II.

Karïna le esperaba con impaciencia.

Para ella era muy importante aquella entrevista.

En Zacaroüs habia encontrado el medio de concitar al pueblo contra los catalanes.

En Brieno podia encontrar el recurso para provocar una excision entre las tropas.

Así es que esperaba con afan la presencia de aquel hombre.

Llegó por fin, y al penetrar en la estancia cerró con un estudio perfecto los ojos y se detuvo casi en la puerta, al par que murmuraba:

—No en balde me dijeron que erais un sol. Apénas os he visto, he quedado deslumbrado.

—Y yo observo, repuso Karïna, que entre las muchas cosas que el hijo ha heredado del padre se cuenta la galantería. Aproximáos y sentáos cerca de mí, si gustais.

—Sería indigno de manejar el arma de los guerreros si rehusara la dicha que me proponeis; y francamente, os aseguro que teniendo tan pocos momentos de ventura en la vida no debemos tratar de evitarlos.

—Si la mayor parte de las palabras que los hombres dicen fueran verdad, el mundo estaria completamente lleno de estas, contestó Karïna sonriéndose.

—Me ofendeis...

—No lo creais. No hago mas que expresaros con franqueza mi opinion.

—Pero es una opinion que me confunde con la generalidad.

—Casualmente vos teneis la culpa.

—¿Yo?

—Sí, vos: principiais hablándome de la manera que la generalidad habla.

—En ese caso, señora, no creo que sea mia la culpa, sino vuestra.

—No os comprendo.

—Si la generalidad os habla así es porque la generalidad os juzga hermosa, y como á una mujer hermosa no puede hablársela mas que diciéndola que lo es, de aquí que yo me haya confundido tambien con la generalidad.

—Veo que sabeis jugar con las palabras.

—Y yo veo que al decirme mi padre que tuviese cuidado con quedarme ciego, tenia razon.

—Si tanto lo temeis hablarémos de una habitacion á otra ó por medio de mensajero si os place.

—¡Oh señora! ese remedio sería peor cien veces que la misma enfermedad.

—Pues...

—Me resigno á cegar.

—Habeis recibido noticias de vuestro padre, segun lo que he oido.

—Sí, señora.

—Y ¿os hablaba de mí?

—Ya lo escuchasteis. Me decia que llegaba solo á Cicico; que el astro más bello de la córte de Andrónico iba á destellar sus luces sobre esta poblacion. Me decia que me pusiera á vuestras órdenes, aunque era excusado prevenirme semejante cosa: os he visto y me inclino ante vos como el esclavo ante su dueño.

III.

Karïna quedó algunos momentos pensativa.

En aquella mujer en quien todo era cálculo y estudio, tales momentos de tregua la significaban mucho.

Conocia el poder que tenian sus encantos y queria dejar á Brieno que durante algunos segundos pudiese con entera libertad admirarla para impresionarle mucho más.

Karïna poseia un conocimiento especial de los hombres con quienes trataba.

Sabía hablar á cada uno en su idioma y sacar de él todo el partido posible.

Cuando creyó que Brieno la habia admirado bastante, alzó los ojos y fué á posarlos en el rostro del jóven.

Y brillaron de tal modo sus pupilas, fue tan vívida y tan expresiva la mirada que destellaron, que el jóven bajó los suyos ante la fúlgida irradiacion de los de la griega.

—¡Oh señora, murmuró, qué cruel sois!

—¿Yo cruel? No comprendo en qué os fundais.

—Mirais de un modo que arrebatais la calma, que matais el corazon, que le haceis á uno que palidezca y experimente lo que hasta ahora no sintió jamas.

—Vamos, vamos, Brieno, dejémonos ahora de galanterías, que demasiado sabeis que es otra la mision que debemos cumplir.

—Estando á vuestro lado no creo que pueda decírseos otra cosa más que el amor que inspirais.

—Ya comprenderéis que hablando como he hablado con vuestro padre y llevando entre manos el proyecto que supongo no ignoraréis, habrémos hablado más de negocios que de amor.

—¿Creeis, señora, que exista punto de comparacion entre mi padre y yo? ¿Podeis comparar la fria ceniza de los años con la sangre bullente y encendida de la juventud?

—En ese caso, repuso Karïna con frialdad, regresaré nuevamente á Bizancio, diré á vuestro padre que no nos hemos podido entender. Nombre á otra persona de más cabeza que corazon, y únicamente de este modo podrá realizarse nuestro plan.

—Pues bien, señora, repuso Brieno haciendo un esfuerzo perfectamente fingido. No os alejeis de mí y trataré de tener cuanta reflexion querais.

—Lo verémos.

—Aunque á la fuerza, intentaré demostraros que se puede tratar conmigo de negocios.

—Yo sabía demasiado que al confiaros vuestro padre una mision estaba persuadido que se podia contar con vos.

—Ya lo veréis.

—El mensajero del príncipe supongo que os habrá enterado ya...

—Creo que se trata de cortar las alas á la ambicion de Roger. ¿No es cierto?

—Justamente.

—¡Cuánto deseo castigar la soberbia de esos hombres que han llegado aquí y se creen reyes! Principian protegiéndonos, y sin embargo...

—Acabarán por dominarnos.

—¿Qué quereis decir, señora?

Y Brieno fijó los ojos en Karïna con una expresion de asombro indefinible.

IV.

La jóven le contempló algunos segundos en silencio hasta que por fin le dijo:

—Vos no conoceis á Roger.

—A mí desde luego me ha parecido adivinar que ocultaba algun proyecto bajo esa aparente forma de proteccion con que se nos ha presentado.

—Roger tiene mucha ambicion.

—Lo comprendo.

—Roger ha soñado con un trono y...

—¿Supondriais...

—Que ha venido á Grecia á buscarlo.

—¡Señora, es imposible!

—Yo no hablo por conjeturas, sino por convencimiento.

—Es que los griegos no consentirán...

—Necesario es que os convenzais, Brieno, de que por desgracia los ocho mil hombres que acompañan á Roger aniquilarán primero á los turcos y despues á vosotros.

—En poco teneis nuestro ejército, repuso el alano un tanto ofendido.

—Le tengo en lo que debo tenerle: juntariais en Grecia dos mil hombres determinados que preferirian morir á ser esclavos; mas el resto se desbandaria ante las azconas de los terribles almogávares.

—Pero dos mil hombres podrian hacer...

—Nada delante de esos ocho mil leones.

—Entónces nuestro porvenir...

—Es permanecer como estais si sabeis hacer lo que os conviene.

—Explicáos, señora.

Karïna volvió á detenerse.

La ansiedad se retrataba en el rostro de Brieno.

Karïna deseaba prolongarla.

—Vamos, señora, decidme de qué medio podemos valernos para...

—Procediendo con mucha cautela.

—Explicáos.

—Vuestro padre ¿qué os ha dicho respecto á mí?

—Que me pusiera completamente á vuestras órdenes.

—Y ¿estais dispuesto á hacerlo?

—Antes de conoceros lo hacia por complacer á mi padre; ahora lo hago por vos misma, porque al veros es completamente imposible no ser vuestro esclavo.

V.

Karïna no se dió por entendida al escuchar aquella galantería y le dijo:

—Es necesario que exciteis un poco á vuestros soldados contra los catalanes; pero sin hostigarles mucho.

—¿Para qué?

—Para que en un dia dado haya una especie de motin entre los unos y los otros, corra alguna sangre, queden algunos cadáveres tendidos por las calles, y el pueblo poco á poco irá mirando con horror á una gente que en vez de darle la paz y la tranquilidad sólo les ha traido desórdenes y disgustos.

—Comprendo.

—Despues ya encontrarémos un medio para que los catalanes se esparzan en varias poblaciones, y entónces fácilmente en un dia fijo se les coge desprevenidos, y principiando por la cabeza...

—¡Oh, señora! sois una mujer admirable.

—No deseo sino que cumplais con el encargo que os doy, y creo que puedo responderos del éxito.

—Dios lo quiera.

Y aun siguieron hablando durante algun tiempo, en el cual Brieno prodigó á Karïna las infinitas galanterías que constantemente vagaban por sus labios, y de las cuales la juventud usaba del modo que más le convenia.

CAPÍTULO XXV.

Encuentros providenciales.

I.

Nuestros lectores recordarán á Ferriz de Ayerbe, el amigo de Alejo, al cual contó la víspera de su partida de Bizancio el motivo de su tristeza.

Los dos jóvenes hicieron lo mismo que todos sus compañeros en la primera jornada que se hallaron con los musulmanes.

Se batieron como héroes y el mismo Roger los felicitó por ello.

Cuando llegó el caso de fijarse la permanencia del ejército expedicionario en Cicico, Ferriz de Ayerbe, que como ya sabemos estaba enamorado de la hermana de Alejo, obtuvo permiso para pasar á Bizancio.

Alejo no quiso que su amigo fuera á vivir á otra parte mas que á su casa.

El jóven griego se encontró con una gran novedad.

Su padre que, como ya indicámos, ejercia en nombre del emperador el gobierno de una provincia bastante lejana de la metrópoli, habia ido á Constantinopla á pasar algunos dias al lado de su familia.

Ferriz entró en casa de su amigo, y Sofía, que así se llamaba la hermana de Alejo, al par que abrazaba á su hermano fijaba una mirada harto elocuente en el rostro de su amante.

El jóven aragones devoró con la vista la belleza de la jóven que resplandecia doblemente por la emocion que experimentaba.

Alejo comprendió que los dos amantes necesitaban estar solos.

En su presencia no podian entregarse á la dulce expansion tan natural en los que se aman cuando no se han visto durante algunos dias en los cuales se ha corrido algun peligro inminente de no volverse á ver.

Así fue que con el pretexto de ir á buscar á su padre abandonó la habitacion.

II.

Una vez solos, los dos jóvenes se contemplaron de esa manera ávida y ansiosa, señal inequívoca de los deseos que uno y otro tienen de verse juntos.

Pero al par que la mirada de Sofía era una de esas miradas francas y expre-

sivas, una de esas miradas que resplandecen con una alegría inmensa y al traves de las cuales se trasparenta el corazon, la de su amante era triste y preocupada, era una de esas miradas en las cuales se revela desde luego que el dolor está luchando con el placer.

—Díme, Ferriz, advirtió la jóven algunos momentos despues, ¿qué es lo que te sucede? No estás alegre. ¿Acaso te disgusta mi amor?

—¿Qué quieres decir?

—Desde que te he visto nunca he podido mirar tu rostro despejado de esa nube de tristeza que lo empaña.

—Ya sabe tu hermano la causa de ello.

—Y ¿por qué no me la has de confiar á mí?

—Si te la dijera te afectarias tambien, y vale más que suframos uno, que no que sufriéramos los dos.

—Bien veo que no me quieres, murmuró Sofía con un acento que tenia algo de despecho.

—No sé en qué te fundas.

—Si me amaras no vacilarias un momento en confiar á mi corazon todos los pesares del tuyo: el amor es la confianza, es la existencia de dos almas fundidas en una sola, y siendo así, natural es que ambos gocen con los mismos placeres y sufran con los mismos pesares.

—Hay cierta clase de pesares que están excluidos de esa confianza que exige el amor: créeme, Sofía, tanto te amo que he venido resuelto á pedir tu mano.

—¡Dios mio! murmuró la jóven con una expresion de felicidad indescribible.

—Ya ves que no es falta de cariño lo que yo siento.

—No puedo comprender entónces por qué esa reserva; estando próximo á ser tu esposa tengo más derecho todavía á participar de tus dolores que siendo sólo tu novia; y te aseguro que me lastima extraordinariamente que, segun tú mismo dices, hayas sido más expansivo con el amigo que con la mujer á quien has robado el corazon y que será tu esposa dentro de poco segun has manifestado.

III.

Ferriz comprendió que Sofía tenia razon.

Si algun dia tenia que confiarla aquella historia que conocen nuestros lectores ya, ¿para qué demorarlo? Con esto su corazon oprimido durante tantos años bajo el peso de aquel dolor se desahogaria algun tanto.

Por consiguiente concluyó por acceder á su exigencia.

Nada la ocultó.

Contó aquella historia con todos sus pormenores conforme nosotros la hemos escuchado cuando se la referia á Alejo.

De igual suerte que su hermano, Sofía se sorprendió al escuchar uno de los detalles de aquella historia.

Este fue el que se referia á la señal que tenia el hombre que de una manera tan inícua se atrevió á calumniar á su madre.

Pero lo mismo que con el hermano le aconteció con la hermana.

Preocupado tal vez por lo que estaba refiriendo no reparó en aquella turbacion; no se cuidó de formar ninguna conjetura cuando la jóven al oir el nombre del personaje exclamó:

—Se llama Martin como mi padre.

En nada de esto reparó el jóven; estaba tan preocupado que nada era capaz de distraerle.

Cuando terminó su relato, le dijo la jóven:

—No comprendes ahora que tu corazon está mucho más tranquilo, no comprendes que confiando los pesares á otra persona el dolor se alivia, y hasta parece que se respira con mayor libertad. ¡Oh! si al confiar á mi hermano la historia de tus dolores me la hubieses confiado á mí tambien, estoy segura que no padecieras tanto como has padecido.

—Pero en cambio esa parte de mi sufrimiento que se ha escapado de mi corazon ha venido á aumentar tus penas.

—Y ¿no es acaso un deber el que yo tengo de padecer con tus mismos dolores? ¿No gozaria yo con tu alegría? Pues ¿por qué no he de llorar tambien con tus penas?

—¡Qué buena eres!

—No soy mas que una mujer que te quiere.

IV.

En aquel momento la puerta de la estancia se abrió y dos nuevos personajes aparecieron en ella.

Eran Alejo y su padre.

Ferriz fijó su vista en aquel hombre y una palidez extraordinaria cubrió su rostro.

Era un anciano de mirada dura, y en las líneas de su fisonomía se leia algo siniestro que causaba repulsion.

—Amigo mio, le dijo Alejo, este es mi padre; le he hablado de tí y te querrá como á un hijo; como nos quiere á nosotros.

Ferriz nada podia decir; sus ojos se fijaban de un modo terrible en el lunar de blancos cabellos que se destacaban en la cabeza del padre de Sofía.

La jóven miraba á su amante, y con esa especie de doble vista, con ese instinto de adivinacion que sólo poseen las mujeres, comprendió lo que pasaba en el corazon de Ferriz, y palideció de la misma manera que él habia palidecido.

FERRICH.

El padre de Sofía se aproximó á él y le dijo:

—Alejo me ha dicho quién sois; amais á mi hija y ella os corresponde; nada tengo que oponer: esta casa es vuestra, y desde hoy perteneceis á nuestra familia.

Y tendió su mano á Ferriz. La de este abrasaba como un hierro candente, sin que pudiera decir palabra alguna ni hacer mas que una reverencia bastante torpe.

El padre de Sofía sonrió afectuosamente á su hija, y dejó solos á los tres jóvenes.

Entónces Ferriz estrechando con fuerza la mano de su amigo exclamó con un acento que manifestaba su dolor profundo:

—¡Qué desgraciado soy!

—¿Qué quieres decir? preguntó Alejo.

—¿No lo comprendes, hermano mio? gritó Sofía arrojándose en los brazos de su hermano y sollozando amargamente. El hombre que calumnió á su madre es nuestro padre.

—¡Misericordia de Dios! dijo Alejo apretando convulsivamente á su hermana contra su corazon.

Ferriz pálido, letal y sombrío se aproximó á su amigo, cogió su mano entre las suyas y la llevó á su corazon.

Despues fijó una mirada indefinible en su amada, y haciendo un esfuerzo supremo abandonó presa de un dolor horrible aquella casa donde al ir á buscar la vida se encontraba con la muerte.

CAPÍTULO XXVI.

Amores de almogávar.

I.

Ferrich Carlés era uno de los más bravos almogávares que iban en la hueste catalana.

Verdadero hijo de las montañas, su estatura era hercúlea y sus formas perfectamente desarrolladas resaltaban mucho más con el caprichoso y ligero traje que vestia.

Desnuda la pierna, su curtida piel casi se asemejaba á las correas que oprimian el ligero botin de cuero que en parte la cubria.

El coleto que llevaba de cuero tambien se ceñia perfectamente á su airoso talle, y el bacinete de hierro al caer sobre su cabeza dejaba escapar algunos mechones de cabellos castaños que contribuian á embellecer en parte lo varonil de su semblante.

Negros sus ojos, poblada y espesa su barba y respirando todo su rostro el valor, la lealtad y la honradez, Ferrich era uno de los más apuestos y aguerridos almogávares.

Nadie como él sabía templar un arco para dar mejor direccion á la ballesta.

Sus azconas hábilmente disparadas encontraban siempre el corazon de la fiera que trataba de cazar.

Pasó á Sicilia poco ántes de la guerra de don Jaime con su hermano, y principió á guerrear dando pruebas de un valor superior á todo encomio.

II.

Un dia estaban los catalanes al mando de don Blasco de Alagon encerrados en una poblacion de Sicilia.

Los franceses tenian asediada la plaza en términos que se hallaba á punto de rendirse.

Hicieron algunas salidas desesperadas pero sin poder conseguir en ninguna de ellas romper el círculo de hierro que los rodeaba.

Don Blasco habia reunido un consejo de oficiales y adalides, y en él se demostró la poca esperanza en la resistencia.

Dos baterías francesas perfectamente situadas hacian un daño considerable con sus bombardas tanto en la fortificacion como en las tropas catalanas.

Aquellas baterías eran el peor enemigo de nuestros valientes.

Don Blasco reunió su gente, les manifestó la situacion en que se hallaban y les pidió su parecer.

El ejército desanimado ya veia las pocas probabilidades que tenia de éxito, y casi votaba por la rendicion, y aun algunos hablaron en este sentido.

De pronto, del círculo de los oficiales se adelantó uno hasta don Blasco diciéndole:

—¿Qué es lo que más daño está causando en nuestras obras de defensa como en nuestra gente?

—Me extraña vuestra pregunta, Roger, contestó el general; demasiado sabeis que las bombardas enemigas nos causan pérdidas de consideracion.

—Pues bien, destruyendo esas baterías conseguiríamos un gran triunfo.

—Desde luego.

—Yo me comprometo á destruirlas.

Un murmullo de asombro y de incredulidad se levantó de la asamblea.

El mismo don Blasco contemplando al jóven con sorpresa le dijo:

—¿Estais en vos? ¿sabeis lo que significa una cosa así? Privarnos infructuosamente de una parte de nuestro ejército que pereceria en tan inútil demanda.

—Dispensadme, general; pero estais equivocado: no trato de comprometer una parte del ejército; con diez hombres decididos me propongo hacer lo que os he dicho.

—Imposible.

—Diez soldados y un oficial ménos nada significan; dadme el permiso que deseo, y os juro que se salvará el paso que ahora impiden las baterías francesas.

—Pero...

—¿Poneis en duda el valor de nuestros soldados?

—Les aprecio demasiado para exponerlos á que mueran sin resultado alguno.

—Vuelvo á deciros que si sucumben habrán llenado ántes su mision.

Era tan resuelto el acento de Roger, que don Blasco no pudo ménos de abrigar alguna confianza, y por otra parte como el jóven dijo muy bien, ¿qué importaba la vida de diez hombres si con aquel sacrificio podia salvarse el resto de la hueste?

Lo meditó con alguna detencion, y por fin dió á Roger el permiso para que eligiese los diez hombres que debian acompañarle.

Entonces Roger se dirigió á los almogávares.

El primero que salió de sus filas fué Ferrich Carlés.

Completo el número, Roger dijo á don Blasco que tuviera prevenidas sus tropas y se lanzase sobre el campo enemigo en el momento que oyera una detonacion precursora de un incendio.

El general abrazó cariñosamente al jóven dándole un á Dios postrero, pues creia de buena fe que era imposible salir bien la empresa.

Don Blasco aceptaba aquel albur deduciendo que para ganar contaba de cien probabilidades noventa y nueve en contra.

Cerrada completamente la noche, nuestros once aventureros salieron de la ciudad.

Siete horas de mortal angustia trascurrieron sin que los sitiados vieran la señal que esperaban.

Al cabo de ellas una detonacion espantosa hizo estremecer en sus cimientos toda la poblacion.

Las dos baterías quedaron clavadas, y el incendio devoró el parque de los franceses.

Como Roger previniera, los catalanes se aprovecharon del pánico que produjo tan atrevida y heróica empresa, y lanzándose sobre los enemigos consiguieron romper el círculo que durante tanto tiempo les tenia estrechados.

De los once valientes solos dos se reunieron al ejército.

Eran Roger y Ferrich.

III.

Desde aquel dia el almogávar se unió á Roger en tales términos que parecia su sombra.

Lo queria con tanto delirio, que por él diera cien veces la vida.

Tal era Ferrich Carlés, con el cual en el curso de nuestra obra tendrémos ocasion de trabar más cumplido conocimiento.

IV.

A corta distancia de Cicico y al pié de una colina se levantaba un edificio de particular aspecto si bien de regulares proporciones: era un kan, especie de meson, aunque con las condiciones de local y época como deben suponer nuestros lectores.

Maese Petrus, que asi se llamaba el hostalero, era un sér indefinible.

No podemos significar á punto fijo su edad, asi como nos encontraríamos bastante apretados para decir cuál era su patria.

Hablaba el catalan con los catalanes de la misma manera que el griego y el árabe.

El italiano y el frances los poseia á las mil maravillas, y daba pormenores de Siracusa, del Cairo, de Francia y Castilla como si conociera prácticamente las distintas poblaciones á que se referia.

Pero todo eso no obsta para que maese Petrus fuese un truhan muy redomado que sacaba á los viajeros sus zequíes de buena ley en cambio de las viandas que les ofrecia.

Maese Petrus poseia un reclamo al cual en ninguna época los hijos de Adan han permanecido sordos.

Este reclamo era Kilda.

V.

La jóven pasaba por sobrina del hostalero y reunia en su rostro una de las perfecciones que caracterizan á las distintas naciones del globo.

La pureza de contorno era típicamente griega.

Sus ojos tenian la encantadora voluptuosidad y la brillante irradiacion que caracteriza á las hijas de Italia.

La volubilidad de sus facciones, las distintas expresiones que tomaban á cada momento la hacian aparecer como una francesa, y la majestad y altivez que en momentos dados tomaba, la desdeñosa expresion de sus labios daguerreotipaban hasta cierto punto á la mujer de pura raza castellana.

Su pié era árabe, su mano sin duda la realizacion del sueño de algun artista, y en resúmen, Kïlda con aquellos detalles tan encantadores formaba un conjunto atrevido, incitante y robusto, capaz de hacer palidecer de amor y deseos al más austero cenobita.

Ferrich, que nada de tal tenia, fue de los almogávares que pasaron alojados al kan de maese Petrus.

Vió á su sobrina y no le pareció mal.

Ella vió al almogávar y le pareció bastante bien.

Y como dos impresiones semejantes se manifiestan con harta facilidad, Hildeboro, soldado masageta que amaba á Kïlda, se apercibió de algo que le hizo fruncir las cejas, y desde entónces no miró con muy buenos ojos á Ferrich.

Kïlda tenia razon en preferir al almogávar.

Este era guapo, robusto, valiente, atrevido; la galanteaba de una manera algo brusca, pero las mujeres de aquellos tiempos no se preciaban tanto de la forma como las de hoy.

Hildeboro al contrario era débil, bastante feo y no poco cobarde.

Por lo tanto no era dudosa la eleccion.

Kïlda queria tener novio: esa es una debilidad que las mujeres de todas las épocas han tenido. Hildeboro se le presentó en aquel momento, y le aceptó. Pero más tarde conoció á Ferrich, principió á hacer comparaciones, y entre el amante positivo y el amante en embrion prefirió al almogávar.

En el momento que nosotros penetramos en el kan hallarémos á Kïlda sentada en el comedor cosiéndose una saya de liño que la ha regalado su tio, miéntras el masageta Hildeboro mide repetidas veces y con contados pasos lo largo de la habitacion.

Lo contraido del semblante del jóven y la indiferencia que se nota en el de Kïlda revelan que entre ambos ha mediado una escena algo fuerte.

VI.

De pronto se detuvo el griego, fijó una mirada colérica en la jóven y la dijo:

—Con que ¿ya no me quieres?

Kïlda siguió cosiendo con la mayor impasibilidad.

—¿No me has oido? repitió el griego dando un paso hácia ella.

—¡Ah! ¿todavía estabais ahí? exclamó la jóven alzando la cabeza.

—¡Ingrata! ¿Tan indiferente te soy que ni siquiera adviertes que estoy á tu lado?

—¿Volvemos otra vez á lo de ántes? repuso Kïlda tornando á ocuparse de su labor.

—Con que es decir, ¿que ese miserable almogávar te ha hecho perder el juicio?

—Kïlda no pierde el juicio por ningun hombre, contestó la jóven con altivez. Os he dicho que queria á Ferrich y que por lo tanto no podia amaros.

—Perdóname, Kïlda; pero yo te quiero como un insensato.

—Y yo siento no poderte querer lo mismo.

—Reflexiona que los catalanes son crueles: esa gente ha venido con torcidas intenciones á nuestro país y no piensan mas que en la seduccion y en la deshonra, y no sabes lo que una mujer puede perder tratando con tales hombres.

—¡Eh! basta, contestó Kïlda alzándose de su asiento y fijando en el griego una mirada altanera. Al deciros que amaba á Ferrich no os he dado el derecho de que le insulteis ¿lo ois? Y por cierto que no lo hariais si él se encontrase aquí.

—¿Por qué no?

—Porque le teneis miedo, porque vosotros que tanto hablais de los catalanes no habeis sido capaces ninguno de hacer lo que ellos han hecho. Porque tras de que os han venido á favorecer, los motejais, y...

—¡Kïlda! no defiendas á ese hombre en mi presencia, repuso el masageta irritado por las palabras de la jóven.

—¿Por qué no le he de defender? Yo le amo y de la misma manera que él me defenderia si tú y otros como tú me ultrajasen, yo debo tambien defenderle. Eso es lo que haceis vosotros; hablais detras de ellos porque no os oyen; si estuviera delante, inclinarias la vista vergonzosamente y te alejarias de su lado.

—¡Calla, Kïlda! no excites mi cólera, porque si no...

Y al par que decia estas palabras, Hildeboro dió un paso con ademan amenazador hácia la jóven.

Pero esta le midió de alto abajo con una ojeada de tan insultante desden que el griego no pudo ménos de inmutarse.

—Hé ahí vuestras hazañas... Amenazais á las mujeres porque no os atreveis á amenazar á un hombre.

—Lo mismo á tí que á él, juro que os haré pedazos.

Y tiró de la espada lanzándose hácia ella.

En aquel momento una mano que parecia de hierro se agarró á su cuello, y desviándolo violentamente lo hizo caer á algunos pasos de distancia al mismo tiempo que una voz harto conocida gritaba llena de cólera:

—¡Juro á Dios, señor villano, que si tan valiente sois ya podemos principiar!

Aquella mano pertenecia á un cuerpo tan robusto como el de un hércules.

Aquel cuerpo era el de Ferrich Carlés que entraba en el kan al tiempo que Hildeboro pronunciaba las palabras que ya han oido nuestros lectores.

—¡Ferrich! gritó la jóven dirigiéndose al almogávar.

—¿Qué es eso, paloma? ¿Qué te ha hecho ese bribon? ¡Por mi santa patrona que le voy á poner el cuerpo más negro que el cuero de mis polainas!

—Déjale, repuso Kïlda. Demasiado castigo tiene.

—Si tú lo quieres, mi reina, yo te juro que quedarás contenta; pero mira que no me tiente mucho la paciencia, porque ¡voto á!... que si lo vuelvo á pillar será la última vez que te mire. ¿Lo ois, tunante? Vamos, vamos, alzad y fuera de aquí.

Hildeboro no estaba muy dispuesto á obedecer á Ferrich.

El violento empujon que recibió del almogávar le habia ocasionado algunas contusiones que entorpecian sus miembros.

La cólera ahogaba las palabras en su garganta, y un temor extraordinario se apoderaba de él al contemplar lo vigoroso de las formas de su antagonista, comparándolas con las suyas.

—¿No oisteis? que os marcheis; volvió á decirle Ferrich.

Tal era la vibracion de su acento, que el griego comprendió que á todo trance debia salir de allí.

Así, pues, arrastrando y á costa de esfuerzos inauditos consiguió llegar hasta la puerta, donde se incorporó, y arrojando una mirada implacable sobre el almogávar, dirigióse con paso lento y perezoso hácia la poblacion.

Kïlda pudo sorprender aquella mirada, y dijo llena de terror:

—¡Ay, Ferrich! ese hombre es un miserable; temo por tí.

—¡Bah! repuso Ferrich con indiferencia; de peores fieras me he librado.

CAPÍTULO XXVII.

En Constantinopla y en Cicico.

I.

Hildeboro salió furioso de la casa de Kïlda.

Las palabras y la accion de Ferrich eran de aquellas que no podria olvidar nunca.

Para un corazon cobarde y vengativo como el suyo, aquella escena tenia que ejercer una influencia extraordinaria en lo venidero.

Una rabia inmensa, un deseo de venganza suprema se apoderó de él.

—¡Miserable de mí! gritaba el masageta dándose furiosos golpes en el semblante; he dejado que me ponga la mano encima, y ¿no he tenido valor para hundirle mi cuchillo hasta el fondo de su pecho? ¡Oh! yo le juro que no ha de gozarse mucho tiempo con la satisfaccion del ultraje. Mi venganza ha de sorprenderle en la mitad de su camino, y mi venganza será horrible: mi venganza será tal que pueda satisfacerme de la injuria que recibí.

Y discurriendo de esta manera y exhortándose á sí mismo para lo sucesivo, iba caminando hácia Cicico, cuando de pronto sintió una voz que le llamaba.

Se detuvo, y dirigiendo los ojos hácia el otro lado del camino, vió á Zacaroüs, el dueño de la casa en que habitaba Karïna, que le estaba llamando.

II.

Acercósele, y el jorobado le dijo:

—¿Qué diablos tienes, hombre? Vas moviendo los brazos y haciendo contorsiones como si estuvieras azogado.

—No me digais nada, Zacaroüs; estoy furioso.

—Ya lo veo, repuso el viejecillo fijando en Hildeboro una mirada profunda y escrutadora. Ya veo que algo grave debe sucederte.

—No lo sabeis bien.

—Si no me lo cuentas...

—Ni quiero recordarlo.

—Vamos, ten calma y hablemos como dos buenos amigos: ya sabes que yo te quiero y que haré por tí cuanto esté de mi parte. ¿Qué te pasa?

—Soy un miserable; pero yo le aseguro que me vengaré.

—Ta, ta, ta ¿qué demonio quieren decir esas exclamaciones? Tú estás loco sin duda.

—Teneis razon; debo estarlo.

Y el masageta se puso á pasear dando vueltas al rededor de Zacaroüs que cada vez le contemplaba más asombrado, preguntándose á sí mismo de cuando en cuando:

—¿Qué tendrá este chico?

Por fin lo cogió de un brazo y le dijo:

—¡Eh! ¿qué haces? Vaya, vaya, acompáñame y beberás un vaso de víno de Siracusa y me contarás lo que te pasa.

Hildeboro nada le dijo y echó á andar al lado suyo.

De esta manera llegaron á Cicico, y penetrando en una especie de casa de bebida ó cantina, como diríamos hoy, pasaron á una habitacion interior, y sentándose delante de una mesa, preguntó el viejo:

—Con que vamos ¿qué es lo que te ha pasado?

—No me lo recordeis porque hierve toda mi sangre.

—Venias de casa de Kïlda ¿eh?

—¡Ingrata! olvidarme... despreciarme... pero yo la juro que ha de tener memoria de mí.

—¿Qué? ¿Se ha enamorado de alguno de nuestros huéspedes?

—Esos infames que han venido á robarnos nuestro oro y á arrebatarnos el cariño de nuestras mujeres.

III.

La mirada de Zacaroüs penetró como la hoja de un puñal en el corazon del griego.

Y leyó en él.

Quedaron patentes ante su vista los deseos de venganza que Hildeboro abrigaba y graduó que aquel hombre podria servirle perfectamente para sus planes.

En su consecuencia le dijo:

—Vaya, acaba de referírmelo, y ya verás como al fin y al cabo conseguirémos arreglarlo todo.

—¡Ay! Zacaroüs, ¡qué desgraciado soy!

—Cuenta y no te lamentes más. Los hombres no se lamentan nunca; si los han ofendido, se vengan.

—Teneis razon.

Entónces Hildeboro se puso á referir á Zacaroüs todo lo que ya saben nuestros lectores que aconteció en el kan de maese Petrus.

El jorobado escuchó con profunda atencion cuanto su amigo le refirió, y cuando hubo terminado le dijo:

—¡Oh! no me sorprende nada de eso: los catalanes tienen que llevar un castigo terrible porque han caido como un azote sobre nuestras tierras; hay que matarlos como perros, puesto que como á perros nos tratan.

—¿No es cierto que sí? gritó con exaltacion feroz el masageta. Nos recrearémos en su agonía de la misma manera que ellos se gozan haciéndonos daño. ¡Oh! yo os aseguro que me vengaré.

—¿Te sientes con fuerzas para contribuir á que la venganza sea general?

—No os comprendo.

—Tú quieres vengarte de Ferrich ¿no es cierto?

—Sí.

—Pues bien: hay otros que desean vengarse de los compañeros de Ferrich: ¿quieres unirte á ellos y así podrás asegurar mejor tu venganza?

—Sí, sí.

—Te advierto que se necesitan hombres valientes.

—Tendré valor. ¿Qué he de hacer?

—Aguardar las órdenes que te comunicaré. Yo te aseguro que pondré al tal Ferrich tan al alcance de tu mano que no tendrás mas que dirigir tu puñal hasta su corazon.

—¡Oh cuánto lo deseo!

—Pues bien; ahora lo único que tienes que hacer es excitar á tus compañeros contra los catalanes, pintarles lo que te ha sucedido, indicarles que tú sabes

que su objeto es el de un dia dado deshacerse de todos vosotros para apoderarse del botin que os corresponde á la primera campaña.

—¿Qué decis? ¿Será cierto?

—Sí; pero guárdate de ser imprudente y que algo de esto llegue á traslucirse, porque de suceder así, no solamente imposibilitarias tu venganza sino que sucumbierais tú y otros muchos inocentes ante la furia de esos miserables.

—¡Oh! descuidad.

—¿Harás lo que te he dicho?

—¿Que si lo haré? ¿No veis que estoy más interesado que vos, que me devora la sed de venganza?

—Bien, hijo mio; piensa así y trabaja, que Dios nos asistirá.

Y aun desocuparon algunos vasos de víno y hablaron largo tiempo, hasta que por fin Zacaroüs se separó de Hildeboro muy satisfecho por el resultado que preveia de su empresa.

IV.

Dos dias ántes de que estos sucesos tuvieran lugar ocurrió en Constantinopla la escena que nuestros lectores presenciaron en el capítulo XXV de nuestra obra, entre Sofía, Fernando Ferriz de Ayerbe, Alejo y el padre de ambos jóvenes.

Ya vímos la súbita desaparicion del jóven aragones, y cómo Sofía comprendió la causa de aquella desaparicion.

Fernando se dirigió apresuradamente hácia Cicico.

La atmósfera que se respiraba en Constantinopla le ahogaba.

Habia encontrado en el padre de la mujer que amaba aquel hombre á quien su corazon buscara por todas partes para saciar el deseo de venganza que la desgraciada vida de su madre habia excitado en él.

Todas sus ilusiones, toda su existencia quedaba mutilada.

Ya no cabia felicidad para él.

El mismo dia en que llegaba á Cicico era aquel en que segun hemos dicho en otro lugar el buen caballero don Fernando Gimenez Arenós abandonaba la hueste catalana, separándose del servicio del emperador Andrónico.

Fernando tenia grandes relaciones contraidas con Arenós, que precisamente fue de los primeros en deplorar los excesos cometidos por sus compañeros tanto en Cicico como en sus inmediaciones.

Así fue que, herido por la decepcion horrible que en su amor acababa de sufrir, se decidió á abandonar para siempre unos lugares donde solamente encontraria un dolor inmenso para su presente y una desesperacion infinita para su porvenir.

Por lo tanto se unió á Jimenez y salió de Cicico con las gentes que siguieron al buen caballero, segun le llaman los cronistas de su tiempo.

V.

Sofía quedó con el alma destrozada.

Amaba á Ferriz con su primero, con su único amor, y por lo tanto el descubrimiento del obstáculo tan insuperable que se alzaba entre los dos era para la pobre niña la pérdida total de su esperanza, la completa irrealizacion de sus sueños de ventura.

Su hermano comprendia su dolor.

Por otra parte, tambien veia claro que con un carácter como el de Ferriz, cuando se alejaba y renunciaba á la venganza del ofensor de su madre era porque amaba á Sofía tanto, que sobrepujaba á su venganza.

Y no podia dejar de querer á su amigo.

Y tampoco podia prescindir de que el hombre de quien aquel tenia tan justos motivos de sentimiento era su padre.

Y fluctuando entre tan distintos sentimientos pasó todo aquel dia.

Veia el dolor que se retrataba en el semblante de Sofía, é incitado por esto y por la misma afeccion que hácia el jóven sentia, se decidió por partir en su busca.

Pero Ferriz no se hallaba ya en Constantinopla.

Alejo se embarcó tambien y llegó á Cicico.

En el mar encontró las naves de Arenós; pero nunca pudo imaginarse que en aquellas naves fuése su hermano de armas.

Al saber esta nueva su dolor no tuvo límites.

Ya no quedaba esperanza para la pobre Sofía.

Entónces comprendió toda la inmensidad del abismo que entre ellos se habia abierto.

Y no sabía de qué manera participar á su hermano lo que ocurria.

Por fin se decidió por no decirle nada.

Su amistad y su cariño fraternal recibieron un golpe terrible.

Pero este golpe lo atenuaba algun tanto su amor.

Nuestros lectores recordarán que en el ataque del campamento de los turcos Alejo detenia su espada próxima á caer sobre la cabeza de un guerrero musulman al escuchar el acento penetrante y lastimero de una niña, bella como una hurí, que arrodillada ante sus plantas imploraba piedad para sus padres.

VI.

Aquel guerrero y aquella niña eran prisioneros de Alejo.

Y como en aquella época los prisioneros pertenecian de derecho á quien los

habia cogido, de aquí que Muza-Ebn-Aboó, que así se llamaba el musulman, y su hija Zulima y todas sus mujeres, así como todo cuanto les pertenecia, eran patrimonio del jóven.

Muza y su hija y el haren del islamita estaban en la misma casa que habitaba el griego.

Los bellos ojos de Zulima penetraron en el corazon del jóven.

La gallarda apostura y el indomable valor del nazareno impresionaron hondamente á la bella musulmana.

Pero ni uno ni otra dejaron que sus labios expresaran lo que sentian sus corazones.

Alejo y Ferriz partieron para Constantinopla y los prisioneros quedaron en Cicico.

Pero ni Alejo se pudo olvidar un momento de Zulima, ni esta dejó de pensar en aquel.

Y al volverse á ver ambos lo hicieron llenos de alegría.

La vista de Zulima descargó en parte el corazon de Alejo de la tristeza que le consumia.

El amor es el lenitivo que la Providencia ha dado al corazon humano para mitigar sus dolores.

Alejo contemplando la expresiva felicidad de la musulmana, sintió que su pecho se aliviaba y que una nueva era iba á principiar para él.

CAPÍTULO XXVIII.

Otro nuevo dolor.

I.

Los prisioneros de Alejo disfrutaban de una libertad omnímoda.

Muza recorria la ciudad, esperando con impaciencia que Alejo volviese de Constantinopla á fin de tratar con él acerca de su rescate.

Alejo fué á su casa y al pedir permiso á Zulima para saludarla, la encontró sola.

En aquella primera entrevista, de la cual ya hemos hablado, sus ojos expresaron más que sus labios, y ambos se separaron deseando volver á verse de nuevo.

Muza, cuando supo que Alejo habia llegado, solicitó inmediatamente verle.

El griego acudió á sus habitaciones, y el musulman al verle le dijo:

—El Dios único y omnipotente sea contigo, nazareno.

—He sabido que deseabas verme y aquí me tienes. ¿Qué me quieres?

—Bien sabe Allah que estoy muy agradecido á todo cuanto por nosotros has hecho; pero desde el pájaro hasta la flor, todos los seres de la creacion no han ansiado mas que una cosa, libertad. Nos tienes en tu casa como si fuésemos de tu familia, nada nos falta, y sin embargo todos languidecemos de pena.

—Eso es decir que quereis separaros de mí.

—Demasiado sé que somos tus prisioneros; por lo tanto, he deseado que volvieses de tu viaje para tratar contigo de nuestro rescate.

—Ya me tienes aquí.

—Pues bien, cristiano, ¿qué exiges por nuestra libertad?

—Si yo fuera algun soldado de fortuna os pediria riquezas y joyas; pero no lo soy. El dia que querais salir de Cicico decídmelo, y tendréis un buque á vuestra disposicion para que os conduzca donde os plazca. Libres sois.

—¿Que estás diciendo, cristiano?

—Que nada quiero por vuestro rescate.

—Allah solamente sabe lo escrito y lee en el corazon de los hombres, y él te dará la recompensa por tu generoso proceder. Yo te prometo que tampoco lo olvidaré nunca.

—Cumplo con mi deber, repuso modestamente Alejo, y por consiguiente no encuentro digna de elogio mi accion.

—Voy á participar á mi hija tu resolucion. Ella sabrá agradecerla lo mismo que su padre.

—Ya lo sabes. En el momento que quieras partir me lo avisas y tendrás cuanto deseas.

II.

Nuevamente el moro trató de expresar á Alejo todo el agradecimiento que sentia, y este procuró rehusar cuantas muestras de gratitud le tributaba el islamita.

Para él sólo existia un bien, una riqueza que le compensaba todo cuanto por ellos hacia.

Esta riqueza era Zulima.

Zulima que no se separaba un momento de su imaginacion, y á la que, á pesar de la creencia religiosa que les separaba, amaba cada vez más.

Al saber la jóven el proceder del guerrero solicitó de su padre permiso para verle.

Cuando lo hubo conseguido, hizo que pasaran recado á Alejo diciéndole que deseaba verle.

Como fácilmente se comprenderá, el jóven no se mostró rehacio para acudir á la entrevista.

Reclinada muellemente sobre los almohadones que circuian su habitacion, aspirando con delicia el fragante aroma que se exhalaba de los pebeteros colocados en los extremos del aposento, Zulima fijaba una mirada anhelante en la puerta.

Al alzarse el tapiz que la cubria y al aparecer Alejo en ella, las mejillas de la jóven se tiñeron de púrpura y sus ojos se inclinaron púdicamente hácia el suelo.

—Me han dicho que me llamabais, que deseabais verme; y como un deseo vuestro es un mandato para mí, aquí me teneis á vuestras órdenes.

Y Alejo al pronunciar esas palabras se inclinó respetuosamente.

III.

Con un acento tan suave como el murmullo del aura al acariciar los cedros del Líbano, le dijo la jóven:

—La esclava deseaba ver á su señor para darle las gracias por las mercedes que la concede.

—No comprendo vuestras palabras, esclava y señor. No creo que puedan referirse á vos ni á mí.

—Segun las leyes de la guerra nosotros éramos tus esclavos, tenias derecho á exigirnos un cuantioso rescate, y nada has hecho de esto.

—Yo no comercio nunca; vos deseabais alejaros de aquí, y ya estais complacida.

—Que yo deseaba alejarme... ¿Quién te lo ha dicho? repuso Zulima vivamente.

—¿No deseais alejaros de mi lado?

—Yo... no...

Y la musulmana agitada, ruborosa y palpitante, inclinó los ojos nuevamente por temor de que el fuego de su pecho no se trasparentase en sus miradas.

—¡Oh! bendito sea el cielo que me ha permitido escuchar de vuestros labios palabras tan consoladoras para mí. Repetidme otra vez que no deseais alejaros de mi lado.

—Y ¿por qué habia de desearlo? ¿Acaso tu proceder ha sido como el de tus compañeros? Ingrata fuera si no guardara en mi corazon un agradecimiento profundo por las mercedes que nos has dispensado.

—¿Nada más que agradecimiento? preguntó Alejo.

Otra vez volvió Zulima á ruborizarse, y reinaron entre ambos algunos momentos de silencio.

El griego comprendió que no le era del todo indiferente á la jóven, y aproximándose á ella la dijo con ese acento al cual presta la pasion doble atraccion.

—Quiero hablaros aunque la franqueza con que voy á hacerlo excite contra mí vuestra cólera. Desde el dia que os ví arrodillada suplicándome gracia para vuestro padre, vuestra imágen no se ha separado un momento de mí. Yo la he visto retratarse en mi corazon, y en medio de las afecciones más santas, entre todos los sentimientos más puros que yo guardaba en él, la he erigido un altar donde la adoraria como se adora á una santa. Yo os amo, Zulima; vuestra ausencia sin saber si me amais, hubiera sido mi muerte, porque la incertidumbre mata. Si no me amais no sé lo que podrá suceder; no quiero hablaros del pesar que esto me causaria, porque no deseo que la mujer que me ame lo haga por agradecimiento ó por compasion. Si acaso sentis algo por mí, si veis que en vuestro corazon hay una fibra que responda á la que está vibrando en el mio, decídmelo tambien: yo os juro que no cesaré un momento de amaros, y que llegará un dia en que nos unamos para no separarnos jamas.

IV.

Con extraordinaria agitacion escuchó Zulima las palabras de Alejo.

Aquellas palabras se infiltraron en su corazon, y los sentimientos que ella experimentaba se identificaban con ellas.

Alzó sus hermosos ojos, y una mirada húmeda, impregnada de esa dulce voluptuosidad que produce el placer, se irradió de ellos miéntras que con el rostro encendido y el labio trémulo le decia:

—Gracias, cristiano, gracias por ese amor que yo sentia tambien desde el momento en que te ví. Las mujeres de mi raza no hemos podido nunca disfrazar nuestros sentimientos. El profeta ha mandado á sus creyentes que digan la verdad en todo, y yo no he sabido mentir nunca. Mi corazon como las aguas de un lago no puede ocultar las impresiones que recibe. Yo tambien te amo.

—¡Oh! bendita seas, bendita seas tú que tan inmensa felicidad derramas en mi corazon.

Y se enlazaron las manos, y sus miradas se confundieron, y sus labios que se buscaban se encontraron sellando su union con un ósculo de amor tan puro como era pura la pasion que experimentaban.

Algunos momentos trascurrieron en ese silencio que sucede generalmente á las grandes crísis del alma.

Al cabo de ellos la jóven dijo:

—La hija de Muza-Ebn-Aboó no tiene mas que una palabra. Juro amarte siempre y no ser mas que tuya.

—¿Qué has dicho? esclamó con un acento indefinible Alejo. ¿Tu padre es Muza-Ebn-Aboó?

—Sí. ¿No lo sabias?

—¿Vuestra casa está en Behyrouth? volvió á preguntar Alejo con una entonacion cada vez más creciente.

—Sí.

—¿No es tu padre uno de los walies más queridos del sultan?

—Sí; pero ¿qué quieres decir?...

—¡Dios de Dios! gritó con dolorosa expresion el jóven. Zulima, nuestro amor está maldito, nuestra felicidad no puede realizarse nunca.

—¿Qué dices?

—Escucha. Yo tenia una hermana á quien no conocí. He oido decir que su alma no tenia igual, y que su hermosura sobrepujaba todavía á la belleza de su alma. Rodokina, que así se llamaba mi hermana, habia cumplido los diez y seis años, y su hermosura, saliendo del capullo de la infancia, se desarrollaba de una manera espléndida y lozana. Un dia llegó á Bizancio una embajada del sultan; sus más apuestos walies, sus *wazires* más sabios componian aquella embajada. Uno de los primeros sobretodo, que segun dicen llevaba la palma por lo apuesto y lo gentil, vió á mi hermana; su impuro corazon ardió en deseos de poseerla, y la pobre niña quedó fascinada ante el brillante cuadro que de su amor la describió aquel hombre. Cuando la embajada abandonó á Bizancio, mi hermana desapareció con ella. ¿Sabes tú quién fue su raptor? Tu padre. El mio ardiendo en cólera corrió tras él; se llegaron á encontrar en Behyrouth, pero tras su deshonra mi padre encontró dos heridas que lo pusieron á las puertas de la muerte, y cuando consiguió restablecerse, el wali Muza no estaba ya en la poblacion. Nada hemos vuelto á saber de mi hermana; entre tu padre y yo se levanta esa deshonra; entre tu padre y yo no cabe avenencia posible. ¿Comprendes ahora toda la desgracia que sobre nosotros se desploma? ¡Dios mio, Dios mio! prosiguió Alejo. ¿Para qué aproximais á mis labios la copa del placer si tan pronto la separais?

Y el jóven preso de una agitacion febril, pálido, desencajado y destrozado por el dolor, abandonó aquella estancia donde su corazon acababa de sufrir un golpe tan terrible.

V.

Zulima le escuchó de una manera anhelante, y cuando concluyó, cuando comprendió toda la inmensidad de aquel abismo que entre ellos se abria, una lágrima tembló entre sus párpados; y alzando entrambos brazos al cielo exclamó con

un acento que demostraba bien claro lo amargo de su pesar:

—¡Poderoso Allah! derrama una mirada protectora sobre la más desgraciada de tus creyentes.

CAPÍTULO XXIX.

Dos enemigos de Roger.

I.

Miéntras que en Cicico tenian lugar los hechos que acabamos de referir, en el palacio del emperador Andrónico iban cada dia ganando terreno los enemigos de Roger.

Se habian desenmascarado completamente, y Miguel y George, el príncipe de los alanos, estaban á la cabeza del partido hostil á los catalanes.

Todas las demasías cometidas por los expedicionarios eran comentadas en Constantinopla, y tan repetidas quejas debia necesariamente llegar un dia en que hiciesen su efecto en el ánimo del emperador, por más que este se hallase muy dispuesto en favor de los catalanes.

Karïna que no cesaba de excitar á los enemigos del valiente caudillo y que tenia adelantado mucho para su perdicion, comunicaba sin cesar á Constantinopla todas aquellas noticias que de una ó de otra manera pudieran interesar y servir á sus proyectos.

Un dia se presentó Miguel en las habitaciones de su padre.

Su semblante iba cubierto con esa palidez, signo característico para demostrar el dolor, y todo en él revelaba un profundo pesar.

—¿Qué tienes, Miguel? le preguntó el emperador.

—Una nueva hazaña de vuestros protegidos. ¡Oh! esto no puede continuar así.

—Siempre estais con las mismas quejas. Vuelvo á deciros lo que tantas veces. Teneis envidia de sus glorias, y esa envidia os conduce á un extremo donde jamas quisiera que llegase una persona de mi linaje. Yo cuando he tendido mi mano á un hombre, cuando este hombre ha cumplido fielmente aquello á que se comprometia, jamas he hecho caso de las hablillas del vulgo ni le he retirado mi proteccion ni le he despreciado nunca. Los reyes ante todo deben ser agradecidos. Vos, Miguel, veo que no lo comprendeis así, y puedo aseguraros que lo siento.

—Me estais culpando, padre mio. No sé de qué manera demostraros que no

es un sentimiento indigno el que contra Roger me anima. Le he esperado con impaciencia; he deseado ver su conducta para juzgarle. Desgraciadamente esa conducta ha correspondido á las noticias que tenia de él; sus tropas sin el ejemplo de su jefe nada pueden hacer. Serán valientes, no se lo niego; pero ¿es el valor lo que constituye la fuerza de un ejército? Si se enajenan el cariño del pueblo por quien combaten ¿qué van á hacer?

—Hijo mio, todas vuestras acusaciones carecen de fundamento. No sé quién te ha dicho que se enajenan el cariño del pueblo; el tuyo y el de los que como tú piensan, no diré que no.

—Padre mio, veo que cada dia estais más ciego por esa gente. ¿No veis sus faltas, no veis sus crímenes, mejor dicho?

—¡Miguel!

—¿Os ha sorprendido verme entrar aquí tan triste y tan afectado? Como debeis comprender, he tenido un motivo para ello, y este motivo ha sido causado por los catalanes.

—Sepamos: ¿qué ha pasado?

—Tengo cartas de Cicico en las que se me anuncia una nueva hazaña de esa gente. Uno de sus honrados habitantes tenia una hija; y digo tenia, porque cuando la honra se pierde la persona ha muerto moralmente.

—¿Acabais?

—En casa de ese hombre habia varios catalanes y entre ellos algun almogávar á quien el megaduque protege mucho. Vió á la doncella, y poco despues la pobre niña tenia que llorar la pérdida de su honra.

—¿Quién se la arrebató?

—El almogávar.

—Y Roger ¿qué ha hecho?

—Contentarse con encogerse de hombros y decir al padre de la desgraciada jóven que él nada podia hacer en aquello, que si hubiera tenido mejor guardada á su hija no tendria de qué quejarse.

—¿Eso dijo Roger?

—Y aun más. El padre entónces amenazó haceros presente su afrenta, y el megaduque contestó con bastante insolencia que vos no erais nadie para mandarle, y que él y sus soldados no dependian de vos para nada.

—No puede ser, Miguel.

—Padre mio, he recibido hoy noticias muy fidedignas. Cuando un padre se queja, en sus palabras hay un no sé qué de sincero que desvanece la duda.

En aquella calumnia referida por Karïna á Miguel y que este pintaba á su padre con colores tan sombríos empleaba el jóven el lenguage verídico de la persuasion.

Apesar del cariño que Andrónico profesaba al megaduque y de la prevencion con que escuchaba siempre cuanto su hijo le decia respecto á él, no pudo ménos de darle algun crédito.

Vacilaba todavía sobre la providencia que debia tomar, cuando sin ser anunciado se presentó en la cámara el príncipe George.

Saludó respetuosamente á Andrónico, y ántes de que este le dijese una palabra exclamó:

—Vengo á pediros justicia, señor.

—¡Justicia! exclamó el emperador sorprendido. ¿Sobre qué?

—Sobre las infamias y las tropelías que está cometiendo esa gente desalmada.

Andrónico frunció sus espesas cejas y dijo:

—Cuidado, príncipe, cuidado con lo que hablais, porque hay palabras que ofenden á quien las escucha.

—Mis soldados y yo, repuso George, estamos á vuestro servicio: mis soldados y yo sabeis demasiado que hemos sido siempre los primeros en el ataque y los últimos en la retirada. No ignorais tampoco que Grecia cuenta con los alanos, con unos aliados fieles, con unos amigos desinteresados y prontos á sacrificarse por ella.

—Pero ¿qué quiere decir eso?

—Quiere decir que Roger mira á los alanos con desprecio, que sus soldados están provocándolos constantemente, que se han suscitado ya algunas cuestiones entre oficiales alanos y adalides almogávares, que todo son castigos para los primeros y libertades y placeres para los segundos, que ni yo ni mis tropas estamos en el caso de que se nos desprecie en parte alguna, que yo vengo á pediros justicia, y deseo que me la concedais tan pronta y enérgica como el caso lo requiere.

La frente de Andrónico se nubló de una manera terrible.

Sus ojos vagaban desde Miguel á George y trataba de leer en ambos la sinceridad de sus corazones.

George continuó:

—Cada dia es más altanera, es más desembozada la ambicion de Roger. Se cree un jefe soberano y nada hay que le contenga. Sus soldados á quienes dan alas las contemplaciones de su general, se entregan á los mayores excesos, y los habitantes de Cicico no pueden ménos de proclamar á voz en grito que estaban mucho mejor bajo la dominacion de los turcos que bajo la de los hombres que han ido con la mision de libertarlos.

—¡No es posible!

—Preguntad á cualquiera de las personas que llegan de Cicico, mandad allí á un emisario fiel y desapasionado, y él os repetirá lo que mis labios acaban de deciros.

—Pero parece imposible que Roger...

—No le conoceis todavía: os ha fascinado, y Dios quiera que esa fascinacion no nos cueste muy cara.

—¡Oh! yo os juro que no sucederá así.

—Padre mio, dijo Miguel que desde el momento en que George entró en la estancia cesó de hablar, ya es tiempo de que procedais como rey con quien de tal manera abusa de vuestra confianza. Decid una palabra, y tendréis á vuestro lado la flor de los caballeros de la Grecia; decidla, y vamos á castigar la audacia...

—Dejadme solo; yo pensaré lo que debo hacer, y os prometo que si el rey ha dejado lugar al amigo, al levantarse otra vez el rey cumplirá como debe.

—Mas...

—Basta. He dicho que me dejeis.

Y con majestuoso ademan, con un movimiento y una altivez en la cual se marcaba todo el altanero orgullo de los Paleólogos, indicó á George y á su hijo la puerta de la estancia.

Ambos saludaron con respeto, y una vez ya fuera de ella dijo George á Miguel:

—Me parece que tenemos adelantado mucho terreno.

—La estrella de Roger principia á eclipsarse.

—Cuándo se eclipsará del todo?

—Tal vez más pronto de lo que él piensa, repuso el príncipe con cierta sonrisa.

Y despues de pronunciadas esas palabras ambos se separaron esperando con impaciencia saber qué resolucion tomaria el emperador.

CAPÍTULO XXX.

Razones de soldado.

I.

Desazonado andaba Roger con cuanto le sucedia.

Principiaba á advertir el descontento que causaba en Cicico la permanencia de sus tropas.

Si bien encontraba razon en algunos de los excesos cometidos, si bien juzgaba culpables á sus soldados, en cambio en otros no comprendia la causa de la extraña queja que contra ellos se formulaba.

Y no podia ménos de sospechar que una mano oculta excitaba contra él el odio y la animadversion de los indígenas.

Desde luego sabía que sus victorias y los favores que el emperador Andróni-

co le tributaba concitarian contra él el odio de ese puñado de cortesanos envidiosos y aduladores que en todas las córtes pululan, y que son la gangrena que destruye una reputacion, que menoscaban una honra, que consigue por fin vencer á un hombre por más que este trate en cuanto le sea posible de resistir y de dominar.

El descontento del pueblo se advertia en todo.

El no cesaba de encargar á sus tropas la templanza y la moderacion.

La marcha de Arenós le hizo hasta cierto punto abrir los ojos.

Comprendia que el buen caballero le dijo la verdad; comprendia que debia proceder más enérgicamente en los primeros desmanes que se cometieran; no se le ocultaba que él mismo dió armas á sus enemigos, y vacilaba sin embargo, sobre el medio que debia emplear para corregir un mal que al cabo de algunos meses se le aparecia como bastante grave.

En este estado se le presentó un dia un mensajero del emperador Andrónico.

Aquel mensajero era portador de un pliego de este soberano.

El caudillo catalan lo recibió con las mayores distinciones de aprecio y se puso á leer con suma atencion su contenido.

La resolucion que Andrónico significó á George y á Miguel que iba á tomar se hallaba consignada allí.

El pliego decia lo siguiente:

«Al megaduque Roger de Flor.

«Han llegado á nuestras noticias varios de los desmanes cometidos por las tropas catalanas contra nuestros vasallos de Cicico.

«Al implorar, mejor dicho, al aceptar los servicios con que nos brindasteis os trajímos á nuestro país con la esperanza de que en vos hallarian nuestros pueblos un libertador, no un verdugo.

«Quisímos no tan sólo ligaros á nosotros con los lazos del interes, sino que tambien tratamos de hacerlo con los de la familia.

«Se os concedió una de las primeras dignidades del imperio.

«Se saltó por encima de nuestras leyes para concederos esta distincion.

«Una princesa de nuestra alcurnia se os ofreció por esposa y vuestra sangre se ha unido con la imperial de Grecia.

«Y ¿cómo habeis correspondido á las pruebas de distincion y de aprecio que os hemos dado?

«El ejército griego está descontento.

«Vuestra parcialidad para con los vuestros ha excitado su enojo y una colision está próxima á estallar entre vuestras tropas y las griegas.

«Vuestros soldados entraron en Constantinopla armando motines y en Cicico continuan cometiendo excesos.

«He sabido que os han dado repetidas quejas sin que por ello tomaseis providencia alguna.

«Se os ha hablado de nuestra persona, se os ha amenazado con recurrir á nos, y vuestra contestacion fue formulada con palabras ofensivas para nuestra dignidad y nuestro decoro. La ambicion os ciega, y debeis tener en cuenta que el mismo que os ha elevado puede anonadaros nuevamente hundiéndoos en el polvo de donde salisteis.

«Este mensaje es nuestro aviso: será el único que os demos. Vuestra conducta decidirá la marcha que ha de seguir la nuestra.»

Pálido, convulso, con los dientes apretados siguió Roger todo el escrito.

Sus ojos se fijaron en la firma y en el sello, vió que todo ello estaba en regla y que Andrónico habia firmado y puesto su sello en aquel documento.

Entónces su cólera estalló de una manera formidable.

Su puño cayó sobre la mesa en que se apoyaba, con una fuerza tal, que cuantos objetos estaban sobre ella cayeron al suelo, quedando partido su tablero.

—¡Ira de Dios! ¿Quién ha sido el miserable que se ha atrevido á hablar al monarca en mi contra? Decid al rey, prosiguió dirigiéndose al enviado, que Roger de Flor no consiente insultos de ningun hombre por más que este lleve la corona de cien pueblos sobre su cabeza. Roger de Flor no ha cometido una felonía nunca. Roger de Flor irá á pedirle al emperador Andrónico la satisfaccion que como caballero le debe. Id, prosiguó señalándole con el dedo la puerta, esa es mi respuesta.

El enviado del emperador quedó aterrado ante el inmenso furor que se retrataba en el semblante de aquel hombre.

Tal era su impresion que nada pudo decir, y sin hacer mas que una reverencia abandonó aquella estancia disponiéndose á regresar á Constantinopla para dar cuenta á Andrónico de su cometido.

Dando vueltas por la habitacion como una fiera encerrada en su jaula estaba Roger, cuando nuestro amigo Ferrich Carlés apareció en la puerta.

Al verle Roger se detuvo y fijando en el almogávar sus irritados ojos, le dijo:

—¿Quién te ha llamado?

—¿Á mí? contestó el soldado con rudeza, nadie.

—Entónces ¿á qué vienes?

—Á hablaros.

—Pues retírate: no estoy para hablar á nadie.

Ferrich en vez de obedecer penetró en la estancia diciendo:

—Bien, esperaré á que se os pase la cólera: cuando esteis más tranquilo os hablaré.

—¡Voto á mi nombre! ¿Tratas de burlarte de mí? Castigaré tu audacia.

Y cogiendo su hacha de armas la levantó sobre la cabeza del almogávar que no dió muestra alguna de temor, y que se contentó con responder:

—Matadme; más perderéis vos que yo. Con eso no sabréis lo que tengo que deciros.

Aquella sangre fria desarmó á Roger.

Dejó caer el hacha en el suelo y dió algunos pasos por la habitacion.

Al cabo de algunos segundos se detuvo diciendo:

—Vamos á ver, habla.

—Yo seré rudo para hablaros, no tendré esas palabras bonitas que gastan los caballeros; pero demasiado sabeis, señor, que si hay un corazon que salga el primero para recibir un golpe ántes que vos, ese es el mio. Pues bien, lo que voy á deciros es lo que siente mi corazon. Si no quereis hacer caso, no lo hagais; mas yo al ménos habré cumplido.

—Pero ¿qué quiere decir todo eso?

—Vos estais furioso, yo tambien. ¡Voto á cien rayos! No sé la causa de vuestra cólera, pero apostaria á que ese mensajero que ahora acaba de salir ha tenido parte en ella. Estamos en muy mala tierra, señor. Allá en Cataluña ó en Sicilia veíamos á los enemigos cara á cara, pero aquí no los vemos nunca, y cuidado que los tenemos y muchos, y vos que sois el jefe, más todavía que nosotros.

—Pero ¿quieres acabar de explicarte? interrumpió Roger con impaciencia.

—Las gentes de aquí están muy descontentas de nosotros.

—Vosotros teneis la culpa.

—¡Ca! no, señor; mejor dicho, si nosotros la tenemos, vos tambien.

—¡Miserable!

—Sí, sí; podeis llamarme cuanto querais; podeis matarme si os antoja, pero yo os lo diré todo muy claro como se acostumbra en nuestra tierra.

Roger comprendió que el soldado le hablaria quizá con más franqueza que el mejor consejo de oficiales que pudiera reunir.

Ya hemos dicho en otro lugar que conocia á Ferrich hacia mucho tiempo, que sabía el cariño que le profesaba, y por lo tanto era de quien ménos podia sospechar que llevase una segunda intencion en sus palabras.

Así fue que comprendió que no debia darse por ofendido, ni seguir mostrando su cólera y su disgusto á un hombre que aunque bajo una forma ruda quizá podria darle algun consejo ó algun aviso que le fuera muy importante.

—Bien, Ferrich, le dijo; con franqueza es como quiero que se me hable, y no puedes imaginarte cuánto agradeceré que haya álguien que la emplee en esta ocasion.

—¡Oh! eso conmigo lo tendréis siempre. He dicho que de vos procedia parte de la culpa, porque conociendo á los hombres como debeis conocerlos, no sabeis manejaros como debierais.

—¿Qué dices?

—Estas gentes son muy taimadas, y hacen el daño de una manera que no puede descubrirse jamas de dónde viene. Si en los primeros momentos hubieseis castigado á los soldados que se propasaban, otra cosa sería. Ya veis que yo ha-

blo en contra de mis compañeros y aun quizá en contra mia tambien, aunque no me creo responsable de ninguno de los excesos que lamentamos, y que yo aun sin tener facultades para ello he tratado de reprimir en algunos de mis compañeros.

—Y ¿tú me haces semejante cargo?

—Eso os demostrará si os quiero ó no. Hoy no tenemos amigos en este pueblo. Los generales griegos envidiosos de vuestra fama se han aprovechado del abandono con que acostumbrais mirar esos asuntos, y hoy por desgracia, no tan solamente contamos enemigos entre ellos, sino que tambien los tenemos en el ejército.

—¿Que quieres decir?

—Que los alanos murmuran y que no veo muy léjos el dia en que tengamos que volver nuestras armas contra ellos.

—¡Oh! nunca debe suceder.

—Pues sucederá. Ha podido evitarse y no se ha evitado. Hoy lo veo irremediable.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hay algun demonio, sin duda, que excita á los unos y á los otros, y se suponen excesos que ni se imaginan; que hay un interes marcado en desacreditar nuestro ejército y en hacer que lleguemos á las manos con los griegos. Yo os juro por mi ánima que si este caso llega no hemos de ser nosotros los que salgamos peor librados.

—Calla, Ferrich; semejante cosa me deshonraria. Escucha el pliego que acabo de recibir del emperador.

Y Roger cogió aquel pergamino que tan mal efecto le causó, y se lo leyó al almogávar.

Cuando terminó la lectura, dijo este:

—Bien empleado os está.

—¿Qué dices, truhan?

—Lo que siento. Eso debierais haberlo adivinado. Ya os he dicho que conociendo como debierais conocer á los hombres, habeis hecho demasiado en poco tiempo para que no tengais un crecido número de envidiosos, lo que significa que debisteis ser mas cauto.

—Y ¿qué te parece que haga yo ahora?

—Malo está todo, y francamente, si llegamos á las manos con los griegos, aun se pondrá mucho peor.

—Pero ¿tú crees...

—Que hay quien está atizando todo eso. Vos, señor, no tiene duda que les haceis sombra á muchos.

—Ya lo sé.

—Pero no tengais cuidado, que si algo intentan contra vos, aquí estamos nosotros, y caro les ha de costar á los que traten de ofenderos.

—Ya lo sé; pero ¿qué crees que hoy nos convenga hacer?

—¿Qué creo? Salir en busca del enemigo cuanto ántes.

—Tienes razon; repuso Roger al cabo de algunos momentos de reflexion.

—Pero ántes de todo, señor, os he de advertir una cosa.

—¿Qué?

—Que el ejército no ha cobrado algunas pagas, y esto pudiera producir otro nuevo disgusto.

—Tambien es verdad.

—Antes de todo, quisiera comunicaros una cosa.

—¿No te estoy dejando que hables á medida de tu capricho? ¿qué deseas comunicarme?

—Yo en lugar vuestro me iria á Constantinopla.

—Así pienso hacerlo.

—Perfectamente. Allí decirle cuatro verdades al emperador, cobrar el dinero que os debe, y en campaña luchando estarémos mucho mejor; así no tendrémos que temer que se nos subleve la gente. En tiempo de guerra harto hay que hacer con los enemigos. La paz es mala siempre para el soldado, creedme, señor, aunque eso mejor lo sabeis vos que yo; miéntras podamos estar batiéndonos, no tendrémos disturbios.

—Tienes razon, Ferrich. Tú me has hablado como no lo ha hecho ninguno de mis oficiales. Gracias: yo te prometo que no echaré en olvido tus consejos.

Y estrechando entre las suyas las ásperas manos del soldado, le dió órden que fuése al puerto á preparar todo lo necesario para su marcha á Constantinopla, y al mismo tiempo que llamase á Corberan de Lahet, á quien queria confiar el mando del ejército durante su ausencia.

Al dia siguiente por la mañana, Roger acompañado de su esposa y de un número bastante reducido de oficiales, salia de Cicico con rumbo á la córte del emperador Andrónico.

CAPÍTULO XXXI.

En Constantinopla.

I.

Berenguer era completamente feliz.

Amaba y era amado.

El padre de la mujer que amaba le habia concedido la mano de su hija.

Por lo tanto, en terminando aquella campaña, si el Dios de las batallas tendia sobre él su manto protector podia contar con la posesion de Angelina.

Ya escuchámos en otro lugar las últimas palabras del padre de Angelina, y presenciámos aquella alegría tan muda como elocuente de los dos amantes ante la significacion del deseo del anciano.

Berenguer se dirigió á Constantinopla con el corazon rebosando de placer.

Al atravesar aquel valle, al aspirar el perfumado aroma de aquellas flores, al escuchar los melodiosos trinos de los alados habitantes de las arboledas, al percibir el murmullo de las aguas besando susurrantes los tallos de las plantas, al acariciar su frente las fragantes brisas del Asia, encontraba en cada una de aquellas mil voces y de aquellas cien caricias un deleite inexplicable, una dicha como hasta entónces no sintiera.

Un dia los puros labios de Angelina murmuraban una palabra de amor en sus oídos. En la temblorosa lágrima que brilló en sus ojos encontró la ratificacion de aquel cariño, y despues el perfumado cáliz de la flor, la melodía del ave, el susurro del arroyo, el soplo de las auras llevaron á su oído: Angelina te ama; nunca lo olvides.

En el momento en que de nuevo volvemos á encontrarle, los pétalos de las flores al enviarle su fragancia, los ruiseñores al dedicarle sus cantares, las aguas al resbalar bulliciosas sobre aquella alfombra de esmeraldas y las brisas al juguetear con sus cabellos, le decian en ese lenguaje dulce, tierno y misterioso que sola comprende el alma: Haz feliz á Angelina; su padre bendice vuestra union.

Y Berenguer escuchaba con delicia aquellas voces.

Porque armonizaban perfectamente con la que su corazon sentia.

El amaba, y amaba con ese amor exclusivo, persistente y firme, que no pueden combatir los furiosos huracanes de la vida.

Angelina era un ángel; y los ángeles merecen ser adorados.

Por esa razon Berenguer adoraba á la Flor del valle.

Castidad y pureza, amor y abnegacion, hermosura y cariño, todo lo reunía aquella mujer.

Valor y altivez, pasion y lealtad, honradez y prudencia estaban resumidas en el alma del guerrero.

Eran una pareja completamente digna.

Sin embargo Berenguer se creia inferior á su amada.

Comprendia que los mortales necesitan grandes méritos para alcanzar los dones del cielo, y como Angelina era uno de tantos, Berenguer se consideraba digno de conseguirle.

Y queria gloria, ansiaba arrebatar en cien combates los laureles de la victoria para depositarlos á los piés de la casta niña á quien amaba con toda la fuerza de su corazon.

Tal era la significacion y el deseo del cariño de Berenguer.

Cuando llegó á Constantinopla era tal la inmensidad de su ventura que necesitaba un corazon amigo en quien depositar una parte de aquella felicidad que le abrumaba.

Al ver á su amigo Velani corrió hácia él, y estrechándolo entre sus brazos le dijo:

—¡Ay, amigo mio, cuán feliz soy!

El griego envidioso y astuto se sonrió con una expresion indefinible y repuso:

—¿Vienes de ver á la casta Flor del valle?

—Sí.

—Y ¿ha sido ella la que te ha inspirado esas frases que acabas de decir?

—¿Quién sino ella posee la misteriosa dulzura, la infinita pureza que trato de copiar en la emocion que experimento?

—Hace tiempo que me estás hablando de una manera que excitas mi curiosidad, y te aseguro que deseo conecer á esa mujer.

—¿Conoceis á un ángel?

—Por la misma razon que jamas he tenido conocimiento con esos seres, deseo mucho conocerlos.

—El dia que la veas comprenderás que aun es poco todo mi cariño para amarla; hay mujeres para las cuales no existe corazon que pueda contener el tesoro de amor que merecen.

—Es verdad. Sin embargo, yo hasta ahora he creido lo contrario.

—Porque eres un escéptico; porque en nada crees.

—Tengo mis razones para desconfiar.

—Y yo tengo las mias para creer.

—Eres un niño, Berenguer.

Habia un sarcasmo tal en el acento de Velani, que nuestro amigo no pudo ménos de estremecerse.

Él todo era creencias; su corazon necesitaba creer para vivir.

De la misma manera que una flor entreabre su perfumado cáliz á las caricias de la brisa matinal, su alma, al penetrar en esa existencia del amor, necesitaba tambien las ilusiones, las quimeras, esos dorados ensueños, esas flores que esmaltan el camino del hombre, flores que cuando se marchitan no reverdecen jamas, flores que son el emblema de la esperanza, el emblema de la vida.

Velani por el contrario, alma gastada, corazon desposeido de todo sentimiento delicado, no podia comprender toda la pureza, toda la castidad, toda la virtud del amor que sentia su amigo.

Y la envidia rebosaba en su seno.

Y se encolerizaba contra su mismo corazon, porque hastiado de placeres no era ya susceptible de una sensacion como la que experimentaba Berenguer.

—¿Por qué has dicho que soy un niño?

—Porque crees en la virtud de las mujeres, porque te forjas cien ilusiones en un cariño que encierras en una redoma de vidrio, sin pensar que el vidrio es demasiado frágil y la menor cosa puede quebrarle.

—Y ¿quién te ha dicho que la mujer puede faltar á sus juramentos? ¿Por qué negarle á la mujer esa fuerza moral que nosotros nos concedemos?

—¡Qué necio eres! ¿Pudo la primera mujer observar el único precepto que le impuso Dios? Pues si aquella mujer que era el sér perfecto por excelencia no tuvo la fuerza de voluntad suficiente para sostenerse, ¿crees que cualquiera de nuestras mujeres pueda tenerla?

—¿Por qué no?

—La mujer es exclusivamente un sér que ha venido á la tierra para fascinar, para enloquecer, para derramar la ventura solo un momento, y relegar al hombre incauto en una existencia de agonías y martirios.

—Calla, Velani, no digas eso. Tú no ves en la mujer más que la materia.

—En la mujer veo la mujer con sus debilidades, con sus coqueterías, con sus mañas arteras, con sus deseos inconstantes, con sus veleidades, con sus caprichos...

—No hables así, porque ni aun tú mismo sabes lo que dices. Juzgas á la mujer con tu pensamiento impuro, la juzgas bajo su forma exterior, mejor dicho; juzgas á las mujeres en general por la idea que te han hecho concebir cuatro ó cinco que hayas conocido particularmente; juzgas á la mujer por la cortesana, y obrar así, amigo mio, no es cuerdo.

Una sonrisa desdeñosa vagó por los pálidos labios del griego.

Lo que le habia dicho Berenguer era la verdad.

Él juzgaba á todas las mujeres por igual.

Y se reia de la credulidad del jóven guerrero, y como consecuencia de esta especie de burla que hacia de los sentimientos de su amigo, le dijo:

—Como se conoce que estás todavía dando los primeros pasos en la senda del amor... cuando recibas el primer desengaño, estoy seguro que hablarás de otro modo.

—No lo creas; culparé á la mujer que me lo haya hecho sufrir, pero nunca á las demas.

—Lo dices ahora.

—Y lo diré siempre.

—Dios quiera que esa Angelina de quien con tanto entusiasmo me hablas, que ese ángel, segun tú la calificas, no se torne en un demonio como lo son en general todas.

—Te suplico, Velani, que ya que no respetas á ninguna mujer, lo hagas con Angelina; no me atrevo yo á pronunciar su nombre sin cierta veneracion, sin cierto respeto; ya ves si desearé que los demas hagan lo mismo.

—Perdona, Berenguer, perdona si en el exceso de mi amistad he podido dejar que brote de mis labios alguna palabra inconveniente; pero yo tampoco conozco á tu Angelina, y por lo tanto nada de particular creo que haya en que diga...

—Tú la conocerás, y estoy seguro que al verla cambiarás completamente de opinion.

—Mucho me alegraré.

De este modo y girando sobre el mismo tema siguió la conversacion durante algun tiempo, conviniendo por fin los dos amigos en que al dia siguiente iria Velani con Berenguer al valle para conocer á la encantadora ninfa que lo habitaba.

CAPÍTULO XXXII.

Acusado y acusadores.

I.

En uno de nuestros capítulos anteriores hablamos de la salida de Roger para Constantinopla acompañado de María.

Tanto las noticias adquiridas por los embajadores que fuéron á participar á Andrónico su victoria cómo los consejos posteriores de Ferrich, le decidieron á emprender aquel viaje para presentarse ante quien de una manera tan injusta le atacaba.

Entre tanto Miguel y George, á cuyo partido se adhirieron una porcion de caudillos masagetas y de magnates griegos, habian conseguido predisponer perfectamente en contra de Roger y de sus valientes el ánimo del emperador.

Tanto se le habló y se le dijo, que Andrónico por fin no tenia más remedio que creer que positivamente Roger abrigaba una segunda mira nada conveniente para la seguridad de su trono.

Quedó por lo tanto extraordinariamente sorprendido cuando supo que el caudillo catalan era llegado á Constantinopla.

Miguel que estaba al lado de su padre al recibirse aquella noticia, exclamó con cierta sonrisa de satisfaccion:

—¿Veis, señor? Abandona su puesto sin pediros para ello ni aun licencia;

creedlo, padre mio: Roger se cree igual á vos, y si os descuidais concluirá algun dia por ser más que vos.

—No comprendo de qué nazca la antipatía que profesas á Roger; no sé porqué vienes constantemente produciéndote así acerca de un hombre que hoy pertenece á nuestra familia y á quien tanto debemos.

—Veo, padre mio, que por más que os hacemos contemplar con los ojos de la razon cuanto os rodea, os empeñais en estar ciego en lo que se refiere á ese hombre.

—No lo estoy tanto que no deje de encontrar muy censurables algunas de las acciones de nuestro aliado.

—Como me hablais de ese modo...

—Te aseguro, Miguel, que me duele en extremo ver la diferencia que existe entre su conducta de hoy y la que yo tenia derecho á esperar de él.

—Pues nada es en comparacion de lo que ha de sucederos.

—Pero no puedo creer una porcion de cosas de las que vosotros me decis; quizá sea cierto algo; quizá haya pensado en lo que tú dices; pero yo te aseguro que mi corazon está dividido luchando entre sensaciones opuestas.

—Comprended, padre mio, que en todo esto no hay otra cosa por nuestra parte que el interes que nos inspirais y el cariño que profesamos á nuestros pueblos.

—Y lo comprendo así, porque de otra manera...

—Supongo que no os figuraréis jamas que nosotros abriguemos bastardas intenciones.

En aquel momento la conversacion del padre con el hijo se interrumpió por la aparicion de un oficial del emperador.

Andrónico fijó sus ojos en el recien llegado y le dijo:

—¿Qué ocurre?

—Señor, un adalid viene de parte del megaduque Roger solicitando hablaros en nombre de su señor.

—Que pase.

El oficial hizo una profunda reverencia y abandonó la estancia.

Pocos momentos despues un adalid de los almogávares se presentó al emperador y su hijo.

Saludó respetuosamente y dijo:

—En nombre de mi señor vengo á saludaros.

—Ya he sabido, repuso Andrónico con gravedad, que Roger ha abandonado á Cicico sin mi permiso.

—El megaduque me ha encargado deciros que tiene noticia de las acusaciones que algunos generales griegos se han atrevido á hacer; que vos mismo, señor, sois eco de esas acusaciones, y que ofendido en su honra no encuentra más medio para quedar en el lugar que le corresponde sino que reunais toda vues-

tra córte, para presentarse á responder ante ella de las acusaciones que se le han hecho.

Miguel miró á su padre como sorprendiéndose de la audacia de aquel hombre.

Pero el emperador haciendo que no comprendia semejante mirada, contestó:

—Está bien; decidle al megaduque que dentro de dos horas se hallará reunida mi córte, pues de otro modo sería capaz de retirarle todo el aprecio con que le he distinguido.

—Permitidme, señor, que os diga que Roger de Flor jamas se ha hecho indigno del favor que se le haya concedido, repuso el adalid con alguna altanería.

—No es á vos á quien toca responder en este caso, repuso Miguel de mal talante.

—Y vos, señor, sin duda no conoceis á Roger cuando pudisteis dudar por un momento de la delicadeza que le distingue.

—Basta, repuso Andrónico; ya sabeis mi respuesta, participádsela á Roger.

El adalid volvió á saludar de nuevo y abandonó la estancia imperial.

Cuando quedaron solos el padre y el hijo, este exclamó:

—Pero ¿es posible, señor, que todavía accedais á lo que ese hombre desea?

—Sí.

—Pero...

—Dentro de dos horas quiero que esté reunida toda mi córte, y dentro de dos horas espero que los que le han acusado en ausencia lo hagan delante de él á fin de que pueda defenderse de los cargos que se le han dirigido.

Y concluidas de pronunciar esas palabras abandonó la habitacion dejando á su hijo sorprendido por tan inesperada resolucion.

Aquel avisó inmediatamente á George.

El príncipe de los masagetas ya sabía tambien la llegada del caudillo de los catalanes.

Uno y otro trataron de reunir inmediatamente á todos sus partidarios á fin de prevenirlos para el debate que iba á tener lugar en el gran salon de recepciones del palacio imperial de los Paleólogos.

Andrónico queria á Roger casi como á un hijo.

Ya lo hemos dicho en otro lugar: desde sus primeras hazañas en Italia los ojos del emperador habian seguido paso á paso la existencia de tan esforzado guerrero.

Y con extraordinaria alegría aceptó el ofrecimiento de su espada y de su hueste, y llegó al colmo su satisfaccion al verle llegar á su reino.

Pero la envidia inoculó su venenosa baba en el bondadoso corazon de Andrónico, y principió á mirar con alguna desconfianza los pasos y movimientos de nuestro héroe.

Sin embargo, luchaba en su corazon todavía el primitivo cariño que hácia él sintiera con las nuevas ideas que le inculcaban los adversarios de Roger.

Así es que vió con júbilo hasta cierto punto su llegada y su deseo de presentarse á defenderse de los que le acusaban.

Dos horas despues el suntuoso salon de ceremonias ostentaba toda su brillante magnificencia.

Construido segun el gusto bizantino, sus paredes y sus techos formando airosos capiteles dejaban percibir los magníficos tapices, regalo del *Shah* de Persia.

En el fondo del salon se elevaba un trono cuyos asientos eran de terciopelo y oro, á los piés de los cuales dos leones encadenados fijaban sus pupilas encendidas en la multitud de personajes que llenaban aquel ámbito.

Las tres naciones que componian el inmenso imperio de Oriente, turcoples, griegos y alanos se hallaban en aquella reunion representados por sus caudillos, por sus magnates y por sus oficiales. Iban á asistir á la gran discusion cuyo resultado pudiera ser decisivo para Roger.

Cien conversaciones distintas se sostenian entre aquella multitud de caballeros cuyos trajes resplandecian con el oro y las piedras preciosas.

Ninfas de mármol de Páros sostenian pebeteros de oro de los cuales se exhalaban los más exquisitos perfumes.

Toda la riqueza, todo el gusto, todo cuanto la molicie de la vida oriental pudiera imaginarse, todo se veia caracterizado en aquel vasto salon de elevados techos, de frisos y cornisas primorosamente talladas y cuyas ventanas ojivales dejaban penetrar una claridad suave y misteriosa al traves de sus pintados vidrios.

El objeto de todas las conversaciones era Roger.

Se hacian comentarios respecto á su llegada; unos le acriminaban, otros le defendian; trataban hasta de adivinar el resultado que podria tener aquella entrevista, y por fin se quedaban sin saber lo que sucedería.

De pronto todas las palabras quedaron suspensas.

Los grupos se reunieron entre sí formando una masa compacta cuyas miradas se fijaron en una de las puertas del salon.

Por ella, precedido de sus oficiales y acompañado de su hijo Miguel y de algunos altos dignatarios, penetró el emperador.

Tomó asiento en el trono y dirigiéndose á uno de sus oficiales le dijo:

—Que entre el megaduque.

Entónces todas las miradas fijas en Andrónico se dirigieron hácia la puerta que estaba en el extremo opuesto del salon, y por la cual debia aparecer el caudillo catalan.

Roger acompañado de sus oficiales Gimeno de Álvaro, Muntaner, Guillen Perez de Caldés y algunos otros adalides penetró en la sala de recepciones.

Conforme entre los magnates masagetas y griegos todo era brocados y pedre-

rías, entre los nuestros todo era hierro y acero.

Los catalanes, altivos, severos, y fijando apénas sus miradas en aquella multitud, adelantaron por el centro de la sala.

Andrónico veia acercarse aquellos diez hombres con una mezcla confusa de satisfaccion y terror.

Roger parecia un conquistador que iba á imponer leyes.

Se acercó hasta el solio del descendiente de los Paleólogos, y sin arrodillarse ante él inclinó ligeramente la cabeza y dijo con acento sonoro y vibrante:

—Señor, habeis dado oídos á todo cuanto en mi daño se ha dicho en vuestra córte, hasta insultarme remitiéndome un pergamino en el cual decis cosas que yo no estoy acostumbrado á oir; vuestros caballeros insultan á los mios: y yo en nombre de todos, yo que jamas he cometido el crímen de felonía ni de traicion; yo que tengo la fuerza suficiente en mi brazo y la fe necesaria respecto á mi dignidad, os levanto el pleito homenaje que os he jurado y reto de traidores á los que se han atrevido á máncillar mi honor y el de los soldados que han derramado su sangre por asegurar vuestro trono si no salen á sostener con pruebas patentes la acusacion que se han atrevido á hacer.

Y al par que esto decia el valiente campeon se quitó el guantelete de la mano derecha y lo arrojó en medio del salon.

Lo atrevido de aquel movimiento, lo audaz de aquel reto pronunciado en voz alta y á la faz de toda la córte, causó profunda sensacion.

Los nueve oficiales que acompañaban á Roger permanecieron inmóviles como otras tantas estatuas de piedra.

El mismo Andrónico contempló con asombro, pero sin cólera, la atrevida accion del jefe de los catalanes, y esperó con impaciencia el resultado que produciria.

El príncipe George posó sus ojos en Miguel.

Mas el hijo de Andrónico nada respondió á aquella mirada.

Un murmullo de cólera se desprendió de la multitud.

Roger dirigió su mirada altanera al rededor de la sala, y Andrónico comprendió que era necesario que él interviniese ántes de que Roger volviera á hablar.

En su consecuencia dijo:

—Muy atrevido estais, megaduque; parece que las dignidades que os hemos concedido han cegado vuestro espíritu hasta el punto de olvidar el respeto que se nos debe.

—No estoy acostumbrado, vuelvo á repetir, repuso Roger interrumpiendo impetuosamente al emperador, á que se me hable una y otra vez de dignidades que se me han concedido creyendo hacerme un favor. Si me las concedisteis es porque me necesitabais, es porque entre todos los generales que teneis en vuestro imperio no habeis hallado uno que pueda ponerse frente á frente con los turcos. Me necesitabais entónces y me llamasteis; la mitad de vuestro imperio os

pareciera poco para obligarme á venir en vuestro socorro. Hoy los turcos han huido delante de mí; hoy creeis que no me necesitais ya, y dais oído á las calumnias de esos hombres que no han sabido ni aun morir como soldados; y puesto que tampoco me necesitais, y puesto que yo tampoco quiero serviros, rechazo todos vuestros dones y vuelvo de nuevo á repetir mi reto por si alguno de los que me rodean no me ha comprendido bien.

Esas palabras hicieron estallar la tempestad que rugia en el fondo de los corazones de aquellos caballeros.

Llamaradas de cólera brillaron en los ojos, y las convulsas manos se dirigieron á las empuñaduras de las espadas.

Nuestros guerreros no hicieron movimiento alguno.

Puesta la mano izquierda en la cruz de sus tizonas de combate y la derecha en la empuñadura del puñal de *misericordia* fijaban sus miradas desdeñosas y serenas en sus enemigos.

Roger dominaba todas aquellas miradas.

Andrónico no atinaba qué decir.

Le agradaba por una parte el atrevido arranque del guerrero, y por otra no podia dejar de comprender que su dignidad se menoscababa permitiendo la prosecucion de semejante escena.

Roger viendo el silencio de Andrónico quiso apurar aun más la situacion, y dirigiéndose á la córte dijo con acento claro y enérgico:

—¿Habeis escuchado mi reto, señores? ¿Hay entre vosotros alguno que lo acepte?

Los cortesanos se agitaron confusamente y todos quisieron precipitarse sobre aquel hombre que de una manera tan atrevida les insultaba.

Entónces Miguel se adelantó hácia su padre, y con una entereza de la cual no se le creyera capaz, dijo:

—Padre mio, permitidme que hable, ya que vos por razones que ignoro os excusais de hacerlo. Roger nos insulta; Roger al lanzar á nuestros caballeros su reto os lo lanza á vos, padre, me lo lanza á mí, lo lanza al trono en que os sentais y á la nacion que regis; pues bien, en vuestro nombre, en el mio, en el de todo mi pueblo, acepto el reto.

Y al pronunciar esas palabras se inclinó sobre el guantelete de Roger y lo recogió.

Durante algunos segundos reinó en la sala una confusion espantosa producida por la accion de Miguel.

Andrónico se levantó de su asiento y extendiendo el brazo fijó una mirada dominadora en la revuelta multitud.

Todo el orgullo, toda la dignidad, toda la altivez de la estirpe soberana de Oriente se reflejó por un instante en el rostro del anciano.

Habia una expresion tal de dominio, de cólera y de indomable altivez en

aquella fisonomía, que todos los caballeros al ver su actitud no pudieron ménos de ahogar las palabras en su garganta y de quedar inmóviles y silenciosos ante aquel augusto anciano que parecia la sombra de Constantino dirigiendo un amargo reproche á los degenerados griegos.

—Basta, exclamó Andrónico con voz potente. ¿Sois vosotros lo griegos que un dia y otro estais hablando de excesos y demasías? ¿Sois vosotros los que una y otra vez me estais ofreciendo pruebas que justifiquen los crímenes de que acusais á los soldados catalanes? ¡Mentira! Vosotros no sois griegos: escuchais serenos y tranquilos el reto del hombre á quien acriminais, y vuestra frente no se enrojece de vergüenza; os ha cruzado el rostro con su guantelete, y vuestra mano se ha dirigido á la empuñadura de vuestras espadas como hacen los asesinos, no como hacen los caballeros; ni una palabra podeis encontrar con que rebatir las que habeis escuchado. Bien, hijo mio, prosiguió dirigiéndose á Miguel, la sangre de tus abuelos ha circulado por tus venas; si tú no recogieras ese guante, tu padre, anciano y achacoso, no vacilara en hacerlo. Es el reto de un valiente y se acepta siempre.

—Yo castigaré su audacia, padre mio, respondió Miguel.

—Basta. No digas más, añadió el anciano. Has cumplido con tu deber aceptando el reto; tu padre y tu señor va á juzgar ahora.

Ante la tremenda apóstrofe del emperador los griegos palidecieron.

Las palabras del anciano los hicieron temblar de cólera y comprendieron su bajeza.

Un hombre solo los dominaba.

George con los labios temblando de cólera se adelantó algunos pasos y dijo:

—Señor, insultais á vuestra córte de una manera injusta: tomasteis por cobardía lo que sólo fue respeto; cualquiera de los caballeros que os rodean hubiera recogido ese guante y hecho pagar con la vida su accion al dueño de él; pero fuera igualarnos con los que han tratado á Cicico como una poblacion enemiga, con los que so capa de amistad han venido á Grecia ocultando bastardas ambiciones; con los que...

—¡Voto á mi nombre! gritó Roger cogiendo con violencia á George por un brazo; si no callais, don villano, he de azotaros el rostro. ¿Quién sois vos para atreveros á empañar la pureza de mi escudo ni el del más oscuro de mis soldados? callad, os repito, porque si me olvido de donde estoy juro trataros á vos y á todos los vuestros como merecen los calumniadores y los cobardes.

Al ver el movimiento de Roger, los caballeros griegos fuéron á lanzarse sobre él.

Brillaron varias espadas y algunas sordas amenazas se escaparon de los labios.

Pero los nueve catalanes que acompañaban al megaduque formaron una es-

pecie de semicírculo al rededor de él y fijaron una mirada tan amenazadora en ellos que les tuvieron á raya.

Hay escenas que no se comprenden.

No puede concebirse cómo diez hombres solos pudieran dominar de tal modo á una multitud de generales, de caballeros y de magnates que rodeaban á Andrónico.

Pero esto queda plenamente probado por la misma razon que el puñado de catalanes que componian la expedicion, estuvieron por espacio de once años dominando en un país que contenia millones de habitantes soldados todos segun las leyes de aquella época, cuando se trataba de la defensa en comun.

Los catalanes desde el primer momento se apoderaron de la situacion.

Llevaban en sí una superioridad moral que los hacia más respetables que su superioridad numérica.

Por esta razon los caballeros griegos se sentian á pesar suyo subyugados en presencia de aquellos hombres.

George perdió repentinamente el uso de la palabra.

Nada tenia de cobarde, pero los dedos de Roger le oprimieron como una tenaza de hierro, y el dolor, la cólera y la vergüenza impidieron que su garganta pudiese modular sonido alguno.

Andrónico estaba profundamente afectado por el giro de aquella discusion, y se decidió por ponerla término á fin de evitar un conflicto que pudiese tener peores consecuencias.

—Reparad, megaduque, dijo á Roger, que estais en mi presencia.

—¿Creeis, señor, que no siendo así estaria vivo este hombre? Jamas mis labios han escuchado una ofensa sin que mi espada haya ido á buscar el corazon del ofensor.

—Confesad, Roger, que habeis permitido á vuestras tropas que cometieran excesos en Cicico que vos solamente podiais evitar.

—Señor, me sorprende que seais vos quien me hable así. ¿Qué ejército deja de cometer desmanes, prescindiendo de que si mis soldados los han cometido, los griegos y los alanos no han sido de los que han permanecido más ociosos?

—Sin embargo, vos debisteis reprimirlos.

—Señor, vuelvo á repetiros lo que ántes os dije: las acusaciones que se me han hecho, las palabras á las cuales disteis crédito me ofenden en alto grado; por lo tanto, para evitarnos que vos esteis descontento de mí y yo descontento de la injusticia con que se me trata, os suplico que me permitais regresar á mi tierra.

—Dejemos esa cuestion, Roger. Antes de separaros de mi lado teneis que darme cuentas, tenemos que hablar mucho los dos y quiero que hablemos; por otra parte no quiero que lleveis el disgusto de que mi córte ha sido injusta con vos. Señores, continuó Andrónico dirigiéndose á los caballeros que le rodeaban,

me parece que en la mente de todos está la conveniencia de la union que necesitamos para vencer al enemigo comun. Basta de divisiones y partidos. Roger, lo mismo que vosotros, Roger que hoy es griego tanto por su corazon como por los compromisos de familia que tiene contraidos, no puede pensar en hacernos traicion, porque sería dudar de su honra, y la ha puesto demasiado alta para que nadie dude de ella. Por lo tanto, yo el primero doy el ejemplo y tiendo mi mano á Roger, declarando á la faz de todo mi pueblo que estoy muy satisfecho de la manera con que ha llenado sus deberes.

Y al decir esas palabras Andrónico con nobleza y dignidad extraordinarias tendió su mano al guerrero, el cual se apresuró á estrecharla entre las suyas imprimiendo en ella sus labios con la mayor veneracion y respeto.

—Señor, dijo Roger, léjos de mí la idea de provocar excisiones entre los mios y los guerreros griegos, os lo juro por mi nombre. He venido aquí á derramar mi sangre por vos. He contraido un compromiso solemne y nunca he acostumbrado á faltar á ellos; pero se ha juzgado mal de mi conducta, se ha dudado de mí, y la honra es como el cristal, el aliento más insignificante basta para empañarlo.

—Pues bien, olvidemos lo pasado y mostrémonos todos dignos para el porvenir. Y volviéndose hácia su hijo continuó: Miguel, devuelve el guante á tu primo, porque tú no puedes nunca aceptar el reto de un vasallo, y estoy seguro de que Roger jamas habrá tenido semejante intento.

—Desde luego, señor.

Los caballeros al ver el ejemplo que el emperador les daba, dejaron su actitud amenazadora y desde aquel momento pareció extinguida la mala impresion causada por las atrevidas palabras del caudillo de los catalanes.

Sin embargo, ninguno de ellos podia olvidar; y á pesar de cuantos esfuerzos se hicieran, los griegos y los catalanes estaban divididos para siempre.

El emperador hizo pasar á Roger á su cámara á fin de que este le indicase sus proyectos para la próxima campaña, y poco despues la córte se esparcia por las antecámaras del palacio comentando la pasada escena.

El príncipe George y kïr Miguel se aproximaron el uno al otro, y el jefe de los alanos preguntó:

—Y bien, ¿qué pensais hacer?

—Continuar lo mismo.

—Es decir que vuestro odio...

—Se ha aumentado como el vuestro.

—Ese hombre debe morir.

—Morirá.

Y entre ambos príncipes se cambió un apreton de manos, apreton que era por decirlo así la sentencia de muerte de Roger de Flor.

CAPÍTULO XXXIII.

María y Miguel.

Entre tanto la esposa de Roger sufria de una manera inexplicable.

Su esposo no quiso llevarla al palacio donde preveia alguna escena terrible, dejándola en casa de un magnate griego que le era adicto.

Allí pasó la jóven algunas horas sumida en dolorosas reflexiones.

Nadie como ella conocia las arteras mañas, la doblez y la perfidia que se encerraba en el corazon de los griegos.

Tampoco ignoraba cuál era el carácter de su esposo y el extremo á donde podia conducir su cólera y su justo resentimiento.

Y en vano trataron de tranquilizarla las personas en cuya casa se hallaba.

Veia peligros para su esposo en el palacio del emperador, y nada bastaba á persuadirla de lo contrario.

Impaciente ya y sin hallar tranquilidad de ninguna manera, se decidió por ir en busca de Roger.

Y sin poderla contener nadie se lanzó á la calle y llegó hasta el palacio de su tio.

Era casualmente el momento en que terminaba la famosa recepcion.

María á quien eran completamente familiares las galerías y las antecámaras de aquel suntuoso edificio trató de eludir las miradas de los cortesanos y se adelantó hácia la cámara donde suponia que debiera estar su esposo.

De pronto vió un caballero que cruzaba ante ella.

Corrió hácia él y cogiéndole violentamente por un brazo le dijo:

—Miguel, y ¿mi esposo?

—¡María! Eres tú? exclamó el príncipe al reconocerla.

—Y ¿mi esposo? volvió á preguntar la jóven.

—Hablando con mi padre.

—¿De veras?

—¿Dudarias de mí?

—¡Gracias, Dios mio! exclamó con infinita alegría la jóven.

—Ven, María, la dijo Miguel cogiéndola de la mano; pasa á esta cámara y no permanezcas en medio de una galería, que no es sitio digno de tí.

—Yo lo que queria saber eran noticias de Roger; fuera de eso ¿qué me importa lo demas?

Miguel dirigió á su prima una mirada indefinible.

Ya hemos dicho en otro lugar que Miguel habia amado á su prima de una manera extraordinaria.

Sus celos se aumentaron al verla esposa de Roger, y estos celos eran una de las causas del odio que le profesaba; causa que como ya hemos visto, Karïna supo explotar.

Acompañó á la jóven hasta una estancia vecina, y una vez allí la dijo:

—¿Sabes, María, que cuanto más te escucho, más extraña me parece tu conducta?

—No te comprendo.

—Quien no te comprende á tí soy yo.

—Te suplico, primo, que te expliques más ó dejemos una conversacion que segun el giro que va tomando no sé á donde nos podrá conducir. Te he preguntado por Roger porque era lo único que me interesaba.

—Precisamente es sobre lo que yo te quiero hablar.

—¿De mi esposo?

—Eres tú la mujer griega, la mujer de corazon, la mujer por cuyas venas circula la sangre de los Paleólogos? No puede ser.

—Son tus palabras un enigma que por más que trato de explicarme no puedo comprender.

—Escucha y me comprenderás. Hubo un dia en que me hice la ilusion de ser feliz poseyendo tu cariño.

—Dejemos eso.

—No puede ser. Me hice esta ilusion, y tú misma diste pábulo á ella diciendo que me amabas.

—Pero...

—Sé lo que vas á decir.

—No lo sabes. Yo me resignaba á ser tu esposa porque tu padre y el mio lo exigian; mas llegó un momento en que mi corazon se despertaba de su letargo, que mi corazon principiaba á vivir porque otro hombre lo hizo palpitar. Entónces comprendí que no te amaba; entónces comprendí que no podia ser feliz contigo ni darte felicidad toda vez que no sentía por tí lo que constituye el verdadero cariño.

—Y ese cariño lo diste á Roger.

—No: porque él no sabía entónces que yo le amaba, ni tampoco yo podia sospechar que llegase un dia en que pudiera ser mi esposo.

—Te has casado con él y has renegado, por decirlo así, de tu linaje y de tu sangre para no tener más ideas que las ideas del enemigo de tu familia, del verdugo de tu pueblo, del hombre en fin á quien todos aborrecemos y que será la causa de nuestra eterna desgracia.

—¡Miguel!

—María, prosiguió el príncipe sin hacer caso de la interrupcion de la jóven, yo te amo, te amo más aun que cuando nuestros padres soñaron en la conveniencia de nuestra union; te amo porque has sido el único amor de mi existencia; no separes de mí tus bellos ojos porque cuando no te veo mi alma parece que vaga entre tinieblas; reflexiona que nadie más que yo tiene derechos á tu cariño, que nadie puede amarte como yo te amo.

—Basta, Miguel; no concibo que así puedas olvidarte de lo que á tí mismo te debes.

—Cuando el corazon grita, no existen razones.

—Cuando el corazon es noble no comete bajezas.

—¿Llamas bajeza...

—Sí: es muy bajo el que habla de amores á la mujer del hombre leal que ha venido á poner su espada y brazo á su disposicion para librarle de unos enemigos que no son suyos.

—¡María! no conoces á Roger.

—¡Miguel! respeta á mi esposo.

Habia tanta dignidad en el acento con que la jóven pronunció aquellas palabras, que Miguel se sintió impresionado.

Pero para aquel hombre las impresiones que la virtud le causaba y los impulsos que de aquellas impresiones pudieran nacer eran tan efímeros como un juramento trazado sobre la clara superficie de un arroyo.

Por lo que, reponiéndose inmediatamente, dijo:

—Vamos, María, veo que ese hombre ha conseguido alucinarte de la misma manera que ha alucinado á mi padre.

—Y como fascina á cuantos le rodean; fascina con sus hechos, con su grandeza; con esa atraccion que ejerce siempre el hombre honrado y leal respecto á las personas á quienes no ciega la envidia, á quienes la ambicion no deslumbra, á quienes el vicio no halaga.

—Pero ¿qué quieres decir?

—Digo, que tú y otros como tú sois únicamente los que veis un crimen en todo cuanto él hace; vosotros tan solo le juzgais á traves de vuestras ambiciones ó de vuestra envidia; tu padre y otros corazones como el suyo le juzgan á traves de sus sentimientos.

—Ese hombre no es digno de tí.

—Vosotros sí que no sois dignos de mirarle frente á frente.

Era tan altivo el acento de la jóven y tan potente la irradiacion de sus ojos, que Miguel no pudo resistir su brillo.

Pronto, impulsado por el despecho, exclamó fingiendo una compasion humillante:

—¡Pobre mujer! Veo que será inútil todo cuanto yo te diga; hago esfuerzos

para separarte de la torcida senda que has emprendido, pero ninguno de mis esfuerzos será suficiente para conseguirlo.

—Y ¿quién te ha dado derecho para que me aconsejes? ¿Necesito de tus esfuerzos?... ¿te pido compasion acaso?...

—María, yo te amo.

—Ese amor te deshonra.

—Mi corazon arde en furor al considerarte unida á un hombre á quien aborrezco más cada dia.

—Detente, Miguel; no olvides que hablas á la esposa de Roger de Flor.

—Pero ¿qué me importa si yo te amo, si cuanto más imposible te has hecho para mí, más aumenta mi cariño? ¡Oh!... y este amor es mi condenacion, este amor, María, es un infierno que me abrasa, que me mata; y que para mitigar los dolores que me causa no encuentro otro alivio que tu correspondencia.

—El hombre que me habla así, ni me ha querido ni me quiere, ni me respeta, ni se respeta á sí mismo; por lo tanto, creo inútil que prolonguemos una conversacion que á nada conduce sino á lastimar mi honor.

Y María al pronunciar esas palabras se levantó altiva y severa, y dió algunos pasos hácia la puerta.

Pero Miguel la detuvo con un movimiento, y la dijo:

—Prima, por piedad no te separes de mí llevándote un recuerdo de pesar; he anhelado este momento para hablarte de las torturas de mi corazon.

—No debo escucharlas.

—Quien sufre mitiga sus penas hablando de ellas. ¿Será posible que seas tan cruel que te rias de mis dolores?

—No me he reido jamas de los sufrimientos de nadie, pero tengo un esposo á quien amo como aman las mujeres de mi país, y ni debo escuchar palabras de amor de otros labios que de los suyos, ni permitir que en mi presencia se ofenda á quien me honra con su nombre.

—María, no me hables de Roger.

—Ya sé que le odiais, ya sé que la envidia que os causan sus hechos os aconseja en su contra; pero tened en cuenta que siempre entre vosotros y él estará mi cuerpo sirviéndole de escudo.

—¡María!

—Es inútil cuanto me digas; si alguna vez volvemos á encontrarnos huiré de tí, porque ni tus labios deben pronunciar ciertas palabras ni mis oídos pueden escucharlas. Tu estás casado, y...

—Y ¿de qué sirven unos vínculos contraidos á la fuerza?... Mi corazon es libre y sola tú tienes derecho á él.

—Pero si estás casado á la fuerza, segun dices, si sólo la razon ha tomado parte en tu enlace, en cambio en el mio ha sido nuestro corazon el que se

ha interesado; y sobre todo, más alta que la pasion está la conciencia del deber; ahoga un cariño que jamas podré corresponder.

—¡Oh!... ¡siempre ese hombre!... murmuró Miguel con acento implacable.

—Siempre, repuso María, siempre el nombre de mi esposo estará en mis labios, porque no encuentro otro más digno que pronunciar.

—Mas ¿no sabes que un amor como el mio es un amor que mata?

—¿Me amenazas?...

—No sé lo que digo, ni lo que pienso siquiera, pero hay momentos en que un velo de sangre cubre mis ojos, y...

—Silencio; hay hombres á quienes el amor hace héroes, otros á quienes convierte en asesinos; á los primeros se les respeta, á los segundos se les desprecia; tenedlo entendido. Ahora acabo de conocer vuestro corazon; ya sé todo lo que tengo que temer de vos.

—¡María, yo te amo!...

—Yo os desprecio, caballero.

Y la esposa de Roger, altiva como una reina, fijó en su primo una mirada de soberano desden, y ántes de que él pudiera oponerse á su salida abandonó la estancia.

Una vez fuera su corazon se oprimió dolorosamente porque comprendió todo el riesgo que corria Roger.

Conocia demasiado á Miguel y en aquella entrevista pudo perfectamente analizar y distinguir todo el cieno de su pecho.

Entre tanto el hijo de Andrónico contemplaba de una manera profunda aquella puerta tras la cual desapareció su prima.

Sus ojos destellaron un resplandor siniestro, y con acento amenazador murmuró:

—¡Oh!... yo te juro que ha de llegar un dia en que llores con lágrimas de sangre las palabras que me acabas de dirigir.

CAPÍTULO XXXIV.

Doble juego.

I.

Karïna estaba completamente satisfecha.

Tenia noticias de Constantinopla; noticias comunicadas por Miguel y de las

cuales se desprendia que todos sus planes caminaban á las mil maravillas.

Para aquella mujer en cuyo corazon no cabia más sentimiento que el de la venganza, la próxima realizacion de esta la causaba una alegría inexplicable.

Ella por su parte confiaba en todo cuanto hacia para crear á Roger enemigos que en caso dado no solamente atentasen contra su existencia, sino que destruyesen su fama y empañasen su gloria.

Ya hablamos en otro lugar de la impresion que causara en el enérgico corazon de Guillen de Siscar.

El indómito guerrero que jamas vacilara ante el peligro tembló á la mirada de aquella mujer, y su pensamiento no se separaba un solo momento de ella.

Hemos hablado en otro capítulo de Guillen, por lo que nos creemos excusados de hacer nuevamente su descripcion.

Alma enérgica y apasionada, se acrecia ante el peligro sin que jamas se le viera retroceder, y amaba al megaduque con fanatismo.

Vió á Karïna y palideció.

Escuchó el metal de aquella voz insinuante y argentina, y el hombre de hierro, el terrible soldado de los campos de batalla no pudo dejar de estremecerse.

La griega adivinó todo el partido que podia sacar dominando á aquel hombre.

Era uno de los brazos de Roger y separarlo del cuerpo principal era un trabajo del cual podia quedar muy complacida.

Por otra parte, la jóven sostenia su doble intriga con Martin ó Brieno, pues bajo estos dos nombres reconocen los historiadores de la época al hijo del príncipe masageta.

Era la contraposicion de Siscar, y la mujer por depravada que sea, tiene siempre un sentimiento intuitivo que la hace apreciar todo lo grande y noble que existe en un hombre, repugnándola, como es consiguiente, el tipo asqueroso y corrompido que caracterizaba al hijo de George.

Pero por más que sus simpatías favoreciesen á Siscar, no podia concederle una preferencia marcada porque necesitaba para su proyecto que estuviese entre sus redes el hijo de George.

Y no se vaya á creer que Karïna amase á Guillen.

Habia amado con delirio á Roger y necesario es convenir que si nos deslumbra la luz de un astro: cualquiera de sus satélites no basta á llenar el vacío que aquel nos deja.

Semejante situacion era extraordinariamente violenta y un dia ú otro debia quebrantarse.

Esto era lo que buscaba Karïna.

Queria excitar los celos entre ambos, porque aquellos celos entre dos cau-

dillos de tanta valía en sus respectivos ejércitos, debian producir un rompimiento que arrastraria en pos á todos sus partidarios.

II.

En el momento en que volvemos á encontrar á la jóven, la hallamos reclinada voluptuosamente sobre aquellos almohadones que reflejaban la molicie y el gusto oriental, aspirando delicados perfumes, escuchando los acentos de melodiosas aves encerradas en jaulas de oro, y contemplando con atencion intensa y sostenida la gallarda figura de Guillen de Siscar, sentado á corta distancia de ella.

—¿Sabeis, Guillen, que hoy os encuentro con un humor poco agradable? decia la jóven jugueteando distraidamente con los cordones de oro de su blanca túnica de lino.

—¿Qué quereis, señora? repuso el guerrero. La felicidad brilla tan poco, que casi no deja señal alguna de su huella. El dolor es el único que persiste, y demasiado sabeis que el dolor se aproxima hasta nuestros labios sin que nos apercibamos de ello.

—No os comprendo.

—Nada tiene de extraño.

—¿Hablais, acaso, con la idea de que no os comprenda?

—No, señora.

—Entónces...

—En general las mujeres muy pocas veces quieren comprender el lenguaje de los hombres.

—La culpa será de lo limitado de nuestra inteligencia.

—Más bien es de lo poco dispuesta que se halla siempre la mujer á estudiar el corazon del hombre.

—Es un estudio bastante difícil.

—Esa es la frase con que pretende la muger disculpar su falta.

—Poco galante estais hoy, Guillen, repuso Karïna sonriéndose.

—Como siempre, señora; no he sabido ser galante nunca, y me extraño que no lo hayais reparado hasta ahora.

—Se conoce ó que habeis tenido algun disgusto, ó que os aburris á mi lado.

—Quizá haya algo de las dos cosas.

Karïna fijó una mirada en Guillen y se puso á jugar con los cordones que tenia entre sus manos.

El caballero, por su parte, fijó tambien sus ojos en la griega y no añadió ni una palabra más.

III.

De esta manera trascurrieron algunos segundos.

Indudablemente aquel silencio no deberia ser muy agradable á Karïna; porque alzó de nuevo los ojos y envolvió en una mirada tal á Guillen que este se estremeció visiblemente.

Por los labios de la griega vagó una sonrisa.

—¡Oh! murmuró Siscar, he aquí lo que sois las mujeres; con los ojos haceis entrever el paraíso y con los labios nos hundís en el infierno.

—Mala opinion teneis formada de nosotras.

—Mirad, señora; yo no estoy acostumbrado á estas lides de coqueterías y astucias femeniles; presentadme al enemigo en campo abierto y jamas me pararé ni en contar el número ni en pesar las probabilidades que tenga de ser vencido; mas... os lo confieso ingénuamente; estar frente á vos aspirando un aroma que embriaga, contemplando vuestros ojos que fascinan, y escuchando vuestro acento que subyuga, es superior á mis fuerzas, no sé luchar con vos, y no tengo más remedio que declararme vencido siempre.

—¿Vais á hacerme creer que soy verdaderamente temible? repuso la jóven con un timbre de voz suave y acariciador.

—Quizá no lo seais para una persona como Brieno, repuso Siscar ligeramente despechado, para Brieno que ha vestido más la seda que la malla, que ha pasado más tiempo aspirando la atmósfera de los salones que el nauseabundo aroma de los campos de batalla, que sabe mejor galantear que embrazar una lanza, que está más acostumbrado á tratar con las damas que á pelear con los caballeros: para él no sereis temible; para mí que la mayor parte de mi vida no he escuchado sino el fragor de los combates, que no he percibido otras orquestas que los sones del clarin, que no he escuchado otros acentos que los ayes de los heridos ó el gemido de los moribundos; para mí, repito, sois temible, no puedo luchar con vos, no puedo deciros más que lo que una vez os he dicho, os amo casi sin saber lo que es amor, pues he necesitado dar una interpretacion al sentimiento extraño que me agitaba, y no he encontrado otra palabra que se le adapte mejor; os reisteis cuando os lo dije y vuestra risa me hizo daño. Sin embargo, me habeis mirado de una manera que yo que no entiendo las miradas de las mujeres he creido adivinar en la vuestra una cosa así como la concesion de una esperanza; vuestro acento era dulce, armonioso y acariciador, y me halagaba; lo que sentia hácia vos tomaba mayores proporciones; despues he visto que esas mismas miradas, ese mismo acento se lo concediais á otro que no era yo, y no sé si el amor podrá partirse entre dos personas; ignoro si en el corazon de las mujeres podrá existir esa dualidad de sentimiento; pero lo que es en el mio puedo aseguraros, señora, desde luego, que lo que por vos siento, ni me lo hace sentir otra mujer, ni podria expresárselo tampoco.

IV.

Durante la larga peroracion de Guillen, Karïna le estuvo escuchando con profunda atencion.

Las sensaciones de su corazon parecian trasparentarse en su rostro.

El amor de Guillen la halagaba.

Era un amor, reflejo por decirlo así, del que Roger la habia expresado en otro tiempo.

Aquella pasion, por consiguiente, la evocaba recuerdos, pero nada más.

La parecia por algunos momentos que era Roger quien la hablaba, y entónces se enrojecian sus mejillas, su seno palpitaba, y sus ojos se velaban con voluptuosidad.

Pero aquello era un sueño.

En ciertos instantes Karïna hubiera desengañado á Guillen, porque comprendia lo grande de su amor y la dolía defraudar aquellas esperanzas y destruir aquellas ilusiones.

Pero el pensamiento de Roger la dominaba, y deseaba vengarse á todo trance.

Y para conseguir esta venganza la era necesario Guillen.

Así es que cuando terminó de hablar, le dijo con graciosa coquetería:

—Segun eso, ¿teneis celos de Martin?

—¡Celos! Ignoro, señora, lo que sea esa palabra; así como tambien la pasion á que se aplique; pero hay momentos en que no solamente envidio á ese hombre sino que envidio el mullido almohadon donde reclinais vuestras mórbidas formas, la fragancia que tanto os halaga, los cordones que ciñen vuestro esbelto talle, todo lo que con vos se roza, y creo que lo destruiria entre mis manos principiando por los hombres y concluyendo con las cosas. Yo no sé si serán celos, pero conforme para mí sois lo único que existe en el mundo, quisiera tambien serlo para vos, y como esto no sucede, de ahí esa cólera, ese disgusto profundo que abrigo hácia todo y en especial hácia el hijo del príncipe alano, porque á él le concedeis una parte de la preferencia á la cual si vos me amaseis solo yo deberia tener derecho.

—¡Qué locos son los hombres! murmuró Karïna.

—Teneis razon. Somos muy locos los hombres cuando creemos que una mujer nos ama.

—Si teneis celos ó envidiais cuanto á mí se refiere, cuanto toco ó cuanto me causa placer, en el mismo caso estaria yo respecto á vos que considerais el amor en segundo lugar. Para vos, la gloria es lo primero; el honor ántes que todo, y no vacilariais un momento en sacrificarme si mañana por un incidente cualquiera os encontraseis en el caso de optar entre mi cariño y vuestra gloria.

—Si me amarais, de fijo que no os extrañaria nada de eso; no puedo comprender que exista una mujer que quiera á un hombre sin honra: aprecio la gloria, sí; aprecio mi honor y no lo pongo en primer término, sino al nivel de mi amor; porque si quiero mi honra es por vos; si quiero gloria es por poder ofreceros sus laureles, y no creo que llegue dia que me digais: elige entre mi amor y tu honra.

—Teneis razon, repuso Karïna con una inflexion de voz dulce y armoniosa. No seré yo jamas quien os diga que por mí abandoneis esa senda que tantas veces ha ceñido á vuestra frente los laureles de la victoria; pero de la misma manera que yo nunca dudaré de vos, no quiero tampoco que dudeis de mí; os he dado á entender que os amaba y quizá llegue un dia en que con más franqueza, con mayor claridad os lo pueda decir; la simpatía sabeis que se forma en un momento; el amor tarda mucho más. No exijais imposibles; es verdad que Brieno trata de obsequiarme, pero de esto á que le conceda una preferencia marcada hay una distancia inmensa. Por lo tanto, no paseis temor alguno; si hoy no os amo con ese mismo amor que sentis hácia mí, tened la seguridad de que tampoco amo á nadie; que vos teneis derechos adquiridos que por nada ni por nadie trasmitiré á otro.

Guillen escuchó con profunda atencion cuanto le decia la jóven.

Era tan dulce y acariciador su acento que se infiltraba de una manera particular en el corazon de quien lo percibia.

Sus ojos al fijarse en los del jóven le fascinaban y le envolvian en una atmósfera de seduccion y de encantos tal que le subyugaba.

—Gracias, señora, dijo el guerrero al cabo de algunos segundos; me habeis hablado con el corazòn y quiero creeros. Si la insistencia de Brieno os llega á ser enojosa, decídmelo, porque mi brazo es vuestro, lo mismo que mi existencia.

—¡Oh!... no; jamas os expondria á semejante cosa; léjos de mí la idea de provocar una escena sangrienta entre los dos; callad, callad, no me hableis de eso que no quiero ni aun pensarlo.

Y el acento de la griega aparentaba tal terror, que hasta el hombre mas desconfiado le hubiera creido.

V.

En aquel instante y como evocado por las últimas palabras de Karïna, apareció en la puerta de la estancia el hijo del príncipe George.

El caudillo alano abarcó de una ojeada el cuadro que ante su vista se ofrecia y una sonrisa irónica vagó por sus labios.

En cambio, la frente de Guillen se nubló extraordinariamente.

Karïna palideció, pero se repuso en seguida, y dijo dirigiéndose á Brieno:

—Pasad, caballero. ¿Por qué os deteneis?

—Sentiria molestar...

—Vos no molestais nunca. Acercáos si gustais.

—Siento llegar en ocasion de interrumpir alguna conferencia interesante, dijo Brieno adelantándose y besando respetuosamente la mano de Karïna al par que la frente de Siscar se oscurecia más, y correspondia con una leve inclinacion de cabeza al ceremonioso saludo del recien llegado.

—Nuestras conferencias, repuso Karïna contestando á las palabras de Brieno, no son de aquellas que no podais escuchar.

—Siento, señora, que tomeis mis palabras en un sentido...

—No. Las he tomado como debia.

—Me parece que os encuentro más seria y grave que de ordinario.

—Estoy como siempre. ¿No es cierto, Guillen? continuó Karïna dirigiéndose al caballero.

—Desde luego.

—No era necesario que acudiérais al testimonio de este caballero para que creyese lo que vuestros labios decian, repuso Brieno con galantería.

—Con vuestro permiso, señora, dijo Siscar levantándose de su asiento.

—Qué, ¿os retirais ya? preguntó Karïna.

—Siento que mi presencia obligue á este caballero á retirarse tal vez mas pronto de lo que pensaba.

—No es vuestra presencia, contestó Guillen con sequedad. Si estorbárais, de otro modo os lo dijera.

—¿Qué quereis decir? preguntó ofendido el masageta.

—No tengo que daros cuenta de mis palabras.

—Es que...

—Señores, dijo Karïna interponiéndose entre ambos, reparad en donde estais.

—Teneis razon, señora, repuso Guillen inclinándose.

—Tened en cuenta, prosiguió la jóven, que me habeis creido...

—No lo olvidaré.

Y aproximando á sus labios la mano de Karïna, despues de dirigir una mirada de altanero desden al hijo del príncipe George, abandonó la estancia.

—Yo castigaré su insolencia, esclamó Brieno.

—Haréis lo que yo quiera, repuso Karïna fijando en él una mirada enloquecedora.

—Es verdad. Disponed de mí como os plazca.

Y los dos jóvenes se engolfaron en una de aquellas conversaciones que con tanta habilidad sabía manejar Karïna, y cuyo resultado era siempre quedar vencido el hombre con quien hablaba.

CAPÍTULO XXXV.

¿Qué fue lo que Roger sacó de su ida á Constantinopla?

I.

Tenemos necesidad de suspender nuevamente, si bien por breves momentos, nuestra estancia en Cicico, para tornar á Constantinopla donde dejámos á María y á Roger.

El caudillo catalan habia recobrado el afecto del emperador.

En la audacia de que aquel hizo alarde, Andrónico vió tan solo la indignacion del valiente á quien se le acusa de un crímen que no ha cometido.

De modo que predispuesto como estaba en su pro, no vaciló desde luego en devolverle todo su favor.

El valiente caudillo sólo deseaba partir para la guerra.

En todo lo que Ferrich le dijo comprendió que tenia razon; y para la gente turbulenta y aventurera que le acompañaba, la paz era tan perjudicial que á todo trance debia preferir tenerla constantemente en guerra.

Se les adeudaban las pagas de cuatro meses, y Roger hizo presente al emperador lo justo de semejante abono.

Andrónico no vaciló un momento en acceder á ello, y le satisfizo el dinero que le debia.

Roger no quiso que su esposa le acompañase en la nueva campaña que iba á emprender, y Andrónico la ofreció habitacion en su palacio para que permaneciese hasta que su esposo volviera de la guerra.

En este estado las cosas y disponiéndose el megaduque para regresar á Cicico, se encontró cuando ménos lo esperaba con una invitacion de Miguel, para tener una entrevista en sus habitaciones.

II.

Vacilando estuvo algunos segundos si accederia ó no á aquella invitacion, cuando María, que tuvo noticia del mensaje, corrió á él diciéndole:

—No asistas, Roger; no acudas á un llamamiento que pudiera empeorar tu situacion.

—Y ¿por qué? preguntó el guerrero.

—Desconfia de Miguel en todo: ese hombre que no tiene valor para herirte frente á frente, lo tendrá para clavar en tu pecho el puñal homicida.

—Por todas partes no ves más que traiciones.

—Y tú tienes una confianza que me asusta.

—¿No comprendes, María, que cuanto hiciesen contra mí redundaria tambien en contra de ellos? Por otra parte sabes demasiado que á nadie temo, que no me asusta la muerte, y que si me provocan, jamas rehuso el duelo ni me entretengo en contar mis enemigos.

—Por esa misma razon temo más; conozco tu carácter, y ellos que lo conocen tambien, tratarán de cometer una infamia; pero la disculparán con tu mismo arrojo, con tu misma osadía. Créeme, Roger; no vayas á la habitacion de mi primo. ¿Qué falta te hace estar bien con él? Lo estás con el emperador y lo demas debe importarte muy poco.

—Y ¿eres tú, mi esposa, la que me aconseja que me retire delante del enemigo?... ¡Por mi santo patron! María, no te conozco, ó tú no me conoces todavía.

—Piensa, Roger, que es mi corazon el que te habla, repuso María con desconsolado acento.

—Lo que debo pensar es que tu primo me ha mandado llamar, y que no asistir á su llamamiento pudiera juzgarse cobardía.

—¡Oh!... y ¿quién se atreveria á eso?

—Los cobardes que se han atrevido á menoscabar mi honra.

—Pero si puedes disculparte con la urgencia de tu marcha, con cien cosas que pueden dejarte á cubierto perfectamente.

—Aunque me encontrase en el alcazar de mi galera no vacilaria en acudir al llamamiento de Miguel.

Era tan resuelto el acento de Roger que María comprendió que no debia insistir mas.

Entónces dejó á sus lágrimas que suplicasen por ella.

Pero Roger no era hombre que formada una resolucion retrocediese por nada.

Contempló las lágrimas de su esposa, y aunque su corazon se deshacia al verlas correr, no la dijo una palabra y se vistió su armadura para penetrar en las habitaciones de Miguel.

III.

El hijo de Andrónico se encontraba acompañado de su hermano Calo Juan y del príncipe George.

Roger al verlos comprendió que su entrevista nada iba á tener de amigable.

Sin embargo, ni en su semblante reveló la emocion menor, ni su espíritu se anonadó al encontrarse en presencia de sus enemigos.

Grave, severo y altivo penetró en la estancia y saludó con respeto, pero sin humillacion, á los dos hijos del emperador.

En cuanto á George inclinó ligeramente la cabeza para devolverle el saludo.

—Me habeis llamado, señor, y he acudido solícito á vuestro llamamiento, dijo el caudillo catalan dirigiéndose á Kïr Miguel.

—Sabía que ibais á marchar y deseaba hablaros ántes de que partieseis.

—Ya sabeis que estoy siempre á vuestra disposicion.

—No es por mí precisamente por quien voy á hablaros, Roger.

—No comprendo.

—Es por mi pariente el príncipe George.

—Y ¿el príncipe necesita que el hijo de mi señor hable en su nombre para dirigirse á mí? Por cierto que es bien extraño.

—¿Qué nueva ofensa envuelven vuestras palabras? preguntó George dando un paso hácia Roger.

Este continuó dirigiéndose hácia Miguel.

—Y ¿puede saberse qué es lo que teneis que decirme, ya sea en nombre propio, ó ya en el de este caballero?

—Si los príncipes pudieran ofenderse por las palabras de los vasallos, yo tambien deberia estarlo de vos.

—No os comprendo, señor, repuso el general con bastante sequedad.

—Delante de mi padre pronunciasteis palabras que me son altamente ofensivas.

—Delante de vuestro padre pronunciasteis calumnias que han sido más ofensivas que mis palabras.

—No eran calumnias, repuso George.

—¡Ira de Dios! gritó Roger trémulo de cólera. ¿Quién os dá permiso para hablar? Dejad queda vuestra lengua, no sea que llegue á olvidarme donde estoy y castigue aquí mismo vuestra insolencia.

—¿A mí?

—A vos. Y lo mismo á toda persona, sea rey ó sea vasallo, que trate de ultrajar mi honor.

—Muy atrevido estais, Roger.

—Como debo estarlo, príncipe; y si ha sido para escuchar esto para lo que me habeis llamado, creo inútil prolongar la entrevista.

—¿Sabeis que puedo haceros pagar cara vuestra audacia?

—Y ¿olvidais que tengo siete mil soldados que entrarian á sangre y fuego vuestro imperio para vengar lo que conmigo hiciéraïs?

—¿Me amenazais?

—En mi boca la amenaza lleva inmediata la ejecucion. No os amenazo, os prevengo.

Y sin esperar la respuesta del príncipe, el caudillo catalan fijó una altanera

mirada en Miguel y otra más provocativa en George, y abandonó la estancia.

—Ese hombre nos ha insultado otra vez, dijo Miguel al príncipe masageta.

—Es necesario que muera.

—Lo sé.

—¿Habeis comprendido lo que aludia á sus soldados?

—Sí.

—Envuelve una amenaza para vuestro imperio.

—Bien claros ha dejado ver sus proyectos.

—Es necesario que no vuelva de esa campaña.

—Buscad el medio, dijo el heredero del imperio Bizantino.

—Lo encontraré.

Y cambiaron algunas frases más, en las cuales se traslucia perfectamente el deseo de venganza que los animaba.

IV.

Entre tanto Roger regresó al palacio que ocupaba en el barrio de *Blanquernas*, que como ya sabemos, fue el que Andrónico le señaló para morada desde su llegada á Constantinopla.

María esperaba llena de impaciencia.

Habia orado mucho durante aquella ausencia, y á cada momento temia recibir alguna mala noticia respecto á su esposo.

Al verlo de nuevo junto á sí, una alegría inmensa se apoderó de ella.

Pero al reparar en la severa expresion de la fisonomía de su esposo, comprendió que algo grave habia ocurrido en aquella entrevista y le dijo:

—¿Ves, Roger? ¿Ves como tenia razon al no querer que accedieses á la invitacion de mi primo?

—¡Por la santa Madonna della croce! exclamó Roger con marcado acento italiano, dando una puñada sobre la mesa de roble que habia en la estancia: esos miserables se han propuesto acabar con mi paciencia. ¡Oh! yo les juro que si mucho me buscan, van á encontrarme de un modo que no les agrade.

—Vete, Roger, vete entre tus soldados, que allí es donde únicamente estarás seguro. ¡Desgraciada de mí! que no pueda acompañarte en esta campaña.

—No, María, repuso el guerrero dulcificando su acento y contemplando con cariño á su esposa; prefiero que permanezcas aquí, donde quizá tu presencia me sea muy necesaria. No quiero exponerte á la azarosa vida de la guerra.

—Yo sufriria con gusto esos trabajos estando á tu lado; mi alma estaria más tranquila.

—Es inútil, María; no te empeñes, porque no puedes acompañarme: en el itinerario que tengo trazado debo contar los dias por las victorias sobre los ene-

migos de la cruz; y ya tú ves que no debo exponerte á las penalidades que nos esperan.

En vano fue toda la insistencia de la princesa de Bulgaria para conseguir de su esposo que la permitiese acompañarle.

Roger se opuso tenazmente y María permaneció en Constantinopla.

El general en jefe del ejército expedicionario se embarcó aquella noche en la misma galera que le habia conducido á Constantinopla.

V.

Al mismo tiempo el príncipe George, despues de conferenciar con Miguel, se embarcaba en un *leño* genoves y hacia rumbo al cabo Artacio para tomar el mando de las tropas masagetas que iban acompañando al ejército aragones.

Roger lo ignoraba.

George y Miguel consiguieron del débil carácter de Andrónico que hiciera aquel nombramiento con objeto de estar más cerca del guerrero á quien trataban de perder á toda costa.

Cuando llegó Roger á Cicico se encontró con grandes males que remediar.

Los comerciantes y los expendedores al menudeo estaban ya hartos de facilitar á los almogávares y á las tropas regulares las vituallas que necesitaban, y estos se veian en la precision de tomar á la fuerza lo que de buen grado no les querian conceder.

De cuyas resultas los ánimos estaban divididos y era necesario dar un golpe maestro, á fin de que no llegasen las cosas á un extremo del cual resultasen nuevas desgracias que deplorar.

Reunió apresuradamente á sus capitanes, y dirigiéndose en particular á Rocafort, al cual habia dejado encargado el mando durante su ausencia, dijo:

—Caballeros, he estado en Constantinopla y he hablado con el emperador. Todos los recelos que de él pudiéramos abrigar han desaparecido. Andrónico no faltará á sus promesas; pero en cambio tenemos en la córte un partido formidable que trabaja en nuestra contra y que puede causarnos muchos disgustos. Este partido está capitaneado por el príncipe Miguel, á quien incitan los genoveses que no pueden perdonarnos nuestras victorias.

—¡Por las barbas de Mosen Sent Jordi! gritó Rocafort con impetuosidad. Si los genoveses nos quieren tan mal, démosles una leccion para que nos quieran bien.

—Paso, paso, Bernaldo, repuso Muntaner tratando de calmar al fogoso caballero; no es esta cuestion de fuerza, sino de astucia.

—Decis bien, mícer, dijo Roger; si yo hubiera manifestado todo el enojo que me causaban algunas de las cosas que he sabido, solo nuestro Señor Jesucristo es capaz de saber donde fuérâmos á parar; pero no es de eso de lo que

debemos tratar ahora; traigo dinero para pagar á la hueste; he conseguido desvanecer un poco el nublado que nos amenazaba; pero cuando llego aquí, me encuentro con otro nublado más temible.

—¿Qué quereis decir, Roger? preguntó Rocafort.

—Quiero decir que las gentes de Cicico han sufrido nuevos vejámenes, y no era ese mi deseo.

—¿Quién les manda á los griegos no querer dar de comer á nuestros soldados? Si estos han arrancado las orejas á algun mercader avariento, á nadie sino á ellos mismos pueden echar la culpa de la malfetría que les ha pasado.

—Vamos, vamos, no demos alas á nuestros indisciplinados almogávares para que cometan nuevas tropelías. Id, Pedro Dávalos, prosiguió Roger dirigiéndose á un adalid aragones que estaba á pocos pasos de él; id y que inmediatamente se reunan en la plaza todos los acreedores que tengan nuestros soldados.

—¿Qué pensais hacer? preguntó Rocafort.

—Pagarles lo que se les adeuda.

—Pero se quedará sin paga el ejército.

—Y cometerán nuevos desórdenes, añadió Sancho de Orós.

—Los soldados recibirán las cuatro pagas que se les deben.

Los caballeros se encogieron de hombros significando no comprender lo que el general decia.

Muntaner sonrió de una manera imperceptible, y dijo á Rocafort con ese tono de respetuosa familiaridad que sabía usar el soldado cronista:

—No paseis penas, señor; pronto verémos lo que hará en Roger con los acreedores del ejército.

VI.

El adalid Pedro Dávalos hizo lo que su señor le mandó, y pocas horas despues todos los huéspedes que tenian soldados en sus casas y los mercaderes que les surtieran de víveres se hallaban reunidos en la plaza de Cicico.

Una vez allí el megaduque pidió las cuentas de cada uno de ellos y fué satisfaciéndolas con entera exactitud.

Los soldados contemplaban no de muy buen talante la conducta de su jefe, y algunos murmullos se exhalaron de los pelotones de almogávares que con las azconas atravesadas en el cinturon de cuero, contemplaban sombríos y enojados aquel suceso.

Roger sin hacer caso de las palabras que en voz baja le decian los caballeros que le rodeaban, continuó pagando hasta la última cuenta.

Una vez hecho esto se volvió hácia los cabos y adalides de las distintas compañías que componian su division, y les dijo:

—Ahora podeis ir y decirles á los soldados que mañana recibirán las cuatro

pagas que se les adeudan; sus cuentas acabo de pagarlas y conmigo no tienen deuda alguna.

La noticia cundió entre el ejército con extraordinaria rapidez.

Un clamor inmenso de vítores y alabanzas á Roger se elevó del seno de aquella apiñada multitud.

Estas alabanzas y clamores tomaron mayores proporciones cuando Roger mandó quemar los libros de cuentas en medio de la plaza, borrando de esta manera toda la inquietud que pudiera causar á los soldados el abono de ellas.

—¿No os lo decia, señor? murmuró Muntaner al oído de Rocafort.

—Por nuestro Señor Dios, repuso el caballero, que nunca jamas ví otro acto de liberalidad semejante.

—¡Pues ya sumaban las tales cantidades! Los soldados no han andado remisos en gastar y los mercaderes no han sido perezosos para anotar.

—¡Buen negocio han hecho!

—Lo que es en Roger mal mira por su hacienda si continúa con muchas dádivas por el estilo.

—Pero ha dado un gran paso para conquistarse tanto el aprecio del pueblo como el agradecimiento de sus soldados.

Todos los caballeros felicitaron á Roger por su comportamiento, y los soldados más expresivos aunque ménos corteses en la forma, recorrieron la ciudad dando gritos de alegría, y jurando con el más ferviente entusiasmo dejarse matar hasta el último, ántes que los enemigos tocasen á un solo cabello del dadivoso caudillo.

CAPÍTULO XXXVI.

Dos escenas provocadas por una misma persona.

I.

Cuando Roger se enteró de la llegada de George á Cicico y de la órden del emperador por la cual el príncipe alano debia tomar el mando de la division masageta, su furor no conoció límites.

El verdadero enemigo, el único á quien temia, si era posible que Roger pudiera temer á alguien, era George.

Le habia estudiado con detencion, y comprendia cuanto podia temerse de un carácter astuto y vengativo como el suyo.

El príncipe masageta se presentó á Roger afable y cariñoso.

Parecia que entre los dos ningun motivo de disgusto existia.

Esta facilidad de olvidar, este cambio tan repentino tanto en ideas como en hechos, necesariamente debia excitar sospechas en un hombre de inteligencia tan clara como la del megaduque.

La mayor parte de los caballeros que acompañaban á Roger, enterados como estaban de lo ocurrido en Constantinopla, no pudieron ver tampoco complacidos la llegada del masageta que tan hostil se mostrara siempre á los catalanes.

Y como consecuencia directa, los soldados que tambien conocian, aunque muy exageradas, algunas de las palabras que George pronunciara respecto á ellos, no pudieron avenirse de buen grado á mirarle entre ellos.

Sin embargo, contenidos por el ejemplo de sus jefes trataron de moderarse, y durante varios dias las cosas permanecieron en un estado de tranquilidad como jamas se conoció entre griegos y catalanes.

II.

Pocos dias ántes de su partida, Roger se encontraba una noche en el magnífico palacio medio arruinado que ocupaba en Cicico, famosa ciudad apellidada por los antiguos la Roma del Asia.

Encima de una mesa de roble en la que ardia una lámpara de barro groseramente trabajada se hallaba extendido un pergamino, en el que se veia trazado el plano topográfico del terreno que debia recorrer en la nueva campaña.

Nuestro héroe tenia fija en él su escrutadora mirada, y toda su inteligencia se concentraba en el estudio que de tanta significacion podia ser en sus operaciones militares.

El primer punto á donde debia dirigirse segun las instrucciones de Andrónico, era Filadelfia, importante ciudad de Lidia, la cual se hallaba estrechamente cercada por los turcos.

Gran preocupacion causaba al invicto megaduque la marcha de su ejército por entre ásperos desfiladeros y por tierra completamente desconocida, donde los peligros debian multiplicarse á cada paso.

De pronto percibió un ligero rumor.

Volvió la cabeza, y súbito apareció ante él, inmóvil y cubierta con un espeso velo, la figura de una mujer.

—¿Quién sois? preguntó el caballero alzándose del escabel en que se hallaba.

—Quien no esperas y te busca siempre, repuso la dama echándose atras el velo que la cubria.

—¡Karïna! exclamó Roger con desagradable sorpresa.

—¿No te complace verme?

—Estoy tan ocupado siempre que no puedo perder el tiempo en estériles conversaciones sobre una pasion que murió para no resucitar jamas.

—¡Siempre lo mismo!

—Extraño es que os sorprenda cuando debierais conocer ya mi carácter; cuando debierais comprender que al deciros una vez que mi corazon estaba muerto para vuestro amor, era para que os convencieseis de que pensar en su rehabilitacion es un absurdo.

—Pero y ¿mi honra perdida, nada significa para vos?

—Duéleme, señora, una cosa que hoy no es posible evitar.

—¿Por qué seducirme entónces?

—No tratemos de reprocharnos por una accion en la cual ambos tuvímos parte; si yo fui culpable, tambien lo fuisteis vos. Lo pasado es un sueño, y os suplico nuevamente que lo olvideis; yo tambien lo he hecho así.

—Sois implacable, exclamó Karïna con un acento en el que se traslucian cien sentimientos distintos.

—Soy fiel á mis deberes y nada más. Sólo deseo que comprendais los vuestros tambien.

—¡Los mios! ¿Por quién sino por vos falté á ellos?

—Hoy teneis otros; sois la amiga de la mujer que lleva mi nombre y teneis el deber de respetarla.

—¿Os empeñais en destrozarme el corazon?

—Quisiera que no me pusieseis en el caso de teneros que repetir palabras que tambien me cuesta trabajo pronunciar.

—Segun eso aun no se ha extinguido en tu corazon el recuerdo...

—Detenéos, señora, repuso Roger interrumpiéndola; no prosigais hablando en un lenguaje indigno de los dos.

III.

Las palabras de Roger dichas con extraordinaria cortesanía, aunque graves y severas, causaron profunda impresion en la griega.

A pesar de la conviccion que tenia de que Roger no la amaba, su corazon la impulsaba para recibir un nuevo desengaño.

Su venganza necesitaba aquel estímulo.

Habia momentos en que vacilaba: temia hacer daño á aquel hombre á quien amaba tanto.

Le veia entre sus asesinos, entre los mismos enemigos que ella le creaba, y semejante espectáculo era superior á sus fuerzas.

Entónces su corazon palpitaba con violencia, la faltaba valor, brotaba una lágrima de sus ojos; y un sentimiento de amor profundo, hijo de insensatas quime-

ras, la hacia correr al lado de el hombre á pedirle el amor que estaba muerto hacia mucho tiempo para el guerrero.

Y obtenia otra nueva negativa.

Y esta negativa caia como una gota de hiel en su corazon.

Su pensamiento analizando instantáneamente la causa de aquella repulsion, veia que otra mujer era la sola poseedora de su cariño, que otra mujer tenia el derecho de colmarle de caricias, de velar su sueño, de endulzar su existencia, y una cólera tan inmensa como su pasion, se despertaba nuevamente en su pecho.

Se desarrollaba el sentimiento de venganza y con más ardor volvia á urdir aquella trama, cuyo resultado no podia ser otro que la pérdida definitiva del hombre á quien amaba.

Las últimas palabras de Roger la causaron una de estas sensaciones.

El megaduque la contemplaba con severidad, y viendo que permanecia silenciosa, la dijo:

—Comprended, señora, que no es digno de vos venir á esta casa: quizá entre las personas que se cruzan en vuestro camino halleis alguna que os conozca, y...

—¿Temeis que tenga celos vuestra esposa? preguntó Karïna con marcado acento de ironía.

—María tiene la confianza que debe en su esposo, y sabe que no ha de faltarla nunca.

—¿Tanto la amais? preguntó la griega restregándose las manos convulsivamente.

—La amo como debo amarla.

—Y ¿si llegara un dia en que ella no os amase?

A esta pregunta hecha por Karïna con un acento profundamente intencionado, palideció Roger.

Pero se repuso inmediatamente, y contestó:

—No seréis vos la que consiga que de mí se olvide.

—No me provoqueis.

—Ya os he dicho en otra ocasion que no temia vuestras amenazas; si me conociérais no emplearíais medios que sentarian muy bien á una mujer vulgar, no á vos.

—Cuando se ama como yo, á todo se apela y de todo se saca partido.

—No tengo miedo á los hombres; graduad, señora, si podré tenéroslo á vos, repuso Roger con acento en que se traslucian los esfuerzos que estaba haciendo para aparecer tranquilo.

—Es que una mujer despechada es más temible que un enemigo rencoroso.

—Podeis hacer lo que mejor os plazca.

—Puedo crearos enemigos de tal magnitud que toda la gloria conquistada en Sicilia, todo el renombre que os ha granjeado vuestra primera campaña en este

país, se hunda en el lodo. Los enemigos que yo puedo crearos mancillarán vuestra honra, arrojarán vuestro nombre á la execracion pública, y os arrebatarán toda la estimacion y todo el cariño de que hasta ahora os habeis mostrado tan orgulloso.

—¡Señora, callad! gritó Roger viendo que iba á estallar su furor.

—Mi venganza ha de ser terrible, tenedlo entendido. Os ofrecí la paz, no una sino muchas veces, os he pedido un átomo de amor y no me lo quisisteis conceder; pues bien, tengamos guerra, puesto que la guerra os place; pero tened entendido que yo seré la vencedora, y llegará un momento en que despues de veros acusado por vuestras mismas tropas, despues de tener que reprimir cien motines de vuestros mismos soldados, despues de perder honra, gloria y hacienda, moriréis asesinado de una manera traidora; no tendréis la gloriosa muerte de los campos de batalla, sino la muerte del foragido, con el puñal, no con la espada.

—¡Callad, señora! ó vive Cristo que voy á olvidarme de quien sois para no recordar mas que la afrenta que me haceis.

—Eso solo os falta, repuso Karïna con punzante desden; despues de haber engañado á la doncella, ultrajar á la mujer es una hazaña digna de vos.

—¡Salid de aquí!

—Voy á hacerlo; quizá no sea esta la última vez que nos veamos; pero ten presente una cosa, Roger: cada una de las veces que volvamos á vernos será un signo de desgracia para tí. Mi venganza se cernerá sobre tu cabeza como un ave de mal agüero, sin que se separe de tí hasta que uno de los dos hayamos sucumbido.

—¡Salid!

—A Dios. Te dejo solo; pero no olvides que te he suplicado amor, que ese amor era mi felicidad, que ese amor nada te costaba concedérmelo toda vez que nada te exigia por él. Ahora nada te pido. ¡Ay de tí, el dia que vengas á demandarme una gracia!

Y Karïna, despues de pronunciadas estas palabras, destelló una mirada tal sobre Roger, que este no pudo ménos de estremecerse; y ántes de dirigirla la palabra, ántes de que pudiera contestar á sus últimas expresiones, salió de la habitacion dejándolo preocupado y sin acertar á explicarse el vago terror que experimentaba.

IV.

La griega seguida de Zacaroüs, que la esperaba á la puerta del palacio, se dirigió precipitadamente hácia su casa.

El jorobado durante el camino trató de hacer hablar á su señora.

Todo fue inútil.

La jóven estaba ciega de cólera, y el despecho ahogaba las palabras en su garganta.

Zacaroüs, viendo la inutilidad de todas sus tentativas, se contentó con mover la cabeza de una á otra parte y murmurar:

—¿Qué diablos le habrá pasado á la señora con el general español?

Y Karïna corria desesperada al paso que el jorobado la seguia cojeando, sin cesar de repetir:

—Pues yo he de saber lo que ha ocurrido.

Por fin, llegaron á la casa que habitaba la griega.

Esta penetró precipitadamente en ella y mandó llamar á Paolo.

Poco despues el italiano estaba en su presencia.

—¿Qué mandas, señora? preguntó.

—¿Está dispuesto todo para la marcha segun te ordené esta tarde?

—Habiéndolo tú mandado, ¿iria á desobedecerte?

—Está bien; corramos, pues.

—Pero ¿ahora? preguntó Paolo sorprendido.

—Sí, contestó secamente la jóven.

El italiano no se atrevió á replicar.

Conocia el carácter y la resolucion de la griega, y consideraba inútil tratar de disuadirla.

En su consecuencia, inclinó la cabeza en señal de asentimiento y salió de la estancia.

Momentos despues, Karïna, acompañada de Paolo y seguida de cuatro escuderos perfectamente armados, salia de Cicico en direccion al Cabo Artacio.

V.

A los seis dias de su marcha, en una suntuosa cámara del palacio de *Blanquernas*, mansion que ya sabemos ocupaba en Constantinopla la familia de Roger, María, reclinada en su silla de alto respaldo con ricas entalladuras de oro, conversaba con la princesa Irene, su madre.

—Madre mia, ¿no os parece que el emperador vuelve de nuevo á dar oídos á los enemigos de mi esposo?

—¿En qué te fundas?

—Ayer el emperador me habló con alguna ironía de la prueba de liberalidad que Roger ha dado en Cicico, quemando las cuentas de los gastos que hicieran sus soldados.

—Accion más digna de loa que de vituperio, repuso la princesa.

—Pues Miguel se ha atrevido á burlarse de semejante conducta.

—Nada tiene de extraño en tu primo: acostumbra á mofarse de todo aquello que ni es capaz de hacer ni lo será nunca.

—Teneis razon, madre mia; tambien observé que Miguel hablaba demasiado

con el patricio Nicéforo y con el *eteriarca* (1), que como sabeis son enemigos personales de Roger.

—Y ¿pudiste escuchar algunas de sus palabras?

—Observé sus miradas que se fijaron con persistencia en la hija de Roger, y el nombre de su padre salió de sus labios en más de una ocasion.

—Quizá tu cariño te haya hecho temer la existencia de un peligro tal vez imaginario.

—¡Oh, madre mia! el corazon nunca se engaña al presentir las horas de su desgracia.

—El peligro para tu esposo es siempre el mismo: la envidia ha sentado sus reales en el corazon de tu primo, y ese es el verdadero, el único enemigo que teneis.

—Ayer Miguel se aproximó á mí, y con esa sonrisa incisiva y ese acento intencional que tan mal efecto os causa, me dijo: Puedes estar contenta de tu esposo, el nuevo rasgo que ha hecho prueba una gran generosidad; mas debes encargarle que tenga gran cuidado, porque puede algun dia volverle las espaldas la fortuna, y entónces no le será fácil la práctica de semejantes acciones.

—Y ¿qué le contestaste?

—Nada, le miré con desprecio persuadida de que me rebajaba dirigiéndole una sola palabra.

—Vamos, vamos, hija mia, veo á pesar de todo que no hay una razon que justifique tus temores; voy á ver al *phogoteta* (2) y al *protostrator* (3) que son amigos de tu esposo, y estarán al corriente de cuanto ocurra.

—Y si nada saben, si nada sospechan, que redoblen su vigilancia, madre mia, que no se descuiden un momento; pues ese momento quizá pudiera costar la vida del hombre por quien tengo el deber de velar.

La princesa Irene trató en cuanto estuvo de su parte de tranquilizar á su hija, y abandonó la estancia.

Entónces su pensamiento voló hácia el esposo ausente, y una lágrima brilló en sus ojos.

Acariciaba en su mente al hombre que amaba tanto, y del fondo de su pecho elevó una fervorosa plegaria al que todo lo puede para que velase por la existencia del que tan querido la era.

Y cuando más embebida se hallaba en sus meditaciones, un ligero rumor, que de pronto se percibió en la estancia, la hizo dirigir la vista hácia el sitio donde sonaba.

Un paje estaba en la puerta de la cámara.

(1) Jefe de la guardia del emperador.

(2) Tesorero imperial.

(3) Gran caballerizo.

—Una dama desea ver á mi señora, dijo.

—¿Ha dicho quién es?

—No ha querido manifestar su nombre.

—Pues bien, que pase.

El paje hizo una reverencia, y á poco el tapiz que cubria la puerta se alzaba dando paso á una dama cubierta cuidadosamente con un velo.

VI.

Cuando estuvieron solas, dejó ver su rostro sin decir una palabra.

Al reconocerla, palideció la esposa de Roger al par que murmuraba:

—¡Ella aquí!

Nuestros lectores comprenderán por la exclamacion de María que la tapada misteriosa era Karïna.

La griega fijó una mirada penetrante en María, y dijo adelantándose hácia ella:

—¡Qué recibimiento tan frio me haces!

La megaduquesa alzó la cabeza con dignidad y correspondiendo con otra mirada altiva á la de la griega, repuso:

—No comprendo cómo tengais atrevimiento para presentaros delante de mí.

—¡Ah!... Parece que renuncias á nuestra antigua amistad.

—No pronuncieis ese nombre, que en vuestros labios es un sarcasmo.

—Me place veros en ese terreno, señora, dijo Karïna con altanería tambien.

—Extraño que os hayais atrevido á penetrar en una casa donde nadie os ha llamado.

—Eso equivale á despedirme de ella.

—Me alegro que lo hayais comprendido.

—Pero no me marcharé hasta despues de hablaros.

—No adivino lo que tengais que decirme, repuso María alzándose de su sitial.

—Vengo á hablaros de Roger.

Al escuchar María esas palabras fijó en ella sus ojos con una expresion irritada, y la dijo:

—Y ¿quién os ha dado derecho para pronunciar ese nombre?

—Tengo más derechos que vos.

María se llevó entrambas manos al pecho como si quisiera ahogar los latidos de su corazon.

Recordó que Karïna habia sido la amada de su esposo, recordó la escena de Cicico, y sintió un dolor infinito en su pecho.

—¿Queréis hablarme de un amor que ya no existe en el corazon de mi esposo? dijo la megaduquesa haciendo un esfuerzo y recobrando toda su altivez.

—¿Os ha contado Roger nuestros amores? ¡Feliz la esposa que semejantes confidencias obtiene de su marido! respondió con punzante ironía la griega.

—No tengo que daros ninguna explicacion sobre ese particular.

—Oidme, María: habeis hablado de derechos en el amor, y si en ese terreno entramos nadie como yo los tiene; era una niña cuando conocí á Roger, le hice dueño por completo de mi corazon, confié en el suyo, le amaba con toda la fuerza de mi pasion, y él me juró un amor eterno; pero, ¡ay!... sobre la menuda arena de la playa trazó aquel juramento, y la marea borró en una noche aquellos caractéres. Él se olvidó, pero en cambio yo he guardado mi corazon y mi cuerpo; nadie como vos conoce las costumbres y la vida de este país; no necesito deciros las sugestiones, los consejos de que se han valido para conducirme al terreno por cuya pendiente se arrastra hoy toda la córte griega: y, ¿sabeis porqué he permanecido así? porque amaba á Roger; porque le amo todavía como vos no le amaréis nunca. Por él he permanecido pura en medio de la corrupcion; por él y sólo por él vivo, y el dia en que Roger muera será tambien el último de mi existencia.

VII.

Durante aquel largo parlamento María habia estado sufriendo extraordinariamente.

Con su mirada fija en el semblante de Karïna lo analizaba, y al ver aquella hermosura tan espléndida y atrevida, al comprender todo el amor que guardaba en su pecho, temia no llegase un momento en que Roger se olvidase de que era esposo para acordarse que era hombre.

Sin embargo, persuadida de que no debia dejar sin respuesta la manifestacion de Karïna, hizo un esfuerzo para dominar la angustia que la ahogaba, y dijo:

—Mi esposo al hablarme de su pasado, al hacer esa confesion general que el hombre de corazon hace siempre á la esposa ántes de entregarla su nombre, al par que me reveló el orígen de esa cándida niña, para la cual he tratado de ser una segunda madre, me habló de vuestros amores, y mi corazon se estremeció de alegría porque comprendí que no debia infundirme temor alguno vuestro cariño.

—Pero cuando una mujer quiere, el hombre ama.

—Cuando ese hombre se llama Roger de Flor nunca falta á sus juramentos: repuso María con altivez.

—Juramentos me hizo á mí, dijo Karïna.

—Juramentos de amor los vuestros, de deber los mios.

—Razon de más para que le sean difíciles de cumplir.

—No digais eso, señora, repuso María sintiendo que se la desgarraba el corazon.

—Y tened presente lo que os digo ahora, María, continuó la griega. Tened presente que si Roger desoye ese amor con que le brindo, si persiste en olvidarse de sus antiguos compromisos como hasta ahora, mi venganza será tan grande como mi pasion.

—Callad, señora; ni Roger ni su esposa se intimidan con amenazas.

—Temblad si estas amenazas llegan á realizarse.

—Tiene Roger enemigos más poderosos que vos, y ya le veis cuan sereno se encuentra. Con las almas cobardes de vuestros compatriotas quizá pudiérais sacar partido; con las del temple de la suya no le sacaréis jamas.

—Y si os digo que todos los enemigos que hoy tiene Roger son enemigos creados por mí, ¿qué me contestaréis?

—Que sea en buena hora; yo en su nombre acepto esa guerra que me ofreceis; ni el uno ni el otro tenemos por qué temeros, pues está de nuestra parte la justicia; y poco nos importa que creeis todos los enemigos que querais: cuanto más fuerte sea la lucha, mayor será la gloria del vencedor.

—Perfectamente; no olvidaré que admitis mi reto.

—Eso es lo que quiero: y como comprenderéis, debemos dar por terminada ya esta entrevista.

—Ved que me asisten probabilidades de triunfo, que mis derechos están muy por encima de los vuestros, y...

—Hemos concluido.

Y María al pronunciar esas palabras lanzó una mirada llena de dignidad y de altivez, y abandonó la estancia. Karïna fijó sus ojos con una expresion implacable en la puerta tras de la cual habia desaparecido, y murmuró con terrible acento:

—¡Pobre mujer! crees vencerme porque confias en el amor de tu esposo... ¡Cuán engañada estás! Mi venganza es implacable.

CAPÍTULO XXXVII.

El mal genio de Roger.

I.

La entrevista que acababa de tener lugar entre María y Karïna produjo dos resultados distintos en ambas.

En el corazon de la esposa de Roger sembró los celos.

En el de la griega esparció la alegría.

Por más que la princesa de Bulgaria tuviera una gran confianza en su esposo, era mujer y mujer enamorada y el verdadero amor no puede existir sin celos.

Añadamos á esto las palabras y las amenazas de Karïna, y comprenderemos cuales podrian ser los sentimientos que agitarian aquel corazon despues de la escena anterior.

Trató de ahogar el dolor que la torturaba y nada dijo á su madre.

Karïna desde el palacio de *Blanquernas* enderezó sus pasos hácia el *Augusteo* donde estaba la regia mansion de Andrónico.

El velo que cubria su semblante impedia reconocerla, y ninguno de los oficiales del emperador pudo sospechar quien era la persona que con tanta insistencia solicitaba ver al príncipe Miguel.

II.

El hijo de Andrónico principiaba á encontrarse satisfecho.

Veia próximo el momento en que aquel enemigo tan terrible cayera ante sus plantas completamente vencido, y esto para su ambicion y para su envidia era suficiente.

En la licenciosa córte de Grecia era muy general que las damas se presentasen en las habitaciones de los altos magnates, faltando al pudor y á todas las leyes del recato y de la moral.

Así fue que no sorprendió al príncipe el anuncio de que una dama deseaba hablarle.

Concedió permiso para que pasara adelante, y poco despues Karïna estaba en su presencia.

Al verla, el príncipe exclamó sorprendido:

—¿Tú aquí, Karïna? ¿Qué quiere decir esto?

—Tenia necesidad de hablar con vos ántes de dar el último golpe.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿No te he conferido poderes amplios para que obres de la manera que mejor te parezca?

—En momentos así, se hace necesario que todos los aliados se reunan para que acuerden definitivamente la conducta que debe seguirse.

—No veo esa necesidad; ademas, estando á tu lado no sé pensar en otra cosa más que en tu amor, ni admirar otro objeto que tus encantos.

—Siempre galante, dijo Karïna sonriéndose.

—Esclavo de tu belleza siempre.

—Vamos, príncipe, dejemos ahora mi belleza y ocupémonos de cosas más graves.

—Difícil es que contigo pueda tener la gravedad que, segun dices, exigen las circunstancias.

—Cuando se tiene ambicion y cuando se desea vengarse de una persona, es preciso que esas pasiones dominen á los sentimientos.

—Es imposible, te amo demasiado para sobreponer tu amor á nada del mundo.

—Entónces no odiais á Roger.

—¿Que no le odio? exclamó con acento implacable Miguel. No sabes lo que dices. Si supieras las últimas ofensas que me ha hecho, si hubieras oido aquí, en este mismo sitio, de la manera que me ha hablado, comprenderias que su muerte es insuficiente aun para satisfacer mis deseos de venganza.

—Si ese deseo fuera real y positivo, no es posible que pensarais en mi amor.

—¿Por qué?

—La venganza es una pasion ardiente, que cuanto más trata de concentrarse crece más, se desarrolla, y avasalla por completo todas las pasiones; el placer que produce y que se va saboreando poco á poco, es un placer con el cual se sueña; placer punzante, que irrita, que desespera, que enloquece; es un goce que halaga por lo mismo que más nos afanamos por realizarlo; cuando uno siente ese deseo vehemente, cuando la ofensa recibida se esculpe en el corazon con caractéres de fuego, entónces no hay amor, no hay sentimiento alguno capaz de borrarlos ó de hacerlos palidecer; por eso os digo que ó vos no comprendeis la venganza de la manera que yo la concibo, ú os engañais al hablarme de un amor que no sentis de la manera que quereis expresar.

—¿Dudas de mis palabras, Karïna?

—Dudo de vos, contestó con acento desdeñoso la jóven.

III.

Miguel contempló á Karïna con profunda sorpresa.

Aquella mujer le reprochaba, jugaba con él cual si fuera un niño.

En las palabras de la jóven existia un fondo de verdad que no podia desconocer.

Alma baja y cobarde la suya, era incapaz de sentir ninguna de esas grandes pasiones que ennoblecen el corazon.

El amor que por la griega experimentaba, no era amor, era deseo.

El amor engrandece, sublimiza; es el crisol que purifica al alma.

Si Miguel hubiese amado no sintiera deseos de vengarse.

Por eso hemos dicho ántes que el príncipe no desconocia la existencia de un fondo de verdad en las palabras de Karïna.

Analizaba sus sentimientos con esa frialdad, patrimonio exclusivo de ciertos seres, y veia claramente que podian hermanarse muy bien aquellas dos pasiones.

Sin embargo, le irritaba que la jóven leyera en su corazon de la manera que lo hacia.

Así fue que la dijo frunciendo ligeramente el entrecejo:

—Repara, Karïna, que tus palabras me ofenden.

—Lo siento; pero no he acostumbrado nunca á disimular mis impresiones. Observo, estudio y hablo con entera ingenuidad. Si yo me he ligado á vos ha sido por vengarme de Roger.

—¿Tú?

—Sí, yo; quiero vengarme de él y sobrepongo todas las demas pasiones á la que es objeto de todos mis afanes; vengo durante muchos años recreándome con ella; trato de dilatarla á fin de saborear con doble delicia el goce que me ha de proporcionar; pienso en los tormentos que sufrirá ese hombre el dia en que se realice, y hay momentos en que soy feliz pensando en su horrible agonía. Para mí no hay amor, no hay amistad, nada existe mas que esta venganza, y á ella dedico todos mis esfuerzos. Así es como yo concibo ese deseo haciendo abstraccion de todo para pensar sólo en él.

—¿Tanto te ha ofendido?

—Cuando tan terrible quiero que sea mi venganza podeis comprender muy bien si es grande mi ofensa. Pero veo que estamos perdiendo el tiempo en palabras, y urge pensar en obras.

—Y ¿qué?...

—Y ¿el príncipe George?

—Debe estar ya en Cicico, donde ha marchado para ponerse al frente de las tropas masagetas.

—¡Oh! exclamó la griega con alegría; marcho pues inmediatamente para prepararlo todo. ¡Cuánto me alegro que esté allí! De esa manera el golpe que va á recibir lo pondrá más á nuestra merced.

—¿Qué quieres decir?

—Que esa marcha nos sirve de mucho; casualmente venía á hablaros de la conveniencia de que el príncipe fuese allí.

—Pero ¿qué piensas hacer?

—Va á correr la sangre de los masagetas y de los almogávares, y entre los cadáveres que la lucha esparza por las calles de Cicico, ha de quedar el del hijo de George.

—¿Qué dices?

—Que Brieno morirá, y de esta manera el corazon del padre clamará más alto todavía que el del cortesano.

—¡Pero eso es horrible! murmuró Miguel asustado ante el proyecto de Karïna.

—Cuando se desea un fin, jamas se repara en los medios, contestó la griega con indiferencia.

IV.

Miguel estaba aturdido.

La manera de razonar y la sangre fria de la jóven le aterraban.

Verla serena en medio de la tempestad que ella misma estaba formando, era suficiente para que él, que sólo tenia el valor de los cobardes, se sintiera completamente dominado.

—Y ¿qué vas á hacer? la preguntó.

—No creo que os interese, príncipe.

—Repara, Karïna, que tu conducta es bastante extraña.

—Poco debe importaros mi conducta y los medios de que pienso valerme para conseguir mi objeto, si este os satisface.

—¿Estás segura del resultado? preguntó Miguel completamente subyugado por su egoismo.

—Descuidad; lo que yo quiero...

—Casi vas á hacerme creer que lo quiere el diablo tambien.

—Nada tendria de extraño.

—¿Qué es eso, preguntó Miguel al ver que la jóven abandonaba su asiento, vas á dejarme ya?

—Tengo necesidad de marchar á Cicico inmediatamente.

—¿Cómo?...

—Mi objeto era lograr que á toda costa fuese George á ponerse al frente de los masagetas, y estando ya allí, debo correr para encontrarme cuando estalle la rebelion.

—Pero ¿qué rebelion es esa?

—Ya lo sabréis.

Y Karïna dejando al príncipe lleno de confusion, abandonó su cámara, y momentos despues salia del palacio.

V.

Atravesó apresuradamente el *Augusteo,* y no trascurrió mucho tiempo sin que se hallase en el *Cuerno de oro,* donde la estaba esperando el esquife de su galera.

Sobre su cubierta estaba Paolo.

—¿Qué ocurre, señora? la preguntó cuando puso el pié en ella.

—Cargad las velas, tended los remos, y á Cicico inmediatamente.

—Pero. .

—¡Pronto, Paolo, pronto! repuso la griega con acento imperativo.

El italiano dió las órdenes que acababa de recibir de su señora, y poco despues la nao á todo trapo hacia rumbo al Cabo Artacio.

VI.

Siete dias despues Karïna estaba en la casa de Cicico donde ya en otra ocasion la hemos visto.

Inmediatamente que llegó dispuso que Zacaroüs penetrase en su estancia.

—¿Qué ha ocurrido durante mi ausencia? le preguntó:

—¡Oh!... mi buena señora, contestó el jorobado con meloso acento; nada de particular, aunque todo hace presagiar que algo bueno se prepara.

—No te entiendo.

—Con la venida del príncipe George están muy divididos los ánimos. Los masagetas están envalentonados con tener á su general al frente, y esos malditos almogávares tambien se encuentran más orgullosos que nunca.

—Bueno.

—Ya lo creo; tengo deseos de que estalle la lucha entre ellos, porque á la verdad, mi buena señora, unos y otros son malos.

—Lo sé.

—Y si ellos se mataran entre sí, ganaríamos nosotros.

—Todo se arreglará.

—Ha venido á veros dos ó tres veces el caballero don Guillen de Siscar, repuso maliciosamente el jorobado.

—Y ¿qué ha dicho?

—Se sorprendió cuando supo vuestra partida, y... vamos, se conoce que os ama.

—Bien. ¿Ha venido Brieno?

—¡Ya lo creo! Si el pobre no sueña mas que en vos.

—De esa manera más fácilmente llegarán á las manos.

—¿Sabeis, señora, que sois terrible?

—¿Quién te dá derecho para que te entrometas en hacer apreciaciones respecto á mí?

—Perdonad... repuso con servilismo el jorobado, dominado por el severo acento de la jóven.

—Que te sirva para lo sucesivo esta leccion.

—¿Teneis algo que mandarme?

—Sí.

—Hablad.

—Es necesario que inmediatamente te ocupes en excitar á los masagetas contra los catalanes.

—Hildeboro está cada dia más furioso contra ese Ferrich á quien Dios confunda.

—Bien. Está próximo ya el momento en que ha de estallar la tempestad, y

conviene tener reunidos todos los elementos para conseguir nuestro triunfo.

—Os comprendo.

—Ya lo sabes; disponlo todo, y ten presente que en proporcion del servicio, así ha de ser la recompensa.

—Por serviros arriesgaré hasta mi existencia.

—Para eso te la he comprado; puedes marcharte y no olvides que es necesario tanta prudencia como valor.

Zacaroüs hizo algunas reverencias á la griega, y abandonó la estancia.

VII.

Pocos momentos despues Karïna decia á Paolo:

—Vuela, Paolo, llegó el momento de obrar. Es necesario que te avistes con los oficiales griegos y que cunda la voz de que si el príncipe George ha venido á ponerse al frente de las tropas masagetas, es porque en Constantinopla se ha descubierto una conspiracion de la cual era Roger el alma, y cuyo objeto era apoderarse del trono y tomar la señoría de Grecia.

—Pero, señora...

—Haz lo que te digo.

—Es que...

—¿No me has oido?

—Te obedeceré.

Paolo era completamente incapaz de resistirse á la voluntad expresada tan enérgicamente por Karïna.

Así fue que la dirigió una mirada que expresaba la desesperacion que sentia, y abandonó la estancia para obedecer las órdenes que acababa de recibir.

CAPÍTULO XXXVIII.

Mentiras bien urdidas.

I.

Zacaroüs dijo perfectamente.

La llegada de George á Cicico, segun ya manifestámos, produjo una impresion profunda.

Conocida ya la especie de antipatía que reinaba entre los almogávares y los masagetas, debe comprenderse que los unos vieron en aquella llegada la de un nuevo enemigo quizá mucho más formidable por ser tambien más elevada su posicion, y que los otros se tornasen más atrevidos toda vez que contaban con el apoyo de su jefe.

En cuanto al príncipe, tuvo una conferencia con su hijo y hablaron largamente respecto á Karïna.

El padre advirtió que Brieno estaba enamorado perdidamente de la griega.

Pero como quiera que nada significaba para sus proyectos, nada le dijo.

Uno y otro fuéron á casa de la jóven, y ambos obtuvieron la misma contestacion.

Mucho les sorprendió; mas George que conocia á la griega, sospechó que aquella marcha significaba algo para sus proyectos.

Volvió Karïna, y enterada por Zacaroüs de todo lo ocurrido, dióse á pensar en cuál sería el medio más apropósito para adelantar la excision que un dia ú otro debia estallar entre los soldados de ambas naciones.

II.

Por fin dió con el medio.

Supo que dos dias despues Roger pensaba revistar todas las tropas que componian su ejército, á fin de ponerse en marcha el inmediato.

Girando sobre esto, aquella mujer, que ante nada retrocedia y que en lo más insignificante encontraba motivo para formar una conspiracion, sonrió satisfecha porque una feliz idea acababa de brillar en su imaginacion.

Inmediatamente mandó llamar á Zacaroüs.

Le dijo que marchase á la casa donde moraba Guillen de Siscar, y le indicára que fuése á verla en seguida, añadiéndole como cosa suya que estaba muy disgustada y necesitaba su ayuda.

El astuto jorobado desempeñó perfectamente su mision.

Siscar se llenó de alegría, y vistiendo apresuradamente la cota de malla, tomó las armas y dirigióse á la casa de Karïna.

La griega estaba trasfigurada, por decirlo así.

Aquel semblante alegre con que la vímos sostener su primera entrevista con Zacaroüs se tornó en pálido, ojeroso y acongojado como si un gran pesar la destrozase el corazon.

Al verla de aquella manera el caballero se precipitó á sus plantas diciéndola:

—Señora, ¿qué os sucede?

—¡Ay, Guillen! exclamó con acento triste y apenado, tendiéndole una mano que el guerrero retuvo entre las suyas algun tiempo más de lo que exigia la etiqueta de la época.

—Pero, ¿qué teneis?

—Soy muy desgraciada.

—¿Desgraciada vos... y no me revelais la causa de esa desgracia? Habladme, habladme refiriéndome todo cuanto os sucede. Demasiado sabeis cuanto os amo, y si á costa de mi vida puedo daros la felicidad, tened por seguro que la obtendréis de nuevo.

Estas palabras parecieron renovar el dolor de Karïna, que repuso con un acento más afligido todavía:

—¡Vuestra vida! ¡Oh!... no sabeis cuanto la aprecio para tratar de comprometerla en lo más mínimo!

—¿De veras, señora? ¿Os es grata mi existencia? No puedo expresaros lo que os agradezco esas palabras.

—He dicho lo que sentia, contestó fingiendo una admirable sencillez la jóven.

—¡Bendita seais! ¡Si comprendierais la ventura que con esas palabras me acabais de dar!...

—En cambio, ¡cuán desgraciada soy! murmuró Karïna con profunda tristeza.

—Es verdad. ¿Veis cuán egoistas nos hace la dicha? Esa palabra que me habeis dicho pensando en mí, me hizo olvidar de vos. Vamos, Karïna, hablad: explicadme lo que os sucede.

—¡Oh! ¡nunca! repuso la jóven con un terror demasiado vehemente para que fuese natural.

—Más daño me causais con vuestro silencio que con vuestras palabras.

—Pero si hablara sería peor.

—Vamos, señora, ó es mentira que por mi sentis algo, ó no acierto á explicarme la causa de vuestro silencio.

—¿Así dudais de mí?

—¿Quereis tener confianza en mi fe de caballero?

—Siempre la he tenido.

—Pues, hablad.

—¡Oh, Guillen! No me pidais una confesion que tanto trabajo me cuesta haceros.

III.

Todas las reticencias de la jóven, aquel terror expresado de una manera tan elocuente, todo aquel misterio, excitaban más vivamente la curiosidad de Siscar.

Sin saber por qué, su imaginacion se fijó en un punto.

Este era Brieno.

Pensó que el masageta era la causa del dolor que la oprimia.

Y los celos se desarrollaron con doble fuerza en su corazon.

—Decidme, señora, ¿para qué me llamasteis? preguntó de pronto fijando una severa mirada en Karïna.

La griega le contempló á su vez de una manera intensa, y como luchando con una idea terrible le dijo:

—No, no quiero decíroslo.

—Pero yo necesito saberlo.

—¡Qué cruel sois!

—Habeis excitado mis celos, mi curiosidad, mi amor, y es preciso dejar satisfechas esas tres sensaciones; despues de darme á entender que me amais, tengo el derecho de preguntaros ¿para qué me mandasteis llamar?

—Ya os lo he dicho.

—Perdonad; pero la causa principal no la conozco todavía.

—¿En qué os fundais?

—En primer lugar Zacaroüs me ha dicho que padecíais, que me necesitabais, que Brieno estuvo aquí.

—¡Ah!

—Esa exclamacion acaba de confirmar mis sospechas. ¿Qué ha venido á hacer ese hombre aquí? ¿En qué os ha ofendido? Hablad de una vez ú os juro por el señor Dios que no me volveis á ver.

—¿Qué decis? exclamó Karïna.

—Lo que estoy resuelto á cumplir; buscaré á Brieno por todas partes; desahogaré la cólera que me haceis sentir y desapareceré para siempre.

—No puede ser; mi corazon se partiría de pesar.

—Decidme la verdad.

IV.

Karïna inclinó la cabeza entre sus manos.

Durante algunos segundos reinó el más profundo silencio.

Por fin Karïna alzó la cabeza.

En su frente brillaba una resolucion extraordinaria.

Sus ojos destellaban una luz sombria.

—Pues bien, dijo, puesto que lo quereis, sea; pero juradme que en todo y por todo seguiréis mis indicaciones, en la inteligencia de que en ellas nada habrá contrario ni á vuestra honra de caballero ni á vuestro honor de soldado.

—Señora, mucho exigir es, contestó Siscar doblemente sorprendido y preocupado por la condicion que se le imponia.

—Si no es con esa condicion, nada sabréis.

—Hablad; y siempre que lo que tengais que exijirme no sea cometer una vileza ó rebajar mi dignidad, dispuesto estoy á complaceros.

—¿Pensais que al hombre que yo amo?...

—¿Me amais de veras?

—¿O al hombre á quien distingo con mi aprecio, repuso Karïna, como queriendo contener aquella frase que de sus labios se habia escapado casi á su pesar, fuera á exigirle algo que pudiera empañar el brillo de su fama?

—Creí vislumbrar amor en vuestras palabras, y no me quereis conceder ese rayo de felicidad.

—En cambio os concedo la esperanza.

—Teneis razon: debo contentarme con ella; hablad, decidme de una vez qué causa vuestro dolor.

—Brieno ha estado aquí.

—Y ¿ese miserable ha sido?...

—Calma, Guillen: me habeis prometido no hacer sino lo que os diga.

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿Qué os ha dicho?

—Me ha hablado de amor en un lenguaje indigno de un caballero.

—Y ¿tanta dilacion y rodeo para decirme esto? Os juro por mi nombre que el villano se arrepentirá muy pronto, hasta de haberse atrevido á miraros.

Al pronunciar esas palabras Guillen se levantó de su asiento disponiéndose á marchar.

Pero Karïna le contuvo exclamando:

—¡Detenéos! ¿Qué vais á hacer?

—Y ¿me lo preguntais?

—Os he dicho que sólo lo que os dijese.

—¿Me exigis que permanezca indiferente cuando de tal modo os han ofendido? Vamos, señora, los caballeros de mi país no acostumbran á dejar sin castigo las ofensas inferidas á las damas que aman.

—Pero si yo no os digo eso.

—¿Entónces?...

—Quiero que demoreis ese duelo; que busqueis una causa por la cual nunca pueda creerse que he sido yo quien lo ha ocasionado.

—Os comprendo.

—Aguardad á pasado mañana.

—Tened presente que es imposible; nosotros no sabemos ocultar nuestros odios ni nuestras simpatías; si nos ofenden castigamos en el acto.

—Si se tratara de una ofensa inferida á vuestra persona, yo sería la primera que os dijese tomad satisfaccion cumplida; pero se trata de mí, es mi nombre el que ha de jugar en semejante cuestion, y por lo mismo os suplico que reflexioneis, que tengais calma.

—Imposible.

—Os lo suplico.

—¿Por qué aguardar dos dias?

—Porque pasado mañana sé que teneis una revista en la cual formará toda

la hueste, y nada más fácil que encontrar un pretexto para justificar lo que ahora pudiera comprometerme.

—Es verdad; os juro que encontraré medio de justificacion y que morirá.

V.

Si Guillen no hubiese estado tan preocupado por su amor, de fijo que adivinara en la expresion que iluminaba su fisonomía lo que pasaba en el corazon de Karïna.

Pero como vulgarmente se dice que los enamorados estan ciegos, Siscar lo estaba quizás más que ninguno.

—Con que, ¿me prometeis esperar hasta pasado mañana?

—Os lo prometo, contestó el guerrero haciendo un esfuerzo.

—¿Palabra de caballero?

—Jamas he tenido otra.

—¡Oh! gracias, exclamó Karïna con efusion.

—Y ¿vos en cambio nada me prometeis?

—¿No lo adivinais en mis palabras? contestó la jóven.

—¡Ah!

Y Guillen estrechó con ardor entre sus manos la que le tendia la jóven.

Pocos momentos despues Guillen de Siscar salia de casa de Karïna lleno de lisonjeras ilusiones.

Creia que la jóven le amaba y se consideraba feliz.

En cambio, la griega al yerle alejarse, se sonrió irónicamente y murmuró:

—¡Qué tontos son los enamorados! creen en todo, y cuanto más fuertes se consideran mayor es su debilidad.

Al dia inmediato mandó á Zacaroüs que fuéra á buscar á Brieno con el mismo pretexto que empleó para Siscar.

El caudillo masageta hizo exactamente lo que el caballero catalan.

Dirigióse sin tregua á su casa, y la griega reprodujo la comedia representada veinte y cuatro horas ántes.

Brieno quiso castigar inmediatamente la audacia de Guillen.

Pero no entraba en el plan de Karïna aquel desenlace, y consiguió de él lo mismo que del caballero.

Durante aquella noche tanto Zacaroüs como Paolo trabajaron con tal actividad, que al otro dia reinaba gran efervescencia entre los soldados de una y otra nacion.

CAPÍTULO XXXIX.

La revista de las tropas expedicionarias.

I.

—¡Por mi patron sent Jordi!... decia un almogávar atándose las correas que sujetaban sus *antiparas* (1) á algunos de sus compañeros que tomaban el sol en la plaza de Cicico; mala landre nos coma, si hoy no cruzamos el hierro con esos malandrines de masagetas.

—Y ¿en qué te fundas, Cap de Ferro? preguntó uno de los que componian el círculo.

—¡Saña del Señor Dios!... añadió otro, parece que acabas de llegar de Sicilia, Perich. ¿No los vés que arrogantes se muestran porque ha venido su príncipe, como si en Roger no valiera más que todos los príncipes y emperadores de esta tierra?

—Anoche tuve que romper á uno de ellos una costilla en casa de Kïlda, añadió otro.

—¡Sent Feliu me valga!... já... já... já... repuso Cap de Ferro. Cuenta eso, Ferrich, cuéntalo, hijo, porque creo que voy á tener que aflojarme el cinturon para que no me haga daño la risa.

—Poco tiene que contar, repuso Ferrich, el almogávar que ya hemos visto en otra ocasion hablar con Roger.

—Ea, dílo, y no gastes tantos requilorios, repuso Perich de Naclara.

—Figuráos que yo estaba en compaña de Coll de Bou y de otros dos ballesteros de la hueste de en Bernaldo de Rocafort, cuando entraron en casa de Kïlda algunos griegos acompañando á Hildeboro, un rapaz á quien en otra ocasion enseñé lo que eran los puños de un almogávar.

—¡Por la dona mare de Deu! exclamó Cap de Ferro castañeteando con la lengua á fuer de chacota, por cierto que la tal Kïlda es una moza digna de un valiente almogávar.

—Yo tambien lo he creido así, y parece que á ella no le ha sentado mal el que se lo diga.

—Pero ¿qué ha sucedido? preguntó Perich con impaciencia.

—Sucedió que el tal Hildeboro miró más de lo regular á Kïlda y sus com-

(1) Las antiparas eran unos pedazos de cuero sin curtir que usaban los almogávares para cubrirse únicamente la parte delantera de la pierna, y sobre la cual se cruzaban las correas de sus abarcas.

pañeros no se mostraron muy corteses con en Roger, y Coll de Bou casi reventó á uno de ellos de una patada; yo de una buena puñada hice echar un cántaro de sangre por boca y narices á Hildeboro, y si no acierta á pasar por allí uno de los adalides de la mesnada de en Roger, juro por mi ánima que no sale ninguno con vida.

—¡Toma! por eso he visto hoy algunos corros de masagetas hablando en voz baja y mirándonos con cierto recelo; de buena gana hubiese emprendido á porrazos con ellos, pero en Roger dice que no, y... vamos, no hay mas que aguantarse.

—Pues yo, repuso Cap de Ferro, tirándose sin compasion de su cenicienta y desaliñada barba, juro por mi nombre que si alguno me mira con malos ojos, no tengo paciencia y se los vuelvo del reves para que no miren mal á ningun cristiano.

—Y ¿no sabeis lo que se dice entre la hueste? preguntó un ballestero.

—¿Qué, Pedro? preguntaron todos á la vez.

—Que ese príncipe que ha venido, repuso Pedro bajando la voz, va á tomar el mando de todas las tropas.

—¡Ira del Señor Dios!... gritó iracundo Ferrich, no será el hijo de mi madre quien vaya á combatir al mando de semejante hombre.

—Pero ¿y en Roger, qué ha dicho? preguntó Cap de Ferro.

—En Roger, continuó el ballestero, ha contestado que primero embarcaba la su gente y tomaba el rumbo de Sicilia, que dejarse mandar por un extraño.

—¡Oh!... ¡el buen capitan!... Ha contestado bien.

—Si en Roger no se andara con tantas contemplaciones y desde el principio hubiese dejado que cerrásemos con ellos, yo os aseguro que no estarian tan altaneros.

—¡Eh!... no murmuremos de lo que ha hecho en Roger.

—Es que estos griegos son malos.

—Principiando por el emperador y acabando por el último de ellos.

—En fin, pronto verémos lo que hacen.

—¡Toma!... ¿Qué han de hacer?... Lo de siempre; correr como gallinas en cuanto oigan silbar las flechas de los turcos.

—¡Por vida de sent Jordi! gritó Cap de Ferro, que si hoy en la revista alguno de esos malandrines se atreve á pronunciar alguna palabra que nos ofenda, va á costarle bien cara.

—¡Eh! calma, viejo lobo, repuso Ferrich. En Roger ha dicho que no quiere que riñamos, y debemos tener paciencia.

—Téngala quien quiera, que yo no nací para ello.

—¡Eh! mirad: dijo uno de ellos señalando al otro extremo de la plaza; ya se dirigen los caballeros á la casa del general, y pronto principiará la revista.

—Pues vámonos tambien y suceda lo que quiera, repuso Perich de Naclara dando algunos pasos en la misma direccion que llevaban los caballeros.

Los almogávares y ballesteros diseminados en grupos por la plaza fuéron dirigiéndose hácia sus alojamientos respectivos para reunirse cada cual á la hueste á que pertenecia.

II.

Entre tanto la tempestad rugia sordamente en el corazon de los soldados.

Circuló entre los griegos el rumor de que aquella revista no era mas que un pretexto de los catalanes para llegar á las manos, y su ánimo se hallaba excesivamente predispuesto.

Entre Roger y el príncipe George mediaron algunas explicaciones respecto á la próxima campaña, y el caudillo catalan, que habia recibido ya de Andrónico las instrucciones que necesitaba, no creyó prudente ceder á las indicaciones del príncipe masageta, contrarias casi en su totalidad á la idea de Roger.

Como es consiguiente, esto contribuyó para empeorar las relaciones entre ambos caudillos.

Karïna no estaba ociosa.

Habia con tanta habilidad urdido los hilos de aquella intriga, que era inminente un rompimiento é inevitable una catástrofe de consecuencias sumamente difíciles de preveer.

Reunidos en la casa del megaduque se hallaban Muntaner, Corberan de Lahet, Bernaldo de Rocafort, García Palacin y algunos otros caballeros.

—Callaos, mícer, decia Rocafort dirigiéndose al cronista catalan, siempre estais viendo visiones.

—Tened presente, repuso Muntaner, que cuanto os digo no es hijo mas que del deseo de que las azconas almogávares no se tiñan en otra sangre que en la de infieles.

—Y si los griegos nos buscan, ¿debemos estarnos quedos?

—No comprendo que un caballero pueda hacerle á otro semejante pregunta, repuso el poeta soldado con alguna altivez; demasiado sabeis que jamas mi espada ha estado ociosa tratándose de vengar una ofensa; pero los ánimos están bastante excitados, y creo que no terminará el dia sin que la sangre haya corrido.

—Y ¿eso os duele?

—Duéleme el que gastemos nuestras fuerzas en estas luchas, cuando las necesitamos para otras mayores.

—Teneis razon, mícer Muntaner, repuso el caudillo; debemos conservarnos para cuando nos encontremos frente al enemigo; pero por mi ánima que haré cuanto esté de mi parte para impedir un derramamiento de sangre inútil. Apelo á la cordura de los caballeros que me escuchan, y tengo la seguridad que unirán sus esfuerzos á los mios para evitar que lleguemos á tan deplorable extremo.

—Pero es que esos canallas están orgullosos con la venida de su príncipe, y se atreven hasta á bravearnos, como si no comprendieran que el último de nuestros adalides vale más que su mismo emperador.

—Paso, paso, mi buen Bernaldo, dijo Roger, dando un golpe en el hombro del orgulloso caballero; si oyeran lo que acabais de decir sería lo suficiente para que tuviéramos un disgusto.

—Y ¿creeis, en Roger, que yo vacilaria en decírselo uno á uno, ó ciento á ciento como ellos quisieran?

—Se trata de evitar, no de excitar. Ya veis como yo he contestado á George cuando me ha hablado del plan de campaña.

—Buen consejero íbamos á tener, dijo Corberan.

—Si sus soldados valieran tanto en el campo de batalla como para hablar en las ciudades, sería mejor, añadió Bernaldo.

—Vamos, señores, dijo Roger tratando de cortar la cuestion. La hueste estará ya reunida.

Momentos despues los caballeros se dirigian hácia las afueras de la poblacion, en cuyo punto debia reunirse el ejército.

III.

Entretanto, y á la hora convenida, las tropas catalanas con la ballesta prevenida las unas y con las azconas en el cinturon las otras, marcharon al sitio designado.

Entónces que el arte militar no tenia una táctica reconocida, las tropas formaban sin regularidad y el general recorria peloton por peloton.

Los almogávares principiaban la alineacion cuando llegaron los masagetas.

Tal vez sin intencion, ó quizás con ella, trataron de colocarse delante de los catalanes.

Mas estos que no admitian el quedarse en segundo lugar, avanzaron dejando á los alanos á retaguardia.

En esta evolucion se hallaban cuando Guillen de Siscar á la cabeza de un peloton de ballesteros se dirigia hácia aquel sitio.

El príncipe George y su hijo al ver á los catalanes que se ponian delante de ellos, montaron en cólera y se dirigieron á galope tendido al encuentro de los adalides catalanes.

En aquel momento, fuese casual ó no, Guillen soltó las riendas á su bridon que escapado en sentido inverso á Brieno, fué á encontrarse con él tan rudamente que ambos caballos retrocedieron al choque de la embestida.

Sabiendo, como sabemos ya, la escena acontecida entre Karïna y aquellos dos personajes, comprenderémos el efecto que en ambos causaria semejante suceso.

IV.

Por un movimiento instintivo ambos echaron mano á las espadas, y tras un voto enérgico por parte del catalan y una imprecacion por la del masageta, exclamó el primero:

—¿Quién os manda no dejar el paso franco?

—Y vos ¿por qué no refrenasteis vuestro corcel?

—¡Ira de Dios! gritó el caballero. ¿Os atreveis á reconvenirme?

—Antes lo hicisteis vos.

—Sois un descortés.

—Y vos un mal caballero.

—¡Por nuestra dona santa María, que voy á cruzaros el rostro como á un villano! gritó Siscar.

Y acompañando la accion á la palabra, arremetió tan furiosamente al hijo de George, que á no parar el golpe con el escudo, la espada de Guillen le hendiera una parte del capacete.

Brieno á su vez revolvió el caballo, y ántes que nadie pudiera impedirlo, una lluvia de golpes caia sobre las piezas de ambos arneses.

Fue tan rápido todo esto, que George, cuyo caballo no le fue posible contener, no se apercibió en lo impetuoso de su carrera hasta que uno de los adalides catalanes exclamó:

—¡Voto á san Cucufate! El caballero Guillen de Siscar y vuestro hijo están batiéndose.

—¡Oh! murmuró el príncipe, y se dirigió precipitadamente hácia donde estaban sus tropas.

Los catalanes contemplaban silenciosos aquel combate.

Los almogávares llevaron la mano á sus azconas, de la misma manera que los ballesteros templaron las cuerdas de sus ballestas.

Pero ni unos ni otros se atrevian á mezclarse en la lucha de los dos caballeros.

Los alanos, sin embargo, no guardaron estas consideraciones.

George se acercó á ellos, y les dijo:

—Castiguemos á esos miserables.

Y seguido de algunos de sus oficiales se lanzó sobre Siscar.

Pocos momentos despues catalanes y masagetas estaban mezclados.

En medio de aquella confusion se presentó Roger al frente de sus caballeros.

—¡Saña del Señor Dios! gritó Bernaldo de Rocafort desnudando su espada cuando estuvo en el lugar del combate. ¡Carguemos á esa canalla!

—Quieto, Bernaldo, repuso Roger; sepamos ántes lo que ha sucedido.

—¡Eh! ¡qué diablo nos importa! Nuestros soldados se baten y nosotros...

—Nosotros debemos tener más calma que nuestros soldados, repuso severa-

mente el megaduque... A ver, Ferrich, continuó llamando al almogávar que alzaba el brazo blandiendo su azcona que iba á arrojar á un jinete que se dirigia hácia él, ven aquí.

El almogávar se volvió precipitadamente, y acercándose á su jefe le dijo:

—¿Qué mandais, señor?

—Cuenta lo que ha pasado; pero ten presente que si fue por culpa vuestra seré inexorable con vosotros.

Ferrich contó la verdad de lo ocurrido.

—¿Lo veis? ¡Sus! mis valientes! gritó Bernaldo lanzándose en medio de la pelea. No dejeis uno con vida.

—¡Bernaldo! ¿Qué haceis? exclamó Roger tratando de contenerle. Y volviéndose á los caballeros que le seguian, continuó:

—Amigos mios, cada uno á su puesto y ayudadme á retirar á nuestros soldados.

Los almogávares habian aspirado ya el olor de la sangre y era difícil hacerles abandonar su presa.

Sin embargo, los alanos, inferiores en número y en ardor, se declararon en retirada dejando tendido y sin vida en el campo á Brieno, el hijo de su príncipe.

Poco tiempo despues la hueste regresaba nuevamente á sus hogares, y Roger cabizbajo y pensativo no sabía qué hacer en la extraña posicion que las circunstancias le colocaban.

CAPÍTULO XL.

Un falso amigo.

I.

Antes de proseguir dirémos cuatro palabras respecto á Berenguer de Cardona, á quien dejámos saboreando la dicha que le causara el padre de Angelina al concederle la mano de su hija, é indicámos tambien en otro lugar las relaciones íntimas del jóven guerrero con un soldado griego llamado Velani.

Embriagado Berenguer con la felicidad que inundaba su corazon, fué á encontrar á su amigo.

Era tal la dicha que se reflejaba en su rostro, que Velani exclamó:

—¿Qué traes, Berenguer? ¿Acaso tu amada te ha concedido ya el premio que mereces?

—Calla, Velani, no profanes con esas palabras la pureza del sentimiento que embarga mi sér.

—¡Siempre hablando de pureza!... Eres crédulo, y tienes que sufrir muchos desengaños.

—Vengo á hablarte lleno de alegría; vengo á tener un rato de expansion contigo, y no sé lo que encuentro en tu acento que me hiela.

—¡Qué niño eres! murmuró el griego desdeñosamente. Lo que llamas frialdad es el eco de tu conciencia, reprobándote esa credulidad. Sin duda habrás visto hoy á la *Flor del Valle*, como llamas á esa cándida azucena, cuyo aroma embalsama tu corazon. Vamos, eres tan novel amador que causas risa.

—Velani, creo que las ideas del hombre son sus hijas morales; y quiero tanto las mias que no puedo consentir que nadie se burle de ellas.

—Sólo faltaba que por esos necios amores fuera tambien á entibiarse nuestra amistad.

—¡Líbreme de ello mi santo patron! repuso Berenguer: aunque lamento en el fondo del corazon el materialismo que desgarra tus ilusiones.

—¡Qué dichoso eres, puesto que vives en ese cielo no empañado por los desengaños!

—Sin embargo, si vieras á Angelina...

—Encontraria una mujer como todas.

II.

Fue tan cáustico el acento con que el griego pronunció estas palabras, que Berenguer se inmutó.

¿Sería posible que aquella Angelina que consideraba tan casta y pura, fuera un sér vulgar?

¿Sería posible que en aquel tipo tan ideal se encarnase el más refinado materialismo?

Esas ideas se agolparon de pronto en la imaginacion del guerrero y le impidieron pronunciar una palabra.

Sin embargo, debemos decir en su obsequio que aquella especie de penosa vacilacion y amarga incertidumbre que despertaron en su conciencia las expresiones de su amigo, duró bien poco.

Alzó la cabeza, y fijando sus ojos en Velani, le dijo:

—Miéntras juzgues así á las mujeres, no podrás ser feliz.

—Al contrario, es el medio para llegar á serlo.

—Calla, Velani; no hables de felicidad cuando tan completamente la desconoces... La ventura dudando de todo no se concibe.

—¡Dichoso tú que crees!... respondió el griego con acento ligeramente sarcástico.

—Tambien llegará dia en que creas.

—Lo dudo.

—Cuando conozcas á Angelina, no dudarás. ¡Oh!... soy el más feliz de los mortales, prosiguió Berenguer con entusiasmo; su padre me la concede por esposa.

—¿De veras?... Me parece, pobre Berenguer, que vas á volverte loco.

—Dejémonos de tonterías, y si quieres que seamos amigos, no juzgues á Angelina del modo que lo haces.

—¿Te incomodas porque la incluya en la regla general? Tendré una verdadera satisfaccion si en tu Angelina encuentro una excepcion, por más que lo considere muy difícil.

—Tú mismo has de persuadirte.

Y cambiando algunas palabras más, quedaron convenidos en que al dia siguiente Velani acompañaria á su amigo á la casita del valle.

III.

Los elogios que el catalan hizo de Angelina inspiraron al griego una curiosidad extremada.

Alma viciada y envejecida gozaba pensando en el dolor que experimentaría Berenguer viendo que su amada, la mujer tan pura, era la manceba de su amigo.

Para él no existia el sagrado de la amistad.

Jamas respetaba la mujer ajena si encendia su deseo, y del mismo modo que heria el corazon del amigo, abandonaba á la desgraciada amante en la negra noche de su deshonra.

Las gracias de Angelina pintadas por el labio de Berenguer excitaron su curiosidad y estaba á todas horas forjando planes para burlar la confianza de su compañero.

Era una infamia; pero figuraban tantas de este mismo género en el catálogo de su vida privada, que esta no era para su conciencia mas que una gota de agua para el mar.

En cambio su confiado amigo no sospechaba, ni podia imaginarse nunca que abrigase semejantes ideas.

Se adormecia con su dicha sin pensar que aquel delicioso ensueño pudiera tener un despertar terrible.

Al dia siguiente se reunieron los dos amigos.

El rostro de Berenguer resplandecia de ventura.

En el de Velani no se podia leer lo que pasaba en su corazon.

—Vamos á ver ese ángel, dijo estrechando la mano del guerrero.

—Vamos allá, respondió este.

Y ambos clavaron los acicates en los ijares de sus corceles, y se dirigieron á rienda suelta hácia el valle.

IV.

Angelina amaba con toda la fuerza de su corazon y toda la pureza de su alma.

Y aquel amor satisfacia por completo sus aspiraciones.

Esperaba con impaciencia que llegase el dia inmediato para ver á su amado. Ataviada con las más hermosas galas de aquella naturaleza rica y vigorosa, sentada al pié de un árbol, teniendo por alfombra el verde césped matizado de flores y por dosel la frondosa copa, la candida niña fijaba una mirada anhelante en el camino por donde debia llegar Berenguer.

De pronto la polvareda que levantaba el trotar de los caballos se divisó en lontananza.

El corazon de Angelina adivinó ántes que vieran sus ojos.

Cuando se acortó el término que les separaba, advirtió que no venía solo.

Desde el momento que penetraron en el valle el corazon de Velani palpitó como nunca le aconteciera.

Parecia que el hálito de pureza que se respiraba allí dilataba sus pulmones y modificaba su existencia.

Berenguer no podia fijarse en esto.

Su alma saboreaba de antemano el placer que iba á disfrutar dentro de pocos instantes al lado de la mujer que amaba.

De pronto alzó la cabeza Velani.

Por medio de aquel movimiento, hijo del esfuerzo de su voluntad enérgica, trató de desechar el encanto que le embargaba y murmuró con ardiente expresion:

—¡Eh! ¡Qué diablo! ¿Voy á convertirme acaso?

Una exclamacion de alegría vino á responder á aquellas frases.

Berenguer acababa de divisar á Angelina al pié del árbol.

Su amigo le miró asombrado, y le dijo:

—¿Qué te sucede?

—Mírala; allí la tienes sentada debajo de aquel ramaje. ¿La ves?

—No la distingo bien.

Y ambos aguijonearon sus corceles, y pronto se encontraron al lado de Angelina.

V.

La emocion que Velani sintió al verla se trasparentó en su rostro.

En cuanto á ella, inclinó sus ojos ruborizada al advertir la insistencia de los del griego fijos en los suyos.

Velani estaba aturdido.

La belleza candorosa y espléndida de la hija del valle le impresionó profundamente.

No se sentia el mismo que ántes de llegar allí.

No era aquel Velani cínico, depravado y cruel.

Era un hombre que casi sentia.

Envidiaba la mirada de la vírgen fija en el mancebo con una expresion inefable.

Al verle Angelina presintió con el admirable instinto que la mujer posee que no era el amigo que más á Berenguer convenia, y sintió en su corazon un efecto repulsivo que difícilmente pudo ocultar.

—¿Quién es ese hombre? preguntó á su amante en un momento que el griego hablaba con su padre.

—Un íntimo amigo mio; un hermano de armas que he querido que te conozca, para que pueda admirarte.

—¡Ay, Berenguer! Ese hombre es malo, ese hombre tiene en su mirada algo que causa pavor. Huye de su compañía; tu Angelina te lo aconseja.

—Tiene opiniones muy particulares acerca del mundo, y en nada crée.

—Y ¿un hombre que vive sin creencias, puede ser bueno? ¡Oh! por ningun estilo le retengas á tu lado, créeme: algun dia quizás te arrepintieras de su amistad.

—Son aprensiones tuyas.

—Ruega al cielo puedas decir siempre lo mismo.

Y como si Velani ejerciese una influencia maléfica en todo cuanto le rodeaba, la jóven estuvo triste y melancólica todo aquel dia, y su padre miraba con inquietud al compañero de Berenguer.

Este se apercibia del mal efecto que causaba la presencia de Velani, quien haciendo un esfuerzo sobre sí, recobró todo su cinismo, y volvió á revestirse de la ironía punzante que resaltaba hasta en su lenguaje.

El catalan abrevió su visita, y cuando se separaron de la casita del valle, preguntó:

—Vamos, ¿crees ahora?

—Sí.

—¿Te convences que Angelina es un ángel?

—A pesar de todo, puede llegar á ser mujer en un momento dado.

—¡Calla!

—Y es hermosa, prosiguió el griego como hablando consigo mismo; muy hermosa, quizá de lo mejor que he visto en mi vida. ¡Qué feliz vas á ser! exclamó al cabo de un momento exhalando un suspiro.

VI.

Berenguer le contempló asombrado.

La entonacion que dió á aquellas palabras era distinta de la que usaba por lo general en cuanto decia.

Esto unido al presentimiento de Angelina, despertó en él alguna inquietud.

Pero no por esto dió cabida á la desconfianza.

Jamas se le ocurrió á Berenguer que el amigo abrigase ideas infames respecto á su amada.

Al dia siguiente se esparció en Constantinopla la noticia de que Roger tornaba á Cicico, y que muy pronto iba á principiarse la campaña.

Esto produjo un efecto distinto en los dos amigos.

El catalan sintió separarse de Angelina.

El griego estaba resuelto á no salir de Bizancio, y se alegraba de quedarse solo porque podria poner en ejecucion el proyecto que meditaba.

Berenguer se dirigió inmediatamente al palacio de *Blanquernas*.

Habló con Roger, y por él supo la verdad de lo que se decia.

Volvió á ver á Velani, y este le dijo que se retiraba del servicio y que decidia quedarse en Constantinopla á gozar de la deliciosa existencia que sus cortesanos y placeres le ofrecian.

Berenguer se sorprendió, pero sin adivinar cual fuera el verdadero móvil que le impulsaba.

El jóven guerrero se dirigió á ver á Angelina para despedirse de ella, y un juramento de amor constante y eterno se cambió entre ambos.

Dos dias despues navegaba hácia el Cabo Artacio en la misma galera que iba Roger.

En cuanto á Velani le acompañó despidiéndole en el *Cuerno de oro*, le contempló largo rato miéntras se alejaba, y una sonrisa satánica vagó por sus labios al mismo tiempo que murmuraba:

—Cuando vuelvas, Angelina no será la misma.

CAPÍTULO XLI.

Roger y George.

I.

Kilda, la hija del hostelero del Kan situado á corta distancia de Cicico, no veia con disgusto el cariño de Ferrich, miéntras que despreciaba á Hildeboro, cuyo amor era tan bajo y servil como servilismo y bajeza respiraba todo su sér.

En el almogávar encontraba más rudeza que en las almibaradas frases del griego; pero en cambio se hallaba más corazon, más energía, más nobles sentimientos, y las mujeres en todas partes y en todas épocas han sabido apreciar y distinguir la persona que es digna de su amor de la que no lo es.

Cuando oyó el rumor del combate en que se convirtiera la revista que iba á celebrarse, un estremecimiento mortal conmovió todo su sér.

Se acordó de la escena que la noche anterior tuvo lugar en su casa y que ya escuchámos referir al mismo Ferrich, y temió que quienes no eran suficientes para luchar cuerpo á cuerpo con Ferrich se reunieran y aprovechasen un mómento favorable para vengarse de él.

Y sin pararse en más, se precipitó fuera de la casa sin temor á las azconas almogávares, ni á las lanzas masagetas.

Durante algun tiempo la fue imposible distinguir nada en medio de aquel combate.

Su corazon estaba desgarrado, pero sus ojos permanecian serenos.

Cada grito de agonía resonaba con eco doloroso en su pecho.

De pronto vió á Ferrich.

Estaba en los más recio de la pelea.

Su mano derecha se alzaba blandiendo la terrible azcona, cuando de pronto le vió vacilar y caer revuelto con un masageta á quien estrechaba entre sus nervudos brazos.

Arrojó un grito desgarrador y corrió hácia él.

Cuando llegó, los alanos huian á la desbandada y Roger daba las órdenes necesarias para recoger los heridos.

Kilda se acercó á Ferrich.

El enemigo con el cual cayera en el suelo yacia á su lado sin vida.

Pero él tambien estaba á punto de perderla.

Por la ancha herida abierta en el costado arrojaba la sangre á borbotones.

Inmediatamente se precipitó sobre él.

Rasgó sus vestiduras y formó una especie de apósito para contener la hemorragia.

Luego, ayudada por algunos compañeros de Ferrich, lo condujo á su casa, á fin de poderle prodigar los cuidados que su estado reclamaba.

La situacion del almogávar era grave.

Kilda, como la mayor parte de las mujeres de su tiempo, conocia el secreto de varias plantas y componia bálsamos para curar las heridas, de la misma manera que las abria en el corazon con la mirada de sus rasgados ojos.

Entre su padre y ella se esmeraron á porfia en cuidar al pobre herido, por cuya suerte se interesaba Roger, en términos que cuando supo que estaba allí dijo que iria á verle.

II.

Entre tanto George, ciego de cólera y dolor, habia regresado á Cicico.

Desde el lugar del combate hasta su casa Roger fué buscando en su imaginacion el medio con que atenuar en lo posible la pena que debia desgarrar el corazon del padre.

George se ocultó en su palacio, y algunas horas despues, cerrada la noche, uno de sus pajes entró á decirle que un caballero solicitaba licencia para verle.

—No quiero hablar con nadie, contestó el magnate masageta: cuando el alma se anega en dolores no pueden recibirse visitas.

—Señor, repuso el criado, ha insistido tanto que he creido conveniente venir á avisaros.

—¿Ha dicho cómo se llama?

—No, señor.

—Y ¿no le conoces?

—Tampoco. Lleva el rostro tan oculto con la capa que no me ha sido posible distinguir sus facciones.

—Segun eso es catalan.

—Me parece que sí, señor; pertenece á esa gente maldita.

III.

Los ojos de George destellaron un resplandor tan sombrío, brillaron con una expresion tan implacable, que el mismo criado que debia tener motivos para conocer á su señor se estremeció.

Al cabo de algunos momentos dijo George:

—Déjale que pase; veamos quién es.

Breve tiempo trascurrió cuando un caballero envuelto en una luenga capa, por bajo de la cual se veia asomar la punta de la espada y las tupidas calzas de malla, apareció en la puerta de la estancia.

El criado trató de quedarse, esperando que se descubriria el incógnito personaje.

Mas sus presunciones fueron vanas.

El desconocido se volvió hácia él, y con un movimiento lleno de imperio le significó que podia retirarse.

El servidor, acostumbrado á la obediencia pasiva, inclinó la cabeza y abandonó el aposento.

George fijaba una mirada escrutadora en aquel hombre.

Este dió algunos pasos, y separando el embozo le dijo:

Imp de Pannier.

GEORGE.

—Príncipe, quien respeta la desgracia viene á acompañaros en la vuestra.

—¡Roger! murmuró George con un acento indefinible.

Y en sus pupilas apareció una expresion tal de odio, de maldad, de orgullo y de venganza que el guerrero no pudo ménos de decir:

—Vengo á veros como hermano; no hagais que me encuentre al enemigo.

—En vuestros labios la palabra hermano es un sarcasmo; decirme que compadeceis mi desgracia cuando fuisteis su causa, es indigno de un caballero.

—Refrenad vuestra cólera y que la amargura no os haga pronunciar palabras inconvenientes.

—¿Trataréis aun de disculpar lo que no tiene disculpa?

—Quien ha muerto á Brieno fuisteis vos.

—¿Yo? murmuró el príncipe.

—Vos. Estoy enterado de cuanto pasó y sé que ante los sentimientos del honor callan los del padre. Vuestro hijo, por razones que respeto, provocó el combate con uno de mis capitanes...

—Y sus soldados corrieron en su ayuda.

—Mentis, caballero: mis catalanes podrán ser bravíos, salvajes, como vosotros les llamais; pero comprenden el honor á su manera, y ninguno se hubiera atrevido á separarse de las filas para atacar á vuestro hijo. Vos llamasteis á los masagetas y los arrastrasteis á un combate del cual ambos tenemos dolorosas consecuencias que deplorar.

—¿Sois padre acaso y perdisteis en medio de la lucha al hijo á quien adorabais?

—Todos mis soldados lo son, y uno que muera me duele como á vos el que acabais de perder.

—¡Extraño cariño es el vuestro! exclamó George con ligero acento de ironía.

—No hablemos respecto á cariños, porque cada corazon es un arca cerrada cuyos sentimientos nadie es capaz de adivinar.

—¿A qué habeis venido? preguntó el príncipe bruscamente.

IV.

Roger estaba haciendo esfuerzos para contener su cólera pronta á estallar.

Pero se propuso evitar á todo trance un rompimiento, y aguardaba hasta el último momento.

Más de una vez se mordió los labios hasta el punto de hacerse saltar la sangre al escuchar las palabras del masageta.

Ultimamente, á la intempestiva pregunta palideció, se contrajeron sus labios y sus pupilas resplandecieron de indignacion.

Mas conteniéndose otra vez por medio de un esfuerzo poderoso, contestó:

—He venido para consolaros.

—Y ¿qué falta me hacen vuestros consuelos?

—Cuando el alma llora se apetecen hasta del mayor enemigo.

—Ya que hicisteis el daño no le añadais nueva ofensa.

—En ese caso, repuso Roger cambiando súbitamente de tono, os consideraré como á enemigo, y si al hermano le diera mis consuelos para calmar su dolor, al contrario le ofrezco el dinero que exija en pago de la sangre de su hijo.

V.

Al escuchar esas palabras las pálidas mejillas de George se colorearon con el fuego de la indignacion.

La proposicion de Roger era un dardo envenenado que atravesaba su corazon por dos partes: el sentimiento de padre y la dignidad de hombre debian arrojar un rugido.

Sin embargo, George se contuvo, y con acento severo y grave dijo:

—Hay proposiciones que deshonran los labios de un caballero, y veo que los vuestros se cierran ya avergonzados por lo que acaban de pronunciar. ¿Creeis que todo el oro del mundo pueda pagar la sangre de un hijo? Que os ofrezcan todos los capitales posibles por vuestra hija, y decidme con la mano puesta en vuestro corazon si los aceptariais. A la desgracia se la respeta, caballero, pero no se la insulta.

—Es que...

Y Roger no pudo continuar.

En el calor de su cólera habia formulado aquella proposicion, de la cual las palabras de George le hicieron avergonzar.

La cólera de George continuó acreciendo.

—¿Vinisteis á mi casa á insultarme tambien? Faltasteis á todas las leyes de la caballerosidad y del decoro, y nada de comun existe entre los dos. Tenedlo presente; la sangre de mi hijo se alzará siempre como un fantasma terrible entre los dos, y desde este momento os declaro una guerra sin tregua, desde ahora queda entablada una lucha á muerte. Salid de mi casa, rechazo vuestra amistad, rechazo vuestro oro; no quiero mas que venganza.

—Pues bien, repuso el caudillo catalan irguiendo con orgullo la cabeza, acepto vuestro desafío; no me arrepiento por mi conducta; vos, vuestro hijo y vuestros soldados erais dignos del castigo que llevasteis. ¿Pensais asustarme con vuestras amenazas? Estais en un error. Me he acostumbrado á buscar la muerte en medio de los combates y no me espanta encontrarla tal vez en mi casa; corred á Constantinopla, uníos al príncipe Miguel y desprestigiadme con Andrónico; para todos vosotros me sobran corazon y fuerzas: guardáos de provocar una lucha, porque tal vez pudiera ser que conforme las barras catalanas han de pa-

searse triunfantes por los dilatados territorios del imperio bizantino, se enarbolasen altaneras con aire señorial en el *Agropolis* (1) de Constantinopla, y el famoso manto de los Paleólogos sirviera de alfombra á mis rudos almogávares. Id, levantad en torno mio enemigos, cercadme de traidores; pero ¡guay de vosotros si la fortuna os es contraria! No tendré piedad con los que tan inícuamente han cumplido los deberes que la hospitalidad y el agradecimiento exigen.

Y Roger altivo, orgulloso é iracundo arrojó una mirada de desprecio sobre George, y envolviéndose cuidadosamente en su capa desapareció.

—¡Oh! ¡Desgraciado de tí! gritó George en el arrebato de su furor. Cien vidas que tuvieras no bastarian á satisfacer mi cólera.

VI.

Entre tanto el jefe catalan estaba ya en la calle.

Hasta entónces le sostuvo aquella audacia que ante nada cedia.

Una vez fuera de la presencia de su contrario, la expresion de furor desapareció de su rostro.

Comprendió que se habia creado un enemigo terrible y que su última proposicion fue asaz inconveniente, pues jamas á un padre debe ofrecérsele dinero por la sangre de su hijo.

Todos los historiadores de aquel tiempo están conformes en que este fue uno de los pasos desacertados de Roger; paso que le granjeó el enemigo que no descansó un momento hasta conseguir su ruina.

Pensativo y ensimismado regresó á su palacio.

Una vez allí, pasó largo tiempo encerrado en sus habitaciones pensando en el medio que emplearia para evitar los males que desgraciadamente preveia.

Y no encontró mas que el de dar en seguida parte á Andrónico de lo ocurrido, ántes que aquellos hechos llegasen á su noticia completamente desfigurados.

En efecto, al siguiente dia dos caballeros de la hueste salieron con sumo sigilo de Cicico con el encargo de comunicar al emperador todo cuanto ya saben nuestros lectores.

En cuanto á George, despues que Roger salió de su casa marchó precipitadamente á la de Karïna, en la cual pasó una gran parte de la noche hablando con la griega respecto á sus proyectos de venganza.

(1) Fortaleza que defendia la entrada de Constantinopla.

CAPÍTULO XLII.

Los amores de Ferrich.

I.

Roger de Flor fué dos veces á informarse del estado de Ferrich.

Ya sabemos que le profesaba una particular estimacion; y si estaba decidido á retrasar la marcha del ejército durante algunos dias, era tanto con el objeto de que poco á poco fuera restableciéndose la confraternidad entre los soldados de ambas divisiones como para que se curasen los heridos catalanes á fin de que pudiesen acompañar á la expedicion.

Kïlda cuidaba á Ferrich con la más extremada solicitud.

Su amor encontraba esa delicadeza para sondear las heridas y aplicarlas los remedios que en vano se busca en el más experto cirujano.

Ferrich la contemplaba con amor, y como le estaba prohibido hablar, sus ojos la expresaban con harta elocuencia su agradecimiento.

II.

Al tercer dia despues del combate que dió márgen á tantos sucesos, Karïna se encontraba en su aposento, cuando Zacaroüs penetró en él y deteniéndose en la puerta dijo:

—¿Me permitis, buena señora?...

Karïna alzó la cabeza y dijo:

—Entra. ¿Qué ocurre?

—He sabido mucho, contestó el hombrecillo restregándose las manos con satisfaccion.

—¿Le has seguido? ¿Has averiguado algo? preguntó Karïna con impaciencia.

—Sí, señora. Roger esperará algunos dias para ponerse en marcha, pero si quereis que se le juegue algo bueno, tenemos una magnífica ocasion.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando se desea vengarse y se encuentra momento oportuno, puede fácilmente un puñal quitar de enmedio la persona que estorba.

—¡Matarle!... exclamó Karïna con expresion indescribible.

—¿No es ese vuestro deseo?

—Tienes razon, murmuró la griega con voz sorda: que muera, puesto que así lo desea.

—Hace dos noches sale solo de su palacio para dirigirse al kan de maese Petrus, donde se halla herido un almogávar á quien quiere mucho. Ya veis que media docena de hombres resueltos pueden sujetarlo, y...

—Cierto, puede hacerse algo; pero no llevarlo al extremo que propones.

—Dad las instrucciones que creais más oportunas.

—¿Tienes esos hombres?

—Pagándolos, señora, se encuentran en seguida.

—Búscalos.

—Está bien. ¿Para cuándo los quereis?

—Para esta noche.

—Estarán. Y ¿qué hemos de hacer?

—Cogerlo, asegurarlo bien y encerrarlo en una habitacion de la hostería; yo estaré allí.

—Perfectamente; seréis obedecida.

—¿Qué gente hay en la casa?

—Petrus, su hija y un mozo.

—Pues bien; será necesario que me aseguréis á los tres.

—Quedaréis servida.

—¿Respondes de la gente?

—Como de mí.

—En ese caso vete á disponerlo, y toma para ellos y para tí.

Y al pronunciar esas palabras Karïna arrojó un bolsillo á los piés del jorobado, cuyos ojos brillaron de codicia.

—Estaré en casa de Petrus despues que haya cerrado la noche.

—Poco más tarde irá Roger.

—Cuidado con tocarle á un solo cabello.

—Y ¿si hiere á alguno de nosotros?

—Para eso compro vuestra vida, repuso la griega con acento desdeñoso.

—Entendido, señora.

El jorobado se inclinó con servilismo delante de la griega y abandonó la cámara.

III.

Entre tanto, Roger, muy ajeno á lo que contra él se fraguaba, deseaba que llegase la noche para ir á ver cómo seguia su fiel almogávar.

Al anochecer de aquel dia, Petrus y Kïlda vieron llegar á una dama cuidadosamente envuelta en un manto y acompañada de un escudero. Era Karïna.

Pidió una habitacion y penetró en ella diciendo que la sirvieran de cenar y que nadie penetrara hasta que llamase.

Ferrich estaba un poco mejor.

Su herida, si bien era profunda, no interesaba ninguno de esos órganos que afectan directamente la existencia.

Su curacion era cuestion de tiempo y nada más.

Una hora próximamente haria que estaba allí Karïna, cuando Roger penetró en el kan.

Inmediatamente Kïlda que le esperaba, le condujo á la habitacion de su amante.

—¡Oh, señor! exclamó el almogávar con acento reconocido. ¡Cuánto tengo que agradeceros!

—Nada; te debo la vida, y cuanto haga será insuficiente para pagar esa deuda.

—¡Por sent Jordi! exclamó el almogávar con esfuerzo. Si cien vidas tuviera, las daria muy gustoso por vos; ademas, miéntras yo no sirvo de nada en el ejército, vos sois su alma.

—Cada uno en nuestra clase servimos, Ferrich; lo que importa es que te cures pronto para que puedas reunirte con tus compañeros.

—¡Ah! con los cuidados de Kïlda, os aseguro, señor, que cualquiera se pone bueno.

—Ya lo comprendo, y debes estarla muy agradecido.

—Señor... murmuró la jóven con el rostro encendido.

—Más que eso, repuso el almogávar con terneza, la quiero creo que tanto como á vos, y si no temiera decir un disparate, casi casi juraria que la quiero más. No os vayais á ofender, lo digo como lo siento.

—¿Qué he de ofenderme? repuso sonriéndose el valiente caudillo. Natural es que la quieras más que á mí, porque una mujer como Kïlda merece ser querida por uno de los más bravos almogávares de mi ejército.

—Y ella tambien me quiere, continuó Ferrich, me lo ha dicho y... ¡Voto á mi nombre! Señor, he sentido más alegría que si hubiese visto un centenar de turcos tendidos á mis piés.

—Me alegro, me alegro.

Y continuaron por algun tiempo en semejante conversacion.

Roger encontraba un placer inmenso en hablar con su fiel soldado, y el tiempo volaba sin que se apercibiera.

Por fin se decidió á marcharse.

Despidióse de Ferrich, y precedido de Kïlda abandonó la estancia.

IV.

Á tener ménos confianza en sí, no dejara de sorprenderle la profunda soledad y extraño silencio que se advertía en el kan.

Ni Petrus ni su criado salieron como acostumbraban á despedirle.

Kïlda creyó que su padre estaria ocupado en sus quehaceres, y tampoco dió gran importancia á aquel acontecimiento.

Pero la verdad era que Zacaroüs y su gente estuvieron en la venta, y tan buena traza se dieron, que ninguno pudo percibir el rumor que produjo la pequeña lucha que tuvieron que sostener para sujetar á aquellos dos hombres.

En el mismo momento en que Roger iba á poner el pié fuera de la puerta, se sintió cogido y sujetado ántes de que tuviera tiempo de hacer el movimiento más insignificante.

Los hombres que le esperaban, convencidos de la clase de enemigo con quien iban á habérselas, no omitieron precaucion alguna para que su propósito se realizara perfectamente.

Roger exhaló una exclamacion de cólera y se dejó conducir hácia el interior de la casa sin oponer resistencia alguna.

El caudillo catalan poseia ese verdadero valor que consiste en permanecer sereno y tranquilo aun en las circustancias más difíciles de la vida, para poder aprovechar con mayor desembarazo cualquier coyuntura ventajosa.

Kïlda fue sorprendida de la misma manera que Roger.

Los secuaces de Zacaroüs se conocia que eran gente muy práctica en semejantes empresas, porque lo hicieron sin que ninguno de los sorprendidos tuviera tiempo de exhalar un grito que pudiese prevenir á los demas.

Karïna estaba impaciente.

La habitacion que la dieron tenía una ventana situada precisamente sobre la puerta de entrada.

Por ella pudo verlo todo y una exclamacion de alegría brotó de sus labios cuando Roger cayó en sus manos.

Inmediatamente se retiró al interior de la estancia.

Poco despues introducian en ella al megaduque.

V.

La presencia de Karïna le explicó cuanto acababa de suceder.

Entónces su semblante tomó una expresion de desden glacial, y con infinita satisfaccion se apercibió de que las gentes que le aprisionaron no pensaron en arrebatarle la espada.

—Retiráos, dijo la griega á Zacaroüs y sus compañeros.

Los bandidos se sonrieron mirándose con malicia, y abandonaron el aposento.

Cuando quedaron solos, Karïna y Roger se contemplaron durante algunos segundos, hasta que por fin dijo la jóven:

—Ya estás en mi poder.

El caballero fijó en ella una fria mirada, y contestó:

—Y ¿qué quiere decir esto?

—Has caido en mis manos, y no escaparás fácilmente de ellas.

—Y ¿qué has conseguido?

—Poder hablarte sin temor de que nadie me interrumpa; poder decirte cuanto te amo, y obligarte á que me ames tambien.

—Es decir ¿que te has propuesto ser amada por fuerza?

—Mira, Roger, exclamó Karïna con su más apasionado acento; te adoro, será una locura que diga esto, mas á pesar del tiempo trascurrido, á pesar de tus mismos desdenes, no he cesado de amarte, y creo que este amor ha aumentado con tus desdenes.

—Es inútil hablar de eso, contestó Roger con indiferencia.

—¿Por qué?

—Muchas veces hiciste esa misma pregunta, y he contestado como debia; no sé mentir, he jurado amar á otra mujer, y respeto mucho á la esposa que el cielo me ha concedido.

—Calla, calla.

—Es lo único que escucharás de mis labios.

—Si yo me contento con sólo una parte de este amor, si estoy conforme con todo, Roger, con todo. ¿Lo entiendes?... No exijo que aborrezcas á María, pero ámame tambien á mí.

—Imposible.

—¿Soy ménos hermosa que ella? ¿Puede María amarte más que yo?... Si tuvieras corazon me escucharias, y sólo una parte de tu cariño que me dieses bastaria para colmar mi felicidad.

—Si de grado no te he concedido ese amor porque no me encontraba con fuerzas para mentirte, ¿crees que ahora á la fuerza, asustado por tus amenazas y obligado por la situacion te lo fuera á conceder?... Nunca; un caballero prefiere morir á condescender por miedo.

—Pero si no quiero que me ames por el temor que te pueda inspirar. ¿Yo mandarte?... ¿Tú en mi poder?... ¡Oh!... no hables así. Soy tu esclava, manda y obedeceré; te pido amor, pero no un amor tan grande como el mio, porque sería imposible; una parte, un átomo solo de tu cariño me haria la más venturosa de todas las mujeres.

—Te he dicho que es inútil; no puedo amarte, porque tendria que fingir, y no he sabido hacerlo nunca; si quieres tenerme en tu poder, hazlo; si quieres matarme, disponlo tambien; pero no escucharás de mis labios otras palabras.

VI.

Cuando terminó Roger, Karīna alzó la frente con un movimiento lleno de dignidad y altivez.

Sus mejillas estaban enrojecidas de cólera.

—Basta de humillacion, dijo; he suplicado y no has accedido: pues bien, estás en mi poder, y te aseguro que no saldrás de él.

—¿De veras? exclamó Roger con acento ligeramente irónico.

—Verémos si tus soldados son capaces de averiguar donde te encuentras para venir á librarte; verémos si el corazon de esa esposa que tanto te ama adivina la cárcel que ocupas para volar á compartir tus penas; verémos, en fin, si al hallarte caudillo sin soldados, esposo sin esposa, padre sin hija y enteramente á mi merced, tu altivez se doblega y me pides un amor que entónces no te concederé. ¿Creiste que podrias sostener una lucha semejante conmigo?... ¡Necio!... la que quiere vengarse, se venga; y mi venganza es más horrible de lo que tú mismo te puedes figurar.

—¿Has concluido? preguntó Roger á la griega con una calma admirable.

—¿Quieres saber más?

—No; me basta lo que has dicho, y voy á demostrarte cuán equivocada estás. En primer lugar, no te amo ni de una manera ni de otra, y lo mismo me importan tus encierros que tu venganza. En segundo lugar, mis soldados me encontrarán mañana entre ellos, y mi esposa no perderá á su esposo por tu voluntad. Mira...

Y al par que Roger pronunciaba esas palabras con extraordinario aplomo abandonó su asiento, tiró de la espada, dió un formidable puntapié á la puerta que se abrió de par en par, y dijo á la jóven que le contemplaba estupefacta:

—Ahora para abrirme paso entre los asesinos de quienes te has valido, me basta mi espada.

Y diciendo y haciendo descendió al piso bajo, donde estaban Zacaroüs y sus dignos compañeros, y arremetiendo con ellos á cintarazos, ganó la puerta de la venta, despues de dejar tendidos á dos de los más audaces que trataron de impedirle el paso.

CAPÍTULO XLIII.

Un encuentro inesperado.

I.

Cuando Roger se encontró en su palacio respiró lleno de satisfaccion.

Acababa de salir de uno de los trances más duros de su vida.

Gracias á la imprecaucion de Karïna por una parte y á su serenidad por otra, pudo librar sano y salvo.

Pero esto no obstaba para lo sucesivo, pues acababa de convencerse que Karïna era su único, su irreconciliable enemigo y que no omitiria medio alguno para perderle.

La griega estaba desesperada.

Comprendia que acababa de escapársele para siempre la presa de sus manos.

Aquel golpe dado en vano necesariamente tenía que poner sobre aviso al guerrero, y ya no sería muy fácil que se le pudiera coger.

Ferrich se enteró algo de la lucha, mejor dicho, se apercibió del rumor de ella; pero su debilidad era tal, que por más esfuerzos que hizo no pudo abandonar el lecho donde le retenian sus heridas.

En cuanto á Kïlda, con el espanto y el dolor impresos en su semblante, siguió á Roger cuando vió que lo entraban en la hostería completamente indefenso, y pudo respirar con alguna libertad á pesar de la especie de mordaza que cubria sus labios, al contemplarle furioso y potente lanzarse espada en mano sobre la turba de rufianes que se atrevieron á oponerse á su salida.

La griega visto el mal éxito de su tentativa abandonó precipitadamente la hostería seguida de Zacaroüs que iba cojeando á consecuencia de un fuerte cintarazo que le cruzó las espaldas, y escoltada por los seis rufianes en cuyas pieles abriera más de un ojal la espada del caballero.

Kïlda, su padre y el mozo de la posada quedaron olvidados por los autores de aquel drama que estuvo á punto de desenlazarse harto trágicamente.

La amada del almogávar consiguió á costa de esfuerzos desesperados quitarse el cendal con que la amordazaron.

Y buscó á su padre inmediatamente.

Y Petrus y su hija se confundieron en un abrazo intenso, expresivo y pro-

longado, en el cual dos almas se identifican en un mismo sentimiento.

Recíprocamente se habian creido muertos, y aquello era una semiresurreccion.

Kïlda corrió despues á la habitacion de Ferrich.

El almogávar desfallecia lleno de impaciencia.

Kïlda se arrodilló al lado de su cama y le dijo cuanto acababa de pasar.

Sin embargo de su extremada debilidad, el valiente mancebo rugió de cólera al saber que su jefe, el hombre á quien tanto queria, estuvo á punto de ser asesinado.

Lo sentía doblemente porque él tenía la culpa, pues á no ser por ir á visitarle, nada de aquello le aconteciera.

No sosegó hasta que al dia siguiente el padre de la jóven estuvo en Cicico y se convenció de que nada tenía que lamentar.

Llegó la noche, y Roger fué como de costumbre á ver á Ferrich.

Algunos almogávares le seguian.

De una manera sigilosa y adoptando todas las precauciones posibles, hizo que se buscara á Karïna.

Mas nadie pudo dar con ella.

Así fue que exigió tanto de Kïlda como de su padre que nada se dijera, ni se hablase de lo ocurrido durante la noche anterior, pues si en la irritacion en que todos los ánimos se hallaban llegaba á traslucirse semejante tentativa, fácil era que los almogávares se lanzasen á cometer nuevos excesos cuyas consecuencias pudieran ser muy terribles.

II.

Karïna entre tanto avisó precipitadamente al príncipe George.

Le habia comunicado lo que pensaba hacer, y lógico era que tambien le participara el mal éxito de su plan.

George la exhortó de nuevo á que no retrocediese en la senda que se trazara, anunciándola que se retiraba á Constantinopla decidido á no levantar mano hasta no conseguir del emperador la completa perdicion de Roger.

Preocupados nosotros con seguir la marcha de algunos de los personajes de nuestra obra hemos olvidado á otros, que sin ser tan interesantes como aquellos, no son ménos dignos de que les dediquemos una parte de nuestra atencion.

Hablamos de Galceran y de Zoraya.

Nadie en el ejército sospechó que bajo el traje del escudero se ocultase una mujer ardiente, tierna y enamorada.

Sus formas atrevidas y perfectamente pronunciadas desaparecian bajo el coleto y las mallas del traje semi-guerrero de los escuderos de la época.

Galceran se obligó á conducir á la guerra algunos hombres de armas mantenidos á sus expensas.

Pero su desaparicion la noche anterior á la partida del ejército, imposibilitó el que aquellos le acompañasen.

Así era que se encontraba solo en el campamento.

Es decir, solo en cuanto á escuderos y servidumbre, porque Zoraya entre los forzados que remaban en su galera habia elegido dos cristianos, gente bravía y mal avenida con su estado, armándoles para que sirvieran de escuderos á su amante.

Ella lo era sólo de nombre.

Su vida aventurera la hizo sobreponerse á ciertas pusilanimidades inherentes á su sexo.

Ni el fragoroso estruendo del combate, ni el derramamiento de sangre, ni los ayes de los heridos, ni el estertor de los moribundos la imponian.

Era una mujer de hierro, si esta calificacion puede darse á quien como ella no temblaba ante la muerte, y, sin embargo, se tronchaba su alma entre dolores horribles al solo pensamiento de que Galceran pudiera olvidarla.

III.

Esto estaba á punto de suceder.

Era necesario que estuviera sin cesar á su lado; que le magnetizara con el ardiente flúido de sus ojos; que le envolviese en una atmósfera de voluptuosidad y de placer para evitar que su razon despertara del letargo de amor en el cual ella sola le hacia caer.

Pero necesariamente semejante situacion no podia ser constante.

Debian mediar treguas que separasen la venda que cegaba los ojos de Galceran, y le mostraban en lontananza envuelta entre los flotantes pliegues de su purpúreo traje aquella Stella tan pura y tan candorosa, cuyos ojos se fijaban en él con una expresion indefinible, tendiéndole sus brazos con ferviente anhelo.

En aquellos momentos lúcidos cien recuerdos se agolpaban á su imaginacion.

Cada uno de ellos formaba un pétalo de la corona de amores que Stella habia ido tejiendo para ornar su sien, y comparaba aquellas dos mujeres y reconocia la diferencia existente en ambas, al par que la magnitud de cada uno de ellos.

Los dos eran completamente distintos.

El uno sintetizaba el amor ideal con sus ensueños, con sus quimeras y con sus horizontes de pureza y de candor.

El otro era el amor material, con su ardor, con su energía, con sus deseos ardientes é insaciables capaces de sacrificarlo todo por su satisfaccion.

Aquellas dos mujeres reasumian todas las bellezas que dos tipos y dos organizaciones distintas pueden encerrar en dos cuerpos humanos.

Ambas le amaban, y habia momentos en que le parecia amar á las dos.

Pero cuando tras una de aquellas escenas de cariño, de voluptuosidad y de

deleites se quedaba solo, cuando desaparecia el encanto y á la embriaguez sucedia el hastío, á la ternura la frialdad, y el cansancio al amor, la castísima imágen de Stella vagaba en el fondo de su pensamiento, y tomaba cuerpo en su imaginacion desplegando todos los tesoros de su pureza y maravillosa hermosura.

Aquella mujer se le aparecia en el inmenso espacio de sus deseos como el *oasis* en medio del desierto al viajero fatigado y anhelante.

Veia en ella la isla que se destacaba en medio del mar de su agitada existencia, y su corazon la acariciaba tiernamente.

Queria reposar en medio de aquella calma inefable, y cuando más embebido se hallaba en su dulcísima quimera, aparecia Zoraya de nuevo, y los placeres punzantes seguian á las dulces emociones, y las sensaciones ardientes á los goces del alma.

Y tornaba á sufrir, á desear, trascurriendo los dias en un estado de constante agitacion.

IV.

En el momento en que nos encontramos con Galcéran y Zoraya, ambos sentados frente á frente están departiendo sobre un tema que á pesar de lo muy debatido que ya lo tienen, siempre les ofrece algo de nuevo.

En el rostro de Galceran se observa una nube de disgusto.

El de Zoraya se encuentra tambien ligeramente oscurecido.

—Es inútil, decia la mora con marcado reproche; comprendo demasiado que no me amas; tu cariño ha ido languideciendo por dias, y al seguir paso á paso su marcha, iban deshojándose una á una mis ilusiones.

—Estás forjándote unas quimeras que no existen; crees que no te amo, y está visto, no hay mas remedio que dejarte.

—O lo que es lo mismo, no hacerme caso, replicó Zoraya con amargura.

—Equivocas el sentido de mis palabras, las interpretas segun tu capricho, y sufres haciéndome padecer á la par.

—Escucha, Galceran, no te impacientes conmigo; supones que te hago padecer, y si supieras cuanto yo sufro disculparias que mis labios pronunciasen palabras inconvenientes, segun dices. Cuantas mujeres miras, me figuro que son otras tantas rivales prontas á arrebatarme mi tesoro. ¡Oh... y este pensamiento me mata!

—No sé que puedo decirte más ni que puedo hacer para darte seguridades respecto á mi amor; tus insinuaciones son órdenes para mí.

—Y ¿piensas con eso darle seguridad á mi corazon que duda? No. Veo en tí más que al amante, al hombre que trata de llenar un deber.

—No comprendo lo que quieres decirme: de esta clase de cuestiones tenemos muchas, Zoraya, y debes conocer que cuando en el amor se duda se está muy cerca de llegar á un rompimiento.

—¡A la separacion tal vez! gritó Zoraya alarmada. ¡Oh... nunca! Haz cuanto quieras, pisotéame sin compasion, derrama la amargura en mi pecho, pero no te separes de mí. ¡Vivir sin verte! Imposible. ¿Podria el ciego olvidar la luz que vió ántes que se empañase el cristal de sus pupilas? No hables así, Galceran. No hables de separarte de mí, porque perderia la razon. ¡Qué horrible pensamiento! continuó la jóven como hablando consigo. Verle en brazos de otra mujer, pensar que otra tendria el derecho de interrogar los latidos de su corazon, y de pedirle cuenta de sus impresiones... No podria ser... no lo resistiria.

V.

Galceran la contemplaba apesadumbrado.

La veia entristecerse y afectarse sin que existiera una causa legítima.

Es verdad que en momentos dados su pensamiento se dirigia casi maquinalmente hácia aquella Stella verdadera estrella que iluminaba su existencia.

Mas no por eso dejaba de amar á Zoraya.

No se le habia ocurrido jamas hacer una traicion á su cariño.

Es verdad tambien que Zoraya no le dejaba espacio para que su pensamiento se ocupase de otra mujer.

Constantemente le retenia á su lado, y la fascinacion que sobre él ejercia no permitia que sus ideas retrocediesen á lo pasado.

Por esta razon no podia serle grato el oir quejarse sin fundamento á la jóven.

—Vamos, Zoraya, la dijo, quisiera que me comprendieses más y no dudases del amor que siento. He amado á otra mujer; pero puedo asegurarte que su recuerdo es como la memoria confusa de un bien que gozaba, el cual ha compensado con crecer la dicha que tu amor me proporciona; sufro porque sufres; me das quejas cuando no te doy motivo para ellas; conozco que tu pecho las exhala porque se encuentra herido, y no sé, por más que mi imaginacion lo busca, qué medio he de emplear para convencerte de lo infundado de tus suposiciones.

—Tienes razon, repuso Zoraya, soy una loca forjándome quimeras que me hacen padecer: quiero creerte, porque la creencia en tu amor es mi vida. Perdóname lo infundado de mis recelos; pero si supieras lo que sufro, si leyeses en el fondo de mi alma, encontrarias tanto amor que disculparias mis sospechas y mis temores.

Y la musulmana al pronunciar esas palabras, destellaba sobre el caballero una mirada que lo envolvia en una atmósfera de cariño y de ternura tan ardiente, que Galceran no podia ménos de sentirse subyugado, y en un arranque de pasion posponer el espiritual amor de la purísima Stella al magnético influjo de aquella mujer.

Estas escenas que se repetian con alguna frecuencia siempre llevaban impreso el mismo carácter.

Por lo que ahorrándonos cansadas repeticiones, dejarémos trascurrir los dias para llegar al en que se puso en marcha el ejército catalan.

VI.

Era el primero del mes de abril.

Casi curados de sus heridas los almogávares que quedaron fuera de combate en el que sostuvieron con los alanos, Roger no quiso que se detuviera la marcha del ejército, ansiando castigar á los turcos que principiaron de nuevo sus correrías por la Anatolia.

Dos dias ántes llegaron al Cabo Artacio dos galeras de Sicilia conduciendo algunos ballesteros y familias de los soldados que componian la expedicion.

Los valientes que llegaban deseosos de hacerse dignos de la fama de sus hermanos tuvieron una verdadera alegría al encontrarse con los preparativos para la partida.

El dia en que el ejército se puso en marcha fue un dia de placer para aquel puñado de héroes mejor dispuestos para las rudas fatigas de la guerra que para la molicie de la paz.

Flotando al viento la *señera* especial de Roger con los estandartes catalanes y aragoneses, al marcial toque de los clarines y al arrogante piafar de los corceles se puso en marcha la hueste expedicionaria.

Roger de Flor, Bernaldo de Rocafort, Corberán de Lahet, Ramon Muntaner, Sancho Orós, Siscar y otros esforzados caballeros cabalgaban á la cabeza.

Entre aquel grupo que personificaba el valor y la bravura de dos pueblos distintos, iba Galceran de Amposta.

A corta distancia, Zoraya, en su calidad de escudero, llevaba la lanza de su señor.

Sus ojos se fijaban brillantes de ternura y de orgullo en el apuesto caballero á quien servia.

Quizá si cada uno de los que iban allí no fuera tan preocupado ó tan distraido por otros objetos, hubieran sorprendido las miradas del escudero que hacian traicion al sexo que representaba.

Porque hay miradas que son patrimonio exclusivo de las mujeres.

La brillante y aguerrida hueste atravesaba las calles de Cicico atestadas de gente que contemplaba con júbilo la partida de sus turbulentos huéspedes.

De pronto un grito extraño dominó el confuso ruido que producian la muchedumbre, las pisadas de los caballos y los sonidos de los clarines.

Todas las cabezas se dirigieron hácia el sitio de donde partió aquel grito.

Una hermosa jóven, fijaba, desde cierta ventana, sus extraviados ojos en el grupo de los caballeros, tendiendo hácia ellos sus modelados brazos.

Galceran siguió el ejemplo de sus compañeros; pero al detener sus pupilas

en aquel punto se extremeció, cubrióse su rostro de mortal palidez, y con acento sordo y contenido murmuró:

—¡Stella!...

Y detuvo su caballo, y sus ojos no acertaban á separarse de la que habia arrojado el grito.

Zoraya vió la inmovilidad de su señor, miró á la ventana, y destellando sus pupilas un resplandor sombrío, exclamó:

—¡Ella aquí!

Y pinchó ligeramente con el hierro de la lanza el caballo de Galceran, que salió á galope tendido hasta reunirse con la comitiva.

CAPÍTULO XLIV.

Antecedentes.

I.

Debemos una explicacion acerca de la inopinada aparicion de Stella en Cicico, y vamos á darla.

La locura de la siciliana tomó un caracter tal que hacia sumamente difícil su curacion.

Su desconsolada familia consultó á los más afamados médicos de Mesina sin que ninguno se atreviese á hacerla concebir esperanzas.

Por otra parte, la existencia de Galceran era completamente desconocida.

Como ya indicámos, no pudo presentarse á la hora del embarque del ejército, y nadie sabía de él.

Un doctor judío, famoso por sus maravillosas curas y su ciencia de predecir lo futuro, vió á Stella, y con todo el aparato y las formas de la astrología judiciaria, dijo que el único medio para curar á la jóven era disponer que recibiese una emocion tan fuerte cual la que la privó de la razon.

Esta impresion debia ser producida por la presencia de su amante, ya que la idea de su muerte causó su trastorno.

Principiaron las averiguaciones, se pidieron noticias al ejército, y presto se supo con sorpresa que Galceran existia.

La opinion del médico fue que no debia demorarse en lo más mínimo el viaje á Grecia.

Stella era huérfana de padre.

Su madre, que no tenía otra hija, hubiera sacrificado sin vacilar su existencia para devolverla la razon.

Así es que hizo equipar una galera á sus expensas, y seguida de sus criados y acompañada del médico y algunos de sus deudos, se embarcó para aquel punto.

II.

Una vez en Cicico, el judío fue de opinion que no se debia dar parte á Galceran de lo que ocurria.

Por consiguiente el jóven ignoró la llegada de Stella.

Mas suponiendo el médico el dia de su partida que iria el caballero entre los que salian para la guerra, hizo colocar á la pobre loca en la ventana, de manera que pudiese ver desfilar al ejército.

Ya hemos visto que el resultado correspondió á los deseos del hebreo.

Stella reconoció á Galceran, y aquel grito era hijo de un rayo de luz que de nuevo irradiaba en su cerebro.

Cuando el caballero desapareció, la jóven arrojó otro grito y cayó desmayada en los brazos de su madre.

Al volver en sí habia recobrado la razon.

Con estas aclaraciones abandonarémos por ahora á Stella para seguir al ejército expedicionario en su marcha por la Anatolia.

III.

Galceran recibió un golpe terrible.

Aquella vision, pues no de otro modo podia calificarse, le causó una impresion indescribible.

Pálido, demudado y abatido, ni veia por donde iba, ni escuchaba nada de cuanto pasaba á su al rededor.

Zoraya adivinaba su estado y permanecia silenciosa.

En situaciones semejantes, una palabra es una tea más arrojada á la hoguera que abrasa el corazon.

Aquella mujer se cruzaba en su camino y podia arrebatarla el amor de Galceran.

Leia en el corazon del caballero que este no sentía por ella mas que la embriaguez en que ella misma le sumergía; pero no el amor que profesaba á Stella.

Y si pálido y abatido iba él, más aun lo estaba ella.

El momento supremo era llegado.

Zoraya estaba dispuesta á no ceder el campo sino despues de combatir hasta el último extremo.

Llevaba el ejército una hora de marcha por un terreno áspero y desigual, sin que se cambiara palabra alguna entre el caballero y la jóven.

Uno de los accidentes del suelo que iban atravesando permitió que Galceran y Zoraya se encontrasen separados algun tanto del resto de la division.

Entónces la musulmana aproximó su caballo al de su amante, y le dijo:

—¿Qué tienes?

IV.

El sonido de aquella voz hizo estremecer á Galceran.

Durante la hora trascurrida fué soñando; pero la pregunta de Zoraya le hizo despertar.

Alzó la cabeza, y fijando su atónita mirada en la jóven contestó:

—¿La has visto?

—¿A quién? preguntó Zoraya alentando apénas, pues advertia alguna perturbacion tanto en los ojos como en las ideas de su amante.

—¿A quién ha de ser? A ella.

—¡A ella! No te comprendo.

—Stella estaba allí; Stella. ¿Me entiendes? La mujer á quien yo amaba y á cuyo cariño me robaste.

—Pero, ¿qué estás diciendo? preguntó Zoraya sintiendo que su corazon se contraia dolorosamente.

—Que Stella está en Cicico.

—¡Bah!... Tú sueñas.

Galceran fijó una profunda mirada en la jóven.

¿Sería un sueño todo?

La mujer á quien vió en la ventana, aquellos brazos que hácia él se extendian, aquel grito extraño ¿sería sólo una creacion de su cerebro enfermo?

De pronto clavó las espuelas en los ijares de su corcel, alcanzó la comitiva, y dirigióse á uno de los caballeros.

—Dime, Vallés, le preguntó, cuando atravesábamos las calles de Cicico, ¿no has oido un grito?

—Sí, respondió el interpelado.

—¿Vístes de dónde salia?

—Ya lo creo; y juro por mi santo patron que mujer más hermosa que la que estaba en aquella ventana es difícil encontrar.

—¿Con que era verdad?... gritó Galceran con una expresion febril. ¿Con qué no me he engañado?... Sí, sí, era ella, era Stella. Y volviéndose precipitadamente hácia Zoraya continuó al par que detenia su cabalgadura: ¿Ves como tenía razon?

—¿En qué? preguntó la jóven tratando de aparentar la serenidad de que carecia.

—La mujer que dió el grito al reconocerme era Stella.

—¡Vamos, Galceran, estás loco sin duda!

—¡Oh!... Tú tratas de engañarme, tú quieres alejarme de ella, pero yo la encontraré; sí, la encontraré, y entónces...

—Ya puedes ir á buscarla, replicó Zoraya.

—Demasiado sabes que ahora me encadena el deber aquí.

—Cuando el corazon quiere no hay deberes que le contengan.

—Déjame, calla; no me hables una palabra más. No sé lo que siento en mí, pero la presencia de esa mujer me volverá loco.

—Cálmate, Galceran, cálmate; sólo una imaginacion extraviada como la tuya puede suponer que la mujer que has visto es la misma que dejaste en Mesina.

—¿Por qué no puede ser?

—Ni Stella es capaz de atravesar los mares por venir á buscar á su amante, ni su familia consintiera nunca en semejante locura.

—Te juro que era ella.

—Entónces puedes considerarla perdida para tí.

—¿Qué quieres decir?

—Si Stella estaba en Cicico, indudablemente no ha venido por tí.

—¿Cómo?...

—Stella se ha casado y ha venido con su esposo, que quizá pertenezca al número de guerreros que últimamente llegaron.

—¡Oh!...

Y Galceran se llevó entrambas manos al pecho como si tratara de contener su corazon próximo á salirse de él.

V.

Zoraya le contempló profundamente.

Adivinó el horrible dolor que le torturaba, y estuvo á punto de confesarle que aquellas palabras no eran mas que hijas de su interes.

Pero semejante confesion daba pábulo á esperanzas que no la convenia fomentar.

Debia matar todas las ilusiones que Galceran pudiera formarse respecto á aquella mujer.

Zoraya comprendia que al ver su amante á la que en otro tiempo ocupó su corazon el antiguo amor volveria á retoñar más vigoroso que nunca.

Por lo tanto era necesario estar muy prevenida para lo que pudiera ocurrir.

Galceran no podia por entónces volver á Cicico.

Estaba su honor interesado en permanecer al lado de sus compañeros, y la

jóven sabía demasiado la especie de fanatismo que el guerrero profesaba á su honra, para temer que diera un paso que la comprometiera en lo más mínimo.

Por este lado quedaba tranquila. Pero ¿y Stella?

Suponia, y con algun fundamento, que cuando hizo el viaje á Cicico se hallaba resuelta á todo.

Mas ella tambien lo estaba. Habria concedido todo, excepto dejarse arrebatar el corazon de su amante.

De modo que toda su atencion donde debia dirigirla era á Stella, y asegurándose de ella, podia tener alguna confianza respecto á Galceran.

Verémos más adelante el fundamento de estas suposiciones.

CAPÍTULO XLV.

Otra nueva victoria.

I.

Siendo completamente ajeno á la índole de nuestra obra dar una noticia detallada de la marcha de aquel puñado de valientes durante su famosa campaña, recorrerémos muy á la ligera los sitios donde las señeras catalanas y aragonesas ondearon triunfantes, hasta que el emperador Andrónico, instigado por los enemigos de Roger, fué á detener en medio de su espléndida carrera los pasos de aquellas huestes de titanes, cuyas pisadas hacian estremecer de espanto á los fanáticos sectarios del Islam.

Repuestos los turcos de su derrota en el Cabo Artacio, y creyendo humillante para su arrogancia y poderío ser vencidos por un puñado de hombres mal vestidos y casi indisciplinados, se decidieron á oponer un dique que detuviera aquel impetuoso torrente.

La Filadelfia griega, la ciudad que segun el cronista de aquella expedicion era la única que rivalizara con Roma y Constantinopla, tanto por su grandeza, como por la multitud de edificios que la embellecian, fue la elegida por los soldados islamitas para esperar á sus temibles adversarios.

Roger adelantaba sin recelo hácia el lugar donde le aguardaban sus enemigos.

Tenía noticias de la posicion que ocupaban, y para la gente que mandaba era un placer la perspectiva de un combate.

Tras de la batalla estaba el botin y la gloria.

Y si necesitaban riquezas para desparramarlas con mano pródiga, ansiaban tambien la gloria para que llegase un dia en el cual los trovadores inmortalizaran sus hazañas.

II.

Almogávares y caballeros, ballesteros y adalides, todos iban satisfechos y gozosos porque á la inaccion sucedia el movimiento y la fatiga, y á las escaramuzas con los alanos, las batallas con los turcos.

Estos salieron como cosa de una legua fuera de la ciudad esperando á sus adversarios.

Aumentados en número considerable, creian fácilmente conseguida la victoria.

Al saber la aproximacion del enemigo, juntaron sus *taifas*, y sus adalides y sus *walies* recorrieron el campo procurando enardecer más el brío y la seguridad que les dominaba.

Los atabales y los *atakebiras* resonaron en el espacio, y al ver aparecer la hueste catalana un grito unánime fué á unirse al bélico sonido de los instrumentos de guerra.

Los expedicionarios hicieron alto.

Roger seguido de algunos caballeros subió á una eminencia inmediata, y luego de pasear su mirada escrutadora por el campo musulman, preguntó:

—¿Qué os parece, señores?

—¡Vive Dios! que los infieles tratan de sostenerse y de vengar su derrota, contestó Guillen de Siscar.

—Pero con la ayuda de mi patron sent Jordi y de mi lanza, juro hacerlos correr delante de mí como una bandada de gallinas, añadió Rocafort blandiendo con arrogancia el pesado lanzon de roble que embrazaba.

—Y ¿vos, mi buen Corberán de Lahet? dijo el megaduque dirigiéndose al caballero, que como ya sabemos iba á ser su yerno al terminar la campaña. ¿Qué opinais de esa gente?

—Nadie mas que vos, en Roger, puede comprender si es grave ó no la situacion; soy sólo un simple soldado y en un todo estoy á vuestras órdenes: sin embargo, opino como el noble caballero en Bernaldo de Rocafort, que con la ayuda de nuestro Señor Dios y de nuestros bravos almogávares vencerémos otra vez á los infieles.

—Y ¿vos, mícer, nada decis?

—Sí, repuso Muntaner, el honor creo que nos exige no mostrarnos indecisos ante el enemigo; pero la prudencia recomienda que no confiemos mucho en el éxito del combate.

—Por nuestra dona santa María, mícer, no parece sino que es la primera vez que vais á combatir con los turcos. ¿No sabeis que son gentes atrevidas con las mujeres y cobardes ante una buena lanza?

—Siento no ser de vuestra opinion, caballero en Bernaldo, replicó Muntaner sonriendo con benevolencia á las palabras del bravo catalan. Los infieles son valientes, y aunque enemigos no debemos menospreciarlos. Paréceme que os consta que mas de una vez me he batido con ellos, y si no manejo muy bien la pluma, sé manejar la espada lo suficiente para no retroceder; mas comprendo que hay ocasiones en que la temeridad solo sirve para provocar un conflicto.

—Teneis razon, mícer, se apresuró Roger á responder, impidiendo que Rocafort llevado de su impetuoso carácter dijese alguna palabra agresiva que produjera una excision entre ambos caballeros. La prudencia es tan necesaria en esta ocasion que por eso apelo á la vuestra.

Los caballeros interrogados de una manera tan directa fuéron cada uno emitiendo su parecer, en virtud del cual Roger se puso al frente de la hueste y dictó las disposiciones necesarias para el combate.

III.

Los turcos formaban en ala, teniendo en uno de sus costados apiñada la caballería.

En el centro de la línea, rodeados de sus *fakies* y *wazires*, estaban los jefes superiores.

Una nube de flechas que se disparó de las filas musulmanas fue la señal del combate.

Inmediatamente dió Roger la señal de acometer.

Los almogávares lanzando su tremendo *¡Sent Jordi, desperta ferro!* empuñando con una mano la pica y blandiendo en la otra la mortal azcona, se arrojaron sobre la infantería muslímica.

Los caballeros, poniendo las lanzas en ristre aflojaron las riendas á sus corceles y fuéron á chocar á manera de terrible ariete contra la caballería infiel.

Terrible fue la arremetida.

Poco despues cristianos y musulmanes estaban confundidos.

El hierro chocaba contra el hierro: el sonido de los clarines rasgaba el espacio: la sangre corria á torrentes, y el estertor del moribundo se unia con el grito de triunfo del vencedor.

El crujido de los arneses, el silbar de las flechas, el relincho de los caballos, los gemidos, las imprecaciones, los votos y juramentos, el clamoreo de los unos y las interjecciones de los otros, y el chocar de los escudos; tanta vocería, tanta confusion, tanto estruendo, formaban un concierto infernal, un cuadro vertiginoso y horriblemente fascinador.

Belona, la implacable diosa de la guerra, sentada con indolencia en su carro cubierto de fúnebres crespones, arrastrado por los caballos el *Terror* y el *Pavor*

segun la retrata la cosmogonía mitológica, se paseaba triunfante por el campo de batalla.

Marlotas y alquiceles, coseletes y escudos, arcos destrozados y lanzas hechas astillas, cadáveres en cuyas amortiguadas pupilas se conservaba la expresion de la cólera, caballos que trataban de levantarse entre las convulsiones de la agonía, espadas rotas y yelmos abollados, eran las lúgubres flores que brotaban de la matanza y servian de alfombra al ángel de la destruccion que vagaba sin descanso de un punto á otro del campo de batalla.

IV.

De pronto un grito sobrehumano, uno de esos acentos que expresan cien emociones distintas, atronó el espacio.

El rojo estandarte del Profeta no ondeaba ya entre las filas musulmanas.

Sus defensores huian á la desbandada.

Infantes y jinetes, caballeros y soldados pugnaban, se atropellaban, corrian tumultuosamente procurando escapar de las azconas, de las ballestas ó de las espadas de los cristianos.

Ruda y sostenida fue la lucha.

Desde que las puertas de Oriente se entreabrieron para dar paso al astro del dia hasta que el crepúsculo vespertino teñia de melancólica luz los términos de Occidente, el estruendo del combate no cesó de resonar en los campos de Filadelfia.

Por fin, las barras catalanas y las lises de Aragon ondearon triunfantes.

Los expedicionarios adornaban sus sienes con el laurel de una nueva victoria.

La explosion de su férvida alegría fue el grito que anteriormente indicámos.

Pocos momentos despues el campo musulman era entrado á saco por los catalanes.

Tras la victoria el botin.

Las preseas, la seda y los brocados, los perfumes y las joyas fueron el premio del valor.

Segun los cronistas ocho dias tardaron los catalanes en recoger y repartir el inmenso botin.

De conformidad con la historia concluirémos diciendo: que seguido de su valiente ejército penetró Roger en aquella Filadelfia, donde con tanta impaciencia era esperado y de la cual quizá alejaba para siempre á los temibles enemigos del imperio griego.

V.

Durante algunos dias permanecieron en la ciudad dando descanso á sus fatigados miembros y llenando de alegría á aquellos habitantes.

Mas la quietud no era para aquellas gentes. La antigua Ninfea y Magnesia vieron sus calles cruzadas por aquel ejército de valientes.

El megaduque no estaba satisfecho con que los turcos no volvieran á presentarse desde la batalla de Filadelfia.

El terror cundió de nuevo entre ellos, sin que se atrevieran á disputar el paso á quienes importaba muy poco su superioridad numérica para derrotarlos.

Los soldados tenian los mismos deseos que sus jefes.

Necesitaban luchar para vivir, así como necesitaban vivir para vencer.

Pocos dias despues de haber entrado en Magnesia se dirigieron hácia la antigua Tyrreum, cerca de la cual estaba la famosa iglesia en que se hallaba enterrado el cuerpo de san Jorge.

CAPÍTULO XLVI.

Presentacion de un nuevo personaje.

I.

No tuvieron mucho tiempo para descansar en Tyrreum los atrevidos expedicionarios.

Los turcos despues de su derrota de Filadelfia se reunieron nuevamente, y no creyendo que sus enemigos estuvieran en Tyrreum, se dirigieron hácia dicha poblacion con ánimo de apoderarse de ella.

Pero apénas las avanzadas de los almogávares se apercibieron de ello, lanzaron su tremendo *Via fora* que fue oido inmediatamente por los de la ciudad.

Roger con todo el apresuramiento que las circunstancias exigian se dirigió á la muralla, desde la cual vió en medio de la llanura á los turcos que dudaban en acometerles.

Comprendió que no eran de gran necesidad sus esfuerzos toda vez que era harto reducido el número de los infieles, y ordenó al buen caballero Corberán de Lahet que aprestase su hueste y saliera á combatir con ellos.

No se hizo repetir el futuro yerno de Roger la órden recibida; salió al campo, y poco despues los turcos se hallaban derrotados completamente.

Habíase ganado otra nueva victoria; pero por desgracia se pagó á un precio harto excesivo.

Cuando ya los turcos principiaban á huir, Corberán, creyendo que no habria peligro y sofocado por la sed y el calor, se quitó el casco para refrescarse durante algunos segundos.

Mas los enemigos quisieron tentar el último esfuerzo.

Una nube de saetas cruzó el espacio y una de ellas fué á introducirse en un ojo del caballero.

Los gritos de victoria se trocaron en lágrimas de dolor.

Corberán de Lahet era uno de los mejores caballeros de la hueste.

Sus compañeros y sus soldados le profesaban el más afectuoso cariño.

Mústios, cabizbajos y silenciosos regresaron los valientes almogávares á la ciudad.

Su tristeza de entónces contrastaba con la alegría de otras veces.

Roger interrogó á los adalides y supo por ellos la funesta nueva.

Su dolor no tuvo límites, y juró por la cruz de su espada vengar en sangre musulmana la del que amaba como á un hijo.

II.

Hechas las exequias del noble caballero principió á disponerlo todo para castigar á los turcos segun su merecido.

Para esto dispuso que la escuadra que se hallaba en el puerto de Chío pasase á Ania, á cuyo punto pensaba ir con el objeto de concentrar todas sus fuerzas.

Por aquellos dias Berenguer de Rocafort llegó á Constantinopla, conduciendo en dos galeras mil doscientos hombres que habia podido juntar en Sicilia.

Andrónico lo recibió perfectamente y le ordenó que fuéra á reunirse con su hermano y con Roger.

El nuevo refuerzo se puso en marcha inmediatamente para Chío, donde reunido con el almirante Ahones se encaminó á Ania.

Como era natural, la llegada de los auxiliares causó grande alegría al megaduque.

Entre estos iba un personaje que, habiendo de figurar bastante en el resto de nuestra obra, debemos presentarlo á nuestros lectores.

III.

Fernando Perez Antunez era hijo de un noble castellano que, habiendo toma-

do partido por los infantes de la Cerda, tuvo que buscar en Aragon el asilo que Castilla le negaba.

Cuando don Blasco de Alagon pasó á Sicilia de órden de don Jaime el justo, el padre de Antunez, amigo íntimo del noble aragones, le recomendó á su hijo que iba á hacer sus primeras armas.

Fernando Perez se mostró digno del apellido que llevaba.

Iba á Sicilia á probarse para que lo armasen caballero; mas las disensiones que estallaron muy pronto en aquel reino y el tener que separarse de su protector impidieron que sus deseos se realizaran.

Berenguer de Rocafort tuvo ocasion de conocerle y de apreciar debidamente su valor.

Le tomó cariño y le hizo combatir con él, llevándole últimamente á Grecia.

Fernando Perez era una de esas gallardas figuras que nos han conservado algunos códices ó dibujos de la época, en las cuales se ven perfectamente hermanados la fuerza y el valor, la lealtad y la honradez.

Admirablemente proporcionado, su fisonomía agradable y simpática era de aquellas que atraen irresistiblemente las miradas de las mujeres.

La noche de su llegada á Constantinopla, al vagar perdido por las revueltas calles de la populosa ciudad, creyó percibir el rumor de gritos lejanos.

Detúvose y vió que no se habia engañado.

En la vibracion de aquellas voces que pedian socorro adivinó que eran de mujer.

Y como la mision de un caballero, segun los preceptos de la caballería, era la de amparar y socorrer al que demandase ayuda, Fernando llevó la mano á la empuñadura de su espada y se lanzó en la direccion que sonaran los gritos.

Cruzó dos calles hasta que estuvo cerca de donde partian las voces.

Eran dos damas á quienes un grupo de marineros genoveses embriagados, trataban de obligar á que les siguiesen.

Fernando lanzó al aire su tizona y cerró con ellos á cintarazos.

Poco despues el jóven se volvia hácia las señoras diciendo á la que, por su traje y por la manera respetuosa que tenía de hablarle la otra, parecia más principal.

—Señora, ya ha desaparecido la canalla que os molestaba; si gustais, os acompañaré hasta vuestra casa para que no quedeis expuesta á algun otro percance del mismo género.

—¡Oh, cuánto tengo que agradeceros! contestó la dama con voz mal segura todavía por efecto de la emocion que acababa de experimentar. A no ser por vos, ¿qué fuera de nosotras?

—Debo felicitarme por haber llegado en tan buena ocasion.

—¿Perteneceis á los catalanes acaso? preguntó la dama con una inflexion de voz dulcísima y armoniosa.

—Estoy unido á ellos, pero soy castellano.

—Los castellanos tienen fama de ser muy galantes.

—Y las hijas de Grecia la tienen de ser muy hermosas, contestó Fernando.

El brazo de la desconocida que se apoyaba en el del caballero tembló ligeramente.

IV.

Fernando no podia distinguir con la oscuridad de la noche si las facciones de aquella dama correspondian á la dulzura de su acento, á la morbidez de su brazo y la suavidad de su mano.

Pero emanaba de ella un perfume de belleza y de juventud, que Fernando hubiera jurado sin vacilar que era hermosísima.

Y á vuelta de galanterías por parte del jóven, y de estremecimientos y medias palabras por parte de la dama, llegaron á un sitio en que esta se detuvo diciendo:

—No sería prudente que continuarais acompañándome.

—¿Teneis acaso álguien á quien dar cuenta de vuestras acciones?

—Sí, sí, contestó la desconocida con voz sorda.

—¡Qué desgraciado soy! En medio de la negra noche de mi vida habia llegado á vislumbrar una estrella, y ya veis, señora, no puede brillar para mí.

—¡Caballero!...

—Señora, permitidme que lleve un recuerdo de vos. ¿Cómo os llamais?

—¿Para qué quereis saberlo?

—Teneis razon; el que está condenado á sufrir, aunque sepa que hay un paraíso debe ignorar donde está. ¿No os podré ver más?

—Buscadme y quizá me halleis, murmuró la dama con ligereza.

Y ántes de que Fernando pudiese contestar una palabra desapareció seguida de su compañera.

Fernando era poético.

Poseia el sentimiento de lo bello, y más de una vez habia disputado el premio en las *córtes de amor*, muy frecuentes en aquella época, con sus trovas que hicieron palidecer de ternura á más de una altiva dama de la córte aragonesa ó siciliana.

Aquella aventura encendió el fuego de su genio y durante toda la noche soñó con aquella mujer, á la que adornaba con las más ricas galas de su fantasía y á la cual compuso cien endechas llenas de pasion.

V.

Al dia inmediato Berenguer con varios de los caballeros y oficiales que le acompañaban fué á despedirse de Andrónico para ir á reunirse con Roger.

Entre los oficiales que le acompañaban iba Fernando.

Andrónico quiso obsequiarles con un espléndido banquete.

La esposa de Roger, y Catalina esposa del príncipe Miguel estaban allí.

Al penetrar Fernando en el salon sus miradas se fijaron en Catalina, y se estremeció involuntariamente.

Le pareció que aquella mujer la habia visto en otra parte.

Sus pupilas no acertaban á separarse de ella.

Catalina le miró tambien, se ruborizó, inclinó púdicamente sus ojos y su alto seno se agitó á impulsos de alguna emocion particular.

Cuando el jóven escuchó su voz todo quedó revelado.

Era el mismo acento que percibió la noche anterior, el mismo rostro que habia adivinado, el mismo brazo que se apoyó en el suyo, y la misma mano que estrechara.

Toda la vida se concentró en sus ojos para poder expresar mejor á aquella mujer lo que sentía.

Si el respeto se hallaba en sus labios, en cambio sus ojos, que no conocian trabas, hablaban con harta elocuencia.

Y la esposa de Miguel comprendia aquel lenguaje, y tal vez á su pesar contestaba á él, respondiendo con cariño á el que se le ofrecia y dejándose arrullar por aquel sueño de pasion y de ternura.

Durante la comida trocaron algunas palabras.

Al terminarse Catalina y María se retiraron hácia una de las ventanas que daban al extenso jardin del palacio.

Catalina jugaba distraidamente con un ramo de flores.

Los caballeros catalanes se aproximaron á despedirse de las dos princesas.

Fernando fué el último.

Catalina continuó jugando con las flores para ocultar su turbacion.

Fernando inclinó una rodilla ante ella, y aprovechándose de un momento en que María daba á Berenguer algunos encargos para su esposo, dijo:

—Cuando el alma busca encuentra siempre; yo he encontrado para morir, pero ántes de hacerlo vengo á saludaros y á bendeciros.

Catalina nada contestó, se hizo más violenta su emocion, y sin saber cómo, cayó en las manos del caballero una flor del ramo con que estaba jugando.

Al dia siguiente partió la hueste de Berenguer á reunirse con el almirante Ahones.

La flor que Fernando habia recibido era una violeta.

La puso sobre su corazon y partió para la guerra confiando en el porvenir.

Cuando llegaron á Ania mandaron mensajeros á Roger participándole su arribo.

El megaduque, contento con aquella noticia, comisionó á Muntaner y á otros caballeros para que participasen á Berenguer que fuéra á reunirse con la hueste en la ciudad de Éfeso.

CAPÍTULO XLVII.

Un contrato.

I.

Abandonarémos por ahora á Roger y á los suyos dejándolos en el corazon de la Anatolia, reunidas ya sus huestes á la recien llegada de Sicilia, y volverémos á Constantinopla, donde los enemigos del valiente caudillo no omitian medio ni ocasion para derribarle bajo el peso de su envidia.

Desde el momento en que Roger abandonó á Cicico para emprender su segunda campaña, Karïna, la mujer vengativa, la que no perdonaba á Roger el desprecio de su amor, se dirigió á Constantinopla á reunirse con Miguel y con el príncipe George, quien la precedió algunos dias ántes.

El masageta que aborrecia al megaduque, sintió crecer doblemente su odio desde la muerte de Brieno.

Karïna, á consecuencia del mal resultado que tuvo su tentativa contra el caudillo catalan, estaba tambien más animada en sus proyectos de venganza.

Inmediatamente que llegó á Constantinopla principió á preparar las baterías que debian dar por resultado la ruina completa del hombre á quien amó tanto.

En vez de irse á hospedar al palacio de Andrónico, donde la daban un derecho tanto su nacimiento como el cariño que el monarca la profesaba, tomó una casa aparte, y pronto se convirtió en el punto de reunion de los enemigos del valiente siciliano.

Karïna habló con Miguel detenidamente y comprendió que existia en su pecho un resentimiento profundo contra su padre, porque no se hallaba dispuesto á acceder á sus deseos rompiendo abiertamente con Roger.

Este descubrimiento dió un nuevo campo á sus ideas.

Durante varios dias pensó cuál sería el medio mas á propósito para realizar el

plan que la hizo concebir la disposicion de ánimo en que se encontraba el príncipe.

II.

En el momento en que se presenta, George está en su casa.

—¿Visteis al príncipe? preguntaba el masageta.

—Hace dias.

—Y en nuestros asuntos ¿adelantasteis algo, señora?

—Deseo que hablemos con franqueza, pues en la situacion que estamos nos es de absoluta necesidad.

—Me parece, señora, que os he hablado siempre con esa claridad á que aludis.

—No tal, príncipe; vamos á hacerlo hoy como nunca, en la inteligencia que nuestra conversacion ha de quedar envuelta en el velo del misterio, pues hay cosas de tal importancia, que al trasparentarse pueden causar males de suma consideracion.

—Me asustais, Karïna, repuso el príncipe al par que fijaba en ella una mirada en la cual se reflejaba con harta elocuencia lo que sentía.

III.

La voz de la griega vibró más severa y más solemne que de ordinario.

Bastante tiempo permanecieron silenciosos ambos personajes.

Karïna estaba preocupada quizá por lo que iba á decir, y George tal vez por lo que iria á escuchar.

—Hablad, señora, dijo el príncipe por fin; hablad y sepamos de una vez lo que significan vuestras palabras.

—Significan, replicó Karïna, que he hablado con el príncipe.

—Ya lo dijisteis.

—En esa conversacion se me ha resuelto un problema que no comprendia.

—Y sin temor de ser indiscreto podria preguntaros ¿cuál es ese problema?

—¿Creeis, príncipe que vuestro corazon será capaz de guardar el secreto que se le confia?

—¡Señora! repuso George mostrándose resentido.

—Hay secretos que abrasan, secretos que casi son imposibles de guardar y el de que os hablo es uno de ellos.

—¿Acabaréis de explicaros?

—¿Sabeis lo que el príncipe desea?

—Quizá él mismo lo ignore.

—No lo creais, George; Miguel es muy astuto, procura ocultar sus deseos, sin permitir que se vislumbre sino lo que él quiere.

—Pero ¿qué tiene que ver?

—Miguel quiere destronar á su padre, dijo Karïna bajando la voz.

—¿Qué decis, señora?

—La verdad.

—Pero ¿cómo supisteis?...

—Hay palabras que se escapan maquinalmente para revelar los secretos del corazon.

—Y ¿creeis?...

—Que en el pecho de Miguel se oculta una ambicion inmensa, un deseo infinito de reinar, deseo que cada dia va adquiriendo mayores proporciones.

—Y ¿qué hacemos en este caso?

—Para esto deseaba hablásemos con franqueza.

—Confieso que no puedo adivinaros.

—Ya comprenderéis.

Y Karïna se detuvo algunos momentos como si tratase de recapacitar sobre lo que iba á decir.

George la contemplaba en silencio. Procuraba sondear su corazon, pero Karïna se envolvia con un velo impenetrable á toda mirada.

IV.

Varios segundos trascurrieron hasta que alzó la cabeza, y dijo:

—Príncipe, ¿estais resuelto á vengar las ofensas recibidas y la muerte de vuestro hijo?

—¡Oh! Cien vidas que tuviera serian insuficientes para pagar la muerte de Brieno.

—Comprendo que para un padre no exista lenitivo que mitigue el dolor producido por semejante desgracia.

—No se me olvida un momento la afrenta que Roger me hizo.

—Y ¿estais en la inteligencia que Miguel os sirve para vuestra venganza?

—Es el único.

—Entónces debeis á todo trance entenderos con él. Es preciso que abordeis la cuestion con mucho tino, ofreciéndole vuestra ayuda para subir al trono de su padre en cambio de su apoyo para vengaros de Roger.

—Señora, ¿me aconsejais ser traidor al monarca?

—Cuando se desea algo, una traicion significa poco en la vida de un hombre.

—Teneis razon; fueran escrúpulos necios los que abrigara en semejantes cir-

cunstancias. Deseo vengarme de ese hombre, y todo debe parecerme justo y natural.

—Me place que hableis así, porque fácilmente nos podrémos entender.

En aquel momento se vieron interrumpidos nuestros dos personajes por la llegada del hijo de Andrónico.

Miguel sombrío y preocupado penetró en la estancia de la griega.

Al verle esta salió á su encuentro preguntando:

—¿Qué teneis, señor?

—Déjame, Karïna; el dolor que me tortura me priva hasta de la facultad de formular un pensamiento. Estoy disgustado.

—¿Ha sido la causa vuestro padre? preguntó George.

—Precisamente.

—¿Sigue defendiendo á los catalanes?

—Más que nunca, contestó Miguel dejando traslucir en su acento la pasion que le consumia.

—Su proceder con los últimos soldados que llegaron de Sicilia demuestra bien claro que continúa dispuesto á dispensarles sus favores.

—Tienes razon, Karïna. Mi padre cada dia está más ciego, y vá preparando largas horas de luto al imperio bizantino.

—Y ¿no hay medio de evitar esa catástrofe? preguntó la griega.

—El único que existe tal vez se le considere como un crímen.

—A veces hay crímenes que los justifica la necesidad, añadió George.

—Si vos estuvierais en el trono...

—No trato por eso de censurar á mi padre; pero me parece que hubiera satisfecho mejor que él las exigencias y los deberes del puesto que ocupaba.

—El emperador es anciano ya, y la ancianidad es débil.

—Yo sé deciros, señor, que vuestra subida al trono no sería vista con desagrado.

—¿De veras? preguntó Miguel vivamente.

—Así lo creo.

—Y es natural, se apresuró á añadir Karïna; es natural que sucediese, repito, toda vez que deben comprender que nuevo monarca lleva generalmente política nueva á su país.

V.

Miguel quedó pensativo por las palabras que acababan de cambiarse.

Las seguridades que hasta cierto punto recibia de George halagaban sus aspiraciones, y sin embargo no se atrevia á evidenciarse del todo.

No era él quien debiera pedir apoyo á sus amigos para escalar el trono en que se sentaba su padre.

Karïna interpretó su indecision, y jugando el todo por el todo, le dijo:

—Vamos á ver, príncipe; ¿por qué tener escrúpulos indisculpables en estas circunstancias y que jamas comprenderá la sociedad en que vivimos? ¿Hemos de dejar que la nacion camine hácia su ruina cuando puede evitarse?

—¿Qué quieres decir?

—Es bien sencillo: la Grecia de hoy no es lo que debiera ser, lo que tenía derecho á esperar de un monarca cuyo camino le dejaron trazado vuestros antepasados. Vos estais persuadido y yo tambien que la regiriais con mano más fuerte que vuestro padre y la librariais de esa bandada de vampiros que la debilidad de Andrónico ha protegido contra sus intereses; pues bien, siendo esto así, no faltarán amigos fieles, que deseando ocupeis el lugar de vuestro padre, os ayuden con todas sus fuerzas.

—¡Karïna! exclamó Miguel de una manera indescribible.

VI.

George contemplaba á la jóven con asombro.

Jamas hubiera tenido su audacia para exponer tan atrevido plan.

Karïna sin desconcertarse en lo más mínimo por la exclamacion del príncipe, continuó:

—Vos, señor, teneis bastante desarrollada la ambicion. No me mireis de ese modo, porque estamos hablando como tres conspiradores de buena ley, con franqueza, y sin que ninguno se ofenda por las palabras que pronuncie el otro. Como iba diciendo, teneis ambicion, y es necesario satisfacerla; el príncipe George que nos escucha, puede disponer de diez ó doce mil hombres determinados, y tiene tambien su ambicion. Los genoveses se hallan descontentos con vuestro padre por la preferencia que ha dispensado á los catalanes, y fácilmente se convertirán en auxiliares vuestros; ademas, existen en el imperio una porcion de altos magnates, de grandes señores que, disgustados como están con Andrónico, se unirán á vos en el momento que trateis de llamarlos á vuestro lado. Hacedlo y satisfaréis el deseo que os devora.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Lo mismo que pensasteis una porcion de veces, pero que no tuvisteis la energía ni el valor suficiente para confesaros á vos mismo. No finjais asombro ahora por lo que se os ha ocurrido ántes quizá que á mí.

Miguel no se atrevió á contradecir á Karïna.

Estaba confundido por tanto atrevimiento y su turbacion no le permitia articular una palabra: inclinó la cabeza sobre sus manos y se puso á reflexionar.

George y Karïna trocaron una mirada harto significativa.

La griega dijo al cabo de algunos momentos, dirigiéndose al masageta:

—Vamos, George, unid vuestros ruegos á los mios para que el príncipe acepte el apoyo que le brindamos, y escale el lugar á que su talento y los desaciertos

del emperador le dan un derecho. Venzamos su debilidad, y hagamos que triunfe su ambicion.

—Has dicho bien, exclamó Miguel de repente alzando la cabeza y fijando una mirada brilladora en la jóven; tengo ambicion y es necesario que se realice; deseo regir á un pueblo y hacerle conocer las ventajas que puede reportarle una administracion justa y enérgica, demostrándole hasta qué punto aprecio su gloria y su independencia.

—Así es como queria escucharos.

—Y ¿cuál es vuestra ambicion, George? preguntó el príncipe recordando la indicacion de Karïna.

—La de beber la sangre de un hombre, respondió George con ferocidad.

—¿De un hombre?

—Naturalmente, repuso Karïna; quiere vengarse de Roger.

—Y ¿puedo serviros de algo? preguntó Miguel con particular entonacion.

—Vos lo podeis todo.

—¡Oh! Si tuviera el poder que decis, ¿pensais que esa gente pisaria mi territorio? Hoy soy impotente como vosotros, nada valgo, nada significo, pues ya veis el caso que de mí se hace. Mi padre apénas me atiende, y sólo un miserable aventurero es el que priva en la córte.

—Pues bien, repuso George, todo puede terminar de una vez.

—¿De veras?

—Hagamos un trato, príncipe.

—¿Un trato? Explicáos.

—Ofrecedme vuestra ayuda para vengarme de Roger y os ofrezco colocaros en el trono de vuestro padre.

—¡George!

—Creedle, señor; si en algo amais á vuestro pueblo, si sus desgracias pueden influir para algo en vuestro ánimo, aceptad su ofrecimiento.

—¿Tambien tú, Karïna? ¿Tú tambien me incitas á la rebelion contra mi padre?

—No hago mas que interpretar vuestro pensamiento, procurando inspiraros la energía de que careceis.

—Pues bien, sea, repuso Miguel al cabo de algunos segundos; acepto la alianza, y me comprometo á ayudaros con todas mis fuerzas para deshacernos de un enemigo que á ambos nos molesta.

—Contáos en el trono de Grecia.

—Contáos vengado.

Y tras estas palabras aquellos dos miserables, porque no podemos darles otra calificacion, se estrecharon la mano con una efusion digna de mejor causa.

Momentos despues ambos se separaban, miéntras Karïna murmuraba con desprecio:

—¡Qué necios son los hombres! Sabiendo jugar con su ambicion, son esclavos del que los explota.

CAPÍTULO XLVIII.

Volvemos à hablar de Alejo.

I.

Siguiendo la marcha de los principales personajes de nuestra obra, abandonámos durante varios capítulos á Alejo, el oficial griego que servia en el ejército de Roger, dejándole sumido en la desesperacion que le causaron las palabras de Zulima y doblemente abatido al ver la desaparicion de Ferriz de Ayerbe, el único amigo en cuyo seno pudiera depositar el peso de su infortunio.

Cuando volvemos á encontrarle, su alma lacerada, destrozado su corazon, iba buscando en el campo de batalla el consuelo que en vano buscara despues de las dos decepciones que sufriera.

Pero ni aun la muerte con tanto afan buscada quiso librarle del peso abrumador de su existencia.

Durante la correría del ejército por la Anatolia Roger no escuchó mas que elogios respecto al caballero.

Sorprendia á todos la nube de sombría tristeza que se notaba en su semblante, apareciendo más densa al volver de una batalla donde acababa de conquistar nuevos laureles.

Como dijímos en otro lugar, Rocafort se habia incorporado á Roger, y juntos emprendieron la marcha, castigando á los turcos en las llanuras de Ania, en cuya ciudad descansó el ejército durante algunos dias. Bernaldo Rocafort fue nombrado senescal del ejército en reemplazo de Corberán de Lahet, y queriéndole dar una prueba más del aprecio que le dispensaba, le concedió la mano de su hija, cuyos capítulos se firmaron, esperando sólo la terminacion de la campaña para la celebracion de los esponsales.

II.

Entretanto Alejo, siempre solitario, siempre triste, ni bastaban las distracciones de los campamentos á separarle de su idea dominante, ni contraia relaciones íntimas con nadie, puesto que desde la separacion de Fernando Ferriz de

Ayerbe no quiso depositar su afecto en ningun otro caballero permaneciendo tan fiel á la amistad jurada, como constante y firme en el cariño de Zulima.

No escuchaba con placer mas que las señales de partida, y cuando la hueste se puso en movimiento para acabar de recorrer el reino de Anatolia, creyó que encontraria de nuevo á los turcos, se libraria alguna batalla, y quizá hallase en ella el descanso eterno que necesitaba.

Y no salieron vanas sus conjeturas.

Los expedicionarios llegaron en su carrera triunfal hasta la Puerta de Hierro, montaña que forma la línea divisoria entre la Anatolia y la Armenia, donde los turcos reunidos en número considerable trataron de disputarles el paso.

Pero no contaron con la indómita pujanza de aquellos guerreros.

Al divisarles los almogávares rasgaron el aire con sus voces enronquecidas, y poco despues Alejo al frente de un peloton de soldados caia como un alud arrollando á su paso el ala izquierda del ejército musulman.

Las enseñas catalanas y aragonesas estaban en lo más recio de la pelea.

Alejo hacia prodigios de valor.

Algunas saetas islamitas se abrieron paso entre las piezas de la armadura que vestia, y la sangre brotaba de sus heridas.

Mas no por eso desmayó un momento.

El lanzon que empuñaba voló hecho astillas, y su espada abria ancho círculo á su alrededor.

Los almogávares que le seguian se vieron separados por un grupo de infieles.

Poco tiempo trascurriera cuando un grito de triunfo resonó en el campo, al cual siguió un alarido de desesperacion.

Quedaban vencidos otra vez los sectarios del Islam.

Largas horas duró la lucha encarnizada por una y otra parte, pero por fin los turcos huyeron en desórden, y cuando recogidos los catalanes en sus campamentos se vió los guerreros que faltaban, echóse de ménos al valiente Alejo.

III.

Envuelto por un grupo de enemigos, como dijímos, fué arrastrado por ellos y conducido á Damieta, plaza ocupada por los infieles, y en la cual Ebnt-Atia gobernaba en nombre del sultan.

Abandonemos aunque sea por breves momentos á los expedicionarios para seguir á Alejo en su cautiverio.

El griego con algunos otros prisioneros fue encerrado en uno de los más oscuros calabozos de la alcazaba, que al par que de morada á Ebnt-Atia, servia de

prision para los cautivos hechos en las correrías ó *algaras* practicadas por los infieles en el territorio heleno.

Ebnt-Atia era un musulman fanático, cuyo profundo odio á los cristianos se distinguia en grado superlativo; pero su desmesurada avaricia hacia que á pesar de aquel aborrecimiento evitase derramar la sangre de sus cautivos cuando calculaba sacar algun cuantioso rescate.

Entre los prisioneros hechos en la batalla de la Puerta de Hierro se hallaba tambien nuestro antiguo conocido Cap de Ferro, aquel famoso almogávar á quien nuestros lectores han visto ya hablar con Ferrich Carlés.

Cuando los cautivos con los restos del ejército musulman llegaron á Damieta, el emir mandó inmediatamente que los condujesen á su presencia.

IV.

Ebnt-Atia rodeado de algunos de sus capitanes y de sus faquíes (1) los esperaba en la sala de recepciones de su palacio.

Aquel puñado de hombres aparecieron ante ellos serenos, altivos, y sin preocuparse al parecer en lo más mínimo por la suerte que les estuviese reservada.

Alejo era el único caballero que entre ellos existia, y por lo tanto le respetaban á pesar de su situacion.

Ebnt-Atia paseó su mirada por aquellos semblantes que parecian desafiar su desgracia, y con voz severa les dijo:

—¿Sabeis la suerte que os espera?

—¿La muerte? contestó con indiferencia Alejo. Puedes llamar á tus verdugos si quieres, y terminarémos de una vez.

—Un medio teneis de salvar la vida.

—No nos importa: viniendo de tu mano, ni mis soldados ni yo la aceptarémos nunca.

—¡Por san Cucufate, nuestro patron! murmuró Cap de Ferro dirigiéndose á sus compañeros. El moro se explica bien para no ser almogávar.

—¡Silencio, vosotros, perros! exclamó el emir dirigiéndose á los soldados.

—Cuidado vos en lo de canes, gritó el almogávar con enojo, no nos deis el nombre que os damos nosotros.

—Si no callais volveréis á las mazmorras.

—Mal medio emplearéis para hacerlos callar, repuso Alejo; mis soldados desprecian las amenazas del mismo modo que la muerte, y por lo tanto, si no teneis otra cosa que decirnos, podeis mandar que nos lleven á nuestra prision ó que nos quiten la vida.

—¿Cuánto crees tú que vale salvártela?

(1) Sacerdotes

—Nada; la he arriesgado tantas veces en los combates... que no creo tenga valor alguno.

—¿Te niegas á todo?

—A todo, ya os lo he dicho; viniendo de vos nada quiero.

—Y ¿no quereis combatir con nosotros? Yo os colmaria de dignidades; seriais mejor recompensados que con los griegos, que al fin el dia que ménos lo espereis os harán alguna traicion.

—Basta: los hombres de la nacion á la cual sirvo no se venden nunca; tienes el derecho de matarnos, pero no de hacernos un insulto: pregúntale á cualquiera de los que están á mi lado si aceptan tus proposiciones, y te aseguro que obtendrás la misma respuesta; ya sabes mi decision; ahora obra como mejor te plazca.

V.

Ebnt-Atia fijó sus miradas en el grupo de guerreros, y no tuvo necesidad de prolijo estudio para convencerse de la inutilidad de cuanto intentara respecto á ellos.

Mandó conducirlos nuevamente á sus mazmorras, y quedó conferenciando con sus oficiales acerca de la suerte de aquellos hombres.

Al fin se decidió por interrogar á los soldados cautivos acerca de la posicion de su jefe, y sabida esta, participar á su familia el sitio donde se hallaba y exigirla un cuantioso rescate.

Las mazmorras donde gemian encerrados los cautivos daban á un extenso patio al cual caian los ajimeces de las habitaciones de Ebnt-Atia.

Cubiertos con espesas celosías no dejaban percibir su interior, pero en cambio las personas que hubiera en él podian observar perfectamente á los que atravesaban por el patio.

Un tanto preocupado caminaba Alejo sino por su suerte por la de sus compañeros, cuyo inminente peligro adivinaba.

De pronto imaginó escuchar un grito que le pareció salir de una de las celosías que daban al patio.

Alzó la cabeza, pero nada pudo ver.

Aquel incidente le preocupó muy poco; fue encerrado en su calabozo, y no volvió á acordarse más de semejante cosa.

Nosotros, no obstante, penetrarémos en el interior del edificio para buscar y conocer á la persona que arrojó aquel grito.

Los ajimeces y las ventanas que ántes indicámos pertenecian á las habitaciones de las mujeres de Ebnt-Atia.

VI.

Penetremos en un precioso salon de elevada cúpula, con esbeltas columnatas, de paredes caladas con suma delicadeza, de suelos de mármol donde se aspiran aromáticos perfumes, y verémos reclinada sobre muelles cojines de seda damasquina una mujer á quien conocímos ya en la famosa batalla de Cabo Artacio.

Es Zulima.

Zulima, á quien dejámos entregada á su dolor viendo el imposible que la separaba de Alejo, y á quien volvemos á encontrar más hermosa que nunca bajo aquélla aureola de melancólica tristeza que orlaba su semblante.

Muza Ebnt-Abóo la obligó á que fuera la esposa de Ebnt-Atia, y la pobre niña no tuvo valor para resistir á la tiranía paternal.

Casada sin cariño con un hombre anciano y de carácter irascible y soberbio, iniciada en los misterios de la vida conyugal, lógico era que el recuerdo de Alejo fuéra acreciendo su intensidad por momentos enseñoreándose por completo de su corazon.

Pasó el tiempo, y en las largas soledades del harem, en medio de aquel cautiverio de doradas rejas y de aposentos llenos de voluptuosidad, Zulima lloraba las delicias del perdido amor.

El grito que Alejo percibió fue arrancado por la sorpresa de verle entre los prisioneros.

Un sentimiento de curiosidad la condujo al ajimez cuando pasaban los cautivos, y su pecho oprimióse dolorosamente al adivinar la suerte reservada á su amante.

Durante aquel dia estuvo pensando de qué medios podria valerse para salvarle.

Llegada la noche descendió silenciosa y recatada al jardin.

Uno de sus eunucos la acompañó, y cuando Alejo estaba más abstraido en sus meditaciones y su pensamiento, fijo en un objeto, sólo veia á Zulima, abrióse la puerta de su mazmorra, y como evocada por su imaginacion apareció la musulmana.

La débil claridad que esparcia la linterna que llevaba permitió á Alejo reconocerla.

Una exclamacion de alegría se escapó de sus labios.

—Calla, exclamó Zulima; los instantes son preciosos: te ví esta mañana y adiviné el peligro que corrias.

—¿Qué me importa ese peligro estando á tu lado? exclamó Alejo olvidándose de todo para no recordar sino su amor.

—Calla, te ruego por Allah que no renueves mis dolores hablándome de lo que ha muerto para nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—He venido para salvarte.

—Renuncio á la salvacion si ántes no sé qué significa tu presencia en la alcazaba.

—¡Oh! exclamó Zulima al par que una lágrima temblaba entre sus párpados.

Alejo estrechó dulcemente entre las suyas la mano de la jóven, y atrayéndola junto á sí, dijo:

—¡Alma de mi alma! deja que al verte respire mi corazon, siquiera sea por breves momentos. ¡Si supieras cuán largo se me hacia el tiempo!...

—¡Calla!

—¿Está aquí tu padre? ¿Es alguno de los walies del emir?

—No.

—En ese caso... ¿qué haceis aquí?

Y Alejo, sorprendido por la manera de pronunciar aquel monosílabo, retrocedió algunos pasos fijando una mirada escrutadora en el rostro de la jóven.

—Soy la esposa de Ebnt-Atia, murmuró Zulima inclinando sus ojos ante la fosforescente mirada que brilló en los del griego.

VII.

Algun tiempo permanecieron inmóviles y silenciosos.

Aquella revelacion deshizo el encanto que halagó el corazon de Alejo.

Por fin, con un acento que á pesar de sus esfuerzos nada tenía de bueno, murmuró:

—Y ¿es la esposa de Ebnt-Atia quien viene á ofrecerme la libertad? No la admito; no la quiero.

—Escucha, Alejo, escúchame, y por el Dios altísimo y único te ruego que no dudes de mis palabras.

Fue tan sentido el acento de Zulima, advertíase en él una sinceridad tan desesperada, si podemos valernos de esta frase, que Alejo fijó su vista en ella, y preguntó:

—Y ¿qué teneis que decirme?

—Mi justificacion: quiero que creas en mi inocencia.

Y Zulima refirió con voz entrecortada por los sollozos el sacrificio que su padre exigió de ella, sus luchas y sus dolores, confesándole las proporciones que habia ido tomando su amor al par que fuéron creciendo los imposibles. Alejo la creyó, porque lo necesitaba.

Tenía concentrada su existencia en aquella mujer.

La musulmana terminó su confidencia diciendo:

—Ahora que conoces mi inocencia y sabes que no cesé de amarte, ¿te negarás á aceptar la libertad que te ofrezco?

Alejo nada pudo contestar.

Cogió de nuevo entre sus manos la de Zulima y aproximándola á sus labios imprimió en ella un beso que era la más viva expresion de su sentimiento.

Su evasion quedó aplazada para la noche siguiente.

Pero como se empeñó en que sus compañeros habian de seguirle, nada pudo negarle la jóven. Conviniendo en que ella sola quedaria en Damieta para afrontar la cólera de su esposo que estallaria de una manera formidable, aceptando todas las consecuencias que pudieran resultar.

CAPÍTULO XLIX.

Una evasion, un combate y una acusacion.

I.

Miéntras tenía lugar el anterior diálogo, otro de muy distinta índole se sostenia en la parte exterior de la prision.

Manifestámos que Zulima fué acompañada por uno de los eunucos, guardas incorruptibles del harem.

Largo rato de espera llevaba este, arrimado á uno de los arcos de la galería en que se hallaban las mazmorras, cuando un ligero rumor de pasos que se aproximaba hízole alzar la cabeza.

El eunuco, como era consiguiente, tembló ante las consecuencias de un encuentro en aquel sitio, y no supo qué partido tomar.

Sus vacilaciones dieron por resultado que la persona que se aproximaba tuviera tiempo muy sobrado para llegar hasta él, y poniendo resueltamente mano á la empuñadura de su alfanje se adelantara, diciendo:

—¿Quién está ahí?

—¡Oh, señor! murmuró el esclavo reconociendo sin duda la voz.

Era un musulman de arrogante presencia y de hercúleas formas, cuya belleza física hubiera podido brillar doblemente, á no ser por los vicios y defectos morales que le consumian.

Abdul-Agiab, era sobrino de Ebn-Atia y uno de los oficiales más afamados del ejército turco.

Astuto y cruel, orgulloso y altivo, ambicioso y sin sentimiento alguno de humanidad, aquel hombre causaba una repulsion invencible á pesar de la belleza de sus formas.

Zulima le odiaba.

Abdul-Agiab la vió y se enamoró de ella.

Y como para aquel hombre tras del deseo era necesario que viniera la realizacion, significó á la jóven su voluntad.

Zulima le rechazó con la altivez propia de la mujer ofendida, sin que con esto consiguiera mas que irritar las pasiones del infiel, quien no dejaba un instante de perseguirla con sus exigencias ó sus amenazas.

II.

Al ver al eunuco favorito de Zulima una sospecha cruzó por su imaginacion.

Asióle violentamente por el cuello, y puesta la punta de su espada al pecho, le dijo:

—Habla, ó mueres. ¿Qué haces aquí?

—Por el santo profeta, te juro, señor...

—¡Eh! no jures, perro. ¿Qué haces?

—Pero...

—¿Responderás?

Y el eunuco sintió que el acero rasgaba sus carnes, y lleno de terror confesó que habia acompañado á Zulima hasta la mazmorra del caudillo de los cristianos.

Abdul-Agiab le escuchaba poseido de furor. Denostó con las palabras más soeces y groseras á la jóven y al caballero, jurando que á la noche siguiente habia de tomar una venganza terrible.

El eunuco se guardó muy bien de decir á su señora nada de cuanto pasara.

El sobrino del emir le prohibió bajo pena de muerte que pronunciase una palabra, y el pobre hombre amaba demasiado su pellejo para exponerlo á ser maltratado por el bárbaro musulman.

Zulima salió de la mazmorra de Alejo, formando en su imaginacion un proyecto cuyo resultado fuese la salvacion del hombre á quien amaba.

Para él solo fácil la fuera encontrarlo; mas para todos sus amigos casi imposible.

Por fin, consiguió comprar á los guardas de las mazmorras para que tuvieran abierta una poterna que daba al campo, tras la cual tendria caballos preparados para los cautivos.

Por su parte Abdul-Agiab reunió algunos de los soldados musulmanes con el objeto de que penetrasen en el jardin, y figurando alarmarse al ver franca la

puerta de la mazmorra donde estaba Alejo sorprendieran á la jóven obligándola por medio del escándalo á que cediese á sus exigencias.

III.

Zulima temiendo que se dilatase algunos momentos más la estancia de su amante en aquella prision porque preveia cien peligros distintos para él, adelantó bastante la hora de su bajada á la mazmorra.

—Estás libre, dijo al penetrar en aquel lóbrego recinto.

—¡Oh! ¡Eres mi ángel bueno! repuso Alejo.

—Soy una pobre mujer que te ama y se resigna á llorar su desventura.

—¿Por qué no tuviste valor para resistir?

—Si tú alzaste la barrera entre los dos.

—¡Oh! fui un loco; no comprendia mi corazon.

—Dejemos esa conversacion y ocupémonos de tí; he conseguido hallar el medio para tu libertad.

—Y ¿mis compañeros?

—Quizá te esperen.

—¡Oh! gracias, gracias por ellos más que por mí; estaba resignado con mi suerte, y te aseguro, Zulima, que habria saludado á la muerte como á una amiga esperada durante largo tiempo para calmar mis infortunios.

—No hables así.

Y tras estas palabras se siguió una escena de despedida, se mezclaron los suspiros y se trocaron los juramentos.

Alejo pudo separarse por fin de la jóven.

Entre los arcos del patio estaban aguardándole sus soldados.

Zulima fué siguiéndoles con la vista durante algun tiempo, hasta que alzando sus hermosos ojos al cielo exclamó con suprema alegría:

—Gracias, poderoso Allah, gracias, porque me has permitido su salvacion.

Y preocupada y mirando siempre hácia la puerta por la cual desaparecieron los cristianos, dirigióse á sus habitaciones.

IV.

Alejo y los suyos franquearon sin obstáculo aquella puerta y salieron al campo.

En los caballos que Zulima les proporcionó habia armas.

La alegría de nuestros catalanes fue inmensa.

Pero apénas tuvieron tiempo de cabalgar cuando escucharon una voz que les gritó:

—¿Quién sois?

Y al mismo tiempo una nube de flechas pasó silbando por sus oídos.

—Estamos descubiertos, dijo Alejo.

—¡Por nuestra dona santa María! repuso Cap de Ferro. Si de todos modos hemos de morir, vale más hacerlo matando que no á tajo y á manos de verdugo.

—Tienes razon, ¡vive Cristo! repuso otro de los almogávares.

—Pues ¡Aragon, y á ellos! gritó Alejo blandiendo su espada.

—*¡Via fora! ¡Via fora!* repusieron los almogávares.

Y cayeron con tal fuerza sobre el peloton de soldados que mandaba Abdul-Agiab, pues no era otro quien fué á atravesarse en el camino de los cautivos, que aquellos no pudieron resistir el choque y retrocedieron hácia la ciudad dando espantosos alaridos.

—Estos perros van á poner en movimiento á toda su gente.

—Pues apretar á los caballos y nuestro señor Dios nos proteja.

Y diciendo y haciendo, espolearon á los caballos con las puntas de sus espadas á falta de espuelas, y dirigiéronse á la ventura por un camino que desconocian completamente.

No referirémos los trabajos que aquel puñado de valientes tuvo que sufrir hasta reunirse con las fuerzas de Roger.

V.

Nosotros los abandonarémos ahora para ver lo que sucedió en Damieta despues de su evasion.

Al ver Abdul-Agiab á los catalanes comprendió lo que acababa de suceder.

El pánico que se apoderó de los suyos no llegó hasta él.

Los soldados musulmanes creyeron que tenian que habérselas con alguna vanguardia del ejército catalan, miéntras él sospechó que Zulima habia favorecido aquella evasion, é inmediatamente dirigió sus pasos hácia el interior de la alcazaba.

Ebnt-Atia, seguido de sus oficiales, iba á conocer la causa de aquel inusitado rumor, cuando Abdul-Agiab se precipitó en su estancia gritando:

—¡Los cautivos se han escapado!

—¿Qué dices? preguntó rugiente de cólera el emir.

—Que tus cautivos acaban de encontrarse con mis soldados.

—¡Mientes!

—Vé á buscarlos en sus mazmorras.

Y el emir furioso y fluctuando entre la cólera y la esperanza, bajó las escaleras, atravesó los corredores, cruzó los patios y se encontró con la verdad de lo que dijo su sobrino.

Entónces volvió sus ojos hácia todas partes, y trémulo de furor gritó:

—¿Quiénes han sido los traidores?

—Yo te lo diré, respondió Abdul-Agiab.

—¿Tú? murmuró el emir.

—Yo; Abdul-Agiab, wali de tus walies, juro por el Dios altísimo y único que lee en lo más escondido del corazon humano, que Zulima, tu esposa, sostenia relaciones ilícitas con el wali de los francos, y ella ha favorecido su evasion.

—¡Mientes! gritó colérico Ebnt-Atia, llevando la mano á la empuñadura de su alfanje y dando un paso hácia su sobrino.

—Repito lo que he dicho, y me obligo á sostenerlo de sol á sol, en palenque cerrado ó abierto, á pié ó á caballo, confiado en que el Dios omnipotente dará á mis armas la justicia que merecen.

VI.

Habia tal conviccion en el acento de Abdul-Agiab que Ebnt-Atia no supo que contestar.

Inmediatamente se retiró á su estancia con su sobrino, y este le refirió exagerando extraordinariamente cuanto le habia comunicado la noche anterior el eunuco de Zulima.

Ebnt-Atia recibió un golpe terrible con semejante noticia.

Pero la acusacion se hizo delante de tantas personas que no hubo mas remedio que aceptarla y dictar las providencias que el suceso requeria.

En su consecuencia fue reducida á prision Zulima, é interrogados el eunuco y los guardas de las mazmorras, y unos y otros ganados por el sobrino del emir, confesaron aquello que podia perjudicarla.

Zulima estaba resignada con su suerte.

Abdul-Agiab era considerado como uno de los guerreros más famosos entre los musulmanes, y ninguno hubiera sido capaz de atreverse á luchar con él si se empeñaba en sostener la acusacion.

La nodriza de la jóven no era posible que se conformase con la suerte que la reservaban.

Buscando en su imaginacion un medio para salvarla se decidió por avisar á Alejo.

En su consecuencia buscó un mensajero fiel á quien dió el encargo de que marchase inmediatamente al campo de los catalanes y participara al jóven la situacion en que se encontraba su señora, advirtiéndole que se habia fijado el plazo de treinta dias para que se verificase la sentencia; y si durante él no se presentaba ningun campeon en su defensa, pereceria.

El mensajero partió, y Zulima cuando lo supo rogó á Dios con todo el fervor de su alma que si Alejo debia morir en la demanda no estuviese en el campamento cuando llegase el enviado de su nodriza.

CAPÍTULO L.

Principian á triunfar los enemigos de Roger.

I.

Inmenso fue el botin que los soldados de Roger recogieron en la batalla de la Puerta de Hierro.

Los turcos huyeron á la desbandada, y víveres, pertrechos, tiendas y riquezas todo fue abandonado en poder del vencedor.

La hueste permaneció acampada en aquel mismo sitio, hasta que al cabo de algunos dias Roger mandó que se tomase la vuelta de Ania.

Todo el ejército sentía la desaparicion de Alejo; creyósele prisionero de los turcos, y para satisfacerse Roger mandó poner en libertad á uno de los infieles que cayeron en su poder, encargándole que viera si efectivamente Alejo estaba cautivo, y en ese caso daria la libertad á los turcos en cambio de la del griego y de todos los demas prisioneros que le hicieran.

Partió el musulman, y la hueste segun indicámos principió á moverse para pasar á Ania.

En aquellos dias un incidente vino á cortar en medio de su carrera la brillante serie de hazañas que el ejército expedicionario iba realizando.

Los triunfos conseguidos concitaron contra ellos doblemente el odio de Miguel, George y demas magnates de su parcialidad.

Karïna no cesó un momento de trabajar.

II.

Hecho el tratado que ya conocemos entre el caudillo masageta y el hijo de Andrónico, uno y otro se dedicaron con extraordinario ardor á realizar su intento.

Y tanto habló el príncipe por una parte y sus amigos por otra, que consiguieron germinasen las sospechas en el corazon del monarca, desarrollándose en términos que María é Irene advirtiéndolo, trataron de mandar mensajeros al megaduque noticiándole lo que ocurria.

Sus enemigos se apercibieron de ello. Tenian espías en el palacio de Blanquernas, supieron cuanto se trataba, y los mensajeros fueron cogidos ántes de llegar á su destino.

Un incidente ocurrido entónces sirvió perfectamente á las miras de Miguel y sus secuaces.

Murió el padre de María, y se disputaban el trono de Bulgaria un hermano del difunto y el hijo de Azam, á quien por derecho correspondia la corona.

Andrónico tenía que prestar su ayuda al legítimo heredero.

Pero las fuerzas imperiales estaban muy distraidas con la guerra, y aconsejado por el podestá y algunos de los comerciantes más acaudalados entre los genoveses, así como tambien por Miguel y el príncipe masageta, resolvió mandar á Roger que, abandonando inmediatamente la Anatolia, con una parte de sus tropas pasara á Constantinopla para dirigirse desde allí á socorrer á su cuñado, cuyos derechos á la corona búlgara se veian tan rudamente comprometidos.

Profunda extrañeza causó al megaduque el mensaje del emperador.

En medio de sus triunfos y de aquella brillante serie de hazañas proseguidas con tanto valor, veíase contrariado sin que encontrara medio de oponerse.

Inmediatamente se le ocurrió que aquella idea no habia nacido de Andrónico, que el sólo móvil de ella era la envidia y los celos que sus triunfos causaban, y tuvo momentos en que pensó resistirse á semejante órden.

Reflexionó despues, y fiel observador de las leyes del decoro y de la obediencia, decidióse por asentir á lo que se le exigia.

Sin embargo, ántes quiso cerciorarse del espíritu de sus capitanes.

Entre el ejército cundió la voz de que iba á tomarse la vuelta de Constantinopla, y no causó muy buen efecto.

Los oficiales á vuelta de muchas razones y de reflexionarlo una vez y otra, se decidieron por regresar á Bizancio bajo condicion de que todo el ejército marcharia reunido, á fin de evitar cualquiera traicion.

III.

Más difícil que á los capitanes fue hacer entrar en razon á los soldados.

Reunidos en grupos los almogávares departian con más cólera que buen sentido acerca de aquellos sucesos.

—¿Qué nuevas hay, Ferrich? preguntaba Coll de Bou, que unido con tres ó cuatro de nuestros amigos estaba paseándose á algunos pasos del campamento.

—Malas son; porque mal y muy grande es tornar á meternos en la boca del lobo cuando habíamos logrado salir de sus garras.

—Segun eso ¿los capitanes de la hueste han sido de parecer que marchemos?

—Sí, Ferrich; tales razones les ha dado en Roger para convencerles, que todos han sido de la misma opinion; se trataba del honor y...

—¡El honor! ¡Por san Feliu mi patron! Vaya un honor que nos han dis-

pensado los griegos desde que hemos llegado á esta tierra. Si en Roger me creyera, algo mejor le saldria la cuenta.

—¿Qué le dirias tú, Coll de Bou? preguntó Ferrich.

—No gastaria muchos rodeos, porque conforme á nadie temo con mi peto de cuero y mis azconas monteras, tampoco se me traba la lengua para hablar con el primer señor del mundo.

—Pero bien, ¿qué irias á decirle?

—¡Vive Cristo! Poca cosa. Le diria: no hay que apurarse, en Roger; aquí estamos unos cuantos centenares de hombres que más de una vez hemos visto las espaldas á los turcos. Hierro contra hierro y vida por vida hemos ganado la tierra que pisamos. ¿Qué necesidad tenemos, pues, de obedecer á nadie? Apellidemos la tierra por nuestra, y si es hombre el emperador, que nos mande sus griegos, sus alanos y sus turcoples para arrojarnos, y los harémos huir como canes falderos.

—Por la santa dona de Monserrat que no me parece mal el consejo, repuso Perich de Naclara.

—Y tenlo por cierto, añadió Coll de Bou; no se atreviera ninguno de aquellos señores que andan siempre entre damiselas y perfumes á habérselas con nosotros.

—Y ¿creeis, cabeza sin seso, que nuestro señor en Roger haria caso de esas palabras?

—De fijo, de fijo, repuso Coll de Bou, que jamas habrá escuchado un consejo mejor.

—Discurris de un modo que da pena. Si en Roger hiciera eso, tendrian derecho á decirle que era un traidor y nadie hasta ahora puede tener esa vanagloria.

—Es verdad.

—Pero en fin, yo en su pellejo no iria á Constantinopla.

—Él no lo juzga así.

—Pues me parece que el aire huele á sangre, y más de un ojal tendrémos que abrir en el pellejo de esos bergantes.

—No será á mí á quien le pese, dijo Perich.

—Ni se llevarán ellos la ganancia, añadió otro.

—¡Quién sabe lo que sucederá! murmuró Ferrich paseándose con ademan pensativo junto al corro formado por sus compañeros.

Y aquellos hombres de rostro bravío y semi-salvajes permanecieron bastante tiempo como abrumados por un presentimiento que ninguno era capaz de explicarse.

IV.

De pronto alzó Perich la cabeza y exclamó:

—Mirad: ¿quiénes serán aquellos jinetes que se dirigen hácia aquí?

Todas las miradas se fijaron en la direccion que indicara el almogávar, y efectivamente vieron un grupo compuesto de diez y ocho ó veinte jinetes que espoleando furiosamente sus cabalgaduras se dirigian hácia el campamento.

Con suma impaciencia esperaron que se fuésen acercando, hasta que por fin Ferrich exclamó:

—Por mi patron sent Jordi que aquel caballero que viene delante se parece á en Alejo como una gota de agua á otra, y los que lo siguen son de los nuestros.

—Cierto, sí. Allí viene Cap de Ferro.

Los almogávares tenian razon.

Alejo y sus compañeros eran los que llegaban.

Dieron cien vueltas por aquellos lugares donde los caminos eran casi desconocidos, y tardaron diez dias en llegar á un sitio donde pudieran hacerlo en seis.

La alegría que causó en el campo de los catalanes la llegada de los que para siempre creian perdidos, fue inmensa.

Alejo estrechó con efusion las manos de sus compañeros de armas, y los almogávares vaciaron algunos odres de víno en obsequio de los recien llegados.

La nueva de la marcha del ejército fue recibida con disgusto segun indicámos.

Ninguno de los oficiales ni de los soldados auguraba bien de aquella vuelta tan extemporánea.

Pero el excesivo pundonor del megaduque le obligaba á obedecer, y ellos, mal de su grado, debian acompañarle donde quiera que fuése.

V.

Tres dias despues el ejército salia de Ania con direccion á Constantinopla.

Alejo emprendió la marcha con su indiferencia habitual.

La única esperanza que tuvo de encontrar algun dia á Zulima desapareció al hallarla esposa de otro.

Abandonó la alcazaba de Damieta, más por salvar á sus compañeros que por sí mismo.

Triste, pensativo y caviloso caminaba á retaguardia del ejército algunos dias despues de su llegada al campo, cuando un almogávar, seguido de un jinete musulman, se aproximó á él.

—¿Qué quieres? preguntó Alejo al soldado.

—Recorriendo el campo hemos cogido á este infiel que nos ha preguntado por vos.

—¿Por mí? exclamó el griego sorprendido. ¿Qué tienes que decirme?

—Nadie mas que tú puede escucharlo, cristiano.

Alejo adelantó su caballo algunos pasos, y dijo al musulman:

—Ya puedes hablar.

—Zulima me manda hasta tí.

—¿Zulima dices?

—Sí; tú puedes salvarla.

—¿Yo? Pues ¿qué ocurre? Dí.

El turco refirió á Alejo lo que sucediera en Damieta, manifestándole la suerte que esperaba á la desgraciada niña.

El corazon del guerrero se oprimió de dolor al escucharle.

Hubo un instante en que siguiendo los impulsos de su pecho se pusiera en seguida en marcha.

Mas la reflexion le hizo considerar lo aventurado que era depositar su confianza en aquel mensajero, máxime despues de lo sucedido, y dijo:

—¿Zulima no te ha dado algun objeto que me sirva de prueba para depositar en tí mi confianza?

—Pensaba que Allah ponia en los labios de sus buenos creyentes un sello de verdad que hacia creer en sus palabras; pero puesto que no es así, toma, cristiano; toma y cree.

Y al decir esto el infiel puso en manos de Alejo un anillo de oro, en el cual se leia una inscripcion grabada por un platero genoves.

Aquel anillo lo mandó hacer Alejo para regalárselo á Zulima, y la fecha impresa en él era la misma de la batalla de Cabo Artacio donde conoció á la jóven.

El griego ya no dudó.

—Espera, dijo al mensajero; pediré licencia al megaduque.

Y aproximándose explicó su situacion á Roger, quien no solamente dióle permiso para ir á pagar aquella deuda de gratitud contraida con la esposa de Ebnt-Atia, sino que permitió fuéra acompañado por cien almogávares y diez caballeros á fin de evitar cualquier percance.

CAPITULO LI.

El juicio de Dios.

I.

Los buenos creyentes de Damieta acababan de ser llamados á la oracion de la mañana por los almuédanos, colocados en los alminares de sus mezquitas.

El sol aparecia en el Oriente.

Un movimiento extraordinario advertíase en la poblacion.

Los musulmanes corrian hácia las afueras de la plaza con los semblantes tristes y aire preocupado.

Las zalemas que se cambiaban entre los conocidos, eran tan sombrías que indicaban desde luego la gravedad del acontecimiento que pesaba sobre ellos.

Y en efecto, era el dia que espiraba el plazo concedido á Zulima para que se presentase campeon á defender su inocencia.

A corta distancia de Damieta se construyó groseramente un cercado de tablas que pudiera servir de liza á los campeones.

Tenía dos entradas, y en los extremos opuestos á ellas alzábanse dos tablados. El uno era para la acusada, cerca de la que el verdugo atizaba la lumbre del braserillo destinado á encender la hoguera donde moriria en virtud de la sentencia pronunciada por los wazires.

El otro servia para Ebnt-Atia y todos sus caballeros.

A entrambos lados de una de las puertas veíanse dos tiendas.

Pertenecia á Abdul-Agiab una de ellas, y á corta distancia colgado en una lanza se ostentaba su escudo.

La otra era de los jueces del campo.

El pueblo acudia en tropel un dia y otro á estrecharse contra las vallas para contemplar los encantos de aquella mujer, cuya supuesta liviandad iba á expiar de tan cruel manera.

Los ancianos, las mujeres y los caballeros veian con una admiracion mezclada de respeto, la dolorosa dignidad impresa en el semblante de Zulima, sin que advirtieran en su frente la huella indeleble que deja una falta ó que estampa un crímen.

Hubo caballeros que tomaron la demanda de la jóven.

Mas sus esfuerzos fuéron á estrellarse contra la indómita pujanza de Abdul-Agiab.

Y los honrados creyentes de Damieta, los buenos plebeyos que exhalaban un grito de alegría cuando aparecia en el campo un guerrero, lanzaban gemidos de dolor viéndole caer al bote de la lanza mantenedora.

II.

Acababa de salir el sol, segun manifestámos.

El pueblo se apiñaba contra el vallado, cuando se notó algun movimiento hácia la parte de la alcazaba.

Sonaron atabales y atakebiras, al par que caia con fuerza el rastrillo del robusto edificio.

Momentos despues, una tropa de etíopes envueltos en blancos *caftanes*, lo atravesó.

Detras, conducida en un palanquin cubierto de ricas telas, iba Zulima.

A su lado, caballero en un poderoso corcel y cubierto de todas armas, dejando flotar al viento los pliegues de su alquicel de lino, Abdul-Agiab arrojaba una mirada de triunfo sobre la desdichada.

Veia ya muy cerca la realizacion de sus deseos.

Más de una vez durante aquellos dias el miserable hizo proposiciones á la jóven para salvar su vida prévio el asentimiento de su amor.

Zulima le rechazó siempre.

Preferia la muerte á la deshonra.

Y aquellos desprecios acababan de exasperar á Abdul-Agiab.

A corta distancia de ella iba un africano de robustos miembros, de torva y siniestra faz, seguido por dos sayones de la misma catadura.

Eran el verdugo y sus ayudantes.

Varios jinetes musulmanes cerraban la marcha de tan fúnebre comitiva.

Llegados al palenque un gemido de lástima se escapó de los labios muslímicos. Esta fue la salutacion que obtuvo la jóven.

Con una sonrisa melancólica y triste respondió á aquel saludo. Sus hermosos ojos recorrieron la multitud, y si bien encontró el sentimiento de la compasion, no pudo ver el valor necesario para atreverse á defenderla contra el bárbaro Agiab.

La esposa adúltera subió al tablado.

La rodearon los guardias, y el verdugo inmóvil, terrible y siniestro cual la estatua de la muerte, situóse á corta distancia de la víctima contemplándola con la avidez sangrienta del chacal, acechando la presa que trata de devorar.

III.

A los pocos instantes otro incidente vino á distraer la atencion general.

El rastrillo de la alcazaba volvió á caer con estrépito.

Resonaron los instrumentos de guerra, y un peloton de gallardos caballeros jinetes en caballos ardientes y vigorosos, atravesaron el puente y se lanzaron al campo.

Despues los guardas del haren salieron de la fortaleza, llevando encerradas en ricos palanquines cubiertos de brocado, á las mujeres del emir.

Ebnt-Atia queria que presenciasen el castigo para aterrarlas con aquel ejemplo.

A corta distancia, el emir, serio, altivo y orgulloso caminaba entre una turba de *faquíes* (1) *alimes* (2), y guerreros, sirviéndole de escolta algunos soldados mandados por un adalid.

La riqueza de trajes en los caballeros, el gusto y esplendidez de los palanquines y la severidad que se retrataba en el rostro del gobernador, preocuparon la atencion de los espectadores.

Cuando toda la comitiva estuvo convenientemente colocada, tornaron á fijarse las miradas en la desgraciada víctima.

De pronto sonaron los clarines.

Los jueces del campo se presentaron al emir y le pidieron permiso para abrir el palenque.

Concedióle Ebnt-Atia, y Abdul-Agiab armado de todas armas apareció á la puerta de la tienda seguido de sus escuderos, y dando vuelta al circo saludó á su tio, regresando inmediatamente al lugar donde se alzaba su tienda.

Entonces un faraute, precedido de un clarin, dirigióse á las dos puertas que daban entrada á la tela, y á grito herido publicó el siguiente pregon:

En el nombre de Dios altísimo y único, yo, el emir Abdul-Agiab acuso de adulterio á Zulima Aben-Abóo, y estoy dispuesto á sostener mi acusacion en palenque abierto durante treinta dias, luchando cuerpo á cuerpo, con lanza ó con espada, á pié ó á caballo, contra cuantos caballeros quieran presentarse, dejando al arbitrio del Señor de todo lo creado que haga la justicia á quien la tenga. Hoy es el último dia; si hay alguno que crea injusta mi acusacion puede presentarse.

(1) Sacerdotes.
(2) Sabios.

IV.

Con religioso silencio escuchóse por la muchedumbre aquel reto publicado tambien durante los dias trascurridos.

Al terminar el faraute, un gemido salió de todos los labios.

Ante aquella acusacion las mejillas de Zulima tornaron á enrojecerse de vergüenza y de indignacion, conforme se enrojecieron cada vez que la escuchara.

Despues alzó sus ojos al cielo.

Dios era el único testigo de su inocencia, y á él solamente podia implorar.

Y transcurrieron las horas.

Llegaba el sol á la mitad de su carrera, cuando el almuédano colocado en el alminar de la mezquita, indicó á los fieles la hora de la oracion de medio dia.

Pero los fanáticos musulmanes no hicieron caso como en otras ocasiones de aquel llamamiento.

Estaban preocupados con el drama que tal vez iba á representarse dentro de poco tiempo.

Al contemplar la tranquilidad que respiraba el rostro de Zulima, dudaban fuese verdadera la acusacion que el príncipe sostenia.

V.

Abdul-Agiab resplandecia de gozo al ver próximo á realizarse su objeto.

Puesto que aquella mujer no quiso acceder á sus deseos, tendria la satisfaccion de que nadie pudiera disfrutar la dicha que le negaran.

Conforme avanzaban las horas, crecia el pesar de la multitud.

El mismo Ebnt-Atia padecia horriblemente.

Amó á Zulima con ese cariño característico en las impresiones que se sienten en edad avanzada.

Quizá dejándose llevar por la compasion, hija de aquel, habria perdonado; mas la acusacion de su sobrino fue demasiado pública y no encontraba medio de disculparla sin que se achacara tal vez á debilidad su perdon.

Y aunque su rostro impasible no dejaba trasparentar lo que sufria, era quizá su dolor más grande que el de los mismos que le acusaban de cruel y de injusto.

Zulima permanecia impasible.

La tranquilidad de la inocencia y la serenidad del justo resplandecian en su semblante, viendo aproximarse el fin de su existencia con admirable resignacion.

De cuando en cuando sus ojos se dirigian hácia el camino.

Parecia esperar la aparicion de algun protector desconocido.

Tal vez hubo instantes en que del fondo de su alma se alzara una evocacion dirigida á un sér querido.

Pero ¡ay! Alejo no aparecia, y tal vez si lo hiciera sufriese más contemplándole frente á frente del terrible Agiab.

El sol entre tanto caminaba lentamente hácia el ocaso.

Sus rayos se iban haciendo más débiles, y al amortiguarse arrebataban una esperanza en el corazon de los buenos muslimes.

El almuédano anunció la oracion de la tarde.

Atizó el verdugo la leña que ardia en el hornillo, preparándolo todo para encender la hoguera.

Abdul-Agiab se presentó de nuevo en la puerta de la tienda.

Tras él los jueces del campo aparecieron tambien.

Iba á verificarse el último pregon.

Zulima sonrió triste y melancólicamente al escuchar las palabras compasivas de la multitud y las voces que pedian su perdon.

Ebnt-Atia palideció de una manera intensa.

El acento del heraldo resonó en el espacio.

Pero apénas terminaba la lectura en la primera puerta del palenque, el sonido de un clarin respondió á sus últimas palabras.

Las miradas fijáronse en la direccion que sonara.

Un jinete se dirigia á galope tendido hácia el campo.

Le precedia un escudero.

Una exclamacion de alegría resonó en todos los ámbitos.

VI.

Abdul-Agiab fijó una mirada altanera en el caballero que se acercaba, y una sonrisa desdeñosa cruzó por sus labios.

Creia vencerle del mismo modo que lo hiciera con los anteriores.

Zulima dirigió una mirada ansiosa al jinete al par que su corazon latió con doble rapidez.

Enrojeciéronse sus mejillas y la vida quedó concentrada en sus ojos.

El caballero apareció por fin en la puerta del palenque.

Era un gallardo jóven vistiendo á la usanza musulmana y armado completamente para entrar en combate.

Un escudero le entregó un pesado lanzon de roble y penetró en el circo.

Los vítores y los aplausos saludaron al paladin, cuyo caballo recorrió á escape la distancia que le separaba del tablado donde estaba el emir, y parándose allí gritó con voz fuerte y poderosa:

—Yo, Mahomet-Abdallá, walí de Damasco, en el nombre del Dios único que

lee en los corazones, declaro traidor y mal caballero al que acusó á Zulima, y vengo dispuesto á medir mis armas con él. Dios es justo y dará la victoria á quien tenga la razon.

Los gritos, las palmadas, los cendales agitados al viento, la alegría y la esperanza retratadas en los semblantes fueron la contestacion que obtuvieron las palabras del desconocido.

Acercóse este á la tienda de Abdul-Agiab, y tocando con el hierro de su lanza el escudo del emir retrocedió para tomar campo.

Los jueces se aproximaron á ambos campeones, reconocieron sus armas, yendo á colocarse despues en el lugar que les correspondia.

Casi al mismo tiempo que el desconocido penetraba en el circo, varios grupos de musulmanes fuéron á aumentar el número de los espectadores.

Nadie hizo alto en ellos, que á no ser así quizá se sorprendieran al escuchar á un turco de tostadas facciones, revueltos y espesos bigotes, murmurar codeando á uno de sus compañeros:

—Por nuestra dona de Ripoll que si el caballero es vencido, nos lanzamos dentro del palenque y más de una azcona montera ha de teñirse en la sangre de esos perros.

—Prudencia, Cap de Ferro; lengua queda y manos duras, si llega el caso; veamos, y despues harémos.

Y callaban los turcos y las miradas fijábanse llenas de ansiedad en los caballeros, que con las lanzas puestas en el ristre sólo esperaban la señal para acometer.

Los jueces dividieron el sol, y hecho esto gritaron con voz tonante:

—¡Partid!

Ambos jinetes clavaron los acicates á sus corceles encontrándose con tal fuerza, que los caballos retrocedieron al choque y las lanzas volaron hechas astillas.

Pero ninguno vaciló, eran dignos el uno del otro.

El pueblo entusiasmado victoreó creyendo con algun fundamento que quien pudo resistir la furiosa acometida de Agiab quizá llegara á quedar vencedor.

Volvieron á tomar campo, cogieron nuevas lanzas de manos de sus escuderos y nuevamente se tornaron á encontrar.

Confiando Agiab en su fuerza dirigió de lleno el hierro de la lanza al pecho del desconocido, no contando sin duda con que la media coraza que este vestia templada en los talleres de Milan, no se atravesaba tan fácilmente.

En cambio su adversario, variando súbitamente la direccion del arma, fué á clavarle en la frente el hierro con tan terrible ímpetu, que el sobrino del emir abrió entrambos brazos y cayó al suelo arrojando la sangre á borbotones.

Con suma ligereza se arrojó al suelo el caballero.

Inclinóse sobre el moribundo, y blandiendo su puñal de *misericordia* (1), le gritó con voz potente:

—Confiesa su inocencia, miserable.

Agiab arrojó una mirada implacable al vencedor.

Quizá en aquel momento conoció que no era de su misma raza el que le hablaba, y una expresion terrible brilló en sus ojos.

Hizo esfuerzos para hablar, pero ahogósele la voz en la garganta.

Sus ojos se nublaron con las sombras de la muerte y espiró tras un ligero estremecimiento.

Un alarido de júbilo brotó de la muchedumbre.

Significaba con él la realizacion de una esperanza concebida á la aparicion del jóven guerrero.

Este subió precipitadamente al tablado donde estaba Zulima, se aproximó á ella, y cortando las ligaduras que la sujetaban, murmuró:

—Ya estas salvada.

—¡Alejo! exclamó la jóven con voz trémula por la emocion.

Y tras esas palabras cerró los ojos y cayó desmayada en los brazos de su salvador.

VII.

Alejo, pues él fue quien venció á Agiab, alzó del suelo tan preciosa carga, y ántes que nadie pudiera percibirse de lo que intentaba, bajó al palenque, cabalgó en su corcel, y desnudando el alfanje gritó con aquella voz que tanto espanto causaba á los turcos:

—¡Via fora! ¡via fora!

—¡Aur! ¡aur! ¡Desperta ferro! respondieron cien voces distintas.

Y los grupos de musulmanes que indicámos anteriormente saltaron la valla, le rodearon y blandiendo azconas y sacando chuzos que llevaban escondidos bajo sus alquiceles, demostraron á los sectarios del Islam que eran almogávares los que creyeron sus hermanos.

Una confusion espantosa reinó por algunos segundos.

Al cabo de ellos Alejo se encontraba en el campo, miéntras que los soldados iban cubriendo su retirada.

(1) Arma que usaban los caballeros, con la cual terminaban la vida de sus adversarios despues de vencidos.

CAPÍTULO LII.

Preparativos para un torneo.

I.

Caminaban los catalanes asaz preocupados dirigiéndose hácia Bizancio, donde sus enemigos ejercian tan ilimitada influencia.

No es de nuestro ánimo seguirlos dia por dia en su marcha, narrando cada una de las conversaciones particulares en que soldados y caballeros, almogávares y adalides se significaban sus presunciones y recelos.

Basta decir que iban disgustados augurando un mal resultado de aquella vuelta tan extemporánea.

Nadie como Roger conocia lo que sus enemigos le odiaban, y sin embargo llevaba á tal extremo el sentimiento del honor que no retrocederia á pesar de comprender el peligro que le amenazaba.

Sus mismos oficiales viéndole tan pensativo conocian que adivinaba la situacion, comprendiendo á la vez la inutilidad de cuanto le manifestaran para hacerle desistir de su propósito.

La hueste catalana llevó todo el botin recogido á bordo de las galeras, y el megaduque dispuso que la division caminase por la orilla del mar á fin de no perder de vista la escuadra durante la travesía.

De esta suerte, y dejando en cada una de las plazas arrebatadas al enemigo buena guarnicion, fué acercándose el ejército expedicionario hácia Constantinopla.

II.

Cuatro jornadas escasas podrian faltarles hasta la residencia de Andrónico, cuando Roger mandó uno de sus oficiales en un *leño* perfectamente armado, noticiándole su arribo y al mismo tiempo pidiéndole instrucciones acerca de lo que deberia hacer.

Andrónico, dispuesto siempre á juzgar favorablemente á los catalanes, regocijóse con una noticia que parecia probar la falsedad de los cargos que les dirigian sus enemigos.

Sin embargo, Miguel y sus amigos interpretaron aquella venida de otra manera, y Andrónico por instigacion suya ordenó á Roger que fuéra á alojarse á Gallípoli con su hueste.

Conocida por el tio de María la llegada de los catalanes, y temiendo que con aquel aumento de fuerzas fracasara su causa, envió mensajeros á Andrónico, y las paces quedaron ajustadas entre ambos.

Roger pidió su venia al emperador para pasar á Constantinopla, y concedida que le fue, nuestro caudillo acompañado de los mejores caballeros del ejército y escoltado por un peloton de almogávares, dirigióse á aquella poblacion, donde habitaban las prendas que más queria.

Su hija, María, la princesa Irene y varios magnates griegos, verdaderos amigos de nuestro héroe, recibieron sus primeros abrazos, correspondiéndole con las más expresivas muestras de afecto.

Cumplidas estas exigencias pasó al palacio de Andrónico.

Al verle este olvidó las prevenciones que contra él abrigaba para recordar solamente la amistad que le profesara en otro tiempo.

Roger escuchó de sus labios el ajuste de paces hecho con los revoltosos búlgaros, siendo por consecuencia inútil la aproximacion del ejército expedicionario á Constantinopla.

Pero una vez que Roger y sus soldados estaban allí, el emperador no queriendo pasar por descortes, dispuso obsequios en gracia de los que ganaron tantos laureles en los campos de Anatolia, ocurriendo en el primer banquete que les dió el mismo dia de su llegada un incidente que indicó el porvenir de los bravos catalanes.

Prevaliéndose sus enemigos del corto número de caballeros que fuéron á Bizancio, decidieron aprovechar la primera ocasion oportuna para deshacerse tanto de ellos como de su jefe.

Los genoveses que no olvidaban la derrota que sufrieran en las calles de la capital eran de los principales agitadores, fomentando aquella traicion y haciendo cuanto de su parte estaba para que los griegos se les unieran.

III.

Dias ántes que llegasen nuestros valientes, entraron en Constantinopla procedentes de Génova algunos caballeros reputados como las mejores lanzas de Italia, y cuyos hechos les granjearon gran fama.

Pronto hicieron causa comun con sus compatriotas, y no hubo uno que no deseara llegar á las manos con aquellos hombres que tanta fama gozaban de esforzados.

En el festin con que Andrónico obsequiara á nuestros amigos, la princesa

Catalina, esposa de Miguel, estaba sentada al lado del caballero Rugiero de Catania, vasallo de la opulenta señoría.

En frente y á la derecha del emperador, se hallaban colocados Roger y María.

A corta distancia Fernando Perez Antunez, el caballero castellano de quien nos ocupámos en otro capítulo, y cuyo amor por la princesa rayaba en locura, la contemplaba de ese modo insistente y sostenido que es la mas gráfica expresion del amor que avasalla á quien lo esperimenta.

Más de una vez las pupilas de Miguel hubieron de fijarse con enojo en el audaz adalid; pero este, ni se apercibia de las miradas de que era objeto ni veia mas que á Catalina, quien sin atreverse á alzar los ojos por temor de encontrarse con los de Fernando, sentía latir su corazon con violencia

En uno de los movimientos que hizo la jóven, una estrella de brillantes se desprendió de la diadema que ceñia su sien, y cayó al suelo.

Varios de los caballeros que se hallaban cerca trataron de cogerla; pero más ligero que todos anduvo Rugiero y la estrella brilló en sus manos.

Mas cuando la princesa y los convidados creyeron que iba á ser devuelta á su dueña, vieron que el genoves poniéndose de pié y fijando sus ojos en el emperador, le dijo:

—Señor, si me dais vuestra venia, haré una proposicion á estos caballeros.

—Hablad.

—Gracias, señor, repuso Rugiero inclinándose ante el monarca; y volviéndose despues hácia los caballeros, exclamó: Escuchad, señores; yo, Rugiero de Catania, vasallo de la señoría de Génova, en union de estos cuatro caballeros de mi misma nacion, propongo sostener un paso de armas en palenque abierto contra cuantos caballeros quieran lidiar, bien sea con armas corteses ó de guerra, con la condicion de que los que conmigo están y yo romperémos tres lanzas por el asta con hierros de Milan, sirviendo de premio al vencedor esta estrella de brillantes que hace un momento adornaba los cabellos de la más hermosa de las princesas.

IV.

Un murmullo de aprobacion salió de los labios de cuantos caballeros acompañaban á Roger.

Rugiero continuó dirigiéndose á Andrónico.

—Por lo tanto, señor, os pedímos, ya que teneis dispuestos algunos festejos en honra de los vencedores de Redisto y de la Puerta de Hierro, nos concedais dia para verificar en el Hipódromo el paso de armas que he manifestado.

—Veo con suma complacencia, repuso el emperador, que tambien tratais de asociaros á mí para obsequiar á los que regresan triunfantes de la Anatolia.

Desde luego accedo á vuestro deseo, y el palenque estará dispuesto para dentro de tres dias.

Todos, y especialmente Rugiero, dieron las gracias á Andrónico por su consentimiento, y la generalidad de los semblantes brillaban de alegría y de placer, exceptuando uno que palideció al ver la joya de Catalina en manos del genoves.

Este era el de Fernando Perez Antunez.

El castellano no pudo ver sin encolerizarse aquella alhaja en manos de otro hombre, y esta cólera subió de punto al escuchar la proposicion de Rugiero, porque no le era permitido optar á premio tan codiciado.

No estaba armado caballero, y una de las condiciones era que no se admitiria en la lidia sino á los caballeros.

Y hubiera dado su vida por poseer aquella joya, no precisamente para conservarla, sino para devolverla á quien casi se la habian arrebatado, cuya accion disculpaban las costumbres de la época.

Y apesarado y macilento, dióse á discurrir qué haria para conseguir su objeto.

Por fin encontró un medio.

Apénas terminó el festin buscó una ocasion para aproximarse á Roger.

—Señor, le dijo, voy á pediros una gracia.

El megaduque, que conocia perfectamente á sus soldados y sabía apreciarlos relativamente á las cualidades que poseian, tuvo en Italia ocasion de ver al jóven cuando hacia sus primeras armas, y posteriormente desde su llegada á Anatolia.

—Hablad: ¿qué deseais? contestóle con agrado.

—Lo que os apreciaré en más que la vida.

—Decidme qué es, replicó Roger sorprendido por el acento con que hablaba Fernando.

—¿Oísteis el reto de Rugiero de Catania?

—Sí.

—Pues bien; daria mi existencia por penetrar en el palenque y medir mis armas con las de esos altivos genoveses.

—Y ¿por qué no podeis?

—¿Olvidais que una de las condiciones prescribe que sean caballeros los justadores?

—Teneis razon.

—He ahí el favor que tengo de pediros. Si comprendeis que he probado mis armas lo suficiente, si opinais que lo merezco, armadme caballero para que pueda entrar en lid y disputar el premio.

V.

El megaduque contempló al jóven con persistencia hasta que por fin le dijo:

—Luchasteis como bueno, vuestras armas se han probado honrosamente y entraréis en el palenque sin necesidad de hacer sacrificio alguno.

—¡Oh! ¡cuánto os lo agradezco!

—No hablemos más de semejante asunto.

Y Roger separándose de nuestro amigo se dirigió donde estaba Andrónico.

Una vez á su lado le dijo:

—Señor, un favor voy á pediros, no por mí, sino por uno de los guerreros que mejor se han batido contra los turcos y á quien creo acreedor á la gracia que solicita.

—¿A qué pedirme como favor lo que como justicia se debe?

—Porque deseo honrar más á la persona que me lo ha solicitado.

—No os comprendo.

—El hijo de una de las familias más nobles de Castilla cuyos hechos de armas han excitado la admiracion de todos mis caballeros, acaba de pedirme una gracia.

—Y ¿está en mí concedérsela?

—Deseo que le honreis armándole caballero, á fin de que pueda tomar parte en las justas que se preparan.

—¿Reune las condiciones necesarias?

—Tan en alto grado que yo mismo seré su padrino.

—Basta; podeis disponerlo todo para que la ceremonia se verifique mañana, y entónces tambien hablarémos de vos y de vuestro ejército, con el cual me parece que estoy en deuda.

—Se les deben algunas pagas.

—Nos ocuparémos de ello con el phogoteta, y satisfará la deuda que tenemos contraida.

—Mayor aun la tenemos nosotros con vos, que nos colmais de mercedes cuando no hacemos mas que cumplir nuestro deber.

—Sin embargo, hay deberes que á pesar de serlo segun decis debe guardarse su recuerdo en el corazon.

—Me honrais demasiado.

Y en este sentido sostúvose la conversacion breves instantes más, hasta que la aproximacion de otros altos personajes la generalizó, aunque siempre sobre el mismo tema que era las hazañas de los bravos soldados francos.

Dos personas hubo solamente que ni felicitaron á Roger ni se aproximaron al corro donde estaba. Eran el príncipe Miguel y el caudillo masageta.

El hijo de Andrónico se acercó á George, y llevándolo á un extremo del salon, con voz casi imperceptible le dijo:

—¿Oisteis?

—Sí.

—Y ¿qué opinais?

—Que esto debe concluir de una vez.

—Teneis razon, prevenid á los genoveses. Tened dispuestos los alanos para que ninguno de los catalanes quede vivo.

—Descuidad, contestó George con acento que respiraba un odio mortal.

VI.

Poco despues se esparció por la poblacion la nueva de la ceremonia que se preparaba para el siguiente dia.

Como Roger se ofreció á ser padrino del jóven caballero quiso Andrónico honrarle todavía más, disponiendo que segun las leyes de caballería fuese nombrado escudero de honor del neófito, su hijo Miguel.

Suplicamos á los lectores nos dispensen si nos distraemos durante algunas páginas del asunto de nuestra obra, describiéndoles las formalidades empleadas en aquella época para armar caballeros á los nobles, creyendo que leerán con gusto semejantes detalles.

VII.

En virtud de las reglas establecidas Fernando saludó á la córte y se retiró al palacio de Blanquernas, donde Roger dispuso un aposento perfectamente alhajado en el cual estaba el baño cubierto con mantas destinadas á resguardarle del frio.

Allí el barbero llamado al efecto cortó el cabello á nuestro jóven, y varios caballeros tanto catalanes como griegos y genoveses penetraron en el aposento para iniciarle en los capítulos de la caballería y para echarle agua del baño sobre las espaldas segun exigia el ceremonial.

Despues el padrino y escudero de honor, que como ya hemos dicho lo eran el megaduque y el príncipe Miguel, acostáronle en su lecho envolviéndole cuidadosamente para enjugarle.

Verificada esta operacion le vistieron de nuevo, poniéndole encima de sus ropas una túnica y una caperuza de tela blanca.

Con este traje fue conducido á la iglesia de Santa Sofía donde debia velar sus armas hasta el amanecer.

Durante aquella vela Roger y su primo estuvieron departiendo amigablemente sin que nadie al verlos sospechara que aquel príncipe, que tales muestras de aprecio daba al caudillo catalan, fuese capaz de convenir pocos momentos ántes en el dia de su muerte.

Al amanecer, el neófito se confesó, oyó misa y comulgó, teniendo sus escu-

deros un cirio en la mano, el cual á su vez sostuvo Fernando durante el Evangelio.

Terminado el oficio divino el aspirante regresó al palacio de Blanquernas seguido de los caballeros y escoltado por varios pajes y escuderos, tras los cuales caminaba una turba de almogávares sumamente contentos al ver tan bien premiados los servicios del valiente que tantas veces los habia conducido al combate.

Ya en el palacio mudó de traje, siéndole entregada cada una de las piezas por un caballero del acompañamiento.

Pocos momentos despues la comitiva salia del palacio caminando en el órden siguiente:

Abrian la marcha los escuderos de Roger, á quienes seguia otro llevando las espuelas y la espada del caballero, cuyo cinturon y vaina eran de cuero blanco.

Detras caminaba Fernando en medio del megaduque y de Miguel seguidos de varios caballeros, y cerrando la marcha algunas lanzas de Roger.

Llegados á palacio, Esteban Marzala, gran drungario, ó sea introductor de embajadores, los condujo al magnífico salon de pórfido y mármoles sostenido por pilastras corintias y en cuya cornisa se veian preciosas estatuas de mármol, en el cual Andrónico sentado en su magnífico trono de oro, vistiendo el manto de los césares y calzado el alto coturno, esperaba al neófito para conferirle la dignidad que ambicionaba.

VIII.

Rodeado de las altas dignidades del imperio, los patricios, los ilustres, los respetables y los perfectísimos (títulos de nobleza en Oriente), se hallaban mezclados con las más hermosas damas y con los caballeros pisanos, genoveses y venecianos.

Entregadas al emperador las espuelas y la espada del aspirante, las trasladó á Roger y á Miguel, segun el ceremonial requeria, diciéndoles:

—Tomad; justo es que los más nobles caballeros de mi córte le calzen las espuelas y le enseñen con ello á imitar su ejemplo.

El megaduque saludó respetuosamente al emperador y se aproximó á Fernando.

Tomó su pié derecho y colocándole encima de su rodilla le calzó la espuela, despues de lo cual trazó sobre la pierna del jóven una cruz, y la besó.

Miguel hizo otro tanto con la espuela izquierda.

Verificado esto, Fernando se aproximó al trono, y arrodillándose delante del emperador, dijo:

—Señor, ya que tantas mercedes me habeis concedido, terminad de honrarme ciñéndome la espada que siempre se esgrimirá en favor de la justicia y en amparo de los débiles.

El emperador se levantó de su asiento.

Entónces se le exigió al neófito el juramento de que jamas sacara su espada sino en defensa de su religion, de su patria y de las damas; que cumpliese con todas las leyes de la caballería y nunca se valiese de ella para cometer una injusticia ó para oprimir á los desvalidos.

Hecho esto, se acercó al arrodillado caballero, le dió el espaldarazo con el plano de la espada, lo levantó del suelo abrazándole y se la ciñó diciendo:

—Sed bueno y leal caballero.

Cuando terminó la ceremonia, Fernando respiró con fuerza.

Abrió sus ojos y sus miradas se encontraron con las de la princesa Catalina.

A pesar de la rapidez con que esta bajó los suyos, el novel caballero pudo leer en ellos un sentimiento que llenó su corazon de dulcísima alegría.

IX.

Andrónico obsequió al jóven, así como á sus padrinos, con un magnífico festin, y entónces mícer Ramon Muntaner pidió su venia al emperador para celebrar en obsequio de las damas griegas una *córte de amor* á estilo de Provenza, en la cual se adjudicase un premio por la más hermosa dama al trovador que mejor trova compusiese para celebrar la hermosura de la reina de aquella córte.

Si bien acogido fue el pensamiento de Rugiero respecto al torneo, no lo fue ménos por las damas la idea emitida por el cronista catalan.

Todos los esfuerzos se dedicaron entónces á nombrar la reina de aquella córte.

Los caballeros catalanes queriendo corresponder á la galantería de los genoveses que nombraron como reina del torneo que debia celebrarse al dia siguiente á la megaduquesa María, eligieron para igual categoría en la córte de amor á la princesa Catalina, cuyo tribunal compondríanle tambien María, Karïna y la esposa del podestá de los genoveses.

Toda la córte estaba bullendo de regocijo.

Parecia imposible que bajo tanta flor se escondiera la cobardía y la infamia cuyas armas se esgrimirian bien pronto contra aquellos mismos á quienes tanto se trataba de obsequiar.

Cuando Roger regresó á su palacio sintióse sumamente sorprendido al encontrarse con una especie de embajada compuesta de Ferrich Carlés, Perich y otros dos almogávares más, que iban en nombre de sus compañeros á pedir á su caudillo permiso para asistir al inmediato dia como espectadores al torneo que tendria lugar.

Supiéronse en Gallípoli las fiestas que estaban á punto de verificarse, y los almogávares querian participar de ellas, ya que compartian las fatigas de los combates.

Roger fué nuevamente á ver á Andrónico, le expuso los deseos de sus tropas,

y el emperador ignorante de la trama urdida por los enemigos del megaduque, no tuvo inconveniente en acceder á aquella demanda que por sí sola bastaba para contrarestar todos los proyectos que aquellos concibieran.

CAPÍTULO LIII.

Stella y Zoraya.

I.

Suspendiendo por ahora nuestra asistencia al torneo que debia verificarse en Constantinopla al dia siguiente de quedar Fernando armado caballero, retrocederémos algunos dias para llegar al en que el ejército expedicionario abandonó á Cicico para emprender su marcha hácia el reino de Anatolia.

Al pasar por una de las calles de la poblacion que quizá para siempre abandonaba Galceran, escuchó un grito, grito que al volver la cabeza para mirar á la persona que lo exhalara, arrancóle una exclamacion de sorpresa.

Vió á una mujer, y tanto él como Zoraya que á corta distancia le seguia, se quedaron inmóviles por espacio de algunos segundos, siendo la primera en recobrarse la jóven que como observámos ya anteriormente, aproximóse á su amante obligándole á reunirse con sus compañeros, que ménos preocupados que él se adelantaron un buen trozo de camino.

La suspension del guerrero nacia de haber reconocido á la persona de cuyos labios brotara el grito. La momentánea de Zoraya, tanto pudo ser de sorpresa como de cólera, porque siendo Stella quien estaba en el balcon, necesariamente la musulmana debiera creer que venía dispuesta á arrebatarla un corazon que solamente á ella debiera pertenecer.

II.

Con el reconocimiento de la mesinense Galceran recibió un choque terrible, á consecuencia del cual nada más fácil que zozobrase el amor de Zoraya. Esta lo comprendia así y de ahí lo silenciosa, ensimismada y triste que caminó durante las primeras horas de la jornada.

Dejámos en otro lugar indicadas las causas que influyeron para que Stella saliese de Mesina y viniera á Cicico, donde su locura, segun la opinion del médico, podia desaparecer al influjo de la impresion que recibiera, en-

contrándose repentinamente con aquel Galceran á quien creia muerto.

La locura de Stella era más bien una monomanía que una enajenacion mental.

Creia tener constantemente ante su vista el inanimado cuerpo de su amante, y tiernas lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y dulces y amorosas frases se escapaban de sus labios, llamando al que no podia responder á su llamamiento.

Y en vano fue que al saber su familia la existencia de Galceran tratara de hacérselo comprender; no lo creia, miraba el objeto imaginario perenne en su imaginacion, y sonreia de esa manera vaga é indefinible que caracteriza á los monomaníacos.

Y con su melancólica tristeza, con su indiferencia constante embarcóse en Mesina, atravesó el mar, tomó tierra en el Cabo Artacio y llegó á Cicico, sin que ni el cambio de objetos, la diferencia de climas, ni la diversidad de costumbres influyeran en su estado.

Una vez allí, dióse el buen médico á buscar en combinacion con la madre de la jóven el medio más á propósito para que la paciente pudiera ver á Galceran, de modo que siendo el efecto fuerte é inesperado, su resultado estuviera en completa armonía con lo que hubo de proponerse.

Y lo consiguió. Atraida por el sonido de los instrumentos bélicos, el rumor de los soldados, las voces de los adalides, la marcial apostura de los caballeros y el piafar de los corceles, Stella se asomó á la ventana y pudo contemplar á Galceran.

Ante semejante aparicion operóse en todo su sér una revolucion tal, que tras aquel grito, expresion de una alegría férvida, dilatáronse sus ojos, crispáronse sus nervios, estremecióse y cayó desvanecida en los brazos del médico, que exclamó con un acento que expresaba tanto el orgullo del sabio como la satisfaccion del hombre:

—¡Ya está salvada!

III.

Cuando volvió en sí su familia procuró disculparla el proceder de su amante; pero Stella, con esa percepcion que tienen las mujeres enamoradas, adivinó que el amor de Galceran debió entibiarse mucho cuando tanto tiempo dejó trascurrir sin dar noticia de su paradero.

Y á la locura que durante tantos meses turbó su razon sucedieron una tristeza y un dolor inexplicables.

Por su parte Galceran, con el recuerdo de la súbita aparicion de Stella, pasó dias horribles.

No medió palabra alguna entre Zoraya y él respecto al incidente ocurrido al abandonar á Cicico.

La lucha perenne en que vivia desde que salió de Mesina, aquel combate

entre el espíritu y la materia, entre el amor del alma y la pasion de los sentidos, tuvo un término por fin.

Aquel término fue enseñorearse por completo de su pecho la castísima imágen de la mesinense.

Y lleno de mortal angustia, devorado por una impaciencia terrible, pasaba los dias en los campos de batalla anhelando el momento de regresar á Cicico.

Zoraya analizaba el cambio que en su amante se habia operado.

El ardiente amor que sentía adquirió nueva fuerza, se desarrolló con mayor intensidad.

En más de una ocasion quiso hablar al jóven, quiso acusarle; pero faltóla valor para ello.

Aquella mujer que habia arrostrado por todo, que no vacilara por nada ni por nadie, se sentía débil y temblaba ante el infortunio que presentia.

Apenados y tristes pasaban sus dias durante aquella guerra, sin que á pesar de sus celos Zoraya que era la sombra protectora, la semi-providencia del guerrero, le abandonase en medio de los más recios combates.

Perpétuamente junto á él, siempre en los lugares de mayor peligro, trataba de desviar de la cabeza del jóven el golpe que le iba dirigido, mas á pesar de esto ni se encontraba la sonrisa en los labios de Galceran, ni sobre el rostro de la musulmana se encontraba sino la expresion de un sentimiento profundo.

IV.

Sin embargo, todas las cosas tienen su fin y la paciencia de Zoraya lo tuvo tambien.

Su amor se sublevó, y estando cierto dia en la tienda de Galceran y al ver su preocupacion, le dijo:

—Mira, Galceran, es necesario que hablemos aunque al hacerlo haya de romperse otra nueva fibra de mi corazon. Desde que salímos de Cicico un cambio extraordinario se ha verificado en tí.

—¿Es un reproche lo que tratas de hacerme?

—Jamas tuviera semejante intencion: has visto que á pesar de tu abandono, á pesar de la indiferencia con que me tratas, mis labios no han exhalado una queja, ni te he dicho una palabra aunque el dolor me estaba destrozando el pecho. Has cesado de amarme y...

—¿Qué estás diciendo? exclamó Galceran interrumpiéndola.

—Lo mismo que el corazon te manifiesta á cada momento. El dia que salímos de Cicico viste á una mujer cuya imágen creí que se hubiera borrado de tu mente. ¡Cuán insensata he sido, poderoso Allah! exclamó la jóven con exaltacion. ¿Por qué el hombre no ha de saber apreciar nunca el cariño de una mujer?

Galceran nada contestó: no sabía mentir.

Hubo un tiempo que fascinado por aquella pasion, envuelto en la ardiente atmósfera de cariño y voluptuosidad trazada á su alrededor, Galceran creyó de buena fe que estaba perdidamente enamorado de la musulmana.

Pero caida la venda de sus ojos, deshecho el encanto por la inesperada presencia de Stella, Galceran comprendió que su corazon se engañaba y que solamente á la jóven mesinense podia amar.

Zoraya continuó:

—¿Comprendes todo lo horrible que es para una mujer que adora como yo contemplarse desdeñada por el hombre á quien ha sacrificado reputacion, patria y creencias? ¡Oh! no trates de engañarme de nuevo, no digas que me amas cuando te ví palidecer al fijar los ojos en otra mujer, y dia por dia leo en tu semblante que mi cariño te cansa y sólo el de Stella necesitas. Pero dime, Galceran, prosiguió con acariciadora voz, más insinuante todavía por el dolor que vibraba en ella: ¿podrá amarte más que yo esa mujer? ¿Tendrá más cariño en su corazon que yo en el mio? ¡Oh! no separes tus ojos con disgusto. Por conseguir que esas miradas se fijen en mí como en otro tiempo sería capaz hasta de cometer un crímen.

—¡Zoraya!...

—¡Tienes miedo por ella!... ¿Qué derechos tiene esa mujer á tu corazon más que yo?

—Y ¿quién dice que yo no te ame?

—¡Quién lo dice! Tú mismo. ¿Piensas que el corazon de la mujer no adivina? Inútil es que te esfuerzes en fingirme lo que no experimentas. Stella me ha arrebatado la felicidad, porque mi felicidad era tu amor. ¡El único tesoro que yo guardaba quiere robármelo!... ¡Oh! prosiguió la jóven revistiéndose sus facciones de una terrible dureza; ¡que mal ha hecho en cruzarse en mi camino! La pérdida de tu amor equivale á la muerte, y te juro, Galceran, que quiero vivir todavía... Sí, quiero vivir para amarte, para impedir que otra mujer me robe tu cariño que es mi felicidad.

V.

Galceran tembló por Stella.

Comprendia demasiado la enérgica pasion de aquella mujer y temia que su amor desdeñado no la condujera á un extremo del cual fuera víctima la jóven italiana.

—Vamos, Zoraya, la dijo, tu amor ve montañas donde solo hay granos de arena; no comprendo qué motivos puedas tener para hablar así ni para aborrecer á quien en nada te perjudica.

—¿Que no me perjudica dices? ¡Sin duda estás loco! No comprendes que perder una ventura con la cual se ha soñado un paraíso equivale á la pérdida de la

existencia? Si me amaras como yo, ¿verias tranquilo que otro viniera á privarte del amor que era tu encanto?

—Pero si nadie te arrebata ese cariño, si no hay mujer alguna que te lo dispute.

—El mismo acento con que pronuncias esas palabras es una prueba de ello; vibra de un modo tan frio... ¿Pretendes comparar el hielo de tus sonidos con el fuego de mis frases?... No, Galceran. Yo que te amo con locura distingo el verdadero del fingido amor, y el tuyo hoy respecto á mí se ha entibiado porque solamente Stella lo posee, y lo que tú tratas de expresarme no es mas que un reflejo de esa pasion.

—Estás equivocada.

—Me lo dices por temor, Galceran, no porque lo sientas.

—¡Temor yo!...

—No por tí, ya lo sé; tiemblas por ella y haces bien; me encuentro dispuesta á disputarle un terreno que sólo á mí me pertenece y al que no tiene derecho alguno. Vamos á ver ¿qué pruebas de amor te ha dado esa mujer?... ¿Ha sacrificado por tí honra, reputacion y vida?... ¿Ha sido capaz de abandonar patria, familia y amigos por seguirte á traves de los campos de batalla y formar con su cuerpo una muralla para escudar el tuyo?... ¿Siente esa mujer de la misma manera que siento yo?... Mentira; es imposible; y sin embargo, tú la quieres, te cansas á mi lado y sólo deseas regresar junto á ella; pero te juro que no gozaréis en calma esa infinita delicia que tratais de arrebatarme: si no puedo separarte de ella, si mi amor no tiene fuerza para retenerte junto á mí, me arrancaré el corazon y lo arrojaré sangriento entre vosotros para que siempre lleveis el remordimiento por el mal que me habeis causado.

VI.

Vibraba una energía y una desesperacion tal en el acento de Zoraya, conocia Galceran tan detalladamente los sentimientos de la jóven, que no pudo evitar un estremecimiento involuntario al pensar en las consecuencias que podian resultar de aquello.

Y aquella misma conversacion, repitiéndose más de una vez, hacia temblar al guerrero temeroso por la violencia de una pasion semejante.

En este estado los sorprendió la noticia de la vuelta á Constantinopla.

Galceran se estremeció de alegría.

Zoraya leyó en aquel estremecimiento, y su corazon rugió de angustia y de celos al convencerse de que no era amada como creia tener derecho.

El ejército catalan retrocedió en virtud de la órden de Andrónico, y la musulmana supo llena de alegría que en vez de regresar á Cicico era en Gallípoli donde iban á detenerse.

Cualquiera otra que no fuera la poblacion en que Stella estaba, debia agradarla; pero la incauta no pensaba que las distancias se acortan cuando la voluntad lo quiere, y que quien hizo el viaje de Mesina á Cicico fácilmente efectuaria el de este punto á Gallípoli para encontrar al hombre á quien buscaba.

Galceran al contrario que Zoraya experimentó una contrariedad extraordinaria con no ir á Cicico, segun creyera. Habria visto á Stella, miéntras que á no verificarse difícil era que pudiese conseguirlo.

Sin embargo, como que no podia mejorar su situacion, como comprendia las obligaciones contraidas con Zoraya, pues á pesar de su amor hácia Stella no dejaba de conocer lo que valia la musulmana, si no contento, al ménos resignado decidióse á permanecer en Gallípoli.

Mas conforme se engañó Zoraya equivocóse tambien el caballero.

Cuando la familia de Stella supo que regresaba el ejército expedicionario, informóse con toda diligencia de si Galceran venía con él, y adquirida esta certeza esperó con ansia su llegada; y en cuanto se cercioró de que permaneceria en Gallípoli, abandonó á Cicico yendo en busca del único hombre cuya presencia pudiera desterrar del corazon de la jóven aquella profunda melancolía estereotipada siempre en su semblante.

CAPÍTULO LIV.

Dos entrevistas.

I.

Apénas se contaban cuatro dias desde la llegada á Gallípoli de los expedicionarios catalanes, cuando Galceran recibió una mañana al salir de su casa un recado que le sorprendió en sumo grado.

Pocos pasos habríase alejado de ella, cuando sintió una vocecilla débil y cascada que decia:

—Caballero, caballero, tenga vuesa merced el paso si le place, y escuche dos palabras.

Volvióse vivamente Galceran, y al reconocer á quien le llamaba exclamó:

—¡Stéfana!

La mujer, pues tal y muy vieja por añadidura era la interlocutora de Galceran, se detuvo algunos segundos para tomar aliento y al cabo de ellos dijo:

—¡La santa madonna del Ponto me valga! Noble señor, me habeis hecho correr como liebre perseguida por hambrientos canes.

—Decidme, Stéfana, exclamó Galceran interrumpiendo la charla de la vieja: ¿está aquí Stella?

—Pues ¿por quién sino por ella iria yo tras de vos?

—¿Está en Gallípoli?

—¡Ya lo creo! Y tan triste y tan abatida desde que tornó á la razon, que causa lástima verla.

—Pues que ¿ha estado loca?

—Ahí es nada; desde que os hirieron en Messina la noche ántes de vuestra partida, no ha levantado cabeza la pobre.

—¡Oh!... vamos á verla.

—Paso, paso, caballero, no tengais tanta prisa.

—Mas...

—Debo preveniros ántes que Stella recobró la razon: el dia en que saliais de Cicico os vió, y ya se ve, como os creia muerto, lo mismo que todos nosotros, la impresion que la causasteis... Pero ¡qué malos son los hombres, Dios mio! prosiguió la vieja cambiando súbitamente la idea que iba expresando. ¡Tanto tiempo sin dar noticias vuestras! ¿Qué os hicisteis? ¿Dónde estabais? Vamos, vamos, sois todos unos inconstantes y...

—Por piedad, Stéfana, se apresuró á decir Galceran interrumpiendo á la vieja; dejáos ahora de inútiles exclamaciones y conducidme á vuestra casa.

—Eso, eso, ahora teneis prisa, cuando ántes llevabais tanta calma; cuidado, señor mio, lo que vais á decirla, mirad que está muy delicada y que...

—¿Quereis guiarme á vuestra casa?

—¡Válgame el cielo! qué ligero os tornais de pronto; andad, andad delante, pero no vayais muy aprisa que mis piernas han andado por el mundo más años que las vuestras y se van cansando.

Y Galceran sin hacer caso de la retahila de frases ensartadas por la vieja, echó á andar, siguiendo la calle adelante.

II.

Stéfana iba á corta distancia jadeante y sudorosa gritándole de vez en cuando con voz entrecortada y débil:

—¡Por Dios! noble señor, no tan aprisa, que no puedo más.

Pero el caballero no hacia otra cosa que volverse hácia la vieja para ver la direccion que esta le indicaba, y por fin fué á detenerse delante de una casa de bastante buen aspecto.

Allí vivia Stella.

Lo mismo que en Cicico, los dias que trascurrieron desde su llegada los pasó triste, melancólica y doliente.

Galceran, palpitante de alegría y de temor, luchando entre la vergüenza y el

deseo, fluctuando entre el remordimiento y el cariño, se detuvo á la puerta de la casa.

Al reunirse Stéfana con él, exclamó:

—¡Ay! no puedo moverme. ¿Creiais sin duda que era alguno de vuestros corredores almogávares quien os seguia?

—Conducidme á la presencia de Stella, repuso el jóven con voz trémula.

—Dejadme que tome aliento.

Y se detuvo la vieja, y Galceran fijando en ella una mirada impaciente, obtuvo por fin que se pusiera de nuevo en marcha.

Las pocas escaleras que subieron parecian al guerrero interminables.

Atravesaron varias habitaciones, hasta que al abrirse una puerta que daba paso á otra estancia, dos gritos indescribibles resonaron en ella.

Al ligero rumor producido por la puerta, Stella, que se encontaba en el aposento, alzó la cabeza, y al reconocer á su amante, irguiéndose como movida por un resorte, exhaló de su garganta un grito que expresaba cien distintas sensaciones. Galceran tambien al verla quedó inmóvil y sus labios se entreabrieron solamente para dar paso á un gemido que tanto podia significar la alegría de verla como el dolor por el estado en que la encontraba.

Y mudos, inmóviles y confundidas las miradas permanecieron durante algunos segundos.

Stéfana desapareció para avisar á la madre de Stella.

Cuando apareció esta se deshizo el encanto.

Dijéronse tanto los ojos de ambos jóvenes durante su éxtasis, que despues apénas podian los labios pronunciar palabra alguna.

Mas como era necesario decir algo, como Galceran fue llamado hasta cierto punto para justificar su conducta, y como tantos incidentes ocurrieran desde su brusca separacion en Mesina, natural era que haciendo un esfuerzo sobre sí y dominando en parte las emociones que experimentaba, hablase y lo hiciera de un modo suficiente á quedar satisfecha la madre que amaba á su hija con ese cariño que no conoce igual, y la hija que adoraba al caballero con toda la fuerza y toda la pureza de un corazon vírgen de amores hasta el momento en que le vió.

Y la satisfaccion fue cumplida. Justificaron algo el silencio del jóven la herida que recibió aquella noche y la vida de combates y agitacion que llevara desde su llegada á Grecia, quedando tanto Stella como su madre un tanto convencidas, y decimos así, porque en el oído de la jóven resonaban sin cesar las palabras que escuchara á Zoraya aquella memorable noche, y estas la hacian creer en la existencia de un misterio que no podia descifrar por más que se esforzara.

Pero como por entónces no la era posible satisfacer su curiosidad, mostró quedar satisfecha aplazando para otra ocasion pedir á Galceran la explicacion de aquel enigma.

III.

Cuando el guerrero abandonó la casa de su amada, cuando se encontró en la calle y pudo analizar á sangre fria su situacion, experimentó una sensacion indescribible y un presentimiento desconsolador oprimió su pecho.

Y llegó su turbacion á tal extremo, que Zoraya no pudo ménos de advertirla.

Le espiaba con anhelante y escrutadora atencion, y su inquieta y celosa mirada leia en el rostro de Galceran las sensaciones que herian su pecho; sospechó al verle tan preocupado que la única causa que para ello pudiera existir debia ser algun encuentro con Stella, y con aquella presencia y energía que la caracterizaba, dióse á buscar por la poblacion hasta que por fin descubrió que la mesinense habitaba en ella.

Entónces tembló de cólera y desesperacion.

Durante algun tiempo estuvo indecisa acerca del partido que tomaria.

Por fin, un dia vistióse con el traje que pertenecia á su sexo.

Abandonó las ropas de escudero que hasta entónces usara, y se dirigió á la casa donde vivia Stella.

Preguntó por la jóven solicitando verla con tanta insistencia, que pocos momentos despues ambas rivales se encontraban frente á frente.

—¡Qué hermosa es! murmuró Zoraya con acento indefinible.

—Me han dicho que deseabais hablarme, dijo la italiana.

—¿Me conoces, nazarena? preguntó con sequedad Zoraya alzando el manto que la cubria el rostro.

Stella recordó el sonido de aquella voz.

Hizo un violento esfuerzo y murmuró palideciendo:

—Sí, ya sé quien sois; recuerdo una noche horrible, y vuestra presencia me hace padecer.

—¿Tienes presente lo que te dije aquella noche?

—No me lo recordeis.

—Entre Galceran y tú me encontrarás siempre, ¿lo oyes? siempre. Yo le amo, le amo como tú nunca llegarás á amarle, y estoy pronta á disputarle á quien como tú trate de arrebatarme su cariño.

IV.

Al escuchar estas palabras toda la ardiente sangre italiana que circulaba por las venas de la jóven se sublevó, todo su aristocrático orgullo rugió en su pecho, y alzando la cabeza con altivez dijo:

—No comprendo lo que decis.

—¿Que no lo comprendes? pregúntale á tu corazon si entiende el lenguaje de los celos, y él te dará la explicacion. ¿Quién eres tú para atravesarte en medio de mi camino y arrebatarme un amor que es mi vida? ¿Lo entiendes? mi vida; tú no le amas; las mujeres de tu país no saben amar como nosotras.

—¿Decis que no le amo?

—No; si fuera cierto, ¿cómo era posible que te hubieras quedado en Mesina cuando él iba á partir para la guerra? La mujer amante no resiste á la ausencia, no puede dejar en medio del peligro al hombre que ama, lo abandona todo, olvida familia y afecciones para nò pensar sino en el que posee su corazon. Y ¿has hecho algo de eso? ¿Has pasado los dias como yo en medio del campo de batalla escudándole con tu cuerpo, evitando el golpe que iba dirigido á su cabeza, y exponiéndome á recibirlo para librarle? ¿Has pasado las noches velando su sueño, contemplándole con la mirada ansiosa cuando la fatiga cerraba sus ojos y con el oído atento por si percibia el imperceptible paso de algun cauteloso enemigo? No; no lo has hecho, no sabrias hacerlo nunca. Pues bien, si no le has podido amar de ese modo, no sabes lo que es amor. ¿Qué derechos tienes para disputarme su cariño?

—Y ¿quién sois vos para interrogarme así? Vuestro amor mata. Cariño que lleva hasta la mano el puñal homicida con que se hiere al amante, como vos hicisteis en Mesina, no es cariño. Yo no podria amar de ese modo. El amor que yo comprendo es un sentimiento encarnado en el alma, suave y tranquilo, no arrebatado y furioso como el vuestro; amores como el mio pueden matar á las personas que lo sienten, nunca á quien los inspira. ¿Quién sois vos, vuelvo á repetiros, que venis á insultarme en mi casa, recoviniéndome por un amor que es más noble que el vuestro?

—¿Que quién soy? me preguntais. Una mujer que vive en una mirada, que alienta en una sonrisa, que ha concentrado toda su existencia en un hombre, y que nunca retrocederá ante quien trate de separarle de quien ha depositado su cariño. Mi vida se ha identificado con la suya, mi sér está unido al suyo, y Allah solamente que lo ha presentado en mi camino por su omnipotente voluntad, podrá separarnos. ¿Que quién soy? dices. Soy la leona del desierto, celosa del cariño de sus hijos, guardadora perenne de ellos y que mata sin compasion al que trate de arrebatarle sus cachorros. Soy la mujer que siente circular por sus venas sangre ardiente como el simoun que recorre nuestros desiertos, sangre que hierve, que la enciende una mirada, que se agolpa al corazon con un desden, y que rebosa hasta los ojos oscureciendo la vista. Háblame de tu amor plácido y sereno, ¿quiéres compararle con el mio? Guárdate, nazarena, ya estás advertida; es la segunda vez que te cruzas en mi camino, y ¡ay de tí! si te encuentro la tercera.

—¿Tratais de amenazarme?

—Yo no amenazo en balde, aviso. ¿Crees que yo me resignaria á ver á Gal-

ceran feliz en tus brazos, arrullado por ese amor tranquilo como los lagos de tu país? Nunca, cristiana. Si algun dia llegara á suceder y fuera mi mano impotente para separaros, iria á arrojar mi cadáver en medio de vosotros, y vuestro sueño sería turbado por el sangriento recuerdo de mi amor. Eso, cristiana, no serias tú capaz de hacerlo.

—Basta, repuso Stella con altivez no pudiendo soportar más aquella escena; terminemos de una vez.

—No queria mas que verte para avisarte. Acuérdate siempre de lo que te he dicho. No olvides un instante que aunque invisible para tí, te veo siempre, y el dia en que trates de arrebatarme por completo ese cariño seré implacable, y aquel dia aprenderás á costa tuya como aman las mujeres de mi sangre.

—Salid, gritó Stella.

—¡Guay de tí! el dia en que vuelva á penetrar en esta casa.

Y Zoraya, arrojando una última mirada brillante y amenazadora sobre Stella, abandonó el aposento de esta despues de haber pronunciado las últimas palabras.

CAPÍTULO LV.

Una decepcion.

I.

Suponiendo que Berenguer de Cardona se habrá granjeado las simpatías de nuestros lectores, suspenderémos por ahora la descripcion del paso de armas que sostuvieron Rugiero de Catania y sus amigos para retroceder al dia en que el ejército catalan penetraba en Gallípoli.

Ya dijímos que Roger acompañado de varios caballeros se dirigió á Bizancio; restándonos sólo manifestar que entre ellos iba Berenguer, cuya impaciencia por ver á Angelina se acrecentaba á medida que desaparecia la distancia que los separaba.

Cuando llegó á Constantinopla, sin descansar apénas pidió su venia al megaduque para dirigirse al valle, mas este que desconfiaba acerca de los proyectos de Andrónico y no deseaba separarse de sus soldados, aplazó su concesion hasta ver el giro que tomaria el asunto.

El jóven hizo prodigios de valor durante la campaña de Anatolia.

El recuerdo de Angelina le alentaba para combatir con mayor entusiasmo, y las hazañas que llevó á cabo eran debidas en gran parte al amor que albergaba en su pecho.

Pero más de una vez al fijarse su pensamiento en la Flor del valle, sin saber por qué, se angustiaba al considerar la distancia que los separaba.

En su consecuencia su gozo fue imponderable cuando recibió la órden de regresar á Bizancio.

II.

Recien llegado á Constantinopla se dirigió á la casa donde se albergaba su amigo Velani.

Al encontrarse delante el griego la noble figura de nuestro amigo, no fue dueño de ocultar la turbacion que no hubiera podido ménos de extrañar á otro que no fuera tan crédulo y confiado como el guerrero.

Temblóle la mano entre las del jóven sin que á este se le ocurriera ni remotamente que aquel pudiera ser infiel á su amistad. Como la primera palabra fue preguntarle por Angelina, creció de punto la turbacion de Velani.

Trémulo y cortado no se atrevia á fijar sus ojos en la límpida mirada de su amigo.

Mas como era necesario hablar, hizo esfuerzos para dominar una turbacion cuya causa era difícil de adivinar, diciendo por fin que no habia ido á verla durante todo el tiempo trascurrido y que nada le era posible decir sobre aquel particular.

Berenguer salió de su casa sin poder darse cuenta de las sensaciones de su corazon, cuya inquietud le anunciaba alguna desgracia.

A la caida de aquella tarde el guerrero en alas de su impaciencia y de su amor, desobedeciendo las órdenes de Roger, dirigióse á casa de Angelina.

Durante el dia se habia dejado sentir un calor sofocante y la atmósfera estaba excesivamente cargada de electricidad.

Las nubes se agrupaban sucesivamente unas sobre otras, y sus matices se oscurecian poco á poco.

El lejano rumor del trueno anunciaba la aproximacion de la tormenta.

Berenguer caminando abstraido por un cúmulo de pensamientos que apénas le permitian fijarse en los objetos que le rodeaban penetró en el valle, y fuera efecto de su imaginacion ó realidad, parecióle que se exhalaba de aquel sitio una emanacion de tristeza y de dolor que armonizaba maravillosamente con el estado de su alma.

Las flores le parecia que doblegaban sus tallos y que la brisa al acariciar su frente pronunciaba palabras misteriosas en su oído.

Pero no aquellas palabras apasionadas y cariñosas que en otras ocasiones escuchara, sino acentos de dolor, gemidos de agonía, frases elocuentísimas de profunda desesperacion.

Triste, melancólico y apenado le parecia el susurro de los arroyuelos.

Lúgubre y agorero el rumor de las hojas de los árboles al ser movidas por las auras de la tarde.

En el canto del ruiseñor percibia notas de una tristísima elegía.

Todo el valle, en fin, lo veia como envuelto en un manto fúnebre de desconsuelo y de pesar.

Y palpitante, luchando entre el temor y la esperanza, ansioso de ver y temeroso de sentir, Berenguer clavaba los acicates en los ijares de su corcel, fijando una mirada escrutadora en el sitio donde creia ver á Angelina sentada como otras veces guardando su rebaño, pidiendo á los árboles, á las flores y á las aguas noticias del amante ausente.

Pero ¡ay! Angelina no estaba allí.

Una punzada que sintió el guerrero en su corazon obligóle á detenerse durante algunos segundos.

III.

Gruesas gotas de sudor corrian por su frente.

Le costaba trabajo respirar.

La atmósfera se hizo más sofocante y el pobre jóven desfallecia bajo el peso de una emocion desconocida.

De pronto una esperanza reanimó las abatidas fuerzas de su espíritu.

Creyó que la próxima tempestad obligara á la jóven á buscar un refugio tras las blancas paredes de su casita.

Entónces, presa de un vértigo espoleó furiosamente al generoso bruto y dirigióse al modesto edificio.

Y al llegar á él, observó que estaba tan silencioso como el valle.

Marchitas las flores que festonaban sus ventanas y mústias las hojas de aquellos árboles que con tanto cariño le cobijaban, pareciéronle á nuestro valiente amigo un grupo de sáuces velando con su melancólico ramaje la tumba de una vírgen.

Hay situaciones en la vida que cuantos objetos nos rodean los reviste la fantasía con arreglo á las emociones que siente nuestro pecho, y una misma cosa á veces sin haber cambiado de forma ni de lugar la vemos distinta segun el prisma por que la miramos.

Berenguer se encontraba en este caso.

Nada habia cambiado en el Valle, y sin embargo, todo lo veia diferente.

Al penetrar en él sintióse agobiado por un sentimiento indefinible, y aunque nada justificase hasta entónces su opresion, al par que se aproximaba á la casa su emocion y su tristeza iban aumentando.

Es verdad que no podia ménos de causar extrañeza el silencio y la soledad que reinaban en el edificio.

Pero de esto á la existencia de una causa justificativa de los temores de Berenguer, mediaba una distancia enorme.

Al aproximarse á la blanca casita, su emocion hízose mas violenta, obligándole á detenerse indeciso á la puerta.

Bajóse del caballo y permaneció durante algunos segundos sin saber qué resolucion tomar.

Poco versado en la ciencia de los presentimientos, no acertaba á definir el que oprimia su pecho.

Todo cuanto contemplaba á su alrededor hablábale en un lenguaje extraño, sí; pero que se armonizaba maravillosamente con el sentimiento de su corazon.

IV.

Berenguer temblaba como un niño.

Se oscurecia su vista, agitábase su pecho y continuaba en su inmovilidad sin atreverse á franquear aquella puerta donde en otras ocasiones penetrara ébrio de felicidad y de ventura.

En otros dias Angelina estaba á su lado y le servia de guia para atravesar las reducidas habitaciones de su vivienda.

Entónces estaba solo y tenía miedo.

Pero aquel estado no podia prolongarse.

Un momento más, y Berenguer de Cardona, el valeroso guerrero de la hueste de Roger de Flor, habria sucumbido bajo el peso de aquel dolor misterioso y desconocido que le abrumaba.

Pasóse entrambas manos por la frente como si tratara de alejar de su imaginacion un torturador pensamiento y avanzó resueltamente hácia la puerta.

En otra época todo respiraba alegría, entónces sólo reinaba el silencio de los lugares donde duerme la materia con el eterno sueño de la muerte.

Los pajarillos que en otro tiempo penetraban por las ventanas de la casa y que desde las verdes ramas de los trepadores arbustos poblaban el aire con sus armónicos trinos, habian desaparecido.

Un hálito sangriento y nauseabundo se exhalaba del interior de la casa.

Bajo la presion de aquella situacion extraña y de aquel misterio inconcebible, Berenguer no acertaba á dar un paso.

Jamas en medio de los campos de batalla se le viera vacilar; pero allí frente á un enemigo desconocido, quizá en presencia sólo de un fantasma de su imaginacion, flaqueaba su valor, y pálido y agitado temia hasta dar una voz porque temblaba de escuchar sus propios sonidos.

Por fin avergonzóse de su debilidad y penetró en la casita.

Entónces parecióle que aquella atmósfera tibia y nauseabunda era el olor de la sangre mezclado con el de la descomposicion de un cadáver.

V.

De pronto se imaginó escuchar un gemido y despues un acento doliente y acongojado que murmuraba un nombre.

Aquel acento era de Angelina y su nombre el que acababa de percibir.

Mas ¡ay! ¡Cuán léjos estaba de ser el acento sonoro y argentino de otros tiempos!

Era la última vibracion del laud de la desesperacion pulsado por las manos del sentimiento.

La emocion de Berenguer amenazó ahogarle.

Sosteniéndose en las paredes y tambaleándose corrió en la direccion donde le pareció percibir aquellos sonidos.

Penetró en una estancia vecina y quedóse inmóvil en su dintel.

Sus ojos se dilataron extraordinariamente y todas las fibras de su sér quebrantándose de repente, ahogaron las palabras en su garganta.

En medio de aquella estancia y en un charco de sangre corrompida, se veia el cadaver de Antonio, el padre de Angelina.

Rotas y destrozadas sus ropas dejaban ver las hondas heridas que le causaron la muerte.

A algunos pasos de él y cerca del lecho que no habia podido alcanzar, Angelina, la pura Flor del valle, el ángel que un dia arrastró sus alas sobre una tierra bendecida, pálida como las azucenas y con los ojos rodeados de ese círculo que el lirio presta á los que están próximos á franquear los umbrales de la eternidad, fijaba una mirada insistente en el guerrero.

En medio del pecho tenía clavado un puñal que en otro tiempo habia visto Berenguer en manos de su padre.

—¡Berenguer!... ¡Berenguer!... murmuró la pobre niña con un acento que se debilitaba por instantes, ¡acércate!...

El guerrero maquinalmente y con esa precision automática que se advierte en los movimientos de un maniquí, aproximóse, y su mirada atónita, casi insensata, se fijó en ella.

—Más cerca... Arrodíllate junto á mí... No te he visto en tanto tiempo!... ¿Qué tienes?... ¡Tan felices como hubiéramos podido ser!

VI.

Respiraban un sentimiento tal las palabras de la jóven, vibró tan desesperadamente aquel acento querido, que Berenguer cayó de rodillas, y su espíritu embotado durante algunos segundos por la fuerza de su dolor, sacudió aquel letargo y tornó á sentir.

La moribunda le tendió una de sus manos.

Estrechóla Berenguer entre las suyas, y aquel contacto hizo circular por sus venas el frio que principiaba á entumecer los miembros de la jóven.

—¿No me oyes?... murmuraba esta. Muchas horas hace que recibí esta herida; es mortal, lo sé, mas mi corazon me decia que ibas á venir, y no queria morirme sin verte. ¿Ves? proseguia Angelina mostrando el puñal clavado en su pecho. ¡No he querido arrancarlo porque habria muerto!... ¡Ay!... Debe ser tan horrible morir ausente de quien se ama! Reuní todas mis fuerzas para buscar agua, y arrastrándome conseguí beber; eso me ha prestado aliento, pero ya me va faltando otra vez.

Y Angelina se detuvo para respirar fijando una mirada ansiosa en el jóven.

Este no podia hablar.

Dos ó tres veces moviéronse sus labios, pero no exhalaron sonido alguno. La Flor del valle continuó al cabo de breves instantes:

—¡Cuánto he sufrido!... A cada momento que un velo oscuro y espeso se ponia ante mis ojos, me parecia que la muerte se apoderaba de mí... y lloraba y... pero Dios es bueno y ha tenido piedad de mí. ¿No es cierto?

Una lágrima temblaba en los párpados de Berenguer.

Volvia á ser hombre y podia llorar.

Las lágrimas son el bálsamo que el cielo ha concedido para calmar los dolores del alma.

—¿Nada me dices?... ¿No me quieres acaso?... exclamó la pobre niña.

—¡Alma de mi alma! gritó Berenguer con explosion. ¿Era así como debia volverte á ver?

VII.

Una sonrisa melancólica, una de esas sonrisas que no hay expresion posible para retratar, vagó por los labios de la jóven.

—Tengo sed, murmuró; se seca mi garganta... ¡He llorado tanto!... y... mira; he bebido mis lágrimas para poder humedecer mis labios... ¡Ay! dame agua, porque me parece que se me acaba la vida y no quiero morir todavía... ¡No quiero, no quiero, Dios mio!

Y Angelina hizo un movimiento desesperado.

Berenguer recorrió toda la casa, llenó una escudilla de madera de un manantial inmediato, y la aproximó á los secos y descoloridos labios de su amada.

—¡Gracias, gracias!... ¡Querian que muriera sin verte!... ¡Oh! háblame, Berenguer... háblame... Parece que mis ojos no te ven como yo quisiera... ¿Acaso es de noche ya?...

—Pero ¿qué ha sucedido aquí? ¿Qué ha pasado que por más esfuerzos que hago no puedo adivinar? Habla, Angelina.

—¿Para qué quieres saberlo?... Nosotros somos flores que duramos hasta que

un huracan nos arrebata la existencia... ¡Ay! ¡tenía tantos deseos de vivir!...

—No me hables así, Angelina; no hables de ese modo porque, ó la razon me va á faltar, ó la vida se me va á extinguir. Díme quién ha sido la causa de esto; dímelo, porque cien vidas que tuviera no serian suficientes á expiar la tuya.

—No hables de venganza... Dios compadece al que perdona, pero maldice al que se venga.

—¿Quién ha muerto á tu padre?

—Mi padre... quiso defender la honra de su hija, y el pobre anciano no tuvo fuerzas mas que para clavarme esta arma y sucumbir despues en la pelea.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Dadme valor, gritó el guerrero con desesperado acento.

—Escucha. Pensando en tí habia tejido una corona con rosas y flores de azahar... era la que destinaba para el dia de nuestra union... ¡Cuánto gozaba pensando en tu vuelta!... ¿Por qué vemos tan hermosa la vida cuando estamos en el umbral de la muerte?... No llores... Dame tu mano... Acércate más á mí... ¡Ay! ¡siento un dolor tan agudo en el alma cuando pienso que no te he de ver más...! Habrás pensado en mí... ¿No es cierto? Yo me acordaba todos los dias... Si vieras qué cosa tan horrible es la ausencia... ¡Oh! y sobre todo la ausencia de la muerte... no poder contemplarte más... no escuchar tu acento que tanto me halagaba... ¡Ay! prosiguió la jóven revolviéndose entre las convulsiones de la agonía... Déjame que te mire... que muera contemplándote para que en la noche de mi tumba pueda seguir mirando tu imágen querida... ¡Dios mio!... ¡Si le amo tanto!

—Por piedad, Angelina, díme el nombre del miserable que tan sin piedad nos ha arrebatado la dicha.

—Su nombre... su nombre... ¿Con saberlo acaso vas á recobrar tu ventura?... Cuando se pierde la felicidad no es la venganza lo que la devuelve... No llores... creo que todavía queda en mi corazon una última lágrima y no quiero verterla aun... ¡Cuánto sufro!... No, no; he dicho mal... ¿Qué significan los dolores del cuerpo comparados con la felicidad del alma?... ¡Soy tan dichosa junto á tí!...

—Vida de mi vida, sin tí de qué me sirve la existencia?

—Calla, ¿qué hablas de morir?... ¿Morir tú?... ¡Oh! ¡deja que mis últimos momentos no los amargue semejante idea!

VIII.

Berenguer sufria horriblemente, porque veia extinguirse por grados la existencia de Angelina.

La jóven se incorporó de pronto haciendo un vigoroso esfuerzo.

Rodeó con sus brazos el cuello de su amante, y gritó con fatigoso acento:

—¡Aire!... ¡Me ahogo, Dios mio!... Berenguer, no te separes de mí... déja-

me que te vea... ¡Oh! un velo oscurece mi vista... se aflojan mis nervios... ¡Berenguer!... ¡Cuánto te amo!... ¡Ay! me arde el pecho... ¡Agua!... ¡Luz!

—¡Angelina! Por favor... díme ese nombre.

—No, no... matarias á tu amigo, y...

—¡Oh! ¡Miserable! gritó Berenguer con ronco y terrible acento.

—¡Dios mio! exclamó la jóven... Lo he dicho... pero no, tú obedecerás la última voluntad de tu Angelina... ¡Padre mio! ¡Berenguer!... Me... aho...go... ¡A...gua!.. No... me ma...tes... ¡Dios... mio! ¡Le amo...tanto!... No te a...lejes... ¡Be...ren...guer!

Un gemido desgarrador de esos que el corazon exhala al partirse en mil pedazos brotó de los contraidos labios del guerrero.

Angelina era un cadáver.

Su alma acababa de volar á la mansion de los elegidos.

IX.

Largas horas pasó nuestro jóven junto al inanimado cuerpo de su amada.

La tormenta rugia sobre su cabeza sin apercibirlo.

Durante aquella noche buscó en el valle el lugar donde Angelina iba á sentarse todos los dias; tomó los instrumentos que usaba el anciano para sus tareas agrícolas, y abrió dos sepulturas.

Enterró los dos cadáveres, y los primeros albores de la mañana le sorprendieron arrodillado junto á ellos.

Pronunció sobre aquellas tumbas un juramento terrible y letal, sombrío y amenazador, y abandonó el valle dirigiéndose á Constantinopla con el corazon desgarrado aunque con rostro impasible.

Inmediatamente dirigióse á casa de Velani.

Preguntó por él y nadie le supo dar razon.

El griego durante aquella noche habia desaparecido.

CAPÍTULO LVI.

Llegada de Berenguer de Entenza.

I.

Alborozados y contentos se encontraban los pacíficos habitantes de Constantinopla.

Las huestes llegadas del otro lado del mar desbarataron á los turcos en todos los encuentros; y para que nada faltase, las fiestas se sucedian unas á otras, y todo era bulla, animacion y algazara en la populosa metrópoli del imperio helénico.

Y como si no bastara aun, dias ántes de verificarse el torneo Berenguer de Entenza, el hermano de armas de Roger, que permaneció en Sicilia para reclutar nuevos soldados y conducirlos á Grecia, aportó á Gallípoli noticiando desde este punto su llegada á su jefe y amigo.

Consultando el megaduque la voluntad de Andrónico dispuso que se le juntara en Constantinopla para tomar parte en los festejos que se preparaban y aprestarse para la próxima campaña.

Con algunos caballeros encaminóse Berenguer á Constantinopla, y el dia en que vamos hablando hizo su entrada solemne en la ciudad siendo conducido directamente al palacio, donde el emperador con la córte y todos los caballeros catalanes y aragoneses le esperaban.

II.

Apénas el gran drungario anunció la llegada del valiente caballero, Roger salió á recibirle y acompañándole hasta el trono donde Andrónico se encontraba, le dijo:

—Señor, tengo la honra de presentaros á mi hermano de armas, cuya amistad sellámos en el campo de batalla con imperecedero juramento. Hoy llega acompañado de guerreros ansiosos de participar de la nueva campaña que se prepara, y os juro por mi fe de caballero que llegarémos á Damasco y que Berenguer de Entenza no será de los últimos.

—Vuestro hermano de armas, repuso el emperador, ninguna recomendacion necesita, pues el apellido de Entenza hasta mí habia llegado envuelto entre la gloria de sus hazañas.

BERENGUER DE ENTENZA

—Señor, gran honra es para vuestro humilde servidor que recordeis su nombre, agradeciendo las lisonjeras palabras con que en Roger de Flor me ha presentado á vos.

—A nadie necesitabais para que os presentara, aun cuando fuera el sugeto á quien más debe mi reino. Vuestras hazañas os recomiendan sobradamente y hablan más alto que cuantos élogios se os prodigaran.

—Gracias, señor, tanto en su nombre como en el mio, respondió Roger. Ahora sólo me resta suplicaros un favor.

—¿Un favor? ¿Qué podreis solicitar que yo os niegue? Decid, sobrino. ¿Qué deseais?

—«Señor (1), este ricohombre es de los más nobles de España, exceptuando sin embargo á los hijos del rey; es uno de los mejores caballeros del mundo, y respecto á mí es, como os dije ántes, casi un hermano, de modo que ha venido á serviros por vuestro honor y por mi afecto: así pues, ya que tanta honra nos cabe, justo es que se compense; y por lo tanto, con vuestra licencia, y creo que interpretando vuestro deseo, le daré el baston y el gorro, insignias de la dignidad de megaduque que me habiais conferido, cargo que ejercerá de aquí en adelante.»

III.

Sorprendidos y maravillados quedaron tanto los cortesanos de Andrónico como los caballeros de entrambos caudillos con la accion de Roger.

Tal magnanimidad era casi inconcebible.

El emperador sonriendo afablemente contestó:

—Teneis razon, Roger; habeis interpretado mis deseos: entregad las insignias de esa dignidad á vuestro hermano de armas, y no dudo que la honrará de la misma manera que vos lo hicisteis.

—Señor, me considero indigno de poseerla, y no me hallo con méritos suficientes para obtenerla, repuso Berenguer. Con la rudeza pròpia del soldado os diré que preferiria llevar estas insignias despues de haberlas ganado en los campos de batalla, no ahora que no hice mérito alguno para alcanzarlas.

—Los hombres como vos abundan siempre en méritos.

Consecuente Roger con lo que indicara, entregó el baston y el bonete á Berenguer diciéndole:

—Basta de modestia, hermano mio; si no fuerais digno de llevar estas insignias no se os habrian conferido. Lo único que debeis pensar ahora es que con ellas ha adquirido este país nuevos derechos á vuestro aprecio y estimacion, contrayendo con él una deuda que sólo con sangre debe satisfacerse.

(1) Todo lo que sigue es histórico hasta terminar las comillas.

—Dispuesto he venido á derramarla por esta patria á la cual considero como la mia propia.

—Gracias, caballero, gracias en nombre mio y en el de mi pueblo; mas como no es justo que Roger quede despojado de una dignidad que le concedí, quiero conferirle otra que compense á la que acaba de perder.

—Señor, no necesito dignidades que casi siempre suelen crear enemigos. Vuestro afecto es para mí la mayor dignidad á que aspiro.

—Ese ya le poseeis desde ántes de llegar á Constantinopla. Existe una dignidad en mi imperio que há cuatrocientos años á nadie se ha conferido porque ninguno de mis antepasados encontró sujeto digno de ella. Yo he sido más afortunado, pues lo he hallado. César Roger de Flor, acercáos y sentáos en el sitio á que esta nueva dignidad os da derecho.

IV.

Durante algunos segundos reinó un profundo silencio en el espacioso salon de recepciones.

La córte bizantina estaba asombrada. Como dijera Andrónico, la dignidad de césar era la primera del imperio, igualando al que la poseia con el hijo primogénito del emperador.

Las prerogativas inherentes á ese título son casi tan omnímodas como las del monarca, llegando hasta el extremo de conceder donaciones perpétuas, imponer tributos, disponer del tesoro real, y en fin, es un semi-emperador que se diferencia del verdadero únicamente en el color del traje y en que su asiento en el trono está un palmo más bajo que el del monarca.

Aquella dignidad, como se comprenderá fácilmente, debia acrecentar el encono y la envidia de los enemigos de Roger.

Miguel sobre todo no pudo contenerse, y volviéndose hácia su padre le dijo:

—Considerad, señor, que una de las condiciones requeridas á quien se le concediera, era haber nacido en vuestros dominios y sacrificado toda su vida á la prosperidad y engrandecimiento de su patria.

—Ignorais, Miguel, respondió el emperador con severidad, que las leyes se modifican segun lo exigen las circunstancias. ¿Recordais durante un largo período de nuestra historia, el ejemplo de un hombre que sólo con un puñado de valientes haya devuelto la paz, tranquilidad y ventura á todo un imperio que estaba á punto de sucumbir bajo un poderoso conquistador? Recordadlo, y comprenderéis que á vuestro padre le sobra razon y justicia para obrar de este modo.

—Me pesa infinito, dijo Roger mezclándose en la conversacion, dar lugar á estas cuestiones. Por lo tanto, vuelvo á repetiros que estoy muy satisfecho con poseer vuestra estimacion, sin ambicionar nuevas dignidades.

—Estoy persuadido de que no aspirais á mayores recompensas; pero ninguna me parece suficiente para pagaros cuanto os debo.

V.

Aquellas palabras eran otras tantas teas arrojadas nuevamente al odio y encono que los envidiosos cortesanos partidarios de Miguel y de George abrigaban hácia Roger.

Y en su sombrío silencio dejaban traslucir bien claro el disgusto que les causaba la señalada merced de Andrónico.

Cuando terminó aquella recepcion en que Roger quedó investido con la nueva dignidad, el príncipe, furioso y desesperado, encaminóse á sus habitaciones, donde le siguió el príncipe masageta.

Miguel recorria á grandes pasos la estancia.

El despecho y la cólera se reflejaban en su semblante.

George, cruzado de brazos, le contemplaba con atencion hasta que por fin le dijo:

—Vuestro padre es indigno de reinar.

—¿Has visto?

—Os juro, señor, que ántes prefiriera quedarme ciego, porque así me libraria de ver la deshonra de mi patria adoptiva.

—Y ¿qué hacer, George... qué hacer?

—Matar, murmuró sordamente el masageta.

—¡Matar!

—Es la alternativa que os resta. Vuestro padre está ciego; y cuando un monarca pierde la vista y conduce su reino hácia el abismo, ántes que caiga un pueblo es preferible que sucumba un hombre.

—Me horroriza escucharte.

—Y yo tiemblo por lo que sucederá.

—¡Quién pudiera imaginarse tal cosa de mi padre!

—Ya conoceis las prerogativas del césar. Ejerce la alta y baja justicia, y tiene derecho de vida y muerte. Desde hoy existen dos emperadores en Constantinopla, y pueblo en que manden dos hombres camina inevitablemente á su perdicion.

—Es cierto.

—Ha llegado, pues, el momento en que es preciso mirar frente á frente las cosas sin que nos ciegue la pasion.

—Pero ¿qué hacemos?

—Ya lo oisteis; matar.

—¿A quién?

—Y ¿aun lo preguntais? Pronunciad una palabra y mis diez mil alanos caerán

mañana sobre esa gente. Los genoveses nos secundarán y no quedará uno con vida.

—No, respondió Miguel al cabo de algunos momentos de reflexion; no es tiempo todavía. Mi padre los protege demasiado, su voz es atendida, y no faltarian quienes al oirla corrieran ciegamente á unirse á los catalanes, convirtiendo las calles de Constantinopla en un campo de batalla.

—Más tienen que ensangrentarse si ese hombre permanece en el puesto que la debilidad de vuestro padre le ha dado.

—Es imposible que mi padre siga reinando, murmuró el príncipe con voz sorda.

—Recordad cuanto os dije. Contad conmigo para todo; entregadme á Roger y os prometo allanaros el camino del trono.

—La conveniencia lo exige. No soy yo quien arrojo á mi padre de su puesto, repuso Miguel cual si hablara consigo mismo.

—Pero ¿y Roger?

—Escucha, George: he concebido un plan; permíteme un momento.

—Pensad, señor.

Y reinaron algunos instantes de silencio. Durante ellos, George con la vista fija en Miguel, le contemplaba profundamente y una sonrisa indescribible vagaba por sus labios.

VI.

Ningun rumor se percibia en la estancia.

De repente levantó la cabeza el príncipe.

Sin duda encontrara la solucion de su problema, porque brillaba la alegría en su rostro.

—Ya está seguro, dijo con acento henchido de satisfaccion.

—¿Quién, señor? preguntó George.

—Ese hombre.

—No os entiendo.

—Cuando terminen las fiestas marcharé á mi palacio de Andrinópolis invitando á Roger para que ántes de salir á campaña vaya á visitarme. Una vez allí debes comprender lo que sucederá.

—Pero ¿y si no fuese?

—Irá. Roger no acostumbra á faltar en lo que considera como deber de honra. Te aseguro que irá y es preciso que no salga de Andrinópolis.

—Si conseguis vuestro deseo, existe demasiado odio en mi pecho para que deje de satisfacer el mio.

—Yo lo pondré en tus manos.

—Y os juro que no saldrá de ellas.

—Y ¿despues?

—Despues vuestro padre comprenderá que obró mal y que vos podréis reinar mejor que él.

—Quizá haya alguna desavenencia entre Roger y el emperador.

—¿Hablais respecto á la acuñacion de la moneda con que va á pagarse á la hueste?

—Sí.

—Ya veréis como á pesar de lo resuelto que Andrónico se hallaba á pagar con ella, consiguen que varie de parecer. Roger se llevará el dinero y nosotros quedarémos igual que estábamos. Si quereis que tentemos un esfuerzo...

—No. En el torneo de mañana es imposible hacer nada.

—No comprendo la causa.

—Por desgracia, como he dicho más de una vez, tus soldados no tienen el valor que á tí te sobra, miéntras cada uno de esos almogávares es más esforzado quizá que su mismo jefe. Por lo tanto, sería temerario exponernos á una lucha en la cual seriamos vencidos.

—Lo mismo nos sucederá en Andrinópolis.

—Te prometo que no.

—¿Podeis responder del porvenir acaso? ¿Pensais que ese hombre sabiendo que le aborrecemos vaya á presentarse solo?

—Le conozco bien, y puedo asegurarte que su escolta será insuficiente para las fuerzas que juntarémos.

—Como os plazca.

Y todavía continuaron hablando durante algun tiempo aquellos dos hombres, que no creyéndose bastante fuertes para luchar frente á frente con Roger, tenian que recurrir para vencerle á la traicion y á la infamia.

CAPÍTULO LVII.

Una sorpresa.

I.

Parécenos ya muy justo responder á una pregunta que quizá más de una vez se habrán hecho nuestros lectores.

Estamos seguros que se les habrá ocurrido preguntar por Guillen de Siscar de quien no hemos vuelto á ocuparnos despues de la sangrienta escaramuza que tuvo lugar en Cicico, y en la cual los celos de Karïna produjeron la muerte de Brieno.

Aunque reconvenido severamente por Roger, que como sabemos, estaba po-

co predispuesto para manifestaciones que tan graves conflictos ocasionaban, el caballero no reveló una palabra del verdadero motivo de la agresion de Brieno.

Y cada dia continuó más ciego por aquella mujer que á no amar tanto al caudillo catalan, quizá correspondiera al caballero Guillen de Siscar, en quien reconocia cualidades muy superiores á las que poseian los griegos.

Llegó un dia en que el amor del guerrero se hizo tan violento, que Karïna, cuyo corazon no estaba completamente endurecido, comprendió que le hacia un daño gravísimo alimentando una pasion que no podia corresponder.

II.

Dos dias ántes de la partida del ejército, Siscar fué á casa de la jóven y la habló con el calor y la elocuencia de la pasion.

—Vamos, señora, la dijo: terminemos de una vez y decidme si me amais.

—Me pesa que toqueis esa cuestion, contestóle Karïna.

—¿Por qué, señora?

—Porque hay situaciones tan delicadas que no se sabe cómo salir de ellas.

—Explicáos, pues os juro por mi nombre que no os comprendo.

—Vos me amais, ¿no es cierto?

—Y ¿lo preguntais todavía? Oid, señora: estoy más acostumbrado á dar mandobles y estocadas que no á hablar de amores, por lo tanto mi lenguaje tendrá de rudo y franco lo que el vuestro de agradable y sutil. No concibo que en estas cosas puedan pronunciarse mas que dos palabras, y así contestadme con arreglo á ellas.

—A veces cuesta trabajo pronunciarlas.

—Si la expresion es buena, ¿qué trabajo puede costar? Y si es mala, terminemos de una vez. Os confieso que no sé explicarme lo que ahora me sucede. Jamas he tenido miedo, y en presencia vuestra, esperando esa palabra, tiemblo sin atinar la causa.

—Cuando se encuentra una persona tan noble y leal como vos, disgusta doble tener que pronunciar frases en que va envuelta una de esas inconveniencias imposibles de remediar.

—Temo comprenderos, pero sin embargo habladme con franqueza. Desde que os ví os amé; no habrá en el modo de expresároslo el lenguaje florido con que otros hombres revisten lo que dicen. Han trascurrido dias, y viéndoos junto á mí, escuchando vuestro acento ha crecido este amor de tal modo, que no sé si me sobra corazon ó á este le falta espacio para dilatarse bajo el influjo de ese cariño. Sin comprender la razon, las palabras que os queria decir espiraban en mis labios cuando iba á pronunciarlas. Hoy, próximo á entrar en campaña y á partir para no volver quizá, quisiera llevarme un recuerdo vuestro que aliviara algun tanto los últimos instantes de mi vida.

III.

Respiraban tal energía, tanta verdad y un sentimiento tan intenso las palabras de Guillen que Karïna sintió doblemente la respuesta que le iba á dar.

Engañar á aquel hombre que con semejante sinceridad le hablaba, hubiera sido un exceso de crueldad, y Karïna sólo era implacable para Roger.

Hizo un esfuerzo y contestó:

—Os escuché y voy á responderos con la misma franqueza que os expresasteis.

—Así lo deseo, señora. En la vida supe disimular mis pensamientos, y os juro que me doliera en extremo que vos tratarais de hacerlo.

—Comprenderéis, Siscar, que el corazon puede experimentar hácia determinada persona un afecto grande, sin que por esto pueda calificársele de amor.

—Natural es que el corazon posea diversidad de afectos; mas lo que necesito saber es á qué clase pertenece el que abrigais por mí.

—Desearia que lo comprendierais sin ponerme en el caso de manifestároslo.

—Os confieso mi torpeza. Cuanto más analizo vuestras palabras, mayor es mi confusion. Dadme una explicacion franca y pronta.

—Pues bien, repuso Karïna, no hay en mi corazon amor suficiente para pagar el que me profesais.

—¡Señora!...

—Siento por vos una amistad grande y profunda; á no ser tan amiga vuestra me habria entretenido haciéndoos creer en la existencia de un amor mentido, pero os estimo demasiado, vuelvo á repetiros, y jamas podria proceder así. Como amigo, os aprecio; mas no puedo aceptaros como amante. No creais tenga otros amores; os confieso con franqueza que no he amado mas que una vez y al único hombre que puede valer más que vos; dígolo porque calificasteis de ese modo á Roger.

—¡Oh! ¿Habeis amado á Roger? exclamó Siscar pálido como un espectro.

—¿Que si le he amado? Y le adoro todavía. A un hombre como Roger jamas se le olvida.

—¡Qué feliz es! murmuró Siscar.

—No digais eso.

Karïna pronunció estas palabras con tal modulacion que el caballero la contempló cada vez más sorprendido.

Expresaba tal desesperacion, tan amargo desconsuelo, que Siscar, aunque poco versado en el conocimiento del corazon humano, comprendió que en la existencia de aquella mujer existia uno de esos misterios de luto y agonía que dejan en el alma profundas é indelebles huellas, y al par que deseó descubrir aquel misterio, los celos se despertaban en su pecho; pero debemos decir en su obsequio

que se avergonzaba de tenerlos tratándose de una persona como Roger, á quien consideraba como un sér sobrenatural, divinizándole en su pensamiento.

IV.

Excitado por la curiosidad, dijo respondiendo á las últimas palabras de la griega:

—Y ¿por qué no decirlo? ¿Por qué no confesar la ventura que disfruta quien posee vuestro amor? Jamas he conocido la envidia; he admirado hasta el fanatismo á en Roger, y ahora casi le aborrezco, tengo celos de él y... ¡vamos! os confieso que por más esfuerzos que hago para escucharos con tranquilidad, no puedo conseguirlo.

—Nada envidieis. Es cierto que amo á Roger con la única pasion que sentí en mi vida; pero él sólo me correspondió un dia; ardió de repente su amor, se desarrolló en un instante y se apagó con mayor rapidez. Ya veis que no podeis estar celoso de un cariño para el que no existe correspondencia.

—Y ¿por qué no os ama Roger? preguntó Siscar sorprendido de que pudiera existir quien no amara á una mujer como Karïna.

—¿Olvidais que María lleva su nombre y es muy hermosa ademas? repuso la jóven con cierta amargura.

—Teneis razon.

—Ya veis si he sido franca. Muy fácil me fuera fingiros amor; pero os engañaria y no debo hacerlo.

—Gracias, señora. Atravesasteis mi alma con un puñal cuya hoja queda dentro de la herida. No creais que esto sea un reproche. Vos no pudisteis evitar el daño. Me lo he causado yo mismo, y cien veces me lo causara si otras tantas os hallase en mi camino.

—Os escucho, y podeis creerme: me pesa en extremo el dolor que os he causado involuntariamente.

—Cuando niño oí decir que existian personas nacidas bajo la influencia de una estrella aciaga; yo debo pertenecer á ese número.

—¡Oh!... ya encontraréis en el mundo otra mujer á quien amar, y que más dichosa que yo pueda corresponder á vuestro cariño. Cuando pasen algunos dias me olvidaréis y...

—Callad, señora. ¿Puede el mendigo olvidar el rayo de sol que calentaba sus ateridos miembros? ¿Podrá el ciego en la oscura noche de su vida olvidar la radiante luz del dia?.. No me hableis de olvidaros, porque creeré que tratais de insultar mi pena.

—Líbreme el cielo de semejante cosa; creo conocer el corazon, y me parece que es una ley de la humanidad olvidar los dolores para poder vivir.

—¿Olvidasteis vos á Roger?

V.

Á esta pregunta las mejillas de Karïna se cubrieron de rubor.

Se agolparon á sus labios una porcion de palabras que por medio de un esfuerzo violento dominó en seguida.

Con ellas descifrara á Siscar aquel misterioso enigma.

Se habria dicho que sobre el amor que por Roger sintiera se alzaba su deseo de venganza, que con él vivia, y si no olvidó fue por aquel nuevo sentimiento ardiente y punzador que la sostenia.

Mas con decir esto descubria su secreto, y entónces quizá el noble caballero en alas de su honradez y de su lealtad avisara á Roger, destruyendo con su revelacion la obra que con tanto esmero venía labrando.

Así fue que ahogó las frases que estuvieron á punto de escaparse de sus labios, y permaneció silenciosa un breve rato hasta que pudo decir:

—Teneis razon. No he podido olvidar á Roger; pero la memoria que de él conservo, es más bien una memoria melancólica y triste que no el recuerdo agitado y febril del desden recibido y del cariño despreciado. Eso es lo que quise decir de vos.

—Ignoro si mi corazon será distinto del vuestro, pero os aseguro que el sentimiento que hoy embarga mi pecho nunca se calmará; al contrario, me parece que tomará nueva fuerza porque vuestro desamor lo estimulará.

—Si permanecierais á mi lado, repusó la griega, tal vez; pero en la vida de agitacion y movimiento en que vais á entrar, las emociones nuevas atenuarán la fuerza de las antiguas y... creedme, Siscar, si no curado del todo, al ménos volveréis no tan desesperado.

—Amores como el mio no se desvanecen, señora. Partiré á la guerra; familiarizado como estoy ya con el peligro, no podrá este causarme emociones nuevas segun dijisteis; os veré en todas partes porque vuestra imágen está grabada en mi pensamiento, y ni las fatigas, ni los riesgos, ni aun la misma muerte serian capaces de hacerme olvidar un momento toda la ventura que pudiera disfrutar con vuestro amor.

VI.

Karïna permaneció silenciosa porque no sabía qué contestar al caballero. Levantóse este de su asiento y las escasas frases que cambiaron despues fueron de despedida, respirando las de Siscar el dolor que experimentaba y las de la griega su disgusto por no serla posible mitigarlo.

Dos dias despues Guillen de Siscar salia á campaña llevando impreso en su rostro el pesar que destrozaba su pecho.

Todos sus amigos lo advirtieron dirigiéndole más de una pregunta que no obtuvo contestacion satisfactoria.

Nadie como él buscó la muerte entre los peligros de la guerra. El primero en el ataque y el último en la retirada se encontraba siempre en aquellos lugares donde era más inminente el riesgo.

Mas como la muerte es tan caprichosa que quien la busca no la encuentra, hallándola el que ménos la desea, Siscar no consiguió satisfacer su ambicion.

Terminada la campaña de un modo tan inesperado, regresó el caballero á Gallípoli acompañado de sus amigos, marchando despues á Constantinopla formando parte del séquito de Roger.

Allí como era natural vió á Karïna, y cuando esta se creia volver nuevamente á escucharle frases de cariño, vió defraudada su esperanza, pues el caballero, demasiado altivo para exponerse á segunda negativa, concentró el amor que profesaba á la griega en el fondo de su pecho, y evitó con sumo cuidado en cuantas ocasiones tuvo de hablarla á que rebosase una sola palabra de sus labios.

CAPITULO LVIII.

En los jardines de palacio.

I.

Suntuoso, espléndido y magnífico fue el banquete con que Andrónico obsequiara, tanto al megaduque Berenguer de Entenza como al césar Roger. Los vínos de Chipre escanciados en copas de oro y las viandas servidas en vajillas cinceladas por los orfebreros genoveses expusieron á la vista de los guerreros españoles el lujo y la fastuosidad de los emperadores de Oriente.

Lo mismo que en el festin del dia anterior, el novel caballero Fernando Perez Antunez apénas separó sus ojos del encantador semblante de la princesa Catalina.

Su persistencia, del mismo modo que llamó la atencion de Miguel Paleólogo, consiguió excitar la de Roger y Siscar que estaban frente á él.

El césar que conocia bastante el resbaladizo terreno en que se hallaba, conoció que la imprudencia del jóven podria muy fácilmente atraerle la venganza de un príncipe de suyo envidioso y vengativo.

Disimuladamente fijó sus ojos en la princesa, y la sorprendió mirando á Fer-

nando, adivinando en su agitacion y en el ruboroso tinte de sus mejillas que correspondia al amor del guerrero.

Y continuó sus investigaciones, vió á Miguel, y la contraccion de su rostro le reveló el enojo que abrigara hácia nuestro amigo.

Cada vez que el hijo de Andrónico hablaba en voz baja con George, parecíale que le daba una órden de muerte para el guerrero y deseaba la terminacion de la comida para hablar con él y encargarle que fuera más cauto en lo sucesivo.

II.

Siscar habia seguido la direccion de las miradas de Perez Antunez, y al ver á Catalina exhaló un suspiro.

Se le representó la felicidad que perdiera con Karïna y casi llegó á tener envidia de la que debia disfrutar su amigo.

Desde entónces, aunque involuntariamente, no cesó durante la comida de observar á entrambos jóvenes.

Cuando terminó esta, Roger buscó á Fernando, y llevándole hácia una de las ojivas del salon, le dijo en voz baja y un tanto severa:

—Reparad, Fernando, que los enamorados deben cuidar que sus ojos no sean imprudentes.

—¿Qué quereis decir, señor? repuso el caballero con trémulo acento.

—Os he observado durante la comida, álguien más ha reparado en vos, y el caballero que ha jurado hoy guardar la honra de las damas, no debe olvidar tan pronto sus juramentos.

—¡Señor!...

—Comprendo cuanto podais decirme. Sé que no lo hicisteis con intencion; pero para el país en que estamos y teniendo fijas en nosotros tantas miradas envidiosas y llenas de odio, fuisteis, harto ligera ella y muy imprudente vos.

—Y ¿decis que han observado?...

—Yo nada sabía, y las horas que han trascurrido bastaron para convencerme.

—¡Oh! sí, la amo con toda mi alma, murmuró el caballero con efusion.

—Silencio, desgraciado, gritó Roger apretando el brazo del jóven. ¿No comprendeis que las paredes de los palacios tienen oídos y hay palabras que jamas deben pronunciarse? ¿No sabeis que el príncipe Miguel nos aborrece y que sólo desea encontrar el medio que justifique alguna de sus malas acciones?

—Teneis razon. Pero ¿creeis que haya observado?...

—Me parece que sí.

—Pero ella es pura; entre nosotros no se ha trocado una sola palabra y...

—Creedme, Fernando, no deis explicaciones nunca, porque á veces agrava lo que se trata de defender.

Y el caudillo se separó del jóven, quien permaneció confuso y contrariado por cuanto acababa de escuchar.

Momentos despues se encontraba en el jardin.

Maquinalmente habia llegado hasta él, y buscando la soledad internóse por sus calles para dejar á su pensamiento toda la libertad que necesitaba.

III.

De pronto sintió un ligero rumor cerca de él.

Alzó sus ojos y en direccion opuesta á la que llevaba vió acercarse una mujer.

Conforme la distancia fue disminuyéndose pudo reconocerla. Era Catalina.

El caballero no tuvo tiempo de moverse; mejor dicho, aunque hubiera querido, no le fuera posible.

La voluntad era impotente para contrarestar á su corazon que queria permanecer allí.

Y ambos jóvenes se encontraron y dos exclamaciones brotaron de sus labios.

Detuviéronse y permanecieron en silencio durante un breve espacio.

Es evidente que en esas grandes situaciones de la vida la mujer recobra su serenidad más pronto que el hombre.

Catalina comprendió todo lo insostenible de aquel estado y dió algunos pasos para retirarse.

Aquel movimiento deshizo el encanto.

Recobró Fernando su voz y la dijo:

—Señora, no os alejeis; ya que en la vida existen tan pocos momentos de placer, permitidme que disfrute del único que se me ha presentado hace mucho tiempo.

—¡Caballero!...

—¿Os acordais, señora? Hace algunos meses os ví. Me cegó la luz de vuestra belleza, y olvidando la distancia que nos separaba, me atreví á hablaros. Una flor se desprendió de vuestras manos y fue para mí un amuleto bendito que he guardado siempre sobre mi corazon. En cambio de aquella flor os dejé mi vida. He vuelto de la guerra y no he podido recobrar la prenda que os entregué. Pronunciad una palabra sola, decid que mi audacia no os ofende aunque no vuelva á escucharos otra vez.

Catalina no podia contestar.

Su corazon amaba á Fernando; las palabras que de él brotaban llegaban hasta sus labios donde las detenia el poderoso esfuerzo de su voluntad. La princesa poseia la conciencia de su deber, y á pesar de que las licenciosas costumbres de la época podrian justificar su debilidad, la virtud y el decoro que poseia en alto grado oponian una valla á aquel cariño único que sintiera en su vida.

—¿Nada me decis, señora? ¿Os ofendieron mis palabras? ¡Insensato de mí! Contemplando vuestros ojos forjé cien ilusiones. ¿Por qué olvidar que la ilusion es el martirio de los corazones?

IV.

Era tan sentido el acento de Fernando, respiraba tal pasion, que Catalina no pudo resistir su vibracion y contestó casi maquinalmente:

—No me ofenden vuestras palabras.

—¡Dios mio!... ¿Sería verdad?... ¡Oh... volved á repetirlo, señora! Permitidme que torne á escuchar vuestro acento y espiraré de placer á vuestros piés. Y ¿aun dudaba de la bondad divina?... Hablad, decid que mi cariño no os ofende, que lo comprendisteis y no os molesta, que no os soy indiferente, que pensasteis alguna vez en el oscuro caballero que encontrasteis una noche en vuestro camino; repetid lo que dijisteis, repetidlo, señora, porque me parece que estuve ciego mucho tiempo y mis ojos principian ahora á distinguir la luz del sol.

Fernando estaba arrodillado á los piés de Catalina.

Esta comprendió entónces todo el valor de las palabras que en un momento de olvido pronunciara y tembló ante las consecuencias que pudieran traer.

Recorrió su inquieta vista el espacio que la rodeaba, y agitada, trémula y encendida murmuró:

—¿Qué haceis, caballero?

—Adoraros de hinojos como se adora á los ángeles.

—Basta, basta, alzad del suelo.

Y su mano tropezó con la de Fernando, y el ósculo que este depositó en ella la hizo volver en sí.

Irguió su altiva frente y con un acento de severidad imposible de describir dijo:

—Hasta ahora no me ofendisteis; tratad de no hacerlo en lo sucesivo.

Y ántes de que el aturdido caballero volviera en sí de la turbacion que le causaran las palabras de la princesa, esta pasó por su lado desapareciendo por entre las calles del jardin.

V.

Inmóvil permaneció algun tiempo, fijos sus ojos en la direccion que tomara Catalina, sin ver mas que á ella y sin sentir otro rumor que las suaves inflexiones de aquella voz tan querida.

Esta preocupacion impidióle escuchar el ruido que produjo el ramaje inmediato al agitarse de un modo que denunciaba la presencia de alguna persona oculta detras de él.

Nosotros sin los motivos de distraccion que Fernando tenía fijarémos los ojos en el sitio de donde partiera el rumor y tratarémos de conocer la causa que le produjera.

Oculto por el follaje un caballero griego estuvo espiando aquella entrevista, y como la distancia que le separaba de ambos jóvenes era sumamente corta, no perdió una sola palabra de las que cambiaron entre sí.

Al ver alejarse la princesa una sonrisa diabólica iluminó las facciones del griego, y buscando su diestra el puño de la espada murmuró al par que separaba las ramas para lanzarse donde estaba Fernando:

—Estos catalanes á todo se atreven. Yo le prometo á ese miserable...

Y no pudo continuar.

Una mano de hierro apretó su garganta con fuerza, miéntras que un acento entre colérico é irritado le decia:

—Te he venido siguiendo desde que saliste del salon, y por la Santa Dona de Ripoll que vas á morir como un perro.

El griego trató de oponer alguna resistencia á una agresion tan inesperada, pero la mano que le cogiera, sin aflojar la presion, le arrastró por las calles del jardin durante un breve espacio hasta llegar á uno de los sitios más retirados.

CAPÍTULO LIX.

Tres escenas en los jardines.

I.

Sorprendidos han debido quedar nuestros lectores al ver presentarse en el jardin de palacio de un modo tan inesperado dos personajes que espiaban la entrevista puramente casual de Catalina y Fernando.

Dando una breve tregua á su ansiedad por conocer el resultado de la agresion del segundo que apareciera, dirémos quiénes eran ambos y los motivos que pudieron impulsarles para observar á entrambos jóvenes.

El que trató de lanzarse sobre Fernando cuando la princesa se separó de él, llamábase Esteban Pholga y era uno de los patricios más ilustres y respetables que existian en el imperio bizantino.

Pero todo el lustre de su cuna y la pureza de su linaje quedaba oscurecida por un defecto capital. Era envidioso y esta pasion desarrollada en alto grado le hacia aborrecible de cuantas personas le trataban. Unámos á esto un orgullo

sin límites y una ambicion desenfrenada y habrémos descrito lo suficiente para dar una idea de semejante personaje.

Llegó á los cuarenta años sin amar, y únicamente cuando vió á Catalina en la córte, sus miradas se fijaron en ella con más persistencia que en ninguna otra mujer, envidiando á Miguel la dicha que iba á disfrutar siendo su esposo.

Y como la envidia resumia todas sus pasiones, amó envidiosamente á la princesa llevando su audacia al extremo de pronunciar frases inconvenientes para los oídos de una dama.

Altiva y severa rechazóle Catalina, y desde entónces trasformóse en espia que constantemente y en todos lados la observaba, así como á las personas que la rodeaban.

Ya que no fue correspondido, queria vengarse en la persona que obtuviera aquella dicha.

Esteban adivinó que Catalina no podia amar al príncipe y ansiaba la llegada de un dia en que su corazon sintiera por otra persona lo que no experimentaba por su esposo.

Ese momento llegó, y los ojos del patricio sorprendieron las miradas que el guerrero español dirigia á la princesa.

II.

Con celosa persistencia é insensata alegría siguió paso á paso la marcha de aquellos amores por las miradas que se cruzaban entre ambos.

Y más de una envenenada advertencia dirigida al príncipe Miguel brotó de sus labios, haciéndole sospechar en la existencia de lo que realmente no habia.

Desde entónces nació la antipatía de Miguel hácia Fernando, quedando encargado el patricio griego con la extraña mision de observador asiduo y constante de aquellos amores.

Y tan perfectamente desempeñó su cometido que no se apartaba un momento de la princesa.

Más celoso que el príncipe, con asombrosa perspicacia y minuciosidad extremada, observaba, veia y analizaba cuanto pasaba á su alrededor, sirviéndole esto para reparar en la salida de la princesa la noche á que nos referíamos en el capítulo que antecede.

Tuvo momentos en que pensó hablarla aprovechándose de la soledad del jardin, pero faltóle el valor y fué siguiéndola hasta que su buena estrella le deparó el encuentro con Fernando.

Con avidez extraordinaria escuchó lo que hablaron llevando más de una vez la mano á su espada, á la par que el rostro se le encendia de cólera y celos.

Sabido esto, se comprenderán perfectamente las palabras pronunciadas por Esteban apénas se separaron ambos jóvenes.

En cuanto al caballero, que tan bruscamente impidiera su atentado, suponemos que nuestros lectores reconocerán á Siscar, y su presencia tan oportuna en aquel sitio exige una explicacion.

III.

No se le habia ocultado al caballero, segun indicámos, que Fernando amaba á Catalina, y al terminar la comida se levantó casi maquinalmente de su asiento al par que el caballero, saliendo tras él al jardin, y su vista perspicaz pudo distinguir un bulto que recatándose entre el ramaje se detuvo cuando los dos amantes se encontraron.

Parose á observarle y pudo percibir las palabras que Esteban pronunció. Su mano de hierro enlazóse á su garganta y oprimiéndola con fuerza impidióle que pudiera exhalar grito alguno.

Ya dijímos que le condujo á uno de los sitios más retirados del jardin.

Una vez allí, soltóle diciendo:

—Ahorremos palabras y hablen las espadas.

—No comprendo.

—Ni tengo necesidad de explicároslo; vuestras mismas acciones os dirán si es justo lo que hago. Faltasteis al honor de caballero escuchando lo que no debierais. Quiero enseñaros á morir con honra, ya que vivisteis sin ella.

IV.

A no ocultarse la luna en aquel momento, viera Siscar el rostro de Esteban rojo de cólera y de indignacion.

Fue tan resuelto el acento del caballero que el patricio comprendió que se trataba de jugar la vida, y que en este albur todas las probabilidades estaban en contra suya.

Conocia á Guillen, oyó mil veces hacer grandes elogios de su valor, y experimentaba algo parecido al miedo pensando que iba á medir su espada con la de tan formidable adversario.

Esteban se avenia perfectamente con la vida licenciosa y sibarítica de la córte, y pesábale en extremo aventurarla por el capricho de un hombre; y decimos por el capricho porque no imaginaba obrar mal en lo que hiciera.

Así fue que un tanto pensativo y un mucho tembloroso permaneció callado sin dar contestacion á las últimas palabras del caballero.

Este, en quien la paciencia no imperaba mucho, cansóse de silencio tan prolongado y dijo:

—Vamos, ¿qué haceis? ¡Voto á mi nombre! ¿Os quedasteis mudo?

—Pero ¿qué deseais? preguntó Esteban.

—¡Pésia mí! Don bellaco, ¿ahora me salis con esas? ¿No oisteis? Quiero que uno de los dos no salga del jardin.

—Mas...

—Ménos palabras.

—¿Por qué teneis esa manía?

Un formidable juramento, mejor para imaginado que para trazado en el papel, fue la contestacion de Siscar.

El griego no pudo ménos de retroceder un paso.

—¡Quieto ahí! gritóle el catalan con fuerte acento.

Esteban no se atrevió á moverse.

—Quiero mataros ó que vos me mateis.

—No acierto á comprender vuestro deseo. ¿Os he faltado acaso? preguntó el patricio con turbada voz.

—Escuchasteis lo que no debiais y hay secretos que cuestan la vida á quien los descubre.

—¿Por qué?

—Dejémonos de palabras, vuelvo á repetiros: sorprendisteis un secreto y tratabais de asesinar á un compañero mio; por cualquiera de esas dos infamias mereciais la muerte; ya veis si tengo razon.

—Fue casualidad encontrarme en el jardin. ¿No estabais vos tambien?

—Y ¿quieres compararte á mí? ¡Villano!... Empuña el acero y cuida de no agotar mi paciencia, que si se agota te cruzo el rostro con mi espada para obligarte á que desnudes la tuya.

V.

Este insulto colmó de ira al patricio. Era amigo de Miguel y en consecuencia enemigo de los catalanes, aunque su enemistad servia solamente para intrigar, mas no para combatir.

Puesto en la alternativa en que los acontecimientos le colocaban, acrecentábasele el ódio á la vez que el temor por encontrarse frente á frente con tan resuelto enemigo.

—¿No oisteis? ¡Pese á mi nombre! Si lo que teneis de bajo y miserable poseyerais de valiente, tiempo há que habríamos terminado.

—¡Caballero!...

—Os cogí y os traje á este sitio para mataros; tenedlo entendido. Como no me fio de palabras, pues sois artero y falso como vuestros compatriotas, ni quiero me deis satisfaccion alguna, ni que tampoco os comprometais á callar lo que divulgariais apénas os alejarais de mí.

—Me insultais y...

—Há tiempo que debierais comprenderlo; quiero mataros, repuso Siscar, pero en buena ley; mereciais otra muerte, mas quiero dárosla como la reciben los caballeros.

Las palabras pronunciadas por el guerrero catalan, como fácilmente se comprende, no eran á propósito para tranquilizar al patricio.

Siscar, que principiaba á impacientarse, indignado por la cobardía de aquel hombre y decidido á todo, le dijo acercándosele:

—Por última vez ¿quereis batiros?

—Mas...

—Os obligaré á hacerlo.

Y con el plano de su tizona cruzó el rostro del griego, quien dando un rugido de cólera al verse ultrajado así tiró de la espada lanzándose sobre Guillen.

VI.

Durante algun tiempo no se escuchó en el jardin otro rumor que el de los dos aceros que se buscaban y enlazaban, separándose despues de rasgarse las ropas y aun algunas veces las carnes.

A no tener tanto miedo, el griego pudiera ser uno de los mejores caballeros de su pais.

Tenía buena apostura y era diestro en las armas.

Mas su cobardía era extremada y fue necesaria toda la magnitud del ultraje para conseguir que el patricio saliera de su apatía habitual.

Siscar comprendió que tenía un adversario digno.

Su espada encontraba constantemente la del patricio sin poderse ir á fondo nunca porque siempre se hallaba atajado por aquel obstáculo.

Diez minutos trascurrieron desde que los aceros se enlazaron por primera vez y ambos principiaban á fatigarse. El catalan determinó concluir, y su idea se realizó por fin.

Recurriendo á un ardid pudo sorprender á su enemigo, y un gemido de agonía se exhaló de los labios de Esteban que abriendo los brazos cayó al suelo herido de muerte.

Siscar limpió tranquilamente su espada y murmuró con esa fria indiferencia propia del hombre acostumbrado á jugar su vida cien veces en los campos de batalla:

—No volverá á escuchar otra conversacion. En todo caso bueno será avisar á Fernando para que en lo sucesivo sea más cauto.

Y contemplando por última vez el inanimado cuerpo de Esteban abandonó el jardin precipitadamente.

VII.

Casi al mismo tiempo que tenian lugar estos sucesos, en el interior del palacio se representaba otra escena.

Karïna encontró medio para aproximarse á Roger y decirle en voz baja y concentrada:

—Necesito hablaros.

—Es imposible, señora, la contestó el caballero.

—Es preciso. Va en ello vuestra vida. ¿Comprendeis, Roger?

Y vibraba de tal manera el acento de la griega que el guerrero imaginóse que algo extraordinario sucedia; mas como su esposa tambien se encontraba allí, no se atrevia á consentir por temor de que se apercibiera de ello sospechando un amor que no existia.

Y como es de presumir deseaba saber lo que Karïna tenia que noticiarle no tanto por él, cuanto por sus soldados.

No se hablaron desde la noche en que la jóven creyó tenerle seguro en la hostería de maese Petrus.

Por otra parte, temia Roger no fuese aquello una nueva estratagema de que tratase de valerse la jóven; pero en fin, aguijoneado por la curiosidad y escarmentado y prevenido por lo que en otra ocasion le ocurriera, decidióse por escuchar sus revelaciones, aunque adoptando las precauciones necesarias.

—Bien, señora. ¿Dónde quereis que hablemos?

—Donde nadie nos vea; quizá me espien y no quiero que desconfien, pues entónces nada sabria.

—Vamos á los jardines.

Y Karïna y Roger descendieron á los mismos jardines donde encontráronse momentos ántes Fernando y Catalina.

Una vez allí y seguros de que nadie podia escucharlos, dijo Roger:

—¿Qué ibais á decirme, señora?

—Antes de todo, exclamó la jóven con apasionado acento, deseo pedirte un favor.

—Hablad.

—No me mires con tal severidad, ni me hables con ese acento tan frio que me hiela el corazon. ¿No recuerdas las frases que en otro tiempo pronunciabas?

—¿Me llamasteis para esto? preguntó Roger con indiferencia.

—¿Quieres separarte de mí?

—Si cuanto habeis de comunicarme está reducido á eso, inútil es que hablemos.

—No, no te alejes. ¡Hacia tanto tiempo que no te veia á mi lado!...

—Vos tuvisteis la culpa.

—No fui yo, Roger, sino tú quien me excitaste con tus desdenes y tu desamor.

—Olvidemos el pasado y decidme cuál fue el objeto de vuestra llamada.

—Puesto que nada quieres concederme, seré más generosa que tú; te he llamado para avisarte del riesgo que te amenaza; peligra tu existencia. Trata de reunir para mañana á todos tus caballeros, pues en el torneo quizá seais atacados por enemigos muy numerosos.

—¡Cómo! ¿Qué quereis decir?

—Si ven á los tuyos dispuestos vacilarán en su intento. De otra manera, no quiero pensar lo que podria suceder.

—Alguna traicion de Miguel.

—A nadie nombro, respondió Karïna. No puedo decirte más sino que á pesar de mi odio no puedo consentir que mueras; no puedo, porque te amo y...

—Siempre hablando de lo mismo.

—Ya sé que te canso, repuso la griega con una entonacion indefinible; y sin embargo, tú ves deseo salvarte.

—Mucho te agradezco ese interes.

—Unicamente por tí he descendido á un terreno en el cual se pierde la opinion, la fama, cuanto sagrado puede tener una mujer. Pero tú no haces caso. ¿Qué te importa mi desgracia si eres dichoso con otra que no es digna de tu cariño?

—¡Karïna! ten presente de quien hablas y á quien lo haces.

—No retracto mis palabras, replicó Karïna; la mujer que ha amado á Miguel Paleólogo ántes de amarte no es digna de tu amor. Tú debes ser único y exclusivo; corazon que te ame no debe experimentar otro amor, tú debes ser su principio y su fin. Amores como el tuyo llenan una existencia y merecen un alma pura que en tí viva y contigo muera.

—¡Calla! murmuró Roger que acababa de sentir en su corazon una punzada horrible.

En direccion opuesta á la que ellos llevaban, aparecieron dos personas que necesariamente debian toparse.

—Silencio, murmuró la griega; por allí viene gente y pudieran conocernos.

—Ocultémonos aquí.

Y retrocedieron algunos pasos recatándose entre un bosque de rosales que festoneaba la calle del jardin.

VIII.

Temerosos de que los pudieran escuchar estuvieron callados.

La vista de Roger se fijaba á traves de las hojas de los rosales en el camino que recorrieran con una persistencia extraordinaria.

Si hubiera podido observar la mirada que irradiaron los ojos de Karïna habríase estremecido involuntariamente.

Retratábase en su mirada una alegría satánica imposible de describir.

De pronto aquella mirada fue adquiriendo mayor lucidez.

Las dos personas que hicieron ocultar á Roger y Karïna íbanse aproximando gradualmente.

Roger percibió algunas palabras de las que se cambiaban entre aquellos personajes y se inmutó.

Conforme se acercaban, á la pálida luz de la luna pudo distinguir sus facciones, y entónces, exhalando un rugido de cólera incapaz apartó con fuerza el ramaje y precipitóse en medio del camino. Las personas que tanta impresion le causaran eran su esposa y el príncipe Miguel.

CAPÍTULO LX.

Variaciones sobre el mismo tema.

I.

Letal, sombrío y amenazador presentóse Roger delante de María miéntras Karïna fijaba á traves del follaje una mirada resplandeciente de cruel alegría en el grupo que formaban los tres personajes.

La griega se encontraba tan abstraida en aquella contemplacion que no pudo percibir el leve rumor de unos pasos que se aproximaban, saliendo únicamente de su éxtasis cuando sintióse cogida por un brazo. Alzó entónces sus ojos, y al reconocer á Paolo no pudo ahogar una ligera exclamacion de sorpresa.

Pálido y contraido el semblante del italiano, sus manos temblaban y abrasaba su aliento.

Posando en Karïna una mirada colérica y brillante dijo con trémula voz:

—Todo lo he oido.

Al verle la jóven sintióse poseida de terror, estremecióse al contacto de aquellos dedos abrasadores y durante un brevísimo espacio desapareció su sangre fria habitual.

Mas el abatimiento no hallaba cabida en su corazon altivo y arrojado. Dominóse con prontitud y con acento desdeñoso preguntó:

—¿Qué quiere decir esto?

—Señora, habeis puesto el puñal en mi mano y ¡guay de vos el dia en que lo recuerde!

Karïna sintió circular un frio terrible por sus venas.

—No te comprendo, ni disculpo jamas la locura en los que me sirven.

—Es que no os sirvo ya.

—¡Paolo!...

—He dejado de amaros, Karïna.

II.

Estas palabras pronunciadas con breve y resuelta voz causaron á la jóven una impresion inexplicable.

Lo que ménos podia imaginarse era que Paolo llegara á dejar de amarla.

Era una pérdida de que no podria reponerse con tanta facilidad. El italiano no esperó la contestacion de Karïna. Concluidas de pronunciar aquellas palabras con la mano puesta en el mango del puñal separóse de la jóven, desapareciendo por entre las revueltas calles del jardin.

La distraida atencion de Karïna por el incidente anterior volvió á fijarse en Roger y María.

Aquella escena fue preparada por ella de un modo que honraba á su habilidad. Habló con Miguel y excitando su venganza significóle la profunda herida que causaria á Roger encontrar á su esposa sola con el hombre que en otro tiempo la amara.

III.

Vaciló durante algunas horas el hijo de Andrónico; pero la griega dióse tal maña y supo pronunciar frases tan oportunas para excitar su cólera, su venganza y sus celos, que cedió por fin.

Aprovechóse de un momento en que pudo sin ser notado dirigirse á María, y en voz baja, mirando con recelo á todas partes, la dijo:

—Prima, tengo que hablar contigo.

—Hazlo delante de mi esposo.

—No puede ser.

—La esposa debe escuchar cuanto la digan en presencia del hombre á quien está unida.

—Te advierto que de nuestra conversacion depende la vida de Roger, repuso Miguel.

—¿De mi esposo? ¿qué quieres decir? Habla, exclamó la jóven que en la intensidad de su cariño no pudo comprender el lazo que se la tendia.

—Cuando concluya el banquete te espero en el jardin, junto á la estatua de Diana.

—Mas...

—Vuelvo á repetir la necesidad que existe en que ignore todo el mundo nuestra entrevista. Tal vez se nos observe y únicamente allí estarémos seguros.

—Pero ¿es cierto que corre peligro la vida de Roger?

—Sí; quiero probarte mi cariño impidiendo que tus ojos derramen lágrimas.

—Está bien, iré.

Y María trémula, agitada, sin atreverse á levantar los ojos para ver á su esposo, temblorosa de emocion por las palabras de su primo, y temiendo venderse por ella deseó con impaciencia que trascurriese el tiempo que marcara el príncipe.

IV.

Parecíale á su impaciencia que la comida era interminable, estando á punto de exhalar una exclamacion de alegría, cuando Miguel, levantándose de su asiento, desapareció tras de las puertas que daban al jardin. Momentos despues la esposa de Roger, presa de febril agitacion, mirando con inquietud á todos lados, dirigíase hácia la plazoleta en medio de la cual alzábase sobre un pedestal de pórfido la Diana de Fidias.

Reclinado al pié de ella esperaba Miguel. Cuando se aproximó María, sus primeras frases fueron:

—Háblame con franqueza, Miguel. ¿Qué ocurre? ¿Qué peligro amenaza á mi esposo?

—Le sálvaré. ¿Qué no haria por evitar que tus lindos ojos derramasen una lágrima?

—¡Oh!... Sí, sí, sálvale, si es verdadero el cariño de que tanto blasonas.

—¿Que si es verdadero? No lo dudes.

—Habla, habla, Miguel. ¿Qué hay? Dímelo todo, quiero saberlo.

—Paseemos si te place y podrémos hablar con más libertad.

—Salva á Roger.

—Mira, prima, exclamó Miguel olvidándose de todo para no pensar mas que en la mujer que tenía á su lado. Te adoro de una manera insensata, mayormente desde que perteneces á otro.

—No se trata de eso; no quiero escuchar esas palabras; quiero que me digas el peligro que amenaza á Roger. Necesito saberlo porque quiero salvarle.

Miguel entónces le ofreció el brazo diciéndola:

—Quisiera que te convencieses de mi amor, prima; vivo en tus miradas y no puedo querer al hombre que me arrebata mi felicidad.

—Me parece que no vine aquí para escuchar esas palabras, dijo María con severidad.

—¿Qué otras puedo decirte? Junto á tí no sé emplear otro lenguaje, cada dia que pasa siento aumentarse mi amor, y ¡si vieras, prima, qué horrible es contemplar á la mujer querida en brazos de otro amor!

—Pero ¿y mi esposo?

—¡María!...

—Dijiste que ibas á hablarme de él, por eso accedí á escucharte; habla, Miguel. Me figuro que ántes de hacer el servicio exiges la recompensa.

—¡Si vieras mi corazon!

—¿Qué peligro amenaza á mi esposo?... Hace una hora que te lo pregunto y todavía espero la contestacion. Sin el peligro de que me has hablado no hubiera descendido á semejante extremo. Cuéntame la verdad, porque la duda me mata.

—¿Tanto le quieres?...

—Más que á mi vida, contestó María con exaltacion.

V.

Una sonrisa indefinible cruzó por los labios de Miguel. Contrajéronse sus facciones y murmuró:

—¡Qué amor!

María pudo percibir estas palabras y dijo:

—Sí, un amor como nunca comprenderás; un amor que me haria perder la vida por salvar á mi esposo; un amor que jamas desaparecerá de mi pecho porque únicamente con la existencia pudiera perderlo.

—No hables así, María.

—Digo lo que siento. Ahora quiero que tú tambien hagas lo mismo.

—Pero...

—¿De qué modo está amenazada la existencia de Roger? Por última vez, dímelo, ó si no creeré que te ha sido un pretexto para conducirme aquí.

—Y ¿sabes si es digno tu esposo del cariño que le profesas?

—¿Qué me importa eso para quererle? Dime si algo has de comunicarme y sino terminarémos esta entrevista.

—Pues bien, hablaré y juzgarás si te amo.

Trascurrieron algunos momentos de silencio. Durante ellos se fuéron internando por la calle de árboles que conducia al sitio en que estaban Karïna y Roger.

—Espero tus palabras llena de ansiedad, dijo María viendo que nada la decia su primo.

—Existe una conspiracion para atentar á la vida de tu esposo, contestó el príncipe.

—¿Qué dices?

—Está para estallar de un momento á otro.

—Y ¿qué haces tú? Si la conoces, si sabes quiénes son los que la han fraguado ¿en qué piensas que no tratas de desbaratar sus proyectos?

—No puedo hacerlo.

—¿Cómo?

—Soy uno de los conspiradores.

A estas palabras irguióse con altivez la esposa del césar y despidiéndose de su primo, le dijo:

—Es inútil que hablemos. El conspirador que hace traicion á sus compañeros es un miserable.

—Pero ¡yo te amo!

—Semejante amor infama.

—Escucha, María: aborrezco á los catalanes, es cierto; pero jamas hubiera conspirado contra ellos á no saber que se trataba de la vida de tu esposo. Entónces tomé parte en el complot porque anhelaba saberlo todo para avisarte, pues de otro modo hubiese sido imposible. ¿Me crees culpable ahora?

—Sí.

—En ese caso seré culpable por tu amor.

VI.

La sobrina de Andrónico se reunió con Miguel, quien oprimiéndola dulcemente brazo, continuó:

—Soy culpable, hice traicion á mis amigos sólo por tí; una desgracia ocurrida á tu esposo haria brotar en tus ojos una lágrima de dolor que martirizaria cruelmente mi corazon, y no puedo consentir que padezcas estando en mi mano remediarlo.

—Pero ¿qué he de hacer?

—Obligar á tu esposo á que reuna todos sus amigos; tal vez mañana se aprovecharán del torneo y...

—Segun eso ¿mañana es el dia?

—No lo aseguro, pero podria suceder.

—¡Mi esposo en peligro!... ¡Oh!... corramos á encontrarle.

Y María, presa de una agitacion febril, precipitó su marcha, miéntras Miguel la contemplaba iluminándose su semblante con una alegría satánica y cruel.

—¿Adónde vas? preguntó.

—A buscar á Roger, á prevenirle, á escudarle con mi cuerpo si es preciso.

El príncipe consiguió su objeto. María, apoyándose con cierto abandono en su brazo, se adelantaba rápidamente hácia el lugar donde se encontraba el césar.

VII.

Ya vímos en el capítulo anterior la sorpresa que le causó la presencia de su esposa, y cómo separando el ramaje con furia apareció ante ella.

Roger, mudo, sombrío y amenazador como el ángel de la venganza, quedó inmóvil delante de los dos primos.

Al verle María adivinó instintivamente su pensamiento, y turbada, llena de confusion no acertaba á proferir una palabra.

—Señora, ¿es así, preguntó el césar severamente, cómo sabeis guardar la honra que os he confiado?

—¡Era por tí, Roger, era por tí! gritó María con voz sofocada por la emocion.

—¿Qué quereis decir? ¿Por mí bajais á los jardines apoyándoos en el brazo de vuestro primo?

—¿Supondrias?...

—Juzgasteis mal, dijo el príncipe que hasta entónces permaneciera en silencio. Permitid á vuestra esposa que hable y os convenceréis.

—Nada os preguntaba, señor, repuso el caballero con altivez.

—Debia contestaros.

—Soltad ese brazo que no os pertenece y no os entrometais en negocios exclusivamente mios.

—¡Roger!...

—¿No oisteis? prosiguió el césar separando con violencia á María del príncipe. ¡Por mi nombre! que no acierto á comprender qué os imaginais de mí.

—Reportáos.

—Cuando habla la honra, es duro su lenguaje.

—¿En qué os ha ofendido vuestra esposa viniendo conmigo?

—¿En qué?... Callad, príncipe; no pregunteis á mi cólera, que su respuesta pudiera desagradaros.

—¡César!...

—Príncipe, aunque esa dignidad nos iguala, ántes que césar soy caballero. ¿Lo entendeis?

—¡Roger, Roger! exclamó María sollozando, me hablaron de tí, me dijeron que tu vida corria peligro, que moririas tal vez, y...

—¡La misma farsa que á mi!... murmuró el césar con amargura. Pero trasformándose inmediatamente añadió lleno de cólera: ¿Sois vosotros los guardadores de la fe jurada? ¿Sois los que blasonais de leales y caballeros? El último de mis soldados no se atreviera á mentir tan descaradamente para mancillar la honra de su amigo.

—Tened presente que hablais al hijo de Andrónico.

—Para las afrentas no existen jerarquías y si no mirara lo que debo á vuestro padre, mi espada os hubiera demostrado la distancia que existe de un villano á un caballero. ¿Creeis que, si no pensara en ese noble anciano á quien deshonrais con vuestras bajezas, no habria tomado cien veces la satisfaccion de vuestros insultos?... Alejáos, apartáos de mi camino, porque tan lleno está el vaso de mi paciencia que temo se desborde á mi pesar.

—¡Roger!

—Id, príncipe, id; reunid á vuestros parciales, preparadlo todo para mañana, acometednos con vuestras fuerzas, que os juro por mi santo patron desbarataros como hice con los turcos. Roger de Flor no necesita avisos para vencer á sus enemigos. Quien obra como vos es doblemente traidor y miserable.

—Vuestro orgullo os conducirá al abismo, contestó Miguel con acento que respiraba un odio mortal. Entre los dos existe una guerra sin tregua, y guardáos de caer en mis manos porque seré inexorable.

—No os temo.

VIII.

Las mejillas de Miguel enrojeciéronse al despreciativo acento con que el césar pronunciara las anteriores palabras. No era cobarde y su mano bajó hasta la empuñadura de su espada al par que sus ojos resplandecian con el fuego de la cólera. Mas conteniéndose por medio de un poderoso esfuerzo respondió:

—No desdeñeis tanto á quien os puede vencer.

—Vencido, espirando bajo los golpes que á traicion me dirijais, pues sé que frente á frente no lo haréis jamas, continuaré despreciándoos, y mi acento en las postreras convulsiones de la agonía os arrojará al rostro vuestra infamia.

—Roger, ¿qué hablas de morir? exclamó María precipitándose en los brazos de su esposo.

—Aparta, dijo el césar rechazándola con aspereza.

—¿Qué dices?... Habla, Miguel, exclamó María dirigiéndose á su primo: dile la verdad; explícale la razon que tuve para venir.

—Demasiado ultraje me ha hecho ya, para que me exponga á recibir otro nuevo.

Y el príncipe, despues de pronunciadas estas palabras, separóse de ambos esposos con aire de dignidad ofendida y altivez digna de mejor causa.

Durante un breve espacio María y el césar permanecieron silenciosos.

Por fin ofreció Roger su mano á María, y sin amenguar en nada la severidad de su acento, la dijo:

—Cuando gusteis, señora.

La esposa no contestó y pálida y abatida siguió á Roger.

Salieron de la morada imperial y llegaron al palacio de Blanquernas.

Una vez allí, cuando María penetró en sus habitaciones y se vió sola con Roger, dejóse caer ante sus plantas gritándole con un acento imposible de describir:

—¡Roger, por el hijo que llevo en mi seno te juro que soy inocente!

Se escapan acentos de la garganta humana que no se fingen jamas.

La madre que invoca á su hijo no miente; Roger lo comprendió así, y su corazon se dilató al escuchar aquellas palabras.

Entónces principiaron las explicaciones y, como es consiguiente, se descubrió todo, pudiendo Roger analizar claramente cuanto habia en aquel asunto, avergonzándose de lo injustificado de sus sospechas.

Karïna fue para él la única persona culpable.

Sin embargo, como ignoraba que María fuera en otro tiempo la prometida del príncipe Miguel, al saber por ellâ misma que era verdad, no pudo ménos de sentir una ligera impresion de despecho que trató de ahogar en el fondo de su corazon.

CAPÍTULO LXI.

Amante y asesino.

I.

Destrozado el corazon, pálido el semblante, contraido el labio y temblorosos los miembros, abandonó Paolo los jardines del palacio, vagando de una parte á otra como un insensato y recorriendo en todas direcciones la inmensa plaza del Augusteo, donde recordarémos que se hallaba la regia mansion de los emperadores bizantinos.

Ora precipitados, ora tardos y perezosos, sus pasos demostraban palpablemente la perturbacion de su espíritu. Gesticulaba como un insensato, murmurando frases incoherentes, deteniéndose alguna que otra vez para fijar sus miradas amenazadoras en el alcázar.

—¡Oh!... es necesario matar, murmuraba el jóven. ¡Engañarme así!... El hombre que me arrebata mi ventura debe morir y morirá. ¡Qué hermosa estaba!... Tengo un infierno en mi corazon, un velo de sangre oscurece mi vista y... He sido su juguete. ¡Maldito sea mi amor!... Y Roger no la quiere, pero ella... ¡Oh!... ella le adora. No tiene duda, es preciso que yo satisfaga esta sed de sangre que me consume.

Y la incoherencia que existia en las ideas de Paolo se advertia en todos sus movimientos. El sudor bañaba su frente y su diestra estrechaba convulsivamente la hoja de su cincelado puñal milanes.

De pronto se escuchó un ligero rumor en las puertas del palacio. Una litera apareció en él y una porcion de caballeros la escoltaban.

Dentro de ella iba María, y el césar acompañado de varios guerreros caminaba á su derecha.

—Ahí viene, murmuró Paolo, ahí viene el hombre que me arrebata la ventura; ¡si mi puñal pudiera abrirse paso hasta su corazon! Pero no, ten calma, Paolo, continuó el italiano retirándose á una de las esquinas de la plaza, pasándose ambas manos por la frente; ten calma y no comprometas el éxito de tu plan. Antes de llegar á Roger serias desarmado, y tú debes matarle.

Cuando la comitiva atravesó la plaza, el jóven fué siguiéndola cautelosamente hasta que llegó al palacio de Blanquernas. Llegados allí, se separaron los oficiales, y Paolo, escondido detras de una puerta, pudo ver cuando Roger y María desaparecieron bajo el arco que servia de entrada á su mansion.

Largo tiempo permaneció allí.

El mismo temblor, la misma agitacion que experimentaba al salir de palacio hacíanle estremecerse aun, brotando de sus labios frases tan incoherentes como las que escuchamos anteriormente.

II.

Roger, segun dijímos en el capítulo que antecede, encontró en el acento de la madre esa verdad que rehabilitaba á sus ojos la falta que creyera en la mujer.

Toda la culpa recaia sobre Karïna y Miguel estando conformes ambos esposos en la idea que se llevaron para destruir la felicidad que disfrutaban. Sin embargo, era necesario no olvidarse de las palabras que pronunciaron respecto á la proximidad de un peligro inminente para el césar, y María con especialidad no cesaba de ocuparse de ellas.

Su esposo la prometió hacer que todos sus caballeros estuvieran dispuestos para el siguiente dia, suponiendo con algun fundamento que el príncipe, lleno de furor por los insultos que escuchara, quizá se atreviese á cometer una felonía aprovechándose del descuido en que debian estar los catalanes entretenidos en los preparativos del dia inmediato.

Cuando más embebidos encontrábanse en su conversacion, un paje presentóse en la puerta del aposento demandando licencia para pasar. Otorgósela el césar, y le dijo apénas estuvo en su presencia:

—Noble señor, un hombre demanda vuestra venia para hablaros.

—¡A estas horas!... exclamó Roger sorprendido. ¿Quién podrá ser?

—No le recibas, dijo María.

—Lo ha solicitado con mucha insistencia diciendo que le urge hablaros.

—Dile que vuelva mañana.

—No, María: ¿quién sabe si traerá alguna noticia que pueda convenirme?

—Como quieras.

—Hazle pasar á mi cámara.

Salió el paje y momentos despues el césar abandonaba la cámara de su esposa para dirigirse á la en que esperaba quien con tanta urgencia deseaba verle.

Roger no conocia á Paolo, y por lo tanto al encontrarlo en sus habitaciones nada pudo sospechar.

El instrumento de Karïna, pues solamente esta calificacion podemos darle, al ver ante sí la noble figura del guerrero, tiñéronse sus mejillas de un ligero matiz de púrpura.

—Me han dicho que deseabais verme con premura. ¿No es así? preguntó el esposo de María fijando su escrutadora vista en el semblante del jóven.

—Es verdad, repuso Paolo con breve acento.

—Pues bien, ya podeis hablar. Sentáos, que estoy dispuesto á escucharos.

III.

Al pronunciar estas palabras el césar volvióse un poco para coger un sillon y sentarse, pero Paolo, que observaba todos sus movimientos, sacando el puñal se arrojó precipitadamente sobre él clavándosele en el costado al par que decia con voz ronca:

—Esto es lo que quiero. Muere.

Pero Roger no estaba desprevenido. Frente á él habia una gran luna de acero bruñido y en ella se reflejó la accion de Paolo, así fue que ántes que este dejara caer su brazo, la mano del caballero oprimiéndoselo con fuerza obligóle á soltar el arma y á caer de rodillas en el suelo.

Breves instantes de solemne silencio reinaron en la estancia.

El césar contemplaba con insistencia al jóven y cien sensaciones distintas se reflejaban en su rostro, miéntras que Paolo, confuso, avergonzado y lleno de furioso despecho á la vez no se atrevia á levantar la vista.

Por fin exclamó Roger:

—¡Pésia mi nombre!... Si los griegos tratan de deshacerse de mí por medio de la alevosía y de la infamia, que manden otros asesinos mejores que tú; ve, cuéntales lo que te acaba de suceder, y díles de mi parte que para atravesar el pecho de un caballero la traicion no tiene puñales. ¡Cobardes!... prosiguió Roger exaltándose. ¡No se atreven á luchar cara á cara como luchan los valientes! Id, alejáos de mi presencia ántes de que arroje vuestro cuerpo á mis almogávares para que hagan de vuestra piel correas para sus abarcas.

Estas palabras hicieron volver en sí á Paolo. La fiebre que le impulsara á cometer aquel atentado desapareció y una vergüenza manifiesta anudaba las frases en su garganta.

Fijó sus ojos en Roger y al cabo de algunos segundos le dijo:

—No soy griego.

Miróle profundamente el césar diciéndole:

—Si no sois griego, mayor bajeza es la de venderos á ellos para cometer un asesinato.

—No me he vendido, señor.

—Entónces...

—¡Perdonadme, estaba loco!

Estas palabras excitaron alguna curiosidad en el césar. El acento con que fueron pronunciadas vibró de tal modo que no dejaba lugar á duda. Así fue que cogiéndole del brazo obligóle á levantarse diciendo:

—Explicáos, porque vuestra accion y las palabras que acabais de pronunciar son un problema que no acierto á resolver.

—Me habeis juzgado como un asesino mercenario y no lo soy. He venido á cometer un crímen porque sólo vuestra sangre podia calmar mi afan.

—¡Miserable!... gritó Roger dando un paso hácia el jóven.

—Teneis razon, repuso este; lo soy cuando no he sabido arrancarme el corazon ántes de dar semejante paso.

—Hablad, dijo el césar conteniéndose; decidme en qué os he ofendido y si en ello hay algo que os excuse yo seré el primero en confesarlo.

—No existe excusa, contestó Paolo amargamente; como ántes os dije, estaba loco.

—Explicáos.

—Es la primera vez en mi vida que mi mano ha dejado la espada para tomar el puñal, y os juro, señor, que quisiera verla cortada ántes de que sucediera. No soy caballero, fui soldado en Italia y nunca podia sospechar que llegase este momento.

—Pero bien, decidme qué causa tuvisteis para ello. ¿Os he ofendido yo?... ¿Os hice daño en vuestra honra ó en vuestra hacienda? ¿Quisisteis vengar en mí la afrenta hecha por alguno de mis soldados?... Hablad, ó ¡vive Cristo! que voy á creer no solamente que estais loco, sino que tratais de volverme á mí tambien.

—Dejadme, señor, que mi razon vuelva á su estado normal; no puedo coordinar una idea. Pensad que mucho debia sufrir para llegar á tal extremo.

—Calmáos, jóven, calmáos y habladme con franqueza.

IV.

Toda la cólera de Roger desapareció por completo. Se advertia en el rostro de Paolo tal vergüenza y confusion, que no daba lugar á duda respecto á la verdad de su arrepentimiento.

Bondadoso el acento del césar calmó la tempestad que rugia con desencadenada furia en el pecho del italiano. Recobró la razon y comprendió en toda su enormidad el crímen que trataba de cometer, avergonzándose de su debilidad y no atreviéndose á mirar frente á frente á aquel hombre demasiado generoso para concederle una vida que arrebatarle pudiera en virtud de su derecho.

Despertábase en su corazon el recuerdo de Karïna, y como consecuencia ló-

gica los celos tornaban á punzarle; pero miraba al césar y callaban los celos ante la mirada noble y leal que resplandecia en sus ojos.

Así trascurrió algun tiempo, al cabo del cual dijo el esposo de María:

—Vamos, sed franco y mostradme vuestro corazon. ¿Qué causa ha podido convertir el brazo de un hombre honrado en instrumento de una voluntad criminal?

—Perdonadme, señor, vuelvo á repetiros; yo amaba.

—¡Amabais!... No os entiendo.

—Amaba con delirio; es más, amo todavía á una mujer, cuyo rostro es de ángel, pero que tiene el corazon de demonio; esa mujer es la causa de todo.

—¿Se llama Karïna esa mujer? preguntó el césar cuyo espíritu fue iluminado por una idea súbita.

—Lo acertasteis. Solamente ella pudiera hacer semejante cosa.

—Teneis razon, contestó Roger con cierta amargura: no contenta con arrojarme enemigos y atravesar obstáculos en mi camino, ha tratado de deshacerse de mí por ese medio. ¡Oh!... es una mujer que posee la astuta y traidora lengua de la serpiente y la maléfica fascinacion del basilisco.

—No ha sido ella quien me ha impulsado á dar este paso, dijo con noble franqueza el italiano.

—Pues no os comprendo.

—Escuchadme, señor; yo vivia feliz y dichoso en Italia sirviendo á las órdenes de don Blasco de Alagon, y confiaba que mis hazañas obtuvieran el premio que mi nacimiento no me concediera. Nací villano y ansiaba ser caballero. Un dia una mujer se acercó á mí preguntándome por vos.

—¿Por mí?

—Sí, señor. Aquella mujer era Karïna; os buscaba y me pidió noticias vuestras. Miróme de ese modo cuyo secreto posee solamente ella, y ¡os juro por mi nombre! que sin vacilar jamas ante el enemigo me sentí turbado en su presencia.

—Lo creo. Proseguid, proseguid.

—Volví á verla y creció mi turbacion. Hablóme con su voz argentina y llena de armoniosas inflexiones y yo no acertaba á contestarla. Repitiéronse nuestras entrevistas y un dia caí de rodillas ante ella pidiéndola una explicacion de lo que pasaba en mi pecho y no acertaba á definir.

—¡Pobre de vos!... exclamó Roger. Conozco demasiado á Karïna y sé que emplearia toda su seduccion para sujetaros á su albedrío.

—Es verdad. No confesó que me amaba, pero derramó en mi alma la esperanza, y esa mágica palabra hízome abandonar el ejército y seguirla como el esclavo á su dueño, temblando siempre que una nube de disgusto apareciera en su semblante porque mi pobre corazon padeceria sus consecuencias. No podeis imaginaros, señor, lo que he sufrido en tanto tiempo. La amaba con delirio, no vivia mas que para ella, su menor palabra era órden para mí, y cuando me dirigia

una mirada de cariño, cuando pronunciaba una frase tierna, era siempre para obligarme á cometer una bajeza. ¡Necio de mí!... Y ¡la amaba como un loco y la obedecia como un niño!

—¡Digno sois de compasion!

—No lo sabeis todavía.

—¡Oh! sí; la conozco demasiado y sé de cuanto es capaz.

—Me hablaba siempre de su venganza; para ella sois vos el hombre á quien jamas perdonará y cuantos pesares habeis tenido hasta hoy son obra suya.

—Lo sé. Esa mujer es la única capaz de destruir todo el porvenir de gloria que vislumbraba en lontananza. Sacrificar una existencia al honor y á la gloria, regar con mi sangre los campos de batalla, salir del oscuro círculo en que se revuelven la mayor parte de los hombres, todo imposible, todo inútil. He abandonado la Italia, continuó Roger dejándose arrastrar por su pensamiento y olvidándose de quien le escuchaba; he dejado la Italia sintiendo hervir en mi cerebro una idea grande, inmensa; llegué á este país y encontré cien elementos preparados para su realizacion; tenía ambicion, sí, pero ambicion noble, desinteresada; proscripto casi de un pueblo cuyas glorias regara mi sangre necesitaba decirle un dia á Federico: ¡Toma! ¡ahí tienes cómo paga el vasallo el abandono del monarca! Pero todo es inútil; esa mujer se ha cruzado en mi camino y como ha dicho muy bien, sucumbiré sin gloria, mi nombre será relegado al olvido, y de esta famosa expedicion catalana, de este laurel con que yo pensaba embellecer la historia de mi pueblo, no quedará nada, nada mas que algunas estériles victorias y una página de sangre en el libro de una nacion. ¡Oh!... y una débil mujer ha de ser más fuerte que yo? ¿Será posible que ni mi valor, ni mi energía, ni mi genio puedan contrarestar ese misterioso poder?... Sí; yo la venceré, lucharé con ella y mostraré al mundo cuanto puede un hombre.

V.

Con religioso silencio y sin respirar apénas escuchó Paolo el extenso monólogo de Roger. Contemplábale tristemente y su rostro demostraba bien claro que no participaba de las esperanzas que dejara traslucir el césar en sus últimas palabras.

Cuando terminó, ocultó la frente entre las manos, y únicamente un movimiento de Paolo pudo sacarle de su abstraccion.

Alzó la cabeza y fijando sus miradas en el italiano le dijo:

—Me olvidé que estabais presente; las palabras que pronunciasteis me recordaron cosas que me afectan y... Podeis continuar, os escucho.

—¿Qué puedo deciros más? Uní mi suerte á la de Karïna y llegué á Grecia al par que vos. Entónces principió una serie de intrigas de las que yo era dócil instrumento, y cuando la hablaba de mi amor me respondia con su venganza y

aplazaba la satisfaccion de aquel hasta la realizacion de esta. Mi corazon se sublevaba contra el papel que en determinados momentos se me hacia representar, pero una palabra tierna, una mirada cariñosa me tornaba débil y obedecia siempre.

—Y ¿decis que no os ha ordenado mi muerte?

—No, señor: es más, creo que no se atreviera á hacerlo por el grande amor que os tiene.

—¡Maldito amor!...

—Es verdad; maldito el que ella siente y el que inspira. Por amaros os hace desgraciado; por amarla ha condenado mi existencia á una desesperacion profunda.

—Contadme cuál ha sido la causa que influyera para la determinacion que pensabais realizar esta noche.

—Oidla, señor.

Entónces Paolo refirió al césar cómo penetró en el jardin siguiendo á Karīna y cómo percibió sus palabras ardiendo de cólera su pecho, y alucinado, ciego, y sin valor para clavar un puñal en el corazon de la mujer infame, decidió asesinar al hombre que ella amaba.

VI.

Roger le escuchó con profunda atencion.

Su mirada, posándose con detencion en el rostro del jóven leia en su corazon y convencíase poco á poco de la verdad de sus palabras.

Paolo le pidió su perdon y el césar era harto noble y generoso para negárselo. Concedióselo y despues le preguntó si queria quedarse á su servicio.

Semejante proposicion hizo asomar el rubor de la vergüenza al rostro del italiano. Faltar á un hombre de la manera que él lo hizo y no solamente perdonarle, sino ofrecerle su amparo y proteccion, era llevar la generosidad á un extremo inconcebible. Aceptó con reconocimiento aquella oferta ofreciendo á Roger que su pecho sería siempre el escudo que encontraria cualquier puñal que contra él se dirigiera en lo sucesivo.

CAPÍTULO LXII.

La paga de Andrónico.

I.

Furiosa y preocupada, agitada por un misterioso presentimiento y silenciosa como nunca, Karïna abandonó el palacio de Andrónico para dirigirse al suyo. Cuanto hiciera respecto á Roger no la produjo el resultado que esperaba. Principió suscitándole enemigos, le habló cien veces de sus amores, excitó sus celos, trató de presentar nubes en el cielo de su matrimonio, pero todo fue inútil: en el corazon de Roger no existia otro cariño que el de su esposa.

La escena del jardin causó á Karïna un efecto extraordinario. Tenía para ella una doble significacion que la asustaba, sin que á ciencia cierta pudiese definir la verdadera razon de su zozobra.

La brusca separacion de Roger, el giro que tomó su conversacion con Miguel y sobre todo las extrañas palabras de Paolo, aquel rompimiento tan inesperado como amenazador la hacian entrever en lontananza un siniestro porvenir para sus planes.

Encerróse precipitadamente en su cámara, y dióse á pensar sobre la situacion en que las circunstancias la colocaran.

Mas no pudo hacerlo mucho tiempo. Uno de sus pajes se presentó, y prévio su anuncio penetraron el príncipe Miguel y George.

El hijo de Andrónico pálido y trémulo de furor dejóse caer en un sillon al par que murmuraba con sordo acento:

—¡Ese hombre debe morir!

II.

Miróle Karïna con asombrados ojos y dijo al cabo de un breve espacio:

—¿Qué os sucede, señor?

—Y ¿me lo preguntas todavía? ¿No escuchaste los nuevos insultos que me infiriera Roger?

—Vos teneis la culpa, señor, y permitidme que os hable así. Os lo vengo repitiendo desde palacio, cualquiera de las palabras que ese miserable os dijo, merecian la muerte.

—Déjame, George, déjame.

—Siento molestaros, pero os quejais sin razon; pudisteis cortar el mal á su tiempo y no lo hicisteis. A encontrarme en vuestro lugar, juro por quien soy que no me sucediera eso.

—¡Siempre me decis lo mismo!

—¿Os ofende acaso?

—No; pero... Y ¿qué has hecho tú, Karïna? preguntó el príncipe dirigiendo repentinamente sus miradas hácia la jóven.

—Ya lo visteis. Llevar á Roger frente á vos.

—Cuando vaya á Andrinópolis, repuso Miguel con acento implacable, si George y los suyos no me faltan, pagará todos sus insultos.

—¿Dudais de mí? exclamó el masageta con un acento indescribible; ponedlo en mis manos y os juro que no escapará; mañana mismo pudiéramos haberlo hecho y no quereis.

—Fuera una imprudencia, replicaron Karïna y el príncipe casi al mismo tiempo.

—¿Qué pudiera suceder? ¡Que para dominar á esos tres mil hombres tuviéramos que echar mano de todas las fuerzas griegas y genovesas que existen en Bizancio y convertir la ciudad en un mar de sangre! Y ¿por qué no? Más valdria así que no esperar de nuevo á que la casualidad nos favorezca.

—Desengañáos, George, más fácil nos ha de ser deshacernos del césar y de su gente en Andrinópolis que no aquí.

—Verémos si cumplis vuestra palabra.

—Ya ves como he conseguido de mi padre que disminuya la ley de la moneda con que se ha de pagar á esa gente.

—Pero ¿lo sabe Roger ya?

—No. Mi padre se ha dejado llevar perfectamente en ese negocio por mis consejos, y al par que el tesoro se ahorra una gran cantidad, provocamos un conflicto entre el pueblo y la hueste catalana.

—Segun eso, ¿Andrónico se ha inclinado nuevamente en nuestro favor?

—Sí, al cabo de muchas vacilaciones.

—De manera que pronto se les dará esa paga.

—Ya la tienen.

—Y ¿sabe algo?

—No, contestó el príncipe.

—¿Opinais que Roger se conforme con esa moneda?

—Lo dudo.

George contempló asombrado al príncipe, pues no comprendia cuál fuera la mira que llevaba. Así fue que le dijo:

—Entónces, ¿por qué lo habeis hecho?

—Porque de esta manera la animosidad será mayor; Roger hablará á mi

padre de esa manera atrevida ó impetuosa que le caracteriza, y demasiado sabeis que el emperador no perdona cierta clase de faltas.

—Ya lo comprendo.

Y continuaron hablando durante algun tiempo, hasta que por fin George y el príncipe se separaron decidiendo esperar á los acontecimientos para obrar con arreglo á ellos.

III.

Entre tanto Roger, despues del atentado de Paolo, salió de su palacio dirigiéndose hácia el de Andrónico.

Al dia siguiente habia de celebrarse el torneo, y al siguiente la córte de amor propuesta por Ramon Muntaner, y el césar queria abandonar á Bizancio para principiar de nuevo las operaciones contra los turcos, temeroso de no perder lo que se adelantara en la campaña anterior.

Andrónico, como Miguel dijo, principiaba á mostrarse desfavorable á la causa de los catalanes.

Sin ser malo, sin abrigar doblez en su corazon tenía un carácter débil que le hacia dejarse conducir por el último que le hablaba.

Durante la estancia de Roger en la Anatolia sus enemigos ganaron mucho terreno en el ánimo del emperador.

Consiguieron, como han visto nuestros lectores, que abandonase sus conquistas de un modo repentino para venir á prestar socorros que cuando llegaron no hacian falta.

Sin embargo, Roger se presentó en Bizancio, habló con Andrónico, lo hizo con ese acento que sólo la lealtad y la verdad conocen, y el emperador le devolvió su afecto.

Mas para que este persistiese, para que Andrónico no volviera á dudar, era preciso que no tuviera á su lado personas como Miguel, George y sus compañeros que á todo trance trataban de perder al césar en el ánimo del emperador.

IV.

Con todas las calumnias que sólo la maldad y la envidia saben inventar, aprovechándose de alguna palabra soltada sin intencion y utilizando todos los recursos que su astucia solamente podia encontrar, los partidarios del príncipe obtuvieron que Andrónico cediera por fin consintiendo en lo que menoscababa su dignidad real, rebajaba su lealtad de caballero y heria de muerte su honra de hombre.

Se les debian á los catalanes algunas pagas de las convenidas y al presentar-

se Roger al emperador, le exigió, como era natural, la cantidad que se les adeudaba.

Andrónico no se opuso á ello. Mandó acuñar una moneda parecida á los ducados venecianos; pero cuyo valor era dos terceras partes ménos que el de aquellos, empeñándose sin embargo en que circulasen por el mismo precio que los otros.

Roger nada sospechó al principio de aquel fraude y pagó á su gente.

Estuvo hablando el césar largamente con Andrónico combinando su nuevo plan de campaña, y cuando se separaron, al regresar Roger á su palacio, observó que le seguian algunos grupos de almogávares. No hizo caso por entónces, mas al poco tiempo de estar en sus habitaciones, los grupos aumentaron á las puertas del edificio, y algunas voces se exhalaron de ellos.

Iba Roger á informarse de lo que aquello significaba, cuando abriéndose las puertas de la estancia penetraron en ella Rocafort, Sancho de Ros, Siscar y otros. Al verlos el césar preguntó:

—¿Sabréis decirme, caballeros, qué tienen mis buenos almogávares que me han seguido con muestras de desagrado y no quieren separarse de mis puertas?

—César, exclamó Rocafort con acento enojado, los almogávares se llaman á engaño y nosotros tambien; ese emperador se ha creido que somos tan canalla como él y los suyos, y juro á Dios que tales demasías van cometiendo, que tentado estoy por reunir mi hueste y entrar á saco el barrio de Pera donde los genoveses acaparan el dinero que nos escatiman.

—Pero ¿qué estais hablando, Rocafort? preguntó Roger cuya sorpresa iba en aumento.

—¡Ira de Dios! Pues ¿no sabeis lo que pasa?

—Si lo supiera no os lo preguntara.

—¿No sabeis que la moneda con que Andrónico ha tratado de pagarnos está mermada en dos terceras partes de su valor?

—¡Cómo!

—Nos han engañado.

Una especie de rugido que subió desde la calle hasta la morada de Roger fué á corroborar las palabras que pronunciara el caballero.

V.

El césar permaneció silencioso durante algunos segundos.

No acertaba á comprender que se le pudiera dar aquella moneda con la mala fe que suponian.

—Con que es decir, ¡que tras de haberle servido nosotros leal y sinceramen-

te, despues de haber derramado nuestra sangre, sin escasearla en los combates vienen á pagarnos con moneda de mala ley!

—Justo, césar, gritó Rocafort. ¡Por mosen sent Jordi! que lo mejor que hacer podemos es reunir la hueste, enristrar las lanzas y caer como un aluvion sobre esas gentes para cobrarnos en buena moneda lo que ellos han intentado pagarnos con tan mala.

—Todavía no.

—¿Qué decis?

—Quiero ver á Andrónico y escuchar de sus labios el relato de su infamia; despues obraré como deba. ¿No os parece, señores?

—Teneis razon, césar, contestó Muntaner. Quizá Andrónico ignore lo que ha sucedido; quizá ese dinero se le haya rebajado su valor por nuestros enemigos con intenciones siniestras, y conviene mucho dar oído á la prudencia ántes que dejarnos arrebatar por la cólera.

—¡Hum! murmuró Rocafort que no podia avenirse con aquella calma segun él la calificaba; paréceme que si vamos dejando que nos pinchen así, llegará dia en que de la punzada quedemos heridos de muerte.

—¿No creeis, Sancho de Ros, prosiguió Roger dirigiéndose á otro de los caballeros que habian entrado en la estancia, que sería aventurar demasiado el ir á exigir por la fuerza una cosa que debe concedérsenos de buen grado?

—Mi opinion es la vuestra tambien, repuso el caballero interpelado.

En aquel momento un nuevo personaje penetró en la estancia.

Era Berenguer de Entenza.

El hermano de armas de Roger al retirarse á su alojamiento habia sabido aquella nueva, y lleno de indignacion corria á las Blanquernas á ver lo que disponia Roger.

VI.

Al entrar en la estancia se dirigió al caballero y le dijo:

—Supongo que ya sabrás lo que sucede.

—Ven conmigo á la presencia de Andrónico; y tenedlo bien presente, señores, si lo que como á derecho nos pertenece no se nos da, me uniré á vosotros, alzarémos el pleito homenaje que hemos jurado, y cobrarémos de una ó de otra manera lo que con tanta justicia se nos debe.

—Nada de contemplaciones, gritó Rocafort á la par que Roger y el de Entenza seguidos de algunos oficiales se dirigian hácia las puertas del palacio.

Los almogávares al ver aparecer á sus jefes principiaron á murmurar de una manera bastante marcada, y el de Entenza dirigiéndose á los que tenía más próximos les dijo:

—No tengais cuidado, hijos, que si no se os paga en buena ley nos cobrarémos en mala.

Aquellas palabras circularon de boca en boca y calmaron algun tanto la irritacion de las gentes que positivamente tenian un derecho para quejarse. Reuniéronse todos y fuéron siguiendo á Roger hasta la plaza del Augusteo en cuyo punto se esperaron miéntras los jefes penetraban en el palacio del emperador.

CAPÍTULO LXIII.

Andrónico y Roger.

I.

Al mismo tiempo que Miguel y George estaban en casa de Karïna ocupándose del medio que emplearian para deshacerse del césar, este acompañado por varios caballeros y seguido de sus almogávares dispuestos á cometer cien tropelías si no era atendida su justa demanda.

Muy ajeno encontrábase Andrónico de la visita que iba á recibir. Instigado por su hijo y aconsejado por los magnates contrarios del césar, mandó acuñar la moneda que á tan alto grado llevara la indignacion de los valientes que derramaran su sangre en cien combates por asegurarle un trono próximo á derrumbarse y cuya caida hubiera arrastrado todo el imperio.

II.

El emperador se encontraba en su cámara cuando apareció uno de sus oficiales en ella. Levantó la cabeza el padre de Miguel diciendo:

—¿Qué ocurre?

—Señor, el césar, el megaduque y otros caballeros catalanes solicitan vuestra venia para hablaros.

—¡A estas horas! exclamó el emperador sorprendido.

—Ademas, debo advertir á vuestra grandeza que á las puertas de palacio hay grupos de soldados francos que han venido siguiendo á sus jefes.

—¿Qué dices?

—Y algo grave debe pasar á unos y á otros, porque los caballeros están severos y graves y los soldados murmuradores y amenazantes.

—¿Cómo?... dijo Andrónico poniéndose de pié. ¿Traerán alguna exigencia nueva?

—Nada me han dicho.

—Está bien; ahora lo sabrémos. Vé, y que pasen.

El monarca esperó con extraordinaria impaciencia la aparicion de los caballeros.

Cuando vió á Roger, al megaduque y á sus compañeros penetrar en la estancia adivinó en sus rostros que algo extraordinario sucedia.

—¿Qué ocurre, sobrino? preguntó á Roger.

—Ocurre, señor, que quien sirve con lealtad tiene derecho que con la misma se le cumpla, contestó el césar con severidad.

—No os entiendo.

—Fácil es de comprender, repuso Roger. A la puerta de palacio trescientos almogávares se llaman á engaño y tienen razon, ¡vive Cristo! Han derramado su sangre lealmente, miéntras vos les pagais con mala fe.

—¡Roger! Tened en cuenta lo que decis.

—Tanto lo tengo que estoy dispuesto á que mis soldados sean pagados cual se debe, ó á deciros que estamos decididos á cobrarnos de un modo ó de otro.

—Audaz estais, exclamó Andrónico.

—Y ¿cómo calificarémos vuestra conducta? repuso Berenguer de Entenza que principiaba á impacientarse. Para servir á un monarca que de tal modo paga á los que vienen á sostener su imperio, prefiero volver á mi país y hacer pedazos una espada que jamas se ha deshonrado sirviendo á un señor que no sabe apreciarla en lo que vale.

—Despues os quejaréis de los mis turbulentos almogávares cuando nadie mas que vos tiene la culpa de sus demasías.

—Pero ¿á qué viene todo eso? ¿Qué quiere decir? Os dejé tomar demasiado vuelo en mis estados y siempre estais amenazando. ¿Creeis acaso que soy vuestro juguete?

—¿Qué hablais, señor? dijo Roger cuyo enojo rebosaba hasta sus labios. ¿Qué decis de juguete? ¿Quién fue el burlado y quién el burlador? Estamos acostumbrados á tratar con monarcas que han sabido apreciarnos siempre. Aquí por el contrario. Desde que llegamos no vímos mas que envidias, mala fe y enemistades cuando éramos acreedores á otro comportamiento. Finalmente, lo que hicisteis ahora es incalificable. ¿Es digna vuestra paga del emperador á quién se le ha devuelto el trono? Cualquier concesion que hicisteis fue preciso arrancárosla poco ménos que á la fuerza. Y ¿aun os atreveis á hablar? ¿Creeis que la sangre de mis soldados es tan falsa como vuestra moneda? Ahí los teneis, prosiguió Roger señalando á las ventanas de la estancia que daban á la plaza. Ahí teneis á mis almogávares esperando lo que se les debe; lo que ganaron con su sangre, haciendo lo que no pudieron vuestros súbditos.

III.

Un murmullo de aprobacion acogió las palabras de Roger. Sus caballeros fijaron los irritados ojos en el emperador demostrándole de un modo enérgico la exasperacion que su proceder les causaba.

Andrónico fluctuaba entre la cólera y el temor. Manifestámos ya que el monarca, si bien no poseia en alto grado la dignidad, el orgullo y la grandeza de sus antepasados, no estaba exento de una parte aunque ínfima de aquellas cualidades. Así era que las audaces palabras del césar le herian, ajaban su amor propio; pero el temor de irritarle más por una parte, y por otra la razon que no podia desconocer impedíanle pronunciar frase alguna.

Sin embargo, al terminar Roger su período no le fue posible contenerse y dirigiéndole una colérica mirada exclamó:

—Ninguno de mis súbditos hubiera hecho lo que vuestras gentes. Ninguno de ellos se atreviera á lo que los vuestros. Desque llegaron no hay paz en mi imperio; son fieras, y...

—¡Basta! gritó Roger cuyo acento enronquecia el furor. ¿Aun osais insultarlos? ¿Llamais fieras á hombres que como ellos demostraron en cien combates lo que valen? Podeis hablar de vuestros griegos; raza degenerada y cobarde, que vive entre deleites olvidando en los brazos de impuras cortesanas los laureles que les diera Constantino el Grande, marchitando sus glorias con la corrupcion y el abandono. Enorgullecéos de vuestros griegos que huyen á la desbandada cuando silban las flechas enemigas, sirviendo sólo para bravear en los salones. Su comparacion con mis soldados fuera la del leon con la zorra. Mis almogávares no usan afeites; duros como el hierro de sus azconas, han sembrado los campos de batalla de cadáveres enemigos, sin que ninguno hasta ahora les haya visto las espaldas. Mis almogávares son incapaces de cometer una traicion, se comprometen á una cosa y ¡juro á Dios! que ni ellos ni yo faltamos á lo prometido. Tuvisteis razon en llamarnos fieras, porque tales serémos el dia en que se colme la medida de nuestro sufrimiento. Aun no los conoceis. Creisteis jugar con ellos cual con esas hordas de tropas mercenarias que teneis á sueldo, engañándolas segun vuestro capricho. Estais en un error. A mis almogávares los conoceréis cuando agotada su paciencia lancen en medio de vuestras calles su tremendo *Desperta ferro* y ¡ay entónces del trono de los Paleólogos! No os servirán vuestras lanzas, no os valdrá esa falange de cortesanos que sólo son útiles para intrigar en las salas de vuestro palacio, no. A su recio empuje se quebrarán vuestras lanzas, temblarán esos soldados, y azcona en mano penetrarán en este aposento á reclamaros el precio de la sangre que vertieran. Haced lo que mejor os plazca. Si creeis injusta su pretension, negadla, persistid en que los *vinti-*

liones (1) pasen como ducados venecianos, y os juro por mi nombre que el oro de vuestro trono servirá para dar á esa moneda la ley que le habeis quitado.

IV.

Durante el largo parlamento del césar se retrataron en el rostro de Andrónico las cien impresiones que aquel lenguaje le causaba.

La cólera y el despecho, el orgullo y el miedo, estaban daguerreotipados en su semblante.

Jamas vió á Roger en aquella disposicion, comprendiendo en su acento que se hallaba resuelto á todo.

Y como si esto no fuera suficiente aun, Berenguer de Entenza adelantándose hácia el emperador le dijo:

—Recien llegado de Sicilia, por una accion solamente he podido juzgar al emperador de Grecia. En mi país, los reyes son caballeros ántes que monarcas; estoy acostumbrado á esto y será imposible que me avenga con lo que pasa aquí. En su consecuencia ahí teneis las insignias de la dignidad con que me favorecisteis; desde este momento quiero tener libertad en la accion. Rompo el juramento de fidelidad que os he hecho, toda vez que el engaño de que han sido víctimas mis compañeros debe herirme tambien.

Y el megaduque, quitándose el bonete y el baston, fué á dejarlos sobre uno de aquellos sitiales de alto respaldo con molduras góticas que se veian en la estancia.

V.

Andrónico no pudo resistir. Los catalanes estaban á punto de separarse de él, y si esto se realizaba, si en vez de amigos trocábanse en enemigos ¿qué sucederia en aquel pobre país destrozado ya por tantas guerras?

No podia ménos de comprender lo justo de las reclamaciones de Roger, y por lo tanto tras un brevísimo espacio repuso:

—Poco comedidos anduvisteis en la manera de tratarme. Os aprovechasteis de vuestra ventaja para humillarme, y eso no es digno de caballeros.

—Basta, señor, exclamó Roger con dignidad; Roger de Flor jamas abusó de su fuerza para oprimir á los débiles; Roger de Flor nada pide, no exige nada, porque cuando hay un monarca que como vos falta á sus pactos, prefiere vender sus alhajas y empeñar sus rentas ántes que mendigar lo que sin pedirlo debió dársele á su tiempo.

(1) Nombre que se dió á la moneda mandada acuñar por Andrónico para pagar á los catalanes.

Y sin pronunciar más palabras, sin hacer más que una ligera reverencia á Andrónico, Roger y sus caballeros abandonaron la cámara del palacio, encontrándose poco tiempo despues en la plaza del Augusteo donde esperaban sus soldados.

Una vez allí, dirigióse el césar á algunos de los oficiales que le acompañaran diciéndoles:

—Encargad á mis buenos almogávares que se retiren á sus alojamientos y mañana se les reintegrará del bajo valor de esa moneda.

—¿Qué piensas hacer, hermano? preguntó Berenguer de Entenza á Roger cuando ya se hallaban en el interior del palacio de Blanquernas.

—Lo que dije á Andrónico, vender mis joyas, venderlo todo para pagar á mis gentes, y despues tomaré la vuelta de mi patria con aquellos que quieran seguirme.

Efectivamente, al dia inmediato por la mañana Roger mandó llamar á dos comerciantes genoveses y obtuvo de ellos la suma que le faltaba para cubrir lo que se les adeudaba á sus tropas.

CAPÍTULO LXIV.

Karïna y Zacaroüs.—La cólera de Miguel.

I.

Profundamente conmovido por la generosidad y nobleza del césar, Paolo al par que se arrepentia del atentado que tratara de cometer, avergonzábase de la pasion que á semejante extremo le condujera.

Abandonó el palacio de Blanquernas y reflejándose en su rostro una resolucion extraordinaria, dirigióse hácia la casa que habitaba Karïna.

Pocos momentos hacia que la griega penetrara en ella.

Despues que tan de repente fue abandonada por Roger en los jardines de palacio, asaz pensativa y preocupada penetró en el edificio donde al cabo de poco tiempo se encontró con Miguel, en cuyo rostro se revelaban la cólera y el despecho.

Los insultos que Roger le dirigiera acabaron de exasperarle.

Más hábil Karïna que el príncipe para disimular sus impresiones, difícil era leer en su semblante lo que pasaba en su corazon.

Aproximóse á él y en voz baja y breve le dijo:

—Nuestro plan se ha realizado maravillosamente.

—Calla, Karïna; este sitio no es á propósito para hablar.

—¿Qué os dijo Roger?

—Palabras que merecen la muerte.

—¡Señor!...

—Me ha insultado. ¿No lo oiste?

—No, príncipe.

—Dentro de una hora estaré en tu casa.

—En ese caso me retiraré si os place.

—Sí; es lo mejor.

Efectivamente, en virtud del asentimiento de Miguel, Karïna se retiró á su palacio, donde segun vímos en otro lugar la siguieron inmediatamente el hijo de Andrónico y el general masageta.

Asistímos á su entrevista teniendo una ocasion más de comprender toda la bajeza y ruindad de los dos príncipes que se propusieron no descansar un momento hasta conseguir la muerte de Roger.

II.

Cuando Karïna quedó sola, su pensamiento distraido algunos instantes por la conversacion anterior volvió á fijarse en Roger, murmurando con imperceptible acento:

—¡Cuánto la ama!... Inútiles serán todos mis esfuerzos para separarle de esa mujer. Y yo le adoro cada dia con mayor frenesí. Creia que mi pecho no experimentaba más que un deseo ardiente de venganza, y era el anhelo que por su amor me devora. Pero ¡ay! nunca podrá satisfacerse; él mismo lo ha dicho, mi amor se borró de su corazon para no reaparecer jamas.

Despues de pronunciadas estas palabras, Karïna reclinó la cabeza entre sus manos permaneciendo en aquella posicion durante un corto espacio.

Fijo su pensamiento en Roger, lógico era que recorriendo sucesivamente todos los incidentes nacidos de su amor, tropezara con Paolo y se detuviera en él.

La extrañaba tanto lo ocurrido y la turbaba de tal modo su abandono, que su miedo, si así podemos expresarnos, significóse en estas palabras:

—¡Paolo dueño de mis secretos!... ¡Oh!... ¡Qué necia fuí!... No he sabido conquistar un corazon y traté de dominar á un hombre. Equivoqué la alucinacion de Paolo con ese cariño ciego y obediente que esclaviza á quien lo experimenta, y sólo Dios sabe cuantos disgustos me podrá traer esta decepcion. ¿Qué habrá hecho? ¿Dónde estará?

Al hacerse Karïna esta pregunta alzó maquinalmente la cabeza, y al fijar sus ojos en la puerta del aposento no pudo reprimir una leve exclamacion de sorpresa.

Paolo cruzado de brazos, grave, inmóvil y silencioso estaba bajo el dintel de ella, posando una mirada insistente en la jóven.

III.

Breves momentos trascurrieron sin que entre ambos se cruzase palabra alguna. Al cabo de ellos el italiano se adelantó hácia el interior de la estancia.

—¿Preguntabais por mí, señora? la dijo con incisivo acento.

Karïna trató de recobrar su sangre fria habitual y respondió:

—Me alegro de veros, Paolo.

—Aquí me teneis y espero os sirvais manifestarme la causa de esa alegría.

—Es fácil de comprender. Despues de la escena ocurrida en los jardines de palacio paréceme que es necesaria una explicacion.

—Ya os la dí, contestó Paolo aumentando la sequedad de su acento.

—No pude comprenderla bien, respondió Karïna fijando en el jóven una mirada enloquecedora, á la que se siguió inmediatamente un ligero movimiento de despecho.

Paolo resistió impasible aquella mirada. Sonrióse irónicamente y dijo:

—Me expliqué bastante claro, pero si lo quereis volveré á repetíroslo. He cesado de amaros.

Brotaron estas palabras de los labios de Paolo con tal entonacion, que dejaba traslucir perfectamente lo que sufria el corazon que las dictaba.

Era demasiado sagaz Karïna para no apercibirse de ello, más al par que vibraba el dolor en el acento del jóven, advertíase la gran resolucion hija de una fuerza de voluntad que trataba y conseguia ahogar aquel sentimiento.

—Creo, dijo la jóven, que cuando esas palabras se pronuncian deben ir acompañadas de alguna explicacion.

—Desde luego.

—Y supongo que cuando venis será para hacerlo así.

—De todo hay.

—Explicáos.

IV.

Paolo guardó silencio por espacio de algunos segundos como si estuviera concentrando sus ideas. Despues aproximó e á Karïna y con voz suave al principio, pero fuerte y vibrante conforme adelantaba su relato la dijo:

—Señora, no os hablaré de cómo se formó nuestro conocimiento, pues analizando vuestro proceder, dudo que jamas hayais sentido por mí una de esas pasiones que graban en el pensamiento todos los incidentes que referirse puedan á la persona que se ama.

—No adivino dónde vayais á parar.

—Permitid que me maraville. Vos que teneis ese don privilegiado, vos que adivinais con una precision exacta todo el partido que de una persona podeis sacar, que comprendeis por una frase toda una idea, ¿cómo no os imaginais ahora dónde vaya á parar?

—Sarcástico estais, señor Paolo, dijo la griega con despechado acento.

—Duéleme que padezcais semejante error. Extrañábame únicamente que vuestra perspicacia no comprendiera el término de mis palabras, pero siendo así, como no dudo, continuaré si me dais licencia para ello.

—Hablad.

—Os ví un dia, me mirasteis vos, y al par que mi corazon exclamaba:—He aquí la mujer digna de mi amor,—vuestra cabeza decia:—Este es el instrumento que necesito.—Sois hábil fisonomista, y la turbacion de una mirada y el temblor de una frase os hacen comprender el corazon. Deslumbróme vuestra hermosura, cegaron mis ojos, y sólo os contempló mi alma. Híceme soldado por la gloria. Tornéme en niño por amaros, vuestros celos me han hecho casi asesino, pero vuestro desamor me trasforma en hombre. Miéntras pude serviros de juguete os serví, me adormeciais con vuestras palabras, me dominabais con vuestras sonrisas y me halagabais con esperanzas ilusorias. Creia en la posibilidad de lo que me deciais porque necesitaba creerlo. Imagináos, señora, cuánto deberé haber sufrido, cuánto me habréis hecho padecer para que todo aquel cariño haya sucumbido bajo el peso de mi dolor. Inspirado por los celos, mi mano dirigió su puñal al pecho de Roger.

—¡Ah!... exclamó Karïna con una expresion indescribible.

—Sí, señora; tenedlo entendido, por vos me he rebajado hasta un extremo que me avergüenza. Felizmente el césar pudo detener mi brazo y me evitó un crímen; pero vos lo incitasteis y sobre vos sola debe recaer toda la culpa. Momentos como el que concluyo de pasar son siglos de razon. La he recobrado y vuelvo á repetiros lo que os dije en el jardin. Ha muerto en mi pecho vuestro amor.

—¡Paolo! ¿qué decis?

—Ya lo escuchasteis, señora.

—Pero ¿qué visteis en mí? ¿Por qué juzgais ahora lo que ántes no hicierais?

—Porque estuve loco.

—¡Extraño amor es el vuestro! murmuró la griega con suavísima inflexion de voz, brillando en sus ojos una mirada lánguida, tierna y acariciadora.

Paolo vaciló ante la fuerza de semejante encanto. Pero dominándose instantáneamente sus pupilas resplandecieron con un fuego sombrío y respondió con voz breve y resuelta:

—No discutamos sobre la extrañeza de esos amores, pues si lo hacemos así, el vuestro sería muy cuestionable. Es inútil que vuestra garganta module armoniosos sonidos; ni ellos ni esas miradas que durante tanto tiempo me sujetaran

á vuestra voluntad conseguirán hacer que vacile mi resolucion. No os amo, ni quiero amaros.

V.

Karïna comprendió que habia desaparecido por completo toda la influencia que ejercia en el corazon del italiano. La cólera y el despecho ahogaron las frases en sus labios. Contemplaba á Paolo que sombrío y severo, cruzados los brazos, pálido el rostro y fruncido el entrecejo, la miraba con insistencia cual si tratara de leer en lo más recóndito de su pecho.

—Y ¿vinisteis para decirme esto? preguntó la jóven al cabo de algun tiempo.

—Vine para despedirme de vos.

—¿Partis de Bizancio?

—Abandono vuestro servicio y vuestra casa.

—¿Es decir que rompeis todos los lazos que nos unian?

—Lazos formados por vuestro interes, debe romperlos mi corazon.

—Mucho os ha ganado Roger, contestó con incisiva ironía la griega.

—Más he perdido con vos.

—¡Paolo!...

—Hemos concluido, señora. Brazo que arma la venganza, desarma la generosidad. Vuestros secretos estarán tan guardados en mi pecho como el mar oculta los suyos; desde hoy entre Roger y vuestro odio se encontrará mi cuerpo. Os lo aviso porque al dejar de amaros vuelvo á ser leal y franco. Ahora quedad con Dios.

Karïna nada pudo responder. La anonadaba la resolucion del hombre á quien por mucho tiempo consideró como su más dócil instrumento.

Paolo, rígido, altivo y severo conforme habia entrado, inclinóse ligeramente ante Karïna y desapareció tras el tapiz que cubria la puerta de la cámara.

Unicamente cuando la griega quedó sola dejó estallar todo el furor que concentrara en su pecho miéntras el italiano permaneciera hablando.

VI.

Trasformóse su semblante, palidecieron sus labios y de su contraida garganta se escaparon frases incoherentes.

—¡Desgraciado de él! exclamaba con acento feroz; me desprecia. ¿Quién es él para desdeñarme? Mi amor ha muerto en su corazon, ha dicho; pues bien: en el mio existe la venganza. Pero una venganza horrible, sí, una venganza que le demuestre cuán loco fue al insultarme de la manera que lo ha hecho.

Y Karïna apoyaba la cabeza en sus manos, cerraba los ojos y concentraba su pensamiento sólo en el objeto que excitaba su furor.

—Roger lo ha ganado para sí. Y ¿quién es Roger para arrebatarme el hombre en quien depositaba mi confianza? No contento con haberme arrebatado el corazon, me quita el brazo que dirigia mi voluntad. Pero ahora recuerdo, continuaba la griega cambiando súbitamente la entonacion de sus palabras, ahora recuerdo que Paolo ha hablado de matar á Roger. ¿Quién le dió permiso para ello? ¡Matar á Roger!... ¡Oh! cien vidas que hubiera tenido no fueran suficientes á expiar la del hombre á quien adoro.

VII.

Largo espacio permaneció la griega sin pronunciar una palabra. Fijos sus ojos en el suelo, meditabunda y cabizbaja, nada distraia su atencion.

De pronto levantóse de su asiento. Brillaban sus pupilas con un fulgor siniestro y sus labios se entreabrieron.

—Paolo debe morir y morirá, dijo con voz resuelta.

Aproximóse á la puerta del aposento, llamó á uno de sus pajes y le dió órden para que buscasen á Zacaroüs, quien al cabo de breves instantes se encontraba en presencia de su dueña.

Hizo unas cuantas de sus grotescas reverencias y esperó á que la jóven le dirigiera la palabra.

—Te necesito, Zacaroüs, dijo Karïna.

—Ya sabeis, noble señora, que siempre me teneis á vuestra disposicion, contestó el deforme personaje.

—¿Es seguro tu brazo?

—No os comprendo.

—¿Pregunto que si temblará tu brazo al descargar un golpe?

—¿Estais en vos, señora? Mi brazo nunca tiembla.

—Pues bien, repuso Karïna con acento breve. Hay un hombre que me estorba.

—Le quitarémos de en medio, si así os place.

—Pero no te has de valer de nadie.

—Como gusteis. Decidme quién es.

—Paolo.

—¿Paolo decis? Vuestro servidor y... ¡Pesia mí! Señora, si tal pago dais á los que tan bien os sirven ¿qué daréis á los que no os complazcan?

—Paolo ha vendido mis secrêtos y debe morir, y en cuanto á lo que has dicho, á nadie obligo para que me sirva; el que tenga miedo puede retirarse.

—¡Señora!...

—Ya lo sabes: ó continúas sirviéndome sin entrometerte para nada en mis mandatos, ó desde ahora puedes abandonar mi servicio.

—Mandad lo que gusteis, repuso el jorobado á quien dominaba el acento de aquella mujer.

—Paolo debe morir.

—Morirá.

—Búscale en el palacio de Blanquernas.

—¿Donde vive Roger de Flor?

—Sí.

—Quedaréis complacida.

—Toma; yo pago siempre adelantado.

Y la griega al pronunciar estas palabras arrojó al asesino una repleta bolsa, la cual fue recogida en el aire por él, y con los ojos chispeantes y sonriente el rostro multiplicó sus saludos abandonando la estancia muy dispuesto á cumplir la órden que recibiera.

CAPÍTULO LXV.

El torneo.

I.

Tranquilo, sereno y apacible amaneció el dia siguiente á la noche en que las anteriores escenas tuvieron lugar. Era el señalado para el paso de armas propuesto y sostenido por Rugiero de Catania.

Despues que bruscamente se separaron de Andrónico Roger y sus caballeros, asustado aquel por las consecuencias que pudiera acarrear un rompimiento con sus aliados en semejantes circunstancias, dióse á pensar en lo que sería más conveniente para evitarlas. Desde luego comprendia la razon que asistiera á los catalanes, mas como su proceder fue dictado por los partidarios de Miguel y este adquiria cada vez más prosélitos, tampoco se atrevia á romper abiertamente con los unos por asentir á las justas exigencias de los otros. Batallando con cien encontradas ideas y sin atreverse á acoger ninguna, pasó algun tiempo hasta que se decidió por reunir á sus principales consejeros y pedirles su parecer. De este modo creyó conciliarlo todo é inmediatamente principió á poner en ejecucion su idea.

Poco hacia que Miguel y George llegaran de su entrevista con la griega, y cada uno en su habitacion encontráronse sorprendidos por el mensaje del mo-

narca. En cumplimiento de él se dirigieron á la cámara regia, donde se hallaban ya varios de los magnates convocados por Andrónico.

Manifestadas por este las razones que tuviera para provocar aquella reunion, causó en los caballeros profundo disgusto la conducta descomedida y audaz de Roger, segun la calificaban.

El príncipe y el masageta, y con ellos todos los cortesanos, fueron de opinion que precisaba cortar de raíz el mal que amenazaba un dia ú otro causar serios disturbios en el imperio. Mas para esto era necesario esperar una ocasion propicia. Entónces Miguel expuso su idea, reducida á que por el momento se satisfacieran las exigencias de Roger, que terminadas las fiestas él se retiraria á Andrinópolis donde el emperador debia mandar al césar bajo el pretexto de tomar órdenes y combinar el plan para la próxima campaña, y una vez dentro de los muros de la ciudad era muy fácil provocar una asonada en la cual perdieran la vida tanto él como sus altaneros oficiales.

Esta idea fue perfectamente acogida por los patricios, quienes más de una vez hablaran de lo mismo con Miguel. Andrónico era el que más repugnancia oponia. Era demasiado infame y bajo aquel plan, y más bien su debilidad que la perversidad de sus sentimientos le hicieron dar, si no su aprobacion explícita, su asentimiento tácito.

Como consecuencia de tan indecoroso acuerdo, Roger recibió en las primeras horas de aquella mañana un aviso del emperador, por el cual le manifestaba que sería indemnizado de la quiebra que la nueva moneda tenía. Pero cuando esto sucedió ya el césar habia obtenido de los mercaderes genoveses la cantidad que le hacia falta mediante el empeño de sus joyas.

II.

Despues que salieron de la cámara de Andrónico Miguel y George satisfechos por el buen giro que tomaba su proyecto, dijo el primero al segundo:

—¿Qué opinais de lo que oisteis?

—Que tenemos mucho adelantado, dependiendo solamente de vos el buen ó mal resultado.

—Yo te prometo que ayudándome mi padre derribarémos á ese coloso.

—Y ¿no creeis que fuera beneficioso para nuestra causa provocar mañana durante el torneo un motin?

—Segun las fuerzas con que cuenten los francos.

—Ya las sabeis; un puñado de almogávares y algunos caballeros.

—Sin embargo, George, no olvideis que cada caballero vale por diez almogávares y cada uno de estos por veinte de los nuestros.

—Exagerais.

—Haced lo que os plazca, George; pero os encargo mucha prudencia y que observeis bien ántes de dar un paso que pudiera comprometernos.

—Descuidad; únicamente lo haré cuando crea en la posibilidad de un buen éxito.

—El cielo te escuche.

Con estas palabras terminaron su diálogo tan dignísimos personajes, separándose completamente satisfechos por el risueño porvenir que á sus ambiciones se ofrecia.

III.

En el opuesto extremo de la plaza del Augusteo, frente al palacio de los monarcas bizantinos, alzábase soberbio y atrevido el hipódromo, obra colosal principiada por Séptimo Severo y terminada por Constantino el *Grande*.

Toda la magnificencia, todo el atrevimiento de la arquitectura jónica se habia concentrado en él.

Un atrio constituido por treinta y siete columnas de mármoles de Páros y de Sciro sobré cuyas cornisas abríanse arcos, encima de los que corria una extensa galería, formaba el pórtico del inmenso edificio.

Medía su área interior una superficie de doscientas varas de largo por ciento cincuenta de ancho, al rededor de la cual corria una extensa gradería de mármoles y granito accesible por varias escaleras abovedadas.

El Hipódromo principiado á construirse para servir de solaz á los nobles patricios romanos, se terminó por el monarca que enarboló sobre las murallas de Bizancio el lábaro santo, para entretener á los caballeros latinos con más nobles juegos que los de la Roma pagana.

En medio de la arena y de meta á meta admirábanse las obras maestras arrebatadas en Grecia, en Italia y en el Asia por Constantino.

La famosa columna *Serpentina*, llamada así por constituirla tres colosales serpientes de bronce ligadas entre sí y cuyas cabezas sostenian el trípode de Délfos, se veia en uno de los extremos de aquella inmensa área.

En el opuesto distinguíase otra columna de bronce tan colosal como la anterior, dorada por Constantino Porfirogeneto, de la cual se destacaba un bajo relieve que representaba al emperador Teodosio acompañado de sus hijos.

Pero la obra que más llamaba la atencion en medio de aquel vasto palenque donde tan admirables obras se contemplaban era el obelisco de Thébas midiendo sesenta piés de altura, y cuya construccion era de granito rojo cubierto por todas partes de jeroglíficos egipcios.

A la derecha del círculo y de frente á la especie de colosal escenario donde se habian representado las famosas obras de Esquilo y de Terencio, alzábase el *podium* ó sea el estrado real, sostenido por columnas corintias esculpidas con

maravillosa delicadeza, desde el cual los emperadores bizantinos presenciaban los espectáculos que tenian lugar en el hipódromo.

El extraño paso de armas que iban á sostener Rugiero de Catania y sus compañeros difundióse con una rapidez maravillosa por la poblacion.

En el arrabal de Pera, barrio ocupado por los genoveses, se hacian grandes preparativos para que la fiesta fuera digna de las personas que la iban á sostener.

Los más ricos paños, las sedas más exquisitas encerradas en los almacenes de los vasallos de la orgullosa señoría se distribuyeron por las gradas, cubrieron el podium, y las flámulas y las banderolas flotaban al viento colocados en mástiles que coronaban toda la galería.

IV.

Desde la hora prima (1) las galerías principiaron á llenarse de una multitud de griegos, pisanos, venecianos y genoveses.

Los caballeros fuéron llegando á su vez al espacio que les estaba destinado.

Iba á principiar casi la hora tercia, cuando Andrónico acompañado de lo más selecto y escogido de su córte y seguido de sus hijos se presentó en el palenque.

Catalina, á quien como no habrémos olvidado pertenecia la joya que se iba á disputar, apareció tambien conducida de la mano por Roger.

En los dos extremos contrarios al pórtico de entrada y al podium alzáronse dos tiendas, destinada la una á los caballeros mantenedores y la otra á los jueces del campo, reyes de armas y escribano. A la puerta de la primera en grandes planchas de metal veíanse pintadas las armas de Rugiero y de sus amigos. Algunos soldados genoveses guardaban ambas tiendas, y un estrado construido á la ligera y cubierto de paños franceses contenia hasta un centenar de músicos que atronaban el espacio con sus poco acordadas melodías.

Ademas del pórtico principal tenía la arena dos entradas más, en una de las cuales dos trompeteros, dos farautes y algunos hombres de armas estaban dispuestos para avisar la llegada de los caballeros que quisieran justar, y la otra servia para que los mantenedores penetraran en el palenque.

Apénas se sentara el emperador en el podium, dos *espatarios* (2) bajaron algunas gradas de las que descendian á la tela, y se colocaron á entrambos lados

(1) Los romanos dividian el dia en natural y artificial. El dia estaba dividido en cuatro partes iguales que llamaban horas, distinguiéndolas entre sí con los nombres de *prima, tercia, sexta* y *nona*. La *prima* principiaba al salir el sol. La *tercia* seguia unas tres horas despues, y así sucesivamente las otras dos.

De la misma manera el dia artificial ó sea la noche, la subdividian tambien en cuatro partes á que daban el nombre de *vigilias*.

(2) Soldados de la espada. Guardias del monarca que llevaban un tremendo montante apoyado en el hombro derecho.

inmóviles como dos cariátides de mármol. Al pié de aquella gradería dos hombres de armas genoveses con las adargas embrazadas, afianzadas las picas y caladas las viseras guardaban la misma inmovilidad que los espatarios.

V.

Convenientemente colocada ya toda la córte despejóse la puerta por donde debian penetrar los mantenedores y aparecieron doce caballos lujosamente encubertados, donde los atabaleros y trompeteros tañendo sus instrumentos y doblando las cajas se lanzaron á la arena. Detras aparecieron entre una cincuentena de lanzas genovesas los escuderos de Rugiero y sus amigos desplegando al aire las enseñas de sus señores y seguidos por una porcion de pajes, escuderos y persevantes. A estos seguian dos reyes de armas con dalmáticas de brocado, birretes blancos y los estoques dorados, emblema de su dignidad, el escribano nombrado para dar fe del torneo, el estratopedarca de los griegos y el podestá de los genoveses nombrados jueces del campo, con largas vestiduras talares, cabalgando sobre soberbios corceles y escoltados por sus pajes y escuderos.

Poco despues veinte doncellas vestidas á la usanza turca se presentaron en la liza bailando, al par que sembraban de flores el camino. Una nueva música las seguia, y tirado por treinta cautivos musulmanes apareció por fin un carro dorado donde bajo un dosel de rica sedería iba la reina del torneo. María doblemente hermosa con el lujoso traje que vestía fue saludada con atronadores y espontáneos aplausos.

A los piés de la esposa de Miguel, sentados en pequeños escabeles de terciopelo, dos pajecitos llevaban en bandejas de oro el joyel de brillantes, premio para el vencedor, y la bengala ó baston de mando de las justas. A entrambos lados del carro varios caballeros así griegos como catalanes, pisanos y genoveses formaban la guardia de honor de la reina.

Separado por un brevísimo espacio de la carroza caminaba el protostrator de Andrónico acompañado de algunos caballeros de San Jorge (1) como resguardo y prueba del padrinazgo imperial. A estos seguia ya la comitiva de los mantenedores.

Catorce caballos encubertados de guerra eran conducidos del diestro por otros tantos escuderos vestidos con los colores que á sus dueños correspondian. Detras armados de todas armas y entre sus pajes de lanza, ostentando ricas camisas de brocado entraron en el palenque Gandolfo Pallavicini, Rogerio Caraci y Máximo Zumbuchi, mantenedores del torneo, cerrando la marcha Rugiero de Catania seguido de una multitud de pajes y escuderos y escoltado por un centenar de lanzas.

(1) Orden griega instituida en 1190 por Isaac Angel Commeno.

VI.

En medio de un inmenso clamoreo y al són de las desacordes músicas aquella lucida comitiva dió la vuelta al palenque.

Detúvose la carroza al pié del estrado imperial, y entónces Andrónico dirigiéndose á Miguel le dijo:

—Id, príncipe, id y dad la mano á vuestra prima para conducirla á nuestra derecha.

Miguel obedeció á su padre y aproximándose al carro pronunció algunas palabras significando el deseo del monarca.

—El emperador me honra demasiado mandándome á vos, primo, para que me acompañeis á su lado, contestó María con acento ligeramente incisivo.

Y tendiendo su mano con un ademan lleno de dignidad al príncipe, descendió del carro y fué á ocupar el lugar que la estaba destinado.

Los mantenedores desaparecieron tras el interior de la tienda que les estaba destinada, los pajes penetraron tras de ellos, las lanzas abandonaron el palenque y este quedó en poder de los jueces, reyes de armas y escribano, los cuales reconocieron la liza con los largos bastones negros con puños de marfil destinados al efecto, examinaron los hierros de las lanzas y mandaron á los farautes que diesen una grida prohibiendo que se hiciera señal ni demostracion alguna miéntras estuviesen justando los caballeros.

CAPÍTULO LXVI.

Un cambio de situacion.

I.

Alegres, satisfechos y complacidos mostrábanse los buenos vecinos de Constantinopla é impacientes esperaban que se presentasen caballeros para justar.

Los genoveses, que ocupaban gran parte de la gradería, manifestaban orgullo y satisfaccion por lo perfectamente representada que se hallaba la república en el caballero Rugiero y sus amigos, devorándoles la impaciencia por verlos vencer uno tras otro á cuantos se presentaran á disputar el premio.

El aspecto que la córte presentaba, si bien en parte era deslumbrador por el lujo de los caballeros, la belleza de las damas y la ostentosa riqueza de los man-

tenedores, observando con detencion armados de punta en blanco á los caballeros catalanes, más dispuestos á entrar en batalla que á asistir á una fiesta de córte, y recelosos de los griegos, podria deducirse que no sería extraño que principiase aquel torneo por un simulacro de combate para terminar con una lid verdadera.

Amorosa y tierna la mirada de Roger se fijó en su esposa al verla subir al podium y despues la dirigió impaciente hácia el grupo de almogávares que ocupaba una parte de la grada destinada al pueblo. Nublóse la frente del guerrero, y á no estar tan preocupados cuantos le rodeaban con los preliminares de la fiesta, hubiéranle podido oir:

—¡Pocos son!

Y despues dióse á cavilar observando con atencion cuanto le rodeaba, al par que de vez en cuando sus miradas se volvian á la entrada del Hipódromo impacientes, anhelantes y escrutadoras.

II.

Hecha la grida y reconocido el palenque, segun manifestámos en el capítulo anterior, los jueces, farautes y escribano tornaron á su tienda esperando la llegada de algun justador.

Colocado el príncipe Miguel á la derecha de su padre y rodeado de los magnates de su parcialidad, entre los que descollaba el caudillo masageta, departia con ellos al par que fijaba una mirada sesgada y recelosa en los caballeros francos.

George aproximándose al oído del príncipe le preguntó en voz baja y contenida:

—¿Creeis, señor, que no acudirán más soldados de Roger?

—Mucho lo dudo, al ménos, respondió el príncipe.

—Y ¿cuándo os parece que demos el golpe?

—Al terminar la hora sexta; pero ántes de todo cuidad de que el éxito sea seguro.

—Los genoveses están dispuestos, prevenidos tambien nuestros parciales, y podemos abrigar la confianza de que no sucederá lo que en otras ocasiones. Más decidme, señor: ¿no pidieron permiso á Roger para venir á Constantinopla algunos soldados?

—Sí, mas mi padre ha dado contraórden pretextando que el ejército debe ponerse en marcha tan luego como terminen estas fiestas. Yo se lo indiqué manifestándole el riesgo que pudiera correrse de una excision entre esos turbulentos almogávares y el pueblo griego.

—Y ¿estais seguro de que se ha cumplido? ¿Opinais que habrá llegado á tiempo?

—El mismo Roger envió á uno de sus oficiales con ella, para hacerlos retroceder si por casualidad los encontrase en el camino.

—Él mismo se nos entrega, murmuró George con acento feroz.

—¿Has tomado bien tus precauciones? preguntó el príncipe.

—¡Ninguno escapará! os lo prometo.

Y George se separó algunos pasos del príncipe, poniéndose á hablar con varios patricios griegos que le rodeaban.

III.

Los catalanes no apartaban sus ojos de los súbditos de Andrónico, miéntras que este, distraido por el aspecto que el palenque ofrecia, no se cuidaba de lo que á su alrededor aconteciera.

—¿Sabes, hermano, que tardan mucho nuestros soldados? decia Berenguer de Entenza dirigiéndose á Roger.

—Pocos somos, contestó el césar, pero la escasez del número la suplirá el valor. Cara ha de costarles nuestra vida.

—¡Oh! por mi santo patron les juro que si tal hicieran, ese mismo emperador que tenemos á nuestro lado sería el mejor rehen que pudiéramos tomar.

—Todos los caballeros vienen armados, y desde aquí veo á los almogávares con las azconas en el cinto y los chuzos en la mano. Miradlos, Berenguer; comparadlos con esa raza degradada y cobarde que nos rodea, y comprended que aunque pocos bien nos podríamos defender.

—Es verdad. Y no se han descuidado los griegos; á pretexto de las fiestas todas las puertas están guardadas por tropas griegas ó genovesas; los griegos traen los petos bajo sus sayos de brocado, y cien ojos que tuviéramos fueran insuficientes para ver la infamia que encubren.

—Reparad, mícer, reparad cómo habla el príncipe alano con Miguel, mirándonos de reojo, dijo Siscar dirigiéndose á Muntaner.

El soldado historiador dirigió la vista hácia ellos, y murmuró con acento de íntima conviccion:

—Juraria que fraguan una vileza.

—No sé por qué me vienen ganas de tirar de la espada y cerrar á cintarazos con todos esos magnates griegos tan peinados y compuestos, cuya sonrisa es tan falsa como su corazon.

—Manos quedas y guarde la ira para más tarde, que me parece que no acabará el dia sin que tengamos que hacer.

Y catalanes y griegos se miraban con recelo, y á pesar de los gritos, risas y voces que por todas partes se escuchaban, parecia preverse algun acontecimiento grave bajo aquella alegría y tranquilidad aparentes.

—¡Por la santa Dona de Montserrat! gritaba un jayan fornido, cejijunto, de revuelta cabellera y musculatura de hierro, dirigiendo una mirada aviesa é in-

tencionada hácia el podium, si no dejan entrar á nuestros compañeros, vamos á hacer nosotros que entren á la fuerza.

—No hables tan recio, que ya sabes lo que en Roger nos ha mandado. Mucha discrecion y vista atenta sobretodo.

—Con que ¿es verdad, maese Nicolani, que se prepara algo contra esos condenados catalanes? preguntaba un hombrecito rechoncho en cuyo rostro se advertia ese no sé qué especial que en todas las épocas ha caracterizado al negociante, dirigiéndose á otro de su misma estofa que se hallaba á su lado.

—Sí, vecino; pero callad, que esas cosas nunca deben decirse en alta voz.

Y cien conversaciones por este estilo y cien otras que se cambiaban entre las damas y los caballeros, entre las plebeyas y los jóvenes del estado llano, y entre los soldados del ejército helénico y los de las repúblicas auxiliares, formaban un murmullo constante que decaia ó aumentaba á cada momento.

IV.

De pronto el sonido de un clarin suspendió todas las conversaciones.

Cuatro caballeros estaban á las puertas del palenque solicitando la honra de medir sus armas con las de los mantenedores.

El faraute encargado de avisar la llegada de los justadores atravesó la liza, y subiendo las escaleras del podium inclinóse delante de María diciéndola:

—Alta y poderosa señora, cuatro caballeros griegos demandan humildemente vuestra licencia para probarse en armas por el premio ofrecido en los capítulos de estas justas.

María extendió el brazo en señal de asentimiento, é inclinándose de nuevo ante ella, el faraute partió hácia la puerta del palenque.

A poco penetraron en él los cuatro caballeros anunciados, y reconocidos por los jueces, declararon ser buena su nobleza, recibiéronles el juramento ordenado en los capítulos y los condujeron á un extremo de la tela, frente á la tienda de los mantenedores.

Armados de todas armas, rodeados de su servidumbre y altaneros y orgullosos, aparecieron estos formándose á la puerta de su tienda.

A los anteriores murmullos sucedió un silencio extraordinario, fijándose todas las miradas en los ocho campeones próximos á medir las armas.

Los mantenedores tomaron de manos de sus escuderos los pesados lanzones de roble y saludaron amigablemente á los caballeros con quienes iban á justar.

Caláronse las viseras y afianzáronse en los estribos esperando la señal de acometer, retirándose los caballeros que acompañaban á los de uno y otro bando.

María extendió la bengala hácia la tela, y el faraute gritó:

—¡Partid, caballeros, y cumplid vuestro deber!

Tendiéronse las lanzas á un mismo tiempo, claváronse las espuelas en los costados de los corceles, y los ocho caballeros fuéron á encontrarse en medio del palenque.

Durante algunos segundos nada pudo distinguirse. Una nube de polvo envolvia los combatientes, y cuando se desvaneció pudo verse que los griegos llevaron la peor parte.

Tres de ellos no pudieron resistir el choque de los mantenedores y yacian por tierra, y el cuarto habia perdido los estribos, lo cual en buena ley de torneo era quedar vencido.

Agitáronse los pañuelos, se entreabrieron los labios y una salva de aplausos premió á los vencedores.

Estos saludaron graciosamente al pueblo que los aclamaba, volviendo á sus tiendas á esperar que se presentasen nuevos paladines.

Dos caballeros pertenecientes á la república de Pisa el uno y á la de Génova el otro se presentaron despues. Pero cual los anteriores fueron vencidos tambien.

V.

Cuando terminó la hora tercia una mirada indefinible se cruzó entre George y el príncipe Miguel, al mismo tiempo que algunas frases de impaciencia se trocaban entre Roger y sus caballeros.

Los almogávares dirigian la vista con recelo á todas partes, cuando de pronto se percibió un tumulto extraordinario en toda la plaza y las graderías viéronse invadidas por una multitud de ballesteros catalanes y almogávares que atrajeron todas las miradas.

El rostro de Roger se iluminó á la vez que Andrónico frunciendo el entrecejo dirigióse á él diciendo:

—César ¿qué quiere decir esto?

—Señor, tampoco me lo puedo explicar, pero pronto llegará el caballero á quien comuniqué la órden de detenerlos y nos dará la razon.

Efectivamente pocos momentos despues un caballero armado de punta en blanco penetraba en el podium. Al verlo Roger le dijo:

—¿Me explicaréis, Fernando, qué significa eso?

—Señor, vuestros soldados no han querido obedecerme, diciendo que pues os daban una fiesta, ellos querian participar tambien. De nada sirvieron mis amonestaciones y ahí los teneis.

—Mal disciplinada teneis á vuestra gente, dijo Andrónico.

—En los campos de batalla han demostrado que supieron tomar mis lecciones, repuso el césar un tanto ofendido.

—De modo que ahora podrémos contar que no terminarán las justas sin que tengamos algun escándalo.

—Yo y mis caballeros, contestó Roger, os empeñamos nuestra palabra de que no sucederá así. Id, señores, continuó dirigiéndose á Muntaner y á otros de los que le rodeaban. Id, y me respondeis con vuestra cabeza de cuanto suceda.

Algunos caballeros abandonaron el podium viéndoselos á poco en las gradas hablando con los almogávares, permaneciendo entre ellos aunque sin separar ni un momento la vista del estrado real, dispuestos á lanzarse sobre los griegos á la primera demostracion que hiciesen.

CAPÍTULO LXVII.

Terminacion de las justas.

I.

Si quedó sorprendido el emperador Andrónico con la repentina llegada de los soldados catalanes, no menor fue el enojo que experimentaron Miguel y sus parciales, cuyos proyectos desbarataba semejante refuerzo.

El monarca aunque en cierto modo contrariado no tenía los mismos motivos de cólera que su hijo y los patricios de su parcialidad. Miráronse uno y otros, y aquellas miradas expresaron más que cuanto sus labios pudieran decir.

Cuando los caballeros mandados por Roger hubieron partido á fin de evitar cualquier acontecimiento á que pudiese dar lugar el turbulento carácter de los bravíos soldados, Miguel, aproximándose á su padre, le dijo:

—No sé en qué pensais, señor; esas gentes van á comprometer la seguridad de vuestro trono.

—¿He podido evitar acaso que vengan? respondió el emperador. ¿No mandé una órden para estorbarlo?

—Esa órden no ha llegado á su destino; Roger ha sido demasiado astuto y...

—Calla, exclamó Andrónico mirando recelosamente á los caballeros que rodeaban al césar; no hables de eso en este sitio.

—No escucha, y si lo hiciera, mejor cien veces; con eso nos quitaríamos la máscara, y los diez mil hombres que tenemos dispuestos aquí dentro del Hipódromo caerian sobre ellos para exterminarlos.

—¡Diez mil hombres!...

—Sí, padre mio, sí, diez mil hombres que habrian dado buena cuenta de esos miserables, si...

—¡Silencio!

II.

En aquel momento Roger fijó la atencion en el padre y en el hijo.

Adivinó que debian ocuparse de ellos, y percibió la última palabra que pronunciara Miguel.

Palidecieron sus mejillas al escucharla, y la cólera que encendió en su pecho fue bastante para ahogar las frases en sus labios y conducir la diestra á la empuñadura de su espada.

Lenguas de fuego tornáronse sus ojos, y los fijó con una expresion tal en ambos, que les hizo estremecerse.

Balbuciente y sorda su voz resonó sin embargo lo suficiente para que sus caballeros pudieran percibir estas palabras:

—Príncipe, ¿sabréis decirme á quién denostabais con ese epíteto de miserables?

Interrogadoras y amenazantes las pupilas de los caballeros fijáronse en Miguel que no acertaba á decir palabra.

—¿No respondeis?

—No comprendo que os asista derecho para interrogarme, repuso Miguel con acento inseguro.

—Tengo el de quien se ve rodeado por todas partes de asechanzas y enemigos.

—¿Qué quereis decir? preguntó Andrónico.

Iba Roger á contestar quizá de una manera descompuesta, cuando el sonido de un clarin hizo que su atencion se fijara en el palenque.

III.

Durante los incidentes que hemos narrado fuéronse presentando algunos justadores con tan poca suerte, que su presencia no sirvió sino para realzar doblemente el esfuerzo de los mantenedores.

Y entre tanto se acercaba la hora sexta, y los ecos del clarin anunciaron la aproximacion de nuevos paladines,obligando á fijar todas las miradas en la puerta de la tela, en la que apareció un solo caballero.

No llevaba mote ni emblema en sus armas.

De acero pavonado su armadura, una pluma verde que ostentaba en el creston del almete así como la sobrevesta que le cubria demostraban que el encubierto dejábase acariciar por la esperanza.

Segun las leyes del torneo era necesario que venciera uno por uno á los cuatro mantenedores.

Caida la visera sobre el rostro nadie percibia su semblante.

Sin embargo, su apostura era gallarda y saludó con gentil desembarazo á las damas que ocupaban las galerías y que agitaban sus lenzuelos deseando que la suerte favoreciera á tan bizarro paladin.

Exigiósele su nombre, mas se negó á revelarlo diciendo:

—Entre los capítulos de estas justas existe uno que dice: que si algun caballero tuviese hecho voto de probar armas con el rostro encubierto, no se le pudiera exigir siempre que hiciera juramento y prestara pleito homenaje de ser su linaje y solar tales que pudiera lidiar con los mantenedores sin menoscabo de su honra y buen nombre. Bajo la fe de esos capítulos vine aquí confiando en la rectitud de los jueces, y juro por Dios uno y trino que es tal mi solar é infanzonía que ningun noble caballero podrá deshonrarse haciendo armas conmigo.

Los jueces nada tuvieron que objetar á la cita tan oportunamente hecha por el caballero; los farautes se aproximaron á él y le exigieron el juramento sobre los santos Evangelios de la lealtad de sus intenciones y de que se sujetaria en un todo á los capítulos firmados y aprobados por el emperador.

Dijéronle que eligiese campeon, y el desconocido sin vacilar un momento fué á tocar con el cuento de su lanza el escudo de Rugiero de Catania.

El orgulloso genoves creyó vencer tan fácilmente á aquel presuntuoso guerrero como lo hiciera con los demas.

IV.

Al verle aparecer en la arena los almogávares no pudieron ménos de mirarse entre sí, de codearse, pronunciar más de un enérgico juramento y añadir algunas palabras á guisa de comentario.

Tomó el incógnito una lanza de manos de los escuderos, y despues de examinarla detenidamente dijo con acento desdeñoso:

—Si he de quebrar esta lanza no necesito ponerla en ristre ni luchar con ningun mantenedor.

Y al par que esto decia la levantó en alto, blandióla en el aire y la tronchó cual si fuera de vidrio.

Grandes aplausos valióle aquella prueba de destreza y sobretodo por parte de los almogávares que exclamaban:

—¡Por la santa Dona de Ripoll!... No puede ser otro que el nuevo caballero.

—¡Chito!... cuando cubre su rostro debe estar queda nuestra lengua.

—¡Diestro y esforzado es el encubierto! dijo Andrónico visiblemente satisfecho.

—Mirad, va á tomar campo.

Efectivamente, tanto Rugiero como el desconocido rodearon sus caballos, y hecha la señal por la reina del torneo, ambos pusieron las lanzas en el ristre y partieron á toda la carrera de sus corceles.

La lanza del desconocido resbaló sobre el fino coselete de Milan que llevaba el genoves y le desguarneció parte del brazo izquierdo.

La de este saltó hecha astillas quebrándose en el pecho de su antagonista.

Pero ninguno de los dos se movió de la silla.

Los bravos, los aplausos y las palmadas resonaron por todas partes.

Ambos campeones volvieron á tomar campo y recogiendo nuevas lanzas esperaron la señal de partida.

Dada esta se afianzó el incógnito sobre los estribos, apoyó la lanza en el ristre y con tan buen acierto fué á dar en el costado derecho de su adversario, que este desarmado en aquella parte no pudo sostenerse sobre la silla, y dobló el cuerpo soltando los estribos.

Los jueces del campo declararon vencido al primer mantenedor.

Más atronadores, más entusiastas y nutridos que nunca fueron los aplausos que resonaron en el circo.

V.

Todos se preguntaban quién podia ser aquel caballero, y miéntras que una sonrisa de satisfaccion se dibujaba en los labios de los caballeros que rodeaban á Roger, los almogávares exclamaban:

—¡Por san Cucufate! ¡buena lanzada ha sido!

—No las da ménos el caballero, añadian otros.

—¡Vive Dios! que si no es con armas embotadas lo pasa de parte á parte.

—Con eso aprenderán, replicaba un ballestero con los ojos chispeantes de alegría.

—¡Bien prueba sus armas!

Y las voces siguieron y los aplausos y los comentarios hasta que otro mantenedor apareció en la arena.

Si dos vueltas fueran necesarias para vencer á Rugiero, para hacerlo con el nuevo adversario no fue necesaria más que una.

Finalmente, no cansarémos á nuestros lectores con la descripcion de los distintos botes de lanza con que el incógnito desarmó y venció sucesivamente á sus contrincantes.

Cuando la lucha terminó, tocaba tambien á su fin la hora sexta.

Pero durante aquellos acontecimientos Miguel cruzó algunas palabras en voz baja con el príncipe masageta, y este abandonó el podium precipitadamente.

Los jueces del campo declararon vencedor al desconocido.

Entónces este se alzó la visera y dejó ver el agraciado y simpático rostro del recien armado caballero Fernando Perez Antunez.

VI.

Gritos entusiastas, votos y juramentos por parte de los almogávares demostraron las simpatías que hácia el jóven abrigaran y su satisfaccion por la victoria obtenida.

Miéntras la córte griega sospechó que pudiera ser alguno de los suyos el encubierto paladin, aplaudió sus hechos de armas; pero cuando aquella ilusion se desvaneció, cuando tuvo el convencimiento de que pertenecia á la hueste catalana, su silencio tomó un carácter de disgusto tan marcado que no pudo ocultarse á persona tan observadora como Roger de Flor. Y deseando mortificar algun tanto al príncipe, le dijo con irónico acento:

—Ved, señor. Ahí teneis á nuestro ahijado cuan perfectamente ha probado sus armas.

—Le ha favorecido la suerte.

—Y le ha ayudado la pujanza de su brazo.

—Sin embargo, Rugiero vale más que...

—Detenéos, príncipe, interrumpió Roger frunciendo ligeramente el entrecejo; más que cualquiera de mis caballeros no consiento que valga otro alguno.

—Mucho orgullo es ese.

—Paréceme que puedo tenerlo.

En aquel momento Fernando era conducido al podium acompañado de los jueces y precedido de los farautes.

Al verle aproximarse palideció Catalina, al par que el guerrero posaba en ella una mirada amante y orgullosa.

Arrodillóse delante de María y recibió de esta el premio que alcanzara en tan honrosa lid.

Despues, con el rostro encendido y el acento no muy seguro, aproximándose á la esposa de Miguel dijo:

—Huélgome, señora, de que el cielo propicio siempre á las buenas causas favoreciera la mia hasta el caso de poder devolveros la joya que tan alevemente os arrebataron. Aquí la teneis; si por devolvérosla hubiese tenido que perder la vida, la arriesgara gustoso.

VII.

Pálida cual las azucenas y temblorosa como las hojas de los árboles agitadas por la brisa vespertina, la princesa fijó sus ojos en el mancebo. Tendió la mano para recoger la prenda, mas variando súbitamente de idea la retiró diciendo:

—Guardadla, caballero; quien supo conquistarla como vos, digno es de poseerla.

A pesar del trémulo acento con que fueron pronunciadas estas palabras, no dejaron de ser percibidas tanto por los caballeros catalanes y griegos que estaban al rededor, cuanto por el mismo príncipe que se encontraba á pocos pasos de su esposa, y que viendo aproximarse al caballero frunció las cejas, fijándose en él sus irritados ojos.

Al escuchar las palabras de Catalina los caballeros aplaudieron estrepitosamente, los almogávares que vieron á sus jefes hicieron lo que ellos, y el pueblo, especie de maniquí que en fiestas y diversiones hace siempre lo que ve hacer, batió palmas y gritó vítores sin saber por qué ni para qué.

El mismo Andrónico que más de una vez durante el torneo elogiara la destreza y gallardía del encubierto, al escuchar las palabras de su hija política añadió:

—Perfectamente, Catalina; quien de semejante modo aspiró á tal honra, merece que se le conceda.

El príncipe Miguel sin duda no fue de la misma opinion, porque dirigiéndose á su esposa la dijo con dureza:

—Asaz dadivosa estais, señora.

—¿Os ofende? preguntó Catalina sintiendo que sus mejillas se enrojecian y que el corazon redoblaba sus latidos.

—Devolved esa joya, caballero, continuó Miguel fijando las iracundas pupilas en Fernando.

Si sorprendidos quedaron todos al escuchar las intempestivas frases de Miguel Paleólogo, en mayor grado y sumamente amostazados percibiéronlas los caballeros catalanes.

VIII.

Blanquearon de coraje los labios de Fernando, empero dominándose, extendió su brazo brillando la joya en su mano. Temblorosa la de la princesa iba á asirla ya, cuando Roger levantándose de su asiento gritó:

—Eso es contra ley y no podemos consentirlo.

Al ver la actitud decidida del césar y sus caballeros, agrupáronse los patricios junto á Miguel é intencionadamente las diestras fuéron á buscar las empuñaduras de sus espadas.

—Nada tienen que ver las leyes con mi honra, dijo Miguel levantándose tambien del sillon.

—El caballero Fernando Perez de Antunez ha ganado en buena lid ese joyel. En virtud de su derecho pudo guardarle; pero como uno de los capítulos de la caballería prescribe el ser galante con las damas, ha hecho su ofrecimiento á la dueña de él. La princesa lo ha comprendido así, y al concedérselo ha cum-

plido con su deber como él ántes con el suyo. Para las leyes del torneo no sois vos juez competente; aquí están los jueces verdaderos y ellos decidirán.

Pedida la opinion de una manera tan directa á los jueces del campo, asintieron como no podian ménos de hacerlo á lo que Roger dijera. Esta opinion excitó en mayor grado la cólera del príncipe que iba á contestar tal vez con mayor descompostura á no impedirlo el murmullo que se exhaló de la multitud que llenaba la plaza.

IX.

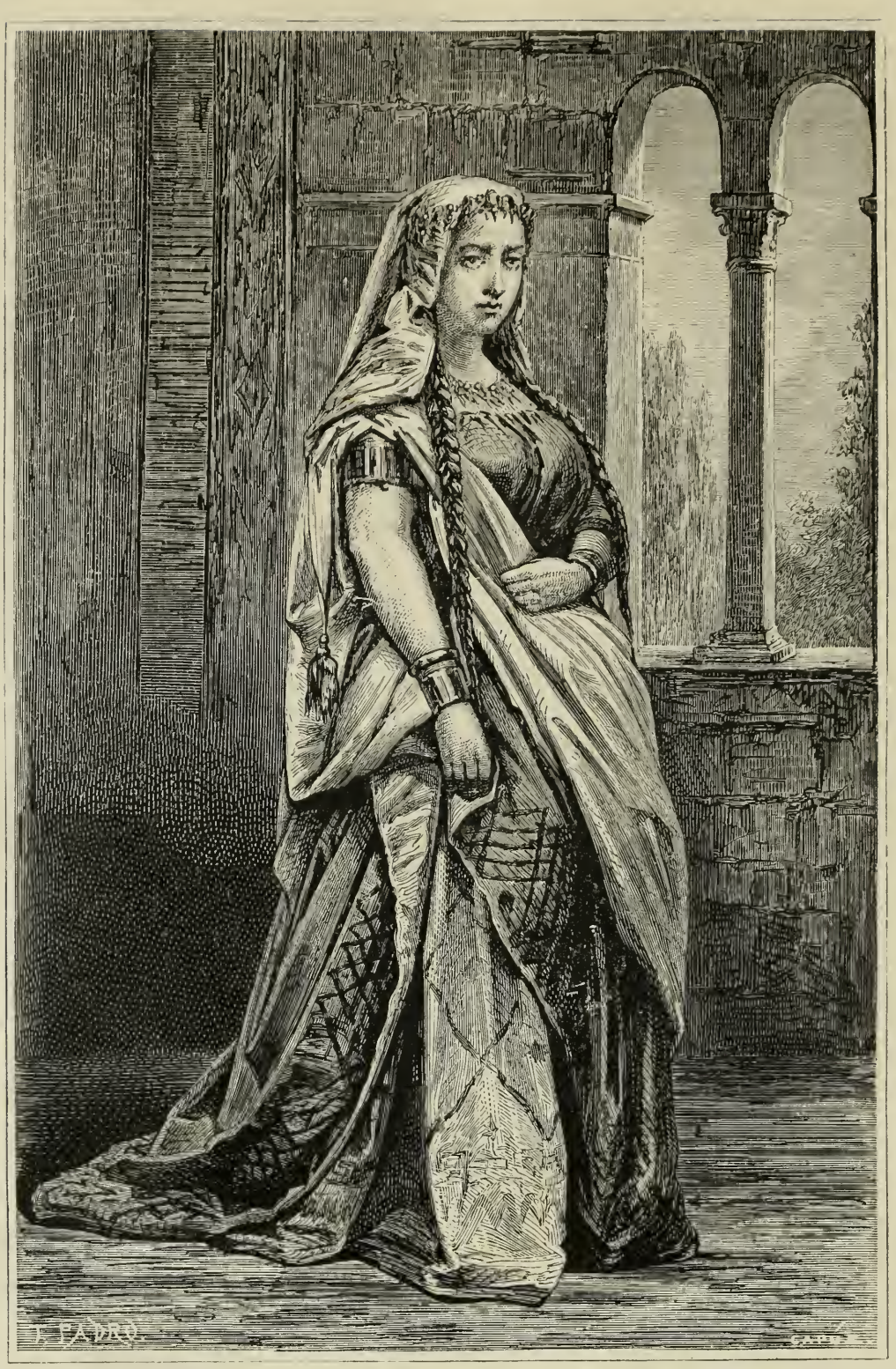
Manifestámos en otro lugar que circulaba entre el pueblo el rumor de un próximo rompimiento entre los francos y los griegos, y al ver el movimiento operado en el podium alzáronse de sus asientos los soldados genoveses, pisanos y masagetas, y tras ellos siguió la multitud que llenaba las extensas galerías. Los almogávares, cuyos ojos estaban fijos en el estrado imperial, al ver ponerse de pié á Roger y la actitud resuelta de sus oficiales, puesta una mano en la azcona y oprimiendo el chuzo con la otra alzáronse tambien dispuestos á arrojarse sobre los griegos al primer movimiento sospechoso que les vieran hacer.

Este fue el murmullo que se percibió en el podium. Andrónico lo advirtió, comprendió lo que estaba á punto de suceder, y deseando evitarlo exclamó:

—No estais en vuestro derecho, príncipe; el césar tiene razon, y el caballero Fernando Perez debe guardar la joya que tan dignamente supo conquistar. Id, caballero, prosiguió dirigiéndose al castellano; luchasteis como bravo, vencisteis como bueno y teneis derecho á ser recompensado.

Iba Miguel á replicar, pero su padre imponiéndole silencio con un ademan majestuoso y altivo obligóle á ahogar las frases en su garganta y á replegar su cólera en el fondo de su pecho.

La oportuna intervencion de Andrónico hizo que aquel incidente terminara sin consecuencias; poco despues se encaminaban al Augusteo Andrónico un tanto contrariado, Miguel rugiente de cólera, trémula y palpitante Catalina, y almogávares y griegos recelosos y desconfiados de las intenciones que recíprocamente abrigaban.



KARINA.

CAPÍTULO LXVIII.

Despues del torneo.

I.

Con extraordinaria impaciencia miraba Karïna correr las horas del dia en que ocurrieron los sucesos narrados en el anterior capítulo, esperando con avidez percibir el movimiento producido por el choque entre griegos y catalanes. No quiso asistir al torneo porque como allí habia de darse la señal de matanza y la primer víctima que habria de caer era Roger, temió la faltase el valor para verle sucumbir casi á su lado. Zacaroüs estaba en el Hipódromo, y llevaba el encargo de avisar á la jóven de cuanto ocurriera.

Cien veces durante aquellas horas estuvo á punto de abandonar su casa y correr al podium para advertir al césar el peligro que corria, mas esto hubiera sido retrasar su venganza, y la defeccion de Paolo exigia que se adelantase. No confiaba mucho en el éxito, pues sabía que aunque pocos, los almogávares valian infinitamente más que los griegos, pero esperaba el escándalo, confiando que el disgusto que este produjera en Andrónico le obligara á apresurar la marcha de Roger, á fin de que cuanto ántes se verificase la convenida escena de Andrinópolis.

Impaciente y contrariada, pesarosa y anhelante, paseábase la griega de una á otra de sus cámaras escuchando si por las calles se percibia algun rumor, y observando si corrian las gentes al amago del preparado motin; pero nada de esto sucedia y trascurria el tiempo sin que pudiera explicarse la causa de la tranquilidad que reïnaba.

II.

Por fin vió aparecer á Zacaroüs y con él reanimóse su abatida esperanza. Y cuando penetró en su aposento, fijando en él una mirada interrogadora le dijo:

—¿Cómo tardaste tanto? ¿Qué ocurre?

—Nada, señora, respondió de mal talante el jorobado.

—¿Cómo? preguntó Karïna sorprendida.

—Todos los soldados que estaban en Gallípoli hánse presentado cuando ménos se esperaba, y gran temeridad hubiera sido arriesgar la lucha con ellos.

—Con que ¿ha fracasado vuestro proyecto?

—Justamente.

—Pero ¿no ordenó Andrónico que esos soldados permanecieran en Gallípoli?

—Ahí teneis el caso que han hecho de ella.

—Y el torneo ¿ha terminado ya?

—Sí, señora.

—¿Quién ha vencido?

—Ese franco á quien armaron caballero ayer.

—¡Siempre esos hombres! murmuró la griega con acento contrariado.

—Teneis razon; siempre han de ser ellos los que ganan en todas partes para vejarnos prevaliéndose de sus triunfos. Miéntras viva Roger estarémos así. Si cuando le tuvisteis en Cicico no hubieseis ordenado que le dejáramos con vida...

—Calla, Zacaroüs, repuso Karïna estremeciéndose al recuerdo de aquella aventura.

—Como querais. ¿Teneis algo que mandarme?

—Nada, retírate. ¡Ah! Ahora recuerdo, prosiguió la jóven deteniendo al jorobado. ¿Has hecho algo de Paolo?

—Todavía no fue posible; es necesario aprovechar una ocasion propicia.

—Está bien.

Estas palabras que equivalian á una despedida fueron comprendidas por Zacaroüs tan perfectamente que atravesando el umbral de la puerta desapareció de la cámara, donde abandonarémos por ahora á Karïna entregada á las meditaciones producidas por la defraudacion de sus esperanzas, para trasladarnos á otra casa, donde encontrarémos personajes de quienes nuestros lectores se habrán acordado más de una vez.

III.

En el capítulo cincuenta y uno dejámos á Alejo que llevando en brazos á Zulima desvanecida por las emociones que experimentara, y escoltado por los almogávares con que Roger le auxiliara para el mejor éxito de la empresa que iba á acometer, dirigíase apresurado á reunirse con el grueso de la hueste, con la cual llegó á Gallípoli, pasando inmediatamente á Bizancio para dejar á la musulmana entregada á los cuidados de su familia.

Sofía, la hermana del jóven y amante por breves horas de Fernando Ferriz de Ayerbe, languidecia de amor y consumíase lentamente llenando á su madre de amargura por la impotencia de cuantas medicinas la propinaban. El mal de la jóven no tenía remedio. Estaba enferma de amor y el amor solamente pudiera devolverla la salud.

Quedóse Alejo sorprendido y acongojado cuando notó la deplorable situacion en que su hermana se encontraba.

La falta de su padre producia el pesar de la hija así como la afrenta que recibiera en su hermana por el wali Muza-Ebnt-Aboó, padre de Zulima, estuvo á punto tambien de causar la infelicidad del jóven.

Viendo aquel estado y comprendiendo que era necesario tratar de combatir el mal que á su hermana aquejaba, decidióse por mandar á su padre un enérgico mensaje que le obligara á abandonar la provincia en que estaba para venir á Bizancio á ocuparse del estado de su hija. Al mismo tiempo Alejo, que cada dia estaba más enamorado de Zulima, le pediria su beneplácito para unirse con ella prévia la abjuracion que hiciera del islamismo.

IV.

Partió un escudero de Alejo con aquel encargo y tan desesperada pintó la situacion de Sofía, que el padre abandonándolo todo dirigióse apresuradamente á Constantinopla, donde encontró una realidad mucho más triste que la referida por el enviado.

Grave y severo el jóven pocas horas despues de la llegada de su padre, solicitó de él una conferencia á solas, y obtenida le dijo:

—Perdonadme, padre, si al hablaros empleo un lenguaje que os parezca inconveniente, pero sabe el cielo que ni pretendo ofenderos, ni por otro lado juzgo prudente el silencio en esta ocasion.

Sorprendido quedó el buen patricio con el extraño exordio de su hijo, y fijando en él una mirada investigadora preguntóle:

—¿A qué viene todo eso?

—¿Visteis el estado de Sofía?

—Sí. Más grave es de lo que imaginaba.

—Y ¿sabeis quién causa el dolor que la consume?

—No.

—Vos, padre mio.

Entre irritado y atónito contempló el padre al hijo durante algunos segundos, diciéndole por fin:

—¿Estás loco, Alejo?

—¡Pluguiera al cielo que lo estuviese, y acaso padeceria ménos! No es locura, padre; Sofía se muere y vos sois quien la mata. Tambien yo he estado á punto de sucumbir por otro de esos deplorables acontecimientos que pesan sobre nuestra familia.

—¡Alejo!

—¡Padre! ¿Qué hicisteis en Aragon durante vuestra permanencia en el castillo de Ferriz de Ayerbe?

Al oir esta pregunta tiñéronse ligeramente las mejillas del anciano, que

no pudiendo resistir la destelladora mirada de su hijo inclinó la suya semiconfuso y encolerizado.

—Un hijo de aquel hidalgo á cuya esposa infamasteis, y ¡perdonadme, padre mio, que tal reconvencion os dirija! era mi hermano de armas, era el mismo Fernando Ferriz de Ayerbe á quien amaba Sofía y que, al veros, al reconocer en vos al hombre que de tal manera abusó del sagrado de la hospitalidad, incapaz de vengar en el padre de su amada la ofensa inferida á su madre, rompió su espada separándose violentamente de la mujer á quien adoraba con toda la energía de su corazon.

—¿Qué estás diciendo, Alejo? exclamó por fin el anciano.

—La verdad, padre. Pecasteis y ved llegado el castigo. Vuestra hija muere de pena, desfallece de amor, y no es posible que el hombre á quien ama y por quien sufre olvide jamas que es la hija del que causó la muerte de su madre. Vida por vida, ¡padre! esa es la consecuencia de vuestro atentado.

V.

Avergonzado el anciano patricio por el acento reprochador de su hijo, al cual nada podia oponer, permaneció silencioso durante un breve espacio. Alejo le contemplaba con tristeza advirtiéndose en su rostro el pesar que le causaba verse precisado á dirigir á su padre tales acusaciones; pero el estado de su hermana necesitaba un remedio pronto y eficaz, y preciso era exigirlo prontamente por más que fuera costoso tal proceder.

Lo que pensaria el anciano durante aquellos momentos sólo el Supremo Sér que lee en lo íntimo de las conciencias fuera capaz de saberlo. Alzó su frente y apesarado y triste dijo:

—Tienes razon, Alejo; los pecados de los padres son pagados por los hijos y esta es la manera de hacer sentir al anciano con doble fuerza el extravío de su juventud. Harto cara pagué aquella locura cuando más tarde el wazir de Behyrouth me arrebató á tu hermana; si grave fue la falta, dura, muy dura tambien es la expiacion.

—Aun no lo sabeis todo, padre, repuso Alejo afectado por el pesar del anciano; esa musulmana que me libró en Damieta y á quien á mi vez he salvado, es hija de Muza-Ebnt Aboó.

—¡Misericordia divina!...

—Veis ¡padre!... Tres hijos tuvisteis, y los tres han tenido que llorar las consecuencias de vuestra falta.

VI.

Hay situaciones de tal magnitud que así como la persona que sufre su influjo no encuentra palabras para expresarlas, el escritor tampoco tiene frases bastante elocuentes para escribirlas.

El sentimiento no tiene sonidos: hiere el alma y el labio es impotente para expresar los tormentos que produce aquella herida.

El padre de Alejo sufria de este modo. Conoció el jóven la profundidad de su dolor y lo respetó.

Largo tiempo pasaron ambos en silencio hasta que alzando la cabeza el anciano exclamó:

—Es necesario salvar á mi hija.

—Para eso os mandé llamar, padre.

—¿Dices que ese Fernando Ferriz la abandonó?

—Sí, señor.

—Y ¿dónde está?

—Segun he sabido marchó con el caballero catalan Fernando Gimenez de Arenós con intencion de regresar á su patria.

—Y ¿está en Aragon?

—Posteriormente supe que aportaron en Aténas y el duque los tomó á su servicio. Pero ¿qué pensais hacer?

—¡Qué pensó hacer! Y ¿me lo preguntas sabiendo que mi hija se muere? Buscaré á Fernando, le suplicaré que olvide pasados rencores, que me perdone... Y ¿qué sé yo lo que haré para obligarle á que devuelva la salud á mi hija? Tampoco quiero que padezcas tú, hijo mio; los hijos no deben expiar las faltas de los padres. ¿Qué culpa tiene Zulima de lo que hizo el suyo? ¿Qué culpa teneis vosotros de mis devanéos y de mis locuras? Vamos á ver á Sofía, derramaré en su corazon el consolador bálsamo de la esperanza. Dios tendrá piedad de mí y hará que se realice la que abrigo en este momento para devolveros la ventura.

—¡Gracias, padre mio! Perdonadme si usé con vos un lenguaje más falto de respeto que de cariño. ¡Si vierais cuanto padecia!...

—Lo comprendo.

Pocos momentos despues padre é hijo penetraban en la cámara de Sofía, y el patricio arrojándose al cuello de la jóven suplicábala lloroso y acongojado le perdonase haber sido causa de su pena, empeñándola su palabra de no descansar un momento hasta encontrar á Ferriz y darle cuantas satisfacciones fueran necesarias para obtener su perdon y olvido respecto á aquel pasado y único obstáculo que se oponia á su felicidad.

CAPÍTULO LXIX.

La córte de amor.—Ojeada histórica.

I.

El gran período que separa la época moderna de la antigua fue la edad media que, nacida sobre las ruinas del imperio romano, fecundizadas por el cristianismo y en gran parte por el espíritu, aunque selvático, lleno de savia y vigor de las naciones germánicas; prestando el primero impulso á las masas, y fanatizándolas el segundo, fueron dos elementos que adunándose recíprocamente influyeron de tal manera sobre las costumbres y civilizacion de semejante época imprimiéndolas en tan alto grado su carácter, que al debilitarse su prepotente accion extinguióse por completo la época caballeresca. Aquellos dos elementos, aquellas dos ideas encarnadas en la mente de los hombres produjeron el feudalismo, instituyeron la caballería, elevaron el monaquismo, fueron el poderoso motor de las cruzadas; y la jerarquía eclesiástica, las corporaciones, el establecimiento de las ciudades y los derechos del estado llano nacieron de aquella era, síntesis de dos ideas unidas con estrechos lazos obrando siempre en armónica combinacion.

II.

La caida del imperio de Occidente asombrando á los pueblos del Septentrion obligólos á reconstituirse, y en medio de la terrible conmocion que devastaba las más ricas provincias, el cristianismo, verdadero faro de luz, brillando en medio de un cáos de oscuridad y de barbarie, enseñaba al hombre sus derechos devolviéndole en parte su dignidad deprimida. Principia la edad media, y Clodoveo entre los francos, de la misma manera que Teodorico entre los ostrogodos, constituyen imperios estables, que manteniendo en parte las formas del derecho germánico, participaban de la influencia de las antiguas leyes romanas, al par que Constantinopla perpetuaba los recuerdos de la Roma de los césares. Los árabes arrancados de su vida contemplativa arrójanse como una bandada de buitres y forman de la Europa un campo de batalla, hasta que Cárlos Martel rechazándolos

al opuesto lado de los Pirineos impide que el islamismo penetre en Francia secundado por la media luna mahometana.

Herida de muerte la escuela alejandrina bajo el reinado de Teodosio II, el *neoplatismo* refugióse en Aténas, donde multitud de sabios le devolvieron su antiguo esplendor. Años más tarde, los doctores de la Iglesia conociendo la imperiosa necesidad de defender la religion que debian propagar, fomentaron la literatura clásica, y reuniendo aquellos hombres eminentes un vastísimo saber, con una piedad superior á todo elogio, añadieron su floron á la corona de gloria de la Grecia del areopago y de la augusta Roma.

III.

La inmensa monarquía de Carlo Magno formando el segundo período de la edad media adelantó un paso más estableciendo escuelas en los monasterios y en los obispados, conforme las artes y las ciencias llegaban en la misma época á su mayor apogeo en la espléndida córte del califa Haroun-al-Raschid. Pero á la muerte del monarca que dió su nombre á la era de los carlovingios, dividido aquel dilatado imperio por alborotos y desastres, é invadida la Alemania por los magiares y los eslavos, sobrevino una paralizacion completa en el mundo intelectual, en términos que hasta los mismos reyes olvidaron el arte de leer y de escribir y las ciencias se concentraron en el sagrado recinto de los claustros, donde en preciosos manuscritos guardáronse los secretos de semejantes turbulencias. En medio de este proceloso mar de disturbios y calamidades nace el feudalismo, y adaptándose á las necesidades de su tiempo principia á centralizarse constituyendo distintas nacionalidades. Al par que Egberto fundaba la heptarquía en Inglaterra, la elevacion al solio frances de los condes de Paris creaba la nacionalidad de Francia agrupada en redor del trono de Hugo Capeto. Oton el Grande forma de Alemania y de Italia un nuevo imperio, y á poco de ser los eslavos rechazados hasta el Oder, en Asturias y en Navarra se constituyen reducidas monarquías cristianas, base y fundamento de la nacionalidad española. Entónces nace la caballería refrenando las pasiones y suavizando las costumbres; y el honor caballeresco forma la virtud de los hombres de aquella época, fundándose á la vez tan noble institucion en el valor, en la religion y en el amor.

IV.

El cristianismo, esa poderosa palanca de la civilizacion, ese manantial de sentimientos puros y delicados, de generosas y tiernas aspiraciones, fue el verdadero móvil de aquella institucion. En una religion como el cristianismo, donde la mujer sintetiza el amor y el sentimiento en la vírgen María, donde se hace heroina con Judit y ciñe la corona del martirio con Filomena, lógico era que ejer-

ciese una influencia omnímoda en una época de desenvolvimiento como la que nos ocupa.

Hase pretendido que de los germanos se derivaba la veneracion á la mujer, y si bien es cierto que entre ellos no estaba tan envilecida como en Grecia donde la consideraban á la manera de un objeto de deleite, ó entre los romanos que sólo veian en ellas las madres de sus guerreros y de sus ciudadanos, ni Boewulfo dice nada, ni en los *Niebelungen* expresan gráficamente esta verdadera galantería, ni nada encontramos de ella ántes de la historia de Arturo escrita por Godofredo de Montmouth. Las cruzadas esparciendo la civilizacion general por medio de las relaciones con pueblos remotos y distintos, y del mútuo cambio de conocimientos, al par que prestaban al cristianismo un servicio incalculable, realzaban á la mujer abriendo al genio poético muchas y hermosas vias, viéndose honrado el talento, escribiéndose los libros de caballería y encontrando los trovadores por do quiera damas á quien dedicar sus cantos y un Mecénas en cada señor feudal cuyos castillos visitaban.

En todas partes la mujer era el bello ideal que hablando pocas veces á los sentidos y muchas á la mente y al corazon, influia en cuantos adelantos y acciones iban verificándose en el mundo de aquella edad.

Luis VII de Francia databa siempre sus actas desde la coronacion de su esposa Adela, del mismo modo que vemos constantemente á san Luis entre la figura digna y severa de doña Blanca de Castilla y la tierna y angelical de Margarita su esposa. Recorriendo la historia de aquellos tiempos encontramos á la mujer asistiendo á los tribunales para juzgar en determinadas causas, ó bien la vemos ceñir la armadura como Alicia de Montmorency para conducir el ejército que debia de salvar á su esposo Simon de Monforte. Don Jaime de Aragon prevenia en una de sus ordenanzas que jamas se impidiera el paso á ningun hombre fuese villano ó caballero que acompañara á una mujer de cualquier clase ó condicion á no ser reo de homicidio, así como Luis IV, duque de Borbon, al instituir la órden del Escudo de Oro impuso por condicion honrar á las damas y no sufrir que se las calumnie, pues de ellas recibimos despues de Dios la honra que tenemos.

En el torneo, en los campos de batalla, en los mayores riesgos de la vida el caballero invocaba el nombre de su dama, y este nombre era la última palabra que espiraba en sus labios; y este afecto, esta especie de culto rendido á la mujer, y del cual se reconocia ella objeto, impedia su corrupcion en tales términos, que segun encontramos en un fragmento citado por Sainte Pelaye, cuando un caballero penetraba en una fiesta y veia una mujer, fuera dama ó doncella, noble ó del estado llano, junto á otra de cuya honra se murmuraba, tenía el derecho de aproximarse á la no censurada y separándola de allí ponerla delante de la otra diciendo á esta: Señora, no os desplazca si esta doncella va delante; porque aunque no es tan noble y rica como vos, no es censurada; se cuenta

en el número de las buenas, lo cual no se dice de vos y me desplace; pero hará honor á quien la ha servido y no os maraville.»

V.

Conforme el sentimiento belicoso, si esta frase se nos permite, introdujo algunas ridiculeces en el amor, las costumbres desarrollándose á la par redujéronle á sistema con su tecnicismo, leyes y ritos, llamándose á esta ciencia *joie*, palabra que significa júbilo ó exaltacion de amor, dándole los provenzales é italianos la denominacion de *gaya sciencia* ó sea refinamiento del arte de amar. Los *Documenti d'amor* de Burberino y las *Leyes Palatinas* del rey de Mallorca no son otra cosa que tratados de buenos modales, prescripciones de cortesanía y ordenamientos sobre la manera de conducirse con las damas. Los caballeros imbuidos por las ideas de su tiempo á imitacion de la caballería andante, formaron una especie de caballería poética dedicada exclusivamente á cantar la hermosura de las damas y á describir el amor, unas veces con harta sencillez, y otras con ampulosas perífrasis ó incomprensibles metáforas.

Guillermo IX, conde de Poitiers, por los años de 1010, es de los más antiguos trovadores que se conocen; habiendo rimado en latin composiciones líricas, cantando la belleza de su dama ó celebrando el amor y la cortesía.

La Provenza enriquecida por su comercio, gozando de una paz no interrumpida, poseyendo un lenguaje suave y cadencioso y conservando vestigios de la civilizacion romana, protegiendo las artes y las ciencias con el fastuoso lujo de sus córtes, desarrolló y fomentó el arte de los trovadores que habian de inmortalizarle.

VI.

Los primitivos cantos cortos y mal rimados fuéron adquiriendo forma poco á poco, y encontrámos en el *Romance de Gerardo de Rosellon* ocho mil versos dedicados á cantar sus amores con la esposa del emperador de Constantinopla, en regulares formas y no escaso ingenio. Ermengaldo de Beziers escribió un *Breviario de amor* en veinte y siete mil versos, y el dominico Izarn un *Tenson* ó sea diálogo en ochocientos versos, que era una invectiva furiosa contra los albigenses.

Pero á pesar de todo, aquellas composiciones se resentian de cierta monotonía producida tanto por la falta de instruccion, cuanto porque en la vida errante que llevaban los trovadores no les era posible tampoco adquirirla.

Ocupando el amor el lugar preferente en sus poesías, lógico era que la mujer profesara una profunda gratitud y distinguiera con las mayores muestras de aprecio á aquellos hombres que ensalzaban su belleza en lenguaje tan elocuente.

El famoso bardo y romántico galan de la señora de Saint-Gilles, Pedro Vi-

dal de Tolosa, decia en uno de sus *sirventes*, denominacion que se daba á una clase de composiciones de la época: Si mis cantos, si mis obras me valen alguna nombradía, recaiga el honor en mi dama: ella aguzó mi ingenio, estimuló mis trabajos y me ha inspirado graciosas canciones.

Este mismo poeta, años más tarde despues de romancescas y extrañas aventuras, enamoróse de una mujer hermosísima llamada *Lúpada* ó Loba, y para significarla toda la intensidad de su cariño, disfrazóse con una piel de lobo y con ella recorria los bosques hasta que un dia los perros de unos cazadores le maltrataron de tal suerte que renunció magullado y lleno de mordeduras á tan extravagante manera de amar.

El príncipe de Blaya, trovador en 1140, se enamoró de la princesa de Trípoli sin conocerla y sólo por cuanto de ella escuchó. Habiendo hecho un viaje para verla y cantarla sus amores, en el cual segun la bella frase del Petrarca *usó le vele é il remo per cercar sua morte.* Durante su travesía enfermó, y habiendo llegado á Africa la princesa enterada de tan romántico amor corrió junto á su lecho y recogió su último suspiro.

VII.

A tal extremo se llevaba el amor y la galantería, que el matrimonio considerado como una union material nada significaba, ni en nada se ofendia por el amor puramente ideal que pudieran profesarse dos personas.

En el Romance de Gerardo de Rosellon encontramos una prueba de esto. Gerardo amaba á una princesa llamada Berta, mas el emperador Cárlos se enamora de ella y Gerardo le concede permiso para que se case con su amada tomando él por esposa á una hermana de esta. Verificados ambos enlaces y próximos á separarse los dos matrimonios, llevó Gerardo á su esposa á la emperatriz su hermana y á dos condes de su casa al más apartado lugar del jardin, y allí dijo á Berta: ¿Qué, pensais, mujer del emperador, que os haya trocado por un objeto inferior á vos?—Sí, respondió ella, pero me has hecho emperatriz y por mi amor te has casado con mi hermana que tambien vale mucho. Oid vosotros, condes, y tu tambien, oye, hermana, confidente única de mis pensamientos, y tú principalmente, ¡Oh Jesus, mi Salvador! á todos os tomo por testigos y fiadores de que por este anillo prometo siempre mi amor al duque Gerardo y le constituyo mi campeon y caballero; atestiguo delante de vosotros que le amo más que á mi padre y á mi esposo, y al verle partir no puedo enfrenar mi llanto.

VIII.

Este amor que en nuestro siglo materialista pareceria una paradoja, entónces era una verdad inconcusa. Pocas veces un amor semejante traspasaba los

límites del decoro, pues habria sido ofender á su dama el atentar á su recato, y los caballeros preferian morir á exigir favores que pudieran manchar la honra de las que amaban, llevando á tal punto esta ceguedad y fanatismo respecto á la mujer, si estas calificaciones podemos usar, que segun Fauriel, habiendo un trovador ofendido á su dama, le condenó á que se arrancara una uña, sentencia dolorosísima pronunciada con harta crueldad y cumplida con extraordinario valor.

En los documentos y escritos de aquel tiempo encontramos la cofradía de los *galeses*, cuyo objeto era demostrar que el amor era muy superior á todas las impresiones externas, y en su consecuencia se les veia bajo un sol abrasador abrigarse con pieles y terciopelos, y vagar casi desnudos por los bosques en lo mas riguroso del invierno espirando muchos de ellos transidos de frio á los piés de sus damas.

IX.

Instituida la caballería poética, y teniendo tan gran número de prosélitos dedicados exclusivamente á cantar el amor, el valor y la hermosura, la mujer colocada, por decirlo así, en un pedestal alzado sobre los hombros de los más galantes caballeros de la época, era natural que tratara de premiar sus servicios al mismo tiempo que de alentarlos á perseverar en la senda que emprendieran. Entónces se formaron las córtes de amor.

Nos hemos detenido algun tanto en describir los usos de aquellos tiempos, porque no siendo muy conocidas y más escasas aun las noticias que de ellas se han dado en las novelas, parécenos que á nuestros lectores no les será molesto distraer un breve espacio su atencion de los acontecimientos ocurridos á nuestros personajes para fijarla en las costumbres de la misma época casi en que aquellos figuran.

Corto pero brillante fue el período de las córtes de amor. Las más nobles damas asistidas por los caballeros de mayor fama formaban estos tribunales, parodiando los verdaderos de justicia. Habia córtes de amor permanentes y temporales. Las damas de Gascuña tenian una de las primeras igualmente que Hermengarda, vizcondesa de Narbona, y las condesas de Champagne y de Flándes.

Las córtes temporales no se abrian sino con motivo de fiestas ó cuando se reclamaba su decision sobre algun delito de lesa galantería ó deslealtad. En estos tribunales existian tambien magistrados inferiores designados con las denominaciones de *baillí de joie, vicarios de amor en el distrito de la hermosura, podestá de los verdes bosques, y conservadores de los altos privilegios de amor*, los cuales eran ciertos notarios que daban fe y notificaban las sentencias dictadas por el tribunal de la hermosura.

X.

Segun Andres Capella, cronista de aquellas córtes, existia un código introducido por un caballero breton, el cual se encontró en el sepulcro del rey Arturo y servia de ley á todos los siervos de amor. Treinta y dos artículos lo formaban, extractando nosotros de entre ellos los que más curiosos nos han parecido y que no son otra cosa que unos semiproverbios referentes siempre á un mismo objeto. Dicen así:

Quien no sabe ocultar, no sabe amar.

El amor debe siempre crecer ó disminuir.

Los placeres robados contra las inclinaciones del corazon son siempre insípidos.

El amor no tiene por costumbre albergarse en la mansion de la avaricia.

La facilidad disminuye el precio; la dificultad lo aumenta.

Siempre es tímido el verdadero amante.

Nada impide que un hombre sea amado por dos mujeres, ó una mujer por dos hombres.

Sobre estos puntos versaban siempre todas las sentencias dictadas por aquellos tribunales encantadores.

Correrémos un velo sobre los lunares que en algunos puntos afeaban tan galante época, pues segun dice Cantú, cuando la galantería llegaba á tal extremo, no podia ménos de convertirse en niñada, en libertinaje y profanaciones á veces.

Entre varias de las sentencias que encontramos en aquellas famosas córtes citarémos un decreto de la condesa de Champagne. Parece que una dama prohibió á su caballero que jamas la alabase en público ni se ocupara de su belleza; juró cumplir el galan aquella órden, pero estando un dia en compañía de otros oyó que maltrataban á la dama á quien servia. Contúvose algun tiempo hasta que por fin violó su juramento defendiendo á la que tan villanamente ultrajaban. Al saberlo la dama acudió en queja á la córte de amor, y la condesa decretó que «La dama ha sido demasiado rigurosa en sus preceptos: la condicion impuesta es ilícita: no puede prohibirse al galan que rechace las calumnias dirigidas á sus damas.»

Otras veces estas córtes servian tambien de certámenes poéticos, donde la belleza y los amores eran cantados por los bardos y donde los juglares, especie de escuderos de los trovadores, recitaban alguna balada ó pastorela compuesta por su señor, ó se daba por la presidenta del tribunal asunto para composiciones, siendo premiada por el tribunal la mejor de todas.

XI.

Diez en un tratado sobre los trovadores niega la existencia de semejantes córtes, y Fauriel sin hacerlo tan rotundamente las acoge con cierta reserva que casi equivale á una duda; mas por el contrario otros autores, y entre ellos Andres Capella, que como ya hemos dicho fue verdadero cronista de aquellas frivolidades segun le llama Cantú, las afirma y da detalles acerca de ellas que no dejan duda alguna.

Nacidas estas córtes de unas costumbres y de una era tan especial como la que nos ocupa, ejercieron su influencia en la poesía, decayendo esta de nuevo al terminarse aquella edad. La literatura rompiendo la clausura en que hasta entónces yaciera, principió bien y concluyó mal, siendo los trovadores de entónces, segun la bellísima expresion de un historiador moderno, como los niños que asombran en sus primeros años y que causan lástima cuando ya son hombres. Aquellas poesías abortadas en un siglo *sui generis* recibieron de él su inspiracion; no la tuvieron en sí propias.

En el próximo capítulo al ocuparnos de la córte de amor formada en Constantinopla á instancias de Muntaner, tratarémos si nos es posible de dar una ligera muestra de la literatura de entónces para que puedan juzgar nuestros lectores.

CAPÍTULO LXX.

La córte de amor.

I.

Magnífica prometia ser la córte de amor que iba á celebrarse en Constantinopla. Andrónico cedió el más extenso salon de su palacio, adornado con el lujo fastuoso que los emperadores de Oriente desplegaban en todas sus fiestas.

Figurémonos un vasto salon de marmóreas paredes y elevado techo sostenido por pilastras corintias en las que descansaba un cornisamento de pórfido, notándose en su resalto los bustos de los más famosos dioses de la mitología. Ricos tapices de Irach cubrian el pavimento, y dividia el salon casi en su mitad una áurea balaustrada, en cuyo recinto alzábase un trono de costosísimas telas destinado á la reina de la fiesta.

Pomposamente anunciada la córte de amor, vistiéronse las damas lujosas

ropas, las cuales realzando sus naturales atractivos hacian de la hermosura el principal ornamento de aquel magnífico salon.

Perfumados y vistiendo ricos trajes de córte los magnates griegos, agrupándose en torno de las damas y discurriendo de uno en otro corro sonrientes y murmuradores, asemejábanse á una bandada de abejas revoloteando al rededor de cien ramilletes de flores.

Decíase que iban á tomar parte en el certámen algunos caballeros italianos y griegos, ignorándose si entre los catalanes habria quien se atreviera á hacer sus ensayos en la gaya ciencia.

II.

Ávidas las damas é impacientes los caballeros fijaban más de una vez sus ojos en las puertas de la cámara, por donde debia aparecer tanto el emperador como la reina de la hermosura. Mezclados y confundidos los caballeros catalanes con los griegos y genoveses, esforzábanse unos y otros en demostrar su galantería, viéndose continuamente en cien compromisos por la curiosidad excesiva de las damas en conocer á algunos de los trovadores que debian disputarse el premio consistente en una flor de oro.

—Y vos, Siscar, preguntaba Karïna fijando en el severo catalan una mirada enloquecedora: ¿no trovais?

—Trové en prosa y perdí el premio; calculad lo que me sucederia si probase fortuna nuevamente.

—Muy desconfiado estais; nunca debe desesperarse.

—Los hombres como yo no buscan la fortuna más que una vez; si les niega sus favores son demasiado altivos para correr tras ella de nuevo.

Fue tan terminante y seco el acento de Siscar, que Karïna no se determinó á responder una palabra.

—¿Sabeis cómo se encuentra el caballero Rugiero de resultas del golpe que recibió ayer en las justas? preguntaba una dama á un caballero catalan.

—Holgárame de poderos contestar satisfactoriamente, bella señora, respondió este; mas si os he de hablar con franqueza cúidome poco de mis enemigos.

—¿Llamais enemigos á los genoveses?

—Y ¿cómo no, cuando lo son tanto como vuestros hechiceros ojos?

—Veo que de una queja pasais á una galantería, repuso la dama sonriendo. ¿Quereis mal á mis ojos por ventura?

—Enemigos mios son, pero más lo fueran si no me miraran. Creo probaros con esto que no los tengo mala voluntad.

—¿Sabeis quiénes trovarán? preguntaba una señora á un oficial griego que estaba á su lado.

—Desearia saberlo para satisfacer vuestra curiosidad.

—Mal se conoce si no lo haceis. Estando en palacio no es posible que ignoreis alguno de sus misterios. Vamos, decídmelo en confianza; yo os prometo guardar el secreto.

—Poneisme en grave compromiso, señora.

—Y ¿aun decis que me amais? repuso la dama con un acento de encantador reproche.

—Y os lo repito, pero...

—Pero no me dais las noticias que deseo.

—Es demasiado exigir.

—Está bien, caballero, terminó la dama irónicamente; perdonad si os molesté; no volveré á haceros más preguntas.

Entónces el caballero aproximó sus labios al oído de la curiosa dama, murmuró algunos nombres, sonrióse ella con satisfaccion, miróle con ternura, y nuestro galan pavoneóse lleno de orgullo.

III.

Al mismo tiempo y en el hueco de una de las ojivas que daban luz al salon, el príncipe George departia sigilosamente con otro caballero vestido con lujo, pero cuyo rostro tenía tanto de bajo é innoble como su traje de rico y elegante.

—¿Con que decis, príncipe, que todo está ya resuelto?

—Sí; esta será la última fiesta que disfrutarán los catalanes.

—Y ¿dónde recibirán el golpe?

—En Andrinópolis.

—¿Se decidió por fin el príncipe Miguel á tomar una determinacion?

—Sí; trabajo ha costado, pero por fin está dispuesto á todo.

Y cien distintas conversaciones cruzábanse en el salon, oyéndose por do quiera carcajadas y palabras cariñosas que formaban un murmullo agradable y encantador.

De pronto todas las conversaciones cesaron, espiraron las risas en los labios, y fijáronse las miradas en una de las puertas del salon. El emperador Andrónico acompañado de los príncipes sus hijos, de los empleados de su casa, y seguido de los espatarios de su guardia atravesó el salon y fué á ocupar el lugar que le correspondia.

Poco despues, Roger dando la mano á la princesa Catalina acompañado de micer Muntaner que hacia las veces de vicario de amor en el distrito de la hermosura, ó séase notario de aquel precioso tribunal, acompañó á la princesa hasta su solio, tomando asiento de nuevo toda la córte y fijándose entónces el tema sobre que debian basarse las composiciones improvisadas para optar al premio. Este era un *plañido* ó poesía elegíaca respecto al amor.

Si hermosas estaban la mayor parte de las damas reunidas en aquel limi-

tado espacio, descollando sobre todas como el clavel sobre un campo de esmeralda, ostentábase la princesa Catalina.

Encendidas sus mejillas, pudorosas las miradas y agitado el seno, encantaba á cuantos la veian, excitando más de una envidia femenil.

IV.

Abierto el certámen penetraron los trovadores en el salon.

Tomaron algunos de ellos un breve espacio para concentrar sus ideas, hasta que por fin un caballero veneciano aproximóse al estrado, y tras varios flébiles preludios ejecutados en su laud cantó el siguiente romance (1).

EL AMOR NO ES RENCOROSO.

Quien siente de amores
su pecho ferido,
magüer que se muera
no exhala un suspiro.

I.

Miréla en el bosque
faciendo ramicos
de rosas y juncia
claveles y mirtos;
cobdicia de amores
su rostro divino
causóme en el alma,
quedéme captivo:
y aquesas cadenas
por siempre bendigo.

Quien siente de amores
su pecho ferido,
magüer que se muera
no exhala un suspiro.

II.

Bailando una tarde

(1) Aunque era costumbre en estos certámenes usar el provenzal ó el latin para las composiciones, tanto en esta como en las siguientes hemos preferido el castellano anticuado, pues de esa manera la mayoría de nuestros lectores podrá comprenderlas mejor, y juzgar con mayor facilidad el espíritu de la poesía de aquella época.

orilla del rio,
con otras zagalas
y cien mancebicos,
cogíla una mano
mirándola en hito;
y trémulo el labio
mi pena la dijo.
Miróme severa,
su rostro ofendido
tornóse á otro lado
dejándome frio;
firióme de nuevo,
mas yo la bendigo.

Quien siente de amores
su pecho ferido,
magüer que se muera
no exhala un suspiro.

V.

Significada su aprobacion por el emperador de un modo harto elocuente y expresivo, toda la córte aplaudió al trovador, que recibió aquellos aplausos como quien los esperaba ya.

El mismo Ramon Muntaner no pudo ménos de inclinarse hácia la princesa y murmurar á su oído:

—¡Vive Dios! señora, que si como trova sabe manejar la espada, debe ser uno de los guerreros de que más orgullosa estará la república veneciana.

No siendo nuestro ánimo trascribir una á una las poesías que se recitaron en aquel certámen, pasarémos por alto varias, limitándonos solamente á las que mayores aplausos obtuvieron.

Ocupado el estrado de los trovadores por un caballero griego y su juglar, al acompañamiento que este le hacia en el laud cantó el siguiente plañido:

LA PASTORA INCLEMENTE.

Pastorcica, pastorcica,
la que guardas los rebaños,
la que amores con tus ojos
por do quiera vas sembrando.
Escucháraisme mi pena
y quedara consolado.
¡Quién pensara que esos ojos
los desmintieran tus labios!
Si guardas miel en tu acento
¿por qué fueme tan amargo?

Responde, bella pastora,
fáblame como te fablo;
ferido vengo de amores
y ganoso de curallos.
Fincada rodilla en tierra,
los ojos puestos en alto,
vos suplico, pastorcica,
la que guardais el rebaño,
me doneis la melecina
de que mi pecho está falto.
Catad la mi namorada
que con el alma vos parlo,
que palabricas del alma
no todos dicen ogaño,
que muchos mienten amores
para otorgar desengaños.
Benina escucha mi ruego,
duélete de daño tanto,
y al que por amor se muere
tiende piadosa tu mano.

Pastorcica, pastorcica,
la que guardas el rebaño,
acoge mi corazon
y guárdalo en tu regazo,
que corazon como el mio
nunca lo habrás encontrado.

VI.

Si atronadores, entusiastas y espontáneos fueron los aplausos que obtuvo la anterior composicion, mayores los mereció la que acabamos de copiar.

—¿Qué os ha parecido, Muntaner? preguntó la princesa dirigiéndose al cronista catalan.

—Paréceme, señora, que si alguno de nuestros caballeros trata de probar fortuna componiendo alguna trova, buena tiene que ser para que se lleve el premio, porque muy acertados anduvieron los que trovaron hasta ahora. Pero ¿qué teneis, señora? prosiguió el catalan viendo que la princesa palidecia de pronto.

—Nada, nada, contestó esta tratando de reponerse.

La verdad era que Catalina no pudo ocultar su turbacion al ver aparecer en la puerta de la sala á Fernando Perez Antunez, que con su laud al brazo adelantábase hácia el estrado, con sereno continente y majestuoso ademan.

En los rostros de varios personajes que ya conocemos, reveláronse distintas

sensaciones, que hacian presentir tal vez un no muy buen desenlace para aquella fiesta.

Las damas reconocieron inmediatamente en el agraciado trovador al apuesto caballero que el dia anterior venciera en buena lid á Rugiero de Catania y á sus compañeros, y por lo tanto prodigáronle las más tiernas miradas al par que en sus labios se dibujaban seductoras sonrisas. Miguel frunció el entrecejo al verle aparecer, y dirigiendo por un movimiento instintivo sus ojos á Catalina pudo percibir su turbacion. Entónces brilló en su mirada un fuego sombrío, y Roger, que habia seguido aquella serie de ojeadas, no pudo ménos de abrigar recelos y sentir la difícil situacion en que Fernando y Catalina se encontraban. En cuanto á Muntaner, sonrió con satisfaccion murmurando:

—¡Bravo! Este es el único que puede enseñar á los griegos á bien trovar.

Saludó graciosamente Fernando á las damas, y enterado de la clase de composicion que se exigia para optar al premio, recogióse por espacio de algunos segundos, hasta que por fin alzando su cabeza con altivez tras un patético y armonioso preludio, con voz vibrante y sonora cantó de este modo:

VII.

LA QUEJA DEL PAJE.

I.

Yo soy el bardo de los festines,
de los amores soy trovador;
mi voz ensalza los paladines,
mi acento canta glorias de amor.
Yo os cantaré trovas de amores,
como las cantan los trovadores,
oid, oid;
oid una trova que yo aprendí.

Escuchad, damas hermosas;
el bardo va á cantar
las quejas que á una dama
la daba su galan.

Detúvose algunos momentos el trovador y nutridos aplausos acogieron la especie de introduccion que diera á su canto. Catalina inclinó la vista ruborizada al ver fijos en su rostro los ojos del jóven, y Miguel, que no perdia de vista el más mínimo de sus movimientos, encolerizóse al par que Roger miraba á Fernando como si tratara de advertirle la imprudencia que estaba cometiendo.

Mas el jóven sin reparar en nada volvió á pulsar el laud, y tras nuevas y flébiles armonías prosiguió cantando:

II.

Señora, la mi señora,
en la fabla de mi tierra,
á vos que sois la más noble,
como tambien la más bella,
el pobre bardo os dirige
estas trovas de sus penas;
señora, la mi señora,
la de la faz tan severa,
cuya fermosura encanta,
y cuya voz enajena;
la que desdeñando mata,
la que concediendo alienta,
no separeis con enojos
vuestra mirada suprema,
y conceded al que muere
que mirándovos se muera.

III.

Catad, la fidalga,
catad que vos quiero,
catad que al parlaros,
vos parlo cual siento.
Non fagais daño
que facer non quiero;
tan sólo de amores
vos fabla mi acento.
Vos vide señora
y juro que al veros,
los vuesos encantos
dejáronme ciego.
Ferido de amores
buscándovos vengo;
catad cual se ayuntan
la hiedra y el leño.
Catad que natura
de amor dona ejemplo.
Membrad, la fidalga,
membrad que vos quiero,
cual nunca ha querido
amante más tierno.
Yo muero de amores

y amándovos muero;
membranzas de dicha
non guarda mi pecho,
mas siempre os bendigo
y nunca os reprendo.
Si vuesos desdenes
tornasen su ceño,
¿con cuánta ternura
dijera mi acento
las sus palabricas
de amor falagüero?
Si amor es un niño,
en niño me vuelvo;
miradme benina,
oid el mi acento,
que en mar de tristura
sin tino me pierdo;
perdida la nao
no doy con el puerto.
Si vuesa sonrisa
es faro á mi pecho,
reid, mi fidalga,
miradme sin ceño,
y espiro gustoso
y aína contento,
si solo un instante
os mueve mi afecto.

VIII.

Tan tierno, tan sentimental y suave fue el acento con que Fernando terminara su cancion, que más de una dama sintió temblar entre sus párpados una lágrima arrancada por el canto del apuesto trovador. Conmovido Andrónico, fue el primero en aplaudir, miéntras que Catalina agitada, palpitante y ruborosa, inclinaba los ojos hácia el suelo temiendo encontrar la amorosa mirada de Fernando ó las coléricas é irritadas pupilas de su esposo.

Los partidarios del príncipe Miguel que, como era consiguiente, tenian clavada en él la vista, adivinaban la tempestad que rugia en su corazon y en sus semblantes leíase una amenaza á los catalanes que aplaudian con entusiasmo la sentida trova de Fernando.

Cuando llegó la hora de procederse á la adjudicacion del premio, unánimes fueron los votos del tribunal de amor. María, Karïna y la princesa, asesoradas por Muntaner, estuvieron conformes en que lo habia merecido el bardo catalan, y en su consecuencia Fernando fue llamado para recibir de manos de la reina la prometida flor.

IX.

Miguel que, celosa la vista, aguzado el oído é inquieto el corazon, siguiera toda aquella escena, al ver á Fernando aproximarse al estrado no pudo contenerse, y levantándose de su asiento, descompuesto el semblante y con el acento trémulo de ira, dijo:

—Paréceme que no es justo ese fallo.

Al escuchar tales palabras volviéronse los caballeros catalanes hácia el príncipe, y por un movimiento instintivo agrupáronse junto á Roger del mismo modo que los griegos lo hacian junto á George y el hijo de Andrónico.

Muntaner tomó la palabra y dirigiéndose á Miguel le preguntó:

—Decid si os place, señor, qué encontrais de injusto en el fallo pronunciado por el tribunal de amor.

—No tengo que daros satisfaccion á vos, repuso el príncipe de mal talante.

—En Provenza, señor príncipe, los mismos soberanos no se desdeñan en responder al tribunal de amor, y en mi país los monarcas tratan á los caballeros como merecen.

Las dignas palabras del cronista catalan arrancaron un murmullo de aprobacion de parte de los caballeros de su nacion, miéntras que por el contrario aumentaron la cólera de Miguel, en términos que aproximándose al trono de Catalina en cuyas gradas estaba arrodillado Fernando esperando el premio, tiró de la espada y haciendo saltar con ella el laud que el jóven llevaba en la mano gritó:

—Fuera de ahí; no sois digno vos de que tal honra se os conceda.

X.

Pálido de coraje el trovador guerrero púsose en pié precipitadamente y su diestra fué á buscar en el costado la espada de que carecia en aquel momento; pero sus compañeros llevábanlas por él, y todas relucieron á la par, miéntras Roger adelantándose hácia el príncipe le dijo con voz tonante:

—Cuidado, príncipe. Al ofender á uno de mis caballeros me ofendeis á mí, y ¡juro por mi vida! que, príncipe ó vasallo, no dejo ofensa alguna por vengar.

Iba á responder tal vez con demasiada acritud el príncipe y á producir un conflicto de fatales consecuencias, cuando súbito escuchóse una atronadora gritería en las puertas del palacio, y griegos y catalanes quedáronse suspensos, miéntras que los almogávares, pues ellos eran los que producian aquel extraordinario tumulto, con toda la fuerza de sus pulmones entonaban el siguiente himno de guerra:

Desperta ferro, desperta ferro,
que el enemigo delante va;
si sed de sangre te desespera,
con la su sangre te saciarás.

Esta poesía bárbara cantada por ásperas voces que aumentaban su carácter agreste, produjo una agitacion visible en el salon. Era una especie de amenaza indirecta que no pudieron ménos de comprender los caballeros griegos, y que sirvió para enfrenar sus iras y volver los aceros al lugar de donde salieran.

Los catalanes imitando en todo la actitud de los griegos envainaron tambien los suyos, y la ceremonia terminó sin incidente alguno notable, recibiendo Fernando el premio á que se hizo acreedor; premio entregado por Catalina con temblorosa mano, y recogido por él con religioso respeto y profunda veneracion.

CAPÍTULO LXXI.

Terminacion de las fiestas.—Marcha á Gallipoli.

I.

Segun hemos visto en los capítulos anteriores, al fin pudo conseguirse que las fiestas terminasen sin la efusion de sangre que se esperaba. Miguel reservó su venganza para más tarde, y el emperador, fluctuando entre el afecto que profesaba á Roger y los temores que le suscitaban las personas que á su lado tenía, deseaba que terminase de una ó de otra manera aquella situacion que cada dia iba haciéndose más insostenible.

Pasada la época de diversiones debia principiar necesariamente la tercera campaña de los catalanes. Regresaron los soldados á Gallípoli miéntras Roger ajustaba en Constantinopla un nuevo tratado con Andrónico, por el cual se convino en que tanto el césar como el megaduque Berenguer de Entenza pasasen á Anatolia, cuyo reino lo mismo que las islas de Romania les daba en feudo igualmente que á sus capitanes, con la obligacion de que cada uno de estos contribuyera en caso de necesidad con cierto número de hombres de armas, sin que en lo sucesivo debiera pagarles nada. Hecho y firmado este convenio con las solemnidades debidas, Roger, acompañado de su esposa, cuñados y suegra, regresó á Gallípoli, donde al enterarse los soldados del nuevo arreglo con sus oficiales, comprendiendo que ellos salian perjudicados, experimentaron tal dis-

gusto y lo expresaron con tal descompostura, que Roger vióse obligado á reunir consejo para decidir lo que en semejante situacion debiera determinar.

II.

Comprendida la gravedad del caso todos los oficiales estuvieron conformes en que no existia otro remedio que mandar nuevos mensajeros á Constantinopla que expusieran al emperador lo que ocurria, rescindiendo un contrato que tan graves disgustos podia ocasionar.

Así se verificó, y Andrónico no tuvo inconveniente en acceder, confiando tal vez en que pronto terminarian las exigencias.

Dias ántes el príncipe Miguel, acompañado de su esposa y seguido de muchos parciales, marchó á Andrinópolis, donde segun concertaron debia terminar la existencia de Roger.

Dijímos en otro lugar que Stella, seguida de su madre, del médico que la asistia y de su servidumbre, marchó á Gallípoli con la esperanza de encontrar á Galceran, y tambien asistímos á las escenas que mediaron entre él y Zoraya.

Stella no reveló á su familia ni á su mismo amante el secreto de su conversacion con la musulmana. Entabló la lucha con aquella mujer, y Galceran tornó á caer á sus plantas rendido y apasionado, jurando que solamente á ella podia amar. Sin embargo, como conocia el carácter de Zoraya y la violencia de sus pasiones, temia romper abiertamente, por lo que continuaba á su lado procurando tratarla con igual cariño que otras veces. La jóven nada le habló respecto á su visita á Stella, y así era que el guerrero no sospechaba que supiese su reconciliacion.

Conocida la perspicacia de la mujer y la pasion ardiente de Zoraya, fácilmente se comprenderá que, observando dia por dia y hora por hora el corazon de su amante, leyera en él lo contrario de cuanto decian sus labios.

La certeza que tenía del renacimiento de aquellos amores hacíala padecer horriblemente, y por más que trataba de ahogar aquel sentimiento en el fondo de su pecho, estuvo cien veces á punto de desbordarse.

En tal estado las cosas, celebróse una funcion religiosa en Gallípoli á la cual asistió Stella y Galceran. Embebidos ambos en su recíproca contemplacion, no observaron la entrada en el templo de una dama encubierta que fué á arrodillarse en el opuesto lado, aunque sin perderlos de vista un sólo instante. Cuando terminó la augusta ceremonia quedaron casi solos en la iglesia Stella y la dueña que la acompañaba, Galceran y la dama desconocida.

III.

Casi al mismo tiempo se movieron aquellas tres personas.

Caminando en distintas direcciones, la dama desconocida fué á encontrarse

con Stella á la par que Galceran se aproximaba á ella. La desconocida miró fijamente á la italiana, y oprimiéndola el brazo con violencia la dijo en voz baja y trémula por la ira:

—¿Estais avisada y no quereis hacer caso? Temblad.

Stella palideció de cólera y temor, y cuando quiso contestar á su interlocutora ya esta se encontraba cerca de la puerta.

Fue tal la impresion que semejante encuentro la produjera, que advertida por Galceran preguntó:

—¿Qué tienes, Stella? ¿Qué te ha dicho esa mujer? ¿Quién es?

—No lo sé; nada tengo; me ha sorprendido, pero nada más.

—Y ¿quién es?

—No la conozco, contestó la jóven balbuciendo.

Miróla profundamente Galceran, y sin saber por qué, la imágen de Zoraya presentóse al punto á su imaginacion.

Pero reservando sus sospechas, puesto que tambien reservaba la jóven lo que la dijeran, salió del templo decidido á averiguar la verdad de aquel asunto.

IV.

Encaminóse precipitadamente hácia su casa con ánimo de ver si Zoraya estaba en ella, y al encontrarla principió á vacilar no sabiendo si positivamente la jóven sabria algo, pues de no ser así tampoco se atrevia á hablar con entera franqueza para no descubrir á Stella.

Pero Zoraya se adelantó á sus deseos. Al verle entrar palideció, y llamando en su socorro todo su valor, le dijo:

—Ven aquí, Galceran; tenemos que hablar y quizá por última vez.

—No te comprendo.

—Mal puede comprenderse á quien no se ama. Tienes razon; no debia hablarte porque pudiera adivinar semejante contestacion.

—Pero ¿á qué viene todo eso?

—A que por más esfuerzos que haces para demostrarme un cariño que no sientes, nada podrás conseguir. Desde que estamos en Gallípoli sé que se halla esa mujer tambien; sé que fuíste á verla, que la has vuelto á amar, y yo nada significo para tí. Mis lazos te son tan penosos y pesados como agradables y tiernos los suyos.

—¡Zoraya!

—Es inútil cuanto trates de decir; te juzgo demasiado leal para mentir, y puesta la mano en tu corazon exijo que me contestes si el amor que hoy me profesas es el mismo que experimentabas hace algunos meses.

V.

Como dijo Zoraya perfectamente, Galceran era demasiado noble para decir una cosa por otra. Repugnaba la mentira á sus labios, y por lo tanto tras alguna vacilacion decidióse á poner término á una situacion de suyo violenta diciendo:

—Tienes razon, Zoraya, tienes razon; lo que hoy siento por tí, sin que yo comprenda la causa, es muy distinto de lo que me inspiraste en otro tiempo. No es desamor lo que experimento, no; pero tampoco entiendo qué pueda ser. Quizá aquello no fuera mas que la ofuscacion de los sentidos, y no naciera del corazon.

—Es cierto; tú mismo acabas de descorrer el velo que me ocultaba el misterio de tus sensaciones. ¡Qué desgraciada he sido! ¡Te amé con todo mi corazon miéntras que tu amor reconocia por causa un objeto ménos noble y ménos puro que el mio! Durante mucho tiempo has estado violentándote para que yo no conociera tu falta de cariño; como si á una mujer enamorada la fuera difícil distinguir el cariño real del ficticio.

—Puedes creer que me pesa...

—¡Siempre son esas vuestras palabras! Os pesa del daño despues que lo causais. ¿Para qué apesararos por lo que no sabeis remediar? ¿A qué murmurar al oído de la mujer una palabra de compasion, si esa compasion es un nuevo insulto? Deseo cariño, ansío un amor que me pertenece. ¿Lo entiendes? Yo sola tengo derechos á él, y júrote por Allah que ántes que renunciar lo disputaré á todas las mujeres del mundo.

—¡Zoraya!

—Es inútil. Vé á buscar en los brazos de esa nazarena aborrecida la pasion que yo te profesaba. El dia en que esa mujer sacrifique su vida por tí, probará amarte tanto como yo. ¿Qué mágia tiene esa cristiana? ¿Qué encanto viste en ella que tanto pueda seducirte? ¿Qué vibraciones guarda su acento? ¿Qué expresiones hay en su amor? ¿Qué ternura existe en sus miradas que no hallastes en mí? Yo podria renunciar á mi amor en pro de otra mujer que me superara en cariño, en abnegacion y en ternura; pero por quien nada ha hecho, por quien se presenta con su pureza y castidad á recoger un corazon que formé para mí, no. Véte á verla, déjame en la eterna noche de mi abandono; yo destrenzaré mis cabellos, rasgaré mis ropas y el lloro correrá por mis mejillas. Pero ¡ay de vosotros el dia en que no tenga llanto que verter! Avara de él, me lanzaré sobre vosotros y lágrima por lágrima iré bebiendo las vuestras para poder llorar.

Enrojecidas las mejillas, agitado el seno y trémulo el labio, Zoraya pronunció estas palabras que no pudieron ménos de impresionar al caballero, no siéndole posible pronunciar una sola frase de contestacion.

La musulmana estúvole contemplando un breve espacio, y despues alzándose de su asiento volvió á decirle con tembloroso acento:

—El dia en que esa mujer sepa sacrificarse por tí, será cuando únicamente podrá amarte más que yo.

Y rápida como el rayo lanzóse fuera del aposento dejando á Galceran pensativo y preocupado.

VI.

Abandonándole nosotros por ahora, suplicarémos á nuestros lectores que dejando trascurrir las horas de aquel dia nos acompañen cerrada ya la noche al palacio que Roger ocupaba en Gallípoli.

El caudillo catalan recibió un mensaje de Andrónico en el cual, si directamente no se le ordenaba que pasase á Andrinópolis, se le decia que podia ponerse de acuerdo con Miguel para la próxima campaña.

Atendido el carácter de Roger aquellas palabras equivalian á una órden. Preparóse para marchar sin que los ruegos de su esposa y de su suegra ni las advertencias de sus cuñados fueran suficientes á disuadirle de su propósito.

Encontrábase bastante perplejo la noche que nos ocupa, cuando abriéndose de pronto la puerta de su estancia penetró Paolo en ella.

Pálido y como bajo la impresion de un acontecimiento desagradable, presentóse el italiano en términos que Roger le preguntó:

—¿Qué ocurre, Paolo?

—¿Estais decidido á marchar á Andrinópolis? preguntó el jóven desentendiéndose de las palabras del césar.

—Nadie mejor que vos lo sabe, contestó sorprendido aquel. ¿Por qué me lo preguntais?

—Porque Karïna se ha interpuesto nuevamente en nuestro camino; ahora mismo he estado á punto de ser víctima de sus miserables asesinos.

—¡Cómo!

—Dirigíame hácia esta casa cuando al volver la esquina de uno de esos callejones revueltos y solitarios que tanto abundan por estos alrededores se me arrojaron encima dos hombres que apénas me dieron tiempo para desnudar la espada.

—Y ¿los conocisteis?

—A uno solamente. Era un jorobado de quien Karïna viene sirviéndose desde que estábamos en Cicico.

—Y ¿sospechais que haya sido ella?

—No sospecho; estoy seguro.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con vuestra primera pregunta?

—Tiene que vuestros enemigos están muy alerta, que quizás esa idea del em-

perador y esa marcha á Andrinópolis oculten algun lazo, y que mi opinion sería que no fuérais.

—Pues iré; no quiero que digan que Roger de Flor retrocedió jamas por miedo; ya sabeis que el peligro me atrae y que nunca le he rehuido, así que es inútil cuanto sobre ese particular me digais.

—Cumplí con mi deber avisándoos; por lo demas, á vuestro lado siempre trataré de que el golpe que os hiera encuentre ántes mi pecho en su camino.

Y aun siguieron hablando largo rato tratando el italiano aunque inútilmente de disuadir al césar de la idea que dueña cada vez más de su imaginacion estaba resuelto á realizar.

CAPÍTULO LXXII.

Muerte de Roger.

I.

Inútiles fueron las exhortaciones, consejos y súplicas para disuadir al césar de su proyectada visita á Miguel. En vano María, en cinta á la sazon y bastante avanzada, le rogó en nombre del sér que llevaba en su seno permaneciera en Gallípoli. Roger prometió á Andrónico ponerse de acuerdo con su hijo, y su palabra era sagrada. El respeto en que la tenía le llevaba al mismo lugar donde debia perecer.

Cuatro galeras al mando del almirante Ahones puso á disposicion de su esposa y de sus parientes, que les trasportaron á Constantinopla al par que el césar, acompañado de trescientos jinetes y mil peones, marchaba á Andrinópolis, segun dice un historiador de la época por su gran lealtad de corazon y por el fino amor y fidelidad que profesaba al emperador y á su hijo.

Berenguer de Entenza quedó por jefe principal de la hueste durante su ausencia, y Rocafort por senescal de ella; no pudiendo tanto estos como los demas caballeros y soldados presenciar la partida de Roger sin que su corazon se oprimiera dolorosamente bajo la impresion de un funesto presentimiento.

Conocian el odio que Miguel profesaba al césar y temblaban por las consecuencias que acarrear pudiera el entregarse completamente en su poder. La natural perspicacia de Roger pareció abandonarle en aquellos momentos. Ofuscóle su pundonor y excesiva delicadeza haciéndole ir á ponerse en manos de enemigos harto avaros de su presa para soltarla.

II.

Conforme otras veces en Constantinopla desconfiara dudando de la buena fe del hijo del emperador, entónces no sospechó que fuera envuelto un lazo en aquella visita, y por lo tanto sin desconfianza, sin recelo alguno el valiente caudillo aproximóse á la ciudad, aumentando doblemente su confianza al ver que el mismo príncipe acompañado de sus caballeros salió á recibirles, tributándoles las más afectuosas expresiones de cariño y amistad.

Mas el verdadero objeto de Miguel no fue precisamente confraternizar con el valiente caudillo; deseaba saber las fuerzas con que contaba para preparar su plan de ataque.

Le salió mal su tentativa de Constantinopla y no queria que en lo sucesivo pudiera sucederle otro tanto.

Los caballeros que acompañaban á Roger á pesar de lo prevenidos que iban en contra del príncipe, observando su comportamiento confiaron tambien, creyendo que desapareciera el odio de su pecho y que para ambos se abria una nueva era de amistad y confianza.

Pero esta idea se desvaneceria seguramente si hubiesen podido escuchar la conversacion que medió la misma noche de su llegada entre el hijo de Andrónico y el príncipe de los masagetas.

George no quiso presentarse delante de Roger. Temia que su odio le vendiese y trataba de ocultarlo para que el valiente guerrero jamas sospechase lo que iba á suceder.

—¿Visteis entrar á Roger? preguntaba el príncipe á George.

—Sí.

—¿Cuánta gente le acompaña?

—Unos mil doscientos hombres.

—Y ¿creeis que con vuestros soldados solos pueda dominarse á ese puñado de hombres?

—No tengo confianza, repuso con voz sorda el masageta.

—Con que ¿les duplicais el número y aun no confiais? ¿Qué clase de gente es la vuestra?

—Como ninguno de mis soldados es padre ni ha visto asesinar á su hijo por esos miserables, no pueden abrigar el rencor que en mi pecho se anida. Yo no vacilaria en lanzarme con mi maza en la mano sobre ellos, mas tal vez mis alanos tengan miedo.

—¡Luego es verdad que el valor de esos hombres es mayor que el vuestro!

—Sí, contestó el príncipe.

—Y ¿cuánta gente opinais que necesitamos para vencerlos?

—Si menospreciais nuestro valor, llamad á los griegos y ellos podrán liber-

taros de vuestros enemigos, repuso George un tanto ofendido por el irónico acento que empleara Miguel.

—Mis griegos, contestó el hijo de Andrónico de mal talante, no sirven para eso.

—Teneis razon; si tres mil masagetas no se atreven á luchar con mil doscientos almogávares, podeis contar que necesitariais diez mil griegos y aun quizá vacilaran ante la primera acometida de los catalanes.

—No se trata de eso; os he cumplido la palabra que os dí de traeros á Andrinópolis á Roger con algunos de sus soldados y...

—Ya lo veo.

—¿Pensais dejarle escapar?

—¿Dejarle escapar decis? exclamó con acento feroz el masageta. Si mis soldados no fueran capaces de lanzarse sobre los suyos, si no pudiera reunir el número de hombres que necesito para acometer con éxito tamaña empresa, la cólera y el odio centuplicarian mis fuerzas y me abriria paso entre ellos hasta llegar á su jefe y hundirle el cráneo á los golpes de mi maza.

—Y ¿qué vamos á hacer?

—A vos toca empezar.

—¿Yo? ¿De qué modo?

—¿Estais decidido á libraros de ese hombre y á entregármelo?

—Me parece...

—Pues bien; preciso es que venga Melich con sus turcoples á fin de que no pueda escaparse ninguno de esos aborrecidos catalanes.

—Y ¿tendrá tiempo de hacerlo sin que ántes se dispierten las sospechas de Roger?

—Permanezca ocho dias en la ciudad y yo os juro que al sexto estarán aqui los turcoples.

—Con que decididamente ¿no os atreveis vosotros solos?

—Si todos mis alanos sintieran como yo, nos bastaríamos; pero no sucede así.

—Está bien; enviaré la órden á Melich y ya combinarémos el dia que tengamos la seguridad de que no quedarán defraudadas nuestras esperanzas como sucedió en Constantinopla.

Si esta conversacion, repetimos, se hubiera escuchado por alguno de los caballeros que acompañaban á Roger, conocieran toda la doblez que se ocultaba bajo aquellas mentidas protestas de cariño y amistad, pero ninguno las percibió y de aquí nació su perdicion.

III.

El príncipe obsequiaba con fiestas y diversiones á los guerreros que iban á salir á campaña, hasta que recibió la noticia de que los turcoples se dirigian hácia Andrinópolis.

Aquel dia sin poderse explicar Roger la causa sentía una especie de opresion, un disgusto que no le dejaba gozar y que le entristecia extraordinariamente.

En medio de su preocupacion, que en vano sus oficiales trataban de comprender, recibió una invitacion del hijo de Andrónico para que al dia inmediato pasara á su palacio á comer en su compañía con varios de sus oficiales.

Aquella noche Melich, George, Miguel y Karïna se hallaban en una de las habitaciones más apartadas del palacio de Andrinópolis.

La griega llegó de Constantinopla el dia anterior á consecuencia de un mensaje que recibió de Miguel, en el cual la decia que marchara inmediatamente, pues su presencia era necesaria en aquella ciudad.

—Ya debes estar satisfecha, Karïna, la decia el hijo del emperador; tu venganza está á punto de cumplirse.

—¿Qué quereis decir? exclamó la jóven palideciendo.

—Mañana morirá Roger.

—¡Mañana! gritó la griega sintiendo un dolor agudo en su corazon.

—Sí; ni él ni esos aborrecidos soldados que le acompañan verán terminar el dia, repuso George con un acento indefinible.

—Pero ¿qué estais diciendo? exclamó la jóven.

—Nueve mil hombres entre turcoples y alanos están dispuestos y no esperan mas que una sola señal para llevar la muerte y el exterminio entre esa gente.

—Y ¿morirá Roger?

—Su muerte será la señal de la matanza.

—¿No os alegrais, señora? preguntó George.

—¡Oh! sí, murmuró Karïna con acento indescribible.

—Ese placer que tanto deseabais, esa agonía que queriais contemplar, esas convulsiones en medio de las cuales ansiabais insultar al hombre á quien tanto aborreceis, mañana lo tendréis realizado. ¡Ah! creo que la alegría me va á matar. ¡Tantos dias soñando con la venganza!... La sangre de mi hijo caia gota á gota sobre mi corazon y su peso me sofocaba. ¡Hijo mio! prosiguió George con feroz exaltacion, te juro que tu sangre se borrará con rios de la de esa gente.

Karïna estaba aterrada.

Al ver el inminente peligro de Roger, todo su amor, todo aquel inmenso cariño que le profesaba se despertó en ella. Cuanto hablara, cuanto habia hecho no fue hijo sino del profundo amor que le profesaba.

Creyó que positivamente su odio la haria ver con faz serena la muerte de aquel hombre.

Pero ¡ay! su alma se desgarró al escuchar la tremenda noticia, y loca, desesperada abandonó el palacio de Miguel, cruzó las calles de Andrinópolis y no se detuvo un momento hasta llegar á la posada del césar.

IV.

Hallábase este, segun dijímos, preocupado por un presentimiento cuya causa en vano pretendia adivinar.

De pronto una mujer entró en su estancia.

Era Karïna.

Rogó con tanta insistencia se la dejase pasar, que los guardias no tuvieron fuerza suficiente para impedírselo.

Al verla Roger hizo un movimiento de disgusto diciéndola:

—¿Qué deseais, señora?

—¡Oh! Roger, por piedad, no me hables así.

—¿Por qué venis de nuevo á escuchar de mis labios la única palabra que puedo deciros?

—Porque te amo, Roger; porque te amo más que á mi vida, porque creia que mi corazon te odiaba y he visto lo contrario; siente por tí un cariño ciego, una demente idolatría que le hace concentrar su vida en la tuya. Yo no quiero que mueras, Roger; huye de aquí, sál de Andrinópolis, porque es tu perdicion segura.

—Callad, señora. ¿Vinisteis para decirme eso?

—Ya sé que te sobra valor para afrontar toda clase de peligros; que serias capaz de vencer á todos tus enemigos, pero no puedes adivinar las infamias de los traidores. ¡Oh! véte; el mismo golpe que te hiera tambien me arrebatará la existencia. Huye de aquí, Roger; huye ahora mismo. ¡Quién sabe si mañana, si aun esta misma noche será ya tarde!

Habia en el acento de la griega una vibracion tan desesperada y al mismo tiempo tanta sinceridad, que Roger no pudo ménos de estremecerse; mas tratando de dominarse dijo:

—Está bien, señora; agradezco vuestro interes y os juro no olvidarlo, aunque encuentro muy extraño en vos que tanto me odiasteis, en vos que tantas veces me amenazasteis, ese miedo cuando llega la hora suprema.

—Miedo, sí; miedo porque te adoro, porque temo perderte. Aunque me aborrezcas, aunque ames á otra mujer yo no puedo consentir que mueras. He creido ser fuerte para vengarme de tí y mi alma ha vacilado; llora y se estremece al pensar el peligro que corres. ¡Oh! de rodillas te suplico que escuches mis palabras: huye de aquí, márchate de Andrinópolis.

Y la jóven sollozando y presa de una agitacion violenta arrodillóse delante de Roger.

—Alzáos, Karïna: quizá vuestra imaginacion abulta las formas de ese peligro.

—¡Oh! el corazon nunca se engaña. Aléjate de esta ciudad siquiera por el amor que me profesaste en otro tiempo.

—Os suplico que no hablemos más de ese asunto.

—Huye en nombre de tu esposa, en nombre de tu hija; ya que no por mí, hazlo por ellas. Lo que quiero es salvarte y me importa poco la invocacion por quien lo hagas.

—Es inútil cuanto hagais. Mañana iré á comer con el príncipe y pasado saldré de Andrinópolis para regresar á Gallípoli, donde me esperan mis soldados.

—¡Oh no, no vayas mañana al palacio de Miguel!

—Basta ya, señora. Hácia aquí veo acercarse algunos de mis oficiales, prosiguió Roger mirando por la puerta de la estancia, y no me agradaria que os descubriesen.

—¡Prométeme que no irás!

—He dado mi palabra.

—Piensa que Miguel es tu enemigo.

—¿Qué importa?

Iba Karīna á suplicar de nuevo á Roger cuando penetraron en la estancia algunos caballeros, dándola apénas tiempo para que pudiera bajar sobre su rostro el espeso manto que pendia de su cabeza.

Karīna doblemente desesperada al ver la ineficacia de sus esfuerzos, abandonó la casa de Roger.

V.

Durante las altas horas de aquella noche penetraron los turcoples en la ciudad.

El dia amaneció nublado y sombrío. Sin duda el astro rey no quiso contemplar los horrores que se preparaban y ocultóse tras sus cortinas de nubes.

Roger estaba pensativo y meditabundo y sus capitanes sin saber por qué hallábanse lo mismo, tratando Paolo de disuadirle de su asistencia al convite de Miguel, sin poder conseguirlo.

Reunió junto á sí los oficiales que debian acompañarle y se dirigió al palacio de Miguel latiendo su corazon con violencia extraordinaria al posar su planta en aquel edificio.

En aquel momento la imágen de su hija y la de María presentáronse á su imaginacion de tal manera que no veia nada de cuanto le rodeaba, ni acertaba á distinguir mas que aquellos dos rostros queridos, cuyas pupilas fijábanse tristemente en él derramando amargo llanto de dolor.

Quizá en aquellas miradas habia un reproche que el caudillo comprendia, estremeciéndose su corazon de angustia.

En tal estado le sorprendió Miguel que salia á recibirle.

Roger hizo un esfuerzo, y relegando aquellas imágenes queridas al fondo de su pecho dejóse conducir por su primo hasta la sala del festin.

Catalina, la esposa del hijo de Andrónico, rodeada de varias damas estaba en la mesa.

Fernando Perez Antunez que acompañaba á Roger fijó sus ojos en ella y una palidez extraordinaria se esparció por las mejillas de la jóven.

Al penetrar Roger en aquella sala una figura lívida y sombría, la verdadera representacion del dolor y de la desesperacion se presentó á sus ojos.

Era Karïna.

La noche que trascurriera la habia envejecido. Sus ojos estaban secos. Tanto llorara que se agotaron en ella las fuentes del llanto.

Miró á Roger con una expresion indefinible, y este no pudo ménos de estremecerse al sentir el flúido que se exhalaba de aquella mirada.

Jamas estuvo más obsequioso Miguel con el césar que aquel dia.

¡Siempre los traidores tratan de encubrir bajo el velo de una franca amistad el crímen que intentan cometer!

VI.

Todos los convidados estaban mudos. Parecia que un acontecimiento terrible pesaba sobre ellos.

Las ojivales ventanas del salon dejaban penetrar una claridad triste y opaca que parecia ejercer cierta influencia sobre las personas allí reunidas.

Los oficiales catalanes observaban con desconfianza cuanto les rodeaba, miéntras que los griegos mirábanse unos á otros cambiando en voz baja algunas palabras de inteligencia.

Los ojos de Karïna no se separaban de Roger. Su inquieta mirada fijábase en la puerta del salon frente á la cual se hallaba sentada.

Miguel continuaba envolviendo al caudillo entre las redes de su amistad. Habia momentos en que Roger creia de buena fe que nada tenia que temer en casa de su primo y amigo; mas cuando alzaba los ojos y se encontraba con los de Karïna, renacian sus sospechas, desaparecia su confianza y temblaba por las consecuencias que pudiera tener su ligereza en haber penetrado allí.

Catalina igualmente no cesaba de contemplar á Fernando. Parecia que sus ojos querian revelarle alguna cosa.

De pronto oyóse un tropel extraordinario en la parte exterior del salon.

Karïna se levantó de su asiento y á la par un grito de extraña expresion, uno de esos gritos para los que no hay explicacion posible se exhaló de sus labios.

George al frente de sus feroces soldados penetró en el salon con la vista encendida de furor y los labios trémulos de coraje.

—¿Dónde está ese miserable? gritaba.

Fué á volver el césar la cabeza incorporándose al mismo tiempo, pero veinte puñales se lo impidieron.

Cayó bajo el número de sus heridas arrojando una mirada de orgullo y supremo desden al miserable que de tal manera trocó en infamia la hospitalidad.

VII.

Blanca como la cera, temblorosa como el arbusto agitado por el huracan, horriblemente dilatados los párpados y anhelante la respiracion, Catalina extendió sus brazos hácia Fernando clamando con voz suplicante:

—¡Perdon!

Aquel acento y aquel ademan llamaron la atencion de Miguel, quien precipitándose hácia el jóven sintiendo hervir en su pecho la abrasadora lava de los celos, exclamó con sordo acento:

—¡Matadle, matad á ese!

Fernando que pudo sacar su espada, y lo mismo que los demas caballeros estaba agrupado junto al cadáver de su jefe, volvióse hácia Miguel y le dijo con voz fuerte y vibrante:

—¡Mal príncipe, mal caballero! Yo en nombre del césar y en el de todos nosotros que sucumbirémos aquí, te emplazo ante el tribunal de Dios. Que su sangre caiga sobre tu cabeza y tus hijos te escupan al rostro por la infamia que acabas de cometer. Bien haces en retirarte, príncipe asesino; honra recibieras si tu acero cruzaras con el nuestro, y nunca debes salir de la condicion de villano.

Fernando no pudo añadir otra palabra; las homicidas armas masagetas escondiéronse en su pecho y al través de sus heridas escapóse su alma. Catalina cayó desvanecida en los brazos de sus damas y así la sacaron del salon.

Paolo, á quien su condicion no le daba derecho para entrar en la sala del festin, paseábase por una de las antecámaras, cuando el peloton de masagetas que penetró en palacio capitaneado por George le hizo adivinar la verdad.

Mezclado con ellos entró en la sala, pero ya fue tarde: Roger acababa de ser herido.

Entónces revolviéndose con furia como la res entre los encarnizados cazadores, tendió de dos estocadas á dos masagetas y de un brinco fué á parar donde estaba Karïna.

—¡Ay de vos, señora! gritó el italiano alzando su brazo para herirla.

La jóven no hizo movimiento alguno de temor; extremadamente pálida, en la atonía de su mirada habia algo de insensatez que infundia pavor. Inmóvil, rígida y con los brazos extendidos no daba señal alguna de existencia.

Contemplóla Paolo con asombro, desarmóse su cólera y revolviéndose bruscamente cayó sobre los masagetas hiriendo á diestro y siniestro hasta que sucumbió bajo el número, no bajo la superioridad del valor.

Cuantos caballeros acompañaban á Roger yacian sin vida sobre el marmóreo pavimento del salon.

VIII.

Cuando ya no tuvieron á quien matar los alanos, arrojáronse fuera del palacio dando la señal del exterminio de los catalanes.

Las turbas de turcoples y alanos corrieron de casa en casa, buscaron almogávar por almogávar y tomaron las sangrientas represalias de Cicico.

Entre el monton de cadáveres que quedaban en la sala del festin sólo habia dos personas.

La una era Karïna y la otra Miguel.

El olor de la sangre incitaba á los magnates griegos y salieron tambien á satisfacer su venganza.

Karïna oprimió con fuerza el brazo de Miguel, y arrastrándolo junto al cadáver del caudillo catalan le gritó con un acento que causaba espanto:

—¡Miserable! contempla tu víctima. Su sangre mancha tus ropas y esa sangre caerá gota á gota sobre tu cabeza. Compraste el trono de tu padre á costa de esa sangre y ¡ay de tí y de los tuyos! Conforme has sido príncipe sin honor y caballero asesino, vivirás rey sin honra y morirás aborrecido por tus vasallos y siendo la execracion de tus antepasados.

Y aquella mujer loca, desesperada, arrojóse sobre el cuerpo de Roger, lo estrechó entre sus brazos, buscó en vano un resto de vida en su corazon, trató de arrancar lágrimas del fondo de su alma para llorar su muerte, y al convencerse de que no podia, en aquel esfuerzo inmenso que hizo, presa de un sentimiento para el cual no encontramos palabras, su razon chocando violentamente con su dolor hízose pedazos, y prorumpió en una histérica carcajada.

Estaba loca.

. . . . . .

Entre tanto imprecaciones, votos, gemidos de agonía y aullidos semisalvajes se escuchaban por todas las calles de la poblacion.

De la brillante escolta que acompañó á Roger no se salvaron mas que tres personas cuyos nombres nos ha reservado la historia. Eran en Ramon Alquer, G. de Tous y Berenguer de Roudor. Encerráronse en el campanario de una iglesia y desde allí hicieron una defensa tan desesperada que el mismo Miguel, asombrado de su valor, les concedió la vida dándoles permiso para que se alejaran de Andrinópolis.

CAPÍTULO LXXIII.

Una venganza catalana.

I.

Hábilmente combinado el plan de Miguel para exterminar de una vez á los catalanes que tantos temores le inspiraban, dispuso que una parte de las fuerzas griegas se dirigieran sobre Gallípoli y que el mismo dia en que muriera Roger saqueasen la ciudad y todas las casas de campo destrozando si les era posible aquella tan poderosa hueste.

Descuidados y muy ajenos del peligro que corrian encontrábanse los catalanes que tenian forrajeando sus caballos y repartida la gente en distintos puntos cuando griegos, alanos y turcoples precipitáronse sobre ellos quitándoles los caballos y matando á mansalva más de mil soldados, quedando reducidos, segun Muntaner, solamente á doscientos seis caballos y tres mil trescientos siete soldados entre caballeros, peones y gente de mar y tierra.

Apurada y aflictiva fue la situacion en que se hallaron los valientes expedicionarios. Por algun prisionero que se hizo súpose lo que pasara en Andrinópolis y no conoció límites el furor de aquellos valientes al ver realizados sus presentimientos.

Todos juraron unánimemente tomar una venganza horrible de aquel crímen, y Berenguer de Entenza embarcó la mayor parte de la hueste en algunos buques dejando á Muntaner en compañía de varios caballeros y muy escasos soldados para que defendiera la ciudad que por su posicion topográfica les era en extremo importante.

II.

Terribles fueron las represalias tomadas por los catalanes tanto en Gallípoli como en sus alrededores. Exaltados por el dolor, cegados por la cólera y rugientes de ira y desesperacion lanzáronse por las calles como una manada de feroces tigres, y niños, mujeres, viejos, enfermos, todos fueron víctimas del furor de aquella soldadesca desenfrenada. Embriagados en tan sangrienta orgía lanzáronse al campo, cayeron como una turba exterminadora sobre los caseríos y las aldeas, y un rastro de sangre y fuego señalaba el camino de aquellos vengadores de un héroe.

Berenguer de Entenza seguido de sus valientes soldados hizo rumbo hácia Heraclea, ciudad próxima á Constantinopla, y la matanza de Gallípoli repitióse en la poblacion donde segun las tradiciones se verificara siglos ántes la degollacion de los inocentes ordenada por Heródes.

Redisto ó Rodosto sufrió la misma suerte de Heraclea, y los atemorizados griegos no podian oir sin espanto el nombre de aquellos francos que tan terriblemente principiaban á tomar venganza.

III.

El mismo dia en que Berenguer abandonó á Gallípoli reunió Muntaner consejo entre los caballeros que con él quedaron, y el cronista catalan con templada forma y sentido estilo les dijo:

—Paréceme, nobles caballeros, que en nuestro deseo de vengar al caudillo cuya muerte deploramos, olvidamos lo que á nosotros mismos debemos, y que procediendo así más nos asemejamos á sangrientos tigres y feroces alimañas que á los representantes de un pueblo noble, generoso y valiente. Duéleme como al primero la felonía usada por el emperador, pero tambien me desplace que nuestros soldados hayan imitado á los bárbaros alanos en incendiar, saquear y degollar á enemigos indefensos.

—Pensad, Muntaner, que estaban cegados por el dolor.

—Compréndolo así y eso me basta á disculparlos, mas sin embargo placiérame que ántes de todo hubiéramos alzado el pleito homenaje que prestámos al emperador.

—¿No faltó él de una manera infame y traidora? Juro á Dios, mícer Muntaner, que si el respeto que vuestras canas me inspiran no pusiera coto á mi lengua contestáraos de otra manera.

—Si en vuestras destempladas frases, buen Sancho de Orós, no viera el dolor que os ciega, pidiéraos satisfaccion de ellas. ¿Creeis que en mi pecho no se alberga indignacion bastante para arrojarme sobre esas bandadas de asesinos y buscar en sus corazones traidores la satisfaccion de mi dolor? Si la nieve blanquea mis cabellos es porque el fuego se ha concentrado en mi pecho, y juro por la Santa Dona de Monserrate que, á no estarme confiada la guarda de esta ciudad, yo solo ó acompañado corriera á Constantinopla, y ante toda la córte retara al emperador por traidor, por asesino, por mal caballero y mal guardador de la fe jurada. Quiero sangre, sí, y os juro que si con sangre puede lavarse la derramada en Andrinópolis, tanta verterémos que guarde la Grecia eterna memoria de nuestra venganza.

IV.

Las enérgicas frases del cronista soldado acogiéronse con extraordinarios aplausos por los caballeros que le escuchaban. Sancho de Orós comprendió que anduvo algo atrevido en sus palabras, y cuando terminó aquel incidente, Guillen de Siscar, el sombrío caballero que no podia alejar de su rostro la inmensa pena que le destrozaba, dijo dirigiéndose á Muntaner:

—¿Hablasteis de ir á retar al emperador en medio de su córte y de alzar el pleito homenaje que le tenemos prestado?

—Sí.

—Pues bien, yo seré uno de los retadores.

—Pensad que ese reto equivale á la muerte.

—El soldado nunca la teme: el caballero jamas debe verla.

—Yo tambien soy de los vuestros, dijo un adalid adelantándose hácia Siscar.

—¿Vos, Berenguer? exclamó el caballero mirando al jóven.

—Yo, sí; estoy solo en el mundo, perdí la mujer que amaba y el jefe que me honraba con su aprecio: ella murió por la felonía de un griego; él ha sido asesinado por el hijo de un monarca: ambos asesinos son de la misma nacion, ambos cadáveres me piden venganza: sacrificar por ellos mi vida no es más que cumplir con un deber.

—Al mismo tiempo, dijo Muntaner, es necesario consolar á la esposa del césar; pensad que era la esposa del que en cien ocasiones nos condujo á la victoria, que su infortunio es grande y que nuestro deber es consolarlo: la princesa María es nuestra compatriota: más aun; es una mujer que sufre, y los españoles ántes que todo son caballeros. Vedla, amigos mios, y sed vosotros los intérpretes del sentimiento que anima á toda la hueste.

—Podeis estar seguro de que sabrémos cumplir con nuestro encargo.

—Estamos cercados de enemigos: muy superior es el ejército que nos rodea, pero más aguerrido y fuerte era el de los turcos y en cien combates lo hemos derrotado. Decid al emperador que un puñado de hombres desafia á todo su imperio; decidle que uno á uno ó ciento á ciento estamos dispuestos á probarle lo innoble é infame de su conducta. Decidle tambien que sobre su cabeza caerá toda la sangre derramada, y que miéntras el nombre de su víctima pasará á la posteridad purificado con el bautismo del martirio, el de sus verdugos irá rodeado de la ignominia á que se hicieron acreedores.

—Guardadores de la honra de nuestro ejército y fieles representantes de él, quedad confiado en que sabrémos hablar con energía y sucumbir con entereza.

V.

Pocos momentos despues se disolvia el consejo, quedando nombrados para componer la embajada que debia retar á Andrónico, Guillen de Siscar, un adalid llamado Pedro Lopis, dos adalides almogávares de los cuales era uno Berenguer, y dos cómitres ó almocadenes.

Disponíanse para marchar, cuando de súbito percibióse una confusa gritería y los bélicos instrumentos llamaron á las murallas á todos los soldados catalanes. Los enemigos amenazaban un nuevo asalto.

Solícitos, presurosos y diligentes los caballeros acudieron á los lugares del peligro y como siempre los griegos fueron rechazados con grandes pérdidas.

Al verlos huir sin serle posible á Muntaner enfrenar el valor de sus soldados, arrojáronse estos sobre la retaguardia de los fugitivos con sobra de valor, aunque con escasez de prudencia.

Entre los que más se distinguian en aquel ataque estaba nuestro amigo Berenguer. El desdichado amante de Angelina, inconsolable por la pérdida de su amada, con nada podia templar su dolor mas que con la agitada vida de la campaña y con los azares y peripecias de los combates.

Buscaba la muerte en ellos y parecia que cuanto más se esforzaba por alcanzarla tanto ménos dispuesta se hallaba á complacerle.

VI.

Quedáronse rezagados algunos guerreros griegos, quienes viendo que iban á ser próximamente alcanzados por los catalanes, decidieron vender caras sus vidas y volviéronse dispuestos á vencer ó á morir.

Berenguer seguido de los suyos arrojóse sobre ellos, y de pronto exhalóse de sus labios una de esas exclamaciones que expresando cien emociones distintas son completamente imposibles de describir.

—¡Velani! gritó el jóven con voz sorda.

Efectivamente el miserable griego que de tan inícua manera procedió con Berenguer se hallaba á corta distancia.

Cien ideas de venganza, cien deseos de sangre y exterminio asaltaron al jóven, y la pura imágen de Angelina y el mutilado cadáver del anciano flotando ante sus ojos hiciéronle lanzar un grito salvaje y precipitarse sobre su traidor amigo.

Corto fue el combate. Velani no era cobarde y la desesperacion le daba nuevo valor: comprendió que se las habia con un enemigo implacable y del cual no podia esperar gracia, y en su consecuencia antes que de morir trataba de matar.

Pero la razon y la justicia estaban de parte de Berenguer; la casta sombra de

MARIA.

Angelina era una especie de egida que paraba los golpes de su contrario. Por fin este soltó una imprecacion, extendió los brazos y cayó arrojando la sangre á borbotones por la ancha herida que le abriera la espada del catalan.

Puestos en desordenada fuga y picados en su retaguardia los griegos por los soldados francos, estos á la voz de sus jefes replegáronse nuevamente hácia la ciudad.

Aquella noche, despues de terminado el combate y recibidas las últimas instrucciones, Guillen de Siscar y sus compañeros embarcáronse en un leño é hicieron rumbo hácia Constantinopla á retar á Andrónico por la infamia y alevosía de su proceder para con Roger que le devolviera un imperio próximo á escaparse de sus manos.

CAPITULO LXXIV.

Llegada á Constantinopla.—El desafío de los catalanes.

I.

Rugiente como la leona á quien arrebatan sus cachorros, María, al saber la infausta nueva de la muerte de su esposo querido, corrió al palacio de Andrónico y penetró en su cámara sin que fueran bastantes á detenerla soldados ni magnates.

Al verla entrar el emperador y al notar lo descompuesto de su semblante comprendió que sabía cuanto ocurriera en Andrinópolis y vaciló ante la iracunda mirada de la viuda.

—¿Qué tienes, María? preguntóla entre confuso y cariñoso.

—¿Qué habeis hecho de mi esposo? exclamó María dando rienda suelta á sus lágrimas y sollozos.

A aquel acento dolorido y triste, á aquellas palabras que resonaban en su oído como el *Caín, ¿qué has hecho de tu hermano Abel?* de las Sagradas Escrituras, Andrónico inclinó la vista avergonzado y sin saber qué contestar.

Estalló el dolor de María, abandonóla cuanto valor la sostuviera hasta entónces, y entre ahogados sollozos y amargas lágrimas pasó un buen espacio sin que frase alguna se trocara entre ambos.

Acusábale á Andrónico la conciencia, y el dolor de la desconsolada viuda era un reproche elocuentísimo de su conducta.

II.

De pronto alzó María la cabeza. Secáronse las lágrimas en sus párpados y fijando las irritadas pupilas en su tio le preguntó:

—Responded. ¿Qué hicisteis de Roger?

Tornó á inclinar sus ojos el emperador y persistió en su silencio. Entónces acreciendo la viuda la irritacion de su acento y el fulgor de su mirada, aproximóse á él diciéndole:

—¡Ah! inclinais la vista, sellais el labio y no respondeis á la esposa que viene á pediros cuenta de la sangre de su esposo. Mal guardador de la fe jurada, no pensasteis que yo me presentaria á acusaros, á maldeciros en medio de mi infortunio, y á arrojaros al rostro toda la infamia de vuestro proceder.

—¡María! gritó el emperador alzando por fin la vista para inclinarla otra vez deslumbrada por el sombrío fuego que resplandeciera en la de la jóven.

—Decid, prosiguió esta con exaltacion: ¿qué daño os hizo Roger? ¿En qué os faltó para castigarle así?

—No he sido yo, balbució Andrónico.

—¡Mentís, mal rey! Vos le mandasteis á Andrinópolis y sabiais que allí le aguardaba la muerte. Os ha devuelto un imperio y en pago le asesinais. ¡Reniego de la sangre que circula por mis venas porque es la misma que os alienta! Valiera más que hubiera muerto ántes que verme esposa sin esposo y tener un hijo sin padre. Pero ¡ay de vos! continuó con voz amenazadora secando de sus ojos las lágrimas que las anteriores palabras hicieron asomar á ellos; ¡ay de vos: repito! la sangre de Roger ha hecho sonar la última hora del imperio griego. El monarca asesino no podrá sostenerse sobre un trono regado con la sangre del mismo que se lo diera; ese príncipe, más miserable que vos, será vuestro castigo; conforme no supisteis guardar la fe jurada, vuestro hijo tampoco la guardará, y caeréis entre el desprecio y la befa del pueblo que no supisteis regir.

—María, ¿qué estás diciendo?

—¡Noble esposo mio! murmuró la jóven volviendo á sollozar recordando la inmensidad de su infortunio, ¿por qué no escuchaste mis consejos cuando te decia que no fiaras en ellos?

III.

Andrónico estaba violento durante aquella escena. Acosábale el remordimiento, y las palabras de María eran otras tantas aceradas puntas que clavándose en su conciencia le herian de muerte el corazon.

Nada podia contestar porque no desconocia lo justo de aquellas recriminaciones. Sólo entónces comprendió que quedara aislado en medio de encontradas

ambiciones, y que impotente para enfrenarlas, habiendo perdido el único hombre que pudiera defenderle y rechazar á sus enemigos, quedaba completamente á merced de estos.

María continuó exaltándose gradualmente:

—¡Cobardes... cobardes fuisteis! Os faltó valor para herirle frente á frente y le asesinasteis á traicion... ¡Oh!... pero quedo yo para vengarle, quedan sus bravos soldados, y juro que os harémos una guerra sin tregua, guerra de exterminio, guerra en que correrá á torrentes la sangre griega, y toda la del imperio no bastará á vengar la del noble mártir.

—María, no fuí yo el culpable.

—¡Mentis! ¿Quién ha permitido la matanza de Constantinopla? ¿Quién alentó á esas turbas de miserables asesinos sino vos?... Cien vidas que tuvierais fueran insuficientes á lavar tamaña villanía. Vuestros griegos, raza indigna y desagradecida, sufrirán las consecuencias de tan horrible infamia, y cuando nazca el hijo que llevo en mi seno le enseñaré á odiaros, á execrar vuestro nombre y aborrecer á una tierra tan infame como esta.

—Recuerda que tú eres griega tambien.

—Si mi corazon lo recordara alguna vez, arrancáramele para no serlo. Yo soy catalana; al tomar el nombre de Roger renegué de mi patria y ya veis si obré bien. Entre mis hermanos adoptivos puede existir rudeza, pero jamas infamia.

—¡María!...

—Inútil es que me hableis; entre nosotros nada existe. El cadáver de mi esposo se alza entre vos y yo; permaneceré fiel á su memoria. El dia en que mis catalanes hayan asolado vuestro imperio, cuando de sus ciudades no queden mas que montones de ruinas, cuando rios de sangre hayan encharcado sus campiñas y un clamor inmenso de agonía y desesperacion se exhale de los labios de vuestros vasallos, entónces si me pedis gracia no la tendréis, yo excitaré á los mios á la matanza y al incendio, sucumbiendo tal vez bajo el último edificio que se desplome ó entre las postreras llamas que abrase todo un pueblo.

Y María al terminar estas palabras, altanera y sombría, salió del aposento sin que Andrónico fuera capaz de detenerla ó decir alguna cosa.

Las amenazas de la viuda habíanle asustado, comprendiendo aunque tarde que á pesar de la matanza que hiciera en los catalanes aun quedaban suficientes para causar largos dias de luto y terror al bizantino imperio.

Preocupado se encontraba con la anterior escena y vacilante sobre lo que debiera hacer, cuando penetraron en palacio algunos mensajeros portadores de las noticias más desagradables que pudiera esperar.

IV.

Los catalanes habian tomado á Recrea y échola sufrir todos los horrores de sus iras desenfrenadas. Las campiñas de Gallípoli quedaban devastadas y millares de griegos sucumbian como víctimas expiatorias del terrible drama representado en Andrinópolis.

Al saber aquello el emperador no fue capaz de contener su cólera, la que no pudiendo desahogar consigo mismo, verdadera causa de todo, pagáronla los mensajeros que acababan de llegar.

Pero aun le quedaban aquel dia nuevos disgustos que sentir. Los embajadores que mandaron los catalanes desde Gallípoli acababan de llegar á Constantinopla y se lo participaban para que designase hora en que poder recibirles. Apresuradamente reunió Andrónico sus cortesanos, y entre tanto Guillen de Siscar y sus amigos trataban de consolar á María en el acerbo dolor que la torturaba, diciéndola que miéntras un solo catalan quedase vivo en aquella tierra sería un vengador de la sangre de Roger.

V.

Señalada por Andrónico la hora sexta para la audiencia exigida por los embajadores, con marcial apostura, con ademan resuelto y altivo y severo el rostro, penetraron los catalanes en el espacioso salon de recepciones donde estaba reunido lo más selecto de la corte bizantina.

Amenazadores y curiosos la mayor parte de los semblantes griegos fijaron sus miradas en los atrevidos embajadores. Estos, sin desconcertarse en lo más mínimo, adelantaron hasta el solio de los Paleólogos, y tomando Siscar la palabra dijo:

—Los que aquí venimos representando las distintas clases del ejército que á costa de su sangre os ha devuelto un trono, lo hacemos para pediros cuenta de la villana accion que con nosotros cometisteis.

Semejante exordio excitó la irritacion de los griegos produciendo un murmullo que ni hizo palidecer á los embajadores ni amenguar en un ápice su valor.

—Bajo la fe de un tratado, continuó Siscar, vinímos á Bizancio; y ¿cómo guardasteis esa fe? Desde los primeros momentos surgieron rencillas y desconfianzas faltando á todos vuestros pactos: arteros y falaces vuestros vasallos, incitados por vuestro ejemplo nos rodearon de asechanzas, y en vez del agradecimiento de un pueblo al que vinímos á devolver paz y tranquilidad, encontrámos una nacion egoista, cobarde y traidora, que dia por dia no ha dejado de hacernos mal en cambio del bien que la proporcionámos.

VI.

Pronuncióse de una manera tan visible la indignacion de los griegos producida por las atrevidas palabras del embajador, que este volviéndose hácia ellos con amenazador ademan dijo:

—Silencio, señores, ó juro por mi nombre que cierro con vosotros y sucumbiré vengando en vuestra sangre la ofensa que nos hicisteis. Como embajador soy inviolable; como caballero hartas pruebas tengo dadas de que no me amedrentan los murmullos.

—Pero ¿qué es lo que pedis? preguntó Andrónico deseando que terminase aquella escena.

—Vais á saberlo. Delante de vosotros, magnates del imperio griego, en presencia de los comunes de Venecia que me acompañan y ante el escribano que tomará acta de mis palabras, yo, Guillen de Siscar, y estos mis amigos aquí presentes, en nombre de la valerosa hueste catalana, retamos al emperador Andrónico, acusándole de doblez y felonía provocando la muerte de Roger de Flor y disponiendo correrías contra nosotros sin previo desafío segun exijen las leyes de la lealtad y de la buena fe. Ademas, yo y los que aquí estamos, eco fiel de nuestros compañeros, estamos dispuestos á luchar diez contra diez, y ciento contra ciento para probaros que mal y falsamente hicisteis en matar al césar; y por lo tanto desde este momento nos desatendemos de vuestra persona y os alzamos el pleito homenaje que os prestámos, en fe de lo cual, á presencia de vuestra córte, os arrojo el guante y ved si hay quien se atreva á recogerlo.

Y al par que decia estas palabras desnudóse el guante arrojándolo al pié del trono en que se asentaba Andrónico.

VII.

Reto tan preciso y atrevido como aquel, hecho por seis hombres á todo un imperio, debia causar profunda sensacion primero en la córte y más tarde en la ciudad. Tumultuosamente y llenos de cólera fuéron á recogerle una porcion de caballeros griegos, pero Andrónico, alzándose de su asiento, lo impidió diciendo:

—Basta, caballero: guante que se arroja á un imperio debe recogerlo su monarca. Bajo la fe de embajadores vinisteis y bajo ella habeis de salir de aquí; no tengo que contestar á vuestros cargos: lo hecho no tiene remedio, y si como rebeldes os portais, del mismo modo seréis tratados.

—¿A quién acusais de nuestra rebeldía? Podeis mandar á vuestros griegos para enfrenar la rebelion; ahora no estamos dormidos confiando en vuestra palabra: os las habeis con hombres que saben la distancia que existe de un caballero á un asesino, y vuestros soldados sólo saben valerse de la traicion, no combatir con lealtad.

Nuevamente tuvo que intervenir Andrónico para calmar la irritacion de los magnates helenos, siendo necesario que desde aquel momento les acompañase un oficial de su casa hasta Redisto; pero la historia griega habíase manchado ya con la sangre de una felonía y con otra nueva debiera mancharse. Pregonóse por la ciudad el reto de los catalanes, levantáronse actas de aquel desafío y el furor de la multitud significóse de un modo bastante expresivo.

Contaban nuestros embajadores segura su muerte, y sólo el exceso de valor pudo llevarles á realizar semejante hazaña que apénas se la daria crédito á no estar plenamente probada tanto por los historiadores catalanes como por los mismos griegos.

VIII.

El pueblo que habia aspirado ya el olor de la sangre y los magnates que deseaban vengar en los embajadores el insulto que se les infiriera, obtuvieron la órden del emperador decretando su muerte, y efectivamente cuando llegaron á Redisto fueron entregados por el oficial que los acompañaba á las desenfrenadas turbas, siendo descuartizados como viles animales en las carnicerías de aquella poblacion.

Cuando los catalanes tuvieron noticia de aquella nueva infamia no conoció límites su furor. Berenguer de Entenza, cortando las aguas con las tajantes proas de su pequeña flota, arrojóse sobre la Propóntide de los antiguos para convertirla en lagos de sangre iluminados por el resplandor de las poblaciones incendiadas. Rocafort hacia lo mismo en la campiña miéntras que el ejército que sitiaba á Gallípoli tenía que levantar el asedio ante la heróica defensa del puñado de valientes que la guarnecia.

Andrónico tembló, organizando á toda prisa un nuevo ejército que al mando de su hijo Calo Juan presentóse á contener la asoladora marcha de Rocafort con tan mala suerte que, destrozados los griegos y herido su príncipe, penetraron en desordenada fuga en Constantinopla llenando de espanto y terror á sus habitantes.

IX.

Visto que por la fuerza de las armas nada podia conseguirse de los catalanes recurrió á la traicion, y diez y ocho galeras genovesas, al mando de Odoardo de Oria, penetran en la Propóntide encontrándose con la reducida flota del de Entenza.

Saludáronse afectuosamente ambas escuadras llevando su galantería los genoveses hasta el extremo de invitar al jefe catalan á comer con el almirante en la capitana. Hízolo aquel sin desconfianza, y apénas puso el pié sobre el puente de

la galera exhalóse de sus labios la palabra *traicion*. Pero ya era tarde. Defendiéronse obstinadamente las naves catalanas y especialmente una mandada por el catalan Berenguer de Villamari, la cual sostúvose por espacio de tres horas contra las diez y ocho contrarias y sucumbiendo hasta el último de sus tripulantes ántes de que pudieran apoderarse de ella. Berenguer de Entenza fue conducido á Génova y destrozada casi toda la hueste que mandaba.

X.

Sabida por los catalanes la desgraciada suerte de sus compañeros formaron la heróica resolucion de perecer uno á uno ántes que abandonar aquella tierra donde tamañas villanías necesitaban vengar.

Reunióse consejo en Gallípoli, y pasada revista á las fuerzas con que contaban encontróse que la hueste quedaba reducida á doscientos jinetes y mil doscientos peones.

Distintos pareceres hubo en aquel consejo, prevaleciendo la opinion de que sería mengua para ellos despues de haber perdido á sus más queridos jefes y á tantos compañeros entre inícuas traiciones abandonar aquel país sin haberlos vengado, adoptándose en su consecuencia la resolucion de quemar las naves con que contaban todavía, imposibilitando así la retirada, accion que más tarde, recordándola sin duda Hernan Cortés, dió lugar á su famosa quema de las naves tan encomiada por la historia.

CAPÍTULO LXXV.

Hazaña de almogávar.

I.

Repetidas derrotas sufridas por los griegos demostráronles que si los catalanes disminuyeron en número habian aumentado en valor.

Estremecíase el imperio helénico bajo el peso de la venganza catalana sin que ninguno de los repetidos ejércitos formados sucesivamente por Andrónico y sus hijos fueran bastantes á devolver la tranquilidad á aquellos aterrados habitantes.

En cuantas batallas se dieron entre francos y griegos fueron estos derrotados consiguiendo aquellos grandes riquezas, y haciendo arrepentirse más de una vez á los Paleólogos de la ligereza con que obraran. El mismo Miguel en una de las

batallas quedó bastante mal herido y algunas divisiones musulmanas aliándose con los catalanes aumentaron su ejército prestando nuevos brios á su indómita pujanza. Redisto, la poblacion donde tan alevosamente asesinaron á Siscar y sus compañeros, fue entrada á saco por los vengadores de aquellos mártires, siendo tal la mortandad que hicieron, que segun Moncada quedó por espacio de mucho tiempo en aquellos paises como la más terrible maldicion que pudiera arrojarse á un enemigo decirle: *La venganza de los catalanes caiga sobre tu cabeza.*

Las más atrevidas acciones, los hechos que parecerian fabulosos á no corroborarlos distintas crónicas, eran llevados á cabo por aquellos valerosos aventureros.

II.

Hallábanse un dia tomando el sol en una de las plazas de Gallípoli varios almogávares, entre los que se encontraban nuestros conocidos Perich de Naclara, Coll de Bou y Ferrich Carlés.

Este último hacia algun tiempo que se habia casado con Kïlda, la hija del hostelero maese Petrus.

Departian sobre los incidentes de la guerra que sostenian, y con sobra de juramentos y escasez de frases ampulosas referia cada uno sus hazañas y anunciaba las que estaba dispuesto á realizar.

—¡Por mi patron sent Jordi! decia Coll de Bou arrancándose un mechon de sus crespos cabellos, memoria eterna han de guardar esos canes griegos.

—Escarmentado los habemos, pero aun han de quedarlo más.

—Dias hace que no se atreven á presentarnos el rostro, y por la *santa Mare de Deu* que necesario será buscarlos, exclamó un jayan de atléticas formas y de bravía y áspera catadura; la noche pasada lleváronme los dados mi última moneda y necesítola fresca de alguno de esos afeminados personajes.

—¡Rayos y centellas! gritó Perich dirigiendo furibundas miradas á todos lados. No hableis del juego, que daria mi alma á quien la tomara y mi cuerpo al diablo por encontrar en mi esquero algunos *sus* barceloneses.

—¡Voto á las barbas de Luzbel! os quejais como canes mal enseñados. Si no teneis dinero ¿por qué jugasteis? Si más quereis, id al campo de los griegos.

—Tienes razon, Coll de Bou, repuso Perich al cabo de algunos segundos de meditacion; por mi santa patrona os juro que tendré dinero ó dejo de ser quien soy.

—¿Qué vas á hacer para ello? preguntaron todos á la vez.

—¿Qué? Entrar en Constantinopla, coger al mismísimo emperador y traerlo bonitamente aquí de las barbas.

III.

Echáronse á reir todos los almogávares de la extraña idea emitida por Perich. Furioso este al verlos, díjoles entre iracundo y resuelto:

—No os riais de tal guisa, que juro á brios hacer tal cosa que os asombreis.

—Si en Roger viviera ya estaríamos en Constantinopla, murmuró Ferrich Carlés, á quien no se borraba un momento de la imaginacion el recuerdo de su jefe.

—No pases pena, Ferrich, repúsole Coll de Bou; con rios de sangre hemos vengado la suya, y mayores correrán aun: tengo hecho voto á la santa Dona de Ripoll de no dormir en otro lecho que en pieles de esos miserables, y júrote que lo cumpliré.

Aquella noche llamó Perich de Naclara á sus dos hijos, y abandonando sigilosamente la poblacion dirigiéronse con cautela hácia Constantinopla penetrando en los jardines del emperador.

IV.

Era su objeto apoderarse de Andrónico por medio de un golpe de mano bastante atrevido; mas conocida su presencia en aquellos lugares diéronse órdenes para prenderlos, teniendo que huir no sin llevarse á dos ricos comerciantes genoveses que estaban cazando por los jardines, por cuyo rescate cobraron tres mil *perpres* de oro.

Hazañas como estas repetíanse á cada paso, y era consiguiente que los griegos ante la pertinaz audacia de aquellos hombres estuvieran más amedrentados cada dia.

Nuestro antiguo amigo Alejo, el hermano de Sofía y esposo ya de Zulima que abjuró el islamismo, fiel á sus juramentos y viendo en la conducta de sus compatriotas solamente infamia y doblez, fuése á reunir con sus compañeros de armas y guerreaba sin descanso bajo las órdenes de Berenguer de Rocafort.

Su padre partió para Aténas segun vímos anteriormente, pero no pudo realizar su deseo porque ya no se encontraba allí la persona á quien buscaba.

Apénas el buen caballero Fernando Gimenez de Arenós tuvo noticia de lo ocurrido en Grecia, escuchando sólo la voz de su honor y el sentimiento de su deber, dejó el servicio del duque, embarcóse con Ferriz de Ayerbe y algunos hombres de armas que se decidieron á seguirle, aportando á Gallípoli donde fueron recibidos con grandes muestras de alegría y satisfaccion por los valientes catalanes.

V.

Ferriz y Alejo se encontraron, y si apenada y triste se hallaba Sofía, macilento y dolorido presentóse tambien el buen caballero: reanudaron los dos guerreros antiguas amistades, diéronse mútuas explicaciones, cuyo resultado fue mandar Alejo un mensajero á su padre, en virtud del cual la jóven y su familia vinieron á Gallípoli donde se celebraron las bodas de los dos amantes á gran satisfaccion de ambos y extraordinario contentamiento de todos los caballeros de la hueste.

Entre tanto Galceran, que no viera á Zoraya desde la escena que nuestros lectores presenciaron en otro lugar, amando cada dia más á Stella, estaba próximo á concederla su mano cuando antojósele al de Arenós hacer una correría hácia Constantinopla; agregáronsele varios caballeros entre los cuales se contaba Galceran. Regresaban contentos y satisfechos del resultado de su expedicion, cuando próximos ya á Gallípoli alzóse de súbito una espantosa gritería, inequívoca señal de la aproximacion de los enemigos. Sin desconcertarse Gimenez de Arenós por la excesiva superioridad de los contrarios, cae sobre ellos seguido de sus caballeros, quienes á poco viéronse separados y envueltos entre varios grupos que trataban con encarnizamiento de concluir con su existencia.

VI.

Galceran estaba en un riesgo inminente. Su caballo cayó herido de muerte, y diez aceros homicidas alzábanse sobre el jinete amenazando rematarle. De pronto un soldado almogávar se precipita sobre sus enemigos, le cubre con su cuerpo, y miéntras él se recobraba, recibe las heridas que al caballero iban dirigidas.

Al par que Galceran se levantaba caia su valiente defensor.

Puestos en precipitada fuga los enemigos por la eficaz cooperacion de varios soldados, pudo entónces el caballero pensar en el que por él habia sacrificado su vida.

Al fijar sus ojos en aquel rostro, al contemplar detenidamente las facciones que empezaba á descomponer la muerte, un grito de sorpresa y dolor se exhaló de sus labios. En aquel soldado acababa de reconocer á Zoraya. Arrojóse á ella, y levantándola en sus brazos, hubiera deseado salvarla á costa de su existencia.

—¿Qué has hecho, Zoraya? exclamó el caballero.

—Cumplir con mi deber, contestó la musulmana cuyo acento se debilitaba por momentos. Mi mision era sacrificarte mi vida. Sé feliz con Stella... y compara cuál de las dos te amaba más... Dáme tu mano, Galceran... fija tus ojos en los mios... y... dejáme morir contemplándote...

—¡Morir! no: tú no morirás, no es posible que el cielo me condene á tal tormento.

Las violadas tintas de la muerte rodearon los ojos de la jóven, una sonrisa tristísima plegó sus labios amoratados, quiso hablar, pero la voz espiró en su garganta, y fijando una mirada intensa en el caballero, oprimiendo con fuerza su mano exhaló el último aliento.

La sangrienta imágen de Zoraya flotando desde entónces sin cesar ante la vista de Galceran impidióle realizar su matrimonio con Stella.

Abandonó la Grecia y fuése á ocultar en la soledad de un monasterio los dolores que aquellas dos pasiones habian causado á su corazon.

Stella respetando el dolor de su amante, y con el alma lacerada tambien, regresó á Italia donde consagró su corta existencia al alivio de los necesitados y al socorro de las miserias humanas.

VII.

Algunos años despues los catalanes que seguian ejerciendo un poder ilimitado en Grecia, sabiendo que los alanos mandados por el príncipe George y licenciados por Andrónico regresaban á sus hogares cargados de riquezas, abandonando á Gallípoli corrieron sin descanso hasta encontrarlos, y deseando vengar la muerte de Roger dieron sobre ellos como hambrientas fieras destrozándolos por completo, recibiendo George la muerte que tenía tan merecida y apoderándose de los cuantiosos tesoros que llevaban consigo.

VIII.

Al mismo tiempo Muntaner, á cuyo cargo quedara la defensa de Gallípoli, bien acompañado de mujeres, pero muy mal de hombres, segun él mismo dice, viéndose sitiado por los genoveses al mando de Antonio Spinola tuvo que armar á aquellas, resistiendo con ellas tan bizarramente que consiguió poner en precipitada fuga á sus contrarios.

Tanto esta defensa como la serie no interrumpida de triunfos y hazañas rápidamente concebidas y con mayor presteza ejecutadas, forman tan sublime epopeya que á no constar en documentos fidedignos tuviéranse por inventadas fábulas.

Más tarde las discordias civiles dividieron los ánimos y Berenguer de Rocafort con otros muchos capitanes sucumbieron á consecuencia de las luchas intestinas que debilitaron su poder.

Al cabo de algunos años el duque de Aténas reclamó los servicios de los res-

tos de la hueste catalana, y no habiendo escarmentado en el ejemplo de los emperadores de Oriente quiso pagarles casi lo mismo que aquel hiciera, siendo la consecuencia de su proceder la pérdida de su ducado con la vida entronizándose en Aténas una dinastía catalana-aragonesa que subsistió hasta que siglo y medio más tarde el imperio griego desapareció bajo la indómita pujanza de Amurat II, arrastrando en su ruina á la monarquía de Aténas.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE ESTA NOVELA.

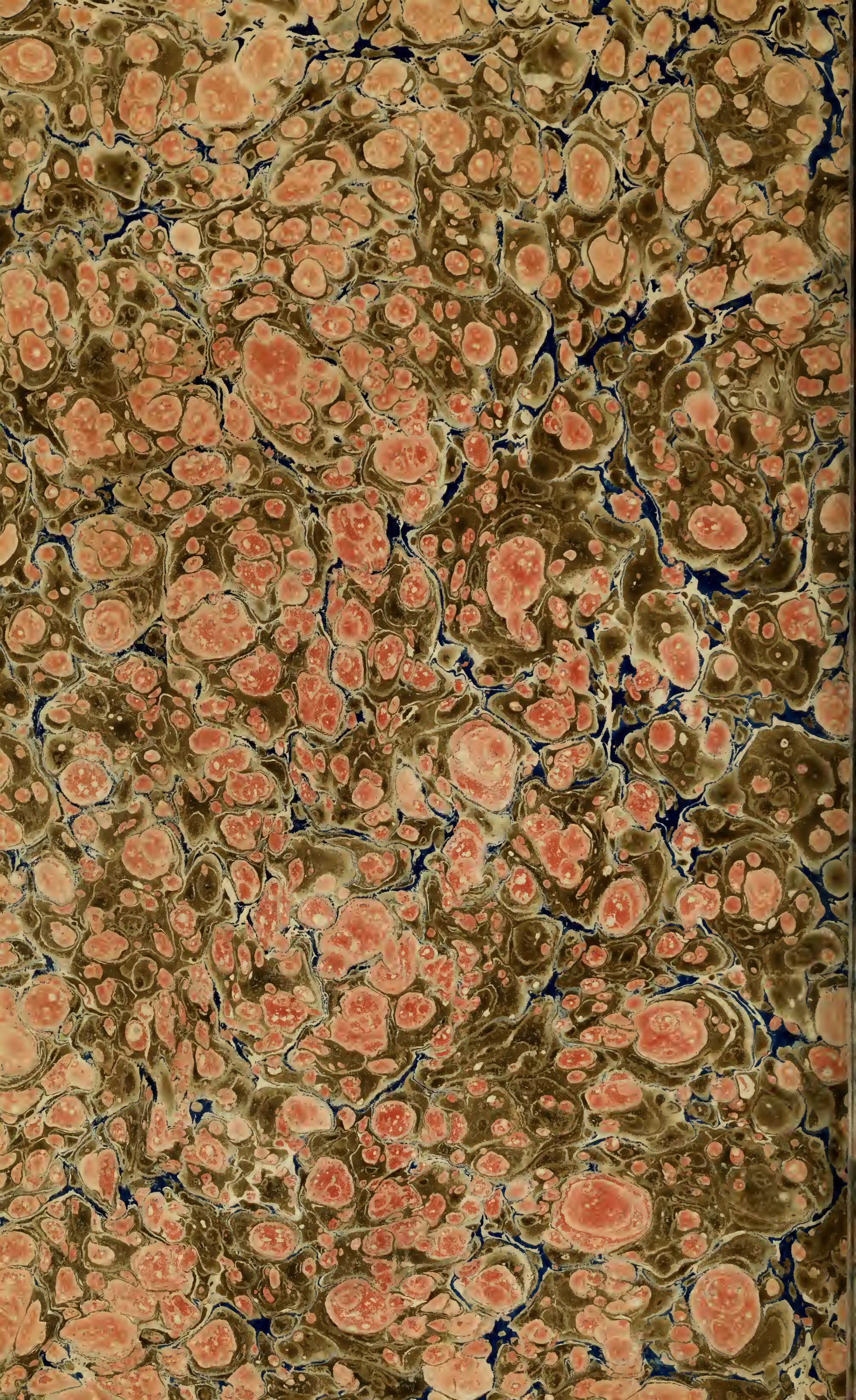
		Páginas.
A NUESTROS LECTORES.		5
Capítulo	I.—Una conversacion y una estocada.	7
»	II.—Partida para la guerra.—Dos buques que se burlan de otros dos.	13
»	III.—Continuacion del anterior.—Un idilio en el mar.	20
»	IV.—Por qué aborreció Karïna á Roger.	28
»	V.—Amor y abandono.	33
»	VI.—El que no sea aficionado á la historia puede pasarlo por alto.	39
»	VII.—En Grecia.	45
»	VIII.—Una mujer celosa y un hombre envidioso.	52
»	IX.—Llegada á Grecia.	60
»	X.—La flor del valle.	67
»	XI —Amor de mujer.	72
»	XII.—Una boda, un combate y un disgusto.	81
»	XIII.—Tras de la caridad el amor.	90
»	XIV.—Presentacion de personajes.	95
»	XV.—Primer combate y primera victoria.	102
»	XVI.—Envidia y celos.	107
»	XVII.—La venganza sigue explotando la envidia.	114
»	XVIII.—Karïna y Miguel.	122
»	XIX.—En Cicico.	128
»	XX.—Antecedentes y consecuentes.	134
»	XXI.—Un tigre y una serpiente.	138
»	XXII.—Situacion de Roger en Cicico.	144
»	XXIII.—Un falso amigo.	149
»	XXIV.—Una escena de distinto género que la anterior.	155
»	XXV.—Encuentros providenciales.	160
»	XXVI.—Amores de almogávar.	163
»	XXVII.—En Constantinopla y en Cicico.	169
»	XXVIII.—Otro nuevo dolor.	174
»	XXIX.—Dos enemigos de Roger.	179
»	XXX.—Razones de soldado.	182
»	XXXI.—En Constantinopla.	187
»	XXXII.—Acusado y acusadores.	191
»	XXXIII.—María y Miguel.	200
»	XXXIV.—Doble juego.	204

Capítulo XXXV.—¿Qué fue lo que Roger sacó de su ida á Constantinopla?. 211
» XXXVI.—Dos escenas provocadas por una misma persona. 217
» XXXVII.—El mal genio de Roger. 226
» XXXVIII.—Mentiras bien urdidas. 232
» XXXIX.—La revista de las tropas expedicionarias. 238
» XL.—Un falso amigo. 243
» XLI.—Roger y George. 248
» XLII.—Los amores de Ferrich. 254
» XLIII.—Un encuentro inesperado. 260
» XLIV.—Antecedentes. 266
» XLV.—Otra nueva victoria. 270
» XLVI.—Presentacion de un nuevo personaje. 274
» XLVII.—Un contrato. 279
» XLVIII.—Volvemos á hablar de Alejo. 285
» XXIX.—Una evasion, un combate y una acusacion. 291
» L.—Principian á triunfar los enemigos de Roger. 296
» LI.—El juicio de Dios. 301
» LII.—Preparativos para un torneo.. 308
» LIII.—Stella y Zoraya. 316
» LIV.—Dos entrevistas. 321
» LV.—Una decepcion. 326
» LVI.—Llegada de Berenguer de Entenza. 334
» LVII.—Una sorpresa. 339
» LVIII.—En los jardines de palacio. 344
» LIX.—Tres escenas en los jardines. 348
» LX.—Variaciones sobre el mismo tema. 355
» LXI.—Amante y asesino. 362
» LXII.—La paga de Andrónico. 369
» LXIII.—Andrónico y Roger. 374
» LXIV.—Karïna y Zacaroüs.—La cólera de Miguel. 378
» LXV.—El torneo. 384
» LXVI.—Un cambio de situacion. 389
» LXVII.—Terminacion de las justas. 394
» LXVIII.—Despues del torneo. 401
» LXIX.—La córte de amor.—Ojeada histórica. 406
» LXX.—La córte de amor. 413
» LXXI.—Terminacion de las fiestas.—Marcha á Gallípoli. 423
» LXXII.—Muerte de Roger. 428
» LXXIII.—Una venganza catalana. 437
» LXXIV.—Llegada á Constantinopla.—El desafío de los catalanes. 441
» LXXV.—Hazaña de almogávar. 447

FIN DEL ÍNDICE.

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

	Páginas.
Roger de Flor	Portada.
Galceran y Stella	10
Miguel Paleólogo	53
Flor del Valle	69
Ebnt-Otsman	104
Ferrich	163
George	250
Berenguer de Entenza	334
Karïna	401
María	441



321058

LS
C3527ro

Author Castillo, Rafael del

Title Roger de Flor; ó, Venganza de catalanes.

DATE.

NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED